



SIETE

*peccados*

• RESURRECCIÓN •

NATHAN BURKHARD



**Siete pecados  
Resurrección**

**Nathan Burkhard**



# Índice

[Resurrección](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

## Sinopsis

Después de tres años Reed no puede dejar de pensar en Naval. Por más que intenta rehacer su vida a lado de Amanda, el fantasma de Naval lo persigue constantemente.

Después de un fatídico accidente, Reed está convencido que quizás Naval no murió, así que intenta buscar una respuesta en la última persona que la vio con vida: su mejor amigo Dylan Dupree. Al emprender ese viaje, se da cuenta de que su amigo ha ocultado mucho más de lo que pensaba.

La venganza acecha, poniendo a prueba a la pareja de enamorados. Ninguno de los dos bandos parará hasta que alcancen su objetivo. Quizás solo la muerte.

Primera edición en digital: noviembre 2018

Título Original: Siete pecados - Resurrección

©Nathan Brukhard 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Imagen de portada ©Raisa Kanareva, ©Massel.marina

Diseño de portada: Isla Books Studios

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*La vi en sueños, estaba en frente de mí dándome una sonrisa todo conoedora,  
quise acercarme pero luego se alejó de mí más y más, empecé a correr y gritar  
su nombre, quería alcanzarla pero no puede, nunca puedo.*

*No importa cuánto corra, no importa cuánto grite, siempre la perdía entre la  
niebla oscura de mi conciencia y mi deseo por tenerla y recordarla, su olvido  
era lo que me mataba.*

*Su recuerdo era lo que siempre perduraba. Jurándome que jamás me olvidaría  
de su amor, y el cómo fue mía hasta el último aliento que dio, llevándose mi  
alma y corazón sin opción de volver a sentir.*

*Nathan Burkhard.*

Al soñarlo, apaciguo aunque sea un poco ese dolor.  
Intentando no olvidar su voz, sus caricias y sus besos.  
Cuántas veces soñé con tenerlo aquí.  
Cuántas veces deseé besarlo tan solo una vez más antes de dejarlo atrás.  
Pero al despertar, me doy cuenta que es parte de mi pasado y no está a mi lado  
tomando mi mano.  
Cómo olvidar que me ayudó a tomar valor, me enseñó a ser yo.  
Por él dejé una vida maldita atrás, me dio una nueva oportunidad, un motivo más  
fuerte para luchar y no rendirme.  
Sé que es utópico esperar siempre una hora en la noche a que él venga a mí, que  
me tome entre sus brazos y me diga que nunca dejó de amarme.  
Nos separa muchos kilómetros pero siempre tengo la esperanza de cruzarme en  
su camino sin arriesgar mi nuevo mundo.  
Pero me doy cuenta que nadie tocará a mi puerta y mi corazón se rompe cada  
vez más.  
Es como subir a una cuerda floja el desear verlo, pero es poner en riesgo no solo  
mi vida con ello.  
Pido deseos incontables, Dios mismo sabe que su recuerdo está tan presente en  
mí y que de solo verlo veo un pedazo suyo también.  
Quizás los cambios eran buenos, quizás el olvidarlo era mejor. Pero, la sensación  
de su cuerpo junto al mío era imposible de borrar. Ha sido imposible dejarlo  
atrás.  
Sé que no estuve para él cuando lo hirieron de gravedad, sé que no estuve para él  
cuando decidió que era mejor continuar en vez de seguir viviendo en el pasado,  
ya que le arrebaté la esperanza de tener una vida, le arrebaté la ilusión de poder  
tener una familia, un comienzo, un hijo, nuestro hijo.  
Dándome cuenta que fui lo demasiado egoísta, demasiado vanidosa al creer que  
él aún me amaba como yo seguía amándole, que seguiría viviendo con mi triste

recuerdo y dejando todo por venir a mí.

*Decidí que era mejor verlo unos minutos a perderlo para toda la vida.*

***Mi egoísmo no dejaba que siga adelante, pero mi amor por él era lo que jamás  
me dejaba olvidarle.***

***Naval Kapot***



# Capítulo 1

## DESVENTAJAS

### *BOSTON – VEINTE AÑOS ATRÁS*

El lado de su cama siempre estaba vacío, por más que intentará, por más que deseará tenerla a su lado, jamás, jamás podría, por el siempre hecho que ella estaba muerta. Se la habían arrebatado de una manera tan cruel. Y Nicolay se cercioraba de que lo recordara cada momento, cada día de su tormentosa y penosa vida, sobre todo cada veintisiete de Julio.

La correspondencia que llegaba ese día, no tenía una base para rastrear, una dirección, un nombre, una pista, nada, tan solo aparecía en su departamento y cuando lo abría, fotos, solo fotos de la que era su niña, su pequeña niña, creciendo, sonriendo y viviendo en un mundo del cual ella no era parte, pero ese día era diferente, era especial, su pequeña bebé cumplía siete añitos y por fin conocía el nombre que Nicolay le había dado y con ellos solo hacía más grande su pena y remordimiento al no luchar por ella, al dejar que Dayanne siguiera con él y así que su final sea más trágico que su vida en ese pequeño departamento en Boston.

Cuantas veces había jugado con su vida, cuantas veces puso en su sien esa arma cargada apunto de disparar, a punto de acabar con su agonía pero lo único que lo detenía, era la imagen de esa niña, esa pequeña que no tenía la culpa, no merecía vivir en ese mundo corrupto y eso era lo único que lo ataba a esa vida sin sentido, llorando hasta el cansancio, hasta quedar rendido.

Dormido con las fotos de la que fue su mujer y su pequeña hija esparcidas en la cama, era la única manera de poder tener, la reconfortante pero momentánea satisfacción, de no sentirse necesitado y solo. Amaba a esas dos mujeres, las recordaba y adoraba en silencio, pero no era lo único que lograba adormecer sus sentidos, sino también la botella de whisky dejaba a ese Nolan de treinta y siete años rendido ante los sueños y asustado ante las pesadillas, pesadillas que lo obligaban a despertar y no querer dormir, adormecía sus sentidos, adormecía ese

dolor que no lo dejaba seguir, pero aumentaba sus ganas de terminar con su desgraciada vida.

El sonido inconfundible de su teléfono se escuchaba a la distancia, era más estridente e insistente, empujándolo una vez más a su penosa y triste realidad, incorporándose de manera brusca de la cama hizo caer a un lado la botella ya vacía. Dando un quejido de dolor, Nolan se llevó ambas manos hacia la cabeza, tenía una jaqueca monumental y de seguro Eric Krause se encargaría de hacer su jaqueca más que colosal, a tientas logró alcanzar el teléfono contestando con una voz ronca y adormitada —Stromhod —dijo con voz patosa.

—Se supone que debías estar aquí hace dos horas —chilló la voz de Eric al otro lado de la línea, tanto, que Nolan apartó el auricular fuera de su oreja.

—Lo siento. No. No —buscó por alguna parte su reloj, haciendo a un lado las fotografías y la última adquisición que tenía, lo único que pudo conservar de su Dayanne, su adorado Claddagh. Apretándolo en su mano, vio su reloj, percatándose de la hora y efectivamente era cerca de las diez y media, abrió los ojos como platos dejando atrás la borrachera de anoche —Yo, yo estoy yendo para allá.

—Será mejor que tengas una grandiosa excusa y además te necesito aquí. ¡Ahora! —bramó un enojado Eric.

—Ya voy. Ya voy —rugió él colgando de inmediato el teléfono. Buscó en su habitación algo, algo que ni él mismo sabía que era, entonces vio el desastre en que se había convertido su vida en esos últimos cinco años.

Cinco años desde la muerte de Dayanne y cinco desde los recordatorios obligatorios y casi anónimos, tomó las fotografías y las puso donde siempre las guardaba y atesoraba, la pequeña caja decorativa donde fotos, solo fotos exclusivas de la que debió ser su familia eran resguardadas y veneradas por las noches, guardó el pequeño mono de felpa que había comprado para su hija depositándolo en su caja para conservarlo en buen estado, tomó la medalla entre sus manos y se la puso, dejando así que rodeara su cuello una vez más.

Tomó una toalla y ropa limpia, debía sacar de su cuerpo el olor a alcohol, cigarrillos y remordimiento.

Caminó a paso acelerado por los pasillos de la agencia, intentando peinar sus cabellos con sus dedos, ajustándose la corbata, mientras que intentaba limpiar las motas de pan de su desayuno de hace solo minutos atrás. Abrió la puerta y se encontró con Eric, ya esperándolo con el ceño fruncido y la boca en un rictus

difícil de entender para Nolan, y eso solo traía problemas, Eric podía volverse un dolor de trasero cuando se lo proponía, abriéndole la puerta, le hizo ver algo que cambio su vida.

Delante había una copia suya de rebeldía y adicción, un jovencito de cabellos despeinados, un jovencito roto al igual que él.

—El chico es fuerte y tiene potencial —espetó un joven pero maduro Nolan Stromhod, cruzó los brazos sobre su pecho, mirando detrás de ese gran vitral que ocultaba su rostro, alzó una ceja sonriendo al ver a ese chico de tan solo 14 años, no supo si su expresión era interrogativa o era simplemente retadora quitándose las esposas con una maestría impresionante, era alto y un poco desgarbado, tenía el cabello enmarañado castaño y los ojos más impresionantemente azules que había visto en su vida, además de ese ojo morado y el labio partido, detalle que no pasó desapercibido por él —¿Qué le pasó en la cara?

—Lo encontramos con dos onzas de cocaína, además un poco ebrio, pensamos que era alguna especie de mula o pequeño vendedor de droga que nos ayudaría en algo, pero no, solo es un crío huérfano que quiere morir ahogado en su propio vomito.

—Eso no responde a mi pregunta Eric —se volvió hacia su amigo con ojos relampagueantes, no le gustaba que él le ocultase detalles, no desde que se había permitido cometer un solo error, había metido la pata ya hace siete años.

—Johnson lo golpeó porque él —le señaló con el índice —Le dio un buen golpe en la mandíbula, para ser flacucho, tiene fuerza, una fuerza tan impresionante, que ni yo mismo pude sujetarlo, además de un vocabulario tan fluido que me asuste por cada palabrota que salía de su boca. Incluso me permití preguntar que si eso era legal.

Murmuró una violenta imprecación, volviéndose por completo hacia su amigo, por un instante quería reírse ante el rostro compungido de Eric ¿Pero golpearlo? —Dejaste que Johnson le diera una tunda a ese niño —sentenció con una expresión dura y una mirada tan oscura, que Eric retrocedió instintivamente unos pasos atrás, ese era un mal presagio para él, en esos momentos, Nolan una vez más tomaba algo personal.

—Vamos, Nolan. ¿Qué podía hacer yo? Carson Johnson es intocable. Además es un drogadicto. ¡Míralo! —gesticuló con ambas manos libres, mostrándole que para nada tenía razón, el chiquillo era inteligente ya que se cruzó de brazos frente al gran vitral, era consciente de que lo observaban y hasta quizás hablaban de él.

—Hey. Dejen de hablar de mí como si no supiera que no lo hacen. —rezongó el muchacho golpeando el vidrio con un puño logrando por la fuerza astillarlo.

—Es un niño salvaje —Eric le lanzó el expediente a Nolan en las manos — Trata tú con él, si entro es capaz de morderme una oreja. —se giró sobre sus talones intentando salir de allí, pero se detuvo en el umbral de la puerta, solo quería advertirle a su amigo una vez más que no cometiera más errores —Solo. No lo conviertas en un proyecto o algo por el estilo. No necesita compasión Nolan. No tienes que salvar a cualquier chiquillo que veas.

—Podría ser mi hijo.

—Pero no lo es. —se volvió y le dejó solo, Eric tenía razón en una cosa, ese chiquillo no necesitaba compasión, solo una mano dura que lo rigiera bien, entonces abrió el file repleto de hojas impresas con sus antecedentes, el chico era un pequeño criminal a causa de una sola cosa.

Llevando una cansada mano hacia su rostro, soltó un soplido, vería a donde lo llevaba, pero también cerciorarse hasta qué punto Eric tenía razón. Cerró el file y abrió la puerta de interrogatorios, vería al chico, hablaría con el chico, pero primero haría de él un peón a su propósito, velar por la única persona que tenía en el mundo, su hija, Naval Kapot.

Al entrar a la sala de interrogatorios, tomó una silla y se sentó a horcajadas con los brazos apoyados sobre el respaldo con el file en la mano, lanzándole una mirada centelleante ignorando por completo el gesto de cólera en los labios del chico —Siéntate —ordenó Nolan, pero el jovencito no le hacía para nada caso —¡Siéntate! —ladró él.

—No quiero. —espetó.

—Lo haces en buen grado o te daré la tunda de tu vida y así podrás tener una excusa muy buena para no sentarte —le advirtió él hosco.

El chico tragó saliva y tomó una de las sillas en mala gana sentándose en un salto, cruzando sus brazos sobre ese pecho plano y sin musculo —Tu nombre —pidió Nolan.

—Creo que es ilógico que pidas mi maldito nombre —alzó la barbilla y adoptó una actitud de extrema inseguridad mezclada con un toque de aburrimiento, irritación y enojo. En otras palabras estaba asustado.

—¿Pedí acaso una cátedra cuestionando mi pregunta? ¡NO! Entonces tu nombre.

Frunció la boca en un gesto despreciativo y a su vez rodando los ojos — Fletcher. Reed Fletcher —llevó su lengua hacia su herida, mojando su labio partido y seco de sangre.

—Completo. Tu nombre completo —ordenó nuevamente Nolan.

—Maldición, hombre. Tienes mi expediente allí solo míralo y déjame de joder —dijo con vehemencia. A lo que a su vez Nolan arqueó una ceja, evitando decir una palabra más a lo que el Reed simplemente contestó —Reed Samuel Fletcher.

Nolan esbozó una sonrisa, el chico sabía bien lo que hacía, abrió el expediente y le dio una ojeada rápida a sus antecedentes, había comenzado a ser delincuente recién hace unos siete meses atrás. Y todo tenía un motivo y un solo nombre.

—Por lo que pude ver en tu expediente tienes delitos pequeños como hurto menor en tiendas de comestibles y licorerías, tus padres murieron. Tu madre Lisbeth Fletcher murió cuando tenías ocho años de cáncer degenerativo y, tu padre Samuel A. Fletcher estaba en las fuerzas especiales en el ejército de Vietnam, murió hace ocho meses —Nolan vio de soslayo al chico, viendo como su expresión había cambiado.

Reed tragó saliva ante ese penoso recordatorio de su vida, aspiró hondo evitando verle a los ojos, no quería que ese sujeto grande le viera con lágrimas rebosantes. Sí, había sido un delincuente, porque quería morir de alguna manera, quería acabar con esa vida y no quería regresar a esas casas de mierda que eran de acogida donde le ponían a hacer todos los quehaceres y cuidar a los niños más pequeños. Quería drogarse, quería ahogarse en alcohol y quizás así, encontrar un poco de esa paz que venía buscando hace siete meses atrás, y todo empezó cuando habían tocado a su puerta y le habían entregado solo una bandera con el sombrero de su padre y una absurda historia.

Sin poder aguantar más, Reed se puso de pie y al hacerlo tomó la silla y la lanzó contra un rincón, no quería que le hagan un repaso de su historial, no quería un repaso de la muerte de sus padres y no quería escuchar mierda, más mierda de la que ya había escuchado en esos siete meses —¡Maldición! Puede callarse. ¿Puedes de una jodida vez callarte? ¿Qué mierda quiere? —Afirmó en tono dolido —¿Qué quiere de mí?

La expresión de Nolan seguía siendo impenetrable, llevando una mano hacia su barbilla, dudó en decirle al chico algo para calmarlo y poner una reprimenda a su lenguaje. ¿Pero para que hacerlo? Si él hace unos cuantos años atrás era igual

de testarudo y egocéntrico, de peleador e indomable, Nolan se veía a través de ese chico, era un doble suyo de unos cuantos años atrás, de cuando aún tenía a su bella mujer y su adorable hija, de cuando tenía un motivo para seguir —Quiero ayudarte chico. Solo ayudarte.

Reed lanzó una risa para nada llena de humor —¿Qué eres? ¿Un pederasta?

—No.

—Entonces.

—Digamos que ambos tenemos un enemigo en común. —no se amilanó, quería que el chico supiera la verdad —Un Kapot. Un Kapot que nos arrebató hasta el último aliento de nuestra vida porque así lo quería.

Reed levantó la mirada, ardientes lágrimas nublaron su vista, se puso a la vez pálido y rígido de furia, conocía ese nombre, le habían dicho que Svyatoslav Kapot dejó su puesto y así fue donde cruelmente mataron y despedazaron a su padre, esa fue una vana explicación, pero podía ya imaginarse que ese hombre había sido un cobarde y salvó su pellejo por ser un maldito egoísta.

Nolan metió la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó una de las fotografías más recientes de su hija, extendió la mano y se la ofreció al chico, Reed frunció el ceño ante lo que Nolan le entregaba, pero no dudó en tomarlo entre sus manos y ver la fotografía, era de una chiquilla de cinco años, era linda, cabellos castaños, un cerquillo que cubría sus ojos pardos, esa sonrisa era encantadora, Reed sintió un golpazo en el abdomen al deducir que ella era otra víctima cruelmente arrebatada de los brazos de un padre, pero no dijo nada, solo contempló la imagen.

—Ella es mi hija, tendría siete años, los habría cumplido hoy veintisiete. Pero me la arrebataron de una manera tan cruel —la mirada de Nolan perdió todo brillo, perdió la poca vida que aun poseía al mencionar esa profana mentira.

—Ella está. Ella está muerta —balbuceó Reed, no podía creer que ese pequeño ángel castaño no estuviera con ellos.

Nolan vaciló en un instante en decirle la verdad, pero era arriesgado, así que ocultó parte de su verdad —Sí.

—Lo siento —dio sus condolencia un poco torpes, quiso extender la mano para devolverle la foto a Nolan, pero en un impulso quiso tenerla, negándose a entregársela —Puedo. ¿Puedo conservar la foto?

Nolan se quedó sorprendido ante la petición de Reed, pero no podía negarse,

tenía unas cuantas en casa, tenía muchas fotos de su hija —Claro. Consérvala.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó entonces Reed.

Nolan se quedó mudo ante esa pregunta, jamás le preguntaban por su nombre, porque muchos decían que era aún más doloroso decirlo en voz alta al saber que jamás estaría con él y sobre todo porque jamás habló de otros de su existencia, solo creían en un rumor, un rumor que él jamás quiso aclarar, además de conocer su nombre solo hace menos de 2 horas, un privilegio y una condena que Nicolay Kapot se encargaba de hacerle arrastrar —Nunca tuvo un nombre.

—¿¡QUÉ!?! —dijo Reed.

—No preguntes chico. Nunca preguntes. Nunca, jamás he hablado de ella con alguien, solo es el triste recuerdo de una vida que quise tener.

Reed volvió la vista hacia esa fotografía y la apretó contra su pecho, ella era su salvadora, ella era su ángel de la guarda.

Nolan sonrió, por primera vez en cinco años sonrió, una sonrisa genuina, ese chico podría expiar sus pecados, en él podría obtener parte de su redención, aquella redención que buscó desde que un Kapot se cruzó en su vida y le arrebató el aliento y el alma en el proceso.

Eric lo observaba desde el otro lado con los brazos cruzados sobre su pecho, negó con la cabeza al ver que Nolan había cometido un error una vez más, había confraternizado y sentido algo por ese muchacho. Un muchacho que para ser realistas, podía ser un Nolan muy joven, igual de lastimado y herido. Un Nolan rendido.

## Capítulo 2

### INTRANSIGENTE

El inconfundible sabor amargo y metálico de su propia sangre lo ahogaba hasta el punto de tragársela poco a poco, no podía respirar muy bien y en respuesta sus pulmones se apretaban con tal fuerza que parecía que iban a explotar en la búsqueda desesperada de aire. Entreabrió los ojos intentando ver, pero solo lograba diferenciar rostros borrosos y luces parpadeantes, además de la máscara de oxígeno que le impedía aunque sea pronunciar una sola palabra.

Sentía frío, demasiado frío.

—Abran paso —gritó el doctor a cargo mientras la camilla era conducida de emergencia hacia la sala de operaciones, abriendo puertas y gritando para que le dieran el instrumental necesario para detener esa hemorragia.

—*¿Cómo llegué a esto?* —Pensó Reed saboreando su propia sangre —*¿Qué pasó en tan solo minutos? ¿Qué había salido mal en esa operación? ¿Qué había salido mal en su propia vida?* —cerró los ojos, entonces la imagen de un Nolan joven vino a su mente, él, ese hombre le había dado una mano cuando todo estaba perdido —*Sí, Nolan.*

Nolan Stromhod le había ayudado a dejar las drogas, le había ayudado en sus estudios secundarios y de preparatoria, le había dado una familia, fue la imagen de un padre, había pagado su universidad, había hecho de él un hombre, pero —*¿Cómo llegó a conocerlo?* —había olvidado cómo lo conoció, había olvidado esa pequeña conversación que tuvo con él por primera vez —*¿Por qué? ¿Por qué había olvidado? ¿Por qué lo había traicionado? ¿Por qué?*

—Doctor se está desangrando —dijo la enfermera haciendo presión en la herida intentando ayudarlo —La presión es demasiado baja. Estamos perdiéndolo.

—Agente Fletcher. ¿Me escucha? —dijo el doctor, revisando sus signos vitales e intentando tener una respuesta fija en sus ojos, pero lo estaban perdiendo.

*¿Por qué Nolan quería tanto a Naval?*, volvió a preguntarse mientras que el dolor iba adormeciéndolo aún más. *La foto.* recordó aquella foto que nunca le



entregó a Nolan, aquella fotografía que lo mantuvo cuerdo, sobrio y limpio por mucho tiempo, adoraba a esa criatura pero nunca supo su nombre, quería y adoraba a un fantasma que le dio fuerza en sus momentos más necesitados, al igual que ahora hacía Naval, su Naval.

—¿Mi Hijo? —preguntó en un susurro que el doctor logró captar —Mi hijo —repitió.

El doctor frunció el ceño y vio a la enfermera, era la primera palabra que decía desde que lo llevaron a emergencia, pero por lo que sabía de él, no tenía hijos o eso pensó el doctor.

—Agente. Hubo una emboscada en el banco, usted quiso evitar la explosión pero no pudo, ya era demasiado tarde y el sospechoso al verse atrapado le disparó —le comentó el doctor, pero Reed ya había caído en un profundo sueño, donde las voces se oían a lo lejos, donde el dolor no existía, donde ella aún estaba viva.

«La espesa niebla lograba ocultar algunos detalles de ese entierro, conocía ese cementerio a la perfección, había estado allí en tres ocasiones, pero ese ataúd, era su ataúd, conocía ese ataúd, él había estado en el funeral, había estado allí cuando su cuerpo bajo a la tierra y de pronto lograba diferenciarla a la distancia, era ella dejando flores a su propia tumba, Naval estaba de pie frente a él, frente a él una vez más.

Corrió hacia ella logrando verla, era ella, su Naval y no dudó en llamarla — ¡Naval! —gritó a la distancia. Ella se volvió hacia él llevándose un dedo a los labios, siseando —Shhh.»

Fue tal real que hubiese preferido reunirse con ella, pero algo evitó que se embarcara en ese nuevo viaje. No supo dónde estaba, pero el bip incesante a su lado le decía qué o estaba muerto o en el hospital y él era un muy mal enfermo, tragó dolorosamente saliva, lamió sus labios sintiéndolos secos, entreabrió los ojos pero aún sentía el efecto de los analgésicos, de los sedantes, todo era un sueño, todo parecía una cortina entre imágenes borrosas y voces distorsionadas, por un instante pensó haberla visto en la distancia, pero era solo un sueño, un sueño de tantos.

Recordó el disparo, la sangre, la explosión y luego nada, los doctores lo habían salvado pero Reed no tenía ganas de vivir, no sabiendo que con ella pudo haber sido feliz, no con ella enterrada y sintiendo amor y odio al mismo tiempo.

Se movió incomodo dejando salir de sus labios un pequeño quejido, quejido

que le sirvió para alertarla de que estaba despertando, sintiendo la calidez de una mano sobre la suya tratando de calmarlo, sabía quién era al simple tacto, conocía a la perfección sus toques, toques que en seis meses no había podido olvidar por más que Amanda Hammons le recordaba que su adorada y dulce Naval tenía un romance con Nolan, negó con la cabeza, su Naval estaba muerta y estaba en un dulce sueño del que no deseaba despertar —Naval —susurró con voz patosa, era un sueño, sabía que era un bello sueño que terminaría muy pronto, pero quería hablarle, decirle por qué mató a su hijo, por qué renunció a su amor y simplemente lo dejó a un lado con su dolor para luego suicidarse —Naval. Yo. —la mujer que tenía delante era diferente a la de tres años, no tenía tinta en la piel, la mirada más brillante, la piel más clara.

—Sssh —le dijo ella inclinándose sobre él y besando sus labios, callándolo. Era ella, sabía que era ella, entonces él llegó a la conclusión de que estaba muerto pero feliz, podía estar con ella, podía verla una vez más —No hables. Debes descansar.

—Yo. Yo. Lo siento por el bebé. —tragó saliva mientras que lágrimas rodaron hacia sus sienes, tenía tanto que decir, decirle y explicarle todo, jamás tuvieron tiempo para poder hablar.

—No, Reed. Estamos bien —tomó esa mano casi muerta y la puso sobre su abultado vientre justo en el momento exacto que el niño dio una patada fuerte —¿Lo sentiste? —dijo Naval con un brillo en sus ojos, siempre deseó que Reed sintiera a ese pequeño, a ese niño que era de los dos.

—Sí —afirmó Reed dándole una sonrisa mientras lágrimas hacían aún más borrosa su visión —Pero es imposible —le dijo, pero en un sueño todo valía.

—Es un niño —murmuró solo para él —Un bello niño. Ese es tu regalo de cumpleaños Reed. Hoy 17 de mayo cumples 33 años y eres padre. —se sintió como ella sorbió su nariz ante las lágrimas al verlo postrado en una cama con el brazo vendado, rasguños y magulladuras leves en su bello rostro varonil y sobre todo esa herida en el cuello que pudo haber causado su muerte.

—Te amo. No puedo dejar de pensar en ti, en nuestro bebé, en lo que pudimos tener.

—Yo también te amo Reed. Te amo tanto que duele.

—Entonces por qué. Por qué te fuiste y me lo arrebataste.

—Porque si seguía en tu vida él te mataría. Prefería verte a la distancia a no verte nunca más y visitar una lápida fría —le explicó.

—Podimos solucionarlo juntos.

—No, no si el precio era perderte para siempre. —Naval se acercó a Reed secando sus lágrimas con sus besos —Jamás a un precio tan elevado como ese.

Cerró los ojos, habían sido dos largos y agonizantes días para ella —Te amo —le repitió ella con sollozos, secando sus propias lágrimas con las manos.

—Por favor, no me dejes —suplicó Reed, sosteniendo su mano con una fuerza mínima.

—No lo haré. Jamás te dejaré. Siempre estarás en mi corazón.

—No mientas. Sé que te iras, me dejaras. —la acusó.

—Naval. Debemos irnos —dijo Nolan detrás de ellos, estaba vigilando las entradas, mientras que Eric se cercioraba que no fueran interrumpidos y que Amanda no fuese y los descubriera.

—Un minuto más papá —le pidió ella.

—¿Nicolay está contigo? —preguntó Reed confuso, sabía que era un sueño, Nicolay estaba muerto, él había visto su cuerpo.

—No cariño, es Nolan.

—No. No con él, por favor, no te vayas con él —apretó su agarre, haciéndola sufrir más a ella ante el estado de desesperación por perderla una segunda vez — Por favor, no, no con Nolan. Él no —repitió con dolor.

Naval había estado aguantando leves dolores, pero el que sintió a continuación la obligó a llevar la mano libre hacia su vientre emitiendo un quejido de dolor al sentir una contracción, intentando calmarse pensó que era la tensión del momento, pero no era así —Papá. Papá. —le llamó manteniendo la calma, no por su padre, sino por Reed. Nolan al sentirla, corrió hacia ella ayudándole a sentarse —El bebé, el bebé ya viene —dijo con miedo.

—Tranquila cariño, tranquila. —sacó su móvil y llamó a Eric de inmediato —Tenemos un problema. El bebé.

—Naval. Naval ¿Qué sucede? —preguntó un soñoliento Reed.

—Nuestro bebé ya viene..

—Quiero ir contigo. Por favor, quiero ir contigo —intentó levantarse, pero la mano de Naval sobre su pecho se lo impidió, era aún más doloroso verlo luchar por no perderla una segunda vez.

—Por ahora no podrás cariño, necesitas recuperarte, por nosotros, por él, tienes que luchar y recuperarte. Tienes que encontrarnos.

—No me dejes, Naval. No me dejes otra vez —luchó contra el sueño, el dolor y la desesperación de perderla —No podría soportarlo una vez más, no puedo —pero su cansancio era aún más fuerte de lo que él pensó, susurrándole antes de cerrar los ojos —Te amo. Jamás dejaré de amarte.

—Yo también te amo, y jamás. Nunca jamás te olvidaré, cariño mío —llevó su mano hacia el collar Claddagh que rodeaba su cuello en una delgada cadena de oro, quitando el seguro lo tomó entre sus manos y lo depositó en la mano de Reed, enredando la cadena en su muñeca —Te amo —dijo con sollozos y quejidos ante las contracciones.

—Mi hijo. Mi hijo —repitió Reed intentando no soltar su agarre, pero quedó profundamente dormido ante el agotamiento y esfuerzo.

—No te preocupes por él. Se llamará como tú —le respondió ella —Llevará tu nombre, él llevará tu nombre —soltándose lentamente de la mano de Reed y yéndose una vez más, pero esta vez para siempre.

La toma de rehenes en el Banco de Portland fue una catástrofe, todo había salido bien hasta que una explosión hizo treinta y cinco decesos entre ellos agentes, policías y los rehenes y entre diez heridos estables y dos de gravedad, figurando el nombre de Reed Samuel Fletcher entre ellos.

## Capítulo 3

### DESEOS CONCEDIDOS

#### *DOS AÑOS Y SEIS MESES MÁS TARDE*

Siempre estaba en frente de él, dándole una sonrisa todo conocedora, estaba como antes, su sonrisa, sus labios, sus ojos tiernos, quiso acercarse a ella, pero de la nada se alejó de él más y más sin darle opción a poder alcanzarla, comenzó a correr gritando su nombre con desesperación, necesitaba encontrarla, preguntarle por qué, pero jamás podía, era el mismo sueño, la misma pesadilla, no importaba cuando corriera, no importaba cuando gritaba, siempre la perdía entre la niebla oscura de su conciencia y su deseo por tenerla y recordarla, su olvido era lo que le mataba de la manera más lenta.

Pero de nada, se trasportaba a un lugar donde los blancos eran lo ideal, sus gritos de dolor, el cómo sus labios se abrían al gritar de manera dolorosa mientras que su cuerpo yacía en una cama, era su rostro, era ella quien gritaba con desesperación, pero no pedía ayuda, jamás la pedía y cuando estaba a punto de sujetar su mano dispuesto a ir a ella y reconfortarla, todo se desvanecía, ella desaparecía.

Pero ese sueño era distinto, podría decirse que inclusive era real.

El cementerio a finales del otoño parecía tétrico, las hojas y árboles secos, reclamando vida al dejar caer parte de ellos en el césped que por alguna razón estaba en perfectas condiciones, Reed siempre recordaba que ésa era la estación preferida de Naval, siempre el frío, la noche, eran parte de su vida, de lo que podría llamarse vida.

Pero ese tarde era diferente, una niebla intensa había cubierto el lugar, haciendo para Reed difícil ver a la distancia, pero conocía muy bien el cementerio, por tres años no había dejado de ir cada viernes al atardecer siempre dejando una rosa roja en su tumba, caminó por su ruta habitual, frunció el ceño al volver el rostro y ver hacia todos lados, algo en ese día no le parecía normal, como la habitual rutina, caminó despacio con el sonido inconfundible de las

hojas secas al ser pisadas.

Entonces vio la gran lápida que decía **Kapot**, delante de esa lápida que había escuchado lamentos, reclamos y luego solo palabras de amor y desesperación era contemplada por alguien más, ese día era diferente a cualquier otro, había alguien allí cuando por tres años nadie visitaba esa tumba, aceleró el paso, estaba seguro de reconocer a esa persona, estaba seguro de saber quién era, entonces se detuvo en seco dejando caer la rosa al suelo ante la impresión, pudo verla en cuerpo entero, era ella, era su Naval, de pie ante su propia tumba.

Tragó saliva al no poder dar crédito a lo que sus ojos veían esa tarde, sin poder contenerse, la llamó a la distancia una vez más —¡NAVAL! —gritó con desesperación, la desesperación de verla desaparecer como en muchos de sus sueños.

Ella se volvió ante el llamado, dándole una sonrisa se llevó el índice a los labios, siseando —Shh. —para luego regresar la vista hacia esa tumba.

Intentando alcanzarla, poder verla y estrecharla entre sus brazos, esta vez estaba dispuesto a no perderla, pero la niebla cubrió la totalidad de su panorama, para luego ver a Xavier detrás de ella apuntándole directo a la cabeza.

Negando con la cabeza intentó advertirle, pero el sonido inconfundible del disparo, solo le hizo gritar con terror.

—¡NAVAL! —gritó, obligándose a incorporarse bruscamente en la cama con el corazón latiendo a toda deprisa y todo el cuerpo en tensión, siempre despertaba aturdido por el sueño, sus pesadillas eran confusas, habían pasado ya tres años y las mismas pesadillas, siempre era la misma, había veces que trataba de cambiar el final, pero jamás podía, por más que deseaba sostener su mano, besar sus labios o simplemente estrecharla entre sus brazos, nunca podía, nunca. Pero ese sueño había sido tan distinto, era un sueño nuevo. Sintió el sonido inconfundible de su Ipod, lo buscó entre las almohadas, viendo que la canción de *Body on me de Chris Brown ft Rita Ora* sonaba en sus audífonos. Dando un suspiro, se llevó ambas manos hacia el rostro cansado de tanto pensar en ella, miró a su alrededor, pero su habitación estaba tan vacía como siempre.

Miró el reloj y se dio cuenta que como siempre era las tres de la mañana, el mismo sueño, la misma hora, estaba cansado de esa pesadilla agotadora, aunque esa noche había algo diferente, pudo verla, pudo verla y por un momento hasta casi estrecharla entre sus brazos —Fue tan real —se dijo a sí mismo, intentando tranquilizarse, por tan solo un momento creyó tenerla, creyó verla, pero cómo

siempre le era arrebatada y esta vez Xavier era quien había logrado quitársela.

Jamás podía deshacerse de esos sueños, y sobre todo de esa nueva sensación, la sensación abrumadora al perderla y de saber que ese hijo podía estar vivo, llevándose ambas cansadas manos hacia la nuca, pidió al cielo que su fantasma desapareciera de su vida, pero era imposible, siempre venía con más fuerza y más fuerza pidiendo su lugar de vuelta.

Levantándose de la cama, se acercó a la ventana en bóxer y al sentir el aire fresco de la ventana, su piel se erizó. Cómo olvidarla, cómo pretender arrancarla de su mente si cada noche que pasaba su recuerdo venía con más fuerza, apropiándose de su vida, apropiándose de su subconsciente, apropiándose inclusive de su tranquilidad.

Con la mirada fija al vacío, sonrió al recordar sus besos, acariciando sus labios al sentir el calor y el sabor intacto en ellos, cerró los ojos ante las ardientes lágrimas que nublaron su vista, Naval acabo mal, murió antes de tiempo, él la había rechazado después de que ella decidió perder a su bebé. — *¿Qué clase de hombre era él? ¿Por qué no luchó por ella?* —se reclamó con insistencia.

Recordaba cada momento, inclusive ese momento violento en el hospital, arrepintiéndose de ello cada día de su miserable vida, había perdido al amor de su vida, a su mejor amigo y a un hombre que le dio la mano como padre. Nolan falleció de un ataque cardíaco días después de la muerte de Naval, y Dylan, él se había quedado junto a su amigo, no solo haciéndole compañía en esos tétricos días, sino que sacó su trasero de la depresión, del anhelo y búsqueda de la muerte, hasta que su familia y trabajo lo llamaron nuevamente.

*Estaba solo, se había quedado completamente solo, una vez más.*

Pero aún le quedaba algo mucho más valioso, el sabor de sus besos secando sus lágrimas hace dos años y seis meses, sonrió como estúpido al recordar tal memorable encuentro, de tan solo pensar que ella pudo haber tenido a su hijo, un niño. *Es un niño*, recordó él a detalle esa conversación, pero cuando el dolor y el sueño habían desaparecido había preguntado a las enfermeras si una mujer embarazada había ido a verle, pero ellas negaron con la cabeza.

—*Le pondré tu nombre* —pensó él, ese niño pudo haber sido su luz y su vida, su familia. Tragó saliva, no quería recordar más ese doloroso momento, no quería quedarse atrapado en ese mundo que pretendió ser suyo por unos minutos, solo unos minutos ya que todo le fue arrebatado, entendió entonces el dolor de Nolan en esos años, entendió por qué Nolan jamás hablaba de su hija, ya que el

dolor era tan fuerte que uno solo deseaba morir, y cuantas veces no había puesto su arma en su sien dispuesto a jalar el gatillo, cuantas veces no había tomado hasta caer rendido, cuantas veces no deseo ser él quien murió hace tres años atrás.

Cerró los ojos al recordar cada vivido sueño, llevando su mano hacia ese collar que misteriosamente había aparecido en su mano cuando despertó, consiente y sin rastro de sedantes, por un momento pensó que era Amanda quién le había dado el collar, aunque nunca le preguntó ella jamás mencionó hacerlo, pero en el fondo quiso creer que Naval había regresado solo por él, que ella estaba en un mundo dónde su pequeño hijo crecía en su vientre, en un lugar donde tendría una segunda oportunidad para ser feliz.

Contempló su departamento, estaba demasiado silencioso y vacío, los muebles había sido cubiertos por telas blancas, los demás objetos de importancia como cuadros, libros estaban dentro de pequeñas cajas que podían ser trasportadas en auto o en el avión, no podía pasar un minuto más allí, ya no quería pasar más tiempo allí.

Observando el que fue su hogar por los últimos diez años, se limpió el sudor de su barbilla con la mano fijándose en las cajas apiladas a un lado, todo listo para una mudanza que podría devolverle parte de la vida y quizás la esperanza de tener su propia familia.

Estaba todo listo para ese nuevo viaje, un nuevo lugar en el cual convertiría en su hogar, dando un suspiro en alto, se dio cuenta que no tenía las agallas, el valor de vender ese pequeño departamento que en su momento también fue de Nolan en sus años de juventud y por más que le guardase rencor, no podía deshacerse del primer regalo que él le dio, sí, Nolan le había entregado las llaves de su apartamento como obsequio y premio a su graduación en la universidad, siendo el chico con un promedio alto y con las esperanzas puestas en ser un hombre importante para la agencia, gracias a Nolan tenía mucho más, pero también por él había perdido al ser que fue el más importante en su vida, Naval Kapot.

Amanda había ocupado un lugar en su cama en el pasado, solo para ocupar un lugar importante en su vida, consolándole, amándole y entregándole parte de su vida y sus sueños, gracias a ella podía permitirse seguir adelante, le había ayudado a dejar el fantasma de Naval atrás y seguir. Sí, Reed se había comprometido con ella meses después de su muerte, pero Naval seguía aún en sus recuerdos, por ello optó de irse del departamento, irse de la ciudad y mudarse



a Boston, aparte de tener una mejor oportunidad de trabajo, dejando atrás los casos especiales, las persecuciones y sobre todo las balas, quería un trabajo de escritorio y lo había logrado, el Bureau de Investigación en Boston le daba muchas oportunidades para crecer y quizás llegar a establecerse como Eric y como una vez lo fue Nolan, lo único que deseaba en esos momentos era ya no sentir el amargo dolor ante su pérdida, dejar atrás el haber conocido y amado a Naval Kapot.

Sin ánimos para regresar a la cama fue hacia la cocina tomó una cerveza, destapándola y bebiendo del pico sorbos pequeños, bajó la vista hacia la mesada, notando que Amanda se había dejado los tipos de letra para las invitaciones de su boda, al comienzo pensó que solo era momentáneo, algún tipo de juego, pero luego tomó la decisión, la mejor decisión, formar su propia familia, una familia que él amaría y respetaría.

Volvió la vista hacia la ventana, aquella ventana que le recordaba cada instante a ella, sobre todo en esa época, faltaba una semana para conmemorar el tercer aniversario de su muerte, por eso deseaba irse de allí lo más pronto posible, escapar, no quería recorrer cada viernes al atardecer su tumba, no quería ver la casa donde vivió hecha pedazos, no quería sentir su aroma cada día al despertar. No deseaba pasar las fiestas navideñas con su recuerdo amargando su noche, intentando imaginar cómo hubiese sido su vida si ella viviese, si su pequeño hijo viviese, incluso, si él mismo viviese.

Hizo su mayor esfuerzo intentando ver el paradero de Xavier, pero jamás se supo donde había ido o más bien donde había terminado. Pasó una mano libre sobre su rostro, anhelaba que fuese el día siguiente, ya que si pasaba un minuto más allí se arrepentiría de irse, se arrepentiría de dejar que Amanda haga los preparativos para la boda, aunque la fecha estaba confirmada dentro de cuarenta días, podía permitirse claudicar en cualquier momento. En el fondo sentía que la abandonaba, que la dejaba en el olvido, pero no podía permitirse vivir a la sombra de una mujer muerta, de una mujer que solo le dio una puñalada por la espalda, una mujer que solo jugó con él de la manera más cruel, arrebatándole cada sueño de tener una familia, cada momento de poder desear tener hijos, le había arrancado cruelmente el corazón.

Inclusive, ante el dolor había intentado tener un niño con Amanda, ella gustosa deseaba darle un hijo, un hijo ante la pérdida del propio, pero su aborto hace meses solo había hecho mella en su autoestima y por ello decidió que el mudarse era aún mejor, y casarse la perfecta opción y solución.

Ensimismado en sus recuerdos y memorias, el sonido de su móvil lo arrancó de esos momentos de melancolía, decepción y de aquellos momentos de los cuales temía olvidar, vio su teléfono, era demasiado temprano para que recibiera una llamada, pero como siempre el número jamás aparecía, y siguió como siempre contestando al tercer llamado —Hola —dijo con un leve miedo que no podía explicar a esa llamada, ya todos los viernes por tres años, alguien marcaba con un número desconocido, no hablaba y luego colgaba, pero esa vez la voz logró distinguirse al otro lado de la línea.

—Hola Reed —saludó con sorna. La piel de Reed se erizó, esa voz, conocía muy bien esa voz, podía recordarla a detalle, a la perfección después de tres largos y agonizantes años. Iba a colgar pero la voz de Xavier lo detuvo —No intentes colgar —bramó —¿Cómo te va todo? Sigues intentando rehacer tu vida.

—De verdad estamos teniendo esta conversación —respondió con una sonrisa sardónica curvando de sus labios —¿Qué quieres?. —dejó la botella encima de la mesa y caminó hacia la ventaba de su sala, hizo a un lado la cortina, intentando ver algún detalle en el exterior del edificio.

—Tú crees que tus grandes esfuerzos han dado frutos. ¿Qué es lo que te hace pensar que después de tres años puedes olvidar todo y continuar?. ¿Ya la olvidaste?.

—Di lo que quieras.

—Deshecho por la muerte de esa perra ¿Cierto? —Espetó Xavier sin dejar de sonreír —El despecho de un hombre puede ser peligroso. ¡Casarte sobre todo! —hizo una pausa ante sus palabras —Pésima idea. Y con ella. Creo que deberías reconsiderar que tienes pésimos gustos en cuestión a mujeres.

—¡Malnacido! —Rugió Reed —Nunca, jamás en tu vida. Vuelvas a hablar de ella de esa manera —vociferó enardecido, rojo de ira, amenazándole.

—¿Qué te hace pensar que está muerta? —Divulgó negando con la cabeza —Eres un completo idiota al creerlo —exclamó —Ella nunca murió. Ella jamás murió.

Reed tomó con la mano libre la cadena de oro apretándola con fuerza, se limpió la boca con la mano, no necesitaba más drama esa noche, no más —¡No!. No vales la pena. No vale la pena seguir con tu mierda y sobre todo cuando te ocultas detrás de un teléfono ¡Cobarde! —mordiéndose el labio inferior ante la frustración de no poder arrancarle la cabeza a ese detestable hombre.

—Nos volveremos a ver Reed. —sentenció —Tú me llevaras hacia ella. — mencionó nuevamente Xavier en una amenaza vacía, eran simples palabras que hicieron inquietar a Reed de una manera que ni él mismo podía explicar.

—¡No!. Estás tan enfermo —bramó Reed.

La carcajada de Xavier solo logró enfurecerlo más —Cuando la encuentre la haré mía hasta el punto de que no quede nada de lo que fue y lo que es. Solo para matarla lentamente. No sabes cuánto saborearé poseerla una y otra vez hasta que me harte, verla rota y tu miraras como lo hago.

—¡Maldito hijo de puta! —ladró Reed lanzando el teléfono al otro lado de la habitación, no necesitaba esa conversación en ese momento, no después de tener todo listo para comenzar una nueva etapa, una nueva vida junto a Amanda, junto a la mujer que sería su esposa dentro de cuarenta días, casi un mes y diez días, además de ser el tercer móvil que rompía.

Maldiciendo por lo alto, Reed cerró los ojos llevando a sus caderas ambas manos, no podía ser posible que hasta el último momento ella lo perturbara, lo hiciera agonizar con esa muerte tan desastrosa —¡No! —negó con la cabeza, intentando quitar de su cabeza las palabras de Xavier —¡Ella murió! —dijo nuevamente intentando olvidar, convencerse así mismo que las palabras de ese hombre tan despreciable solo querían herirlo, que se quedara en el vacío de una vida, pero no le permitiría tener el control de su vida, no cuando tenía una de las mejores oportunidades de reiniciar, no podía creerle, aunque siempre había la posibilidad ante ese sueño tan real hace dos años y seis meses, cuando deseó morir pero Naval le visitó, diciéndole que estaba bien, que su bebé estaba bien, que ellos estaban vivos y lo esperaban —*Encuétranos* — recordó esa petición.

Entonces pensó en el niño, aquel bebé que Naval perdió, aquella pequeña criatura que era fruto de sus amoríos, llevando sus manos a su nuca intentó calmar su agitada respiración, él hubiese amado a esa criatura, a ese ser inocente que no tenía la culpa de nada, lo hubiese amado tanto que no permitiría que nada le sucediese, habría luchado contra el cielo y el infierno, contra la vida y la muerte con tal de tenerlo a su lado. Pero todo era inútil, ella estaba muerta, su bebé estaba muerto, soltando un soplido caminó hacia su móvil, tomándolo del suelo e intentando armarlo, no quería que Amanda le llamase y pasara a casilla de voz, otra vez.

Regresando a la cama, intentó descansar pero no lo logró, la idea de que ella pudiese estar viva recorría su mente, de tan solo imaginarse a una Naval con un vientre prominente y luego con un hermoso niño entre sus brazos hacia que su

mente imaginara cada detalle de esa vida perfecta, como resultado de su vasta imaginación haciendo que la cama tenga la culpa de sus ideas, las sábanas revueltas, las almohadas en el suelo, pero nada podía lograr calmarlo. Cabía la posibilidad y Xavier solo confirmaba esa sospecha.

Se irguió de su cama, pisó el suelo frío de la que sería su antigua habitación, pasándose los dedos por su cabello y luego hacia la barba media completa de su rostro, extendió su mano hacia su pequeña mesa de luz, encendiendo la lamparilla y abrió el último cajón, sacando de allí una pequeña cajita de terciopelo, la abrió para admirar el anillo de compromiso de su madre un anillo de plata e incrustación de diamantes, lo único que se permitió conservar de ella y luego unas fotos, las fotos que Nolan le dio hace ya años atrás, el único recuerdo que tenía de ella. Observó su rostro, aquel rostro que lo sedujo, aquellos ojos pardos que lo subyugaron hasta tan punto de caer rendido a sus pies y desear querer dejar todo por ella, incluyendo su trabajo. Sonrió ante el recuerdo, sonrió ante esa promesa, dejar todo, completamente todo por ella —Habré sido estúpido —se reprendió el joven agente, guardó la cajita y tomó una decisión que le pesaría minutos después, tomó todas las fotos, se levantó y caminó hacia su cocina, rompiéndolas en miles de pedazos para luego quemar las partes, quemar ese tormentoso recuerdo, quemar ese amor que aún sentía por ella pese a su traición, vio como el papel se convertía en cenizas lentamente, llevando su mano nuevamente hacia esa cadena, giró sobre sus talones y volvió a la cama, quizás con ese pequeño ritual conciliaría el sueño y tener la paz que buscaba.

Pero que equivocado que estaba.

Despertó sobresaltado, era la primera vez que no soñaba con ella, llevándose ambas manos hacia el rostro pensó que no tenerla en sueños lo haría descansar bien, pero estaba equivocado, había despertado aún más agotado que de costumbre, quitando las sábanas de encima se dirigió al baño, necesitaba ducharse, arreglar algunas cuantas cosas más y esperar a que el camión de la mudanza llegara, pero antes quería hacer algo, quería romper la atadura que lo mantenía en Portland, pero esta vez para siempre.

Caminó hacia el baño, desnudándose, abrió la llave de la ducha, permitiéndose sentir el agua caliente cubrir sus músculos tensos, dejó caer la cabeza hacia atrás y sacando toda imagen de su mente, dejándola en blanco por unos minutos, necesitaba tomárselo ya todo con calma, necesitaba relajarse e iniciar una vida, no tener solo recuerdos de un fantasma al que amó, de un fantasma al cual aún deseaba con desesperación.

Salió de la ducha cubriendo sus caderas con una toalla, se vistió con unos pantalones vaqueros desgastados, una camiseta ceñida, su chaqueta y unas zapatillas, al estar listo tomó las llaves de su motocicleta y salió de su apartamento, era necesario darle fin a ese sufrimiento, a ese episodio de su vida.

Condujo hacia el cementerio, no pudo evitar recordar la primera vez que fue con ella y visitó la tumba de Dayanne Kapot, fue algo trágico, doloroso, en su momento la vio llorar ante la tumba olvidada de su madre y ahora él estaba en la misma posición, llorando ante el vacío que dejó su preciada amante, caminó por ese pasaje de piedra y fue directo a la tumba, viniéndole a la mente el sueño de esa noche, verla, verla de pie allí frente a él, por un momento deseó con todas sus fuerzas que fuese una premonición y verla allí, pero de la nada la imagen de Xavier disparándole hizo mella en sus ya conocidos sueños.

Apretó la mandíbula, cuantas veces se había prometido tantas veces que lo atraparía, lo había jurado al visitar su tumba cada viernes al atardecer, siempre conmemorando que un día como ese la había conocido, no hubo un solo viernes que no la visitara, no hubo un solo día en que le reclamara su partida. Pero había fallado en lo primero, Xavier era imposible de rastrear y de solo pensarlo, se estaba hundiendo en su miseria, en sus recuerdos, y sobre todo en intentar recordar cómo era tener el cuerpo de Naval bajo el suyo.

Levantó la mirada y vio la lápida tallada, decepcionado de no ver a nadie allí de pie, negó con la cabeza el ser tan iluso, negó con la cabeza al recordar cada momento de su vida. Al comienzo no podía creerlo en los primeros días que ella estuviese allí, reprochándole su traición a ese muro de piedra con su nombre grabado, reprochándole por su estupidez de consumir drogas solo para morir ante la pérdida de su padre y su hijo, luego tan solo lloró, lloró por haberla perdido de una manera tan cruel, para terminar diciéndole que le amaba, repitiendo esas palabras, pidiéndole perdón, solo para después regresar a casa, a esa casa que le hubiese gustado compartir con ella, pero no, ella había muerto ya hace tres años atrás, tres largos y agonizantes años con ese vacío en el corazón, sin que nadie ni nada pueda ocupar su lugar, lo admitía, no había nadie que pudiese llenar ese vacío.

Y Amanda, ella solo le daba la oportunidad de olvidar.

Llevó su mano libre hacia la cadena de oro con un corazón, pertenecía a *su Naval* estaba seguro de ello. Sí, era su Naval, nunca dejó de serlo, por más que Creed y Nolan se interpusieran, por más que la reclamaran como suya, por más que el destino la arrebatara de sus brazos, todo quedaba lentamente en el olvido.

Sonrió como tonto al recordar ese insignificante detalle, siempre al estar preocupado o tenso, llevaba su mano hacia esa cadena apretándola contra su mano, era algo cursi para algunos, pero para él era distinto, era un ritual, era pedir perdón para luego decirle que la amaba y nunca dejaría de hacerlo, nunca, jamás dejaría de hacerlo y recordarla, pero no podía seguir viviendo de esa manera, tenía que poner un alto a esa obsesión que estaba costándole demasiado.

Negó con la cabeza una vez más, quitando de un manotazo todos aquellos recuerdos, necesitaba estar concentrado, en sus cinco sentidos, no estaba nervioso, solo ansioso, pero debía hacer lo correcto.

—Sé que. —Intentó buscar las palabras adecuadas —Que no fui perfecto. No te di lo que necesitabas en el momento, pero te amé a mi manera. Y lo peor es que no puedo sacarte de mi mente, de mi alma y mi corazón, estas presente y eso. —llevó ambas manos sobre su rostro —Eso me enoja. Me frustra. No puedo seguir así. Te amo, y daría lo que fuese por tenerte conmigo de nuevo —presionó su rostro con ambas manos intentando detener sus lágrimas, no le gustaba llorar, pero necesitaba desfogar, necesitaba gritar, su rostro teñido de rojo ante las lágrimas que surcaron sus mejillas—Pensé que aceptando a Amanda en mi vida te olvidaría, pero no, me equivoque, sigo equivocándome. Te sigo amando y extrañando, es algo que esta fuera de discusión —intentó darle humor, algo de humor a esas palabras sonriendo, pero a quien deseaba engañar —Amanda solo calienta mi cama, pero no ha llegado a lo más profundo de mi corazón, nadie llegó a lo que tú llegaste, cariño —en su pequeño monólogo, dejó la delicada rosa roja sobre la lápida —Naval. Mi Naval, ya no puedo seguir con esto, con este dolor que quema mi pecho, necesito seguir, tengo que. Es momento de seguir adelante, de dejarte entre uno de los recuerdos más bellos y memorables de toda mi vida —Arrancó de un solo movimiento la cadena de oro dejándola junto a la rosa —Lo siento. —apretó la mandíbula, intentando calmar ese agudo dolor en el pecho —Lo siento en verdad, pero debo continuar —irguiéndose, retrocedió, se sonó la nariz con su pañuelo y caminó hacia su motocicleta sin mirar atrás, no deseaba mirar una vez más atrás.

Era el comienzo de una nueva vida y no podía llevarse a Naval consigo.

Condujo a toda velocidad, mientras que lágrimas ardientes intentaban nublar su vista, pero debía ser fuerte así que aceleró aún más, cerró por un momento los ojos, pero en ese breve instante pudo recordar a detalle su sonrisa, incluso sintió su risa en el aire, pudo sentir sus caricias y aquel leve aroma a rosas que poco a poco intentaba dejar en el olvido, de la nada, por instinto se detuvo frente aquella

residencia, aquella casa que le ofreció la vida de la joven que cuyos restos reposaban en un cementerio frío. La casa estaba intacta aunque la lluvia, la nieve, las olas de calor había hecho estragos en los jardines, las ventanas y puertas opacas, el agua había deteriorado notablemente el valor de la casa, no había ese brillo particular cuando conoció La Residencia aquella primera vez, era un nido de recuerdos, un nido de dolor y miedo, aquella jaula que no dejaba escapar a esa ave, siendo la muerte la única que pudo liberarla de su tormento.

Volvió la vista hacia la autopista y continuó su camino, ya había finalizado con todo en Portland y podía tranquilamente mirar adelante o eso creía.

Al llegar a su apartamento vio el camión de mudanzas y a una enojada Amanda, dando un suspiro bajó de su motocicleta y caminó a grandes zancadas hacia ella, se daría la oportunidad de amarla, abrazándola desde atrás aspiró su aroma, intentando grabar en su mente aquel aroma y dejar el Naval atrás, pero cómo hacerlo si en cada momento, en cada acción su nombre venía, su nombre parecía estar grabado con un hierro ardiente en su mente, en su cuerpo, en su corazón —Hola, cariño —dijo Reed, besando su cuello.

—Amor, ¿Dónde te habías metido? La mudanza llegó hace una hora y ya hicieron caer dos cajas tuyas y rompieron el florero que mamá me regalo. Es mejor que ellos lleven todo, no quiero el estrés de tener que subir al avión y esperar a recoger todo esto —gesticuló exageradamente con las manos.

—Anda. Deja que hagan su trabajo. —espetó él, sonriendo sobre el oído de su prometida.

—Me extraña que estés tan meloso conmigo. ¿Sucedió algo? —preguntó volviéndose hacia él, rodeando su cuello con sus brazos.

—No. Nada, es solo que estoy feliz de que iniciemos algo nuevo en Boston. Luego la boda, la luna de miel.

—Vaya. No pensé nunca escucharte tan entusiasmado.

—Créeme, lo estoy —se inclinó besándola.

—Yo también estoy tan ansiosa de empezar una vida allí, aunque trabaje en el mismo edificio tengo chance de poner un ojo sobre ti.

Él lanzó una carcajada ante las insinuaciones de su prometida, de la que sería su mujer dentro de cuarenta días. —Creo que debería ser yo el que diga esas cosas.

—Contigo nunca se sabe —le dio un rápido beso mientras seguía observando

y dirigiendo a la mudanza, pero la sonrisa de Reed simplemente se borró una vez más de su rostro.

*Estas cometiendo un error.* Mencionó una vez más la voz de la razón.

Odiaba los últimos días del otoño, el frío, la humedad y sobre todo, las fiestas navideñas y los viajes familiares, todo preparado con una anticipación exagerada, bajó del auto e hizo su camino hacia la tumba, vio la rosa fresca y supo al instante que Reed había ido a despedirse, se inclinó tomando la rosa, apretándola en su puño y arrojándola a sus pies solo para pisarla con fuerza, vio la cadena de oro sabía perfectamente a quién perteneció, sabía perfectamente quién la tenía primero, tomándola entre sus manos, la estudió a detalle, era de ella, no cabía duda.

—Vaya, qué cursi. Sí que ella tiene toda la razón de cada movimiento que hace —espetó Xavier en voz alta, irguiéndose vio las tres lápidas juntas, ***Dayanne Juliette Kapot, Nicolay Novak Kapot*** y por último, ***Navalenka Nicholanya Kapot.***

—Créeme. Nunca creí tu muerte. De Nicolay sí, ya que yo mismo le di dos tiros extinguiendo así su patética y estúpida vida de porquería. y lo mismo debí haber hecho contigo, pero tú pequeña perra. Jamás me creí esa absurda mierda —guardando el collar en su bolsillo, se giró sobre sus talones, regresando al auto negro que lo esperaba, sin poder contenerse más, volvió el rostro viendo las lápidas y entre ellas la lápida que contenía el nombre de su más creciente obsesión, Naval Kapot, él se cercioraría de que su cuerpo estuviese allí, donde pertenecía, en lo más profundo de la tierra, pudriéndose.



## Capítulo 4

### CORAZONES

#### *MIDLAND, MICHIGAN —UNA SEMANA DESPUÉS*

El dolor de su pecho era nada comparado a la melancolía que sentía, podía llamarse emotiva, podía llamarse muchas cosas, lo único claro era que pasaba mes tras mes recordándolo, mes tras mes negándose a olvidarlo y dejarlo atrás, deseando grabarlo en su mente para siempre, tenerlo presente en lo más profundo de aquellos maravillosos recuerdos que fueron opacados por momentos lúgubres, pero era aún más difícil tener que enfrentar una realidad que la obligaba a dejarlo libre poco a poco. Bajó los parpados permitiéndose recordándolo a detalle, pero su imagen cada día se hacía más borrosa, por más que intentaba recordar ese peculiar aroma varonil de su colonia, el sabor de sus besos, la aspereza de sus dedos al tocar su cuerpo, sentir su peso sobre ella, el sonido de su voz, pero ese intento por tenerlo en su mente cambiaba noche tras noche, jamás dejó de amarlo, jamás lo haría ni pensaba lograrlo y hacerlo, esa era la gran diferencia, se rehusaba a dejarlo atrás como a muchas cosas —¡Reed! —dijo en un leve susurro mirando a la distancia —¡Mi adorado Reed! —aspiró hondo repitiendo su nombre una vez más. Elevó la mirada, observando las hojas llenas de rocío ante la lluvia de hace unas horas atrás, el invierno ya venía en camino y esa siempre fue su estación favorita, pero esa semana era la excepción, faltaban dos días para que se cumpliera su penoso fallecimiento, aquella charada que la apartó de él.

Vio a lo lejos el puente The Tridge, estaba hermoso a esa hora, las luces se apagaban dejando al amanecer darle un brillo espectacular, tan espectacular que no supo si sus lágrimas se debían a la belleza del puente o simplemente al dolor por recordarlo. Soltó un suspiro dejando salir del vaho de su aliento y sonrió por su suerte llevando una de sus manos hacia su corazón, jamás olvidaría lo que Reed le dio a ella, la oportunidad de vivir, de ser libre y sobre todo de amar, amar al ser más grandioso que ambos habían hecho.

La brisa hizo que los cabellos de su largo y rizado cerquillo volaran, su larga

trenza que llegaba debajo de sus hombros se movió haciéndola estremecer, cubriéndose con ambas manos apretó su estola roja sobre ella y pudo respirar por fin tranquila, tenía el chance de vivir sin miedos gracias a él.

Pero esa sonrisa de sus labios se fue apagando al recordar muchas escenas de aquella vida pasada, en especial esa escena sangrienta, siempre su felicidad se veía opacada por ese momento de desesperación, temor y terror, esa escena donde vio morir a Nicolay, aquel hombre que por diez años creyó que era su padre. Cerró los ojos por un momento, siempre estaba atrapada en medio de la oscuridad, mientras que el sonido de dos balas captó su atención para ver caer el cuerpo de su padre al suelo. Por más que intentaba olvidar esa escena, por más que intentaba sacar de su cabeza el sonido inconfundible de esos dos disparos jamás podía quitárselo de la mente, siempre lo recordaba en sueños, pero a diferencia de la realidad, era Reed a quien veía caer al suelo, era a Reed a quien veía morir en sus brazos y eso era lo que temía, temía que pudiese salir lastimado o incluso muerto, y eso era lo que su corazón no podría jamás soportar. Su corazón había sufrido cambios, pero había mejorado notablemente, aunque aún reclamaba por ese amor que intentaba dejar en el olvido.

Pero ¿Cómo poder olvidarlo? Si la visitaba cada noche en sus sueños, atormentándola, hiriéndola más de lo que ella pensaba, lo amaba, lo necesitaba, pero tomó la decisión de echarlo de su lado para poder así salvar su vida, tenía que salvar la vida del hombre que le dio su libertad, le dio más de lo que ella creía.

Observó a su alrededor, las luces se habían apagado, era demasiado temprano para estar fuera en ese clima, pero no importaba, quería siempre ver y cerciorarse de que ese era su hogar, pese a esos tres largos y agonizantes años, ella deseaba continuar.

Volvió el rostro hacia su nueva casa, era tan simple, era como las demás casas de la zona, tenía una vista maravillosa, una sensación cálida, una frescura y tranquilidad que disfrutaba a cada momento, era algo nuevo para ella, ya que en sus antiguas vivencias no recordaba ninguna de esas emociones y sensaciones. Aquella casa que solo había visto dolor y desesperación, sangre y lamentos, un amor y la pena de perderlo, amigos. Sus amigos.

No se preocupaba por ellos, les había obsequiado una nueva vida, les había dado también su libertad, Iona por fin pudo ver a su hija Antonia en Grecia, había conocido a sus nietos y bisnietos encontrando a su familia, encontrando paz y estabilidad.

Sansón tuvo la oportunidad de seguir saliendo con una bella chica de Astoria, quedándose con ella con la idea de formar ya una familia, era una buena noticia después de todo, el gran Sansón al fin había sido conquistado por una gran chica.

Trent, el encantador Trent siguió su sueño de tener todas las motos que deseaba, además de su taller mecánico en Idaho.

Y Creed, el gran León Negro no necesitaba dinero, pero si necesitaba seguir su camino, seguir con su vida y dejar atrás las malas vivencias que involucraban una sola palabra, *Kapot*, así que le pidió que rehiciera su vida tal como ella lo hizo y así fue, dejó atrás su apodo y su trabajo yendo a España por unos meses a tratar de relajarse, de continuar tras su muerte. Todos lloraron por su supuesta partida y pérdida, pero era mejor así, sin evidencia, sin testigos y ellos lejos del peligro.

Con los brazos cruzados sobre su pecho, se permitió pensar en él como todos los días desde la última vez que lo vio, sonrió al recordar que su hijo había sido para él el mejor obsequio de cumpleaños, nació justo el 17 de mayo, algo que no le permitía olvidarlo, pero él había seguido con su vida y eso le dolía demasiado, siempre tuvo la esperanza que después de esa visita él vendría a ella, pero se equivocó, solo había apresurado las cosas, faltaban no menos de 30 días para que él se casara con Amanda Hammons y ella se lo advirtió hace tres años atrás.

Las luces del sol iluminaron el puente, dejando así que su reflejo se vea en el lago, pero también iluminando su camino, iluminando al ser más maravilloso que había tenido en su vida. Fijo la mirada hacia su pequeño hijo, preguntándose ¿Qué hubiese pasado si le hubiese dicho la verdad? ¿Si tan solo le hubiese comentado sus miedos? Pero no podía vivir siempre así, temiendo que le arrebataran lo que más amaba, ella nunca lo soportaría, y más sabiendo que su vida corría peligro a cada momento.

Limpio con su mano la solitaria lágrima que recorrió su mejilla, sabía que si su pequeño la veía llorar, él también lo haría ya que no quería nunca ver triste a mamá. Naval esperó unos minutos le encantaba ver cómo el sol iluminaba a su hijo, ese pequeño pedazo de ella misma y de él. Observó su parecido, eran dos gotas de agua, el mismo carácter explosivo, incluso cuando le veía lograba ver a Reed en su interior, los rayos del sol le daban un brillo a sus cabellos castaños, piel blanca y labios rojos.

Tragó saliva ante la sensación, lo extrañaba, pero necesitaba continuar, debía continuar. De la nada sintió una mano posarse en su hombro obligando a volver

el rostro —Es temprano. —dijo con voz profunda, recordaba que era la misma línea que le dijo antes de avisarle sobre el incidente de Reed en el trabajo.

—Sabes que ahora ha cambiado su horario. —mencionó sin dejar de verlo.

—Vaya. Ha crecido tanto.

—Sí. Y simplemente no puedo dejar de verlo. Lo es todo.

—Mi pequeña. Tienes ya una familia. —el rostro de Nolan tomó luz, distinguiéndose sus rasgos envejecidos, sus canas y su barba —Me tienes a mí y nunca nos perderás —sonrió, jugando con la larga trenza de su hija.

—Son tan parecidos. —dijo volviéndose hacia su padre.

—Tiene que serlo. —acunó su rostro entre sus manos, dándole un poco de seguridad, ella siempre la necesitaba.

—Lo sé. —sonrió, volvió su rostro hacia el pequeño que jugaba con ramas y hojas secas, un pequeño de dos años vestido con un abrigo de su talla, chalina, guantes y un pequeño gorro azul, mientras que en una mano tenía un mono de felpa larguirucho que su abuelo le había regalado —Crees que si no hubiésemos desaparecido, si Reed hubiese permanecido en nuestras vida. ¿Lo hubiese amado?

—Sabes bien que sí. Es su hijo y creo que fue muy cruel decirle que lo habías perdido por qué no deseabas tener un hijo suyo. Reed hubiese sido incluso mejor padre que yo. Daría la vida misma por su hijo.

—Pero sabes que era la única manera de poder salvarlo.

—Pero él es infeliz. Quizás tenía razón en algo Naval, él hubiese renunciado a todo por ti. Por él. Por ustedes.

—Él nació siendo libre. No quería atarlo a una vida oculta.

—Pero él los hubiese tenido, a ti y a su hijo. Serían una familia —espetó Nolan —Le arrebaté parte de la vida haciendo que te fueras y más ahora.

—Es tarde para reclamaciones papá —insinuó ella con el ceño fruncido.

—No Naval. No son reclamaciones, simplemente creo que he tomado una decisión equivocada al separarte de él.

—No. Estamos bien así. Somos ya una familia.

—Hija. Yo no viviré para siempre —se llevó ambas manos hacia los bolsillos de su abrigo.

—Pero lo tengo a él.

—Tarde o temprano necesitará a su padre. Preguntará por él.

—Crees que no lo sé, papá —hizo una pausa significativa —Pero como decirle que su padre es un agente del FBI, que un día a otro puede morir. Eso solo le partiría el corazón.

—Como tú. Vives día a día con el corazón roto.

—No. Claro que no.

—Sabes bien que su compromiso con Amanda ya tiene fecha de caducidad, se casan el 25 de Enero —dijo Nolan de repente.

Tragó saliva la joven madre, intentando apartar las lágrimas que amenazaban con rebozar sus mejillas —Lo sé.

—Por eso le dije a Dylan que no. —hizo una pausa —Que no comentara nada sobre él.

—Tiene derecho a comenzar —se volvió hacia su padre.

—¿Y tú? Por qué estas rehusándote a seguir con tu vida. Reed no vendrá, no te buscará. Por el simple hecho que cree que tú estás muerta. Al igual que los demás.

—Lo sé —mordió su labio inferior para no llorar —Crees que no lo sé.

—Creed te ofreció la oportunidad de formar una familia. —suspiró hondo, llevando una mano hacia su canosa cabellera —Pero lo rechazaste. Haciéndole creer de igual manera que estás muerta.

—Era lo mejor. Nunca lo querría como suyo. Y además él de seguro querría más.

—Demostró que te ama de verdad.

—Deberíamos estar agradecidos entonces —tenía razón, pero su hijo merecía conocer a su padre, pero en el fondo se sintió egoísta, lo quería solo para ella, era su niño, su bebé —Sam.. Vamos adentro. —gritó Naval.

El pequeño niño al escuchar su nombre dejó caer las ramas al suelo, apretó contra su pecho a su mono de felpa y corrió hacia su madre con una sonrisa en su rostro, abrazándola con todas sus fuerzas para luego abrazar a su abuelo —¿Qué hace tan temprano el muchachito más lindo? —dijo Nolan tomándolo en brazos y besando su mejilla.

—Jugar. Mami me dio permiso —respondió el pequeño de ojos azules, tan azules que de solo verlo la imagen de Reed venía a su mente —Quería ver las luces del puente.

—Vaya. Vaya. Entremos a casa, está haciendo mucho frío. Y habrá escuela hoy.

—No sé por qué se le da levantarse a las cinco de la mañana todos los días —insinuó Naval.

—Quiere ver el sol. Al igual que su madre —Abrazó a su hija con una mano libre, caminando los tres de regreso a su casa, aquella confortable, cálida y sobre todo tranquila casa, ella había cambiado mucho, todos lo habían hecho, todos habían madurado —Deberías ir a la fiesta de Harris Cooper. Podrás relajarte. Además que el muchacho te ha echado ojo —bromeó su padre mientras entraban a la casa.

—¡Papá! Es en el nuevo complejo de apartamentos vip.

—¡Qué más puedes pedir!. —sonrió Nolan —Habrá vino gratis.

—¡Papá! —chilló Naval entre risas.

—¡Abuelo! —repitió el pequeño riendo y besando su mejilla.

## Capítulo 5

### ENCAPRICHADO

El viaje había sido largo y cansado, el vuelo le había resultado aún más que agotador, pero más agotador era tener a Amanda señalándole de un lugar a otro el lugar perfecto para los muebles, con las manos en las caderas vio la gran habitación, era muy amplia, la entrada, un vestíbulo que separaba a la izquierda el comedor, y a la derecha la pequeña sala con una chimenea incorporada, la cocina del lado derecho, las escaleras en el vestíbulo, dando a tres dormitorios, uno principal con un baño privado y dos habitaciones de invitados con baño compartido.

—¿No te parece genial? —chilló Amanda saltando de alegría, habían logrado mover de un lado a otro los muebles nuevos, Reed estaba agotado de tanto mover sillones y sillas de un lado a otro.

—Bueno, la renta aquí es barata. —sonrió, secándose con el dorso de la mano el sudor de la barbilla —Además. Ya está todo arreglado.

—Sí, lo sé. Es maravilloso. Tenemos nuestra habitación principal, la habitación de invitados y claro la que será la habitación de nuestro bebé —dijo Amanda colgándose de su cuello, pero ante aquella idea de niños la mirada de Reed se oscureció, no estaba preparado aún para tener niños, aún no deseaba saber nada de ser padre, de pronto se dio cuenta que si salía de Portland era para tener una vida nueva, así que se obligó a sí mismo a sonreír y aceptar.

—Claro. La habitación del bebé —sonrió.

—Entonces. Podemos ya comenzar planes de un bebé. Podemos intentarlo, yo dejando de tomar la píldora. —dijo levantando los hombros con una sonrisa pícaro —Y tú sin protección. Quiero estar segura y no tener un aborto espontáneo como la última vez.

—No crees que sería mejor casarnos primero. La luna de miel y luego vivir y preparar biberones y pañales una temporada, opciones de escuelas, preparatorias, bailes de graduación, opciones de universidad —espetó Reed un poco nervioso ante ese tema tan delicado.

—Entonces estás de acuerdo con todo. —forzó una sonrisa.

—Claro amor —dijo Reed, estrechando entre sus brazos a su prometida, pero en aquella mirada de ojos azules no brillaba con la emoción de tener una familia, aún no —Y sabes dónde están mis corbatas, tengo que presentarme en el trabajo dentro de unos días.

*Ella nunca murió, ella jamás murió.* La voz inconfundible de Xavier retumbó en su mente, cerró los ojos, ya que desde ese día no había podido evitar verlo como una opción realista, pero *¿Qué pasaba si Xavier tenía razón? ¿Sí ella estaba viva? ¿Si ese mero sueño en el hospital, era más real que su vida misma?*

*¡Dios mío dame fuerza!* rogó al cielo en silencio.

—Todavía falta una semana y media para todo ello —rezongó Amanda, sacándolo de su ensimismo.

—Qué te parece si pedimos algo de comer —Reed quiso cambiar de tema, no quería hablar más de óvulos, bebés, pañales y decoraciones para niños, tenía miedo, sí, había sufrido con la pérdida del bebé de Amanda, pero luego en lo más profundo de su ser supo que era mejor, todavía no quería hijos en ese matrimonio, aún no estaba listo para ser padre.

—Me parece buena idea —se giró sobre sus talones yendo por su móvil, quería ser la perfecta esposa, quería ser como Clare, aquella chica tonta que le arrebató a Dylan en su momento, pero esta vez tenía a Reed, el indomable Reed Fletcher a sus pies y lista para casarse dentro de unos días, eso era lo que siempre deseó, eso fue lo que se propuso en cuanto lo conoció y cuando Naval Kapot apareció, supo cómo podía deshacerse de ella.

Amanda cerró los ojos, era difícil olvidar cuanto le había costado aquello, pero había valido la pena, había valido la pena arrancarla de la vida de su adorado Reed.

—Amanda —le llamó a la distancia. Ella parpadeó resulta a alejar todo aquel pensamiento lúgubre sobre sus actos pasados, sonrió y bajó a encontrarse con su prometido en el piso de abajo.

Reed al verla bajar sintió una amarga punzada en la boca de estómago, últimamente sentía esa sensación molesta cada vez que la veía, sacudió la cabeza intentando quitar aquel malestar, pero supo que era mejor pasar unos días alejado de ella, sería lo mejor, aparte de poder ir a Michigan, ver a Dylan, así como también dar un cierre a su pasado, hace ya tantos años que había dejado en el



olvido la tumba de sus padres y visitarlos después de veinte años podía ser refrescante, como el chance de poder dejar todo atrás incluyendo aquellas palabras que no dejaban de retumbar y hacer eco en las paredes de su mente. Además la última vez que había ido a visitar sus tumbas fue cuando Nolan Stromhod lo cubrió con su ala protectora y lo llevó al que sería su hogar, Portland.

Al verlo ella con una mirada sombría sobre su rostro, frunció el ceño ante aquella reacción conocida, siempre quería saber que pensaba Reed, Amanda tenía el control de todo con respecto a Reed, pero jamás tuvo control sobre sus recuerdos, sus pensamientos y sobre todo nunca hablaba de Naval ni de Nolan, se había encargado de mostrarle con pruebas que ambos eran amantes, y no cabía duda que Madeleine Bates también se lo dijo en su momento —Te encuentras bien. Te noto algo ido últimamente.

—Sí. —intentó preguntarle —Amanda

—Dime.

—Esa vez. Cuando. Cuando —no hallaba las palabras adecuadas para poder preguntar si ella le había dado ese collar cuando le hirieron. Reed al no ver alguna respuesta a sus dudas, supo quién era la persona idónea que podría ayudarlo —Sabes. Solo que al estar en Boston es más fácil visitar a Dylan y por ende también visitar la tumba de mis padres.

—¿Pero para qué? —inquirió la morena desdeñosa y muy intrigada ante la propuesta.

—Sabes que quiero hacer un cierre con ello, desde hace veinte años que no les he visto, la última vez que los vi fue cuando Nolan me llevó antes de llevarme a vivir a Portland.

—Creo que no es necesario. Además nada bueno puede traer viejos recuerdos.

—Amanda, mis padres, son mis padres, necesito ver sus tumbas, visitarlos, ver si sus lápidas están en buen estado, hace veinte años que ni siquiera he ido, y esas piedras con sus nombres quizás han sido borradas por el tiempo.

—Entonces puedo acompañarte.

—Creo que en este momento, necesito hacerlo yo solo.

—Sí, entiendo. Ese idiota de Dylan jamás puede soportarme. —indagó desdeñosa, frunciendo la boca en un gesto despreciativo —Además no sé cómo

puedes aún mantener una amistad con esa familia después de lo que Nolan hizo.

—¡Amanda! —se llevó una cansada mano hacia el rostro, apretando así el puente de su nariz, odiaba ese tipo de discusiones, siempre sucedía lo mismo cuando se mencionaba el nombre de Nolan, siempre sacaba a relucir su amorío con Naval y jamás dejaba de recordárselo —Por favor, si tan solo dejaras de recordármelo. Eloísa y Patrick Dupree son buenos amigos, son los padres de Dylan y ellos no tienen ni idea de lo que Nolan hizo, así que no voy a dejar de lado a esa familia, ellos me ayudaron, Dylan fue mi amigo en esos meses que estuve en rehabilitación y limpiándome de toda la mierda de mi jodida vida adolescente. Creo que les debo aunque sea una visita de cordialidad y, respeto ante todo —apretó los dientes, y la recorrió con la mirada, no le gustaba que Amanda repudiara a Dylan por el simple hecho que antes fueron amantes y él escogió a Clare.

—Reed —acarició su torso con los dedos —Lo siento, Amor. Es que me siento demasiado celosa. Es como si no pudiera competir con la sombra de esa chica muerta.

—Naval. Su nombre era Naval —confirmó él con amargura.

—Estamos discutiendo por nada. Si quieres ir con Dylan, ve. Nadie te detiene. Pero espero que ese idiota de amigo que tienes no trate de lavarte el cerebro con respecto a ella. Sabes bien la verdad y él solo trata de hacerme enfadar con decir lo contrario y defenderla a capa y espada.

—Estamos pisando terreno peligroso aquí, Amanda. Me casaré contigo dentro de un mes, creo que ya estamos mayorcitos para poder tomar una decisión y cumplirla. —hizo una pausa significativa, no quería discutir más, no quería que ella sacara a colación que había sido engañado por Nolan y Naval. No tenía ánimos para seguir con aquella absurda discusión que jamás los llevaba a algo, solo a más discusiones sin sentido, palabras dolorosas y difíciles de olvidar — Mejor. Me daré un baño en cuanto tú pides la cena.

Reed giró sobre sus talones y subió escaleras arriba, no necesitaba más discusiones, más tristes recordatorios. Encerrándose en el baño, se desvistió y se vio en el espejo, tenía la marca de la bala que había recibido por ella y luego esa horrible cicatriz que había quedado en un lado de su cuello. Negó con la cabeza e intentó alejar todo pensamiento negativo de su mente, adentrándose a la ducha y refrescando su cuerpo.

Pero una voz le dijo la verdad sobre sus peores temores: *Siempre estarás condenado a vivir entre discusiones y falsos recordatorios de lo que fue su vida.*

—No. Amanda solo esta celosa —se repitió él.

*¿Celosa de qué? ¿Del recuerdo de una muerta? ¿Por qué tiene tanto miedo de ella? ¿Tendrías miedo a una muerta o más bien de una persona viva que pueda arrancarle todos sus deseos y anhelos en segundos?*

—Ella está muerta. Amanda teme que nunca la deje de amar y no corresponda como es debido a sus sentimientos incluso dentro del matrimonio.

*Por qué te mientes Reed. Sabes perfectamente que ella puede estar viva. Por ello, Xavier te llamó, por ello Xavier te advirtió. Y Amanda lo sabe, ella sabe que Naval nunca murió, tú hijo puede estar vivo.*

—Si fuese el caso. Ese niño no sería mío, puede ser de cualquier otro.

*No, sabes perfectamente que ese niño es tuyo. Tendrá tu nombre, te prometió, ella te lo prometió.*

—Cállate. Solo cállate —rugió él, dando un buen puñetazo hacia la pared haciendo caer una de las losas del baño, odiaba cuando esa vocecilla iba y le decía que jamás la olvidaría, odiaba cuando le decía que ella siempre le pertenecería, pero odiaba más cuando siempre tenía razón.

Hizo caer la cabeza hacia atrás dejando que el agua limpiara su rostro, le hubiese encantado que la ducha limpiara también su mente, pero jamás podría quitar su recuerdo, nada competiría con ello, nada ni nadie le diría como olvidarla.

Instintivamente llevó su mano hacia su cuello, pero recordó que había dejado o más bien había devuelto ese collar a su verdadera dueña, se sintió vacío y más desnudo que nunca, aquella medalla antigua representaba mucho para él, representaba que su hijo pudiera estar vivo y que ella posiblemente lo esperaría como le había dicho esa vez en el hospital —Naval. ¿Por qué me dejaste Naval? —se reprendió, contrito.

Jamás pudo decirle la verdad de aquellas duras palabras dichas tanto en el despacho de Nolan como en el hospital, se había dejado llevar por la rabia y la cólera ante aquellas pruebas que quizás eran falsas. Pero Amanda. Él sabía la verdad, que ella solo buscaba herirlo por la manera en como la desprecio, habría querido venganza por cómo la utilizó. cayendo en su trampa, recordando que ella le prometió que lloraría por una mujer y así lo había hecho, lloró por Naval, por su hijo, por la pérdida de ambos. Solo podía decirse una cosa de ese matrimonio, iba rumbo en picada al fracaso o simplemente a la monotonía y quizás a un matrimonio para nada solido compuesto de noches de placer y el rumbo a una

familia utópica, llena de mentiras y secretos, calumnias y engaños. Pero necesitaba ya una familia, necesitaba con urgencia alejarse de ese fantasma que se había colgado de su vida más allá de su propia muerte.

Naval Kapot estaba condenada a perseguirlo. —¿Pero por qué? —la explicación quizás la tenía Dylan, y ese viaje solo aclararía dudas y malos entendidos, él fue el único aparte de Stromhod que velaron por ella después de cómo le arrebató la vida a ese ser inocente ypreciado para Reed.

Dylan se había ofrecido como un buen amigo ante Naval, visitándola de vez en cuando, fue él quien supo primero de su muerte y fue él quien ayudó a Iona en todo los preparativos. Fue él quien la vio por última vez. Pero si fuese verdad que ella estuviese viva. ¿Cómo habrían hecho para saltar la seguridad y que Iona y los demás no la vieran viva? Solo era lo que él deseaba creer y recrear de aquella trágica historia un final aparte y quizás no del todo doloroso, saber y creer que ella estaba viva para así tener un motivo más fuerte que la vida misma en no casarse con Amanda.

Esa era la verdad, no podía enfrentarse a esa verdad, por más cruda y real que resultara, por más que deseara quererla, sentir algo por ella, jamás podía, no podía engañarse a sí mismo con tal idea, no amaba a Amanda y no lo haría nunca, solo quería un motivo para distanciarse, un motivo para olvidarla, un motivo para poder así arrancar a ese fantasma de su vida que se había colgado de su espalda, condenándolo a la desolación y la soledad eterna.

—Dylan —pronunció, el nombre de su amigo salió de sus labios como una amarga fruta, cerró la llave de la ducha, tomó una toalla y se cubrió, caminó hacia su closet, tomó su bolso y comenzó a colocar algunas prendas de algodón, pantalones vaqueros, ropa interior y lo necesario para unos cuantos días en el clima frío de Michigan.

Tenía que hablar con Dylan, que le dijese que la había visto muerta, que le sacara y aclarara todas sus dudas concernientes a Naval Kapot y su repentina muerte.

## Capítulo 6

### DESCIENDE

No había sido un largo viaje como pensó, pero tener a Amanda llamándolo a cada hora era realmente asfixiante, había llegado hacía solo unas cuantas horas y ella ya estaba monitoreándolo como si fuese un bebé en busca de orientación y cuidado.

—Cariño. ¿Cuándo regresarás? —preguntó Amanda a través del teléfono móvil.

Reed logró estirar un brazo, desmerezándose —Amanda, salí de allí hoy en la mañana. Acabo de llegar hace solo tres horas. Además justo es cumpleaños de Lucas. Y no puedo perdérmelo. Aparte tú no deseaste venir.

—Y yo que haré el fin de semana sin ti. Además se supone que debíamos terminar con los preparativos, la boda es dentro de un mes —le reclamó.

—Vamos Amanda, porque tú estás sola, yo no iré corriendo hacia ti. Tienes opción de venir. Aparte regresaré el lunes en la madrugada y estaré allí cerca de las ocho.

—Pues dile a Dylan que la próxima también me invite a mí. Y no solo a ti.

—¡Amanda! —se pasó una mano sobre el rostro cansado, cansado de las constantes discusiones, quería a Amanda pero no hasta el punto de asfixiarla con incesantes llamadas.

—Nada de Amanda. Se supone que estamos prometidos y en esta semana estamos viendo los detalles de nuestra boda. —inquirió la morena.

—Sabes que todo lo que tú elijas me gustara.

—¿Incluyendo el pastel?

—Incluyendo el pastel —repitió Reed.

—Entonces todo lo arreglaré yo. Te parece.

—Me parece —dijo hasta el punto de caer rendido.

—Bien. Disfruta entonces de lo que queda de vacaciones.

—Lo haré.

—Adiós amor.

—Adiós Amanda —finalizó la llamada más intensa que había tenido en todos sus 35 años y solo había durado unos cuantos segundos.

Dylan se restregó los ojos, incluso él estaba más cansado de lo que espera con esa llamada —Sí que es intensa —exclamó Dylan.

—Dímelo a mí.

—Y —vaciló por un momento, con las manos en los bolsillos jugó con una pequeña piedra, empujándola de ida y vuelta con el pie —Siempre piensas casarte con ella —dijo, sonó más como una afirmación que una pregunta.

—Sí, Dylan Solo falta un mes para la boda. Creo que ese tema ya está demasiado zanjado. No pienso cancelar mi boda con Amanda —dio por resuelto el tema y no permitiría que entrara a discusión justo en ese momento.

—Yo que tú lo pensarías bien —protestó su amigo —Es algo muy grande. Debes estar 110 % seguro que es lo que quieres. Sabes que es normal que a última hora las bodas se cancelen.

—Ve al punto Dylan —puso los ojos en blanco, estaba cansado de que su amigo siempre le dijera que era una muy mala idea ese matrimonio.

—Amanda no es para ti. —levantó la mirada, con los ojos fijos en su amigo.

—¿Lo dices porque tú estuviste con ella primero? —dijo él entonces.

—No. Porque sé que no la amas.

—Sabes bien que no puedo esperar por siempre a un fantasma.

—¡Reed! —Protestó nuevamente, palmeando su espalda —Estas cometiendo el peor error de tu vida. Sabes perfectamente que ese matrimonio está destinado al fracaso. Y será aún más difícil que puedas separarte de ella, jamás te concederá el divorcio, sabes perfectamente eso. Simplemente estas cometiendo uno de los peores errores de tu vida.

Reed volvió el rostro implacable con una mirada centelleante.

—El peor error que cometí fue conocer e involucrarme con Naval Kapot —sentenció.

—El peor error que cometiste fue dejarla sola cuando más te necesito.

—¡Sabes Dylan! Cada vez que hablamos de mi boda siempre sacas a relucir el nombre de Naval. No puedo esperar jamás por ella porque simplemente murió. Fue lo demasiado cobarde como para acabar con su vida de una manera tan miserable, no tuvo las agallas ni siquiera de dispararse como era debido. Simplemente se metió esa mierda y murió ahogada en su propio vomito en la maldita bañera.

—Estas siendo duro con ella. —Dylan se sentía mal cada vez que le veía, cada vez que veía a su amigo dudando por una decisión tan importante en su vida.

—Qué bien que Clare trabaje aquí. Esta junto a su hijo. —cambió de tema, no quería hablar más, no quería enojarse con Dylan y su tardío intento para que perdonara a Naval.

—Ni que lo digas, me obliga a recogerlo, siempre dice que quiere que pase tiempo de calidad con mi hijo —espetó su amigo viendo como los niños salían en busca de sus padres.

—Y tiene razón. Disfruta al máximo de tu hijo —le respondió.

*Yo no pude hacerlo, por el simple hecho que lo mató, por el simple hecho que murió antes de poder conocerlo ya que jamás me amó como yo pensé, pensó Reed, contrito.*

Dylan vio la tristeza reflejada en sus ojos, así que decidió una vez más cambiar de tema —Sí que tu viaje debió ser pesado, de Portland a Boston, es terrible el vuelo. —recalcó Dylan.

—Imagina si hubiese venido en auto.

—No llegabas nunca —dio una carcajada ante la idea de perder el tiempo conduciendo.

—¿Cómo están tus padres? ¿Eloísa y Patrick? —preguntó de la nada.

—Ellos están bien. Como siempre ya con los achaques de la vejez. Pero con la fuerza necesaria para consentir a Lucas de una manera exagerada.

—Tu madre no debió tomárselo muy bien sobre la muerte de Nolan —dijo de la nada Reed.

—Sabes que es un tema delicado en casa, nadie habla sobre ello. Nadie habla de nada, incluyendo de su hija. Eloísa siempre pensó que Nolan cargaba una cruz muy pesada al creerse culpable por la muerte de la madre de su hija.

Reed cerró los ojos por un instante y de la nada vino a su mente la fotografía de aquella chiquilla sin nombre, sin fecha, recordaba la historia, pero también recordaba otra historia de rumores y cotilleo de oficina, aunque Nolan siempre se mantuvo cerrado ante ese tema, jamás le dijo ni le preguntó algo sobre su familia —Su hija. —repitió.

—Me parece extraño que no haya hablado contigo al respecto.

—Sí, sabía que tenía una hija. Pero jamás me dijo nada más al respecto —dijo Reed un poco aturdido, ya que Nolan jamás mencionó la muerte de su mujer —¿Nolan entonces estuvo casado? —preguntó de la nada.

—No. Me parece extraño que viviendo con él por cinco años jamás te dijo nada. Él tuvo una relación con una mujer casada y mucho más joven que él, la conoció en una misión, ambos no se pudieron resistir a ese amor, Nolan estuvo dispuesto a dejar todo por ella, incluso después de saber que estaba esperando a su hijo, él tomó la decisión de irse con ella, pero el marido logró llevársela antes de que él pudiera hacer algo por la mujer que amaba, al nacer su hija se la arrebataron a la madre y Nolan jamás olvido a ese amor, y aun así arriesgándose, siguió viéndola y concibieron un segundo hijo pero este murió en un accidente antes incluso de poder nacer.

Reed por un instante no podía creer esa historia, Nolan se había enamorado de una mujer casada, queriendo dejar todo por ella, pero el destino le arrebató en tripartita vez a las personas que amaba —Por eso jamás me dijo el nombre de su hija. ¿No estaba muerta?

Dylan negó con la cabeza —Nolan no fue un hombre al que le gustara engañar, pero debido a ese amor quiso dejar todo. Pero el destino se ensañó con él quitándole a toda su familia, porque era su familia aunque alguien diga y niegue lo contrario.

—Yo no supe esa historia. Jamás me la contó. Pero ¿Cómo murió su mujer?

—Un Kapot. Un Kapot la mató.

La sangre de Reed se heló. Nolan tenía ciertas similitudes con su vida misma, un Kapot le había arrebatado a su padre, pero a Nolan le habían arrebatado hasta la vida misma con la muerte de su familia, intentó calmarse, pero se sintió ligeramente mal por él. Quizás por eso su apegó a la hija única de Nicolay Kapot. Quería arrebatarse a Nicolay lo que a él le arrebataron —Es posible que Nolan se obsesionara con Naval porque Nicolay le quitó a sus hijos. Quería hacer lo mismo —se sintió enfermo de tan solo pensar en ello.



—No. Nolan quería a Naval porque ella era su hi.

—¡Papá! —chilló Lucas corriendo hacia su padre, evitando así que Dylan le dijese el gran secreto de Nolan, Reed frunció el ceño ante las últimas palabras de su amigo, tenía que averiguar, averiguaría todo concerniente a Nolan C. Stromhod Anderson.

Volvió el rostro al ver a Lucas correr en dirección a las piernas de su padre, era tan idéntico a Dylan con la única diferencia que tenía los ojos pardos.

—¡Papá! —chilló el pequeño —¡Papá!

De la nada un pequeño niño con los ojos más azules que había visto en su vida, cabellos castaños claros, era un niño lindo, su pequeña mochila revotaba en su espalda haciendo lucir el pequeño monito gastado y larguirucho amarrado al asa de su mochila de oso, ante su distracción chocó con las piernas de Reed que lo sostuvo para no cayera —Oye pequeño. ¡Cuidado! ¿Estás bien?

El pequeño levantó su carita hacia Reed chocando con sus ojos, ambos tenían los ojos azules, al igual que el cabello, a diferencia que el pequeño niño tenía rizos.

—Disculpe señor.

—No te preocupes —le sonrió, el pequeño le devolvió la sonrisa a Reed, acucillándose ante el pequeño para verlo mejor —¿Tu mami? —preguntó intentando buscar a alguna mujer en busca del niño.

—Mi abuelo viene por mí —respondió el pequeño —¿Cómo te llamas?

Él sonrió —Me llamó Samuel.

—Igual que yo —chilló en pequeño alegre.

—Igual que tú —no dudo en dar una risa llena de una alegría inexplicable. Ese niño podría haber sido su hijo, ella le prometió poner su nombre y que más que Samuel, el nombre de su padre, su nombre.

En ese instante, Clare se acercó a su marido besándole de los labios, tomó la mano de Sam y lo alejó con cuidado de Reed —Sami. Sabes bien que no se debe hablar con extraños.

—Por favor Clare. Soy tío de Lucas.

—Sí. Pero para él eres un desconocido. —lo llevó hacia un Lincoln blanco que recién aparcaba.

—Nos vemos Samuel —se despidió el niño moviendo su pequeña manita, para luego correr hacia el auto, Reed lo siguió con la mirada, percatándose que un hombre bajó del auto y recibió al pequeño en sus brazos, conocía a ese hombre ya de edad, tenía los cabellos canos, una barba media, tenía un abrigo negro, y el rostro cubierto con unos anteojos de sol grandes, negó con la cabeza —No puede ser. ¿Nolan? —quiso acercarse, averiguar pero Dylan le entregó en brazos al pequeño Lucas, evitando así que fuese.

—Tío Reed —chilló el pequeño Lucas, prestó atención al niño olvidándose por un momento de aquel hombre —*Juraría que es Nolan* —pensó él, desconcertado. —Pequeño Lucas. Vaya, ya no eres pequeño.

Reed volvió el rostro y vio como el auto se alejaba de él, dando un suspiro sintió una sensación extraña en la boca del estómago, una punzada en el corazón y unas irrefrenables ganas de ir y ver quien era la madre de ese niño, ese pequeño que llevaba su nombre, podía ser suyo, podía ser el hijo que Naval jamás perdió —Creo que intentaré tener hijos propios con Amanda —dijo sin más, sabía que era una terrible idea comunicarle sus ideas de una familia a Dylan, quién era el primero en oponerse y que él lo persuadiría de no hacerlo, era como si él supiera que su hijo estuviera vivo y no quisiera decírselo por alguna razón, quizás mezquina o quizás porque el niño relativamente no podría ser suyo.

Dylan al escucharlo casi se atragantó con su propia saliva y aliento, mientras que Clare le quitó a su hijo de los brazos y cubrió con sus manos los oídos de su pequeño, no quería que escuchara las retahílas que soltaba su marido, haciendo volver los rostros de las madres horrorizadas por el vocabulario fluido de su marido.

—¿QUÉ? —dijeron ambos esposos al unísono, no podía creer la descabellada idea que Reed tenía. Hijos con Amanda, complicaba demasiado las cosas.

—Qué hemos decidido tener un bebé. Yo quiero tener un hijo, ya tengo la edad y madurez para ello.

—Ya oí la primera vez. Pero tú no querías hijos. Además ella no tuvo un aborto ya. No creo que tú los quieras. No con ella —inquirió Dylan desdeñoso.

—Creo que es la oportunidad que tengo, de tener propios. De poder tener una familia.

—Estas equivocándote Reed. —protestó Clare.

—No. No estoy equivocándome. Quiero esto.—gesticuló con ambas manos libres, señalando a la pareja — Quiero lo que tú tienes. —exigió —Quiero tener ese lazo que tú tienes con Clare. Esa mirada tan brillante al ver a tu hijo.

—Pero no con Amanda. —bramó Dylan enojado —No lograras tener ese lazo con Amanda, no lo lograras por más que lo intentes.

—¿Por qué? ¿Por qué fue tu novia? ¿Por qué estuvieron juntos? —inquirió él despreciativo, no le gustaba que Dylan siempre intentase sabotear de una u otra manera sus pequeños momentos de felicidad.

—Sabes bien que eso fue antes de conocer a Clare.

—Reed hay veces que sigues siendo un idiota —ladró Clare, girando sobre sus talones —Esa perra me hizo la vida a cuadritos. Nos vemos en casa Dylan —dijo sobre su hombro, llevándose al pequeño lejos de aquellos dos.

—Reed, deja de decir tonterías. Traer un hijo al mundo no es cuestión de decir quiero uno. Y punto. Conlleva responsabilidades, muchas —explicó Dylan.

—Yo. —bajo la mirada al suelo que comenzaba a tener motas de nieve, de la nada se percató del pequeño monito levantándolo con una sola mano, lo limpió y buscó al niño, pero el auto ya había desaparecido hace minutos atrás —¿Cuál es su apellido? — preguntó de la nada, sabía perfectamente el nombre, pero quería saber todo acerca de ese niño.

—¿Quién? —frunció el ceño ante el repentino cambio de conversación.

—El niño. El niño que lleva mi nombre.

—Es. Es Samuel Anderson, es el pequeño hijo de una joven, viuda. — observó el pequeño peluche que Reed traía en manos y le preguntó —¿Quieres que lo deje? —quiso quitárselo de la mano, pero Reed se negó a entregárselo — Al fin y al cabo mañana sábado veré al señor Anderson.

—Dijiste que era viuda —espetó Reed con el ceño fruncido.

—Es su padre. El padre de Parker, ella optó por llevar de nuevo el apellido de soltera tras la muerte de su marido hace tres años.

—Vaya. No soy el único que perdió a alguien hace tres años.

—Es solo una simple coincidencia.

—Las coincidencias no existen, pero me gustaría llevar el peluche. Quisiera ver al niño otra vez —añadió tapándose la boca con la mano, tratando de asimilar lo que sucedió ese día, había jurado ver a Nolan, pero si él no estuviera

muerto, juraría que estuvo delante de él, pero eso era imposible. No podía ser, todos, incluyendo Creed Rise habían desaparecido el mapa —¿Dónde vive? — preguntó nuevamente.

—Vamos Reed. Vamos a almorzar. —insinuó Dylan lanzándole una mirada para nada tranquilizadora.

—¿Irás al cumpleaños de Harris Cooper el domingo próximo?.

—Por qué lo preguntas.

—Porque ella estará allá con el niño ¿Cierto?

—Reed, por favor. —protestó Dylan

—Parece que no quieres que vea a esa familia ¿Por qué Dylan? —dijo una expresión indescifrable.

—No creo, la señora Anderson es muy quisquillosa con su hijo. Además Harris si te ve, querrá golpearte, él aún recuerda cómo te encamaste con su novia en secundaria. Y ella no tiene amistad con ese ramo de la ciudad.

—¡Oh por favor! Tenía 18 años y Lindsay era ardiente.

—Bueno, no le agradas desde entonces. Y tú no podías mantener la bragueta cerrada.

—A nadie le agradaba en ese entonces.

—Deja de ser dramático y vamos ya. —caminó junto a su amigo rumbo al auto que estaba aparcado a unos metros de ellos.

Reed subió a lado del piloto y se abrochó el cinturón, Dylan rodeó el auto y tomó posición del volante, encendió el motor y condujo hacia la casa, por un instante el silencio ponía nervioso a Dylan ante las preguntas de Reed, así que extendió la mano y encendió la radio, *Naughty Boy - No One's Here To Sleep (feat. Bastille)* resonó en los parlantes.

Pegando la cabeza hacia el asiento, contempló por la ventanilla las casas y los parques ya con la evidencia de que el invierno ya estaba por llegar, no pudo olvidar la escena de ver al niño soltarse de la mano de Clare y correr hacia ese hombre de cabellos canos, barba blanca y lentes oscuros, el niño había corrido en brazos de su abuelo.

—¿Cómo murió el marido de Parker Anderson? —preguntó sin ver a Dylan.

Dylan carraspeó ante la incómoda pregunta —Hmm. En realidad creo en un

accidente de tránsito. —vaciló un poco al dar esa respuesta tan trillada —¿Por qué me lo preguntas? Te dije que no se mucho de esa familia —volvió el rostro hacia su amigo, viéndole inmerso en sus pensamientos mirando hacia la ventanilla, podía ver lo infeliz que era, lo triste y agonizante que era su vida con Amanda, tenía que hablar con su tío y decirle lo que estaba pasando, no podía dejar que su mejor amigo, que su hermano del alma cayera en manos de una mujer mercenaria, sin escrúpulos y sin corazón como Amanda Hammons, sí, había tenido un romance con ella, pero Amanda solo se preocupaba de las posiciones, del matrimonio y una vida en familia, quizás toda la idea preconcebida de toda mujer, pero con ella era un exceso, siempre intentando quedar embarazada, cosa que logró pero terminó en aborto, eso no lo sabía Clare y por supuesto, Reed.

—Vaya, parece una respuesta muy esperada. Y para no saber nada de ellos sabes mucho ¿Cómo se conocieron?

—Son solo ideas y rumores de pueblo. Cotilleo barato. Además los conocí en las reuniones que hay de padres en el colegio.

—¿Cómo es ella? —preguntó de repente.

—¿Quién? —volvió la vista de su amigo hacia la autopista —¿La viuda?

—Sí. La viuda —respondió cortante.

—Ella. bueno —titubeo en decirle —Ella es bajita. Es. Es linda.

—Es la única respuesta que me darás, Dylan. Si no te conociera tan bien diría que ocultas algo. O es acaso que ella es *tu Amante* y por ello estas tan intrigado ante mis preguntas.

— ¿¡Qué!? No. ¿¡Qué!? NO. ¿Cómo demonios puedes sugerir algo así?

—Es la idea que me has dado Dylan, te pones nervioso ante la mención de su nombre, no quieres que la conozca y ese es el motivo más adecuado y verosímil que se me ha ocurrido, temes que pueda quitarte el amor de una mujer que está saliendo con un hombre casado.

—Sabes que Reed. Estas muy mal de la cabeza. Demasiado mal. Yo amo a Clare, tengo una familia y sería absurdo que ponga todo en juego por un amorío de verano.

—Yo no lo veo de esa manera. Aunque posiblemente ocultas algo.

—No trates de verme como un proyecto. Un ridículo plan de investigación.

Reed curvó sus labios en una sonrisa —Vaya, un proyecto. Claro.

—¡Dios mío! —rogó Dylan, estacionando el auto en la entrada de la casa —  
Qué Dios me ayude contigo.

—No creo que él exista.

Dylan apagó el motor y se volvió hacia su amigo —Que tú estés fatalmente infeliz a causa de una mujer que no te llena para nada, no es mi culpa, que sigas con una relación miserable que no te da para nada estabilidad emocional, tampoco es mi culpa. Y que con ello lleve a amargarme la vida a tu causa. Sí, escúchame bien. Tu matrimonio con Amanda Hammons está previsto en un fracaso en pique sin intención u oportunidad a recuperar algo. Estas condenándote y sabes bien ello.

—No sabes nada de mí.

—Te conozco demasiado bien para saber que estas tratando de escapar de algo y ese algo es Naval Kapot. Buscas su fantasma y solo quieres una excusa demasiado grande para poder alejarte y romper tu compromiso con Amanda, porque eres lo demasiado cobarde para decir que te equivocaste. Te equivocaste con esa mujer y ahora estas condenado a ser miserable por lo que queda el resto de tu miserable y patética de vida de casado —bramó Dylan bajando del auto, cerrando la puerta con un fuerte portazo y dejando a Reed aún sentado.

Sí, su amigo tenía razón, estaba atrapado en un matrimonio que iba rumbo al fracaso sin oportunidad de poder salvarlo primero, Amanda era posesiva y absorbente, y la idea de tener un hijo era la idea perfecta para salvar y unirlos desesperadamente, pero ese niño por alguna razón divina no venía, Dylan tenía razón, tener hijos conlleva una responsabilidad muy alta y él no estaba preparado para ello. Con Amanda.

Reed aumentó el volumen de la radio y llevó una cansada mano hacia su frente, estaba cansado a sus treinta y cinco años, demasiado cansado de luchar por algo y alguien que ya había dejado de existir, entonces una solitaria lágrima cayó en su pantalón, como negarlo, la extrañaba y la había abandonado en Portland, dejando sus recuerdos más memorables allí, como también los recuerdos más despreciables, pero aun así tenía la idea de que ella podía estar viva y Dylan lo sabía, pero él jamás se lo diría.

—*Xavier* —murmuró su nombre, si ella estaba viva, Xavier estaba detrás de ella y de su pequeño hijo y eso solo sería un riesgo para ellos. Negó con la cabeza entonces, estaba enloqueciendo con la idea, estaba enloqueciendo y

necesitaba ayuda, quizás terapia, quizás solo seguir con sus planes de matrimonio.

Sam se había soltado de la mano de Clare y corrió en brazos de su abuelo —  
Hola Abuelo.

—Hombrecito. ¿Qué tal tu día? —le ayudó a subir al auto.

—Bien. —gritó el niño besándolo.

—¿Cómo estás pequeño?. ¿Disculpa cuál era tu nombre? —sonrió, ajustando los cinturones de la silla para niños incorporada.

—Sam abuelo. Ya sabes mi nombre. Samuel Nicolás Anderson.

—Ese es mi nieto favorito. —Sam era su nieto, besó la coronilla de la pequeña cabeza y cerró los ojos un instante, recordar ese episodio en el hospital solo lograba hundirlo más.

*«Cuando Naval le había pedido ayuda, cuando le había dicho que Xavier mataría a Reed, comprendió muchas cosas, entre ellas que la pareja tendría que pasar por muchas cosas, incluyendo juicios, comentarios, críticas, el dolor de revivir cada escena del secuestro y sobre todo sacar a relucir que Reed Fletcher había comprometido un caso importante al dejar de lado su juicio y deber por tener una aventura con el objetivo. Conocía muy bien ese tipo de procedimientos, él mismo había pasado por uno cuando su romance con Dayanne Gibbins salió a la luz, casi perdiendo su puesto en la agencia, poniendo el peligro su estabilidad económica y estabilidad emocional, pero Eric Krause le ayudo a ocultar cada prueba y evidencia de que el amante Dayanne Gibbins era Nolan Stromhod, solo para dejar que Dayanne tenía un amate no identificado.*

*Acercándose ese día al doctor, le pidió algo que estaba mucho más allá de sus límites como agente.*

*—Doctor Cook. Necesito su ayuda. —le había dicho al doctor Oliver Cook, quien asintió con la cabeza y lo llevó a su consultorio, dado privacidad a su charla.*

*—En que puedo ayudarle. —le pidió que tomara asiento con un movimiento de mano.*

*—Necesito que me ayude a desaparecer a Naval Kapot. Necesito que diga que ella no quiso al bebé y firmó un consentimiento para abortar.*

*—No le entiendo señor Stromhod —espetó Cook con el ceño fruncido.*

*—Quiero que me ayude a sacarla de aquí. La mataran. Su familia la matara.*

*—Sabe que lo que me pide hacer esta fuera de límites, tanto de ética profesional, está pidiendo mi cabeza señor Stromhod.*

*—Por favor —suplicó en un hilo de voz que fue casi inaudible, intentó tragar saliva pero su garganta estaba seca, temía por la vida de su hija, Naval era su hija y podía permitírsele ahora. Pero aun corría el riesgo de muchas cosas.*

*El doctor por un momento dudo en aceptar, pero al ver el rostro de Nolan supo que quizás era mejor cooperar y ayudar a un padre abatido —Todo por ayudar a un padre desesperado. Le ayudaré. Prometo que lo ayudaré.*

*Nolan levantó el rostro con lágrimas brillantes rebosar de sus ojos pardos, no entendía cómo era posible que el doctor a cargo se diera cuenta que ella era su hija.»*

Cook le había dado los certificados que avalaban la pérdida de bebé, el consentimiento de la madre para el procedimiento, certificados de autopsia y defunción, habían mentido, hicieron creer a casi todos que había perdido al bebé, pero su embarazo nunca se interrumpió, nunca lo perdió, pero era la coartada más creíble que tras la pérdida del niño y de su padre, Naval podría suicidarse ante la pena desgarradora, aunque siempre le pareció cruel jugar de esa manera y todo para salvar y alejar a Reed de su vida.

*—Yo soy tu único nieto —la inteligencia de ese pequeño le encantaba pero lo amaba aún más por sus travesuras.*

Nolan quitó ese recuerdo de su mente con un manotazo invisible, cerró la puerta y tomó su lugar tras el volante, encendió el motor y arrancó.

*—¿Y mami? —preguntó el niño.*

Ajustó el retrovisor y vio a su nieto reflejado, era una copia de Reed, y entendía por qué Naval no podía olvidarlo. —La recogeremos del supermercado. Está haciendo las compras.

*—¿Habría helado?*

*—Sí. —lo vio por el retrovisor —Pero no le digas a mamá —le guiñó un ojo al pequeño.*

*—Sí, helado —canturreó el pequeño.*



Parker Anderson, como solía hacerse llamar, tenía el carrito de las compras a la mitad con todo lo que necesitaba de su lista, excepto las chispas de chocolate, el helado de vainilla, mermelada de fresa, los cereales de chocolate y por supuesto una botella de vino, vaya lista que había hecho Sami y su padre, eran tal para cual en gustos. Aunque siempre velaba por la salud de Nolan, intentaba que él llevara una dieta saludable sin grasas y dietas balanceadas para así ayudar a su corazón, pero era tan testarudo concerniente a la comida, que cuando dejaba de vigilarlo estaba con Sami comiendo galletas de chocolate, helado, frituras, tortas. En fin, estaba a cargo de dos niños traviesos, puso los ojos en blanco, sonriendo ante la idea de esos dos.

—Hola Parker —dijo una voz detrás, ella cerró los ojos intentando no asustarse o mostrarse nerviosa.

Conocía la voz de Harris Cooper, siempre estaba detrás de sus pasos e insistiendo en una cita, pero ella le daba calabazas, se comunicaban por mensajes, quizás conversaciones cortas por celular, pero jamás algo más.

Volviéndose, vio a Harris, era alto, cabellos negros y una mirada oscura, la piel olivácea, digno de raíces italianas, era guapo, sí lo admitía, pero jamás llegaría a la altura del hombre que ella amaba —¡Harris! —dijo con una muy fingida voz de sorpresa.

—Veo que estas de compras —se acercó a ella, besando su mejilla.

—Sí. Ya sabes, compro cosas como si tuviese dos niños pequeños en casa. —sonrió.

—Samuel ¿Cómo esta ese pequeño?

—Muy bien Creciendo y siempre dejándome atónita con sus ideas e inteligencia.

—Es un niño muy lindo —hizo una pausa intentando seguir con la conversación —Parker supongo que irás a la fiesta. En verdad te divertirás. — Harris sabía que Parker siempre se negaba a tomar sus invitaciones, dándole una respuesta muy delicada que incluía el tiempo, a Sami y una que otra cita ya predispuesta para ese día, sabía que no perdía nada en invitarla, una vez más.

Parker mordió su labio inferior, no sabía qué respuesta darle más a Harris, pero luego vino a su mente la conversación que tuvo con su padre de seguir adelante y formar quizás una familia adecuada para Sami, Harris no era malo, era muy atento con su hijo, siempre le gustaba cargar a Sami en sus brazos y jugar con él, no era tal mal material para padre. Inclino la cabeza intentado

examinarlo a detalle, Harris era perfecto, era lindo —¿Cómo no le vi eso antes? —pensó Parker.

—Sé que siempre estas ocupada con Sami, pero no habría ningún inconveniente en que vayas con él, más bien me gustaría que fueses con él. Sabes que a Samuel le tengo mucho aprecio —comenzó a divagar nervioso.

—Está bien, Harris —dijo de repente ella con una sonrisa en sus labios.

—¡Qué! —espetó estupefacto el joven enamorado —¿En serio?

—Sí, Harris. Estaré allí. Es el domingo de la próxima semana.

—Sí, sí. Es el domingo de la próxima semana a las ocho de la noche. En serio Parker no te arrepentirás.

—Seguro.

—Gracias. Gracias. Nos vemos entonces —comenzó a retroceder sin dejar de sonreír y en el proceso chocó con una señora —Oh, disculpe señora.

—Nos vemos Harris —Parker no paraba de sonreír, se notaba que estaba demasiado enamorado, pero lamentablemente ella no sentía nada, absolutamente nada por él.

Cerró los ojos, sí, era tiempo de continuar, pero esa sonrisa se borró de sus labios al recordar que dentro de un mes, Reed Samuel Fletcher se casaría con Amanda Linda Hammons en Boston y ese sería el final de aquel romance que jamás terminó. Reed dejaría de ser suyo para pertenecer a esa mujer, esa horrible y petulante mujer, nunca llegó a aclarar aquellos comentarios, pero por lo visto ellos ya se habían conocido antes y tenían intenciones de casarse cuando ella aún era Naval Kapot. Todo había sido una mentira vil.

Intentó tragar saliva pero el nudo de su garganta no se lo permitía, no lloraría más por él, no más, de la nada sintió un gran peso sobre sus piernas, bajó la mirada viendo los ojos azules de su pequeño.

—¡Cariño! —le dijo acariciando sus rizos castaños.

—¡Mami! —chilló el pequeño entristecido.

—¿Y el abuelo? —preguntó.

—Aquí Parker —respondió acercándose a su hija, para luego tomar a su nieto en brazos.

—Me faltan unas cuantas cosas y nos vamos..

—Bueno. Tenemos una situación —vio a su hijo dándose cuenta que tenía los ojitos rojos de tanto llorar.

—¿Qué paso? —preguntó preocupada, arrancándole a su hijo de los brazos de su padre.

—Oggy se perdió —respondió el pequeño sorbiendo sus mocos.

—Oh. Mi amor, cuando terminemos de hacer las compras buscaremos a Oggy.

—¡Mami! —sollozó el pequeño en brazos de su madre.

—Papá, mientras terminas de hacer las compras. Puedo ir a buscar al monito de Sam. Estaré aquí lo más rápido posible.

—Ve. Yo te esperaré y si termino antes te llamo. Iré en taxi a casa. Pero ve —sacó de su bolsillo las llaves del auto entregándoselas a su hija.

—Gracias papá.

—Ve —besó la frente de su hija, tomando las riendas del carrito de compras.

—No más galletas —exclamó ella yéndose con su pequeño.

—No escuche eso— canturreó Nolan yéndose.

—Hablo en serio, papá —le advirtió.

Caminaron hasta el auto, puso a Sam al resguardo de la silla para niños, para luego ocupar su lugar detrás del volante, encendió el motor y lo puso en marcha. Hubo silencio por unos minutos, hasta que Sam volvió con sus preguntas — Mami. Y mi papá ¿Cuándo vendrá? —esa era una de las preguntas que jamás contestaba, no quería mentirle al niño, ya que cuando fuese grande y se enterara de la verdad, la tacharía de mentirosa y de querer alejarlo de su padre.

—Bueno —dudó tratando de no tartamudear —Samuel. ha. Sabes que te quiero mucho ¿Verdad?

—Mami —no lo podía engañar.

—Tu papá está lejos de aquí. Él no. No era apto. No. Más bien. Hay Sam.

—Mi papá no me quiere —vio sus ojos azules por el retrovisor, como decirle a su hijo que su padre creía que estaba muerto, al igual que ella, que había puesto en duda su paternidad.

—Te quiere. mucho, mucho. Pero su trabajo es importante, él trabaja muchas

horas y la diferencia de la zona horaria no le permite llamarte. Es simple, ama su trabajo, pero te ama a ti, además él atrapa a los malos para mantenernos seguros y por ello le es imposible venir a vernos —trató de darle una respuesta sensata, mientras que se aferró al volante volviendo sus nudillos blancos ante la fuerza de su agarre.

—¿Es igual que tío Dylan?

—Sí, cariño. Es igual a Tío Dylan. Solo que papi es más arriesgado y propenso al peligro, propenso a mucho peligro —rodó los ojos y dio un suspiro, recordando que Reed había pasado por una lluvia de balas el día de su secuestro, una bala en el cuello y ahora. No podía velar ni mirarle por el simple motivo que Reed ya estaba en puertas de ser casado.

—¿Y cómo se llama? —esa pregunta la sacó de quicio, que casi choca contra un contenedor de basura de la cuadra, frenando en seco.

—Sabes muy bien que tu padre se llama Samuel igual que tú. Eres muy chiquito para entender, pero su nombre es Reed Samuel Fletcher —dio un gran suspiro al recordarlo y decir su nombre en voz alta era como abrir con una daga las viejas heridas que cicatrizaban lentamente —No le digas a tu abuelo lo mal que conduzco, Sam.

Sin poder evitar reír, el niño comenzó a reír de la insinuación de su madre —Mami conduce mal. Mami conduce mal —canturreó mientras su madre sonreía al escuchar a su hijo, al fruto de un amor no correspondido.

Al llegar a la escuela bajaron del auto, Naval como siempre sujetó con fuerza la mano de su hijo para que no se alejara de ella —Una cosa más corazón. —se acuclilló ante su hijo, abotonando su pequeña chompa de lana para luego cerrar el cierre de su gabardina de invierno —No le digas a tío Dylan que te dije el nombre de papá. —besó su frente, mientras que su hijo en respuesta asintió con la cabecita, sus rizos castaños revotaban y le daban la ternura más grande que ella nunca imaginó.

—Encontraremos a Oggy ¿Cierto?

—Claro que sí. A menos que se haya ido de paseo y regrese mañana a la casa en taxi.

—Tú crees.

—Claro cariño.

—Pero Oggy no tiene dinero —dijo el niño.

—No te preocupes, Oggy sabe que yo pagaré el taxi con gusto.

Buscaron por el césped lleno de hojas y nieve, le pidieron al conserje que les abriera la puerta, pero no había nada, no encontraron a su peluche por ningún sitio, Sam entristeció ocultando sus lágrimas y su madre se dio cuenta de ello, lo levantó entre sus brazos acunándolo contra su pecho, subió al auto y lo abrazó con tal fuerza para que se tranquilizara.

—Vamos cariño. Encontraremos a Oggy, te lo prometo. Sabes que siempre cumplo mis promesas.

—Quiero a papá —dijo entre sollozos, a Naval le partía el corazón verlo así, pero cómo decirle a su hijo que su padre los creía muertos, cómo decirle que su padre lo despreció después de negarle su paternidad, cómo decirle que su padre no era el hombre que ella describía, sin poder soportar más, lloró junto a su hijo en silencio, su vida de ensueño siempre cargaba con sus demonios, nunca se libraría de Reed S. Fletcher, por más que intentará dejarlo en el olvido, era como un fantasma que se había recargado en su espalda con el propósito de jamás dejarla en paz.

—*¿Qué hacer?* —pensó ella mientras sostenía a su hijo, había vivido y creído una vil mentira que no la dejaba respirar, no podía decirle a Reed, no podía buscarlo ya que era demasiado tarde, él ya tenía una vida y planes para su futuro, además, él jamás la amó como ella pensó, simplemente se vengó de Nolan y de Nicolay, lo había dejado demasiado claro esa vez en el despacho de Nolan hace tres años, justo cuando Nicolay Kapot, el hombre que creía que era su padre fue cruelmente asesinado frente a sus ojos.

Los hipos de su hijo disminuyeron, bajó la vista y vio que su pequeño ya se había quedado dormido entre sus brazos, acomodándolo con delicadeza en la silla, abrochó el cinturón de seguridad y tomó su lugar tras el volante. Todo era su culpa, si ella lo hubiese ido a recoger ese día no hubiese perdido a Oggy, ya que se hubiese percatado de que no lo tenía, quizás un niño lo había visto en el suelo y se lo había llevado y no había manera de poder comprar otro, ese pequeño mono se lo dio su padre a ella, era el obsequio que guardó para ella cuando supo que vendría en camino, era prácticamente una reliquia muy bien conservada.

—Hay Naval —se reprendió en voz alta —*¿Cuándo aprenderás?* —abrochó su cinturón de seguridad y encendió el motor yendo nuevamente hacia el supermercado.

Cuando llegó, vio a su padre justo saliendo de allí, tocó el claxon para

alerarlo de su presencia, estacionó y bajó de su auto abriendo la cajuela.

Nolan al verla despidió al taxi y se acercó al auto —¿Hubo suerte? — preguntó Nolan, tomando las bolsas y acomodándolas en la cajuela.

—No, no hubo suerte. Se quedó dormido de tanto llorar —tomó una de las bolsas, pero su padre la detuvo —¿Qué compraste tanto?

—Esas ponlas adelante, es el helado, las galletas de chocolate y claro, el vino.

—Hay papá —besó la mejilla de su padre.

—Sí. Soy muy atento —sonrió, terminando de guardar las bolsas y cerrar la cajuela. Ambos subieron al auto y abrocharon sus cinturones, Nolan volvió el cuerpo hacia su nieto, observándolo dormir.

—Pobre. Está agotado —tocó la mejilla de su pequeño.

—Preguntó por su padre —dijo sin más Naval.

—Era de esperarse. Sabe bien que soy su abuelo y no su padre —hizo una pausa —Le dijiste su nombre.

—Claro, tuve que hacerlo, era necesario, aunque él cree que su padre no lo quiere.

—Quizás podemos hacer que Dylan lo llame y diga ser su padre. Podemos darle esa opción. Una llamada de cortesía para que se quede tranquilo.

—No papá. Creo que cuando tenga la edad suficiente le diré la verdad, no quiero más mentiras, no quiero que me odie después por ocultarle la verdad y mentirle sobre su padre.

—Pero corres el riesgo de que quiera comunicarse con él.

—Ese es el detalle —apretó el volante —Tanto la verdad y la mentira, Sam no podrá aceptarla.

—Naval creo que estas exagerando. Todavía falta mucho para ello, Sam apenas tiene dos años —posó su avejentada mano sobre la mano de su hija que tenía los nudillos blancos por la fuerza que hacía al tener el volante —Tenemos tiempo. Mucho tiempo.

—No cuando él va a casarse.

—Creo que eso ya lo dejamos claro. Naval, él tiene derecho a vivir. Tiene derecho a tener una familia. A continuar con su vida.

—¿Y si tiene hijos?. Ellos podrán gozar de su padre, y por qué mi hijo no — sollozó.

—Naval, fue nuestra elección. Fue tu elección, y es tarde para reproches y remordimiento, no podemos retroceder —espetó Nolan —Sabías que en el momento que él supiera que el niño estaba muerto las cosas cambiarían, pero decirle que no lo querías y por ello abortaste, eso cambio todo. Cambio toda la perspectiva que tenía de ti.

—Yo quería hacer su dolor menos Pero solo gané que me odiara.

—Solo hiciese que te odiara. Exacto.

—Pero esa vez que fui al hospital cuando lo hirieron de gravedad. Parecía encantado con todo.

—Hija estaba bajo los efectos de sedantes y analgésicos. No podías pedirle mucho al chico, podría creerte Tina Turner y sonreiría como lo hizo ese día.

—¡Papá! —chilló Naval —Vaya padre que tengo.

—Pero es la verdad. Qué prefieres, qué te engañe, qué te diga que él te espera, qué te recuerda, qué tiene la ilusión de que esa muerte solo sea ficticia. Sabes que te estas engañando Naval. Él va a casarse. Tómallo ya como un hombre casado —espetó Nolan.

—Sí. Tienes razón, Reed continuó con su vida, es hora que yo igual rehaga la mía —Naval estacionó, quitándose el cinturón de seguridad —Además necesito tiempo. Solo necesito tiempo.

—Son tres años Naval, tuviste ya mucho tiempo —dijo Nolan bajando del auto —Yo bajaré las bolsas. Tú lleva al niño.

La joven llorosa tomó a su hijo en brazos y lo llevó hacia su habitación, donde la decoración en papel tapiz celeste y blanco, aviones y autos pegados en la pared, era idónea para un pequeño niño, recostándolo en su cama lo arropó, depositando un beso en su frente. Se sentó a su lado, contemplando por unos minutos su respiración y su sueño, no necesitaba tiempo, solo necesitaba a Reed a su lado.

Como poder olvidarlo, si su hijo era la viva imagen de Reed, tenía desde ese carácter a esos gustos por papas, mayonesa y pan —¿Qué he hecho? ¡Dios mío! —se recriminó ella con un dolor agudo en el pecho.

Limpió sus lágrimas con sus manos, no podía concebir como es que Reed iba

a casarse con Amanda

*“Sabes bien que ella estuvo en su cama antes que tú”, le dijo una voz interna. Eres solo el triste recuerdo de una chiquilla que perdió a un niño, que lo engañó, lo utilizó y al final simplemente lo abandonó.*

—No lo abandoné —respondió ella en un leve susurro —Solo. Deje de existir por miedo a que él muriera.

*Mentira. Tenías miedo. Eras una cobarde, cobarde, no tuviste las agallas para luchar por él, le recriminó con ardor.*

—No, no es cierto. Tenía que irme, luché por él, luché a mi manera. Tuve que hacerlo, debía hacerlo.

*Entonces es la consecuencia a tu sacrificio, haber dejado sin padre a tu hijo.*

—Me tiene a mí —intentó convencerse a sí misma, pero mentía, su hijo necesitaba a sus dos padres, y ella le había arrebatado ese derecho en un pestañeo —Nunca me perdonaré. Jamás —se prometió la joven, levantándose y saliendo de la habitación.



## Capítulo 7

### ILUSIÓNATE

Reed había entrado a la casa en silencio, sabía que la discusión con Dylan hace minutos atrás no era más que un motivo de distanciamiento, era de suponerse que su mejor amigo le dijera la verdad cuando lo conocía del pie que cojeaba, ya que ambos se había criado juntos. Pensaba lo mismo, ese matrimonio iba rumbo al fracaso en picada sin opción a poder salvarse y menos cuando Amanda quería hijos, solo era un motivo más para poder cazarlo como una presa, ya que después de tener al niño, de seguro Amanda lo dejaría a un lado sin remordimientos utilizándolo como un tipo de escudo para conseguir algo y poder así protegerse de futuras riñas.

Se recostó en la cama con los brazos flexionados sobre su cabeza, sabía que Dylan no estaba de acuerdo con aquel compromiso, pero que más podía hacer, necesitaba reiniciar y Amanda le daba esa oportunidad, aunque era una de las peores opciones que se le habían presentado hasta el momento.

Entonces vino a su memoria esa pequeña conversación que tuvo con una Naval supuestamente viva y embarazada y luego la perturbadora llamada de Xavier, cómo podía olvidar que ella había sostenido su mano y secado sus lágrimas con sus besos, cómo olvidar que ella le había prometido esperarlo y que iba a ser padre de un niño. Pero entonces recordó que ella había desaparecido por temor a que él lo matará. Y ese él, era Xavier Scott, ella misma se lo había dicho —¿Y si es cierto? —Se cuestionó él mismo, mordió sus labios ante la duda —No puede ser. Todos la vimos, todos vimos el ataúd.

Miró fijamente el techo dando un suspiro, volvió el rostro hacia el pequeño mono de felpa que yacía sobre su cama, lo tomó en su mano y lo observó a detalle, sonrió al recordar a aquel niño de dos años, aquellos ojos, aquella mirada, su pequeña boca, sus cabellos, era conocido, lo había visto, se había visto él mismo hace 33 años atrás —Se parece a mí —repitió en voz alta, teniendo una sonrisa de tonto en el rostro —Samuel. Sami. Sami como solía llamarme mi madre —cerró los ojos, no quería recordar a su madre, a su padre, era aún un penoso recordatorio sobre cómo había quedado solo tan joven.

Luego la idea de que su hijo, vivo, estuviese solo lo carcomió por dentro, no

quería que su hijo pasara por lo que él mismo paso hace veinte años, no quería que su hijo creciera a la sombra de casas de acogida, de entornos hostiles y sin el cariño de una madre o un padre, de la nada, la imagen de Sami Anderson vino a su mente.

Cómo era posible que un niño como Sami lo hubiese hipnotizado de esa forma, no dudo por un segundo en su parecido con él mismo, esos ojos, esos cabellos, era como una copia en miniatura de él, de la nada una vez más volvió a pensar en ella, preguntándose a sí mismo tantas cosas.

*¿Cómo hubiese sido si Naval hubiese tenido a mi hijo? ¿Acaso ella no lo amaba como le dijo tantas veces?*, cerró los ojos tratando de olvidarla, por más que intentaba dejarla atrás, no podía, había algo que lo obligaba a recordarla.

Jamás podría sacarla de sus pensamientos y peor aún con ese niño, la atracción nada peculiar hacia ese niño lo asusto, ¿Acaso estaba enfermo? —Esa edad hubiese tenido mi hijo, hubiese tenido dos años, hubiese nacido justo el día de mi cumpleaños, el diecisiete de mayo —sonrió con asco —Pero no, ella tenía que quitármelo. Y lo que vi solo era un sueño, una ilusión por la anestesia y los analgésicos, además era de suponerse, Xavier tenía una obsesión enfermiza por Naval, quizás aún muerta, él no aceptaba que ella había desaparecido y con ello su obsesión quizás había acrecentado más con el lapso de esos tres años.

Volvió a sujetar al mono entre sus manos y se sonrió hacia sí mismo, deseaba ver al pequeño una vez más, de la nada sus pensamientos se vieron interrumpidos con el llamado de la puerta —¡Adelante! —Se enderezó sentándose en la cama al ver a Dylan abrir la puerta —No debes tocar, es tu casa amigo.

—Reed también es tu casa, además. Te debo una disculpa. Sé que es tu vida y tus decisiones y no debo meterme en ello. Solo que no quiero verte así viejo. Triste y agonizante.

—Vaya. Dylan. No soy infeliz. Quiero ya tener una vida de casado y formar una familia. —mencionó Reed sujetando las manos del mono jugando.

Dylan esbozó una sonrisa al ver que su amigo tenía un apego raro al peluche —¿Qué haces con el monito? Retrocediste y quieres volver a la infancia.

—¡No!. —dio una carcajada —Más bien, ese niño me dejó intrigado. Quisiera verlo de nuevo —aspiró hondo tratando de tranquilizar el latido de su corazón.

—¿Por qué te interesa tanto ese niño? —preguntó Dylan sentándose al pie de

la cama.

—Sabes. Ese niño es idéntico a mí cuando yo tenía dos a tres años.

—Estas de broma. —sonrió un poco nervioso.

—De verdad. —metió la mano en su pantalón trasero, sacando su billetera donde tenía guardada la foto de su madre y padre, cuando aún estaban vivos, cuando él tenía tan solo tres años y era tan feliz, mostrándole la fotografía bien conservada a su amigo —Checa esto. —entregándole la fotografía, se percató que la fotografía que una vez Nolan le entregó estaba guardada de igual manera allí, sacándola, contempló a ese pequeño ángel que lo salvó de muchas cosas, entre ellas liberándolo de su adicción, volviendo la foto vio en el reverso el nombre de Nolan C. Stromhod Anderson.

Dylan tomó la fotografía con manos temblorosas, fijándose en ese Reed pequeño e inocente, no podía negarlo al ver esa fotografía, era idéntico, Sami era idéntico a su padre, levantó la mirada y vio a Reed con el ceño fruncido y contemplando embelesado otra fotografía —Y esa.

—Nolan me la entregó el día en que nos conocimos. Me dijo que era su hija. ¿La C en su nombre de qué es? —preguntó sin dejar de observar a esa niña.

—Ha. Caleb. Nolan Caleb Stromhod Anderson. Además. Creo que sí. Puede ser. La mayoría de niños se parecen a esa edad. —extendió la mano devolviéndole la fotografía.

—Me sorprende tu ignorancia siendo padre. Esos son los bebés. Ese niño es idéntico a mí —las tomó guardándolas de nuevo en su lugar.

—Bueno. Quizás es algo relacionado con tu deseo de tener hijos con Amanda. Y ves en ese niño en cómo ves a tu hijo dentro de dos o tres años —protestó de manera muy evidente.

—No te agrada esa idea ¿verdad? —le preguntó.

—Es la peor idea que has tenido hasta ahora, Reed —aspiró una bocanada de aire —Yo creo que lo deberías pensar. Amanda no es buen material para esposa, para madre. Solo utilizará a ese pobre niño como escudo en sus discusiones, cómo un arma cuándo necesite dañarte. ¿Pensaste acaso en ello? ¡NO!.

—¿Entonces para qué es Amanda? —indagó Reed con las cejas levantadas.

—Ya sabes Reed, tener un poco de diversión sin compromiso. Por favor ¿Cuánto tiempo estuviste con ella? ¿Cuánto tiempo estuvo conmigo y luego con

Davis?.

—¡Dylan! —espetó, intentado que su amigo detuviera esa absurda conversación —Solo quiero seguir con mi vida —presionó sus sienes con ambas manos, mientras que ardientes lágrimas le nublaron la vista, Dylan solo lo vio de esa manera en cuatro ocasiones, cuando visitó la tumba de sus padres, cuando Naval fue herida, cuando su bebé murió y cuando ella murió.

—Me acosté con ella la noche que Naval decidió por sí sola no tener a nuestro hijo.

—Reed. Sé que es difícil olvidarla —tocó su pantorrilla, no quería adentrarse a ese terreno pantanoso de su vida sexual con Amanda, no sabiendo que tuvo un reemplazo de Naval casi al instante —Pero casarte con Amanda no es la mejor manera de hacerlo.

—¿Cómo demonios hacerlo? Si está presente en mis sueños desde que ella murió. No puedo dejar de pensar en ella, me despierto cada noche sintiéndola cerca y cuando abro los ojos, ella se ha ido para siempre.

—Deberías tomarte tu tiempo, Reed. Estas tomando una decisión demasiado apresurada.

—¿Tiempo? Llevo tres años. Tres años con la sombra de Naval perturbándome, obligándome a no seguir, está matándome. —una sombra cruzó su rostro masculino, sus labios se pusieron tensos, apretó la mandíbula y cerró las manos formando puños —Ese hijo era mío. —gritó arrojando sus almohadas al suelo —Y ella simplemente se deshizo de él. Me arrebató la posibilidad de ser padre. Todo por la mierda que hice. Yo quería a ese niño, en cuanto la conocí supe que quería tenerla permanentemente en mi vida, pero todo se fue a la mierda.

—Reed. ¿Qué te hace pensar que no quería a ese bebé?

Él rio sin emoción alguna mofándose de aquella pregunta tan absurda — ¿Estas preguntándomelo? —se levantó de un salto dándole las espaldas a su amigo mirando por la ventana las casas ya adornadas con luces y arreglos navideños —¿Por qué? Porque el doctor me lo confirmó. Creed no pudo evitar regocijarse en mi cara cuando me lo dijo, que ella me despreciaba.

—Reed. ¿Y sí ambos mintieron por alguna razón?. Cabe la posibilidad. Nunca hablaste con ella.

—¿De qué lado estas Dylan?. —lo enfrentó.

—Del correcto. Y sé que estas equivocado Reed. Eso no es verdad. Estás equivocado con respecto a los dos. Nolan siempre fue fiel a su esposa, a esa mujer que amo tanto hasta el borde de la desesperación. Creed la amaba, pero Naval solo quería a un hombre.

—Nolan se lío con una mujer casada, ello no tiene mucho de respeto y garantía de que fuese fiel a sus convicciones y sentimientos —lo retó —Creed la había conocido mucho más antes que yo.

—Nolan fue fiel a sus sentimientos. Siempre lo fue.

—¿Y cómo lo sabes?. —masculló entre dientes, evitando verle.

—Por qué ellos me lo dijeron. Yo hablé con ellos. Pase con ellos sus últimos días.

Reed se volvió hacia él con ojos relampagueantes, era inconcebible que le dijese eso a esa altura de sus vidas —¿Qué intentas Dylan?

—Solo intento ayudarte. No quiero que cometas un error.

—Evitando que haga una estupidez, según tú. Con Amanda.

—Te equivocas con respecto a Naval, y aun muerta la sigues culpando por algo que ella no hizo.

—¿Qué intentas decir? ¡Qué Naval me amaba! Y por eso mató a mi hijo.

—Ese hijo murió por el balazo que recibió. El balazo que iba directo a ti. Xavier iba a matarte y ella se interpuso entre la bala y tú. Y es así como agradeces que no te mataran allí adentro hace tres años. Ella arriesgó su vida, la de su hijo por salvarte a ti. Vaya sacrificio que hizo contigo, un hombre egoísta, eres un egoísta. Ella dio todo por ti y tú solo la repudiaste, la insultaste, la abandonaste cuando ella más te necesito.

Con una expresión indescifrable, rojo de ira, con los labios rectos y las manos temblorosas, no podía seguir con esa conversación que sobrepasaba lo absurdo —¡NO! —Ladró sin miedo —¡ELLA NO QUERÍA AL BEBÉ! ¡NO QUERÍA A MI BEBÉ!

—¡Maldición, Reed! —golpeó el colchón levantándose de un salto.

—Era una mercenaria.

—MINTIÓ. —dijo sin más Dylan, no aguantaba más verlo de esa manera, no al borde del colapso, no al borde de destruir su vida —Mintió para protegerte de que Xavier no vaya detrás de ti. NO quería que te matará, él le prometió, juró

arrebatarle todo lo que ella amaba por negarse a ser su juguete y comenzó con Nicolay, iba detrás de ti pero ella se interpuso. ¡Grandísimo idiota!

—¿De qué demonios hablas Dylan? —protestó.

—Ella mintió con respecto al niño. —por un momento, las palabras de Xavier vinieron a la mente de Reed —Ella. Ella —quiso decirle que jamás lo perdió, pero las palabras no salieron de su boca, no era su responsabilidad ni su obligación sacarlo de su error, eso debía hacerlo Nolan, inclusive la misma Naval sacarlo de su error y su burbuja de mentiras —Lo perdió. Ella perdió el bebé, debido a la hemorragia interna que no podían detener, su corazón no resistía la presión, ella estaba gravemente enferma y absolutamente nadie a su alrededor lo supo, porque ella cargaba con mucho peso sobre sus hombros. El doctor le dijo, sí, que la mejor opción para salvar su vida ante esa enfermedad del corazón era deshacerse del bebé, pero ella se negó a perderlo. No quería perder ese vínculo contigo, no quería perder a ese pequeño ser que crecía lentamente en ella.

—¡No! —negó con la cabeza Reed, con ojos rebosantes en lágrimas.

—Pensó que tu pérdida sería menos comparada con la suya, deseaba hacerte el dolor menos. Quería que te fueras por el miedo a que Xavier te matará. Le había amenazado con tu vida y ella solo tuvo una sola opción. Solo quería apartarte, no quería perderte después de perder a Nicolay y luego a su bebé. Había perdido todo. Y no tenía a nadie más. A nadie.

—¡Maldición! —gritó enfurecido Reed, casi morado ante la ira, frustración y el odio que corría por sus venas —¡Podíamos solucionarlo! —Exclamó con los pómulos rojos ante la ira —¿Por qué? ¿Por qué me lo dices ahora Dylan? Son tres años. Ella está muerta, al igual que el niño.

—¿Por qué?. Esa es la pregunta del millón.

—¡Dylan! —le advirtió llevándose ambas manos hacia la nuca.

—Porque no puedo ver a mi mejor amigo destruirse, a mi hermano entristecido por su muerte y siempre reclamándole por una traición que jamás se dio. —apretó el puente de su nariz —Y luego vienes con esa idea tan loca de que quieres hijos con Amanda. ¡No! No permitiré que metas la pata, que cometas el peor error de tu vida.

—Sabías como me sentía al respecto sobre los niños. Es un gran avance que quiera los propios.

—Pero no a costas del recuerdo de un niño inocente. He visto como ves a Lucas. Y sé que cada instante que pasa, te preguntas que hubiese pasado si ese hijo hubiese vivido. —tragó saliva —Y no intentes negarlo. ¿Cómo ahora? Viste a Samuel Anderson e intentas ver que quizás pudo haber sido tu hijo, cuando siempre lo fue.

—¡No!. —se llevó ambas manos hacia el rostro, negando a sus ojos derramar más lágrimas —Mientes. Mientes por la sencilla razón que estas celoso.

—¿Celoso? —se mofó ante la idea tan descabellada —No. Tengo a Clare y es lo único en la vida que me importa. Tengo a mi hijo y es lo único que me importa.

—Crees que con esa idea tonta y estúpida de que pudo vivir ¿Me convencerás? ¿Qué cambiaré de idea? ¿Qué dejaré a Amada?

—¿Y tú crees que podías solucionarlo? Qué equivocado estas —hizo una pausa significativa —Ella murió de tristeza. Y veo que tú sigues esos mismos pasos —trató de ignorar la tensión que había en esa habitación, no podía dar rinda suelta a lo que sabía, así que se levantó y caminó hacia la puerta —Será mejor no continuar con esa conversación. —pero quería decirle a su amigo la verdad —Amanda esperaba un hijo mío y lo perdió también, nunca supe con certeza si era cierto. Por eso me separé de ella.

Reed le vio a los ojos, Amanda había estado embarazada de Dylan y había perdido al bebé de igual forma —¿Clare lo sabe?

—NO. Ni lo sabrá. Amanda de igual manera me utilizó, quería un niño, pero se perdió, creo que fue lo mejor. Estuve herido porque ella nunca me lo dijo a su debido momento, la hubiese apoyado con todo el proceso. Pero solo me lo restregó a la cara sin dolor alguno por la pérdida. Esa la diferencia que encuentro en esas dos escenas, Amanda solo intenta controlarte con un niño y Naval dio la vida de su hijo por salvarte la vida.

—Te creeré con una sola condición.

—¿Cuál?

—Invita a Samuel. Qué el pequeñín del monito venga.

—Eso está fuera de mi liga. Yo no la conozco más que de chismes y comentarios de pueblo. —espetó Dylan rendido —Y no veo nada de razonable en lo que pides.

—Entonces dame la dirección para poder ir —le pidió Reed.

—No permitiré que vayas a una casa con ideas ilusas y tontas. Ya madura Reed, no todo gira a tu alrededor. —iba a cerrar la puerta, pero Reed lo detuvo con una sola palabra.

—¿Y si estuviera viva? —dijo de la nada, cabía la posibilidad y Dylan era el único que podía sacarlo de su error, dándose cuenta que su postura era más rígida de lo usual. Él sabía la verdad.

Dylan se irguió más de la cuenta, tensó sus músculos y cuadró los hombros, tragó saliva que en su intento sintió como desgarraban su garganta, volvió el rostro, viéndole de soslayo, no quería verlo a la cara al mentirle descaradamente —Viste lo que yo vi. No hay posibilidad que ella estuviera viva. Ambos vimos su ataúd —siguió su camino, cerrando la puerta tras de sí.

Reed negó con la cabeza, lo había confirmado, su mejor amigo mentía. pero ¿Por qué? La llamada de Xavier hace unos días solo había logrado hacer mella en su seguridad, en la realidad, dándole la opción o más bien advirtiéndole que había sido engañado, que había sido parte de una treta muy bien hecha. Cabía entonces la posibilidad de que Nolan estuviese vivo. Su sueño, lo que ella le dijo coincidía con lo que Dylan le decía en esos momentos y su amigo ocultaba mucho más de lo que creía, pero Naval le llamó papá. —No puede ser. Si lo estuviese. ¿Por qué elegir a Nolan y no a Creed? —se dijo a sí mismo, simplemente se quedó de pie observando por la ventana, no podía enojarse con Dylan por intentar evitar que cometiera errores, pero desde la llamada de Xavier algo había cambiado y estaba seguro que no deseaba casarse con Amanda. No hasta saber con seguridad que ella estaba muerta al igual que su hijo.

¿Culpable? Sí, lo era. Lo era por amarla y luego sentirse traicionado, solo para saber que ella lo había engañado, con las manos apoyadas al marco de la ventana, sus hombros hundidos al igual que su cabeza, estaba rendido, agotado de luchar con su recuerdo y luego con una verdad que no era capaz de soportar. Se sentía culpable. *¿Por qué tenía que saber la verdad?. ¿Por qué Dylan esperó tanto?* Él había sido el causante de la supuesta pérdida de su bebé y todo porque Xavier Scott deseaba matarlo y su Naval lo protegió con su cuerpo.

Jamás podría olvidar aquella escena entre balas, sangre, sudor y ese miedo irrefrenable de encontrarla muerta, cerró con fuerza los ojos, recordando a detalle cada escena.

*«Tomó el arma entre sus manos, aspiró una profunda bocanada de aire y atravesó la sala, sus botas de combate hicieron un ruido sordo contra el suelo,*



*dejó caer su rifle al suelo de un solo movimiento, dio unos pasos hacia adelante, hasta que no pudo más y gritó, ambos gritaron sus nombres al unísono.*

*—¡NAVAL!*

*—¡REED!*

*Ambos corrieron para reencontrarse, teniendo un objetivo, salvarse mutuamente, las balas seguían su curso, sin herirlos, sus pisadas revotaban junto al agua, sus cuerpos al encontrarse colisionaron, con un movimiento rápido él la sujetó con fuerza de la cintura levantándola en el aire con una sola mano, al mismo tiempo que levantaba el arma, girando el cuerpo de Naval hacia atrás al sentir el disparo de Madeleine.*

*Pero ella había aprovechado ese movimiento para cubrirlo con su cuerpo, su espalda, apretándose contra él, sintiendo el latido de su corazón.*

*Él ahogó un gemido al sentir el impacto de la bala en el hombro, pero no le impidió disparar directo a la cabeza de Madeleine y viendo su cuerpo caer hacia atrás, inerte, con los ojos aún abiertos, sin embargo Naval al cubrirlo no tuvo tanta suerte, sintió algo caliente expandirse por su espalda, tragó saliva obligándose a apretar sus puños en el chaleco, quejándose al recibir el disparo en un grito sordo.*

*Xavier sonrió al ver que el disparo que dio había tomado un objetivo, pero no el que esperaba, cubriéndose nuevamente con la máscara, salió del campo como si fuese un agente más.*

*De un momento a otro, los disparos cesaron, había cuerpos cayendo al suelo, armas y balas derramadas por todo el lugar, las patrullas comenzaban a reflejar sus luces en el interior de la casa, pero Naval no respondía a más, su cuerpo estaba sintiendo el adormecimiento, además de un ardor extendiéndose por toda su piel.*

*Sonrió al ver que todo había terminado, bajó su arma y pudo respirar tranquilo al sentirla en sus brazos, viva, junto a él, pero que equivocado estaba —¡Cariño!. Vine por ti. Y solo por ti. —dijo con una sonrisa en sus labios, ansiaba besarla, ansiaba llevarla a casa y hacerla suya una vez más.*

*Pero el sonido de su voz al llamarlo, le dijo que algo no estaba bien — ¡Reed! —dijo en un susurro sin fuerza, él al escuchar su voz entrecortada, bajó la cabeza, aún la tenía sujeta contra su cuerpo, pero al ver sus ojos cansados, sus brazos a los costados, inertes, supo que eso no era bueno, de la nada su cuerpo dejó de responder, no daba crédito a lo que sus ojos veían en ese*

*momento, no podía ser cierto.*

*—¡NO! ¡No, no, no.! —repetía sin cesar, cayendo de rodillas sosteniéndola entre sus brazos con delicadeza, acurrucándola en su regazo, Reed dejó de respirar al ver la sangre que emanaba de su espalda, los hilos de sangre de su mano temblorosa le advirtieron que corría más peligro.*

*—¡Naval!. ¡Dios!. ¡Naval! —Acarició su rostro, para luego cerrar los ojos y gritar por ayuda —AYUDA. Alguien que me ayude. —su visión se volvió borrosa ante las ardientes lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos azulados.»*

Reed abrió los ojos rebosantes en lágrimas ante ese recuerdo grabado en su memoria, el sonido de esos dos disparos hacían eco en sus recuerdos y sus sueños, haciendo todo un horrendo episodio de pesadillas y gritos. Dejándose caer nuevamente en la cama, se maldijo por hacerla a un lado y tratar de olvidarla, por culparla de algo que no tenía sentido, pero en lo profundo de su alma sentía que era un malnacido por no luchar por ella, dejar que su hijo muriera y perderlos a ambos para siempre, él era el único culpable, jamás supo la verdad y Dylan era el único que sabía mucho más de la cuenta.

—Samuel —susurró, cerrando los ojos, quedando dormido de inmediato, ese niño podía ser su hijo y lo iba a averiguar, aunque su mejor amigo se lo impidiera.

Naval entre tanto realizaba la rutina diaria, la cena estaba casi lista, pechugas de pollo en salsa de champiñones con papas fritas. Entre tanto terminaba de poner la mesa, su padre miraba la televisión en la sala de estar —Papá, la cena ya estará lista en unos minutos.

—Listo. —tomó el control remoto apagando la televisión, pero encendiendo el equipo de sonido mientras que la canción de *Tony Bennett & Willie Nelson-On the Sunny Side of the Street* resonaba con delicadeza en la casa, caminó hasta la cocina abrió una de las gavetas cerca al refrigerar y sacó un vino blanco, tomando el sacacorchos, lo destapó en un solo movimiento.

—¿Blanco? —dijo Naval con un rostro de asco.

—Sí. Blanco —sonrió su padre sirviendo dos copas —Es bueno para poder acompañar a los champiñones —tomó la copa en la mano e hizo un brindis.

Naval tomó igualmente su copa, brindando con su padre —Y. ¿Por qué brindaremos?

—Por ti. Por el regalo más maravilloso que me has dado. —hizo una pausa viendo a su hija, por fin podía decirle hija sin miedo a represalias, sin miedo a perderla —Por mi nieto y por la hija más encantadora y maravillosa.

—¡Papá! —le abrazó, pegando el rostro sobre el pecho de su padre.

—Vamos. Toma un sorbo. —ambos llevaron sus copas a los labios, bebiendo sorbos pequeños del vino.

—Y pensé que sería feo. Pero está muy bueno. —paladeó el vino.

—Ves. Te dijo que era bueno.

—No. No lo hiciste. —dejó la copa sobre la mesa —Iré por Sami.

—Solo dame un momento —tomó a su hija entre sus brazos, mientras que una dulce melodía resonaba en el interior de la casa, lenta, suave, moviendo su cuerpo, hizo que Naval se relajara.

—¡Papá! —rezongó ella, avergonzada de bailar una pieza lenta.

—Baila. Baila con tu padre.

—¿Quién canta?

—Me preocupa que no sepas quien es. Es Tony Bennet y Willie Nelson, pero deja de lado al cantante, deja de lado todo y escucha la melodía, la letra. Esa melodía, lo dulce que es. —pidió, moviéndose al compás de la lenta canción, pero cerrando los ojos ante las lágrimas brillantes y sonrisas, el recordar era tan doloroso para ambos —Hay veces. Hay veces cuando te miro, observo a Dayanne en el brillo de tus ojos. —sonrió con dolor ante la pérdida de esa mujer a la que amó con desesperación —Pero al verte, al verte sé que ella. Ella está aquí. Siempre estuvo conmigo. Jamás me dejo.

—Amaste a mamá mucho, la amaste por mí también. Amaste y fuiste fiel a ese amor.

—Ella era. Ella era, simplemente encantadora. —dijo con un nudo en la garganta al recordar a su amada Dayanne, cómo podía olvidarla, cómo podía despreciar los bellos momentos que paso con ella, hasta que Nicolay se la arrebató —Era cómo tú. Siempre imagine cómo hubiese sido mi vida con ella a mi lado, envejeciendo juntos, viendo a nuestra familia crecer, tener nietos.

—Ya tienes uno —respondió Naval al borde de las lágrimas — Nos tienes a ambos. nos tienes ya.

—Sí. Tengo una familia. a mi familia —intentó no llorar, pero era imposible.

El recuerdo de Dayanne siempre traía dolor, le traía el amargo sinsabor de la pérdida —Siempre la tuve.

Naval dejó caer la cabeza sobre el pecho de su padre, dejando que la guíe al compás de la música, ella hubiese deseado lo mismo, ver a su padre y madre juntos, envejeciendo juntos, por un momento imaginó verlos, allí, bailando al compás de esa melodía, pero de la nada esa imagen se convirtió en Reed.

Era él quien la sostenía al compás de esa melodía, era él quien le decía que la amaba y era él con quién pasaría el resto de su vida, sin poder aguantar más, sus lágrimas surcaron sus mejillas, lágrimas silenciosas y dolorosas.

## Capítulo 8

### ESCAPE FORTUITO

Parecía un animal enjaulado de un lado a otro, la desesperación y la locura se reflejaba en el brillo de sus ojos, Svyatoslav caminó por su celda intentando calmarse y más aún cuando en la última visita de Keyla ella le había mencionado que Xavier Scott estaba de regreso y esta vez tenía un As bajo la manga, pero manteniendo en secreto detalles importantes. Tenía que hacer todo lo planeado, no podía haber margen de error ya que las consecuencias sería permanecer aún más tiempo allí. Necesitaba salir ya de ese agujero, necesitaba salir de ese inmundo lugar ya, necesitaba torcerle el cuello a ese agente del FBI. De un momento a otro sintió miedo, pero no miedo hacer lo que pretendía, sino miedo a no salir de ese maldito agujero en donde Nicolay y Naval Kapot lo metieron, decidiéndose por fin.

¿Quién sería su víctima esa noche?

Levantó la mirada ante el inconfundible sonido de las celdas al abrirse, los gritos y parloteos de los demás reos saliendo a los pasillos como era costumbre, dando una media sonrisa salió de su celda mientras que los demás le abrían paso, le temían, temían que sus vidas acabaran de manera rápida en manos de un Kapot.

Entonces lo vio, logró tener a su víctima y su pase para su pronta libertad, caminó hasta la celda del reo recién llegado, era joven y lo habían encarcelado por homicidio en primer grado, y qué mejor que el nuevo para llamar la atención. Su nombre era Marcus, era un jovencito de veinte años de edad acusado de homicidio por haber asesinado a su padrastro cuando éste se disponía a violar a su hermana de quince años, enfurecido la defendió pero matándole en el proceso, no tuvo más opción que matar en defensa propia, pero el jurado no lo vio de esa manera, Marcus había sacado a un enemigo público de las calles, pero la justicia le pagó mal.

Quién olvidaría los ojos de Marcus, negros como la noche, su cabello negro, su piel canela pálida ante el contraste de ver a Svyatoslav caminar hacia su celda, retrocedió instintivamente chocando con la pared, tragó pesadamente su saliva, esa visita no traía nada bueno y peor si se trataba de un Kapot.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con nerviosismo, observando a todos lados en busca de ayuda o una salida, pero era inútil, él solo le dio una sonrisa cínica.

—La pregunta es estúpida niño. Es la prisión. Yo estoy aquí como tú también. —se acercó a él con pasos de depredador, sujetó al muchacho del cuello y lo apuñaló con un lapicero tantas veces que Marcus no pudo gritar para pedir ayuda, no pudo pedir clemencia, no le dio tiempo de rezar.

Los reos gritaban y pedían ser liberados, la guerra había comenzado, Svyatoslav dejó caer el cuerpo del muchacho bañado en sangre, tomó el encendedor y la botella de ron que su novia le había dado y sin remordimiento alguno, derramó el líquido por toda la celda y sobre el cuerpo, lanzando su encendedor y produciendo fuego, un fuego que no sería controlado.

Se quedó unos minutos fuera de la celda, viendo como el cuerpo de Marcus se calcinaba, él era conocido por sus perversiones, por su falta de sentimientos, su despotismo, en otras palabras era un psicópata.

Una explosión se desencadenó en la prisión, iniciando que muchos comenzaran con una pelea, mientras las llamas se esparcían por la cárcel de alta seguridad, viendo la oportunidad perfecta entre las llamas, era una oportunidad de oro, única e invaluable.

El fuego comenzó a comer celda por celda, las alarmas sonaban alertando que el lugar era una bomba de tiempo a punto de estallar, los policías encargados de la seguridad de esa noche trataban de mantener el control sobre los reos pero era imposible, estaba fuera de control.

Los bomberos intentaron mantener el fuego bajo control pero les era imposible, necesitaban entrar —Tenemos que entrar, el fuego se propaga con rapidez, si no lo detenemos muchos morirán —dijo un bombero lleno de hollín.

—No podemos. No podemos dejarlos entrar, hay una trifulca allí dentro y no saldrán con vida tanto por el fuego o por las manos de esos dementes —bramó uno de los guardias.

—Lo lamento. Es mi trabajo —el joven bombero se adentró a las profundidades de esos calabozos sin salida.

Corrió por los pasillos intentando ver algo pero era imposible, el hollín era espeso y las lengüetas de fuego hablaban y gritaban por más que arrasar. Dio un paso hacia atrás solo para que Svyatoslav saliera del fuego, el humo y el olor a muerte, sujetándolo desde atrás, tomó el cuello del joven bombero rompiéndolo en un solo movimiento sin piedad alguna.

Arrastró el cuerpo hacia la celda, le quitó las ropas, dejándolo desnudo para luego quemar el cuerpo sin clemencia en su propia celda, salió por la puerta como si solo fuese un bombero más, cubriéndose el rostro con la gran máscara siguió hasta pasar a lado de sus supuestos compañeros que ni se percataron de esa huida, a paso ligero se acercó a un Camaro Rojo.

Estaba impaciente, había aparcado el auto hace una hora, volvió el rostro hacia atrás intentando ver algo más que fuego, humo y gente de un lado a otro, bomberos y policías resguardando el lugar, tamborileo sus largas uñas sobre el volante, cerciorándose una vez más que nadie sospechaba de ella, sin poder aguantar más, encendió el radio, dejando que *Cult to Follow – Leave It All Behind* resonara, pero aun así estaba nerviosa.

Keyla lo había visitado muchas veces en prisión intentando evitar llamar la atención por la hermosura y frescura de esa morena, pero no podía evitar que los hombres volvieran el rostro solo para verla, la morena de piel oscura como el chocolate, los ojos casi verdes que resaltaban sus pómulos y esos carnosos labios, era la seducción y la tentación de cualquier hombre, el sueño hecho realidad, sus largas y esculpturales piernas eran tan matadoras que Svyatoslav no aguantaba las ganas de estrecharla entre sus brazos.

Concentrada en tener las manos en el volante, dio un respingo al sentir la puerta del copiloto abrirse y dar paso a un bombero lanzándose al asiento — Arranca.

La mujer morena al verlo tan cerca, se lanzó sobre él, besándolo con desesperación —¿Qué traes puesto cariño? —Se bufó de él —Me excitas de solo verte —era una maniática igual que él, eran tan para cual.

—Un traje de bombero. Necesitaba salir de allí.

Encendió el motor, llevándolo hasta la carretera sin dejar de ver por el retrovisor, condujo a velocidad moderada para no llamar la atención.

—Tranquilízate cariño. No se darán cuenta que yo salí de allí. —dijo Svyatoslav con los ojos cerrados, recostado en el asiento del copiloto.

—¿Por qué dices eso?. Escapaste, claro que se darán cuenta.

—No con el bombero en mi lugar, todos creerán que estoy muerto —no dudo en reír, sacando un cigarrillo de la guantera y encendiéndolo, dándole una larga calada y votando las cenizas por la ventana.

—Oh —Keyla soltó un gemido ante la idea, entonces recordó que Xavier se

había comunicado con ella, cómo también pasado la noche dentro de ella —Él me llamó —dijo de repente la morena, intentando apartar de su mente la noche en que Xavier la tomó con rudeza y brusquedad, pero haciéndola gozar.

—¿Qué dice? —extendió la mano para poder bajar el volumen de la música.

—Bueno por lo visto nos han timado a todos.

—¿De qué hablas? —volvió el rostro, lanzando su cigarrillo por la ventana.

—Xavier sospecha de algo. Dice que ella jamás murió.

—Es perfecto —sonrió sin dar crédito a esa suerte —¿Dónde está?

—Por lo visto Reed Fletcher nos llevara. Ese lindo hombre del bar hace tres años.

—¿Está de nuestro lado acaso?. ¿Dolido y resentido por su muerte?

—¡No!.. Él hará el trabajo por nosotros.

—Vaya, qué ingenuo. —sabía que todo surgiría como lo planeado era una fuga histórica —Nada como un amante despechado y sobre todo inseguro. —se mofó, dejando atrás el humo, el fuego y esas paredes de concreto que lo enloquecían poco a poco.

—Wyoming nos espera entonces —refuto Keyla siguiendo su camino por la autopista.



## Capítulo 9

### CONEXIONES

Fue una muy mala idea que Dylan le hubiese confesado su pasado con Amanda, el saber que ella había utilizado la misma estrategia con él le repugnaba de cierta manera, en un comienzo intentó olvidar aquellas palabras, pero no pudo, era imposible quitar la sola idea de Amanda embarazada y luego abortando ante la negativa de Dylan de darle lo que deseaba, en cambio su Naval, su adorada Naval dio la vida de su hijo por salvar la vida del hombre que amaba, y esa era la gran diferencia que le había dicho Dylan y esas palabras no paraban de moverse y repetirse en su cabeza, torturándolo aún más y por un instante pensó que su viaje en vez de darle paz solo lo desesperaba hasta el punto de volverse completamente loco.

Era el segundo día de su estadía en Midland y su celular no dejaba de sonar, estaba sacándolo de quicio, Reed no deseaba hablar con Amanda, no ese día, necesitaba su espacio y era momento de tenerlo, de otra forma no dudaría en decirle a su prometida que ella también tenía secretos y entre ellos un bebé.

—La evadirás todo el día o solo por ahora —le dijo Clare alcanzándole una taza de café.

—Creo que es momento de tomarme unas horas sin ella —tomó la taza, bebiendo un sorbo de café —¡Clare!

Ella se volvió y vio a Reed —Dime.

—Sabes dónde vive Sam Anderson.

Ella titubeó, mirando hacia ambos lados de la cocina viendo como escapar, para Reed le fue demasiado sospechoso que marido y mujer quisieran evitar ese tema —Bueno. En realidad yo no los conozco y en verdad no tendría la dirección exacta, solo los veo en reuniones de padre de familia o cuando recogen al pequeño, pero Parker es muy quisquillosa ¿Creo?

—¿En qué manera quisquillosa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Mira Reed —se llevó unos cuantos cabellos sueltos de su coleta detrás de la oreja —Parker no es muy estable desde la pérdida de su marido. No creo que sea buena idea visitarla.

—Pero Lucas lo hace. ¿Cierto? Va a jugar con Sam Anderson.

—Casi Lucas y el niño no son amigos. Solo se ven en la escuela.

—No entiendo el afán de Dylan y tuyo de que no vaya a ver el niño —dejó la taza sobre la isla de la cocina.

—Tú estás obsesionado con ese niño. Si te casarás con Amanda creo que ella merece cierto respeto. No puedes seguir engañándola y engañándote. Y todavía si deseas hijos.

—Sabes que yo no quiero hijos.

—Los quisiste con ella —afirmó Clare —Tuviste uno con ella —evitó decir su nombre en voz alta.

Reed se llevó una mano hacia la frente, cerró con fuerza los ojos e intentó tranquilizarse —Todo es distinto ahora.

—¿Por qué Reed? ¿Por qué es distinto? ¿Qué cambio?

—Porque ella está muerta. Ella esta muerta —ladró él, frotándose el rostro en un súbito gesto de cansancio.

—¿Y si ella no lo estuviese? —dijo Clare, intentando buscar en Reed algún gesto, alguna sola emoción que le diera permiso para sacarlo de su error.

Golpeó con los puños la isla de la cocina, murmurando una violenta imprecación —*Por qué todos comenzaban a decir cosas como esa* —pensó él — Sabes que la habría seguido hasta el infierno mismo. Hubiese amado a ese niño. Los hubiese protegido, hubiese dejado todo por ellos. Hubiese dado mi vida, daría incluso mi alma por tenerlos aquí.

—Sabes por qué estás solo Reed. Porque no luchaste por ella como debías, simplemente te dijo lo del bebé y huiste, en vez de quedarte y hacerla entrar en razón, te fuiste pensando que ella no quería al bebé, pero quizás había algo detrás de todo ello. Es por eso que estas solo Reed. Porque desconfías de las personas que son sinceras, que te aman y confías en aquellas que solo se han valido de tretas para mantenerte a su lado.

—¿Estás diciéndolo por Amanda?

—Sí. Ella solo quiere un marido agente para poder así dejar su puesto de secretaria y continuar con sus excéntricos lujos. En cambio, Naval te amo creyendo que eras un simple chico sin arte y parte —indagó ella —Creyó que eras un tipo mil oficios y aun así ella te quería a su lado y quería sacarte de su

mundo. Esa es la gran diferencia entre Amanda y Naval.

—¡Clare! ¡Por favor! —suplicó que no continuara con esa platica que solo le daba un dolor agudo en el pecho como el inicio de una monumental jaqueca.

—Entonces no me pidas que te de la dirección de Parker Anderson. Y ella no irá a la reunión de Harris, porque sencillamente ella es diferente y no le va la mierda snob de este lugar.

—Sé que Dylan y tú se han puesto de acuerdo con esto.

—¿De acuerdo en qué? —preguntó ella confundida, Dylan era muy cuidadoso en como hablaba con Reed por temor a rebelar algo, pero ella no necesitaba ser demasiado cuidadosa, no quería ver a Reed atrapado en las redes de Amanda Hammons.

—En lo que sea que están haciendo. Quieren que saque a Amanda de mi vida y que viva entre los recuerdos de una persona que ha muerto hace tres años. Eso.Eso es un maldito juego, Clare. Y no es justo. No es justo para mí.

—Si tú lo ves de esa manera. —encogió sus hombros —No podemos decirte más. No podemos hacerte cambiar de parecer. Pero no queremos más números tuyos y menos aquí. No quiero que perturbes la paz de una familia rota. Parker no se merece eso después de sufrir tanto. No otra vez.

—Para no ser cercanos. Conocen mucho de ellos.

—Son solo cotilleo de pueblo, Reed. Solo es cotilleo.

Cruzando sus brazos sobre su pecho, se recostó sobre la mesada, curvó sus labios en una cínica sonrisa, vería hasta qué punto mentían ambos —Dime una cosa. ¿Cómo murió el marido de Parker Anderson?

Clare tragó saliva, nunca habían hablado de ese tipo de detalle, porque nadie preguntaba hasta ese punto. y sí preguntaba Dylan de seguro no le había dicho —Bueno. Creo que murió. Hm. Murió a manos de un delincuente. Creo que quisieron robarle el coche y él se resistió y le dispararon.

Reed asintió con la cabeza —Pobre hombre. Debió ser duro para ella perder a su marido.

—Sí, lo fue. Su padre fue quien le ayudo a salir adelante con su pequeño hijo.

—Vaya. ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Su marido

—¿Qué marido?

—El marido de Parker Anderson.

—Oh —ella soltó una risa estrangulada —Vaya. Creo que se llamaba John.

*Mentira*, pensó Reed. *Todo era una mentira y averiguaría por qué.*

Reed se quedó callado, giró sobre sus talones y salió de la cocina, no deseaba más sermones, no deseaba más protestas y advertencias, y mucho menos mentiras absurdas, iba a salir pero algo hizo que se detuviera en el umbral de la puerta, volvió el rostro y vio a Clare negando con la cabeza —La amo. La sigo amando y nada ni nadie podrá arrancármela del corazón.

—Pues estas perdiendo el tiempo, Reed. Solo eso te puedo decir.

Frunció el ceño ante ese comentario, siguiendo su camino, pasó por el vestíbulo de la casa, y de pronto vio la respuesta a sus dudas, la agenda de teléfono, Dylan era quisquilloso en ese sentido, tenía contactos, amigos, familia y números de emergencia anotados en tanto su agenda como móvil, tomándola entre sus manos, supo que jamás encontraría respuesta alguna de sus amigos, subió a su habitación, podía revisarla con calma ya que Dylan en esos momentos había salido con el pequeño Lucas a realizar algunas compras para el almuerzo y la cena que iban a preparar en casa.

Cerró la puerta de su habitación, sentándose al pie de la cama volvió el rostro hacia ese pequeño mono y luego a la agenda que traía entre manos, abrió la pequeña agenda intentando buscar alguna pista, número o dirección, buscó en A pero no había nada —Vaya, sí que Dylan me la puso difícil. Pero ¿Por qué tanto misterio con respecto a esa familia? —se cuestionó, entonces buscó nombre por nombre, hasta que encontró a un tal Caleb Anderson, era el único Anderson y estaba hasta el final de la agenda, justo en la hoja de números de emergencia y números de la familia de Dylan y Clare, lo más extraño es que decía tío y Dylan solo tenía un tío y ese había muerto tres años atrás —“Nolan” —confirmó con amargura, tomó su móvil y apuntó la dirección y el número de contacto móvil y fijo. Sonrió por su astucia, pero debía ver si se trataba de ese Anderson y no otro, pero de que tío se trataba, Clare era Poslowski por parte de padre y Labrecque por parte de madre.

—Anderson. Anderson —repetía una y otra vez, buscó nuevamente en la agenda, pero nada. le sonaba ese apellido, conocía a alguien con ese apellido, pero sobre todo el nombre, recordó a detalle el reverso de la foto **Nolan C.**

***Stromhod Anderson*** y luego la conversación con Dylan el día siguiente en el colegio, Caleb — ***C.A Caleb Anderson es Nolan Caleb Stromhod Anderson*** ¡Dios! —Sintió un nudo en la garganta, Dylan había cambiado tanto, todos lo habían hecho, vio la habitación y supo que se estaba asfixiando —Tengo que salir de aquí —tomó el mono, su chaqueta y sus llaves, no podía seguir lamentándose y culpándose.

Reed subió a su auto y condujo hacia el único lugar que podía darle un poco de paz, el cementerio, era ya hora de ver la tumba olvidada de sus padres y quizás así poder aclarar su mente y las diversas ideas ilógicas que cruzaban su cabeza.

El silencio del momento lo ponía ansioso, así que optó por encender el estéreo, haciendo resonar los parlantes con la canción de *NF – Paralyzed*. Con una mano aferrada al volante y la otra apoyada en la ventanilla de su auto, inmerso en sus pensamientos no podía evitar recordarla, recordar cada conversación con Dylan y su manera no tan sutil de decirle que Amanda de igual manera lo utilizó años atrás —¡Dios mío! —suspiró, pero no era alivio sino desesperación, estaba a punto de cometer un error, el peor error de su vida y no sabía si continuar con esa locura o parar de inmediato antes de que un niño se viera involucrado en todo ello.

Llevó una cansada mano sobre sus cabellos haciéndolos hacia atrás —¿Qué me está pasando? —se preguntó a sí mismo, estaba totalmente confundido con todo. Por más que intentaba ver un lado diferente a la historia de Dylan con Amanda, las piezas encajaban, ella estaba haciendo lo mismo con él, poner la idea de un bebé solo para obtener estabilidad por un tiempo.

Disminuyó la velocidad al entrar al cementerio, estaba desolado en esa época del año, había flores en algunas lápidas, otras simplemente olvidadas como las tumbas de sus padres. Se detuvo al llegar al lugar, estacionó y bajó del auto sin antes tomar las flores que había encima de la guantera de su auto.

Por un instante pensó no reconocer o no dar con la localización exacta de las tumbas, pero cada vez que se acercaba no creía lo que veía, las tumbas estaban limpias, sus nombres tallados en grabados nuevos y cuidados, había dos floreros de cristal con flores ya de tres días, frunció el ceño al ver que sí, eran las lápidas de sus padres, no había margen de error. Él no tenía familia en kilómetros a la redonda que pudiera dejarle flores a sus padres, los únicos parientes que tenía era Dylan, pero dudaba que él fuese a realizar tal mantenimiento a ese par de tumbas.

Se acuclilló ante ellos, dejando las flores encima de sus lápidas, no podía quitar esas flores, no tenía el derecho de hacerlo, ya que una persona en esos veinte años no los había olvidados —Hola mamá, papá —hizo una pausa, cayendo arrodillado ante ellos, con la espalda encorvada y la cabeza gacha — Lamento no haber sido un buen hijo, lamento no haber estado pendientes de ustedes aun muertos. —llevó una de sus manos hacia su boca, no podía decirles mucho, hace años que los había olvidado —Sé que el olvido no es nada comparado con el dolor que quizás les estoy causando al saber que mi vida es un desastre completo.

Dando una risa sin nada de humor, se sintió por primera vez un completo estúpido al no saber que decirles a sus padres, no había palabras, era como si él fuese solo un muñeco, alguien que vivía solo por hacerlo, alguien que estaba en el mundo porque le toco estar allí, su vida había perdido todo tipo de sentido y emoción. Y comprendía a la perfección que casándose con Amanda su vida sería aún peor —Me voy a casar dentro de un mes. Sé que para ti mamá, ella no sería la mujer adecuada, quizás sí, no lo sé, pero puedo decirte que quiero continuar, no quiero seguir viviendo con la sombra de una mujer que no me amó por toda mi vida, quiero tener mi familia, quizás tener hijos. Pero no quiero morir solo, sé que Dylan puede decir que no es buen material de mujer, esposa y madre, pero quizás se equivoca, puede que Amanda haya cambiado —replicó elevando la barbilla, ya se le habían acabado las opciones y era momento de enfrentar sus miedos y continuar con su vida.

Iba a ponerse de pie, pero de la nada, algo le dijo que hablara de ella — Tuviste un nieto, tuvieron un nieto. Quizás muy hermoso. Yo amaba tanto a su madre, su nombre era Naval. Naval Kapot —llevó ambas manos hacia su rostro apretándolo para así no llorar, aunque sus lágrimas cayeron de igual manera sobre sus manos, de la nada recordó su risa, la manera en cómo sus ojos brillaban con esa determinación, la manera en cómo su cabellos volaba al aire libre, había simples momentos que no podía olvidar, entre ellos verla dormida sobre su pecho —La amo aún, no sé cómo olvidarla, cómo arrancarla de mi corazón, de mis recuerdos y eso me mata lentamente. Cuantas veces pensé reunirme con ella, pero algo siempre me lo impedía, quizás mi cobardía al no estar con ella cuando más me necesito es mi castigo, seguir con la pena de no haberla apoyado y decirle que la amaba en su momento. Sé que desconfiar del hombre que me dio todo es algo imperdonable. Sé que Nolan actuaba debido a algún impulso que le hizo actuar de esa manera tan paternal con ella. Pero se desde el fondo de mi corazón, que lo odio por haber sido él quien se reunió con ella en la muerte y no yo. Envidia por ser él quien le ayudó en momentos

difíciles, mientras que yo solo me acostaba con una y con otra rompiéndole el corazón —elevó el rostro hacia el cielo, dejando que la fría brisa refrescara su rostro como también se llevara sus lágrimas.

—Lo siento. En verdad lo siento. Solo. daría cualquier cosa por verla una vez más. Solo una vez más —levantándose con cuidado, giró sobre sus talones y caminó hacia su auto, se posicionó detrás del volante, se quedó paralizado por unos segundos hasta que lloró, lloró por no tener absolutamente a nadie más a quien recurrir. Nolan había sido su pilar sólido, había acudido a él en un sinfín de ocasiones para que le aconsejara, que le ayudara, que lo estrechara en un abrazo como lo haría un padre con su hijo. Entonces por qué olvidaba todo lo que hizo él por el simple hecho de sentirse traicionado. —¡Dios mío, Nolan! —dijo contrito en un mar de lágrimas, de la nada vio el pequeño peluche a su lado, tenía el chance de saber la verdad. Abrochó su cinturón de seguridad y encendió el motor, iría a ver a Sami Anderson y con ellos sus dudas se disiparían.

Naval estaba preparando el almuerzo, Nolan estaba sentado en la sala de estar, leyendo el periódico y siempre echando un ojo a lo que Sam hacía en la alfombra, percatándose que su nieto sacaba en mano algunos osos de peluche, algunos autos y figuras de acción —Hey. Hey. ¿A dónde vas chiquitín? —preguntó, dejando el periódico a un lado, sin darle importancia a una noticia que le concernía a esa familia. Vio a su nieto moverse de un lado a otro.

—Jugaré.

—Y por qué juegas en la parte delantera de la casa, cuando tienes un patio atrás. —gesticuló con la mano.

—Porque quiero el sillón columpio de la entrada —respondió siguiendo su camino.

—Sabes que está haciendo mucho frío afuera.

—Pero quiero jugar afuera.

—Vaya que niño. —susurró —Por ningún motivo salgas más allá del porche, ¿Entendido, Sam?

—Sí, abuelo —canturreó.

—Hmm —Nolan se puso de pie y fue hacia la cocina mientras que la puerta de entrada la dejó abierta, fue a la nevera y sacó la botella de leche —Ese diablillo quiere jugar en el porche —le dijo a su hija, sirviéndose un vaso.

—Déjalo. No puede estar encerrado todos los días.

—Vaya niño. —sonrió.

—Dímelo a mí —siguió cortando las verduras —Mientras no vaya corriendo hacia la pista.

—Sí, ya se lo advertí.

—Cómo si por alguna razón te hiciera caso. Es más cabezota que. —pero evitó decirlo.

—Qué su padre —completó Nolan la oración, sí, lo sabía, Reed había sido caprichoso y testarudo, cuando lo conoció era prácticamente un salvaje que debía domarse, pero él apaciguó a esa bestia interna, convirtiéndolo en el hombre que era. Por instantes, Nolan se achacó la culpa de haberlo convertido en lo que era, en la sombra de un Nolan joven —Y no sé qué hice mal con ese muchacho.

—Hiciste lo mejor que pudiste con él. Sabes bien que él no era tu responsabilidad y aun así le diste mucho, le diste una familia cuando no la tuvo, le diste un hogar cuando más necesito, le diste los estudios y luego le ayudaste a conseguir un trabajo, hiciste lo que hubieses hecho conmigo. Hiciste un trabajo a tiempo completo como padre para él.

—Pero él me culpa de ser tu amante. Una idea descabellada. —negó con la cabeza.

—Quizás eso deseaba pensar para poder alejarse de mí y no tener que velar por nosotros.

—No. Reed no es así. Alguien le tuvo que decir algo.

—No es un niño chiquito para que lo puedan convencer así de fácil, papá, creo que estas culpándote demasiado en cuestión al futuro de Reed y más ahora.

—Tienes razón. Hice lo que debía con el muchacho, le di herramientas para sobrevivir y si él las utiliza mal, es su problema.

—Exacto.

—Pero un padre debe velar y asegurarse que su hijo siga el camino correcto.

—La diferencia papá, es que tú no eres su padre.

Nolan llevó una mano hacia su frente, había cometido un error, había hecho que Reed amaré desde el inicio a un fantasma y luego al encontrarlo en carne y hueso, se lo había arrebatado sin miedo a que pudiese así destruir la vida de un muchacho inocente.



Reed condujo hacia la dirección que había encontrado —Vaya, sí que está un poco alejada. Vivir a pies del Trigde es raro —comenzó a buscar el número de la casa, yendo a una velocidad mínima, pero no hizo falta que buscara más, vio a Sam jugar en el porche con sus juguetes, sonrió al ver al niño tan feliz y atento a su juego. Estacionó y tomó el espejo retrovisor y vio su reflejo, intentó ver si estaba presentable, sonrió ante su estupidez, estaba por ver a un niño y no a su cita, tomó el pequeño mono que estaba a su lado y bajó del auto, estaba nervioso, tan ansioso cómo si fuese a conocer a alguien perdido de su familia, pero era lo que deseaba, quería ver al niño, quizás tener la oportunidad de conocer a la madre y al abuelo.

Caminó hacia la entrada, tragó saliva, por alguna razón temía que ese niño solo fuese un espejismo, un buen sueño. Sami levantó su cabecita al ver que un auto estacionaba y al ver a su nuevo amigo sonrió y corrió hacia él desobedeciendo las órdenes de su abuelo.

Reed al ver que ese pequeño corría hacia él, supo que era real. Sonriéndole, se arrodilló ante Sami sin importarle si mojaba su pantalón con la nieve, lo estrechó entre sus brazos cómo si por alguna razón ese niño fuese su hijo, besando su frente con una ternura que Reed intentó calmar su agitado corazón y evitar derramar lágrimas que por alguna razón se formaron en la comisura de sus ojos —Hola pequeño. —le dijo con tanta alegría que ni él mismo se lo podía creer —Soy Samuel ¿Recuerdas?

—Hola. Eres el tío de Lucas ¿Cierto? —mostró sus pequeños y blancos dientes.

—Exacto y tengo esto para ti. —sacó el pequeño mono de su chaqueta, dándoselo con mucho cuidado —Lo guardé para ti. Se te cayó en la escuela, supuse que lo querrías de vuelta.

El pequeño niño al verlo abrió los ojos, sorprendido —Pensé que se había perdido. —tomó su mono con tanto amor que a Reed le dio un vuelco el corazón.

—En realidad me acompañó mucho —tocó los rizos.

—Mi papá también se llama como tú —dijo de la nada el niño.

—¿Tu papá? —preguntó sorprendido, Clare le había dado un nombre muy distinto ¿Acaso la madre aun no deseaba decirle a su hijo que su padre había muerto? ¿O había vuelto a iniciar?

—Mamá dice que trabaja. Demasiado. Además no puedo creer que te llames

como mi papá. Él pelea con los malos y los atrapa.

Reed frunció el ceño, era demasiada coincidencia con respecto a esos detalles que eran mínimos pero podían tener una importancia significativa —Yo igual. Peleo con muchos malos —le sonrió al niño.

Los ojos del niño se agrandaron —Vaya. Entonces eres igual, pero muy igual que mi papá.

—Por lo visto sí. Y ¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien. Estaba jugando. ¿Quieres venir? —tomó la mano de Reed, pero él lo detuvo, aunque ese gesto hizo que algo dentro de él se contrajera.

—No creo pequeño. Tu mami puede molestarse por llevar un desconocido a casa.

—Pero tú eres tío del primo Lucas.

—¿Qué? —preguntó Reed.

—Tío Dylan no viene mucho hace días.

—¿Tío Dylan?.

—Aja —dijo el pequeño —¿Te gusta las papas fritas?

—Claro. Con bastante mayonesa.

—Igual a mí —canturreó el niño.

—¿En serio? —Reed levantó la vista y vio movimiento en el interior de la casa —¿Tío Dylan viene mucho?

—Sí. Lucas juega conmigo, además tía Clare me trae chocolates. Mi mamá está adentro con el abuelo. Ella se llama Na. —en ese instante Reed estaba dispuesto a tomar la mano del niño e ir a la casa y Sam iba a decirle el nombre de su madre, pero el móvil de Reed sonó, vio el nombre de Clare en la pantalla y maldijo para sus adentros aquella intromisión.

—Ve con tu Abuelo, pequeño. No querrás que se vuelva histérico.

—Sí Samuel. Adiós —el niño le dio un beso en la mejilla, Reed se levantó, giró sobre sus talones, regresando al auto pero contestando el móvil.

—¡Clare! —dijo.

—¡Reed! —un extraño sentimiento recorrió su espina dorsal al sentir a Clare llorar al teléfono.

—¿Qué pasa Clare?

—Dylan chocó el auto. Y Lucas estaba sentado a su lado. —anunció con temor —Estoy en un taxi. No puedo conducir así.

—Clare. No te alarmes. Estoy yendo al hospital. —corrió hacia su auto, tomando su lugar tras el volante, encendió el motor y aceleró, sin poder observar bien al hombre de cabello cano que llamaba a Sam desde la puerta y le reprendía por desobedecer.

Nolan no sentía la conversación de Sam en el porche, así que enojado por su desobediencia abrió por completo la puerta —“Sam”. —él pequeño corrió hacia su abuelo con su mono de felpa —¿Qué te dije sobre alejarte Samuel? —preguntó enojado tomándolo de los bracitos —Y ¿Quién te dio el mono? ¿Con quién hablabas? —buscó con la mirada algo sospechoso, pero lo único que alcanzó a ver fue un auto yéndose de prisa.

—Mi amigo. Samuel —señaló con su dedito hacia atrás —Él también se llama como yo. Y como papá. Pelea con malos también —vio las lágrimas de su hijo aproximarse, se reprendió por ser tan duro con él, pero se sentía enfermo de solo imaginar que Sam desapareciera de su vida, no podía ni siquiera pensarlo, la desesperación, la angustia, la pena, viniendo a su mente viejos recuerdos, entre ellos recordar a su bella mujer, ella no soporto la presión de ver que su hija estaba tan lejos de su alcance, haciendo prematura su muerte.

—Lo siento. Pero sabes que mami se volvería loca si te pierdes. No vuelvas a hablar con extraños Sami, sabes que eso es peligroso.

—Sí abuelo.

—Ese sí abuelo no me convence. —Tomó la mano de su nieto, llevándolo hacia el comedor —La comida ya está lista.

—¡Mamá!

—Mamá nada. No sabes el susto que me puedes dar pequeño. —lo tomó entre sus brazos, levantándolo y acomodándolo en la silla. Amaba a su nieto, demasiado para ser preciso.

—¿Quién te dio el mono? —preguntó nuevamente Nolan poniendo vasos en la mesa

—Mi amigo Samuel me lo dio —Nolan tuvo un presentimiento al escuchar ese nombre, ¿Sería el mismo? ¿Cuántos Samuel podían existir en Midland - Michigan?

—Espero que no te acerques a ese hombre, Samuel —le advirtió el abuelo.

—Ya entendí —respondió con la vocecita apagada.

Naval cambió de canal, volviendo a la cocina una vez más —¿Qué pasó? Oí que reprendías a Sam.

—Nada Naval. Solo que este muchachito encontró a su mono en el porche.

—¿Qué? ¿En el porche? —Frunció el ceño, aunque no había buscado dentro de la casa.

—Sí por lo visto el mono nunca salió de casa.

—Bueno lo importante es que Oggy está en casa —sonrió su hija, sirviendo la comida y cortando la carne en pequeños trozos para que Sam pudiera comer.

—Te lavaste las manos Sam.

—No mamá.

—Hmm —levantó el rostro viendo a su padre —Vaya.

Sam saltó de su silla y corrió hacia el baño, empujó como siempre la puerta y se subió a su pequeña silla para poder así alcanzar el lavado, se puso de puntillas tratando de tomar el jabón y abrir el grifo, la pequeña sillita incorporada para él se tambaleó, pero Sam terminó de asearse y bajó corriendo sin darse cuenta de las tres gradas del vestíbulo a la cocina cayendo de cabeza al suelo, además de un grito de dolor, que solo logró aterrorizar a Naval.

El ruido sordo de una caída alertó a Naval, levantándose de un saltó, dejó caer la silla hacia atrás por el brusco impulso y corrió por el pasillo, solo para encontrar a Sami en el suelo llorando, tomándole entre sus brazos lo acuno sobre su pecho, para luego revisar su rostro —Ya pasó Sami. No es nada —le dijo, inspeccionando el cuerpo de su hijo, pero la herida en su frente la puso a ella más nerviosa y sobre todo con el llanto inconsolable de su hijo —¡Papá! ¡Papá! —gritó al borde de la histeria, tomó a su hijo en brazos llevándolo hacia el porche de la casa.

—Calma, calma. —le dijo Nolan a su hija ya que madre e hijo estaban llorando a moco tendido —Es solo un rasguño.

—Hay que llevarlo al hospital. Puede ser grave.

Nolan soltó un bufido —Vamos. Vamos, para que tu salud mental este con paz interior —tomó las llaves del auto, escoltando a su hija y nieto hacia el auto.

Reed llegó lo más rápido que pudo al hospital, aparcó y entró como alma endemoniada, viendo a Clare nerviosa y llorosa pedir información en la entrada, corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos —¿Dónde están?

—Me dará informes ahora.

—Señorita. ¿Dónde están? —urgió Reed.

—Están en sala de emergencias, primer piso final del pasillo —indicó la enfermera. Reed corrió junto a la acongojada Clare, encontrando a Dylan en los primeros cubículos, estaba siendo suturado del brazo mientras que su pequeño hijo solo era aseado de la sangre de su padre.

Clare corrió hacia su hijo —¿Qué sucedió? —gritó, revisando a su pequeño.

—Un chiquillo estaba aprendiendo a conducir y me chocó. Felizmente que Lucas tenía el cinturón de seguridad, y yo puse de inmediato la mano para que la bolsa de aire no lo lastimara, pero yo me llevé lo peor. Él solo está manchado de mi sangre y perdió su primer diente ya. —explicó Dylan tranquilo, viendo a su hijo reír y mostrar a todos el diente que le faltaba.

—¡Carajo, Dylan! —Rugió Reed —Pensé que ya estabas muerto o en coma. ¿Cómo diantres se te ocurre llamar así a Clare?.

—Yo no la llame. Fue la asistenta del hospital.

—Entonces. No pensabas avisarme que mi hijo casi muere —le recriminó.

—Mujer. No seas dramática. Solo fue un pequeño golpe. Nadie salió herido.

—¿Herido? ¿Acaso te parece un chiste?

—Vamos. Reed sácala de aquí.

—Si no estuvieras herido te golpearía completo idiota. Y para que mierda esta la silla de niños incorporada atrás. —le gritó, mientras que el doctor que lo atendía no paraba de reír —Esta de adorno.—chilló Clare reprendiendo a su marido como si fuese un niño.

—Lucas siempre va conmigo adelante.

—Un padre responsable. —lo golpeó en la nuca, estaba muy enfadada y Lucas no paraba de reír ante la reprimenda que le daban a su padre.

Reed solo los veía discutir, con las manos en los bolsillos y una sonrisa en sus labios, mientras que Lucas solo reía de como mamá y papá discutían de manera cómica en el hospital —Vaya que padres Lucas —se mofó —Muéstrame

tu diente.

El pequeño Lucas sonrió, mostrando sus dientes —Pero está en mi pancita, me lo tragué.

—Entonces el ratón Pérez. Te dejará dos monedas, una por el diente y otra por ahorrarle el trabajo de llevar un diente. —acarició la cabeza del niño.

—¿Tú crees?.

—Claro. Además creo que te dejara cinco dólares por aguantar a esos dos — señaló con su pulgar la discusión acalorada de Clare y Dylan, deslizó su mano a la parte trasera de sus vaqueros, sacando de su cartera cinco dólares y entregándoselos al niño —Yo te los adelanto. —rio ante la discusión de sus amigos —Si tienes que soportarlos. Créeme lo vale.

# Capítulo 10

## INTUICIÓN

Tomó a su hijo en brazos, Sami no dejaba de llorar mientras que Naval estaba desesperándose más, su padre aparcó de inmediato abriendo la puerta para ayudar a Naval a salir del auto —Naval tranquilízate. Solo estas asustando a Samuel. Es normal que un niño de su edad se caiga y llore.

—Papá. La herida de su frente puede ser grave.

—Naval. Estas sobreprotegiéndole demasiado —espetó Nolan, ya que su hija estaba asfixiando a su nieto con cuidados y mimos, sabía que solo haría de él un niño caprichoso y testarudo y ni que hablar que pudiera a llegar a ser igual de rebelde que su padre cuando llegase a la adolescencia.

Naval entró a emergencias pidiendo ayuda para su hijo, Harris al escuchar esa voz levantó el rostro y la vio, dejando de conversar con la enfermera para acercarse a ellos —Parker. ¿Qué sucede?

—Sami se cayó. Se cayó —repitió, acongojada.

—Ven aquí. Yo les atenderé —hizo una seña a la enfermera —Tina. Yo atenderé esta emergencia. —Escoltándolos a un cubículo, le pidió a Naval que dejara a Sami —Recuéstalo en la camilla.

—Mami —sollozó.

—Hola campeón. ¿Qué paso amiguito? —intentó calmarlo.

—Harris me caí y me pegue aquí —levantó su dedito señalando su herida.

—Veremos que es. Sí campeón.

El pequeño asintió con la cabecita, dejando que Harris lo atendiera, revisó la herida y vio que solo era un corte sin la necesidad de sutura —Parker tranquilízate —le pidió él al ver a madre e hijo llorar y un asustado abuelo tratando de calmar a ambos —Parker solo fue el susto, no hay que dar sutura repito. Solo curaremos la herida y veremos si no hay otros raspones. —sacó de su bolsillo derecho una paleta entregándosela al niño que comenzó a sorber sus mocos y dejar de llorar, pero hacia pucheros con sus labios.

—¿No es algo grave?. No necesita una tomografía o una radiografía —dijo

ella, Nolan solo negó con la cabeza y puso los ojos en blanco ante las ideas de su hija.

Harris solo soltó una carcajada ante las insinuaciones de Parker —No te preocupes. Es solo una caída de las muchas que tendrá, créeme. Yo veo caídas más graves todos los días, créeme —llevó una mano hacia la espalda de Parker, consolándola —Además solo fue el golpe y raspón por la caída y nada más pasara. A menos que quieras que ingrese a Sami veinticuatro horas para observarlo. —sugirió él.

—Harris no será necesario tanto alboroto —espetó Nolan.

Ante la insistencia de Naval al llorar, Harris le pidió salir unos minutos ya que ponía ansioso al niño —Parker porque no sales unos minutos. Respira y tranquilízate. Estas poniendo ansioso a Sami al verte llorar.

—Vamos hija. Yo me quedaré con Sami. Tú da una vuelta, respira, compra algunos chocolates para Sami —Ella solo asintió con la cabeza, saliendo del cubículo asignado para su hijo.

—Está sobreprotegiendo a Samuel —dijo Harris poniendo un curita de osos en la frente del niño —¿Qué tal campeón? ¿Mejor?

—Sí —sonrió el niño.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Esta sobreprotegiéndole demasiado.

—Caleb —hizo una pausa intentando buscar las palabras adecuadas —Sé que Parker pasó un momento difícil en el embarazo y cómo el padre de Sami terminó con ella, pero creó que Sami necesitaría una figura paterna. Sabes bien que mis intenciones con ella son sinceras. Amo a Sami. Amo a Parker.

—¿Estas pidiéndome permiso acaso? —preguntó Nolan, arqueó una ceja ante las palabras de Harris.

—En realidad, sí. Yo quiero una familia, tengo una profesión, tengo 35 años. Podemos formar una familia.

—En realidad, creo que deberías decirle a Parker tu idea. Ella merece ser feliz y se está cohibiendo y perdiendo muchas oportunidades de poder formar su propia familia. Desde el inicio en que propusiste a Parker matrimonio hace un año, te dije la verdad sobre el padre de Samuel, que estaba lejos y no pensaba regresar. Pero ella se niega a esa felicidad, él ya está formando una familia.

—Lo que no puedo concebir. Es que clase de hombre deja atrás también a su



hijo. Yo nunca me hubiese ido sin mirar atrás.

—Por ello vi que eres un chico bueno para mi Parker. Ella sufrió mucho.

—Lo sé. Y quiero hacerlos felices. Además así también darle quizás un hermanito a Sami.

—Invítala entonces a tu fiesta.

—Ya lo hice y para mi sorpresa acepto.

—Entonces tienes en que comenzar.

—Gracias Caleb por ser comprensivo.

—Yo fui joven muchacho. —suspiro —Fui joven hace años. —sí lo fue, quería que su hija rehiciera su vida y dejara de llorar por un hombre que no regresaría ya que pensaba que estaba muerta. Merecía una oportunidad —Joven y testarudo.

Reed retrocedió unos cuantos pasos más sin borrar la sonrisa de sus labios ante esa cómica escena, cruzó los brazos sobre su pecho y de la nada algo en su interior le dijo que volviese el rostro hacia la derecha, que viese a ese lado y así lo hizo.

Su rostro perdió todo color cuando vio pasar a una persona que había ya fallecido hace ya tres años atrás, negó con la cabeza, pero jamás se equivocaría, era imposible equivocarse. No podría por la sencilla razón que en esos tres años jamás había olvidado su rostro, su cuerpo, la manera en cómo se movía, la manera en cómo gemía su nombre al hacerle el amor —Ella está muerta —se asombró de poder escuchar su propia voz —Ella está muerta.

—Hey. Reed. ¿Te encuentras bien? —preguntó Dylan al verlo paralizado de pies a cabeza y al no recibir respuesta le llamó una vez más —Reed —se preocupó más al verlo temblar, algo que jamás, jamás en su vida vio de Reed Fletcher.

Era un espejismo, otro espejismo, pero esta vez estaba despierto y en sus cinco sentidos, sin sedantes y analgésicos, sin oxígeno y postrado en una cama que le impidiese ir y tocarla, sin ataduras que le impidiera poder estar frente ella. Respiró entrecortadamente al verla, sus ojos estaba más grandes y su rostro había drenado todo color —¿Cómo es posible? —Se preguntó mientras que sus oídos se habían tapado por completo, evitando escuchar que su amigo le llamaba para que le viese o dijera que le sucedía —Ella está muerta —sentía la sangre latirle en las sienes, se restregó los ojos tratando de quitar esa mala visión que

tenía adelante —¿Acaso era su doble? NO. Era ella, era Naval Kapot hecha carne y hueso, delante de él.

—Reed —volvió a llamarle Dylan, haciéndole una seña con la cabeza a su mujer para que se acercara a él, Clare intentó acercarse a él, llamándole una vez más.

—Reed. Sucede algo.

Sí que sucedía algo, acababa de ver a su mujer, a la que fue su mujer, a la madre de su hijo en el hospital, vio a Naval, a su Naval pasar, tenía cerquillo, el cabello arriba de la cintura hecha una trenza gruesa, tenía unos vaqueros ajustados, un suéter y una chaqueta blanca, era ella, no había margen de error, era ella, tragó saliva sintiendo la garganta adolorida —Es ella. Es. Es. Ella —balbuceo.

—¿Quién es Reed? —dijo Clare, volviendo el rostro para ver a su marido.

—¡Naval! —soltó una voz estrangulada, lo desconcertante era que todo había dejado de funcionar, escalofríos subían y bajaban por sus terminaciones nerviosas hasta tal punto que era incapaz de mover tan solo un musculo, quiso correr hacia ella, pero sus piernas no le respondían, quiso gritar su nombre, pero no salía palabra alguna de su boca, con manos temblorosas, toda la habitación y el pasillo del hospital parecían moverse de manera rara, sujetó la cortina de separación de los cubículos, entonces la volvió a ver, caminaba de regreso hacia uno de esos cubículos, negó con la cabeza, parpadeó tantas veces pensando que de esa manera la ilusión que tenía adelante desaparecería, parecía estar en trance o en un sueño.

—Reed. Creo que debes sentarte —Clare se acercó a él, pero Reed estaba en trance y había perdido noción de tiempo y espacio al verla.

—¡NAVAL! —gritó su nombre antes de que la oscuridad se apropiara de él, cayendo al suelo llevándose consigo la cortina del hospital.

—¡Jesús! —gritó Clare al verlo caer desmayado, pero tomando su cabeza para que no se dañara.

—¡Carajo, Reed! —gritó Dylan corriendo hacia su amigo que yacía inconsciente en el suelo, jamás lo había visto tan pálido que podía haber visto un fantasma.

—¿Qué sucedió? —le preguntó a su mujer.

—No lo sé. Estaba de pie sonriendo y luego vio algo, estaba cuchicheando

cosas que ni yo misma podía entender y luego se desmayó.

Dylan le dio palmadas en el rostro, el doctor se acercó corriendo hacia el nuevo paciente, pero no supo el porqué de su grito, jamás lo había visto de esa manera.

—¿Qué sucedió? —preguntó, examinándole.

—No lo sé. Estaba aquí y de la nada se cayó.

—¿Pero gritó algo?

—Llamó a una persona que está muerta hace tres años. Era. Era su novia, se suicidó después de perder al hijo de ambos. —le explicó un desconcertado Dylan.

—Debe ser un caso de estrés postraumático debido a la pérdida. Suele suceder cuando no aceptan la muerte de la persona —hizo una pausa al ver como reaccionaba lentamente.

—Eso pasó ya hace tres años. —espetó su amigo —Tres años.

Pasó uno segundos hasta que Reed abrió los ojos, vio los rostros borrosos cerca de él, esta vez no la perdería de vista como la última vez que la vio, se incorporó con torpeza intentando irse —Ella. Ella está aquí. Ella, ella está aquí —dijo tratando de erguirse y resbalando cayendo de rodillas, se volvió a levantar, caminando a pasos lentos hacia el cubículo de su derecha —Ella está aquí y no dejaré que se vaya. Esta vez no lo permitiré. —vociferaba fuera de control.

—Señor cálmese. Debe quedarse recostado unos minutos —dijo el doctor, intentando calmarlo.

—¡No! Ella. Ella está viva. Está aquí. Tiene a mi hijo, está con mi hijo —balbuceaba sin sentido alguno —Quiero ver a mi hijo. —se quitó bruscamente la mano del doctor y caminó tan rápido como pudo —Nadie me impedirá que los vea.

Dylan corrió detrás de él, intentando mantenerlo en pie, pero por lo visto estaba demasiado mal para continuar —Reed. Reed. Espera. Espera. —lo detuvo, deseando que regresara pero era demasiado testarudo —Solo te pareció verla. Por favor, regresa y recuéstate unos segundos. ¡Hombre estas asustando a todos! —bramó su joven amigo, dando un escrutinio a todo el pasillo, viendo a enfermeras y doctores con ceños fruncidos ante la escena perturbadora.

—Déjame. Ella está viva. Yo la vi, al igual que hace dos años y seis meses. Yo la vi, estoy seguro. Debe tener a mi hijo. Me dijo que mi hijo estaba bien.

—¡Cristo, Reed!. Ella murió. El bebé murió. Solo estas confundido.

—¡NO! YO LA VI —espetó tambaleándose —Esta vez no me impedirás que la vea.

—Estas alucinando Reed. Regresa a la camilla y conversaremos de esto.

—¡NO! YO SOLO LA QUIERO A ELLA —rugió intentando zafarse de las manos de su amigo.

Naval entró a su cubículo viendo a su hijo recostado en la camilla, tenía leves cardenales y raspones, pero le preocupaba la herida de su cabeza —No me digas que saldrás igual de torpe que yo. —besó su cabecilla y viendo a Harris.

—Hay Parker. —caminó hacia ella estrechándola entre sus brazos, se sentía incomoda al dejarlo hacer eso y sobre todo en presencia de su padre, él había dado su visto bueno con respecto a Harris pero ella no lo quería, aunque al ver la manera preocupada en como corrió para atender a Sami le dio un pequeño empujón a tomar una decisión —Solo deja que él crezca, que aprenda a levantarse al caer. Estas haciendo de Sami un niño mimado y eso está muy mal.

—Yo. Iré por el auto —dijo Nolan saliendo del cubículo y dejándolos solos.

—Harris —intentó reprenderlo por aquel comentario, pero supo que era inadecuado, él era doctor y uno de los mejores en Midland —Creo que tienes razón.

—Aparte es un buen niño —sonrió Harris besando la coronilla de la cabeza de Parker —Así que pueden irse sin miedo a represalias de nuestro pequeño campeón —Lo levantó en brazos y lo puso sobre sus hombros, Sami no dejaba de reír ante los juegos que Harris hacía para él.

—Entonces debemos irnos. Debe cenar y darse una ducha —dijo Parker.

—Vamos yo los acompañaré a la salida.

—Ok.

Harris bajó a Sami de sus hombros seguido de una voltereta de manos que al pequeño tanto le gustaba, sujetándole de la manita, para luego poner la otra mano posesivamente sobre la espalda baja de Parker escoltándola hacia la salida.

—No me darás calabazas entonces —mencionó él de repente.

—¿Sobre la fiesta? —no dudo en dar una carcajada —Claro de no. Iré y así podré unos minutos desligarme de Sami y que pase tiempo con su abuelo.

—No sé si es una idea descabellada, pero tengo una conferencia en New York dentro de un mes y quizás ustedes pueden acompañarme. Así conocerían la ciudad y Sami podría ver los parques recreativos y diversas atracciones.

Vaciló por un instante, pero necesitaba una distracción justo cuando el día del matrimonio de Reed se acercaba —Creo que es una maravillosa idea.

—Esta dicho entonces.

—Sí. —dijo con entusiasmo fingido.

Salieron del cubículo los tres, inmersa en la conversación con Harris no se dio cuenta de que su pequeño hijo volvió el rostro viendo a su nuevo amigo, a Reed, justo detrás de ellos, le sonrió despidiéndose con su manita y con una sonrisa en sus labios.

Reed aspiró hondo, tambaleándose nuevamente, dio unos cuantos pasos hacia adelante seguido de un Dylan gritándole que parara con ello —Reed. Por favor, detente. Detente.

—Tiene a mi hijo. Tiene a mi hijo, es mi hijo.

Dylan levantó el rostro y notó lo que llamaba la atención de Reed, necesitaba tranquilizarlo primero —Te contaré todo lo que quieras saber si te calmas — espetó Dylan al oído de su amigo. Reed volvió el rostro entre lágrimas y consternación hacia su amigo, jamás pensó que su mejor amigo supiera la verdad, y eso dolía. Regresó la vista hacia Naval, quería gritar el nombre del pequeño, el nombre de su madre, cuando vio a la mujer la reconoció en seguida, era Naval y el que puso una mano en la parte baja de su espalda escoltándola, era el idiota de Harris Cooper y el niño. Ese niño que lo inquietaba tanto era su hijo ¿Pero sería su hijo? ¿Por qué Harris Cooper la escoltaba como si fuese suya? ¿Eran pareja? Pero si era su hijo, claro que sí, las fechas concordaban a la perfección, no había margen de error en ello. Ella estaba viva, feliz y con su hijo vivo.

—Mi hijo. Ella tiene a mi hijo —era tanta la impresión y el shock que Reed vio que todo a su alrededor perdía luz, volviéndolo oscuridad y desmayando, pero Dylan logró sujetarlo para que no se golpeará la cabeza una vez más.

—¡REED! —chilló él —Un doctor. Un doctor, rápido —gritó por ayuda, preocupado.

Harris le acompañó hacia el auto, vio como ella ponía al niño en su silla trasera y abrochaba el cinturón de seguridad, la quería, estaba enamorado de ella, y quería a Sami y no le importaba si no fuese de verdad su hijo, le daría su apellido y le amaría como su fuese suyo.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa —Gracias Harris. En verdad estaba sudando de tan solo pensar que fuese algo grave.

—No te preocupes —llevó una de sus manos hacia la mejilla de la joven madre, acariciando su piel —Sabes que cuentas conmigo para todo.

—Gracias nuevamente.

—Ve. Tu padre te espera.

—Nos vemos —Harris le abrió la puerta del copiloto y la cerró una vez que ella se sentó cómodamente junto a su padre.

—Están todos listos —canturreó Nolan, viendo a su nieto por el retrovisor.

—Sí, abuelo.

—Vamos papá. Vamos a casa. Estoy demasiado agotada.

—Sí. Harris no paraba de hablarte. Monopolizaste toda su atención, dejé todo por verte y atender a Sami.

—Es su trabajo.

—Testaruda.

—Conduce papá.

—Hacen una muy bonita pareja —le dijo viéndola de soslayo.

—No voy a tener una conversación de Harris contigo.

—De Reed siempre hablábamos cuando nos conocimos.

—Papá estas metiéndote en terreno pantanoso hablando de esos días.

—Vaya. ¡Qué gruñona te has puesto!

—¡Papá! —chillo ella, solo para negar la cabeza ante la risa de su padre.

La sensación de su cabeza a punto de estallar lo molestaba, confundido y adolorido, había perdido la noción del tiempo, no sabía cuantos minutos, quizás horas había pasado dormido en esa camilla dura de hospital. Recordó entonces a Sami, en cómo se despedía de él con su manita tan pequeña, en cómo su sonrisa

brillaba.

Iba a hablar, moverse pero la voz de Dylan y su conversación acalorada con Clare le advirtió que no se moviera, que permaneciera tan quieto como callado. Dylan había llamado a Amanda después de que Reed desmayara por segunda vez, necesitaba ir a casa esa misma noche —¿Qué te dijo Amanda? —preguntó Clare sentada al pie de la cama de Reed al ver a su marido entrar, no estaba de acuerdo con nada de lo que pasaba.

—Me dijo que iba a tomar un avión lo más rápido posible —se pasó la mano sana por los cabellos haciéndolos hacia atrás —Es lo mejor. Qué se vaya a casa con Amanda — la preocupación podía verse en los rasgos masculinos de Dylan, jamás pensó perder el control de la situación.

—Creo que estas siendo demasiado duro con él. —protestó Clare.

—No Clare. Es lo mejor.

—¿Pero le avisaste a Nolan? ¿Hablaste con él?

—Sí lo hice, pero no pude decirle que Reed los vio, ya que Sam había tenido una caída y habían venido al hospital, entonces Reed los vio, por eso los vio — afirmó señalando a su amigo con la mano —Por eso se puso frenético e histérico asustando a todo el hospital.

—Dylan, no crees que Reed merece saber la verdad, ya es hora de que le digan la verdad. No entiendo como Naval puede callar. Necesita saber la verdad.

—Eso no está en mis manos Clare. Eso le corresponde a ella y a Nolan.

—Yo creo que están siendo crueles al ocultar algo así —espetó —¡Va a cometer el grave error de casarse con Amanda! —Ladró la joven madre con lágrimas en los ojos —Tiene derecho a conocer a su hijo. Sam es su hijo y debe saber la verdad antes de tomar una precipitada decisión de casarse con esa mujer.

—No puedo hacer nada, Clare —insinuó él encogiéndose de hombros — Solo puedo hacer que Amanda se lo lleve antes que este testarudo trate de investigar y mande a la mierda todo. Pondría en riesgo todo lo que hemos hecho para protegerlos a los tres. Y eso es lo más importante, la seguridad de Naval y su hijo.

—Vaya. ¡Qué gran amigo eres! —se levantó de la cama, sacudió la cabeza, secando sus lágrimas con las manos.

—Por favor amor. ¿Qué puedo hacer yo? Si Naval dispuso todo esto.

Conoces a Reed, si se llega a enterar que tiene un hijo se volverá loco. Desquiciado. sencillamente trastornado. Más ahora que Amanda quiere los propios. Y dime. Ella, como quedará ella, se van a casar dentro de menos de un mes. Si Reed sabe la verdad, dejará todo, todo, por ir tras ella. —repitió —Todo.

—Supuestamente eso era lo que deseábamos. Qué no tomará la decisión de casarse con esa arpía.

—Sí. Pero debía ser por iniciativa propia. No poner en riesgo a Naval y a su hijo por ello. No haciendo un numerito como el de hace horas.

—Estás jugando con la vida de tu mejor amigo, Dylan. Recapacita — gesticuló agresivamente con las manos, mientras intentaba no llorar —Es tu mejor amigo. Y eres un maldito malnacido por hacerle esto.

—No, Clare. Reed puede cometer locuras. Hacer escándalos y Naval no necesita ese tipo de drama ahora en su vida.

—No es para menos que haga una escena. —caminó hacia la puerta —Yo haría lo mismo, movería cielo y tierra para encontrar a mi hijo —salió de la habitación, no aguantaba ver a su marido a la cara, no cuando era un mentiroso y estaba jugando con la vida de su mejor amigo.

Dylan caminó hacia la puerta tratando de detenerla —Clare, por favor — extendió las manos.

—Vete a la mierda, Dylan. Madura —espetó Clare dejándolo con su amigo.

—Por favor. Cariño —Dylan sabía que su esposa tenía razón, pero él no era nadie para poder decirle la verdad a Reed, a él no le correspondía tomar esa decisión.

Reed se mordió la lengua ante aquella conversación, sus sospechas eran ciertas, Naval había ido a verlo, las insinuaciones de Xavier eran verdaderas, Naval estaba viva, Nolan estaba vivo y ese niño, ese pequeño niño que tanto le había cautivado, era su hijo, un hijo al que Naval le había ocultado y negado ver, y eso jamás se lo perdonaría, nunca lo haría, la buscaría, reclamaría a su hijo y pediría su custodia, era lo menos que podía hacer, recuperar dos años perdidos de la vida de su hijo, de *su hijo*.

*¿Y Amanda?*,le dijo una voz en su interior. *No podrás llevar al hijo de otra a casa cuando ella ha tenido un aborto y busca desesperadamente tener un niño.*

—Tendrá que hacerse a la idea —respondió, no dejaría a su hijo, no cometería ese error por segunda vez, no otra vez, y Amanda tenía que aprender a



lidiar con ello.

*Amanda jamás aceptará al niño. Lo odiará. Lo odiará como odia a Naval.*

Sí, esa voz tenía razón, ella odiaría a su pequeño hijo, el amargo recordatorio de que ella no podía ser madre y que ese niño era fruto del amor que le tenía a Naval.

Se quedó unos momentos quieto, intentando calmar su agitado corazón, ya que no era para menos enterarse de la noche a la mañana que la mujer que estaba volviéndolo loco con su muerte estaba presente y viva, qué aquel hijo que pensó muerto, qué pensó que ella no quería, había sido ocultado y todo porque Naval era una egoísta, no pensó en sus sentimientos, en cómo podía afectar al niño no tener a su padre, entonces pensó. “¿Qué rol ocupaba Nolan en la vida de Naval?”

Formó con sus manos puños, tan fuerte que sus uñas se clavaron en sus palmas, sabía que si decía algo, podía alertarlos y Naval desaparecería nuevamente con su hijo, así que trató de calmarse y descansar, imaginando una mil y un maneras de retorcerle el cuello a esa mujer. Pero también en mil y un maneras de hacerla suya y no dejarla ir nunca más.

*Abuelo,* repitió mentalmente Reed.

Ella vivía con su padre. pero Nicolay era su padre. ¿o no?

Miles de ideas revolotearon en su cabeza, había muchas explicaciones, como muchos huecos en esa historia. Solo sabía que Nolan Stromhod estaba vivo y que Naval y su hijo estaban resguardados bajo el ala protectora de ese ex agente del FBI y todo tenía una razón.

Sospechaba, pero jamás lo pensó de esa manera, aunque también podía ser un despiste para acallar las habladurías sobre un hombre ya en sus sesenta años con una jovencita treinta años menor que él.

*Todo era posible.*

# Capítulo 11

## LÚGUBRE

«Los rehenes dentro del banco eran observados desde la pequeña cámara del lugar, estaban todos de rodillas apilados en filas hacia las puertas como escudos ante un ataque repentino, la pareja de secuestradores caminaban como leones enjaulados de un lado a otro intentando mantener la calma pero sabían que estaban perdidos, sus peticiones habían sido enviadas pero no era de genios saber que no saldrían bien de todo aquel fallido plan, saldrían en una bolsa negra o directo a la cárcel.

El SWAT ya estaba en posición, los francotiradores en cada edificio listos a disparar, solo faltaba unos pocos minutos para que ellos se rindieran según el plan. Reed abrió la puerta de la camioneta y salió, no podía seguir mirando por ese monitor, había cambiado, sí lo había hecho en casi seis meses después de su muerte, la camisa azul estaba muy pulcra debajo del chaleco antibalas con FBI en amarillo escrito, apretó la mandíbula, extrañaba ser más de campo que de oficina, quería acción, siempre le gusto la acción, pero Nolan Stromhod se había encargado de que la acción quedara en lo profundo de sus ambiciones. Se había hecho crecer la barba media completa bien estilizada dándole un toque más maduro, pero lo único que no había cambiado en esos seis meses era su amor por ella y lo reconocía cada noche al cerrar los ojos.

Levantó la vista y vio a los rehenes salir con las manos en alto, mientras que los dos criminales salían detrás de ellos con las manos sobre la cabeza y arrodillándose para evitar morir a manos del comando especial. Sonrió ante la manera tan fácil de rendirse de esos dos, eran jóvenes entre veinticinco a treinta, algunos agentes del FBI y el SWAT se desplazaron al interior del banco, monitoreando el lugar, era una batalla ganada para el equipo, pero la sonrisa de su rostro se borró cuando al volverse notó algo sospechoso.

Frunció el ceño al ver a un hombre caucásico entre los treinta a cuarenta, estaba con anteojos y con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta — ¿Qué diablos? —espetó con disgusto al ver a un hombre cerca del área cuando habían acordonado kilómetros para no tener bajas en medio de esa misión, dándose cuenta que todo era una trampa, volvió el rostro hacia su equipo y gritó a la distancia —Salgan. Salgan, todos salgan de allí —bramó deslizando su arma

y corriendo hacia ese sujeto que había salido huyendo de la escena.

Estaba a punto de detenerle, pero al doblar la esquina se detuvo abruptamente dando unos pasos atrás, tragó saliva al ver al líder, lamente maestra a unos metros de distancia —¡Xavier! —murmuró al verlo de pie oculto entre las sombras.

—Nos volvemos a ver después de meses. Y tú serás quien me lleve a ella.

Antes de que pudiera hacer algo, el sonido estridente de un disparo lo detuvo, sangre comenzó a gotear hacia el suelo, bajó la vista hacia su chaleco pero no era de allí de donde emanaba la sangre, llevando una mano instintivamente hacia el costado derecho de su cuello, lo cubrió tratando de detener el dolor, quizás la sangre pero era demasiado tarde, estaba imposibilitado. Varios agentes habían entrado al lugar, pero antes de que pudiera decir algo, todo explotó, Reed cayó ante la fuerza de la explosión y del disparo, cerró los ojos, volviendo todo oscuridad.»

Recordó todo a detalle ese incidente preparado hace dos años y seis meses, por qué Xavier se arriesgaría a ello, claro, sabía que Naval iría a verle al saber que estaba herido, y eso había hecho, las piezas encajaban, Xavier de seguro estaba dispuesto a hacer caer esa treta elaborada con dedicación todo para poder matar a Naval y a su hijo. *Su hijo.*

Intentó despertar, no tenía ni idea de cuánto había dormido, todo daba vueltas y vueltas en el interior de su cabeza, sintiendo de repente la calidez de una mano suave sobre la suya, podía ser ella, *Naval, su Naval*, había ido a verle, dando una sonrisa susurró el único nombre que podía recordar, el único nombre que tenía presente a cada momento —¡Naval! ¡Mi Naval! —susurró con una voz tan aterciopelada seduciéndolo nuevamente al mencionar ese nombre.

La mujer quitó la mano como si el simple contacto quemara, pero no era por el tacto, era por el nombre que había mencionado, el nombre de la mujer que odiaba, Amanda mordió su labio inferior intentando tragarse su enojo, intentando no maldecirla aun muerta, intentando no llorar y gritar que esa mujer estaba muerta y, que era una maldita zorra que estaba con Nolan Stromhod.

—Pensé que no volverías a mí —dijo Reed con una sonrisa en su rostro.

—Hola cariño. ¿Cómo te sientes? —preguntó Amanda, dejando a un lado el pequeño monologo de Reed y su amor por esa mujer.

La sonrisa se borró de inmediato de su rostro —*¡No es posible!* —Pensó él con amargura, al sentir esa voz abrió los ojos con lentitud adaptándose a la luz y

viendo a su prometida sentada a su lado con una sonrisa y los ojos brillantes —  
¿Amanda?

—Buenos días —se inclinó dándole un beso en la labios.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo aquí? —intentó no ser brusco al no devolverle el beso, pero tenía que irse lo más rápido posible de allí solo para encontrarla y aparte darle una buena tunda a Harris por tocarla.

—¿Es lo único que puedes decir?. Me avisaron que desmayaste. Qué tuviste un episodio de estrés y pánico.

—Yo. —se irguió sobre sus codos, no quería tenerla allí, no en el preciso momento que podía verla a ella en todo su esplendor, en carne y hueso y no solo el desvarío de un fantasma que jamás existió. Se llevó una mano hacia su cabeza dolorida por el golpe —No debiste venir, Amanda. Fue un viaje insulso. No te necesito aquí intentando protegerme del mundo como si fuese un bebé.

—¡Reed!. —dijo ella con indignación —No es así, eres mi esposo y me preocupé al recibir esa llamada. Es mejor que regresemos a casa, a nuestra casa. Dentro de unas semanas iras a tu nuevo trabajo. Y luego tenemos la boda en menos de treinta días, tengo ya los pasajes de regreso a casa. Volvamos —suplicó ella, pero esa mirada lo decía todo, Reed no quería regresar.

Sabía su respuesta —Amanda, lo siento. Pero no puedo, no puedo regresar contigo, no ahora —llevó una mano temblorosa hacia su frente.

—¿De qué estás hablando? —Chilló ella —¿Qué me estas ocultando? Has dado un cambio de 180 grados en contra mía.

—No intentes achacarle la culpa a Dylan por ello. —Y hablando de Dylan, no lo había escuchado, estaba tan absorto en Amanda que se había olvidado por completo de ese maldito traidor.

*Pero en cuanto lo tuviera adelante, lo mataría —se prometió.*

Y de la nada su deseo se hizo realidad, materializándole a unos cuantos metros —Reed, yo le llamé. Lo siento pero es mejor que regreses a casa —espetó Dylan apoyado en el umbral de la puerta —Es mejor que te vayas de Midland. Que vayas a casa —repitió circunspecto.

Reed sin medir su enojo contra su amigo, se levantó de un solo salto abalanzándose sobre él, cayendo al suelo solo para poder propinarle puñetazos en el rostro, uno tras otro sin medir su fuerza, uno tras otro desatando esa frustración esos tres años de dolor —¡Hijo de puta! —bramó. Amanda y Clare al

verlo fuera de control gritaron, tratando de quitárselo de encima, pero Reed tenía demasiada ira contenida, su mejor amigo le había dado una puñalada por la espalda y se atrevía a tener una preocupación fingida, tardía y dramática por él, cuando por tres años había mentido sin miedo ni remordimiento.

—¡REED! Quítate de encima. —ladró Dylan.

—¡Eres un malnacido! —bramó Reed sujetándole de la solapas de su chaqueta con un aspecto lúgubre y tenebroso empujándolo con fuerza contra el suelo —Siempre lo supiste. Me viste llorar, ahogarme en mi propia miseria, en drogas y alcohol cuando tú siempre lo supiste. Siempre supiste la verdad. Y me negaste saber, me negaste verlo y conocerlo. Me arrebataron la oportunidad de ser un padre al 100 %. —gritó.

—No sé de qué mierda hablas Reed —trató de quitárselo de encima pero con el brazo herido no podía, intentó pero sus esfuerzos eran en vano, esperaba de él ese tipo de escena al descubrir la verdad, pero jamás delante de Amanda, no confiaba en ella, jamás lo hizo.

—Tú lo sabías. —le reprochó entre lágrimas de rabia y dolor, su mejor amigo lo había traicionado de la peor manera.

—Vamos Reed. Deja a tu amigo, estás haciendo todo esto difícil. Regresemos a casa, por favor. —intentó convencerlo una dócil Amanda, tomando uno de sus brazos para que dejara de golpear a Dylan.

—¡Suéltame! —bramó sin miedo a herirla, soltándose de su agarre con brusquedad —Ella está viva y tú lo sabías. Por eso tú repentina catedra de lo bueno y malo, en lo que pudo ser nuestra vida. ¡Hipócrita!

—No sé de qué carajo hablas. —continuo mintiendo.

—Basta de mentiras. Ya basta de mentir, Dylan. Ya se la verdad. —levantó su puño estampándolo en su rostro con fuerza —Se un maldito hombre. —ladró Reed.

—¿Hombre? ¿¡Qué sea un hombre!?! Pues lo soy. Mucho más que tú, inclusive. ¿Qué? Ahora te vino un repentino cargo de conciencia —sonrió sin gracia mostrando sus labios y dientes llenos de sangre —No me vengas con esa mierda. Tres años negándolo, tres años hablando pestes y diciendo que se había liado con Creed y con Nolan, llegando a suponer que ella se había desecho del niño por qué no era tu hijo. Negándote a saber la verdad por una simple palabra. La conocías tan bien que solo le diste la espalda por una maldita palabra. La abandonaste cuando te necesito. Típico de ti.

—Yo no le abandoné —Gritó enfurecido.

—Claro que lo hiciste. Si te hubieses quedado con ella en vez de irte a revolcar con la primera que viste. Todo hubiese sido distinto —dijo con voz dura como el acero —¡Ella te amaba! —le confirmó sin miedo a otro golpe.

—No tenías ese derecho. No tenían ese derecho.

—¿Y qué? ¿Por eso quieres volver a verla? ¿Por eso quieres verla y que te diga a la cara que pudo seguir sin ti? ¿Es eso.? ¿Tienes miedo que haya seguido con su vida? ¿Después de ti? Pues créelo Reed no todo gira en torno a ti. Ella merecía vivir, después de ti, merecía vivir. Eso significa que no eres importante, eso significa que ella pudo seguir. Tienes a Amanda. Ve y cástate con ella. Ya que insistías en no escuchar, insistías en seguir, pues ve y sigue con tu patética y monótona vida —afirmó lanzándole una mirada asesina —Golpéame todo lo que quieras, pero es lo único que tendrás. Golpéame, mátame. Pero jamás permitiré que la hieras una vez más.

—Tú lo sabías. Todo este tiempo ¿¡Lo sabías!?! —lo golpeó contra el concreto una vez más —Ibas a permitir que cometiera el peor error de mi vida —sin importarle el estruendo que provocaba en sus ataques, Clare intentaba quitárselo de encima.

Amanda solo se quedó inmóvil ante las declaraciones de ambos hombres, retrocediendo y cayendo sentada en el sillón de la habitación, estaba diciendo y aceptando que tenerla a ella en su vida era una aberración, solo era un momento de olvido, alguien que pudiera consolarlo por la pérdida de esa zorra de Naval Kapot —¡Dios mío! —ahogó un gemido ante las duras palabras de Reed.

—Lo sabías. Sabías que ella estaba viva. Sabías que tenía un hijo. Es mío ¿Cierto? ¿Es mi bebé? Me ocultaron que era padre, me negaron la paternidad de ese niño. Me orillaron a penar ante una muerte inexistente.

—Tú no querías saber más de ella. Si tan solo hubieses insistido en verla después del accidente. Estarías con ella. Si no te hubieras ido ese día del hospital con ese arranque de furia ante esa mentira, ella habría cambiado de opinión. Pero te fuiste y te encamaste con Amanda, cometiste un error tras otro, tuviste la oportunidad de que todo haya acabado de manera tan diferente. Los tendrías a tu lado. Pero eras demasiado testarudo, demasiado terco para poder escuchar, para poder esperar.

—¡NO! —negó con la cabeza— No, porque me engañaron. Por el simple hecho que tú sabías y no entiendo el por qué tienes ese privilegio.

—Ella sabe que te casaras con Amanda. Yo mismo se lo dije, era mi deber decirle. Era mi deber mostrarle quien eras. Y claro que debía saber todo respecto a ella, era mi obligación saberlo. Es mi familia y. tenía que proteger *¡A mi familia!* —vio a su mujer intentando quitarle de encima a Reed —Clare. Aléjate. Solo aléjate.

—¿Y yo? ¿Qué mierda soy para ti? —espetó rojo de ira —¿Qué mierda soy para ti? ¡¡Responde!! —bramó.

—Tú eres el mayor egoísta que he conocido en mi vida. Me cansé, simplemente me cansé, Reed. Te he visto toda tu vida yendo y viniendo de chica en chica, acostándote con ellas para luego botarlas sin remordimiento, cuántas lloraron, cuántas te suplicaron que no las desecharas. Pero no, Reed Fletcher no amaba. Nunca. Nunca amaba. Era demasiado listo y hombre para poder amar y arrodillarse ante nadie.

—No sabes lo que dices. Yo tenía el derecho de saberlo.

—¿Para qué? Para siempre reprocharle a la cara algo que ella no cometió. Tú solo viste lo malo, pero no te diste cuenta que ella recibió una maldita bala por ti.

—¡Hijo de puta! —lo golpeó con rabia una vez más.

—No has cambiado nada en estos tres años. Jamás lo harás.

Tenía miedo de preguntar, miedo de aclarar tantas dudas, pero en fondo sabía que ese niño era suyo —Samuel. Soy su padre ¿Cierto? ¿Harris Cooper qué relación tiene con mi hijo?

—Sí, grandísimo infeliz —soltó una carcajada estridente —Hasta este momento tienes dudas. Eres simplemente increíble. Nunca entendí que vio ella en ti. Pero créeme en decirte que no mereces tenerlo. No los mereces.

—Y cómo creerte. Cómo creerles. Si me has mentido por tres largos años. ¿Cómo?

—¿Sigues pensando que Nolan era su amante? Entonces sigues igual de ciego.

—No. No me quedaré sin saber más. Contigo es inútil. —lo soltó con brusquedad, irguiéndose y tomando su chaqueta, pero Dylan lo siguió, deteniéndolo.

—¡No! No irás a verla. —Protestó —No te dejaré ir y amenazarle, gritarle, insultarle. Ella ya tuvo suficiente de ti. Tuvo suficiente de tu mierda.

—¿Qué es lo que ganas con todo esto, Dylan? —dijo con una expresión llena de desconcierto.

—Gano ver a alguien de mi familia feliz. Gané el derecho de velar por ellos, de velar por Naval y su hijo en cada momento. De saber sus preocupaciones y sus dichas, de estrecharla entre mis brazos en momentos de consuelo.

—Todo indica un enamoramiento platónico de tu parte.

—Siempre tergiversas todo. El simple hecho de protegerlos y velar por ellos no significa que tengo un apego sexual por ello. Soy diferente a ti. Se mantener mi bragueta cerrada y mi entrepierna en su lugar, se respetar mi matrimonio y respetar a mi familia a comparación tuya. Jamás la respetaste. Nunca la amaste.

—Reed. por favor, no hagas esto —suplicó Amanda levantándose de su asiento y tomándole del brazo, no quería perderlo, ya que si sabía por esa puerta todo estaba perdido para ella —Solo vámonos, ella no te quiere, jamás te quiso. Dylan no quiere que la veas por alguna razón.

—Y por qué creerte a ti también, cuando la mayor beneficiaria de esta pantomima ridícula eres tú, fuiste tú quien me dijo que Nolan y Naval eran amantes, fuiste tú quien no dejaba de recordármelo cada maldito minuto, cada maldito segundo en estos malditos tres años. Amanda, vete. Solo vete —dijo viendo con odio a su prometida —No eres nadie para impedírmelo Dylan.

—Vete a la mierda, Reed. No dejaré que la destruyas ahora que tiene una familia. Qué es feliz con su familia —bramó, gesticulando con la su mano libre y sana.

—Entonces lo admites. Nolan es su marido.

—¿Qué demonios tratas de hacer, Reed? ¿Matar a tu mejor amigo? —dijo Clare aterrada por el comportamiento de su mejor amigo.

—A la mierda mi mejor amigo. Y solo quiero verla, necesito verla. Quiero ver a mi hijo nada más —un sudor frío cubrió su frente, era miedo, miedo de encontrar a una Naval feliz, encontrar a una mujer distinta, pero debía calmarse, pronto sabría la verdad y el motivo de su engaño, pronto sabría si la Naval que él amaba aún existía y no se rendiría hasta tenerla de nuevo, no le importaba si tenía que matar a Nolan en el transcurso de su misión, si tenía que matar a Dylan por ello. Naval volvería a ser suya después de verla resucitar de la noche a la mañana.

—Sigues con lo mismo. Amanda te llenó la cabeza de mierda contra ella,



cuando eres tú quién vivió con ella, eres tú quién la tuvo en sus brazos y aun así, tratas de ver que ella era una zorra. Cuando tienes a la verdadera mercenaria junto a ti —volvió la vista hacia Amanda, inquietándola —Por qué no le dices la verdad, Amanda. Solo dile que mentiste. Nosotros sabemos la verdad y ahora no tienes otra salida que desengañar a Reed.

—Cierra la boca, Dylan —bramó enfurecida Amanda, no quería saber más no quería saber nada de ellos, solo quería llevarse a Reed de allí —Reed. Ella tenía una relación con Nolan Stromhod, tenía sus fotos. Tú tienes las pruebas. Esa zorra no te merecía. Ella era la amante de Nolan.

Dylan comenzó a reír y saborear su sangre ante las palabras de Amanda, si él no supiera la verdad le hubiese creído sin remedio, hubiese creído en su palabra al instante ya que ella hablaba con tanto ahínco en sus mentiras —No esta vez. Cállate, Amanda —bramó enfurecido ante esa sarta de mentiras sin fin.

Iba ya a irse pero una poderosa mano lo detuvo, aferrándose a su brazo —¿Qué intentas Reed? —mencionó Clare —Por favor. Déjala. Ella es feliz así. Con su familia. Solo vete Reed con tu prometida. Dylan no te lo dijo porque sabía que ibas a hacer esto. Quería que veas tu error en este compromiso, que tú vieras esa equivocación por iniciativa propia y no a través de presiones y chantajes. Saldrás por esa puerta y veras muchas cosas, entre ellas la única verdad que se ha ocultado por más de veinticinco años, Reed. Todo lo que dijiste e hiciste no podrás borrarlo —volvió el rostro hacia Amanda, hablándole —Y tú. Has tenido la oportunidad de decir la verdad pero aun así insistes en mentir. Pero esta vez todo acabara, Amanda. Uno no miente a quien ama. y tú no amas a Reed, jamás lo hiciste.

—Lo siento —vio los ojos de Clare estaba nervioso, sus manos temblaban, su corazón martillaba tan rápido que parecía que iba a salir de su cuerpo sin contemplaciones —En verdad lo siento, pero necesito verla.

—Es demasiado tarde para un lo siento Reed. —espetó Dylan de pie en el vano de la puerta impidiéndole el paso a su amigo, mientras limpiaba la sangre de su nariz y labio con el dorso de su mano.

—Si vas. No hagas nada estúpido, quiero que mantengas la calma, no trates de disgustar a Naval, ella no necesita de nuevo toda. —suplicó la joven aterrada —Todo esto —gesticuló con ambas manos, evitando así decir más malas palabras de las que se habían dicho en el hospital.

—Solo quiero verlo. — dijo Reed casi sin voz —Verlos.

Clare le entregó las llaves de su coche —Dylan. Déjalo ir. Merece saber la verdad. Merece ya quitarse esa venda de los ojos que lo han atado a una relación enfermiza.

—Clare. No.No lo haré. —se negó a acatar la decisión de su esposa.

—Necesita ver a su hijo —suplicó, los tres discutían sin saber que Amanda seguía con ellos sin poder articular palabra, estaba inmóvil y más por las reacciones tan bruscas de Reed hacia ella.

—Entonces iré contigo. No quiero dejarte solo.

—Has lo que te venga en gana —lo empujó chocándolo con su hombro, caminó a grandes zancadas por los pasillos, mientras que Dylan le pisaba los talones, Clare al ver a Amanda seguirlos intentó detenerla sujetando su hombro.

—Amanda. No vayas. Deja que ellos lo solucionen.

—¿Y dejar que esa puta me lo quite por tener un hijo? No, no me rendiré, Reed es mío.

—¿Te casarás con él sabiendo que no te ama?

—Es mejor tenerlo que verlo con ella.

—Buena suerte con ello —se quedó en el hospital, mientras que Amanda los seguía, no permitiría que una muerta le arrebatara lo que había conseguido en tres años.

Reed caminó a grandes zancadas saliendo del hospital, necesitaba verla, asegurarse que lo que estaba pasando en esos momentos solo era un sueño, un sueño que deseó por tres años se volviese realidad.

—Reed. Espera —dijo Dylan detrás de él, pero Reed simplemente se negó a escucharle. Abrió las puertas de su auto con el mando remoto, dándose cuenta que estaba demasiado tembloroso, afectado y nervioso para conducir, al ver a Dylan a unos metros de él le lanzó las llaves por los aires.

—Conduce tú. Pero si por alguna razón te desvías del camino —abrió la puerta, buscó debajo de su asiento y sacó su arma quitándose el seguro —No dudaré en darte un disparo.

—No me arriesgaría. —ambos cambiaron de lugares, Dylan se sentó frente al volante y Reed solo volvió la vista hacia la ventanilla sabía la dirección de la casa era casi a veinte minutos de distancia del hospital, estaba alejada como solía gustarle a Naval.

Encendió el motor y aceleró, el silencio era mucho más pesado, hacía del ambiente más tétrico que de costumbre —Estas cometiendo un error más Reed —le dijo su amigo —Eres mi amigo, pero como podía decírtelo sin que te echaras encima mío como lo has hecho hoy y encima delante de mi familia. ¿¡Estás loco!?

—¿En serio? —volvió el rostro contumaz hacia su amigo —Pensé que eras mi amigo. Debiste decírmelo. Tenía derecho a saber, tenía derecho a saber —apretó sus ojos con las palmas de sus manos, evitando así que Dylan le viera llorar, esos dos días en Midland habían hecho que Reed lograra desfogarse, cosa que se había negado a hacer en esos tres años.

—¿Para qué? Para que le rompieras el corazón de nuevo. No la amabas. Tú no la amabas como.

—¿Cómo quién? ¿Cómo Nolan? ¿No la amaba como Nolan? —ante la respuesta sin sentido de su amigo, Dylan explotó, estaba harto de esa parodia, estaba harto de que Reed no aceptara sus sentimientos, enmarcándolos en lo peor, no aceptaba la verdad, que amaba a Naval más que a su propia vida, solo los celos y la manera en como mitigar su dolor lo dejaban ciego. Aunque Amanda tenía la culpa de que él creyese esa vil mentira, esa mujer había deseado la poca confianza que Reed había logrado tener en la vida, cosa que agradecía a Naval, ella le había dado un motivo para confiar y luchar.

—Sí. Sí. ¿Contento? Naval y Nolan, Nolan y Naval. Juntos compartiendo la maldita cama, revolcándose en las mil y un formas posible y retorcidas de tu imaginación. Concibieron un hijo muy hermoso como Samuel. Ella es mi tía y Sami ¿Tiene los ojos de Nolan? ¿No es así? —Reed no pudo descifrar muy bien su tono, pero el sarcasmo de Dylan era evidente en ese ataque de rabia.

—Y Sami. Es, es —hizo una pausa, tragando saliva —Es idéntico a mí. Mintió sobre eso. Ella nunca perdió el bebé —volvió la vista hacia la ventanilla.

—Sam está en casa con ella. No lo asustes.

—¿¡Asustarlo!?! ¡No! Solo quiero a mi hijo —bramó, exigiendo verlo — Quiero a mi hijo, suficiente tengo con haberme perdido dos años de su vida, no sé cómo nació, cuándo nació.

—Nació el día de tu cumpleaños, el día en que fuiste hospitalizado por el disparo que te dieron.

—Entonces era ella ¿Cierto? —preguntó arrastrando levemente las palabras —Ella fue a verme.

—Sí. Por más que le pedimos que no fuera, pero la presión ante la noticia solo adelantó el parto de Sami unos días.

—Fue ella la que me dio el collar.

—¿Qué collar? —volvió el rostro hacia su amigo.

—Cuando desperté tenía un collar en mi mano. Era de ella —dijo con una cierta alegría, recordaba cada palabra, recordaba cada beso con exactitud, esos besos mezclados con la salinidad de sus lágrimas, lágrimas que derramó por él, junto a él.

—En realidad no podría decirte con exactitud. Yo me quede vigilando a Amanda —respondió con voz plana mientras seguía conduciendo hacia la casa de Naval.

El silencio era enervante para Reed, aunque Dylan intuía que ese silencio no era duradero en ese viaje, responder las preguntas de Reed era aún más difícil de lo que imagino.

—¿Por qué Nolan? —preguntó de la nada.

—Reed. ¿En serio crees que Nolan con casi 60 años tenga una relación con una joven de veintiocho años? —sonrió —Nolan prácticamente te crio. Te ayudó a ser lo que eres, confió en ti cuando nadie más lo hacía, te dio una familia. Te ayudo con una carrera.;

—Eso no cambia nada.

—Claro que sí. Solo estas distorsionando lo que ves. Y Amanda fue la que colaboró con tu desconfianza y odio a Nolan con el paso de los años.

—Nolan está casado con Naval ¿Sí o no? —espetó Reed llevándose una mano hacia la frente.

—No. Ellos no tienen esa relación. Nunca fueron amantes, pero cuando veas a tu hijo y lo veas y hables con él, podrás sacar tus propias conclusiones. —decidió guardar silencio —Creo que esa parte de la historia no me concierne a mí.

*Abuelo*, se repitió él, Sami hablaba de su abuelo, recordó.

—Entonces. Iona, Creed, Sansón, Trent. ¿Ellos.?

—Ellos creen que está muerta. Yo me encargué de todos los detalles de su muerte.

—Todos vimos solo un cajón vacío. —inquirió desdeñoso.

—No, en realidad, era un ataúd con bolsas de arena con el peso de Naval.

—¡Qué mierda! —inquirió Reed. Él había pasado tres años llorando y diciéndole que la amaba a unas bolsas de arena, de solo pensarlo un escalofrío cubrió su cuerpo.

Amanda maldecía una y otra vez que Dylan fuese un metomentodo, sabía que ese viaje a visitar las tumbas de los padres de Reed solo achacaría nuevas culpas, reproches y dudas a esa relación que a ella le había costado trabajar, apretó con fuerza el volante maldiciendo en miles de formas posibles a Naval.

Con manos temblorosas tomó su cartera y sacó un cigarrillo, necesitaba un poco de nicotina para calmar sus nervios, sabía que Reed estaba histérico, tembloroso, pero de cierta manera pudo ver en sus ojos el brillo que había perdido hace tiempo, un brillo que no había cuando la miraba a ella cuando hacían el amor, pero al escuchar y saber que vería a Naval ese brillo había vuelto, así como a ella le devolvió también ese odio y repulsión por esa mujer.

Pero lo que más le preocupaba era la mención de un hijo, el hijo que no podía darle a Reed —Un hijo —repitió desatando su furia contra el volante, golpeando con sus puños, gritando y soltando lágrimas de frustración.

Amanda había intentado quedar embarazada de Reed un sinnúmero de veces en esos tres años, había tenido tres abortos en las primeras semanas de gestación, hemorragias tan leves que cuando vio a su ginecólogo le dijo que su cuerpo no aceptaba a un bebé, lo eliminaba sin dejar rastro de una vida, su útero no tenía la fuerza suficiente para sostener al feto. Pero no quiso escuchar, había logrado la última vez quedar embarazada y ese bebé había durado en su vientre cuatro meses hasta que el aborto fue espontáneo y doloroso. Pero quería seguir intentándolo, un bebé sería su milagro.

## Capítulo 12

### SIN ABSURDAS EXCUSAS

Un trueno retumbó en lo alto del cielo nublado, ante la sensación elevó la vista al cielo y se abrazó a sí misma, la brisa esa mañana era mucho más fría, las luces del puente se habían apagado hace una hora, pero el lago estaba particularmente sombrío esa mañana, llevó una de sus manos hacia su rostro apretando el puente de su nariz, tenía un dolor de cabeza abismal, pero por alguna razón ese día se sentía nostálgica de una manera que ni ella misma podía explicar.

El doctor le había recomendado que debía alejar de su vida las preocupaciones y el estrés, ya que podría volver a recaer como hace tres años cuando su vida dependía de un hilo, pero simplemente pensar en él hacía de su vida un completo desastre.

Tenía que ser fuerte, tenía un motivo muy grande por luchar y vivir y, ese era su pequeño niño, aunque si le llegase a pasar algo en un futuro, Sami jamás estaría solo, tendría a su abuelo Nolan, que estaba dispuesto a dar su vida por proteger a ese pequeño, pero él no viviría para siempre, estaba ya en entrados los sesenta y Samuel apenas tenía dos años. Intentó relajarse y tomar aire pero un leve dolor en el pecho le advirtió que una cita con su cardiólogo era lo mejor en esos momentos, solo había un problema, decirle a su padre solo provocaría más preocupación y sobre todo tener al pesado de su primo Dylan convenciéndola que se interne por unos días, los conocía bien, eso habían hecho en el pasado y no quería repetir la historia.

Cómo no iba a estar deprimida cuando sabía que el amor de su vida la estaba dejando atrás, pero por alguna razón ella no podía, algo le impedía seguir, vio a su hijo a unos metros de ella, su razón para luchar. Sami estaba a unos metros haciendo bolas de nieve y lanzándolas centímetros lejos de él, estaba de mal humor, sí, podía notarlo, esa mañana Sami se había despertado llorando y recordó la conversación de Harris, estaba mimándolo demasiado.

Sabía que mientras más le mentía a su hijo, más atada al pasado estaba y eso no le permitía seguir, la mantenía prisionera de un pasado que ella misma no estaba dispuesta a olvidar, bajó los parpados recordándolo a detalle, quería

recordarlo a detalle por última vez.

*¿Cómo olvidarlo? Cómo olvidarlo si se rehusaba a dejarlo ir.*

Tenía una mandíbula fuerte, los ojos más azules que había visto en su vida, unos labios que eran imposibles de no desear y sobre todo ese cuerpo que la había estrechado con todas sus fuerzas seduciéndola una y otra vez, pero él ya no estaría en su cama nunca más, pertenecía a otra mujer, una mujer que había ganado su cariño en menos de un mes —¡Reed! —dijo en un leve susurro mirando a la distancia las grandes nubes que comenzaban a oscurecer el día — ¡Espero que seas feliz! —aspiró hondo —Pero es hora de dejarte ir —decidió, abatida.

Pensó en Harris y su propuesta de viaje, salir unos días de Midland con él sería lo que necesitaba para despejar su mente y quizás crear un buen vínculo entre Sami y Harris para un futuro, ¿Por qué no aceptarlo? Si Harris era todo un hombre, profesional, tenía un título universitario, tenía un trabajo estable y sobre todo era muy amoroso con Sami y eso era lo que importaba, él adoraba a su hijo y anhelaba formar parte de ese equipo.

De la nada sintió un apretón en sus piernas, bajó la mirada viendo a su pequeño, había corrido hacia ella abrazándola con fuerza al sentir los truenos en lo alto de los cielos, verlo de ese ángulo hizo que su corazón se apretara, era un niño hermoso, era tan idéntico a Reed que verlo le dolía en lo profundo del alma.

—Mami —le dijo el niño.

Naval acarició su mejilla con ternura —¿Qué pasa cariño? —ahogó un gemido ante el dolor que sentía.

—¿El abuelo por qué se fue temprano? —le preguntó.

—Tuvo que hacer algunas gestiones —le respondió pero en realidad salió de la casa temprano sin decir a donde iba, pero le había encargado que trajera ingredientes para una torta —Fue a comprar un repuesto Y a traerme harina y unos cuantos ingredientes para hacer una torta.

—¿De chocolate?

—Sí, de chocolate con chispas de colores, crema y fresas.

—¿Papá vendrá para navidad? —dijo de repente el niño.

Naval soltó un suspiro, era mes navideño y faltaba solo una semana para navidad, sin que responder, una solitaria lágrima rodó por su mejilla,

acucillándose para estar a la altura de su hijo, ya era tiempo de deshacerse de ese dolor y de tantas mentiras.

Sami al ver la lágrima abrazó a su madre —No llores mamita. Yo te quiero mucho.

Ella sonrió al escuchar esas palabras, esas palabras que agradecía al cielo una y otra vez, tener la oportunidad de tener un pedacito de cielo después de tanto sufrimiento. No tenía a Reed, pero tenía un hijo con él, un pequeñito que la veía como lo único importante, y para ella era lo único por que luchar hasta el final —Sami. —hizo una pausa, intentando buscar las palabras más adecuadas para explicarle a un niño de esa edad la verdad sobre su progenitor —Tu papá no vendrá. No lo hará.

—¿Por qué?

—Sami lo que te diré es muy difícil de entender pero papi tiene otra.

Iba a decirle la verdad, iba a decirle que su padre estaba comprometido con otra mujer y que iban a casarse, que ellos no estaban en su vida porque ella lo había decidido así por el bien de todos, pero justo en ese instante Sami sintió que un auto estacionaba en la entrada —El abuelo —gritó el niño soltándose del agarre de su madre corriendo hacia la entrada sin tomarle mucha importancia a esas palabras, era muy pequeño para entender ciertas cosas.

—¡No! ¡Sami! Ven aquí. No corras o caerás nuevamente —se levantó lo más rápido que pudo pero su hijo ya había entrado a la casa y estaba corriendo hacia la entrada, abriendo la puerta para salir.

Dylan se estacionó y Reed bajó del auto sin darle tiempo a su amigo de pagar el motor, no deseaba perder más tiempo, viendo a su pequeño hijo abrir la puerta y correr hacia él, su corazón se detuvo al verlo correr hacía él por primera vez.

—Tío Dylan. —chilló el niño. Reed sin embargo se quedó petrificado, su hijo conocía a la perfección a Dylan y lo envidiaba por ello, él había pasado más tiempo con la que debió ser su familia, pasaba tiempo con Naval y su pequeño hijo y eso le dolía. Pero su pequeño lo reconoció y dio una sonrisa grande corriendo a sus brazos.

—¿Tío Dylan? —escuchó Naval, frunció el ceño apresurándose para ver por qué Dylan había ido tan temprano ese día. No era su auto y quien bajaba de ese auto no era quien pensaba, en ese instante todo se desvaneció, no creyó lo que veían sus ojos.



¡REED!

*Reed de pie ante ella bloqueando la poca luz solar de esa mañana que en su momento le pareció tétrica.*

El shock y sorpresa fueron solamente dos de las emociones que la sacudieron en ese instante, además que era imposible para ella moverse, todos sus músculos se habían quedado tensos, quietos y no respondían a ninguna acción que Naval pedía.

Pero la sensación de sorpresa fue momentánea, ya que fue invadida por el miedo y el terror, ante la mirada intensa que Reed le daba en esos momentos.

Él la observó con un ardor que para unos podría significar violencia pero solo significaba una cosa, pasión y brío. Contemplándolo, pudo disfrutar de la magnífica figura que los rayos del sol se encargaban de realzar, exhalando poder, un magnetismo, una excitación, que Naval comprendía muy bien, había sentido esa misma sensación el primer día que lo vio, pero en ese entonces ella sabía ocultar sus emociones, sus pensamientos y dolores, en cambio la Naval que tenía delante era otra, una que ya no tenía que esconder lo que pensaba, lo que le preocupaba, lo que le hacía feliz.

Pero había un problema, ella estaba “*Muerta*” siendo ese pensamiento el que la empujó a la cruda realidad, reaccionando pudo articular las únicas palabras que su mente hacía revolotear sin control —Dios mío. ¡No! Dime que no. No puede ser verdad. ¡Dios! No. —se dijo a sí misma, tomando más que todas sus fuerzas para correr hacia su hijo y poder tomar su mano, pero fue demasiado tarde, estaba ya en brazos de su padre.

Reed vio a su pequeño hijo correr hacia él con una sonrisa en los labios, por un momento pensó que ese sueño en cualquier minuto podría desaparecer, pero al tenerlo ya a unos metros, no dudo en tomarlo entre sus brazos, estrechándolo con una delicadeza plena, temía que su espejismo se convirtiera en cenizas, pero al tenerlo allí, estrechándolo contra su pecho, sintiendo ese pequeño corazón, supo que el cielo había escuchado sus suplicas, supo que por algún motivo, los sueños podrían hacerse realidad.

—Samuel —susurró el nombre de su hijo, besando sus mejillas, intentó controlar sus lágrimas, ocultándolas, pero el brillo de su rastro era casi imposible de ocultar, posiblemente el Reed de hace unos minutos atrás podría controlar sus emociones efímeras, pero en tan solo minutos supo que llorar de tristeza, ante el miedo, la felicidad, era normal. Notando la humedad en sus mejillas, supo que por fin podía encontrar esa paz que buscaba sin cesar en esos tres largos años,

estaba llorando. Sí, llorando por ver a una pequeña parte de su ser viva, sonriente y en sus brazos. —Hombrecito. Mi pequeño hombrecito —sonrió intentando controlar sus lágrimas, levantó la vista y la vio.

Estaba mucho más hermosa de lo que recordaba, había cambiado su peinado, se había dejado crecer el cabello hasta la cintura, tenía una gruesa trenza colgando a su espalda, además de un cerquillo que cubría sus cejas y parte de sus ojos, pero aun así estaba mucho más hermosa, su cuerpo tenía curvas nuevas, curvas que incluso le gustaría explorar una vez más, se reprendió mentalmente ante sus pensamientos libidinosos ya que siempre esa mujer lograba sacarlo de sus casillas y que perdiera control alguno de sus emociones, y eso era lo que adoraba y odiaba de ella, porque a su lado Reed Fletcher podía amar sin miedo a consecuencias.

Por el rostro de su joven ex amante y mujer, supo que no lo esperaba y que Dylan no había tenido oportunidad de comunicarle sobre su estadía en Midland. Recordando las cuidadas y pulidas lápidas de sus padres, había sido ella o Nolan quien iba a visitar las tumbas y con ello quizás su hijo sabía que ellos eran sus abuelos, aquello le hizo dar un paso adelante, pero también dar un paso atrás en cuestión a la boda con Amanda. Pensó entonces en la señal que pidió a sus padres, ellos lo habían escuchado y le habían devuelto a su Naval y en el proceso también le habían dado a un hijo maravilloso y hermoso.

Cómo podía dudar que no fuese su hijo, si tenía todo de él, desde los ojos, la nariz, la boca, la sonrisa. No había nada de Naval en ese niño, y por supuesto nada de Nolan. —¿Nolan? —pensó buscando alguna señal de su presencia, pero no —*No lo veía en ningún lugar* —frunció el ceño amargándose aún más.

Sin poder evitarlo, Naval tembló, tembló ante la mirada llena de odio que Reed le daba en esos momentos, y sabía que las consecuencias de sus actos traerían no solo mucho resentimiento quizás incluso una venganza por parte suya al ocultarle algo mucho más importante, que tenía un hijo de dos años, sano y salvo. Su vista se desenfocó por unos momentos, pero no quería mostrarse débil, no delante de él —¡Dylan! ¿Por qué? —temió decir más, incluso sorprendiéndose de poder hablar.

—Naval te juro que yo no le dije nada, él te vio en el hospital e intuyó todo.

Ella se dio cuenta entonces del rostro golpeado de Dylan, ya deducía como es que le había sacado la verdad a su primo —Vaya agente que eres —bramó ella —Dame a mi hijo —espetó acercándose Reed, pero él se negó a hacerlo deteniéndola con la mano.

Reed levantó el rostro y la vio con ojos relampagueantes —¿Cuánto valió tu charada? ¿Cuánto valió tu trepa elaborada? ¿Cuánto por causarme ese dolor?

—Reed. Solo dame a mi hijo y vete —ordenó Naval —No te necesitamos aquí. —quería mostrarse fuerte, sin miedo, cuando por dentro estaba muriendo no solo de miedo ante la mirada de odio, sino al desprecio que Reed expresaba en cada palabra que salía de su boca.

—¡NO! No lo haré. No hasta que me digas la verdad. —dijo en un tono pausado pero demostrando motas de ira.

—No hay nada que decir. Solo vete, entrégame a mi bebé y desaparece por completo de nuestras vidas —dijo con desdén y firmeza, ya que si flaqueaba en su decisión le diría que no la dejase jamás, que lo amaba, que no quería perderlo una vez más.

—¿En serio? ¿En serio Naval? ¿¡No hay nada que decir!? Y qué te parece comenzar a decir algo cómo qué mentiste sobre perder al bebé Me mentiste —la acusó.

—¡Mentir! ¿Mentir?¿Por qué te crees tan especial? Tú me mentiste y me usaste.

—¿¡YO!?! —dijo indignado —Yo no hice más que estar a tu lado intentando protegerte de tus tíos, quería una vida contigo. Iba a dejar todo. todo por ti. Te amaba.

—Tú mismo lo has dicho: me amabas. Pero solo fui una absurda excusa para un ascenso prometedor y atrapar a Nicolay.

—Vaya. Sí que has perdido respeto por tu padre. Ahora lo llamas Nicolay. ¿Quién te convenció de hacerlo? ¿Nolan?

—No lo metas en esto. No voy a permitirte que hables mal de él. —rugió ella.

—¡Mal de él! Le defiendes demasiado. Defiendes demasiado a tu amante.

—Vete a la mierda. Amanda te llenó la cabeza de idioteces —gesticuló con ambas manos, invitándole a irse con su prometida —Pues adelante. Vete con tu prometida y déjanos en paz.

Amanda no podía creer lo que veía, aparcó detrás y la vio, ella estaba viva y tenía un hijo. Unas irrefrenables ganas de vomitar acudieron a ella, llevándose una mano hacia la boca y la otra en el estómago, se sentía mal, muy mal, pero a

Reed no le importaba un pepino que ella se sintiera del asco.

Bajó del auto y Dylan intentó acercarse pero no se lo permitió, no quería a Dylan, quería a su prometido, quería a Reed —No te me acerques.

—Amanda. ¿Te sientes bien?

—No. No. Solo quiero irme de aquí.

—Entonces te llevaré a casa.

—No, quiero que Reed me llevé —levantó la mirada viendo a Reed con su hijo en manos. Ella no podía darle ese hijo, por más que intentara, no podía. Entonces una amarga punzada llena de rabia, bilis y asco acudió a ella, no quería ser un plan B, se prometió que con Reed sería diferente, él era ya su esposo, vivían juntos, tenían todo para la boda dentro de menos de treinta días y ni Naval y ese mocoso suyo le quitarle al hombre que deseó por todo y ante todo.

—Amanda. Creo que no podrás esta vez irte con él.

—Entonces me quedaré. Es mi prometido.

—Pero su obligación de padre es primero.

—Pero si apenas lo conoce y dudo que sea de él.

—No intentes venderle esa historia. Controla tu lengua viperina.

—Puede ser hijo de Nolan. O de Creed Rise.

—Para ser una simple secretaria del Bureau de Investigación, sabes mucho sobre los involucrados en el caso Kapot. O tienes una excelente memoria.

—Por más que quieras apartarme de Reed no lo lograras, ni tú, ni ella y ni siquiera ese mocoso que no es hijo de Reed.

Dylan dio un paso adelante, su rostro tallado en granito, no le permitiría hablar así de su familia —Controla tu lengua. No te permitiré que hables de esa manera de ella.

—¿Qué? Tú también estás embelesado por esa supuesta belleza. Pamplinas.

Dylan apretó la mandíbula, haciendo rechinar sus dientes, deseaba retorcerle el cuello a esa mujer por mentirosa y cizañera, pero lamentablemente debía controlarse.

Amanda de la nada vómito, obligando a Dylan dar un salto y gritar ante el repulsivo momento —¡Oh! ¡Carajo! —juró por lo alto asqueado ante aquella

escena y sobre todo del vómito de sus zapatos —¡Amanda! —hizo una pausa significativa —Espero que no estés embarazada.

—¿Qué si lo estoy?

—Reed no la dejará a ella por ti.No dejará a su hijo por ti.

—Siempre me odiaste ¿No es así? Me odiaste porque te deje por Davis.

—No Amanda, no te odio. No te odio, solo no me agradas por ser una perra que engaña a los hombres. Jamás olvidaré tu rostro al decirme que ese niño que esperabas no lo deseabas. ¿Crees acaso que se me olvido?

Ella levantó el rostro alarmada ante aquel comentario, jamás le había dicho esa parte de la historia a Reed —Por favor, no le digas a Reed. —suplicó.

—Qué te hace pensar que podrás ocultarlo por tanto tiempo.

—Yo se lo diré. Pero no ahora, no antes de nuestra boda.

—En otras palabras, prefieres mantenerlo al margen de tu tórrido pasado lleno de aventuras y hombres que intentaste engatusar.

—Dylan. —imploró.

—Yo puedo prometer no decirle tu pasado. Pero no puedes prohibirme que le cuente el mío.

Ante aquellas palabras Amanda se quedó petrificada, sus ojos brillaron ante las lágrimas y la preocupación, si Reed se enteraba de lo que hizo, la repudiaría y más ahora que tenía un hijo de carne y hueso y no la alusión del que pudo haber sido su hijo, un motivo muy fuerte para cancelar la boda.

## Capítulo 13

### COMPLEMENTAME

Ambos padres habían olvidado que Sami estaba entre esa discusión infernal, el niño se movió incomodo en brazos de su padre, pidiendo con las manos ir con su madre, pero Reed no quería dejarlo ir, no quería perderlo una vez más — ¡Mami! —sollozó el pequeño.

—Sami. Tranquilo campeón —susurró Reed, intentando tranquilizarlo.

—¿Por qué gritas a mami? —le preguntó el niño —No me agradas.

—Porque tu mami está portándose muy mal —le confirmó con un tono dulce, pero lanzándole una mirada más que asesina a Naval.

Retrocedió un paso, intentó tragar saliva, recordaba muy bien esa mirada de enojo, incluso la veía de vez en cuando en las mañanas o en las noches, la veía cuando Sami desobedecía, despertaba o se molestaba por algo —Vete de aquí Reed. —dijo Naval intentando quitarle al niño —Solo estas logrando asustarlo.

—No, no —gritó rojo de ira —¿Qué mentiras le dijiste sobre mí? Ni siquiera sabe quién mierda soy. ¿Le dijiste que había muerto? ¿Qué trabajaba demasiado y no tenía tiempo para mi hijo? O cree que Nolan es su padre.

—Solo cállate. Estás asustándole.

—Cómo puedo asustarle si su madre es una vil mentirosa —ladro él, bajó a su hijo al suelo y se acuclilló ante él, tomando sus pequeños bracitos para que no escapara —Sami. Me enojo con mamá, porque ella no me dijo que ya estabas grande, que estabas bien. Y yo quería saber que mi pequeño hijito ya tenía edad suficiente para ver y conocerme oficialmente.

—No. No Reed, no lo hagas —suplicó Naval.

—¿Hacer qué?, ¿decirle que soy su padre? —vio a su hijo inquieto — Amiguito. No sabes quién soy ¿verdad?

Sam solo negó con la cabeza, asustándose —Eres un extraño que hace llorar a mamá.

—Soy tu papá, pequeño —contestó Reed apretando la mandíbula —Soy

Reed Samuel Fletcher. Soy papá —quiso tener alguna reacción del niño, pero él solo se asustó más.

Sin más que hacer, lo soltó y le dolió ver como el niño corrió hacia su madre, ocultándose entre sus piernas, era una reacción muy comprensible, su hijo no lo conocía, le veía como un extraño pero era la culpa de Naval, rotunda y absolutamente su culpa.

—Gracias Reed. Gracias por ser un completo tarado. Ya lograste lo que querías, asustar a mi hijo, ahora. ¡Lárgate! —tomó la mano de su hijo y giró sobre sus talones iba a irse, refugiarse en la casa y llamar a su padre para que pudiera ayudarla, porque ella se había convertido en un manojito de nervios temblorosos a punto de desmayar y Dylan estaba más que golpeado.

—¡NO! No me iré de aquí. No te perderé de vista Naval —corrió hacia ella, poniéndose de pie ante su mujer y su hijo, pero Naval solo logró apartar a su niño ocultándolo detrás de ella.

—Bueno. Si no quieres irte. Suerte con la tienda de campaña que pondrás aquí. Hace frío por las noches —trató de empujarlo para poder así seguir con su camino, pero Reed estaba de pie, erguido y parecía una roca pesada sin intención de moverse.

—No tendrás la oportunidad de escapar y llevártelo con tu amante.

Naval apretó la mandíbula ante esa palabra, *¡Amante!* Así que soltó la manita de su pequeño y le pidió entrar —Cariño, ve a dentro y mira la televisión por un rato. Mamá tiene que hacer algo con el testarudo de papá —Sami asintió con la cabeza y corrió dentro, pero observando la disputa desde la ventana de la estancia.

Ella se volvió hacia Reed por completo con el rostro inexpresivo, estaba cansada de que él insultara a su padre —¡Lárgate de aquí! Dylan llévatelo, por favor —le dijo a su primo, quien estaba observando la disputa pero también conversando y discutiendo con Amanda —*Vaya.* —pensó. No se había percatado que Reed había traído a su prometida también, pues qué lindo espectáculo estaba dándole a la futura mujer de su ex.

—¡No! No me iré.

—Entonces. ¿Qué quieres, Reed?

—Quiero a mi hijo. No dejaré a mi hijo en manos de una mentirosa zorra.

—¿A quién estas describiendo a Amanda o a mí? Porque créeme ella ha sido

más zorra y mentirosa que yo —gesticuló con una de sus manos.

—Pero ella no intentó ocultar a mi hijo. ¿Qué esperabas hacer, Naval? Dejar creer a mi hijo que había muerto. Dejar que otro hombre críe a mi hijo como suyo.

—Sí. —bramó —Ahora vete con tu mujer —gritó entonces ella —Vete con Amanda. Se merecen. Esa perra es tu mujer. Ahora, vete. Te casarás con ella, ya no tenemos nada en común, ya no hay espacio en tu vida para Sami.

—Yo no renunciaré a mi hijo. Yo no renuncié tampoco a él. Me lo arrebataste.

—Pero si acabas de enterarte que tienes un hijo, Reed. No puedes cambiar de la noche a la mañana, no eres apto para ser padre, estás dispuesto a pasar horas en vela cuando esté enfermo —dijo entre sollozos y lágrimas rebosantes y amenazantes con salir —Pasaras horas de horas jugando con él, agachándote y haciendo de caballito. Arroparlo cuando duerme, hacer un espacio en tu cama cuando no quiera dormir solo. Tendrás tiempo incluso para él —entonces vio a Amanda, señalándola sin vergüenza alguna —Ella está dispuesta a sacrificar fiestas y compromisos por atender a un niño pequeño. Esta dispuesta a compartirme ¿Acaso?

—Eso quiere decir que tu amante cumple ese rol.

—¡Oh Dios! ¿¡No dijiste eso!?! —dio un paso a un lado dispuesta a dejarlo atrás —No se puede hablar contigo —no quería discutir más, era como si hablara con una piedra y ésta solo se quedaba allí, sin entender una sola palabra.

Estaba dispuesto a dejarla ir por el momento, pero no pudo contener las ganas irrefrenables de saber la verdad, quería saber mucho más que la verdad, Amanda había alegado una vez más que ellos eran amantes, se lo había enrostrado en la cara a Dylan, a Clare y a él, cómo no creerle cuando ella lo decía con tanta convicción que era imposible no creerle con algo así.

Quedándose quieto, no pudo resistir las ganas de enrostrárselo en la cara. Él mismo se anticipó en tono peligrosamente ríspido, no se preocupó en sonreír, simplemente quería saber la verdad y antes de que pudiera resguardarse en el interior de la casa, preguntó —¿Por qué? ¿Por qué Nolan y no yo?

Naval se detuvo abruptamente, los músculos de su espalda se tensaron, indudablemente estaba preguntándole algo ilógico, quería respuesta a algo ilógico, girándose sobre sus talones, supo que jamás le creería por más que le diera una explicación, él solo quería creer lo que su mujer le decía, tres años y



aún la creía una mujerzuela —Ya vete, Reed —negó con la cabeza, no quería volverse y verlo —Saca a tu prometida de aquí.

—No me interesa. Solo quiero saber —continuó decidido, dio un paso al frente.

—Lárgate de mi propiedad antes de que llame a. —en ese instante, Reed le interrumpió, sus ojos expresaban ira pura.

—¿Llamar a quién? ¿A cuál de tus amantes? Ten cuidado, te estás metiendo en terreno peligroso —se acercó a ella y le izó de ambas muñecas, evitando que ella pueda irse, no la perdería de vista, quería que ella le dijese la verdad, por más dolorosa que fuese.

—Desgraciado ¡Suéltame! —forcejeó para librarse de su agarre, pero no la dejaría ir fácilmente esta vez —¿Qué quieres de mí? ¿No tuviste suficiente, Reed?

—¿Tú qué crees? Naval. —dijo en tono sarcástico.

—Vete —le pidió con poca sofisticación.

—Nada de eso. Nada de eso hasta que me expliques. —dijo con ojos brillantes en determinación.

—Te equivocas Reed. No tengo nada que explicar —se deshizo de ese agarre matador con brusquedad —Nada en absoluto.

—¿Por qué Nolan y no yo? —la cortó impaciente.

—No te atrevas a sacar tus conjeturas absurdas y disparatadas —masculló Naval entre dientes.

—¿En serio? —la sonrisa que lanzó Reed era una mueca desdeñosa y para nada tranquilizadora —Hubiese preferido a Creed, quizás no estaría tan disgustado si hubiese sido Creed. Pero ¿Nolan? —gritó enfurecido —¿¡NOLAN!?! Era como un padre para mí.

—¿Con qué se trata de eso? ¿Por qué fue Nolan? —sonrió sin gracia —Nunca cambiaras. Reed la sujetó de los hombros lastimándola, quería una respuesta —¡Maldición! Dime.

—Ya es tarde, Reed. Es tarde para todo. Solo vete.

—Mentirosa. Arpía venenosa. Tenía derecho a saber que mi hijo vivía, que mi hijo estaba sano y no muerto. Inclusive que tú estabas viva. a salvo.

—No quiero esto, Reed vete —protestó Naval tensamente —No tengo humor, no tengo ganas de una discusión en plena calle. No tengo las fuerzas para esto.

—¿Qué sería suficiente? —preguntó con aspereza —¿Qué tenía él que yo no tengo? ¿Qué podía darte que yo no te pudo dar? ¿Nolan es mejor en la cama? ¿Sansón, Trent, Eric, incluso Dylan? Me das asco ¿Qué te hacían sentir? —por un instante Reed quería desatar esa furia, quería ver a esa Naval furiosa, determinada, quería por un momento solo lastimarla como ella lo había hecho.

—No sabes lo que dices —retrocedió viendo a Dylan que estaba sosteniendo a una pálida Amanda —Vete con Amanda. No puedes hacerle esto, ella es tu prometida, la mujer con la que deseas casarte, yo solo soy la chica ingenua que una vez tuviste y eso es lo único que obtendrás de mí, el recuerdo de haber sido tuya y la imagen de un hijo que no estará permanentemente a tu lado.

—No —negó con un brillo en los ojos, podría decirse que era dolor —¿Eres feliz con él? Aunque sea, merezco saber eso —preguntó Reed, mirándola a esos ojos dorados, tan intensos como el centro de un fuego.

Naval sacudió la cabeza despectivamente, Reed jamás entendería, era demasiado cabeza dura, no había entendido nada de lo que le había dicho. —Es lo único que quieres saber ¿verdad? ¿Si Nolan es mejor en la cama? ¿Si me hizo sentir cosas que nunca sentí contigo? —contestó finalmente, apartando la mirada. El ambiente estaba cada vez más cargado.

Por un instante, experimentó un extraordinario tirón físico en su dirección, y lo resistió con todas sus fuerzas, no quería caer rendida ante Reed Fletcher por segunda vez.

—Yo habría sido tu amante, tu alma, tu vida —dijo Reed entre dientes, golpeándose el pecho con un ardor provocativo —Yo hubiese dado lo que fuese por ti, si necesitabas que fuese al infierno lo habría hecho, si deseabas que te hiciera el amor cada noche, lo hubiese hecho, lo que quisieras con tal de tenerte y no haberte perdido de esa manera tan cruel, llorando cada viernes en tu tumba, pidiendo clemencia y mi muerte al no tenerte —la rabia seguía allí, la rabia que Naval había temido, surgiendo como una barrera que la hizo dar un paso atrás.

—Sal de aquí, por favor —añadió ella con aspereza manteniendo el control —¡Sal de aquí antes de que pierda el control y decida decirte cosas de las cuales me pueda arrepentir Reed! Solo para eso has venido para insultarme, pues guarda tus insultos y lárgate de mi casa —necesitaba deshacerse de Reed, ya.

—No lo haré, no hasta que me digas la verdad. Y me llevaré a mi hijo, no lo dejaré contigo —dio un paso, decidido a entrar por esa puerta, tomar al niño y llevárselo, pero la mano sobre su pecho lo detuvo, pudiendo sentir el frío de esa mano delicada atravesar su ropa.

—¿Qué verdad, Reed? No tengo nada que decirte. Y tú no tienes derecho alguno sobre él. Es solo mío. Lleva mi apellido. Solo. solo vete.

—Un tribunal verá qué clase de madre eres y yo podré obtener su custodia, nadie podrá confiar en una mujer que se hizo pasar por muerta para salir impune de la justicia. No lo olvides por más que cambies de apellido y atuendo sigues siendo una *Kapot* —espetó sin remordimiento alguno.

Naval jamás pensó escuchar de esos labios el desprecio que emitió al pronunciar ese apellido que por tres años había intentado mantener en el olvido, se puso pálida, indignada llevó una cansada mano hacia su cabeza, se sentía mal, muy mal —Eso no dijiste cuando entraste a mi habitación y a mi cama esa noche. No te importo que fuese una *Kapot* —espetó mordaz —Y no intentes amenazarme y menos con llevarte a mi hijo. Primero muerta.

—Eso podemos arreglarlo. Ganas de retorcerte el cuello no me faltan.

—Chicos. Basta por favor —gritó Dylan —Reed déjalo ya. Naval no quiere nada contigo.

—¡Tú cállate! —gritó Reed sin mirarlo —Si quieres vete, nadie te detiene de irte.

—Dejarte con ella, jamás —se bufó.

—Reed. —suplicó Amanda, pero Reed no la escuchó.

—Solo quería ver que mis sospechas eran ciertas. Me dijiste que era tu primer amante ¡Mis pelotas! Te revolcabas con Nolan. ¿Cómo pudiste acostarte con este viejo decrepito? ¿No te dio asco? ¿Yo no era suficiente hombre para ti? —tomó sus hombros y la sacudió —Querías más. Querías que sea brusco, que sea duro, que te dañara.

—¡Suéltame!

—¿Cuál es la verdad?

—¿Tú qué crees? —masculló entre dientes —No es tuyo. ¿Te llevarías al hijo de otro hombre? Sami no es tuyo —quiso mentirle para que se fuera como la última vez.

Durante varios segundos la expresión del rostro masculino no cambió, pero luego sus ojos azules se intensificaron con una furia oscura —No caeré en ese juego infantil, ¿Me tomas por imbécil? ¿Un estúpido? El niño es mío —le izó con más fuerza de la muñeca, la presión se intensificó causándole dolor —No caeré en ese juego dos veces, cariño.

—¡Me haces daño! —susurró con ardientes lágrimas que le nublaron la vista.

—Es menos comparado con el daño que me hiciste —gritó él, asustándola, perdiendo la compostura. —Me arrebataste todo, todo. Inclusive a mi hijo.

—Es solo mío —gimió, soltándose y empujándolo con todas sus fuerzas.

La carcajada de Reed la sacó de quicio —Claro, Solo tuyo. ¿Qué? Tu amante no lo quiere.

El sonido estridente de un trueno resonó en el cielo, Naval irguió los hombros y casi sin saber lo que hacía, alzó la mano y la dejó caer con fuerza sobre la boca de él, el duro sonido del contacto, acentuó el silencio que había a su alrededor, proporcionándole una momentánea sensación de satisfacción, pero no fue suficiente para poder mitigar todo el odio que había acumulado en esos tres años, o eso quería creer ella, que lo odiaba, pero era mentira aún lo amaba.

No retrocedió ante la dura mirada de su ex amante, pero volvió a alzar la mano para poder golpearlo de nuevo, pero éste le asió con fuerza la muñeca, mientras el ardor de su palma y el color rojizo de la mejilla de Reed se esparcían, Naval se quedó helada por su repentino ataque de violencia —Una sola vez cariño. Una sola vez.

—Entonces no me provoques Reed.

—Tú tampoco.

—¿Qué pretendías al venir a mi casa? Gritar, hacer tus conocidos berrinches. Ya lo hiciste, ahora largo.

—No. Desenmascararte, ver con mis propios ojos que estuve engañándome por tres malditos años. Ver que sigues siendo la misma arpía que conocí, la mujerzuela con la que tuve la mala suerte de amar, con la que me acosté, la mujer que por tres años mintió y se ocultó como una ladrona —bramó —No permitiré que lo conviertas en ti. En ellos. En un Kapot.

—No sabes lo que dices —sus lágrimas surcaron sus mejillas carentes de color —No sabes nada de mí. Nada.

—Claro que lo sé. Sé que te metiste con un viejo decrepito —gruñó.

—No te permitiré que hables así de Nolan. No lo permitiré.

Reed comenzó a aplaudir, haciendo caso omiso a las advertencias de Naval —¡Bravo! Veo que lo defiendes —solo tenía ojos para ella, el verla de pie frente a él solo hacía que su corazón se hinchara de emoción, si no fuese tan testarudo igual que ella, la hubiese estrechado entre sus brazos, la hubiese besado, tomando al niño para huir de allí, pero había un problema y se llamaba Nolan — Qué fidelidad que le tienes a ese amante tuyo.

—Lo defiendes porque es mi padre, grandísimo imbécil. Nolan Stromhod es mi verdadero padre. Maldito desgraciado —gritó con todas sus fuerzas —Es mi padre —no pudo evitar sollozar —Y no te atrevas a hablar así de él.

No pudo aguantar más ocultarle la verdad, estaba harta de que él intentara tergiversar ese cariño que Nolan le proporcionaba, cansada de ocultarle que Nolan era su padre, quería que se fuese, que la despreciara, quería olvidarlo, intentaba hacerlo, pero se engañaba, amaba a Reed y decirle la verdad no solo lo apartaría de Amanda, sino que lo expondría al peligro de morir en manos de Xavier.

Amanda tan solo cerró la boca y regresó a la seguridad de su auto, ya que las palabras de Dylan cobraban mucho sentido, su treta elaborada, sus planes se habían venido cuesta abajo por las mentiras que había dicho de ella estando viva y cuando la creían muerta.

Reed retrocedió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago, abrió los ojos como platos, se puso pálido y rígido de la furia, no con Naval o con Nolan, sino consigo mismo por ser tan obcecado y despreciable, había pensado lo peor, le pareció extraño que Nolan se sintiera tan sobreprotector con Naval, que la ayudara, que la llevara a su despacho, tragó saliva, pero su boca estaba demasiado seca para permitirle esa acción, estaba ofuscado por los celos, temía perderla, pero su orgullo le había quitado tres años de una maravillosa familia, la que debió ser su familia, dándose cuenta del parecido que tenían padre e hija por primera vez.

Recordó la foto, recordó el nombre, recordó que Nolan se negaba hablar de ella por miedo, y ese miedo provocado solo tenía un nombre y era Nicolay Kapot.

No podía respirar, su mente se quedó en blanco, dio dos pasos atrás intentando no caer ante la sorpresa negó con la cabeza —Hay Dios mío. —dijo

—Entonces ¿Por qué ocultaste a Sam entonces?.

—¿Por qué su padre es un idiota? —dijo Naval de la nada intentando sonreír —Y por qué Xavier iba a matarte —recordó con dolor —A matarnos.

Los ojos se Reed se abrieron como platos, nunca pensó en ello, nunca pensó en que los tentáculos de Xavier fueran tan largos como para dañar más a Naval —Pudiste decírmelo.— mencionó más en una súplica.

—Para qué —dijo con lágrimas en los ojos. Levantó el dedo índice, señalándolo sin vergüenza alguna —Pero sabes qué es lo que más me molesta Reed, no es el hecho de que cuando supiste del bebé te encamaste con la primera que se te cruzo, no es el hecho que me hayas olvidado, o que hayas intentado buscar un ascenso en el Bureau siendo alguien que no existía, o el simple hecho que me veías como un pedazo de carne y una sola noche de placer. Un juego nuevo, la chica nueva. Es el hecho que hayas desconfiado de tu mejor amigo, del que fue incluso un padre, un padre del que yo no pude disfrutar, el hombre que te dio todo. Todo. Y qué creyeras que yo era capaz de engañarte de esa manera tan baja. Lo vi en la que creí mi familia, y no quería convertirme en ella, quería marcar esa diferencia. No quería ser un Kapot, pero tú. Viniste, creíste y simplemente déjate todo atrás. Me duele. Sé que tuve la culpa por mentirte, pero fui una estúpida al intentar proteger a un bastardo egoísta que solo pensaba en él —hizo una pausa viendo como su ex amante cambiaba de colores —¡No! Sam es solo mío y solo por esta vez te pido que dejes de pensar en ti mismo —con mano nerviosa, trató calmar los excesivos latidos de su corazón —Jamás me hubieses creído. Te dejaste engañar, Reed. La que será tu esposa te ha visto la cara por tres años, llenándote la cabeza de que Nolan era mi amante, pero en realidad era mi padre. Y dudo que ella no lo supiera.

—¡Cristo! —se llevó ambas manos hacia la nuca, dando vueltas e intentando calmar los gritos de su conciencia que lo llamaban *estúpido*, *bastardo*, *miserable*. —Debiste decírmelo, sacarme de ese error. De ese terrible e imperdonable error.

—Tuviste tiempo para recapacitar. Y solo. Me echaste encima culpas que no eran mías.

Reed le dedicó una mirada dura como el granito —Pero. Yo también quería saber que estabas bien, saber que mi hijo estaba bien. No debiste dejarme de lado e incluir a Dylan. Merecía algo incluso mejor que esa mentira.

—No, Reed. sabía que luego te arrepentirías. No dejarías tu trabajo y mucho menos tus enredos de una sola noche. Sami no necesita ese tipo de figura en su

vida —declaró desafiante, como una leona que cuida de su cachorro —Tú mismo te pusiste la soga al cuello al no esperarme.

—¿Mi figura? Tomaste una decisión y no me involucraste en ella. Duele, duele, tanto la verdad como la mentira me duele, Naval.

—Ya, sabes la verdad. Tienes lo que viniste a buscar. Ahora vete.

—Lo lamentaras —sentenció él.

—¿Lamentar haberte conocido?

—No. El haber alejado a mi hijo todo este tiempo —Reed tenía el rostro pálido, intentó contener sus latidos, sabía que engañarse era lo mejor para no sufrir más, pero no podía negar que era feliz, había logrado ver a esa apasionada Naval.

—No permitiré que lo dañes.

Reed se detuvo frente a ella, observándola con esos ojos que una vez la cautivaron —¿Quieres iniciar una guerra? ¿Crees que puedes manejarme? —bramó —No puedes hacerlo, es mi hijo también. Tengo derecho a verlo. Tú tuviste tu tiempo, ahora quiero yo mí tiempo con él.

—No pienso aceptarte en la vida de mi hijo. ¡Haré lo imposible por protegerle de ti! Protegerlo de todo aquel que intente arrebátarmelo, de aquel que quiera hacerle daño —juró en un ataque febril.

—¿Protegerlo de mí? ¿Qué es lo que intentas decir? Qué podría dañar a mi propio hijo —le lanzó un juicio severo, intentando intimidarla con la expresión de su rostro.

—Me dañaste a mí.

—Tuve mis motivos, me hiciste creer que abortaste. Me hiciste creer que no era mío, me ocultaste que Nolan era tu padre, me hiciste creer que estabas muerta.

—Solo lo diste por sentenciado. Solo me juzgaste, te dejaste llevar por la venganza. Pues mírate ahora, no eres nada. No había pasado ni un día ante la supuesta muerte de mi bebé que ya te encamaste con Amanda Hammons. No paso ni seis meses de mi muerte y ya estabas comprometido. ¿Cómo crees que me sentí?

—Tú me convertiste en esto. Yo solo quería olvidarte, quería olvidarte. No quería sentir dolor.

—Claro, achácame la culpa de que te acostaras con ella. Yo te amaba —gritó Naval desesperada —Pero no dejaré que entres a nuestras vidas, ni ahora, ni nunca.

—Es mi hijo. Es mío también. No lo hiciste sola.

—Según tú. Tuve muchos más.

—Me engañaste Naval ¿Cómo crees que me hace sentir? He. Alguna vez pensaste que estabas destrozándome. Nunca pensaste en cómo tus actos de ese día me hicieron sentir, amaba la idea de tener un hijo y el saber que lo había perdido porque no lo querías me destrozó —se llevó ambas manos al rostro intentando calmar sus lágrimas ante ese doloroso recuerdo —¿Crees que soy de piedra? ¿Qué no tengo sentimientos?

—Yo solo quería que tu dolor fuese menos. Quería que te alejaras. No te quería muerto como Nicolay. No quería asistir a un funeral más —bramó entre lágrimas.

—¿Y yo.? ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de mí al ver tu ataúd con una lápida tallada con tu nombre? No fue fácil, nunca lo fue. Nunca me resigné a perderte de esa manera.

—Para mí tampoco lo fue. No podía simplemente dejarte atrás —aclaró ella.

—¡Eras tú! Eras tú la que llamaba a mi móvil, cada viernes. Fuiste tú el día del accidente.

—A la misma hora que nos conocimos —sonrió limpiando con el dorso de su mano las lágrimas de sus mejillas —Y no quería dejarte solo, quería verte aunque sea un minuto, necesitaba verte y asegurarme que estuvieras bien y vivo.

—Yo quería morir, ¿sabes? Quería reunirme contigo, cuantas veces Dylan sacó mi trasero borracho y drogado de casa por la sencilla razón que no quería vivir.

—Lo siento. Sí.

—Un lo siento no bastará—ladró él.

Nolan aceleró al ver que había una disputa en medio de sus jardines, no podía reconocer el auto, estacionó y bajó tan deprisa que no se percató de que quien estaba delante de su hija era Reed Fletcher, pero al acercarse y verlo pudo entender muchas cosas —¿¡Reed!?! —dijo con expectación. Viendo a su alrededor, noto a Dylan de pie junto a un auto con una pálida Amanda dentro.



Por un momento quiso reír ante la idea de un Reed desquiciado por encontrarla, pero enojado por haber puesto en evidencia su paradero.

—Abuelo —gritó Sami, corriendo hacia su abuelo, sus ojitos estaban rojos y estaba cansado de ver peleas por primera vez en casa.

—Mi pequeño Sami —lo tomó en sus brazos, dejando que el niño reposara su cabecita sobre su hombro —Hablaré contigo después Naval. ¡Reed! Qué.

—Pero, papá.

—Es un gusto verte también, Nolan —dijo Reed con sarcasmo.

—Ya dejen de discutir —bramó Eric bajando del auto, Reed al verlo bajar y estar tan tranquilo supo que todos sabían menos él.

—¡Carajo! —bramó él —¿Todos sabían menos yo? —Eric al verle, se asombró, iba a decirle algo pero Reed se lo impidió —No digas nada. No digas nada, ya no digas nada. Es. Es simplemente inútil.

—Ya que la fiesta está en su apogeo, veo que debo advertirles —lanzó el periódico matutino hacia las manos de Reed —Supongo que al saber ya la verdad sobre tu mujer y tu hijo, apoyarás en este caso. Este sí que es un problema serio.

—¿Qué? —dijo Reed al leer el periódico de manera inmediata, no podía creer lo que decía el titular de ese diario, era algo que ni él mismo podía creer, sobrepasaba lo extraño, lo inaudito y sobre todo, ponía en peligro a Naval y su hijo —¡Demonios! ¿Cómo fue posible?

—No lo sabemos, pero lo único que sé, es que Naval y su hijo correr peligro, Xavier ya debe estar enterado y ahora tenemos a Svyatoslav, él de seguro ya está enterado de todo y no dudará en venir y acabar con quien destruyó sus planes así como de su fortuna —mencionó muy angustiado Eric —Así como tú pudiste dar con ella, ellos también. Sabes que estoy pendiente de ustedes y todo lo que los relacione, he tratado de borrar pistas, pero el FBI está viendo y atando cabos y todo se relaciona con ustedes, con Naval Kapot y Nolan Stromhold.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Pero estamos a salvo aquí. Son muchos kilómetros de distancia de Portland a Michigan. Es imposible que nos encuentre.

—Sé que es imposible, pero no podemos arriesgarnos, Naval —mencionó Eric —Alguien filtraba información. Todo este tiempo alguien daba todos los detalles.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Nolan —Naval no podría resistir otra guerra, nos expondríamos, no tenemos tanta gente como antes, el equipo es poco, las armas también, desde hace tres años las cosas se calmaron y Naval no ha tomado una sola arma en años.

—La única manera de solucionar esto es llevar al niño a un lugar seguro, quizás Naval tendrá que separarse del niño solo por unas semanas hasta que borremos sus pistas y podamos matarlos a ambos, esa es la única solución, la muerte.

Nolan presionó sus sienes, estaba angustiado, preocupado, quien diría que había tomado el lugar de Nicolay, planeando estrategias, tácticas de lucha y batalla, sus años en el FBI le ayudaron mucho, pero esto era diferente, ellos trabajaba ya sin leyes y de manera rápida, había estado hablando con Eric, pero tener a su hija delante y a su nieto en brazos era muy distinto ver a solo hablar.

—¡No!.. —espetó Reed de la nada —Yo los protegeré. Cuidaré de ellos. Me quedaré, no me iré.

—¿¡Qué!?! ¡NO! De ninguna manera —protestó Naval —Papá. Di que no —negó con la cabeza asustada de la idea de tener a Reed merodeando por la casa.

—No podemos sacarte de aquí. Sabes lo terrible que ha sido volver a empezar ¿Y sepárate de Sam? No lo soportaras Naval —Dylan sabía muy bien como Naval sufrió y luchó por su embarazo, era una guerrera —Es mejor que él se quede. No tenemos armas, ni aliados en esto. Estamos solos. Ya no estás resguardada como en La Residencia. Y tomará un tiempo poder sacarlos.

—Será mejor que entremos. —dijo Nolan con su nieto en brazos, su cabecita reposaba en su hombro, mientras que su dedo gordo había encontrado un lugar en su pequeña boca.

Dylan, Nolan y Eric entraron a la casa, Naval iba a hacerlo también, pero Reed se lo impidió tomando su mano, Amanda vio eso, salió del auto y se acercó unos metros escuchando parte de la conversación.

—Vete Reed. Tú ya tienes una familia. Te casaras con Amanda. Tendrás hijos, una responsabilidad, una nueva vida. Un inicio.

—No, no lo haré. No con mi hijo sin mi apellido, no contigo viva. —se negó —Ustedes son mi verdadera responsabilidad. Tú eres y siempre fuiste mi comienzo.

—No puedes hacer esto Reed. No eres un chiquillo. Son ya tres años y la

boda ya está preparada. No puedes hacerle eso, ella es ahora tu responsabilidad, nosotros no.

—No te perderé de nuevo. No los perderé una vez más. Me niego a perderlos. Yo no la amo y no quiero atarme a una mujer que no amo. No tú estando aquí. Sé que pedirte perdón es insulso. Son tres años de mentiras y reproches, remordimiento y rencor.

—¿Por qué haces esto Reed?

—Porque jamás deje de amarte ¡Maldición! Te amo y jamás te olvidé. Aunque lo intenté. no pude. No puedo. Te fuiste sin que yo te lo dijera, nos separamos sin saber los sentimientos que teníamos y no quiero cometer la misma equivocación una vez más.

—Reed. Estas equivocándote una vez más —Ella no quería ser la responsable de que una boda se cancelara —No quiero que canceles la boda por mí.

—Es que esa boda al final no se iba a llevar a cabo. No estaba seguro de unir y pasar el resto de mi vida con ella.

—Nos hemos herido demasiado, Reed. Nos hemos ofendido e insultado. Hemos desconfiado el uno del otro, y no nos llevara a nada.

—Naval, no. No me apartes ahora. No ahora que tenemos la oportunidad de estar juntos. No ahora que podemos solucionarlo.

—Reed, Yo. — quiso decirle que también no lo había olvidado, pero la voz de Amanda llamándolo, hizo que su nube de felicidad y regocijo le explotara en la cara, Reed ya tenía una responsabilidad y debía cumplirla —Ve.

—¡Reed! —dijo Amanda mordiéndose los labios.

—Naval.

—Solo ve —le dijo ella, intentando calmarle. Se giró sobre sus talones y dejó que Reed se enfrentara al peor de sus demonios, Amanda.

—Llévame a casa —dijo a sus espaldas, no lo dejaría en manos de esa mujer —Vámonos a casa.

Reed se volvió y la enfrentó, no quería ser duro con ella pero merecía saber la verdad, una verdad que ella también había ocultado por su propio bienestar —Amanda.

—Reed. Ya vámonos.

—No, Amanda. Me quedaré aquí. Con mi hijo.

—¿Qué haces, Reed?

—Amanda, por favor. —suplicó él, no estaba de ánimos para otra escena — Es mi última palabra. Me quedaré con ellos.

—¿Por qué? Te lo ocultó por tres años, eso quiere decir que no te quiere en su vida, nosotros tenemos una vida ya hecha. Vamos a casarnos. Ese mocoso ni siquiera te ve como su padre.

Aquellas palabras hicieron mella en la reciente seguridad y felicidad, en parte Amanda tenía razón, su hijo no lo conocía y le tenía miedo, pero eso era fácil de cambiar, pero aquella aptitud de Amanda de tratarlo como un mocoso, sabiendo que era su hijo, sangre de su sangre, carne de su carne lo enervó, dándose cuenta que las palabras de Naval tenían tanta razón, Amanda no estaba dispuesta a compartirlo, incluso con su hijo, pero quería decírselo con tacto, ella se merecía su respeto, pero no la amaba como para juntar sus vidas para siempre, y sin mencionar que estuvo mintiéndole por años.

—¡No Amanda! No puedo —confirmó con amargura.

—¿Qué es lo que no puedes, Reed?

—Todo —gesticuló enérgicamente con ambas manos, llevándoselas encima de la cabeza, había tomado su decisión —Con todo esto. No así. Tengo una responsabilidad con mi hijo Debo hacerme cargo de él.

—Pero también tienes una responsabilidad conmigo, Reed. Son tres años y debemos casarnos.

—¿Por qué, Amanda? Tú no me amas de verdad.

—¿Qué dices Reed? —su rostro se llenó de rabia, de incompreensión.

—Lo siento pero no puedo, no puedo amarte. Por más que lo intento.

—¿Qué lo intentas? Tuve un aborto por ti, Reed. Un aborto en estos tres años intentando hacerte feliz, intentando darte un niño. Pero lo único que puedes decir y hacer ahora es darme la espalda. Decirme que no puedes amarme.

—No es que te dé la espalda, es que no podemos continuar y fingir que todo es bueno en nuestra relación cuando no existe lo principal. El amor.

—No es por ese mocoso. Es por ella, por qué jamás, jamás dejaste de amarla.

—No te.—señaló con su dedo, intentando que se callara, pero no, cerró los

ojos —No Amanda. Amo a ese niño y lo amé desde el día en que supe que ella estaba embarazada. Sabes bien que yo lloré por ello.

—¿Cómo sabes que es tuyo? —inquirió desdeñosa la morena.

Reed solo sonrió sin gracia, mofándose de su veneno que no causaría el efecto que ella deseaba —Te escuché por tres años hablar mierda de ella, te escuché cuando me dijiste hace tres años que ella estaba con Nolan. Te creí. Te creí por aquellas fotos que me mostraste, te creí porque Madeleine Bates también me mostró unas fotos similares. Pero no dejaré que sigas con esto Amanda. No ahora que sé que Nolan es el padre de Naval.

—Eso quieren que creas, eres un estúpido si crees esa mentira.

—¡Es mi hijo! —sentenció Reed con énfasis —Deja de mentir. Solo deja ya de mentir.

—Pero es la verdad. No hay prueba que ese niño sea tuyo.

—No, no Amanda, no hagas esto, no intentes envenenarme como lo has hecho estos tres años —hizo una pausa significativa, con la boca apretada y un leve destello de cólera en la profundidad de sus ojos azules, no podía enojarse por completo con Amanda, ya que él fue el culpable de hacerla entrar a su vida permanentemente, fue él quien la llamó ese día ante la pérdida de su bebé — ¡Perdóname! Pero no dejaré a mi hijo, ni por ti, ni por nadie.

—¡No!—dijo al borde de las lágrimas —No puedes hacerme esto. La boda, los preparativos, las invitaciones. Mis padres. ¿Qué dirán mis padres?

—Lo siento tanto Amanda. No puedo casarme contigo. No puedo.

—No te perdonaré —afirmó con odio y amargura —¡Te odio!

—Por favor. Tú sabías perfectamente que amaba a Naval.

—No digas que yo sabía porque sabes perfectamente que creí que me amabas.

—No te amo como esperaba, pensé sentir algo, lo juré, pero no. Simplemente no había nada que pudiera hacer —intentó tocarla, pero ella se negó a que se acercara quitando con brusquedad su brazo —Te llevaré a casa — al verla ofuscada y al ver que no le permitía tocarle posó sus manos sobre sus caderas.

—¡NO!.. Solo aléjate de mí. Yo iré a casa. Sola.

—Por favor. deja que te llevé aunque sea. Puedes quedarte en la casa todo el

tiempo que desees. No te estoy obligando a nada.

—No quiero nada de ti, malnacido —levantó la mano dejándola caer dos veces en el rostro de Reed, que aceptó sin reproche aquellos golpes.

—Me lo merezco.

—Es mucho más lo que te mereces.

—Por favor, Amanda. Comprende. No seríamos felices. Jamás lo hubiésemos sido.

—¡Vete a mierda! —caminó a grandes zancadas hacia su auto.

—¡Amanda! —vociferó Reed, pero ella se negó a hablarle —Por favor, Amanda —le rogó, pero la joven despechada subió a su auto, posicionándose detrás del volante encendió el motor y se alejó lo más rápido posible del lugar, haciendo chirriar las llantas en el proceso.

No paso ni quince minutos que ante el temblor de sus manos, las lágrimas rebosantes, las náuseas irrefrenables la obligaron a detenerse. Llevando ambas manos hacia su rostro apaciguó sus gritos con las manos, pero no saciaría su sed de venganza, su frustración la obligó a golpear el volante con la manos, tomar sus cabellos y jalarlos sin control en un berrinche infantil ante la pérdida de un juguete, Reed tenía razón, Amanda no lo amaba, ella en el fondo sabía que no lo amaba, solo quería tenerlo como premio, como un trofeo ante la pequeña batalla que realizó para obtenerlo.

—Maldita perra —bramó enfurecida —Me las pagaras. Juro que me las pagaras.

## Capítulo 14

### SIN MÁS SECRETOS

Dejarlo atrás siempre fue difícil, por más que intentaba convencerse que era por su bien, que era para salvarlo y sacarlo de un mundo que como única alternativa pedía almas para saciar su sed, pero también dejaba parte de ella atrás algo que se negó a hacer en esos tres años y todo cambió en menos de veinticuatro horas. El destino había conspirado en su contra, los había obligado a cruzar sus caminos de una manera inesperada, inexplicable. Ese día era diferente, se detuvo en los primeros escalones del porche, viendo de soslayo a esa pareja, no quería ser parte de esa ruptura, pero Reed había tomado una decisión y era irrevocable.

Vio entonces el tremendo bofetón que Amanda le había propinado a Reed, cerró los ojos ante el sonido acentuado en ese silencio de la mañana, el nublado del día y los truenos que se podían escuchar a lo lejos en la cima, apretó las manos en puños ya que tenía unas arrolladoras ganas de ir y golpear a Amanda, no por el simple hecho que haya golpeado a Reed, de alguna manera se lo merecía por cancelar la boda después de los planes y una fecha ya fijada, pero el golpe iba más allá de una reprimenda por cancelar todo. Amanda Hammons le había mentido todo este tiempo, haciéndole creer que el apego y preocupación de Nolan iba más allá de lo amical a lo sexual, acrecentando así la ira y odio de Reed hacia ellos, alimentando una mentira ilógica y descarada, cuando la verdad era que Nolan Stromhod se preocupaba por su hija.

Dando unos pasos firmes, entró a su casa, no quería ver más, no quería ver a Reed ir tras Amanda, no quería ver que quizás en el fondo Reed sentía algo por ella, debía sentirlo, ya que estuvieron tres años, inclusive más años, iban a casarse eso debía significar algo. Al levantar la cabeza vio que Eric y Dylan observándola con una gran atención, entonces pegó todo su cuerpo hacia la puerta, rompiendo a llorar y a sentirse mal, iba a derrumbarse en ese momento, pero las manos fuertes de Dylan la sujetaron de los brazos —Naval. Naval.

Un preocupado Eric se levantó de un salto para poder ayudar, pero Naval levantó la mano, impidiendo que la ahogaran con sus preguntas y preocupaciones —Estoy. Estoy bien, es solo que he tenido mucha presión. —dijo recomponiéndose de inmediato.

—Creo que deberías descansar ¿Cuándo es tu próxima cita con el cardiólogo?

—Dentro de unos días.

—Te acompañaré.

—Dylan es suficiente con la compañía de papá, no quiero muchos más sabiendo cuál es mi condición.

—Juro que intenté frenarlo. Lo juro por Dios —espetó Dylan acongojado.

—Hiciste lo que podías, Dylan —se volvió hacia la ventana, observando como Reed gesticulaba con las manos en su conversación con Amanda, mientras ella iba hacia su auto haciendo un berrinche infantil. Sintió un escalofrío además de la garganta adolorida ante tantos gritos y reproches, pero al verlo allí, de pie con las manos en la cadera, supo que no dudó de él, sonrió, sonrió porque siempre soñó que Reed vendría a ella, pero también se reprendió por sentirse feliz ante la agonía y tristeza de Amanda, ya había hecho planes de boda, planes con Reed y él los estaba rompiendo de la noche a la mañana por ella y por su hijo, pero era lo menos que Amanda Hammons merecía por hablar mierda de ella cuando supuestamente estaba muerta. —*¿Qué clase de persona hablaba mal de una muerta?* —pensó ella.

—No te sientas mal, Naval. Reed estaba dudando ante esa decisión.

—Pero apesure las cosas. Quizás él debía tomárselo con calma. Pensarlo mejor.

—Naval, es mejor tarde que nunca. Hubiese sido mucho peor si se llegaba a casar y luego a enterar, ella hubiese hecho de su vida un infierno. Y ni que hablar, no le hubiese dado el divorcio.

—En primer lugar, si iba a casarse con ella es porque en verdad sentía algo, la quería, te casas con alguien porque lo quieres, lo amas. Además yo no lo hubiese aceptado. No me hubiese involucrado con un hombre casado.

—No mientes a quien amas. No te sientas mal por esa estúpida, Naval —espetó Dylan.

—No hables así de ella —protestó Eric, volviendo a sentarse en el sillón.

—Vamos Eric. Es una arpía, intentó quedar embarazada a toda costa.

—Yo le mentí. Somos iguales.

—No Naval. Hay una gran diferencia: Tú mentiste para protegerlo, para



proteger a tu hijo, a tu padre, a las personas que amabas. Ella. mintió por tenerlo a él, solo y exclusivamente a él, convirtiéndose en una egoísta.

—No hablen por favor. —Naval negó con la cabeza —No quiero saber más detalles de eso. —le dolía, le dolía saber que Reed había intentado ser padre y todo porque ella le había quitado a su hijo.

—*¿Y qué hubiese pasado si ella le hubiese dado hijos?* —se preguntó un poco asustada —*Nada. Tú lo hubieses perdido para siempre* —soltó un suspiro para nada aliviador, estaba agotada y todavía no habían desayunado, era cerca de las nueve y Sami necesitaba comer —Iré a la cocina. Sami no comió nada.

—Mi tío ya se encargó de ello. Eric nos trajo unos sándwiches de pavo, esos famosos de la panadería y le dio a Sami uno con su biberón de leche. Se lo llevó arriba, para que pudiera tranquilizarse y quizás hacer la nona un rato.

—No creo que consiga mucho, está demasiado asustado.

—Naval, él no está asustado. Solo está confundido porque se había cruzado una o dos veces con él.

Ella abrió los ojos como platos —*¿Cómo que lo vio dos veces?* —en un arranque de furia tomó entre sus puños las solapas de la sudadera de Dylan —*¿Le presentaste a mi hijo?*

—No. No. —tomó sus manos —Sami y Lucas salían y Reed lo vio. Él solo lo vio.

—¡Dios mío! —se llevó una mano hacia la cabeza.

—Lo siento —dijo Dylan —Pero si esto te hace sentir mejor, Reed al verlo sintió una conexión con él —le confirmó.

—Hay viene —aviso Eric al ver como Amanda se alejaba en su auto y Reed caminaba de regreso a grandes zancadas hacia la casa, negó con la cabeza, esa pelea jamás terminaría.

Reed giró sobre sus talones al ver el auto de Amanda salir de la calzada a gran velocidad, por un momento pensó que todo el drama en el que su vida se había convertido desde que comenzó a salir con ella había terminado en el momento en que puso el anillo en su dedo, pero que equivocado estaba, era solo el comienzo a un infierno. Cansado de las incesantes discusiones se llevó ambas manos hacia el rostro, aliviado, sí, se sentía en parte aliviado a al gran peso que se había quitado de su espalda al casi, casi tener un matrimonio sin amor, pero también un miedo cruzó por su cuerpo, Amanda era capaz de todo, incluyendo

venderse al mejor postor.

Fijando la vista entonces a la casa, esa casa en la cual su familia lo esperaba, caminó y subió los escalones, extendió la mano para abrir el picaporte y entrar, pero recordó que esa casa no era suya, esa familia ya no era suya, formando un puño en el aire, optó por tocar con los nudillos.

La puerta se abrió y solo tuvo cabeza para mirar a la persona que le daba paso a esa casa, su Naval, ella seguía siendo su Naval, tragó saliva al no poder creer lo que tenía enfrente, era ella, ella estaba viva y esta vez se prometió no perderla de vista, y sobre todo no perderla jamás.

Por un instante sus ojos se conectaron nuevamente, el pecho de Reed se contrajo, jamás se cansaría de verla, jamás se cansaría de poder tenerla —Naval —dijo tragando saliva, moviendo la manzana de adán de manera seductora.

Ella se hizo a un lado, dejándole pasar —Pasa.

—Gracias. —dijo unos cuantos pasos, viendo a Dylan de pie apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre su pecho, y Eric plácidamente sentado en el sillón —Se calmará en unos días. —dijo Reed intentando no ver a los que ocupaban esa sala.

—¡Seguro!. —fue más una pregunta que una afirmación de Dylan —Estaba demasiado afectada al ver a Naval.

—¡Dylan!. —rezongó Eric.

—¿Qué? —se encogió de hombros —Naval jamás fue santo de su devoción, desde el primer momento se mostró hostil con ella.

—¿Cómo que hostil? ¿Ya se conocían?. —dijo Reed intentando saber más.

—Déjalo así Reed. —negó con la mano, no quería hablar más con él después de la golpiza que le propinó arriesgándose a otra tunda.

—Estoy esperando un “*Te lo dije*” —su voz se volvió plana de repente, Dylan siempre se aseguraba de dejar bien claro y apuntado todos los errores que él cometía.

—Yo no me meto en más. Mi cuota de secretos y comentarios se ha llenado por un solo día. Además no necesito otra tunda de tu parte. —se señaló el rostro magullado por los golpes que Reed le dio horas atrás.

—Oye. En verdad lo siento por eso. Es que no pude contenerme.

—Tú nunca puedes contenerme —murmuró Naval.

—¿Disculpa? —espetó Reed, volvió el rostro hacia ella, lanzándole una mirada asesina.

—Ya basta de discusiones —Dylan se interpuso entre ellos dos, casi separándolos para que esta vez no se golpearan —Naval ha tenido un día terrible y creo que ya está por hoy de gritos y recriminaciones.

—Vaya. Ella es la única que tuvo un día difícil ¿Cierto? Y yo al diablo. —espetó Reed amargo ante los comentarios de su amigo, aunque le agradaba de cierta manera poder estar allí una vez más, cómo en los viejos tiempos.

Dylan levantó las manos mostrándole que no necesitaba otra pelea —Déjalo ya, hombre.

El palpar de su cabeza estaba matándola lentamente, además de tener que escuchar la voz de Reed parlotear y no dejar de hablar, quería ir a su cama, recostarse, ocultar la cabeza bajo la almohada y olvidar que ese día había pasado. Aunque las opciones que se repetía mentalmente eran imposibles ya que Reed Fletcher había decidido inmiscuirse en su vida una vez más.

—*Deberías estar contenta* —la voz de su interior habló una vez más, irritándola —*Él ya no se casará.* —no podía soportar a esa voz, esa voz que gritaba toda la verdad, sin poder aguantar más estar en la misma habitación salió de la sala.

Los tres hombres dejaron de hablar abruptamente, ya que Naval prácticamente había dado un paso atrás y salido del campo de visión para encerrarse en el baño de la planta baja.

—¿Ella está bien? —preguntó Reed intentando ir pero la mano de Dylan lo detuvo.

—¿Tú que crees?. —intervino arqueando una ceja.

—No es para menos. Ambos estaban gritando a todo pulmón allá afuera, creo que todo el vecindario pudo escuchar la pelea —replicó Eric elevando la barbilla —Dylan. Ve.

Reed cerró los ojos por un instante, debía ser él quien fuese en su búsqueda y no Dylan, debía ser él quien fuese y viera que estaba bien y no Dylan, debía ser él. Se reprochaba sin cesar.

El rostro húmedo lograba darle una sensación de frescura momentánea, Naval intentó dar un suspiro pero el dolor en el pecho solo evitaba que pudiera hacerlo. Apoyándose con ambas manos en el lavado, vio su aspecto en el espejo,

tenía los ojos llorosos, las mejillas veteadas por la salinidad de sus lágrimas, sus labios rojos y las manos temblorosas ante las discusiones y palabras ofensivas que ambos estaban soltando allá afuera —¡Dios mío!

El repiquetear de la puerta la hizo dar un respingo que casi cae ante la impresión —¿Estás bien, Naval?

Dando un soplido, mantuvo la voz plana —Sí. Ya salgo —se secó el rostro con una toalla y abrió la puerta, decidida a mantener la calma por su hijo y pensar tranquilamente que hacer, ya que no tenían un solo problema, tenían muchas cosas que resolver, entre ellas que su pequeño estuviese a salvo.

Los pasos de Nolan se sintieron, obligando a Reed a erguirse y ver a su hijo en manos de su abuelo, su pequeño niño estaba con los ojos rojos y sorbiendo su nariz —¡Sami! —dio un paso adelante deteniéndose a dar otro paso, temía que su hijo lo odiara por gritar, lo rechazara, incluso lo despreciara.

Se mordió el labio, lastimándolo al intentar acallar un sollozo, pero ver a ese pequeño delante de él, era como si nada importara más que ese pedacito que también era suyo, ese pequeño tan parecido a él. La soledad de esos tres años, sus sueños convertidos en pesadillas no eran de importancia, nada importaba más que su pequeño, sano y salvo, fue tan duro y fuerte verlo allí frente a él que cayó de rodillas deshecho en lágrimas —Dios mío. ¿Qué he hecho? ¡Dios perdóname! —dijo entre murmuraciones. Levantó la cabeza y vio a su hijo —Me darías un abrazo Sami. —le pidió con delicadeza, extendiéndole la mano para que el pequeño la tomara.

Samuel era un niño muy alegre pero esa vez estaba confundido, sus ojitos bailaban de su padre hacia su abuelo, pero al ver sonreír a Nolan, le dio la seguridad que necesitaba —Ve. Te acuerdas que preguntabas por tu papá. Es él, pequeño. Ve con papá —le explicó Nolan, Sami caminó lentamente hasta Reed y lo abrazó con calidez.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Sami, tocando el rostro de su padre con sus manitas.

—Porque acabo de encontrar al ser más importante de mi vida —apretó la manita de su hijo con dulzura sobre su rostro —Sabes quién soy ahora ¿Verdad? —Reed vio a los ojos del pequeño, tan idénticos a él.

—Sí. El abuelo me lo explicó todo.

—Mi nombre es Reed Samuel Fletcher —por un instante creyó que su hijo retrocedería, que volvería a la seguridad de la mano de su abuelo, se maldijo por

rechazarlo, por gritar ese día en el hospital, temía que su pequeño hijo recordará ese cruel rechazo, que la falta de su presencia en esos dos años hiciese mella en la confianza futura, pero se equivocó, Sami sonrió lanzándose prácticamente a sus brazos —¡Papá!—dijo con tanta alegría, que Reed no pudo evitar reír y llorar.

Levantándolo en brazos, fijo una mirada pesarosa en Nolan, había cometido muchas injusticias con ese hombre que solamente velaba por el bienestar de un chico huérfano y sobre todo el bien de su hija y nieto, tenía que agradecerle demasiadas cosas, tenía que agradecerle por haberle dado una familia cuando no la tuvo —Gracias, gracias por decirle la verdad. ¡Dios!. —darle las gracias por haberle dado paz cuando más la busco.

Naval salió del baño y al ver a su hijo en brazos de Reed algo en su interior se contrajo, quiso ir, pero el miedo a que Reed se lo llevara la asusto, a grandes zancadas se acercó a ellos, pero su padre la detuvo a tiempo. Lágrimas silenciosas surcaron sus mejillas, temía perder a su hijo, la única personita que le devolvió las ganas de vivir y de luchar.

—Naval. Es su hijo también —mencionó Nolan estrechándola entre sus brazos —Debe saber la verdad. No más secretos.

—Tengo miedo papá —espetó ella abrazando a su padre con fuerza.

—Todos lo tenemos. Pero Reed no podía vivir en la ignorancia todo este tiempo. No puedo condenar a un hombre a vivir lo mismo que yo viví por ti. Es algo que no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Tiene derecho a saber que una parte suya vive también.

—Fue distinto. Tu historia fue distinta.

—No, no lo fue. No lo fue.

—No tuviste muchas opciones.

—Reed tampoco las tuvo. No le dimos opciones al chico.

Reed sonrió, dándole una mirada acongojada a la mujer que le había dado el regalo más hermoso, sabía que un “*simple perdón o un lo siento*” no bastaba lo que había dicho y hecho de ella, en esos tres años pudo haber intuido, averiguado, pero solo se dejó llevar por las injurias de una mujer obsesionada en tener una relación enfermiza, también se culpó por odiar a Nolan, cuando él fue el único que le dio su apoyo, le dio un hogar, le dio lo que un padre daría por un hijo, pero estuvo ciego de celos, enfermo ante la pérdida, quería culpar a alguien

más por sus acciones, cuando el culpable era el mismo por no luchar por quien amaba —Estás viva, tengo a un hijo maravilloso y me gustaría darte una buena a ti y a Nolan por ello —no pudo contener las lágrimas de felicidad y no le daba vergüenza por ello, había encontrado lo que le faltaba a su vida, el cariño de su hijo, pero aún le faltaba algo por recuperar, el amor perdido de Naval.

*Su Naval.*

—Nosotros no vamos —dijo Eric levantándose y caminando hacia la entrada, tenía que darles su tiempo, un momento para que pudieran hablar y sobre todo aclarar viejos reproches, aclarar muchas cosas con respecto al pasado, para luego poder resolver el problema más grande, el escape de Svyatoslav, podía descubrir la verdad y no pararían hasta poder obtener su venganza. Y con Xavier solo complicaría más las cosas.

—No deseas quedarte a desayunar o comer algo —preguntó Naval, viéndole caminar hacia la puerta.

Eric solo sonrió —No cariño. Tengo que regresar ahora mismo. Iré a New York, así que estaré pendiente de cualquier inconveniente, pero siempre tengan cuidado aquí.

—Yo te llevó Eric. Tengo que ir a ver a Clare, se quedó muy preocupada con Reed en estado eufórico —sonrió y acarició su mandíbula golpeada —Nos vemos tío, Naval cuídate. Nos vemos Reed. Cuida a mamá, Sami.

—Ve con cuidado Dylan, suerte con tu viaje Eric.

—Gracias Nolan. —ambos salieron de la puerta, yendo hacia el auto.

Pero Dylan dudó unos momentos, abrió la puerta de su auto —Crees que es buena idea dejarlos solos, el pobre de mi tío no tendrá abasto por si esos dos comienzan a discutir.

Eric estuvo a punto de subir, pero se detuvo y le lanzó una mirada llena de desconcierto —¡Dylan! En serio creíste la discusión de esos dos. ¡Por favor! Reed quería estrecharla entre sus brazos y subir de inmediato a una habitación y Naval. Ella estaba más que dispuesta a hacerlo. Esos no se odian, solo que son demasiado testarudos para admitir errores, y admitir que se aman.

—Bueno. —respondió encogiéndose de hombros —Yo te advertí —ambos subieron para poder marcharse del lugar.

Naval se soltó del abrazo de su padre, quería a su hijo entre sus brazos, sentir el confort y la seguridad de tenerlo junto a ella —Creo que me llevaré a Sami —

Naval dio dos pasos al frente pero Reed apretó a su hijo contra su pecho, la mirada que le dio a Naval estaba llena de desesperación, temiendo a que fuese a huir.

—Creo que es mi momento, me he perdido dos años de su vida, no sé cómo ha crecido, lo que le gusta, lo que no, quiero tenerlo Naval. Quiero pasar tiempo con él.

—No es tan diferente a ti, sabes. Tiene ese gusto asqueroso de comer papas fritas con pan y mayonesa.

—No lo dejaré. No me iré. —le dijo con cierto desdén.

—¡Reed! —dijo entre dientes.

—Yo no tuve opción. Tú sí —trató de no gritar, estaba enojado no podía negarlo, enojado de que algo así se le ocultara por tres años —Vamos a la cocina, campeón.

—Sí —canturreó el pequeño.

Nolan llevó una de sus manos hacia la boca, no quería reír de ver a esos dos discutiendo cosas sin importancia, cuando en verdad ambos querían estar en brazos del otro —Espero que no te estés riendo, papá —espetó Naval, no quería volverse y confirmar sus sospechas.

—No, para nada. —negó con la mano libre, tragándose sus risas.

—Hay Dios. Tendré tres niños que cuidar, Reed no es tan diferente a ti sabes.

—¿Eso es un cumplido?

—Lamentablemente, sí —sonrió Naval, volviéndose y abrazando a su padre.

—Mi pequeña luchadora. Siempre supe que sacarías mi temperamento —ambos se encaminaron hacia la cocina.

—Me sorprende que Sami no sea igual de cabezota que yo —sonrió burlona.

—Ese niño ya tiene su dosis doble de testarudez.

# Capítulo 15

## LUCES

Elevó el rostro hacia el cielo dejando que la frescura del atardecer y los copos de nieve cayeran sobre ella, un soplo de aire inundó su cuerpo estremeciéndola ante el frío pero continuó allí, mirando el ocaso. Las luces del puente se encendieron poco a poco, el día había pasado tan rápido que no se había percatado del tiempo, todo parecía igual con la única diferencia que Reed se encontraba en la casa acostando a su hijo, teniendo un tiempo, pidiendo un espacio para él en esa vida nueva, vida a la cual Naval había construido de manera egoísta, un mundo nuevo donde ella si pertenecía.

Reed ya estaba a su lado, un deseo que se cumplió, pero no de la manera correcta, se había quedado por obligación, la responsabilidad de cuidar y velar por la seguridad de su hijo, velar por lo único bueno que había salido de esa relación tres años atrás.

Apretó su agarre sobre su cuerpo, tragó saliva y cerró los ojos dejando salir una solitaria lágrima rodar por su mejilla, cuánto no había deseado ese momento, cuánto no había deseado que Reed velara y amara a ese pequeño, pero jamás pensó que le reprocharía tantas cosas, tantos errores, tachándola de mentirosa y lanzándole esa mirada llena de odio, de repulsión, acusándola de serle infiel, de traicionarlo y tener un amante, acusándola de cosas que ella misma desconocía.

Lo había engañado de una manera cruel, sí, lo aceptaba, le había arrebatado dos años de la vida de su hijo, y casi nueve meses de la evolución de ese embarazo y Reed la odiaba por ello, sabía en lo más profundo la odiaba por haberle negado la felicidad y negado ser parte de una familia, causando un gran hueco en lo que sería una relación futura, separándolos y distanciándolos más y más.

Su padre tenía razón, Reed no tuvo opción alguna, simplemente le engaño, se alejó, lo abandonó y le hizo creer que ese bebé había muerto cuando la verdad era otra, le había arrebatado la ilusión de poder seguir adelante, arrebatándole el corazón y sus ganas de una vida en el futuro, cuando ella al perder al hombre que amaba había ganado a un padre, un hijo, una vida llena de libertad, pero a él lo despojo de una vida llena de felicidad.



Reed no lo veía de esa manera, en los últimos tres años solo fue envenenándose, odiándola, negándose a ver la verdad, achacándole amantes y relaciones fugaces cuando nunca se permitió engañarlo de esa vil manera, incluyendo en esos tres años, ella le había sido fiel, fiel a ese amor que por algún motivo seguía teniendo.

Cómo podría olvidarle, cómo no recordar ese amor, esa pasión, si al recordar cada instante que vivió con él en el pasado, daba paso a una escena en particular, una de las primeras, cuando lo conoció, el momento en que Reed se enfrentó a Nicolay ese viernes en la noche hace tres años, vio en él un hombre decidido a proteger a quien amaba, vio un hombre sin miedo a una consecuencia y por ello Naval lo amo, por ser el único que podía enfrentarse a Nicolay, el único que podía decir no y seguir, el único que pudo domarla y amarla, el único que pudo ver en lo profundo de una Naval rota y sin ánimos de vivir, dándole la esperanza de seguir y la confianza en sí misma, algo que perdió hace tantos años atrás.

Le dolía que él dudara, había permitido que las habladurías, que los comentarios de terceros influyeran en una relación que pudo dar buenos frutos en un futuro, separados por mentiras, intrigas y el miedo.

Dando un suspiro intentó borrar cada escena remota, no sabía por qué no lograba simplemente dejar enterrado ese pasado y vivir su presente, siempre imágenes de lo que fue su vida en la Residencia venían a atormentarla por las noches. La imagen de una Naval descontrolada, la chica esquizofrénica, la chica sin miedo a morir, la chica decepcionada de esa vida siempre venía a su mente, obligándola a apenarse y martirizarse por las malas decisiones que una vez tomo.

Pero había un lado bueno en esa historia, si no hubiese vivido de esa manera, jamás habría conocido a Reed, no tendría a Samuel, no sabría la verdad sobre su familia, la verdad sobre su padre, y esa era la gran diferencia, hubo actos que cometió por simple vanidad y egoísmo, pero el único acto desinteresado fue darle la libertad a sus amigos, darle una familia a Nolan y continuar en el anonimato por el bien de su pequeño hijo.

Podía arrepentirse de muchas cosas, pero de lo que jamás podría arrepentirse era de haber amado a Reed Fletcher con toda sus fuerzas, de haberse entregado a él sin miedo, de amarlo hasta el punto de sangrar, lástima que Reed Fletcher no viera ese punto, simplemente se dejó llevar por la ira y la cólera, y esa mirada al tenerlo frente a frente esa mañana jamás la olvidaría, nunca podría.

Cerró los ojos al sentir una chaqueta pesada sobre sus hombros abrigándola de ese frío adormecedor, viendo de soslayo notó a Reed de pie junto a ella con

las manos en los bolsillos de su pantalón y una chaqueta que intuía era de su padre, por un momento, ambos se quedaron en silencio contemplando el atardecer lentamente convertido en noche y como las luces del puente iluminaban el panorama haciéndolo incluso más hermoso que de costumbre.

—Es una vista muy hermosa —suspiró Reed, intentando tener una conversación, intentando ser suave y romper ese silencio estremecedor.

—Siempre fue una vista hermosa. —respondió sin verle.

—¿Siempre ves este panorama? —le preguntó, de igual manera viendo el horizonte.

—Sí. No hubo una sola mañana y una sola noche que no haya contemplado esta vista. Es simplemente perfecta.

—¿Y qué ves en ella?

—Veo la libertad. Veo la felicidad, veo un corazón roto y ganas de seguir, pero todo ello a un precio alto.

Reed apretó la mandíbula, sabía muy bien a que se refería, el sentía algo parecido cuando veía por la ventana de su habitación, y al ver ese puente con luces y copos de nieve cayendo entre ellos, supo que estaba equivocado. La amaba, Naval fue la única mujer que pudo llegar a su corazón, a su alma, fue la única que había amado a un Reed verdadero, mostrándole al chico asustado y preocupado, al chico rebelde, celoso y nervioso por perderla, al chico protector, al Reed que podía amar, Naval lo había encontrado cuando estuvo perdido en lo profundo de sus sentimientos, en los profundo de un Reed oscuro y sin remordimiento, y no deseaba perder esa parte de su esencia, esa parte que por fin le dio un poco de paz. —¿Cuál fue el precio? —tragó saliva, no quería verla, aún no, ya que podía descargar toda la ira contenida sobre ella en tan menos 24 horas de haberla visto.

Naval no quería volverse, no quería que viera sus lágrimas surcar sus mejillas, no quería verlo porque sabía que caería en sus brazos pidiendo que la amara, que no la dejara, que tuvo que hacerlo, que tuvo que irse, que lo amaba demasiado para perderlo y que era una tozuda al no decírselo, así que simplemente miró hacia adelante —El precio. El precio fue olvidarte, obligarme a dejarte atrás. Convertirme en un fantasma. Convertirme en un pasado y verte seguir adelante. Tener un corazón roto y ver un futuro sin poder amarte, sin poder tocarte, sin poder saber lo que realmente sentías —preguntó ella entonces —¿Cuál fue tu precio, Reed?

—Mi precio fue mucho más elevado al tuyo. Nada comparado. Nada comparado —repitió —Fue verte morir y ver tu cuerpo en un ataúd bajar a tierra y ser parte del pasado de los demás, pero jamás ser parte de mi olvido. Por más que intentaba sacarte de mi mente, por más que intentaba seguir adelante con una relación, solo hice de esa una dependencia enfermiza y sin amor. Jamás pude darle lo que ella anhelaba, no podía amarla, ya que jamás llegaba a tu altura, nadie podía llegar a tu altura, siempre que intentaba amar, venía tu rostro a mi mente, martirizándome, pidiéndome, suplicándome que no te dejara en el olvido como todos los demás. No podía quitar de mi mente tu sonrisa, tu mera manera de ser obstinada, de ser terca, de pretender ser dura cuando no lo eras, intentar no olvidar la mera forma de tu cuerpo, el sabor de tus labios.. Mi precio fue tenerte entre mis recuerdos opacando mi presente y mi futuro. Fue amarte y no poder arrancarte de mi corazón por el simple hecho que te fuiste y jamás me diste la oportunidad de decirte que te amaba. —sin poder aguantar más, se volvió con brusquedad hacia ella tomándola de los brazos y obligándole a volverse hacia él, enfrentándole —Mi precio fue tenerte entre mis brazos para luego sufrir la pérdida, tu ausencia, el dolor, el vacío. ¿Por qué? ¿Por qué me dejaste? —rugió pidiendo una explicación válida —Pudiste decirme. Pudimos salir juntos de ese mundo. Por qué tuviste que pasar por todo tú sola. Cuando yo pude estar a tu lado. Pasar sola por el embarazo, tu enfermedad, el nacimiento de Sami. Me hubieses dicho y nos hubiésemos evitado el dolor. Yo no te habría abandonado de esa manera, no hubiese permitido que Xavier se acercara a ti y a nuestro hijo. Debiste decirme que Nolan era tu padre y no habría creído que eran amantes. Primero muerto antes de dejar que les hiciera daño. Primero muerto antes que les haga daño. Me dejaste lastimarte sin motivo, sin un real motivo.

—No. Reed. Por favor, no lo hagas, no. —bajó la mirada intentando controlarse.

—¡Mírame! ¡Mírame, Naval! ¿Hacer qué? Preguntarte es lo mejor. Fueron tres años sin saber por qué tuviste que tomar dos decisiones que cambiaron nuestro futuro y me dejaste afuera como si no valiese nada para ti. Como si fuese solo un trapo usado. Me hiciste sentir como si yo fuese solo un tipo más en tu camino, mientras que yo te di el corazón entero. Hay veces que simplemente —escupió —Te odio por ello. Te odie por ello.

—¿Por qué? Sabes la respuesta, tú jamás dejarías ese trabajo. Por eso entraste a mi vida, porque buscabas un ascenso en el FBI, tu trabajo era lo primero. Buscabas atrapar a los Kapot y lo lograste. Fue porque no quería que Xavier te matara, porque tenía miedo de perderte, quería que fueses libre.

Amanda, ella me dijo que ustedes eran prometidos. Y después de todo fui una cobarde al no pelear por ti, tenía miedo, viví con miedo toda mi vida, enterarme que el hombre que creía que era mi padre no lo era, y encontrar a un hombre que decía serlo. Viví en un caos. Entendí porque Nicolay no me quería, porque siempre me trataba de esa manera tan fría. Y tú, y luego viviste tú, amándome y odiándome al mismo tiempo y luego dijiste que yo era una mera aventura. ¿Cómo puedes creerle a alguien cuando toda tu vida han sido puras mentiras. Cómo elegirte cuando tú mismo negaste que me amabas, qué me usaste. ¿Cómo?.

—Diste tu vida por mí. Te interpusiste entre una bala y mi cráneo. Cómo no amarte si diste tu vida por mí. Lo que le dije a Nolan era por celos. Unos celos enervantes que no me dejaban tranquilo. De tan solo pensar que podía ver otro, de tan solo pensar que Nolan te quería, hacía qué todo se volviera oscuro. Sin ti mi mundo se volvió tétrico y lúgubre. Sin ti. No tuve vida. Al diablo el trabajo, dejaría todo, todo por ti. Por Sami.

—Di la vida, sí, y no quería volver a hacerlo. No quiero que mueras, Reed. Por eso me fui, para no tener que pasar por ese proceso de humillación en tribunales y juicios, por no ver tu nombre ligado a una chica sin remedio, me fui porque no quería verte con Amanda. Me fui porque no podía soportar verte allí y luego un día enterarme que habías muerto. Necesitaba sacarte de mi vida. De mi corazón.

—¡Dios mío, Naval! Casi cometo el peor error de mi vida. Y ese era casarme con una mujer que no amaba. Mientras tú me martirizabas. No sé si podré perdonarte algún día por todo lo que hiciste.

—¿Y yo? Cómo crees que me sentí cuando me dijeron que el mismo día en que dije perder a mí bebé te fuiste con una mujer. Yo ni siquiera estaba consiente. Estaba casi muerta y tú te rendiste. ¡Me dejaste!. ¡Me dejaste!. Estamos a mano Reed y creo que no pues juzgarme. No te atrevas a hacerlo.

—Los dos cometimos el mismo error. Pero no es tarde. Nunca es tarde, Naval.

—¿Qué quieres Reed? ¿Qué quieres ahora? —le preguntó con centellantes lágrimas.

—Quiero recuperar el tiempo perdido. Quiero tener a mi hijo. Quiero tener. —pero se detuvo, debía primero aclarar sus ideas, ver la forma correcta de decirlo, pero no podía aguantar más, habían sido tres largos años sin ella y no cometería el mismo error —Quiero tenerte, quiero a mi familia. Te quiero en mi

vida. Y no pienso dejarte, esta vez no voy a dejarte. No lo haré.

Entonces Naval por fin lloró, Reed al verla en ese estado la estrechó con fuerza entre sus brazos, no quería dejarla ir, sentía como si fuese un espejismo, sentía como si fuese un sueño que se evaporaría en un abrir y cerrar de ojos — Perdóname, perdóname cariño mío. Sé que no fui el mejor, sé que no te merezco, fui un idiota. Pero quiero tu perdón.

—Creo que el perdón está sobrevaluado ahora. No soy una blanca paloma. También te engañe. Y por alguna idea estúpida, quizás de alguna manera utilice a Sami para vengarme de ti en el momento en que no supieras de su existencia. Soy una egoísta de lo peor.

—No. No lo eres. Solo eres una mujer con debilidades y virtudes. Eres la mujer que me ha estado torturando en sueños. Eres una perfecta madre y has sacrificado mucho por él. Eres mí Naval. Nunca dejaste de ser mía.

Ella negó con la cabeza, no, no podía permitirle entrar de nuevo a su corazón, tenía miedo. Miedo de dejarlo entrar y salir lastimada como en el pasado.

—Ya basta de tener el papel de víctima. No más, deja todo atrás. Ambos estamos dolidos, ambos estamos rotos por las circunstancias que nos presentó la vida, pero estamos aquí, vivos, juntos. Tenemos la oportunidad de seguir con lo que empezamos pero de una mejor manera. Tenemos un hijo, un hermoso hijo. Eso es más que suficiente.

—Amarte es tan duro. —anunció con ojos pesarosos.

—¿Estás diciendo que me amas? —su rostro dibujo una sonrisa sarcástica, levantando una ceja —Sabes que por ti y por mi hijo soy capaz de cualquier cosa —le aclaró Reed —Así que no más secretos, no más mentiras. Me quedaré aquí velando por ustedes.

—¿Y tú trabajo?. —preguntó ella, se soltó de su agarre y le vio al rostro.

—¿Crees que me importa?. Es hora de pedir mi baja o algo. Buscar otro trabajo que no implique jornadas largas sin ver a mi hijo y descuidarte. Quiero ser un padre para él y estando en Boston y en el FBI no me permitirá verlos. Y Svyatoslav y Xavier juntos. Es un riesgo que no pienso tomar. No permitiré que se acerquen a nuestro hijo. Mataré a quien sea para que ustedes estén a salvo. Quiero tenerte Naval, quiero tenerte. Pero esta vez me asegurare que sea para siempre.

—Lo prometes.

—Lo juro.

—No piensas irte entonces.

—No. No iré a ningún lado sin ustedes —pegó su frente con la de ella, cerró los ojos y aspiró su aroma, ese aroma que no había cambiado.

—Te prepararé mi habitación. Dormiré con Sami. Creo que es lo mejor por ahora.

—Claro preciosa, claro —se irguió dejando a Naval libre de su prisión humana —Vamos dentro, ya está comenzando a helar mucho más ahora —extendió su mano, esperando a que ella la tomara, Naval vaciló por un momento, tomó su mano y ambos caminaron juntos al interior de la casa, pero Naval se detuvo.

—Reed, es muy pronto. Necesito tiempo, necesito espacio. Quiero. Quiero.

—Esperaré. Esperaré lo que sea con tal de no perderte.

Cuando entraron a la casa, Nolan estaba en la cocina preparando un lunch para ellos, además de haber sacado un vino.

—Veré a Sam. Ahora regresó —dijo Naval soltándose y yendo escaleras arriba.

Reed supo que ella temía a que la lastimara como había hecho en el pasado, sí, la había lastimado de una manera cruel, en una manera muy vil al gritar a mil y un vientos que la había utilizado, la había repudiado y dejado en el hospital sin que le diera una explicación válida a sus actos, actos que Reed se había regocijado en decirle, la había dejado por otras y por Amanda, dejando de lado que una bala se había interpuesto entre su cuerpo y su vida, pero él pensaba que estaba muerta, pero aun así, la dejó sola en un momento caótico, había perdido a su padre y como podría lidiar al saber que había perdido también a un hijo.

Reed la siguió con la mirada, era mucho más hermosa de lo que él recordaba, y su corazón martilleo en su pecho nuevamente, había encontrado la muerte con ella, pero al verla a su lado su corazón volvió a latir a la vida como aquella primera vez que la vio.

—Espero que hayan aclarado algo allá afuera —dijo Nolan, destapando una botella de vino.

Reed volvió el rostro y caminó hacia él, Nolan se había convertido en padre

y abuelo, le vio bien entonces, estaba envejecido, tenía canas y barba blanca, sus ojos estaban cansados pero tenían motas de felicidad en ellos, no había nada del viejo Nolan que conoció hace años atrás, aunque podía ver en la profundidad de sus escrutables ojos pardos aún el dolor por la pérdida de aquella mujer que amo en vida y en muerte —¿Por qué jamás me dijiste que Naval era tu hija? —le preguntó de la nada —Me dijiste, sí, qué tenías una hija, pero jamás pensé que era ella. Yo creí. —pero calló, no quería recordar los viejos reproches.

Nolan cerró los ojos por un momento —Nicolay me la arrebató. Hizo lo imposible para que ella no supiera y a mí solo me dio un ultimátum, la verdad o su muerte.

—Hiciste que pensara lo peor. —se aferró a sus palabras —Hiciste que te odiara todos estos años —comentó irónico.

—No podía gritarlo a los veinte mil vientos. Su vida corría peligro. Así como su madre murió, temía por ella. Dayanne murió con mi hijo no nato. ¿Cómo crees que te hace sentir eso?

—Ni me lo digas —declaró distante, conocía muy bien la sensación, como también conocía la historia gracias a Dylan —¿Cómo fue el embarazo de Naval? ¿Cómo fueron los primeros días de vida de mi hijo?

—Vaya pregunta. —sonrió, entregándole a Reed una copa y llevándose la propia a los labios, respondió —Ella al comienzo la paso un poco mal, su enfermedad tenía que ser tratada, pero temía perder al bebé, se aferró a su bebé de una manera tan inexplicable, era como si lo hubiese esperado por tanto tiempo y temía perderlo como todo lo demás. Así que uno de los doctores recomendó que podía tomar una medicación en dosis menos agresivas que las usadas en casos como ese. Pudieron controlar la enfermedad y pudieron salvar la vida de ambos.

Reed apretó la mandíbula, él también quiso un bebé, de alguna manera la verla supo que ella sería su todo, que ese niño era planeado en el fondo desde el primer día que estuvieron juntos —¿Fue parto natural?

—Cesárea de emergencia. Sami nació el 17 de mayo. Vaya día y vaya regalo que te dio. Lo dio justo en el hospital de Portland. Entró en labor en el preciso momento en que hablaba contigo. El verte allí postrado en una cama, la efecto de una manera.

Reed sonrió como tonto, embobado por aquella noticia —Vaya. —recordaba bien ese sueño, un sueño que anhelo que fuese real por tanto tiempo.

—Es lo más importante para Naval.

—Y para mí también. Nadie me alejará de ese niño.

—Lo sé. Eres parecido a mí, Reed, por eso te di ese caso, pero luego las cosas no salieron como esperábamos. Quizás vi en ti mi parte joven, aquel joven que se enamoró locamente de una mujercita excesivamente dulce, tierna y sobre todo despreciada por los demás.

—¿Por qué mintieron?

—Porque en ti vi mi historia, una historia que terminó mal al paso de los años.

—Tú tienes tu final feliz ahora. Por qué arrebatarme también el mío —al hablarle, lanzó sobre él una mirada de reproche.

—Crees que mi final feliz es vivir sin Dayanne, sin ver crecer a ese hijo que tendría uno o dos años menos que mi hija. ¿Cómo te sentirías sin Naval?

—Lo sentí, Nolan. —gesticuló con ardor en sus palabras, había vivido un infierno al no tenerla más —Viví tres años sin ella, pensando que estaba muerta. Qué mi hijo estaba muerto. Pero aun así jamás deje de amarla. Jamás deje de amar a ese pequeño.

—Nicolay había dejado pruebas contra toda la familia, siendo Naval la única testigo. Tendría que ir a juicios, dar testimonios. Ella simplemente no lo resistiría, no con Sami creciendo en su interior.

—Así que fingieron su muerte y le dieron las pruebas a Dylan. Esta historia es muy diferente a la tuya.

—Exacto. Pero la historia es parecida. La vi llorar y pretender ser fuerte al saber que tú jamás la amaste. Intenté convencerla que siguiera con su vida en estos tres años pero se negó. ¿Sabes por qué?. Porque pensaba que vendrías a buscarla y decirle la verdad. pero en cambio solo viniste gritaste y la juzgaste.

Se llevó una mano hacia la nuca, estaba confundido y sobre todo arrepentido —¿Naval dejó de beber ya?. —cambió de tema, cómo admitir que era un asno, un estúpido.

—Desde que supo que estaba embarazada no tomó ni una copa. Solo toma una copa de vez en cuando, soy yo quien le ofrezco. Pero ha optado por comer golosinas. Chocolate.

Reed llevó la copa hacia sus labios bebiendo el contenido de un solo sorbo,



el silencio se acentuaba con el anochecer en ese barrio tranquilo —Quiero que mi hijo lleve mi apellido. —dijo de la nada.

—Eso creo que debes decirle a Naval. Tiene tu nombre, Samuel Nicolás Anderson.

—Eso no basta. No puedo cambiarme el nombre, no puedo mancillar el recuerdo de mi padre siendo un héroe de guerra.

—Entiendo eso Reed. Sé cómo debes sentirte. Pero todavía no es momento de dar a relucir que tiene un hijo de dos años. Es riesgoso.

—Quiero casarme con ella, Nolan. Quiero que sea mi esposa. No intentes decirme que lo estropeé con Amanda, pero era diferente. Quiero a Naval en mi vida permanentemente, a ella la quiero para siempre. No habrá margen de error esta vez.

—Eso está bien. —sonrió ante los apasionada petición.

—Parece que no estuvieras de acuerdo.

—Lo estoy, tenlo por seguro. —se puso de pie y fue hacia una repisa sacando unas frituras —¿Volverás a Boston? —preguntó Nolan de repente.

—Por el momento estoy de. —pensó decir que había faltado al trabajo por caer desmayado pero optó por no dar detalles —Vacaciones.

—Pediste permiso por boda ¿Supongo?

—Sí. —dijo sin emoción alguna.

—Sigues en campo.

—Creo que sabes perfectamente que no, Nolan. Estoy en escritorio, después de —su mirada titubeó —Después de los eventos hace tres años y luego la explosión y el disparo de hace dos años y seis meses supuse que no quería más acción en mi vida, así que opté por un trabajo más tranquilo, detrás de un escritorio.

—Igual que yo a tu edad.

—Sí. Igual que tú y antes me arrepentí de esa idea, pero —bajó la cabeza, imaginando a su hijo en brazos como hace horas atrás —Pero con Sam a mi lado, veo que es la mejor opción. No quiero riesgo, adrenalina y peligro con él en mi vida. Quiero estar al 100% ser un padre al 100%

—Es una muy buena idea. Tener algo de tranquilidad y mantener la vida en

el hogar igual de tranquila. Aunque créeme. Habrá un momento en que extrañarás balas, sangre y lo demás.

—Puedo renunciar a todo, pedir mi retiro, pedir mi baja. Lo que sea con tal de no ponerla en peligro.

—Reed. No me estoy negando a nada. No quiero que Naval se quede sola, y sé que teniéndote a ti, ella estará a salvo, lo supe hace desde hace 21 años, eras perfecto para velar por ella cuando yo no estuviera. —Se detuvo detrás de Reed, palmeando su espalda —Mi corazón puede resistir tres o más de estos —señaló hacia la fotografía de su nieto que había pegada al refrigerador con un imán — Pero debes domar nuevamente a la fiera. Conquistala de nuevo. Amala, sedúcela y enamórense nuevamente, tienen un futuro. Un bello futuro por delante. Juntos. Y sería realmente estúpido estropearlo una vez más.

Reed dejó escapar una estentórea carcajada, Nolan aceptaba todo, y eso incluía nueva familia en el proceso —Esperemos a Sami le guste la idea de nuevos hermanitos.

—Lo hará —desapareció del vestíbulo dejándolo por un momento solo.

Reed chasqueó la lengua, y vio el techo, volvió el rostro hacia el vestíbulo, Naval se estaba demorando mucho, así que subió las escaleras y vio la luz encendida de una de las habitaciones del pasillo, se acercó y la vio sacar del closet sábanas limpias, almohadas extra y cobertores. Siguió su movimiento con los brazos cruzados sobre su pecho, recostado sobre el umbral de la puerta viéndola a detalle sacar su ropa de una de las gavetas, sus labios se curvaron en una sonrisa y con un aire de total despreocupación siguió admirándola, cuando ella se volvió, soltó su ropa al verlo de pie en silencio y estudiándola a detalle — ¡Reed! —se agachó recogiendo sus cosas, a lo que él se acercó a ayudarle.

—Lo siento. No pretendía asustarte.

—Podrás quedarte en mi habitación, te hice un espacio en mi cómoda para que puedas así guardar tu ropa.

—Gracias —le dijo sin dejar de mirarla, sin dejar de mirar esas curvas más pronunciadas, había subido de peso pero eso le sentaba mucho mejor, de maravilla para decir verdad, le hubiese encantado ver el cuerpo de Naval cambiando poco a poco por el embarazo, le hubiese gustado estar allí, tomar a su hijo en brazos y besar la frente de Naval, pero no, nunca pudo hacer eso. — ¿Dónde dormirás tú? —le preguntó entonces.

—En la habitación de Sami. —contestó, lanzándole un escrutinio para nada

discreto —No trajiste ropa.

—Mi bolso está en casa de Dylan. Nunca pensé quedarme en casa de mi mujer, que estaba significativamente muerta, así que le pediré que me lo traiga mañana.

Rodó los ojos, Reed era el rey de los sarcasmos y la ironía —Entonces le diré a papá que te preste una de sus pijamas —caminó hacia la salida, pero Reed le tomó del brazo, impidiendo que lo deje.

—Sabes a perfección que me gusta dormir desnudo —la vio cambiar de colores —Y también acompañado.

—Lástima que no puedes hacer las dos cosas aquí, con Sami, necesitas estar vestido por algún inconveniente o que quiera dormir contigo y sobre la compañía, mi pequeño no necesita verte en acción, Reed. Debes aprender a respetar y darle ejemplo a mi hijo.

—También es mío, que no se te olvide. Además me he dado cuenta que lo tienes muy mimado. Necesita hermanos. —exclamó Reed.

Naval apretó la mandíbula y cerró los ojos, quería matarlo por ser tan oportuno —Por favor, no hablemos de esos temas.

—Sabes. Sigues encendiéndome de una manera brutal.

—Reed, por favor. —cerró los ojos, no quería escucharle, no quería caer en su juego de seducción.

—Te quitaste los tatuajes —afirmó, levantando una mano y acariciando su cuello libre de tinta.

—Sí. —dio un suspiro —No quería que Sami me viera así, además esa era Naval Kapot. Ella tenía a unos tíos malditos y un padre que no la quería, en cambio yo soy Parker Anderson, tengo un padre que me ama y un hijo maravilloso, no tenía necesidad de dejar esas marcas en mi piel cuando jamás fui parte de ese mundo por más que Nicolay intentaba que me adentre a su mundo corrupto.

—Se te ve mejor sin nada de tinta. Recuerdo muy bien nuestra primera noche juntos —Reed sonrió como bobo al recordarla —Saliste de la ducha, yo estaba necesitado de ti, entonces simplemente te tomé, sentí tus uñas clavarse en mi piel, tus piernas pidiéndome que vaya más dentro de ti. Esa esa sensación. Esa dulce sensación que jamás olvidaré al estar dentro de ti.

—No hables más Reed. —quiso irse, pero Reed asió su muñeca con fuerza evitando que lo golpee y lo aparte, con la otra mano se aferró a su cintura arrastrándola hasta su cuerpo duro y musculosos, haciéndola estremecer involuntariamente, mientras que la excitación del momento hizo endurecer el cuerpo de Reed.

—¡Suéltame! —replicó con una mirada desafiante.

—No creo que eso suceda —antes de que Naval pueda reaccionar, Reed se apoderó de sus labios con voracidad, su boca se cernió sobre la de ella, provocándole un nudo en la garganta y haciéndola olvidar lo que debía hacer en caso de peligro, con un baile erótico, él saboreó cada rincón de esa celestial boca hasta escuchar un susurro ronco por parte de ella, aún lo deseaba, aún lo tenía presente, cómo había extrañado su sabor.

Sin poder evitarlo, Naval acarició los hombros de Reed, rozándolo, tratando de estar más cerca de él, mientras seguía explorándole la boca de manera evocadora, tomando y dando hasta que no pudo más, Reed sonrió sobre su boca y se dio cuenta de la diferencia abismal de estatura, cuando la conoció siempre utilizó tacones altos y esta vez era menuda, le encantaba esa diferencia, le rodeó los glúteos con manos firmes y la levantó contra él, acercándola más, necesitaban estar a la misma altura —¿De qué te ríes? —le dijo ella dejando de besarlo y viéndole a los ojos, aquellos ojos que no pudo olvidar.

—Nunca pensé que fueras tan menuda. Pero es mucho mejor ahora —se lanzó una vez más sobre su boca, besándola con una ferocidad, cerró la puerta con el pie y apoyó el cuerpo de Naval contra la puerta sin dejar de besarla, ella le rodeó la cadera con las piernas, aferrándose a su amante de manera primitiva y sensual.

Bajó de la boca hasta el cuello, saboreando el dulce néctar de su aroma, de su piel, saboreando cada parte de su cuerpo, Naval necesitaba que le hiciera el amor lentamente por una última vez, de manera de despedida —“*No hay nada malo en hacer esto Naval*” —se dijo a sí misma —“*Un poco de placer no te caería mal*” —se repitió, hasta que la voz ronca de Reed reclamó su cuerpo, obligándola despertar del trance y la locura que estuvo a punto de cometer.

—Te deseo. Te deseo tanto como a ninguna otra mujer he deseado en mi vida. Quiero tenerte. Que seas nuevamente mía. Eres mía —susurró ante su oído mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Abrió los ojos como platos, confundida y con pánico —¡No!. Espera, Reed. Por favor, espera. ¡Suéltame! —lo empujó tan fuerte que trastabilló soltándola

con brusquedad.

—¡Demonios! ¿Naval que sucede? —estaba extrañado por el repentino cambio.

—No puedo. Lo siento, no puedo —lo volvió a empujar, temblorosa, temía salir lastimada, algo que era inevitable en el mundo de Reed Fletcher.

—¿Qué no puedes?. Besarme, verme o simplemente no puedes aguantar que te toque —su rostro se volvió rojo de la ira.

—No quiero. Tengo miedo. Tengo miedo —lo empujó.

Reed no la dejaría ir, así que cerró la puerta con una sola mano, enjaulándola entre su cuerpo y la puerta —¿Acaso hay alguien más? Por eso no puedes besarme. Por eso no puedes hacer el amor conmigo. No te dejaré Naval, no permitiré que alguien me robe tu cariño, no cometeré una vez más el mismo error.

—Reed, por favor. —bajo la cabeza.

—No —la interrumpió él en tono seco —Dime. Hubo otro. Quiero que me digas.

—Solo hubo un solo hombre para mí en estos tres años. Y lo sabes perfectamente. Un desgraciado, malnacido que buscaba un ascenso de trabajo. —lo empujó con brusquedad, mientras que sus brillantes lágrimas cayeron delante de él, abrió la puerta y salió de la habitación.

Reed estaba tan ofuscado que se sentó en la cama, inclinó su cabeza y la apoyo entre sus manos, todo sería muy difícil, la necesitaba, amaba a su hijo, amaba a la madre de su hijo, no le costó admitirlo, pero era la verdad, en esos tres años no pudo olvidarla, la amaba y sobre todo la necesitaba y no podía esperar más.

# Capítulo 16

## REDADA

### WYOMING

La ciudad de Wyoming a esa hora estaba repleta, el bullicio era enervante para Xavier, pero era mejor estar entre tanta gente, el bar era concurrido y más con ese partido de fútbol americano en pantalla, él nunca fue un aficionado a ese tipo de deporte, en su mayoría jamás entendía el objetivo del juego o cómo es que anotaban cada vez que corrían y caían al suelo con volteretas letales para el cuello, por otro lado la música elevada y mujeres hermosas caminaban de un lado a otro, pero para él nada tenía importancia, nada más que ella.

—¿Desea otra copa? —le ofreció el barman detrás del mostrador.

—Sí. Otro whisky doble. —pidió sin mirarlo a los ojos. Siguió los movimientos del hombre de soslayo, tomó su copa llena entre sus dedos y la aproximó hacia sus labios bebiendo el contenido de un solo sorbo, le encantaba los tragos fuertes, pero esa vez ese Whisky no tenía la sensación reconfortarle de ardor en su garganta, era simplemente sinsabor, posiblemente de muy mala calidad, pero muy necesario para calmar su ansiedad.

Y cómo no sentirse así después de recibir esa llamada confirmando la ubicación de esa maldita perra que había arruinado su vida y obligándolo a vivir en el anonimato, por un instante no creyó a aquella voz lo que decía, lo que intentaba explicar, pero el recibir esas fotografías en su móvil hizo que su búsqueda finalizara. Deslizó su teléfono y vio las fotos una vez más, era ella, sí, era ella, había hecho crecer su cabello y el cerquillo, a lo lejos no podría diferenciarla, pero era ella, se había quitado la tinta de su piel, su cuerpo tenía curvas más pronunciadas debido al embarazo, apretó la mandíbula de tan solo pensar cómo es que había concebido a ese niño, pero lo peor de todo era que a su lado estaba él, *Reed Fletcher* con ese niño en brazos.

*Cómo odiaba sentirse así, amar y no ser correspondido.*

Él la amaba, sí, la amaba con tanta fuerza que hubiese cambiado por ella,

hubiese dado lo que fuera por ella, con tal de tenerla en su cama solo y exclusivamente para él, hasta habría matado a Svyatoslav y Boris con tal de asegurar su vida, no le hubiese golpeado o reprochado si hubiese quedado embarazada de su bebé, sí tan solo hubiese sido *su bebé* y no el de Fletcher.

Xavier se llevó una cansada mano hacia su cabeza rapada, estaba enfermo por ella, tan enfermo que se había vuelto su mayor obsesión tenerla bajo él. Apretó la mandíbula, haciendo rechinar los dientes ante la fuerza, iba a matar al niño, iba a tenerla y Reed Fletcher miraría y se retorcería al escucharla sollozar por ayuda y luego los mataría lentamente, de tan solo pensarlo su cuerpo reaccionaba de manera descontrolada y sonrió para sus adentros, al fin ese día llegaría.

Svyatoslav aparcó el auto y Keyla al ver el lugar sonrió —Creo que Xavier tiene ya todo preparado —la música, los gritos, copas y por supuesto demasiada gente, era de suponerse que Xavier no tenía miedo a ser visto.

—Entremos —le ordenó a su novia cubriendo su cabeza con una gorra de un equipo de béisbol y luego encima la capucha de su sudadera, bajó del auto y caminó junto a su amante hacia la entrada.

Al cruzar por la puerta, dio una mirada rápida al lugar, quería asegurarse que todo estaba bien, aunque Xavier era su amigo, tenía que desconfiar de él, había sido la mano derecha de su hermano Nicolay y lo había matado sin piedad con dos disparos en el pecho —*Vaya ¡Qué buen amigo!* —pensó, divisándole a la distancia, haciéndole una seña a Keyla con la cabeza, mostrándole donde estaba sentado —Espérame afuera. Ten el auto encendido.

—No confías en él —exclamó.

—No. No cuando tuvo la astucia de matar a mi hermano. —Su mujer tan solo asintió con la cabeza, giró sobre sus talones y salió del bar.

Se acercó sigilosamente a Xavier, quien estaba cómodamente sentado en un lado alejado de la barra, se acomodó a su lado y tamborileó sus dedos sobre la mesa haciendo notar su presencia de inmediato —¿Qué novedades Xavier? —murmuró, para luego pedir una copa —Una cerveza fría.

—A los años —su rostro no expresaba absolutamente nada —Veo que la prisión te asentado bien estos tres años —le dijo sin inmutarse a volverse y verlo, pero pudo sentir cómo su amigo destapaba la botella y se tomaba un gran sorbo.

—Ahhhh —saboreó su cerveza, viendo la botella —Siempre me encantaron

frías. Tres años en prisión y estar encerrado no me sienta tan bien cómo la libertad a ti Xavier. ¿Qué es lo que te trae a buscarme? —dejó la botella en la mesa con un sonido sordo.

—Bueno. —dudó por un segundo y empujó su móvil hacia su aliado —Tu revancha.

Lo tomó observando las fotografías a todo color, al principio no podía dar crédito a los que sus ojos observaban, pero luego con el ceño fruncido fue pasando cada fotografía —¿Qué te hace pensar que quiero venganza? Soy libre. Además es imposible. Ella murió. Dudó que sea la misma persona.

—De verdad podrás vivir ocultándote. Viviendo en el anonimato, con el miedo de ser encontrado y ser llevado de nuevo a prisión pero esta vez para morir. No soy tonto Svyatoslav, te empujó a ser olvidado. Cosa que siempre odiaste.

—Cómo puedo olvidar que por su culpa embargaron todos mis bienes, por su culpa mis negocios se vinieron cuesta abajo. Sabes que revancha es poca cosa comparado con lo que pienso hacer con esa pequeña perra.

—¿Morir?. Es lo que nos hizo creer a todos, tiene un hijo producto de un romance con Reed Samuel Fletcher, un agente del FBI, activo por supuesto, pero viven separados, Nolan Stromhod vive con ella, además de algunos hombres que se quedaron tras la muerte de Nicolay. Pero ninguno de la Residencia, el FBI la llevó lejos. Esta resguardada por el estado por lo visto, y Eric Krause es el que ideo toda esa charada muy mal invertida.

—¿Qué planes tienes?

—Llegar a su puerta. Llevarla donde queremos y así vengarnos por todo lo que nos hizo, tenemos horas para poder hacerlo.

—Pero yo no soy el único que obtendrá algo de esto ¿Cierto? —sonrió, le conocía bien y Xavier no podía engañarlo.

—Sabes perfectamente que no. Su hijo es el punto más frágil.

—No tenemos hombres. Todo está perdido.

—Hay un hombre que está dispuesto a ayudar y tiene muchos medios y tentáculos. Pablo Falcón es uno de los mejores y más resistentes en nuestro mundo.

—El niño entonces —se puso de pie —¿Quién te dio toda esta información?



—La misma persona que lo hizo años atrás. El despecho y rechazo es el peor enemigo. Abre caminos y mata adversarios.

—Vaya. Nunca pensé que fuese tan fácil.

Xavier deslizó unos billetes de su cartera dejándolos en la mesa, se puso de pie y siguió a su amigo hacia afuera. —Créeme. Naval siempre fue predecible. Siempre lo fue.

## Capítulo 17

### POR NOSOTROS

El sillón no era nada confortable cuando podía estar en su cama plácidamente, pero cometió el terrible error de dársela a Reed por esa noche, Naval tomó el control remoto de la televisión y cambió una vez más de canal, pero nada, absolutamente nada que la pudiera distraer en esa noche, volvió el rostro hacia las escaleras mordiendo el labio inferior, de tan solo imaginar a Reed con las sábanas enredadas en las caderas, el torso desnudo, el nudo de su garganta se apretó, estaba a tan solo unos metros de distancia pero ella seguía dudando, temía que solo fuese algo momentáneo para él.

Soltó un suspiro echando la cabeza hacia atrás ante el aburrimiento y las ganas de poder verlo dormir, pero el sonido de su móvil al vibrar la sacó de su ensimismo, frunció el ceño, estiró la mano y vio el mensaje que acababa de llegarle, su noche sí que no podía mejorar más solo empeorar con Reed a solo unos pasos, pero no podía molestarse con Harris por tratar de conversar con ella, cuando por tres años habían tenido conversaciones cortas y monótonas, conversaciones que iban desde el Cómo estas, a todo bien, no podía decirle de la noche a la mañana que no deseaba conversar con él, por el simple hecho que tenía a Reed muy cerca y en su vida una vez más, aunque aún no sabía si se quedaría.

Con una sonrisa en sus labios tecleó una respuesta sencilla —Nada importante —pero antes de que pudiera enviar el mensaje, llamaron a la puerta suavemente, volvió el rostro y supo de quién se trataba.

Hace una hora que todos ya estaban dormidos, pero él no podía conciliar el sueño, por más que las sábanas eran limpias, almohadas nuevas, la dulce fragancia de Naval estaba impregnada en el dormitorio, se volvió hacia un lado y cerró los ojos, pero la imagen de Naval bajo él vino a su mente una vez más como en los viejos tiempos —¡Diablos! —juró por lo bajo, irguiéndose de la cama y sentándose, se pasó ambas manos por el rostro, eran tres años, tres malditos años soñándola, deseándola y no podía tenerla cuando estaba a tan solo unos metros de distancia. Hizo a un lado las sábanas y se levantó, Naval le había obligado a llevar el pantalón de pijama era lo mejor y le daba la razón, debía estar preparado para todo, abrió con cuidado la puerta, asomando la cabeza al

pasillo, percatándose de la luz en la habitación de Sami, con cuidado de no hacer ruido, caminó despacio tratando de no hacer rechinar las tablas del piso y empujó la puerta.

La sonrisa que cruzó por su rostro podía describirse en miles de formas pero la sensación que tuvo al ver a ese pequeño dormido en su cama, cambio todo sentido para él, era tan perfecto, que simplemente no se cansaría de verlo, de contemplarle. Jamás en sus 35 años esperó ver a ese pequeño así, con vida, junto a él, por un instante maldijo su estupidez y testarudez, ya que por ello perdió la vida de su hijo en dos años, acercándose con cuidado de no despertarlo, se arrodilló frente a él, su respiración lenta, sus pequeños ojos cerrados delicadamente, era suyo, su pequeño.

Tomó su menuda mano sobre la suya notando que tenían dedos similares, esa mano tan pequeña, tan hermosa que le hubiese encantado sostener cuando esos pequeños ojos vieron la luz por primera vez, le hubiese encantado poder ver sus primeros pasos, sus primeras palabras. pero no pudo. *Nunca pudo*, se reprendió Reed mentalmente.

Acarició los rizos de su hijo, el color era más claro, pero tenía lo rizos de su madre, bajó hacia su mejilla sonrosada y tibia, la nariz era idéntica a la suya, no podía concebir como una personita tan hermosa fuese parte de él, no tenía nada de Naval, era una copia, parecía un lienzo con las pinceladas exactas de una foto suya cuando tenía 2 o 3 años, sonrió extasiado de ese momento, no tendría suficiente de su hijo, jamás —No me perdonaré nunca por no haber estado aquí para ti —se reprochó él —¿Tan ciego estuve? Mi pequeño. No me separaré de ti. Nunca, jamás Sam. —contempló a su pequeño niño, acariciando su espaldita, sintiendo como las manitos de su hijo se aferraban a su monito de felpa —Haré lo que sea para tenerte a mi lado. Lo que sea —hizo una pausa, sintiendo el suspiro de su hijo sobre su corazón.

—Sé que tu madre es muy testaruda. Pero no hubo ni un solo día en que dejara de pensar en ella, no hubo ni un solo instante en que deseara tenerla entre mis brazos. Así como a ti. —suspiró, dándose cuenta que ese leve dolor de pecho que sintió por años había desaparecido, por fin había desaparecido, ese vacío por fin se encontraba lleno —Los amo. Los amo tanto que jamás los dejaré de nuevo —se repitió, acercándose con delicadeza, besó la pequeña cabeza de su niño —Mi pequeño hombrecito —sonrió como un bobo, era la sensación más extraña, pero más completa que había sentido en toda su vida.

El sonido inconfundible del llamado a la puerta lo alertó, volvió el rostro, se

levantó y caminó con cuidado por el pasillo de regreso a su habitación, deslizó su arma de debajo del colchón y cerciorándose de que estuviese cargada, regresó al pasillo y bajó una cuantas gradas, pero se detuvo al verla a ella en camiseta y shorts de dormir abrir la puerta, apretó la mandíbula y formó puños sobre sus costados al ver a Harris Cooper con una sonrisa de idiota en el rostro al verla a ella con pijamas.

Deslizó su arma detrás de sus pantaloncillos, dispuesto a regresar por su camino, se detuvo, no estaba dispuesto a verla con ese inepto y sobre todo coqueteándole, no la dejaría sola con ese idiota de Cooper. Escucharía la conversación, claro que lo haría. —No. no lo harás —advirtió en voz baja, enfurecido.

Naval negó con la cabeza, Harris era tierno, se levantó y caminó despacio, abrió la puerta y le vio de pie con una sonrisa en sus labios y una caja de chocolates en mano —Sé por experiencia que te encanta los chocolates —le entregó la pequeña caja que Naval estuvo dispuesta a no rechazar.

—Harris, gracias. Pero en verdad, no es buen momento.

—Aunque niegues que estabas por responder a mi mensaje. Sabes bien que allí se ve claramente cuando escriben. —dijo en tono burlón.

—Harris. Sabes que te invitaría a pasar pero ahora no puedo.

—Estaba preocupado por ti y Sami. Me dijeron que hubo un jaleo hoy en la mañana y me quede consternado. No tuve tiempo hasta ahora. —elevó la mano y tomó un mechón suelto llevándolo detrás de su ojera, Naval se quedó paralizada pero a la vez ruborizada ante aquella caricia inocente.

—Lo siento. Solo fue una discusión sin importancia —le explicó, abriendo la caja y llevándose un chocolate a la boca —Gracias por los chocolates. Había terminado mi reserva hace horas.

—Ya lo sabía —Harris sonrió, mientras que esos hoyuelos se formaban, Naval intentó ser educada, pero también relajarse, ya que no permitiría que Reed la alterara como hace años atrás.

Volviendo el rostro hacia atrás, mordió su labio inferior —Sentémonos en el porche —dijo ella, tomó un cobertor y salió afuera sentándose junto a Harris en la mecedora para dos.

—Vamos a parecer dos adolescentes coqueteando en la entrada de tu casa mientras que tu padre está dormido —dijo burlón, posando una mano en el

espaldar de Naval.

—Papá siempre es demasiado indulgente —bromeó ella, llevándose un chocolate a la boca.

Harris tomó un chocolate y se lo llevó a la boca —Sé que no es de mi incumbencia, pero me preocupó por ti. —la observó de soslayo —Y todo no está bien hoy —frunció el ceño al ver que ella solo veía a la distancia —¿Quién era el hombre que gritaba esta mañana?

—Por favor, Harris —Naval negó con la cabeza, bajando la mirada, no quería mentirle al pobre de Harris, quería ser sincera con él.

—Dime —elevó la mano con delicadeza, tomó el mentón de Naval y la obligó a verle —Por favor, sabes que puedes confiar en mí. Siempre.

Ella tragó saliva, no sabía cómo decirle —Yo no fui una muy buena persona en el pasado, Harris. No soy lo que tú crees.

—El pasado no importa, me importa tu vida en ese instante, me importa tu vida y la de Sami ahora. No importa nada. solo que estés bien, que ambos estén bien.

—Es que. Hay tantas cosas que no se pueden contar.

—Es por él. ¿Cierto? El padre de Sami. ¿Acaso ese infeliz te golpeaba? —insinuó con ira contenida, ya que si lo viese merodeando por allí con gusto lo mataría.

Ella solo soltó una risita llena de melancolía —No, él no era así, simplemente no me amaba como yo esperaba. Jamás se debe esperar algo bueno de él.

—Fue él ¿Cierto? —afirmó Harris.

—Sí.

—¿Está aquí? —confirmó nuevamente. Ella tan solo asintió con la cabeza, a Harris no le gustaba la idea de que él estuviese en la misma casa que su querida Parker —Entonces ven conmigo. Ya sabes que podemos irnos a New York con Sami, podemos ver un lugar en la ciudad y vivir allí. Por favor. Podemos tener una oportunidad, tú alejarte de ese tipo y yo tenerte a ti y a Sami. Tenemos una oportunidad ahora.

—Ella no irá a ninguna parte con mi hijo —rugió a sus espaldas un furioso Reed, interrumpiéndoles.

Harris volvió el rostro y al verlo supo de quién diablos se trataba —Reed Fletcher. El patán de Reed Fletcher —se puso de pie y trató de acercarse a su oponente, pero Naval se levantó de prisa interponiéndose entre aquellos dos titanes.

—Harris, por favor —suplicó ella —Reed no intentes buscar una pelea donde no la hay. Ambos.

—Si deseas irte con él Naval puedes irte, pero no permitiré que le des un padrastro a mi hijo, cuando yo estoy aquí. No cuando acabo de recuperarlo.

—Reed tranquilízate. —le pidió ella, angustiada.

—Pensé que cuando me pedías tiempo era para reconsiderarlo, para hablarlo. Pero no, veo que tenías bonitos planes con Harris Cooper. ¿Qué intentas Cooper, vengarte por qué me tire a tu novia en el instituto?

—Eres un hijo. —apretó los puños a sus costados, dispuesto a golpearlo, pero Naval puso sus manos en el pecho de Harris, viéndole acongojada por ponerlo en una situación así. No se había percatado que Reed insistía en llamarla Naval, cuando la conocía por Parker.

—He. Responde Harris. Quieres a mi mujer ahora ¿Verdad? Pues llévatela —dijo Reed con desdén —Pero eso sí, mi hijo no se irá contigo. Y un consejo. No que quites la mirada de encima. ¡Tiende a desaparecer!. —Vociferó.

—Harris luego hablamos. —Naval retrocedió, tenía que calmar a Reed antes que hiciera uno de sus berrinches habituales —Vete a cada. Ve, por favor.

—No, porque no hacerlo ahora —rezongó furioso Reed, estaba más que dispuesto a deslizar su arma de la cinturilla de sus pantalones y darle un balazo a Harris por intentar arrebatarla, por intentar sacarla nuevamente de su vida, pero se contuvo al ver el rostro de Naval que iba de entre lo blanco a miles de colores.

—Sí, es lo mejor. Tendré la oportunidad de romperte la cara —respondió Harris enervado por la manera tan ruda de tratar a quien creía ser Parker.

Una risa estridente y cínica retumbó en el pasillo —Ella es mi mujer —dijo exaltado, marcándola como su propiedad —Mía. Es mi hijo, no tuyo. Consíguete una mujer y ten los propios.

—En serio. Tanto hablas de que es tuya cuando la dejaste embarazada e hiciste a un lado a Sami. ¿Qué clase de hombre eres?. —espetó Harris furioso, acercándose peligrosamente a Reed.

Naval se interpuso entre ellos dos, intentando calmarlos, ya que no quería alterar a Sami y que su padre la reprendiera por aceptar visitas a esa hora y más cuando Reed se encontraba en la casa —Por favor. Chicos. Reed regresa a la cama y, Harris lo siento. No es buen momento. Ambos, por favor.

—En serio, regresaras con este imbécil. —dijo Harris criticó.

—No. Yo no. —ella negó con la cabeza, no sabía qué hacer, era muy fácil soñar e imaginar, pero nunca pensó que la realidad era muy distinta a la fantasía.

—Intentas darle explicaciones a él, Vaya. Y sobre todo fui el malo de la historia. ¿Y qué hay de ti? He. Me negaste a mi hijo por tres malditos años. Te ocultaste, me mentiste. Viviste mintiendo casi toda la vida. Y ahora eres la inocente víctima. En serio deja que me ría un poco. Porque eres la más embustera que he conocido en toda mi jodida vida —lanzó una risa sin nada de humor —Harris sabe que te encamaste conmigo el primer día que nos vimos.

Naval abrió la boca sorprendida por aquellas duras palabras, sí, se había entregado a él muy pronto, pero en ese instante se arrepintió de haberlo hecho. Se arrepintió de haber soñado cada noche con tenerlo a su lado.

—Harris, hablaremos luego. Por favor —suplicó, empujándolo para que se fuera, temía que ambos se pusieran a pelear a puños en medio del patio, le bastaba con que Reed haya hecho una escena en la mañana, cómo para tener a otros dos en gritos y puños a mitad de la noche.

—Parker. —aquella mirada que Harris le lanzó era inquisitoria, ella negó con la cabeza, doliéndole en el alma que Harris la juzgara de esa manera ante las casi verdades de Reed.

—Harris, perdóname pero yo.

Pero el simplemente negó con la cabeza, interrumpiéndola con la mano — No. Está bien. Olvídalo. Solo olvídalo.

—Harris —le llamó ella al ver que retrocedía y se iba por donde vino — ¡Harris! —pero era inútil, él había tomado el concepto de Reed muy verosímil ante su silencio.

Entre tanto, Reed apretó los dientes con fuerza, sus ojos desorbitados ante la ira, así que prefirió terminar en ese momento —Sabes. Me canse de esto. — deslizó su arma y apuntó directo a la espalda de Harris —No se acercara a mi hijo y menos a ti. —deslizó el seguro hacia atrás, con el dedo en el gatillo dispuesto a disparar, pero Naval se interpuso en medio de la mira y Harris,

tomando el arma con la mano.

—¡NO!. ¡Estás loco!. ¡Estás demente!. ¿Qué demonios pasa por tu cabeza?.

—Pasa que te interpusiste entre una bala y él. Y lo dice todo, todo Naval. — aseguró el arma detrás de su cinturilla, giró sobre sus talones y caminó a grandes zancadas hacia la sala, no quería verla, no quería ver cómo se había detenido en medio de esa arma y Harris Cooper, no quería ver cómo sus ojos expresaron ese miedo, esa angustia, de la nada su mirada se posó en el móvil de Naval, tomándolo entre sus manos, hurgó en sus mensajes, los papeles se habían invertido seriamente esa noche.

Naval volvió el rostro y vio a Reed con su móvil, entró a la casa, cerró la puerta y corrió hacia él intentando quitárselo de las manos —Dámelo —ordenó con voz baja, siguiéndolo —Devuélveme mi móvil, maldito demente —rugió ella en voz baja.

Reed caminó hacia atrás, yendo hacia la cocina y leyendo los mensajes — OH Harris eres tan dulce. Oh Harris que tierno eres. —dijo imitando una voz femenina y burlándose de aquellos cumplidos a los que Naval sometía a Harris para no darle esperanzas —¿Qué mierda es esto Naval, así ligas ahora a los hombres?

—Baja la voz. —ordenó ella —¿Cuántos años tienes? ¿Tres?. —espetó sarcástica —Lo imbécil jamás se te quitará.

—¡Oh!. ¡Por favor!. Siempre lo entras a escondidas a tu cama por las noches —bramó enfurecido, rompiendo el móvil en miles de pedazos con las manos.

Naval sentía una extraña sensación en el pecho y no era por su enfermedad, trató de pasar saliva, pero su boca estaba seca, necesitaba un vaso de agua fresca para calmar el temor que invadió su cuerpo al ver esa mirada oscura en Reed — Compórtate como un niño. Como siempre. Adelante —dándole las espaldas, buscó un vaso sirviéndose agua fresca.

—No. No me darás la espalda —la tomó del brazo, intentó obligarla a volverse, le quitó el vaso de la mano y lo puso con brusquedad en la mesa.

—Basta Reed, los despertaras. No hagas esto. No de nuevo.

—¡Dímelo!. ¡Dímelo!. Lo metías a tu cama. Harris Cooper es tu amante.

—¡Dios! —ahogó un grito de frustración llevando su mano hacia su boca y otra hacia su pecho —No voy a responder a esas acusaciones absurdas. No otra vez. ¡Estoy harta de tus malditos celos! ¡Harta de que siempre me acuses de



cosas ilógicas!

—¿Absurdas? ¿Ilógicas?. Sí lo acabo de ver con mis propios ojos. Te pedía que te fueses con él. Por eso me pediste tiempo para ver como deshacerte de Harris. O de mí. ¿De cuál de los dos?

—No preguntes si no quieres que te mienta.

—¿Qué rayos significa eso?.

—Significa que me dejes tranquila. Además yo también vi con mis propios ojos que rompiste mi móvil como si estuvieras haciendo una pataleta de niño.

—Por eso te negaste a hacer el amor conmigo ¿Cierto? Por Harris. Porque estas con él.

—¿Qué intentas insinuar?

—Solo que tienes un pánico innecesario por mí por temor a herir a Harris. Porque estas encamándote con él a espaldas de Nolan. No tienes ni el mínimo respeto hacia tu padre, y menos a Sami.

—No lo hagas otra vez, Reed. No te lo permitiré —le dijo con desdén en la mirada —No voy a dejar me insultes nuevamente, aguante toda tu mierda en el pasado, pero ahora no tengo la obligación de hacerlo. Quieres irte, vete. No te necesitamos aquí, quieres volver con Amanda, vete con ella, no te necesito.

—¡Qué ciego fui!. Por eso tu insistencia en que me vaya, porque Harris Cooper era tu amante y no convenía que el padre de tu hijo viera lo mezquina y lo estúpida que eras.

Naval levantó la mano intentando darle una bofetada, pero Reed le izó la muñeca con rapidez, ya que la mano temblorosa de Naval no respondía de manera inmediata, los ojos brillantes en lágrimas de la joven madre solo hacía que recordara al Reed malo de su historia, el que la utilizó por un puesto mejor en el trabajo, el que la utilizó por venganza y despecho y no al chico bueno que la salvo de su miseria, al chico que la fue a rescatar de las garras de Xavier, ese chico había simplemente desaparecido y el hombre que tenía adelante era rencoroso, lleno de dudas y despecho —Tú no eres el Reed que yo conocí. —insinuó en voz alta al ver esos ojos oscurecidos ante la ira y los celos.

—En eso si tienes razón. Tú jamás conociste a Reed Fletcher. Era Cameron Bergerson. —dijo él firmé, sin amilanarse en aquella mirada llena de miedo y odio a la vez, con lágrimas surcando aquellas mejillas que de la nada se habían puesto pálidas y sin nada de color.

—Sí. Exacto, fue Cam con quien me acosté, con quien solo tuve sexo. Fue Cam el desgraciado malnacido que se metió en mi vida arruinándola por completo.

—Con Harris haces el amor. Esa es la diferencia ¿No es así? —rugió, las venas de sus brazos estaban hinchadas como si acabara de ejercitarse, pero era la ira que él intentaba aplacar en lo más profundo de su ser, sus celos no le permitían poder controlarse —Dilo. Solo di la verdad. Hace solo unas horas que intento decirte allá afuera que te amaba. —sujetó con fuerza sus brazos, quería que admitiera que le dijera de una buena vez por qué no quería ni que la besara —Que te sigo amando, pero lo único que encuentro es a esa Naval que vi años atrás, a esa Naval jugando con los sentimientos de los demás. A esa Naval que no le importaba un carajo la vida y la muerte, solo le importaba emborracharse hasta caer, bailar hasta el amanecer y dormir hasta que el sol se ocultara para seguir con esa rutina asquerosa que llevaste por años.

El color hace mucho que había dejado su cara mientras reproducía cada escena de su pasado atormentándola a cada segundo que Reed hablaba —No —negó con la cabeza —Esa no era yo. —logró zafarse del agarre de muerte de aquel hombre, retrocedió y chocó la espalda contra la mesada, aferrándose para no caer ante las piernas temblorosas —Tú no me amabas. Lo dijiste. Yo te escuché y luego Amanda, ella. ella.

—No la metas a ella. No intentes achacarle cosas a ella, cuando la única culpable eres tú. Admítelo Naval, tú tuviste la culpa, si tan solo me hubieses dicho lo del bebé antes, sí me hubieses llamado a mí y no a Nolan, sí me hubieses dicho que esa noche en el club The Black and White que era Xavier, todo hubiese sido diferente, pero eras demasiado cobarde y orgullosa para admitir que te equivocaste y que tenías miedo. Demasiado cobarde para admitir que me amabas. ¡Una maldita cobarde!

—No tengo porque escuchar todo esto —quiso huir, pero Reed no se lo permitió, quería verla, quería que supiera por todo lo que paso, además sacarla de esa burbuja de perfección que había hecho alejando la realidad y su pasado —No, no te iras. Me escucharas. Escucharas todo lo que tengo que decirte. Y sacar tu cabeza de tu maldita burbuja de perfección.

—¡No!. ¿Qué quieres de mí? —bramó enfurecida —Solo dime para que podamos estar tranquilos, para que tú puedas irte, y yo continuar con mi hijo y mi padre.

—No es suficiente. — apretó la mandíbula y se decidió —A la mierda todo

—la tomó de ambos brazos, acercándola y besándola con un hambre feroz — Siempre te quise a ti. Todo este tiempo. Solo te quise a ti.

Naval cerró los ojos, sería una muy mala mentirosa si se negara a admitir que estaba esperando eso de Reed desde que lo vio, que la estrechara entre sus brazos, que la besara con esa pasión arrolladora —¿Por qué siempre me exasperas?

—Porque de esa manera sé que siempre me pertenecerás. Y sé que ese brillo lleno de pasión es por mí y solo por mí —tomándola de las caderas, la levantó sentándola en la mesada, devorándola a besos —¡Naval! —susurró su nombre de manera seductora.

Estaba demasiado cerca, deseaba separarse de él, pero era como un imán que no le permitía alejarse —Por favor, Reed. No, no quiero. No ahora.

—Sh. Tranquila. Solo déjame a mí. Está vez es diferente. Todo será diferente.

Como podía olvidarse de su colonia, el aroma que emanaba, su calor, su masculinidad, era un adonis real. Su cuerpo tembló ante la cercanía de ese hombre apasionado, estaba sensible y receptiva, su mente estaba bloqueada, trataba de darse órdenes y alertas en rojo, pero era sencillamente inútil—“*Aléjate Naval*”. *Vete. Vete antes de que hagas algo de lo que puedas arrepentirte.* —se dijo para sí misma, pero se permitió saborear la pasión que una vez más Reed Fletcher había despertado en ella.

—Naval —poniéndose entre sus piernas, acunó su rostro entre sus palmas besándola con adoración —No sabes cuánto te he extrañado, he soñado contigo cada noche, me has torturado, me has hecho sufrir de la manera más cruel, quería tenerte, quería poseerte, pero era una ilusión, un sueño, un deseo que jamás se cumpliría, pero cuando te vi, me di cuenta que eras real, que podía tenerte, poseerte y no te dejaré ir nunca más, te necesito más de lo que tú crees. Y no te dejaré ir esta vez. —su boca se cernió sobre la de ella, primero posesiva, primitiva, para luego ser suave y tierno, en una súplica por seguir. Le permitió el paso, saboreando cada rincón de su boca, en un baile erótico y sensual.

—Pero no puedo. No cuando crees que Harris es.

—No, yo sé que no. Escuché todo tu discurso allá afuera esta mañana. Y si te pusiste delante de esa mira fue para evitar que cometiera una locura más.

Ella dejó escapar un gemido ante los besos que corrían por su cuello, saboreando la suavidad de su piel. Reed necesitaba estar con ella o sino moriría

de deseo, se desabotonó los pantalones de manera rápida, y agradeció al cielo no llevar ropa interior bajo los pantalones, le bajó los pequeños shorts con una rapidez mágica, hundiéndose en ella de manera brusca y necesitada sin miedo a lastimarla, su cuerpo le pedía a gritos estar dentro de su Naval, su mujer, gimiendo ante el íntimo contacto de sus cuerpos, sudaban ante la intensidad del clímax, la pasión y el amor desenfrenado que había estado reservando para un momento como ese.

—Mía, solo mía —musitó Reed, amándola.

Ambos se dejaron llevar por el frenesí del deseo, alcanzando la cumbre, Naval mordió el hombro de Reed para no hacer ruido y así no despertar a su padre y al niño, mientras él se movía de manera eufórica y necesitada, quería llegar lejos, quería poseerla con tanta hambre que sabía que jamás podría encontrar la saciedad que buscaba, echo la cabeza hacia atrás abriendo la boca de placer, consumando una vez más su amor.

—Naval. Mi Naval. Te amo. Confía en mí, no volveré a hacerte daño. Lo juré —la sujetó con fuerza, sin que sus cuerpos se separaran, levantándola entre sus brazos, la llevó hacia la habitación, unidos por la intimidad. Tenerla una sola vez no sería suficiente, nunca fue suficiente en el pasado y menos en el presente.

Se apretó contra él aspirando su aroma varonil, mientras la llevaba a la soledad y la intimidad de su dormitorio, presionó con su boca las comisuras de los labios de su amante tratando de buscar con la lengua su sabor, ella también lo necesitaba —No permitiré que me hagas daño, Reed, no otra vez —sus labios estaba ciegos de pasión, estaban frenéticos por contacto.

Una vez en la habitación dejaron de lado sus inhibiciones y disfrutaron del momento, el deseo, la necesidad, el rencor, los recuerdos y en especial el amor, rivalizaban por un pequeño espacio de su mente, así como de su corazón.

La recostó en la cama con delicadeza, Reed dejó escapar un gemido gutural mientras sus manos exploraban el cuerpo de su bella Naval, quitándose todo obstáculo que perjudicara su contacto, la apretó contra su pecho desnudo, con sus besos no dejaban de saborear su esencia y aroma, la necesitaba con fiereza.

Con la luz de la luna acompañándoles, ella acarició sus pectorales de manera suave, pero vividas imágenes de lo que fue su primera noche hace tres años la empujaron a tener una niebla oscura sobre su mente, obligándola a perder por un instante ese brillo particular, Reed se percató de su melancolía, de esa oscuridad en lo profundo de sus ojos pardos volviéndoles inescrutables, así que tomó su mentón con delicadeza, obligándole a volver, a que vea su rostro, que vea que

ese momento era más que perfecto y real —¡No!. No te vayas a ese pasado tormentoso y cruel. Está vez será muy diferente. No es solo sexo, estamos haciendo el amor. Entregándonos, amándonos. —la besó con pasión y frenesí, cómo si su vida dependiera de ello, sujetándole de la nuca y de la cintura, no deseaba que se arrepintiera por aquellos malos recuerdos del pasado —No te vayas. Quédate aquí, es nuestro momento, nuestro ahora.

Apoyándose sobre sus manos, enjaulándola entre sus brazos fuertes, mirándola a los ojos con un deseo desenfrenado, los besos eran inagotables, iban desde el cuello hasta sus pechos, su estómago y vientre, repartiendo los besos más cálidos, hasta que de la nada vio la cicatriz de su vientre, deteniéndose y contemplándola por unos segundos.

Naval al notar que Reed observaba su cicatriz trató de cubrirse, insistiendo en que la pasión se había apagado, quería irse, pero no se lo permitió —¿Reed?.

—No. No —la detuvo, besando cada milímetro de esa piel cicatrizada — Eres bella. Eres inclusive más bella, ya que por aquí mi pequeño nació, por aquí trajiste a nuestro hijo, el mejor regalo. Nuestro mejor regalo —besó cada parte de ella con delicadeza, estaba volviendo a ella, por ella, quería regresar a su hogar. Naval trató de ahuyentar sus lágrimas, pero rodaron por sus sienes y sollozó su nombre una vez más.

Reed se sintió completo, ya que el pasado deseó que ella gimiera su verdadero nombre, agradeció al cielo por esa nueva oportunidad, escuchar decir su nombre con necesidad y sensualidad le hizo vivir aún más, le dio miles de motivos para luchar. Se proporcionaban tanto placer, que se estremecían antes las sensaciones ya conocidas, arqueándose para él, sintiendo el calor y la pasión, para Reed no era solamente satisfacción sexual era más que ello, era una unión nueva, una vida nueva, una vida con su Naval, la vida que deseó tener con Naval.

Se besaron exigiéndose más y más, sintiendo como sus cuerpos vibraban, vivían, se movían a un ritmo dulce y unísono y Reed estaba sellando su destino con ello. Separando las piernas, Naval le dio paso al placer, dejando atrás el pasado y los malos recuerdos, dejando atrás el miedo a perderlo, mientras que sus bocas no se permitieron separarse —Mi Naval. —dijo con voz ronca posicionándose entre sus piernas, deslizándose en su interior con más ternura, besaba su boca en intervalos, no quería separarse de ella, no quería sentir la soledad en ese acto de amor. Estiró su mano hacia abajo levantando gentilmente la pierna de joven amante para ponerla en su cadera y así tener mayor acceso a la

intimidad y el placer, quería recuperar los años perdidos.

Se inclinó y besó sus labios, sus ojos, aquellos ojos pardos que lo cautivaron la primera vez y lo había hecho de nuevo, su cabello largo estaba libre sobre la almohada, dándole a su fantasía la realidad que necesitaba, con un movimiento, consiguió penetrarla, cuanto más se hundía en su cuerpo, más difusos eran sus pensamientos, cuanto más sentía ese calor próximo más se perdía en la fantástica realidad, olvidándose del pasado, logrando imaginar un futuro con ella, con su hijo y quizás con los que venían en camino, no lograrían separarlo de ella, esta vez tendría que morir para poder alejarse de su familia.

Le hizo el amor en un estado de aturdimiento mental, sobrecogido por la intensidad del placer que lo recorría de arriba abajo, ella se movía debajo de él, gimiendo su nombre hasta quedar ronca.

Cuando llegaron al clímax, fue una tremenda explosión para ambos, la liberación fue total y abrumadora, sus cuerpos temblaron, sus músculos dolían por las contracciones intensas. Reed cayó rendido sobre ella ocultando su cabeza en el hueco de su hombro, mientras que las piernas de su bella mujer aún se mantenían enredadas sobre su cintura dándole caricias lentas en la espalda haciéndolo vibrar de nuevo, se sentía débil, se sentía completo, quedando exhaustos y quedando dormidos uno en brazos del otro.

Naval se despertó insegura, estaba desnuda y cubierta por las sábanas, mientras que a su lado yacía el cuerpo de su amante profundamente dormido. Trato de erguirse y sentarse, pero la pesada mano de Reed le impidió hacer movimiento alguno, en respuesta se puso rígida al recordarlo todo, desde como sus besos la habían llevado a un abandono total, su mente y cuerpo no colaboraron en llevarla a la realidad, más bien la empujaron al placer, le había permitido que le hiciera el amor tantas veces que al final le encanto aquella sensación de pasión, de necesidad y olvido total.

—Duerme. Tienes que descansar. —escuchó su voz muy cerca de su oído —  
Hace solo una hora que dormimos.

—Es imposible dormir —respondió en un tono desdeñoso —Creo que será mejor que me vaya. Samuel puede venir en cualquier momento y no quiero que me vea contigo.

—Vamos Naval, acabamos de hacer el amor. —suspiró él, relajándose en la cama como nunca, con ambos brazos flexionados sobre su nuca.

—Reed. Necesito estar sola —se levantó de inmediato, sintiendo caer una

bomba de viscosidad entre sus piernas, sus ojos se desenfocaron, no quería volver a pasar por un embarazo, no estaba preparada esta vez —¿No usaste nada?

—¡No!. Para qué hacerlo. —dijo él sin miedo, curvando sus labios en una sonrisa.

—Eres un —iba a insultarlo, pero Reed asió sus muñecas recostándola en la cama y subiendo encima de ella.

—No. Nada de insultos, nada de arrepentimientos —se inclinó besándola y callándola —Todo será distinto esta vez. Todo será perfecto. Prometo que será diferente esta vez.

—Reed. No me hagas más daño —dijo al borde de las lágrimas.

—No lo hare. Porque solo muerto podrán alejarme de ti esta vez. —sentenció.

—Reed. Sabes que no me gustan las promesas.

—Esta vez todo será diferente. Será diferente, Naval.

—Lo prometes. —dijo sorbiendo sus lágrimas.

—Lo juro. Lo juro por mi vida. No te dejaré. Ni por mi trabajo, ni por un puesto, ni por nada en el mundo. Te amo, siempre te he amado, solo que fui un cobarde al no decírtelo cada noche al hacer el amor. Al no decírtelo cada instante en que estuvimos solos. Pero no cometeré ese error otra vez. Eres mía, eres mi mujer, la madre de mi hijo, la mujer que puede hacerme vibrar como loco con una sola caricia, caricias que jamás olvide.

—Oh Reed.. —lo besó, atrayéndolo hacia su cuerpo —Oh Reed, no sabes cuánto rogué al cielo para escucharte decir esto.

—Entonces creo que podemos planear unos cuantos más.

—¿Qué más?

—Unos hijos más —sonrió sobre su boca —Quiero tenerte embarazada, quiero ver crecer a un pequeño en tu vientre, sentir cada movimiento. —volviendo a entregarse a la pasión.

—¿Por eso no usaste nada?

—Síp. Quiero tenerte sin miedo alguno a consecuencias. Mía sobre todo y por todo.

—Reed, no sé si podré soportarlo.

—Lo harás. Porque yo estaré sosteniéndote esta vez. Estaré para ti. Por ti.

Había pasado un día para que Naval quedara atrapada y sumisa ante él, pero lo amaba, nunca dejó de amarlo y ahora que lo tenía no lo dejaría jamás.

—Quizás podamos intentarlo. —sonrió ante las lágrimas que surcaban sus mejillas ante la sensación de satisfacción y alegría, Reed había vuelto por ella como lo soñó tantas veces.

Al verla sollozar, secó sus lágrimas con sus besos de igual manera en cómo ella lo había hecho hace dos años y seis meses atrás, la sensación era reconfortante, el sentir su piel pegada a la suya, sentir su calor y sus caricias vivas y no simples recuerdos de unas tantas noches de pasión.

Despertaron para hacer el amor repetidas veces, quería saciarse, pero era imposible, con cada beso, el deseo despertaba con intensidad.

Naval estaba completamente a su merced, recostada sobre su pecho, sentía como su amante, su Reed, hacía círculos en su espalda, amaba esa sensación relajante, jamás pudieron compartir momentos así antes y todo por su testarudez —Me encanta tu piel sin tatuajes —dijo esbozando él una sonrisa.

—A mi tu barba nueva —sonrió besando el pecho de su amante.

—Sé que. —se movió un poco para poder verla a los ojos, aquellos ojos pardos que lo subyugaron desde el momento en que la vio en esas fotos —Puede ser difícil, pero quisiera hablar de esto. Pero no quiero que te alejes por el simple hecho de querer hablarlo. Necesito saber que esto es real y no parte de mi imaginación.

—¿Qué pasa? —preguntó ella un poco asustada.

—El día, en que te raptaron.

—Reed. No, no hablemos de ello —cerró los ojos, no quería recordar ese día.

—Por favor. Necesito hablarte. —besó sus labios, intentando calmar su angustia —Fui a ver a Nolan porque Madeleine me había mostrado fotos y luego Amanda me llamó diciendo que ustedes dos eran amantes —sonrió sin nada de humor, sus ojos habían perdido su brillo volviéndose pétreos ante el recuerdo, sus músculos incluso se habían tensado, pero el sentir las caricias y besos de Naval, hacían del recuerdo menos amargo en comparación con noches pasadas



—Fui a reclamarle a Nolan por ti. Él me acusó de querer vengar la muerte de mi padre a manos de Svyatoslav, pero eso era absurdo, sabía muy bien que tus tíos te querían muerta. Lo admití porque vi el dolor reflejado en esa confesión en Nolan, así que solo quería herirlo. Herirlo como estaba yo —hizo una pausa, abrazando a Naval, no quería que se apartara de su lado —Así que luego te vi, intenté explicarte, decirte toda la verdad. Pero. No pude. Fui a buscarte, solo para saber que te habían raptado.

—Amanda contribuyó mucho también. —dijo ella en un tono pausado.

—¿Qué? —bajó la mirada, viéndola e intentando que se explicara.

—Cuando fui al despacho de Nolan, tenía la prueba de embarazo. Ya sabía sobre la enfermedad de la que padecía y el doctor me dijo que un embarazo solo me mataría y que la opción adecuada era abortar. —Naval apretó su agarre ya que Reed se puso tan tenso, pudo sentir como apretó la mandíbula con fuerza — Pero me negué a tomar cualquier medicación que intentara dañarlo, aunque no fui demasiado inteligente al beber por ese mes que nos separamos, pero por los síntomas supe que estaba embarazada, además que no tuve mi período. —hizo una pausa —Creo que debo aclarar la conversación con Creed, ya que somos sinceros.

—¿Naval? —no quería escuchar esa parte de la historia.

—Pero. Mi cita con él fue para planear sacarte de la residencia e irme contigo. Él me hubiese dado todos los papeles y documentos, dinero y transporte para salir del país contigo. Bueno creía que eras un simple guardaespaldas que en turnos libres eras el chico de seguridad en clubs.

—Te desviaste del tema.

—Divague, lo siento. Pero quería aclarar ese detalle.

—Sí, lo hiciste —sonrió —Háblame de Amanda ahora —el solo mencionar ese nombre, un escalofrío cubrió su espina dorsal, ya que estuvo a punto de cometer el peor error de su vida y era casarse con una mujer que no amaba.

Ella soltó un suspiro —Quería confirmar mis sospechas, así que Nolan fue algo seguro no podía regresar a casa y tener que enfrentarme a Nicolay o a Madeleine, cuando fui al baño a hacerme la prueba, estaba esperando cuando ella entró y me dijo que me alejará de su prometido Reed, en un momento no sabía quién era Reed, me dijo que no necesitabas de mi drama, mis niñerías y que no era suficiente para ti. Y que mi bebé no te ataría a mí.

—Amanda sabía que estabas embarazada. —espetó él, amargo por ser un idiota y haber metido a su casa y cama a esa mujer sin corazón —Ella lo supo y me envenenó todo este tiempo.

—Supongo que lo hacía porque te quería.

—Cuando amas a alguien no le mientes.

—Entonces. ¿Yo? —dijo con cierto miedo.

—Tú eres diferente, mentiste para protegerme. Para proteger a nuestro hijo.

—Aun no termino con la historia.

—¿Hay más?. —dijo él, sintiendo que Naval asentía con la cabeza.

—Salí y Xavier me atrapo, pero la cuestión es qué, él me amenazó con arrebatarme todo, y eso incluía al hombre que amaba. Iba a dispararte esa noche. Corrí hacia a ti intentando sacarte de su mira, tú me rodeaste con tu brazo y me hiciste hacia atrás.

—Porque Madeleine estaba por dispararte. —dando un suspiro continuó — Entonces por eso hiciste todo.

—Sí.

—No sabes cuánto sufrí al saber que habías muerto. Quería ahogarme en alcohol y drogas, morir como tú, sentir ese dolor, pero Dylan salvó mi trasero borracho. A veces no entendía por qué él quería mantenerme vivo, pensé que él deseaba que sufriera por mis malas decisiones, que viviera con esa culpa que me carcomía día a día, pero ahora. Veo que solo intentaba mantenerme cuerdo. Mantenerme preparado para poder encontrarme contigo, con nuestro hijo.

—Hay veces que. Quizás debí seguir con mis planes contigo a mi lado y nada de esto hubiese pasado.

—Ve lo positivo mi cielo. Te tengo ahora.

—Pero por tres años que no supe de ti.

—Pero tuviste a nuestro pequeño. Y eso remide todo.

—No me odias entonces.

—Cómo odiarte cuando recibiste más balas por mí que yo por ti.

—Entonces. Eso quiere decir que podemos intentarlo todo.

—Claro. Así que quiero intentar desde la noche que concebimos a Sami. —

se mordió el labio abalanzándose hacia su mujer, tomándola entre sus brazos y haciéndole el amor de manera lenta, dejando sus huellas en su piel, haciéndola suya, por fin suya de la manera correcta.

Reed despertó por el salto de su hijo sobre ellos, obligado a abrir los ojos, vio a su pequeño sonriente, pero también vio a Naval tan exhausta que solo gruñía, habían estado despiertos toda la noche, y solo hace unas horas habían calmado y descansado, Reed se había asegurado de dejarla tan exhausta que sonrió ante el hecho que ni Harris podía competir con ello —Sami, ve abajo que iré contigo. Mami está cansada —Sami asintió con la cabeza y salió de la habitación de sus padres.

Tomó sus pantalones de dormir y un suéter, vistiéndose para luego calzarse con pantuflas, se cepilló los dientes y bajó, su hijo estaba encendiendo la televisión y corrió a la cocina al sentir a su padre.

—Papi —chilló el niño.

—Buenos días mi hombrecito —lo levantó en brazos apegándolo a su pecho, cómo adoraba esa sensación cálida, sentir ese pequeño cuerpecito junto al suyo, sentir ese latido vivo.

—Mami. ¿Mami está bien?. ¿Se pondrá bien?

—Cariño. Mami está cansada, ella está bien.

Reed preparó el desayuno haciendo que su hijo lo acompañara, riendo y jugando, supo que esa vida era para él, tener a Naval y a su pequeño, claro también a Nolan. Se sintió un estúpido e idiota al creer que Nolan, el hombre que lo ayudo podía tener algún interés en Naval, él nunca había tenido un romance en la oficina ni en casa, lo conocía bien, entonces ¿Cómo pudo caer en ese cuento y difamación tan vil? Él había vivido con Nolan, y en esos años él nunca llevó a una mujer o amante a pasar la noche en casa, siempre llegaba a casa, se cercioraba de cenar con él y luego conversar un poco, ayudarlo con algunos deberes difíciles de la escuela, ver quizás alguna película, había sido un padre, la figura de un padre ejemplar, pero los cuentos y argucias de Amanda solo envenenaron su mente, haciéndole creer que el hombre que era como un padre para él, podía tener un interés en aquella jovencita que amaba. —¿Cómo pudo caer en esa trampa? —se recriminó duramente.

Naval abrió los ojos lentamente, intentando adaptarse a la luz que se filtraba por su ventana, dándose vuelta, extendió la mano palpando solo sábanas frías, el lado de Reed frío y vacío, irguiéndose bruscamente, recordó que había hecho el

amor con Reed tantas veces que ya no era capaz de contar, pero esa vez era diferente, él se quedaría con ella o eso creía. Asustada por sus viejos demonios, tomó su ropa, se cepilló los dientes y bajó, su corazón martilleaba sobre su pecho de manera incontrolable, temía bajar y ver que él se había ido una vez más, temía enfrentarse a esa opción tan desgarradora. Bajó despacio y el alma regresó al cuerpo al encontrar a Reed y a su hijo reír y preparar el desayuno.

En silencio se permitió contemplarlos por un momento desde el umbral de la puerta, sonrió al ver ese cuadro de familia que deseó por mucho tiempo —Veo que ambos se divierten —dijo llamando la atención de aquellos dos hombres que amaba.

—¡Mami! —chilló Sami corriendo hacia ella y lanzándose en sus brazos, Reed sonrió y con la espátula en mano, caminó hacia ella besando sus labios.

—Buenos días cariño. ¿Qué te gustaría desayunar? Huevos y tocino o solo panqueques, quizás fruta.

—Los panqueques suelen ser de papá. Yo me quedo con el tocino y los huevos. —sonrió, pero Reed se dio cuenta que ella tenía miedo y que aquella mirada le decía todo. Apagó la cocina y dejó a Sami comiendo algunos panqueques, tomó a Naval de la mano y la llevó al vestíbulo, quería hablar con ella, quería decirle que todas las palabras de anoche mientras estaba dentro de ella eran reales y nada cambiaría, alejar sus miedos y hacerle entender que él no la dejaría una vez más.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien? —acarició su rostro con los dedos —¿Te lastime?

—No. No importa si lo de anoche fue un error, pero te amo. No quiero que te vayas sin que sepas lo que siento, Reed —cerró los ojos por un momento, no quería ver la expresión de Reed, no quería confirmar sus sospechas.

—¡Mírame!. ¡Naval, mírame! —ordenó, sosteniendo su rostro entre sus manos para poder así verla a los ojos, ella obedeció —No fue un error, nada fue un error, no me iré. No más, me quedaré contigo, con Sami, no importa nada, Te amo. Quiero que entiendas que yo te amo y por nada los abandonaré. Lo de anoche fue estupendo y no me arrepiento de nada, de tenerte, de besarte, de estar dentro de ti. Nunca, Jamás me iré —sentenció él estrechándola entre sus brazos —Y no me cansaré de repetirlo.

—Sabes que a mí no me van las promesas —sonrió en su pecho.

—Esa era Naval Kapot, ella jamás creía en los demás. En cambio aquí está la

señora Reed Fletcher y eso es distinto.

Ella levantó la mirada, aturdida por lo que acababa de escuchar —¿Qué dijiste?

—Creíste que solo conviviríamos, que tendrías chance de dejarme. Te equivocas. Cuando salgamos de todo esto. Serás mía y nadie podrá arrebatarte de mi lado.

—¿Estás hablando en serio?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida, Señora Fletcher. —besó sus labios, dejándole el sabor de la masa de panqueques.

—Tienes sabor a panqueques.

—Ya sabes mis gustos. Me gusta la masa cruda.

—No puedo creer que hasta en eso Sami se parece. Espero que no sea demasiado coqueto como su padre.

—Créeme. Tendrás que tener una pala y ahuyentar a todas las chicas que vengan a nuestra puerta.

—Entonces pediré una niña a la próxima.

—Con ella tendré un arma para ahuyentar a los chicos. Nadie tocara a mi pequeña.

—¡Dios mío! —se llevó ambas manos al rostro enrojecido —Ya planeando a más niños.

—Por qué no. Tenemos derecho a tener una familia. Nuestra familia.

—Ya somos una familia, completa —se puso de puntillas besando por primera vez a su marido sin miedo al rechazo.

## Capítulo 18

### CERCA AL INFIERNO

Naval con una sonrisa en sus labios, contempló esa escena tan magnífica, Reed cortando y untando el pan con mantequilla a Sami, y con su padre teniendo una conversación más que civilizada entre sonrisas e historias pasadas, momentos de alegría, momentos que resaltaban entre risas y recuerdos que perdurarían en su vida. por primera vez en mucho tiempo se sintió completa.

Reed dio un último sorbo a su taza de café se levantó de la mesa, besó la cabeza de su hijo, luego los labios de Naval y por último, dándole una palmada en el hombro a Nolan —Llamaré a Dylan, necesitaré que traiga mis cosas.

—¿No crees que es muy temprano para llamarlo? —espetó Naval.

—No. Ya está despierto. Necesito ropa, a menos que quieras que este en pijama todo el tiempo —sonrió guiñándole un ojo, no quería decirle en voz alta que deseaba estar desnudo con ella en la cama por mucho, mucho tiempo, tomó su móvil y camino hacia el patio, necesitaba privacidad, pero también asegurarse que Dylan lo disculpara por ser un troglodita el día anterior.

Sami al ver a su padre salir, saltó de su silla intentando alcanzarle, pero su madre lo detuvo, pidiéndole que terminara de desayunar —Cariño, termina tu desayuno.

—No. Quiero ir con papá.

—Samuel. Debes terminar de desayunar. —le reprendió.

—Déjalo Naval. Que vaya. Luego terminara —sonrió Nolan —Ve Sami. — el pequeño corrió hacia su padre tomándole de la mano y siguiendo sus pasos. Reed se encontraba de espaldas cuando sintió la calidez de una pequeña mano cernirse sobre la suya, bajó la vista y vio a su pequeño, cerró los ojos por un instante, amaba ser padre, amaba ser esposo, amaba protegerlos, amaba haber tomado la decisión de regresar a Midland, saliendo de ese ensimismo cuando escucho la vez de su amigo —Reed.

—Hey Dylan.

—¿Todo bien por allá?

—Sí. Todo es perfecto —sonrió soltando un suspiro —Quiero pedirte un favor, puedes traer mis cosas y quizás darme unas armas. Debo asegurarme de tener todo bajo control.

—Claro. Aunque Eric llamó anoche y dijo que no había ninguna novedad, más bien, Amanda pidió su dimisión al regresar y por lo visto comenzó a empaquetar sus cosas una vez más.

—No la culpo.

—Reed, es lo mejor.

—Lo sé. Y bien escondido que te lo tenías. Pero. —hizo una pausa significativa, mientras veía a su hijo patear unas piedritas entre la nieve, imitándole —Gracias. Gracias.

—¿Por qué? —le preguntó confundido.

—Por proteger a mi familia cuando yo era un idiota.

—Sabes que también es mi familia, Eloísa jamás me perdonaría si yo hubiese dado la espalda a Nolan. Sabes que yo aprecio mucho a Naval, a Sami.

—Además te debo una enorme disculpa por utilizarte como saco de boxeo. Por favor dile a Clare que me perdone.

—Creo que eso ya está olvidado, mientras no lo echas a perder otra vez.

—No, esta vez no. La amo, se lo dije, no la dejaré otra vez. No puedo perderla otra vez.

—No lo harás. Ella te ama demasiado, solo tenía miedo, miedo a que la odiaras, miedo a que le quitaras a Samuel. Para ella no fue fácil la vida que llevo en la residencia y a ti te consta, ahora es diferente, pero los viejos demonios siempre vienen a atormentarla.

—Xavier y Svyatoslav. Esos. —quiso decir groserías, pero al tener a su hijo de la mano, se abstuvo de decir groserías —Solo quieren dañarla.

—Y no lo permitiremos.

—No. Jamás —de la nada, como si de una nube gris se tratara, la amenaza fresca de Xavier apareció entre sus pensamientos, entre sus mayores miedos, esa llamada fue tan exacta, tan precisa que su cuerpo tembló ante el simple recordatorio de una venganza próxima por parte de esa bestia sin entrañas. Xavier le había llamado por teléfono la semana en que iba a mudarse, la semana en la que iba a comenzar una supuesta nueva vida con Amanda —Xavier me

llamó —dijo de repente, su rostro había perdido cualquier rastro de color, recordó a detalle la conversación, cómo le iba a olvidar si esas amenazas hacían que hasta al más rudo se le erizara la piel de tan solo imaginarse de lo que ese hombre era capaz.

*«—Tú crees que tus grandes esfuerzos han dado frutos. ¿Qué es lo que te hace pensar que después de tres años puedes olvidar todo y continuar?. ¿Ya la olvidaste?. —le había dicho con desdén —¿Qué te hace pensar que está muerta? —divulgó negando con la cabeza —Eres un completo idiota al creerlo — exclamó —Ella nunca murió. Ella jamás murió.*

*—Nos volveremos a ver Reed. —sentenció Xavier —Tú me llevaras hacia ella. »*

Intentando controlar sus emociones intentó pronunciar palabra alguna — Dylan.

—¿Dé que estás hablando? —mencionó asustado, interrumpiéndole — ¿Cuándo fue eso?

—Me dijo que ella no estaba muerta y que yo lo llevaría hacia ella. — mencionó Reed al borde de la histeria, quitando de su oído el celular, viéndole entre sus manos cómo si fuese algo del otro mundo, como si de un momento a otro fuese a sacar garras y dientes afilados, cosa que había hecho. había caído en una trampa novata. —Tengo que sacarlos de aquí. —susurró —rugió rompiendo el móvil con sus manos y lanzándolo lo más fuerte posible hacia el lago congelado, pero era demasiado tarde.

—¿Papi, qué pasa? —preguntó el niño con el ceño fruncido.

—Debemos irnos de aquí —tomó a su hijo en brazos y entro a la casa.

Naval aseaba la cocina, mientras que su padre guardaba las sobras en el refrigerador, cuando de un momento a otro la mampara que separaba la cocina y el patio se abrió con brusquedad, ambos volvieron el rostro para ver a un Reed con el rostro desencajado sosteniendo a Sami como si su vida dependiera de ello, intuyeron que algo estaba mal, algo estaba fuera del control de Reed, incluso de ellos mismos.

—¿Reed? ¿Qué sucede? —preguntó la joven madre, acercándose a ellos.

—Debemos irnos de aquí —dijo con la voz plana.

—¿Por qué? —le cuestionó.



—Acabo de cometer el peor error de toda mi vida. Nunca debí venir, nunca debí buscarte y quedarme contigo. Debí olvidarte y seguir con mi vida. No estar aquí, seducirte y hacerte el amor cuando tenía que estar lejos de ti, lejos de Sami, la única manera de mantenerlos a salvo. No debería estar aquí.

Fueron las palabras más duras que había recibido en menos de 24 horas, Naval tragó saliva, mientras que su sangre se heló por completo, había cometido un error nuevamente con respecto a Reed Fletcher. Retrocedió unos cuantos pasos, su estómago se contrajo de tan la manera que el desayuno iba a salir en cualquier momento, su espalda y pecho sintieron una presión conocida, algo que había olvidado en eso tres años, la decepción, no podía hacer nada, no podía reprocharle algo, cuando ella misma se había arrojado a sus brazos, pidiéndole que continuará con ese ritual de seducción, no podía decirle algo más si se sentía atrapado en esa relación.

—¿Reed qué estas tratando de decir?. —exclamó Nolan acercándose —Nada es un error, te he visto feliz, más feliz de lo que yo nunca pude ver en toda tu vida. Mereces esta oportunidad, mereces ser feliz.

—Nadie te está atrapando con un compromiso, Reed —se escuchó la voz de Naval, tanto, que se sorprendió por el tono de su voz, ya que minutos antes no podía ni articular palabra alguna —Puedes irte.

—No se trata de eso. Xavier sabe dónde estás por mi culpa.

—¿Qué? Eso es imposible.

—Nolan. No. Siempre supo que estaba viva. Él me lo advirtió —negó con la cabeza, presa del pánico en perderlos nuevamente —Sube arriba con Sami, empaca algunas cosas, nos iremos. No podemos esperar a Dylan. Tenemos que sacarlos ya de aquí —a grandes zancadas fue al armario de visitas y se deslizó rápidamente en unos pantalones vaqueros y una camiseta ceñida, tomó su arma y la guardó detrás de su cinturilla.

Nolan tomó el teléfono —Será mejor que llamé a Eric —estaba igual de asustado de poder perder a su hija y nieto. Asustado y quizás arrepentido de haber comenzado una guerra que no tenía fin.

Naval al ver el nerviosismo de ambos hombres, tomó a su hijo en brazos apretándolo contra su pecho, retrocedió unos cuantos pasos dispuesta a subir escaleras arriba, cuándo el inconfundible sonido del timbre llamó la atención de esa familia, como también asustándoles.

Nolan colgó el teléfono y miró a Reed, que a su vez se paró protectoramente

delante de Naval y su hijo, obligándoles a retroceder un poco, tomó su arma en mano y deslizó el seguro —¿Quién es? —preguntó Reed.

No hubo respuesta, pero el timbre sonó una vez más —¿Quién es? —volvió a gritar. Pero nada, nadie contestaba, sabía que era arriesgado acercarse a la puerta y ver por la mirilla, era incluso arriesgado ver por la ventana. Volvió el rostro, notando a una Naval pálida y temblorosa ante el miedo, mientras que sostenía a Sami contra su pecho —Sube arriba —articuló Reed, señalándole con el índice que subiera.

Ella negó con la cabeza, tenía miedo, lo podía ver en sus ojos, miedo de perder a su familia una vez más —Sube arriba, escóndete con Sami. No salgas hasta que yo mismo vaya por ustedes. —ordenó.

Tragó saliva, asintiendo con la cabeza obedeciéndole, subió las escaleras lo más rápido que pudo mientras que mordía su labio inferior ante el pánico, una vez en el pasillo del segundo piso, deseo haber tenido una casa más grande, con más salidas, pero eso implicaba zonas no seguras para ataques más precisos.

Con la mirada brillante ante las lágrimas por el miedo, buscó un lugar donde ocultarse, pero con Sami en brazos y asustado era imposible, todo era inútil la casa estaba demasiado desprotegida —Mami —le llamó Sami asustado al notar que su madre buscaba salidas, buscaba algún lugar seguro dentro de esa casa que le vio crecer y que de un momento a otro era una prisión sin escape alguno.

—Sh —dijo ella, llevándose el dedo índice a los labios —Debemos permanecer callados, cariño.

—Papá —mencionó el niño.

—Él vendrá. Vendrá. Pero debemos guardar silencio.

Reed con su arma en manos caminó a pasos ligeros hacia la puerta, acercarse era demasiado arriesgado pero debía hacerlo, era necesario hacerlo, el timbre volvió a sonar, haciéndole respingar y cerrar los ojos —¿Quién es? —preguntó una vez más exasperado buscando una respuesta pero no hubo ninguna.

Nolan retrocedió, abrió el armario y deslizó una pequeña caja de seguridad, tecleó la clave, tomó su arma y dos pequeñas cajas de municiones, arrojándole una a Reed de inmediato, él asintió con la cabeza y se puso en posición, iba a abrir la puerta con Nolan cubriéndole, pero antes de que pudiera hacer algo, un rugido ensordecedor llenó el aire, los floreros y adornos de la casa comenzaron a estallar, las ventanas a romperse, la madera de la casa a astillarse y esquirlas de vidrio volaban por los aires.

Reed corrió hacia la cocina, lanzándose sobre la mesada de centro y cayendo hacia el otro lado protegiéndose de los disparos, Nolan se arrojó a su vez detrás del estante del televisor, arrojando el sillón a un lado para cubrirse mejor, incluso inclinó el mueble sin importarle que el televisor de pantalla plana cayera al suelo.

—¡NAVAL! —gritó Reed desesperado, los disparos era seguidos, un claro indicio que deseaban el trabajo terminado y asegurado, disparando casi toda la carga sin contemplación alguna —¡NAVAL! —gritó consternado al no poder socorrerla, quería ir y buscarlos, pero era imposible sin que uno de esos disparos lo alcanzara, hiriéndolo o matándole en el proceso, y con ello no podía protegerla, protegerlos.

Al sentir la tanda de disparos Naval cubrió a su hijo con su cuerpo, mientras que los gritos de Sami eran opacados por las municiones al chocar con la madera, los vidrios y el concreto, levantó el rostro y vio hacia todos lados, necesitaba ponerse de pie y correr hacia una de las habitaciones, necesitaba ordenarle a sus piernas que cooperaran, así que se levantó del suelo, tomó a su hijo y corrió hacia su habitación con un Sami asustado que gritaba y sollozaba por ayuda y por su padre.

—Tranquilo, tranquilo. Cariño —susurró en su pequeño oído, dejándolo detrás de la cómoda de madera, abrió el closet y arrojó todo lo que le estorbaba en su búsqueda, hasta que la encontró, el arma de su padre, el arma que una vez le perteneció a Nicolay.

Con dedos temblorosos acarició la inscripción de la culata, la marca personal de un Kapot, volvió el rostro hacia la puerta al no sentir más disparos, más solo lograba visualizar motas de polvo esparcidos por toda la casa, ese silencio sepulcral no podía ser bueno, acercándose a la puerta no pudo resistirle a llamarle —¿Reed?

—Naval. Naval. ¿Estás herida? —gritó Reed arrastrándose hacia el rincón de la mesada para poder ver si alguien entraba.

—No. No. Estamos bien. Estamos bien —le respondió ella, temblorosa y sobre todo asustada, hace tres años que se había alejado de esa vida.

—Quiero que te quedes allí, no bajas. Pase lo que pase, no salgas —su respiración era entrecortada, tenía un corte en la frente ante la caída pero nada grave —NOLAN —le llamó.

—Estoy de diez. —gritó él —Debemos sacarlos de aquí.

—Pero cómo. En el menor movimiento nos disparan —apretó la mandíbula por su ineptitud, sintiéndose más que un hombre inútil a un estúpido agente que no supo ver los claros indicios de una trampa como aquella. Se pasó la lengua por sus labios secos ante ese golpe de adrenalina, que de soslayo pudo captar una sombra acercarse a la mampara de la cocina, casi. Casi jala el gatillo, pero se contuvo al ver a Dylan de rodillas haciéndole señas para que abierta la puerta con cuidado y un arma en mano. Arrastrándose, rompió el vidrio con la culata de su arma, ya que levantarse era arriesgado, no sabían cómo y de dónde atacaban.

—Se supone que debías abrirme, no romper la mampara. —espetó Dylan, uniéndose a su amigo, ambos pegando la espalda contra la mesa de concreto y mármol.

—En serio me dices eso. La casa ya está hecha pedazos. La mampara no durara mucho ¿Quién nos ataca?

—Hay dos Ranger Rover negros afuera, sin matrícula, tienen SMG Mac10. Entre por la casa del vecino en cuanto vi y escuché los disparos, están todos asustados y ya han llamado a la policía.

—Llámanos a Eric. pero luego fuimos atacados.

—Le llamé a su casa después de tu llamada, le robaron el móvil anoche, y me dijo que alguien había entrado a su departamento y habían revuelto todo, habían sacado expedientes y se perdió uno en especial. Están detrás de nuestros pasos. Así que envié a Clare y Lucas a casa de Eloise, y ellos está saliendo ahora de la ciudad. Es mejor alejarlos.

—Necesito subir. Debo cubrir a Naval. —quiso levantarse, pero una nueva tanda de disparos comenzó a retumbar en la casa —¡Maldición! —bramó, estaban atrapados y nada podían hacer, era un plan infalible —Llama de nuevo al 911.

—Crees que no lo hice ya. Son demasiados. Demoraran entre diez minutos.

—En diez minutos podemos estar muertos. ¿Cuántos hombres?

—Siete a lo mucho. Pero de seguro habrá alguien en el auto esperando resultados inmediatos de este ataque.

Asegurando su puesto detrás de la puerta. cerró los ojos, tragó pesadamente saliva, sentía a su hijo llorar y ella estaba más que asustada, pero el miedo no la sacaría de esa situación, no la ayudaría a tener el control y poder así salvar a su pequeño, necesitaba sacar a esa fiera de años atrás, sacar a la Naval que no le

temía a nada, a la Naval que podía luchar sin miedo y sin temer a consecuencias, a la que podía defenderse sola, pero en el fondo sabía que una de esas balas podía alcanzar a Sami si es que no pensaba y actuaba con claridad, pero con esa arma en mano, el seguro deslizado hacia atrás y lista a disparar, tuvo claro que no tenía ni la remota idea de cómo lidiar con ello una vez más. Se suponía que buscaron el lugar más tranquilo, el sitio más relajante, donde todos se conocían, donde no habría armas, no habría balas y mucho menos ese miedo incesante de años tras, sin poder contenerse, echo la cabeza hacia atrás, solo necesitaba paz, solo necesitaba tranquilidad, pero todo había terminado, la burbuja de perfección, así como Reed había calificado a su nueva vida, le había explotado en la cara y con consecuencias irreversibles.

Viendo a su hijo que sollozaba y clamaba por ella y su padre, le pidió con delicadeza y llevándose el dedo índice a los labios —Shh. No salgas de allí. No salgas — repitió con voz baja. Pero como no iba a estar asustado, cuando lluvia de balas estaban irrumpiendo en la tranquilidad de los suburbios, cuando su hijo la veía con esos ojos azules asustados y brillantes de lágrimas cuando tenía en mano un arma, una faceta que se prometió no mostrar a su niño y dejar atrás en el olvido como todo lo demás relacionado al mundo de los Kapot.

En lapsos de segundos habían tenido lluvia de balas, necesitaba controlar, necesitaba terminar con todo eso ya —Tranquilo Sami.. Todo estará bien.

Con el arma en mano, buscó un punto ciego, preparada para la que sería la nueva tanda de disparos —¡Reed! —gritó, al sentir las balas una vez más.

—¡Naval! Quédate quieta —contestó él, intentando levantarse, pero no podía, estaban dispuestos a matar a todo aquel que se encontrara en la casa, de la nada, todo se detuvo siendo un silencio sepulcral y una sensación más que escalofriante.

Reed se levantó de manera rápida, corrió hacia el vestíbulo, y antes de que pudiera subir a las escaleras, patearon la puerta principal seguido de balas, sin la oportunidad de subir, corrió hacia la sala, lanzándose al suelo, se cubrió la cabeza y gateó gateando entre la mesa de comedor.

Dylan aproximó la cabeza, viendo a siete hombres armados, entrar a la casa, sus armas y rifles en mano decían claramente que eran expertos y no se irían de allí hasta no conseguir lo que deseaban, gateó hasta el otro extremo de la mesada, rogando que ésta resistiera y no permitiera traspasar las balas. Tragó saliva, y captó algo perturbador, había un octavo hombre, vestido con un traje costoso y brillante —¡Carajo! —juró por lo bajo, el verle allí implicaba solo una

cosa, los quería a todos muertos.

Los hombres armados cesaron el fuego, observaron el lugar y que no había nadie allí, más que muebles en el suelo y agujeros en todos lados, dos de ellos rompió fila, uno caminó en dirección a Reed, mientras que el segundo hombre, fue a la cocina.

Dylan sintió los pasos y vio la sombra reflejada en el horno microondas, tragó saliva y retrocedió con cautela, estaba atrapado, ya que si salía de esa zona, los otros hombres podían dispararle. Apretó los ojos con fuerza al sentir cómo el cañón de un arma le apuntaba en la nuca —Despídete, amigo —murmuró la voz, con el dedo en el gatillo, listo a disparar, un sudor frío cubrió la frente de Dylan, apretó los labios en un rictus nada delicado, era su fin.

Reed levantó la vista y vio su arma a unos cuantos metros de él justo debajo del sillón, estaba lejos de poder alcanzarla, con la respiración entrecortada, logró levantarse, se pegó a la pared al escuchar las estruendosas botas al pisar el vidrio y la madera en su dirección, contando mentalmente, tomó la lámpara de mesa, lo único que podría protegerlo en esos momentos.

Cuando lo sintió a un lado de la pared, tomó la lámpara entre su mano y lo arrojó contra el rostro del sujeto armado, inclinando su brazo le lanzó un duro golpe en la mandíbula, obligándole a retroceder, pero éste en un solo movimiento le tomó del cuello para golpearlo, Reed fue más rápido, lanzándole un puñetazo en la cara y en ese rápido movimiento, su rostro se volvió en dirección a la cocina, pudiendo ver a su amigo retroceder pero el cañón de un arma acercarse a su nuca.

Ante ese descuido, su atacante lo tacleo, ambos cayendo encima de la pequeña mesa de la sala, entre golpes y vidrios volando, Reed logró sacárselo de encima con la rodilla, estiró su mano, tomó su arma y jaló del gatillo dos veces, matando al intruso, y al que amenazaba la vida de su mejor amigo, pero solo así advirtió a los demás de su posición y las balas comenzaron en su dirección — ¡Carajo! —juró él, estaba cansándose.

Dylan al sentir una bala y el cuerpo caer al suelo, abrió un ojo, auscultándose —¡Dios! —murmuró, volviendo el rostro hacia atrás y viendo al hombre con un agujero en medio de las cejas.

Reed se levantó de inmediato, corrió cubriéndose con las manos hacia el pasillo y allí, arrojándose a lado de Nolan que estaba imposibilitado, no podía ni moverse, la piedra dura de la chimenea y el estante del televisor estaban protegiéndolos.

Nolan negó con la cabeza, estaban atrapados, no había forma de salir de allí —Debemos salir de aquí —le dijo su yerno, intentando no desperdiciar las pocas balas que le quedaban.

—No podemos. Estamos rodeados —logró levantar su arma y dar algunos disparos al azar —Tenemos que ver la manera de sacarlos de aquí.

Reed frunció el ceño al ver que uno de los hombres se disponía a subir las escaleras, ese hombre le resultaba muy familiar, era alto, la piel canela con rasgos latinos, tenía el cabello largo al ras de los hombros, pero con sus rizos parecía corto, su nariz aguileña, sus ojos oscuros y su boca pequeña, era un titán, era demasiado alto —¡Mierda! —juró por lo bajo, estaba atrapado allí, sin opciones más que solo gritarle para poder prevenirla —¡Naval! ¡Cuidado!

Naval vio a su hijo y trató calmarle —Sami. No salgas —le ordenó, tomando el monito de su hijo y entregándoselo. Dando pasos suaves, se escondió detrás de la puerta de su habitación, un sudor frío cubrió su rostro, así como la extraña sensación de que algo malo estaba por pasar.

Entre los pedazos de yeso, polvo y miedo, la figura inconfundible de pablo falcón surgió de manera imponente, subiendo las escaleras de manera elegante, sin respingar de miedo o mover un solo cabello de esa melena bien peinada ante las balas, era un hombre que no tenía miedo, un hombre que vivía más bien de él.

Temblorosa, apretó el arma entre sus manos, con el dedo en el gatillo la levantó teniendo en la mira a Falcón lista a disparar, pero antes de que pudiera hacer su movimiento, una mano la tomó de los cabellos, golpeándola con fuerza contra la pared, obligándola a soltar el arma y empujándola cerca a su hijo.

Naval cayó de bruces hacia atrás, retrocediendo y pidiendo a un tembloroso Sami que se calmara —Tranquilo bebé. Tranquilo.

Keyla tomó el arma y le apuntó a Naval, pero la mano de Falcón se lo impidió con una gran sonrisa colgando de sus labios, no se permitió impresionar por la fuerza y la testarudez de esa madre salvaje que les observaba con odio y miedo.

Permitiéndose mantener el control, Naval tragó saliva y sangre, supo que la única manera de salir de allí era luchando, la única forma de proteger a su hijo era peleando. Levantándose con cuidado del suelo, protegió a su hijo detrás de ella retrocediendo un poco más, de la nada tomó una lámpara con la mano y se la arrojó a ambos ganando solo unos segundos, tomó la mano de su hijo y corrió

hacia el baño, saliendo hacia el pasillo y buscando una salida o un escape a esa tortura.

Keyla corrió hacia el pasillo, arremetiendo contra ella, levantó el arma y disparando, pero Falcón intervino evitando así que el disparo cayera sobre Naval y su hijo, quitándole el arma levantó la mano y la dejó caer en el rostro de la descomunal morena —Perra. Los necesitamos vivos.

Naval gritó al sentir la bala, buscó una salida, pero era imposible, estaba arrapada, así que como única opción, entró al estudio de su padre, cerró la puerta con llave y empujó el librero bloqueando de ese modo la puerta.

A grandes zancadas, Pablo se acercó a la puerta e intentó abrirla girando de la perilla, pero estaba cerrada —Idiota. Solo lograste complicarme el trabajo — musitó Falcón a Keyla por su impertinencia, dando un paso atrás, levantó el pie dándole una buena patada a la puerta, pero esta no cedía.

Naval respingó al sentir los golpes en la puerta, y que ésta cedería tarde o temprano, estaba asustada, sí, asustada de ver a su niño llorando, aterrado, asustada de poder perderlo, de poder perder a su familia, negó con la cabeza, se negaba a perder esa batalla, así que acuclillándose ante su pequeño, lo tomó de sus bracitos y le vio a los ojos, sus ojitos rojos de tanto llorar —Mami te cuidará, mami te ama mucho y no permitiré que se acerquen o te hagan daño, cariño — intentó mantener sus lágrimas ocultas, pero los intensos golpes en la puerta la ponían ansiosa y temerosa de lo peor, Falcón podía matarlos a ambos sin compasión.

Falcón lanzó una patada más, haciendo ceder la puerta y el mueble, viéndola vulnerable y aterrada, la oportunidad perfecta para poder jugar.

Naval tomó aire, se puso de pie, erguida, hizo atrás a Sami con la mano, dándole espacio y la seguridad de tener a Sami a una distancia prudencial, Keyla quiso acercarse, pero Falcón la detuvo —Mi turno, tú quédate fuera de esto.

Cómo no iba a conocer a Pablo Falcón, era rival de su padre, era un poco menos poderoso que él, pero tenía la astucia y el arguende para ser un líder, Pablo Falcón. Muchos decían que era italiano, otros mexicanos, pero lo que sí se sabía era que era despiadado.

Acercándose a ella, no previo lo que ella lucharía, ya que al tenerlo en frente le lanzó un puñetazo en el rostro, obligándole a dar unos pasos hacia atrás, pero nuevamente Keyla quiso acercarse, llevándose la furia de ese hombre igualmente de testarudo —Te dije que no te metieras —bramó enfurecido.



—¡Aléjate de nosotros! —gritó ella.

Pablo sonrió ante la valentía de esa mujer, escupió su sangre y se limpió el labio con el dorso de su mano, estaba vestido con un traje color gris de seda, ¿Qué clase de hombre iba a una lucha con traje?

—Mujer valiente o muy estúpida.

—Soy una madre furiosa, que no permitiré que un bastardo cómo tú se acerque a mi pequeño.

Pablo ladeo la cabeza, mientras que una sonrisa colgó de sus labios —Me gusta jugar. —exclamó con sorna, acercándose a ella, pero Naval sabía cómo pelear.

—Lástima. A mí no —Naval levantó la pierna pateándole en la entrepierna, haciendo que Pablo retrocediera.

—Me advirtieron de ti. Una gata furiosa. —exclamó rojo de ira y dolor.

—Pues debiste hacer caso —se puso en posición, llamándole con los dedos lista para pelea, había pasado tres años desde que dejó de luchar y practicar, pero valía la pena arriesgarse por su hijo.

Se acercó a ella a grandes zancadas, pero el cuerpo de Naval logró reaccionar, levantó un puño y lo golpeó, no fue tan fuerte como esperaba, pero sí para que Pablo diera unos cuantos pasos atrás, sus nudillos consiguieron impactar en la barbilla desencajándole por unos instantes.

—Lástima que tengas dueño. —mencionó él, divertido al verla luchar, levantó los puños, ambos entre golpes y embestidas. Naval levantó la rodilla encajándola en el estómago de su oponente, lanzando unos cuantos codazos y derechazos llenos de furia haciéndole retroceder, pero nada suficiente fuerte para hacerlo caer.

Pablo le lanzó golpe tras golpe, pero era evadidos por la joven madre, recordado a detalle sus entrenamientos pasados, podía ver a Creed y a Sansón asesorándole, diciéndole que tuviera cuidado en cómo formaba los puños, la manera en cómo extendía el brazo y con más furia lograba golpear y evadir los ataques de Falcón —Golpeas como niña —logró bufarse, regresando a ser Naval Kapot.

—Eres tan ardiente como lo imagine —sonrió Pablo lanzando un golpe, Naval lo evadió, tomó el puño de Pablo, lo jaló hacia ella, sujetó su corbata y dándole un rodillazo en el estómago, finalizando con un buen derechazo en la

mandíbula, haciéndole caer de bruces, cosa que no le gusto demasiado a Falcón.

Con una mirada pétrea, se acomodó la barbilla curvando sus labios en una sonrisa irónica, le agradaba el curso que tomaba esa pelea —Veo que el juego va más allá de simples golpecitos. Es mi turno —mencionó, lamiendo su labio herido, desanudándose la corbata, quitándose la chaqueta y abriéndose la americana con una sola mano.

Naval tragó saliva, nada bueno podría venir de esa mirada profunda, de esa sonrisa colgando de la comisura de esos labios carnosos, acercándose esta vez con mucha más furia, lanzó sus puños al aire, una y otra vez tomándola desprevenidamente del cuello en un solo movimiento para luego estamparla contra la pared una vez más, Naval quiso quitar su agarre con aquella técnica que Creed le enseñó, pero Falcón ya había previsto su movimiento, apretando su agarre, Naval intentó tomar oxígeno y quitar esa mano posesa de su cuello, gritando por liberarse, mientras que con la mano libre intentaba defenderse, instintivamente le clavó las uñas en el rostro, un grave error, dejando no solo sus uñas impresas sino dejando marcas rojas y sangrantes.

—¡Maldita! —rugió él, iba a darle un golpe muy bueno, cuando de la nada Naval lanzó su cabeza hacia adelante propinándole un buen cabezazo, no solo impactando en la boca de Falcón sino partiéndole el labio y en consecuencia lastimándose ella misma la frente. Retrocedió unos pasos, aturdido logró soltarla, llevó una mano hacia su rostro manchando sus dedos con sangre, furioso levantó un puño estampándolo contra el rostro de Naval sin contemplación, haciéndola tambalear y caer de bruces hacia atrás como una marioneta, en el proceso golpeándose la cabeza contra la pared dejándola atontada con la visión borrosa.

—Trae al niño —le ordenó a Keyla, sacando un pañuelo del bolsillo de su pantalón y cubriendo los arañazos. Pudo distinguirlo, ver a Keyla caminar y sacar a su hijo de la habitación, trató de mantenerse consiente pero gracias al golpe no podía, diviso su arma a la distancia, se estiró logrando tomarla y apuntarle a Falcón, pero su mano tembló al ver como esa mujer morena se llevaba a su hijo y ella lo permitía sin luchar.

—Sami —sollozo y cerró los ojos cayendo en la profundidad de la oscuridad.

—¡Mami! —chilló Sami al ver a su madre en el suelo.

Pablo se agachó tomó su chaqueta, sacudiéndola para luego colgarla sobre su hombro, observándola —Repito. Lástima que tengas dueño —giró sobre sus

talones y bajó con la misma elegancia de cómo subió minutos atrás.

Dylan voló por los aires disparando al pasillo, dándole a uno de los sujetos en la pierna y así tiempo para poder rescatar a Naval, se acercó a sus amigos disparando —Necesitas ir. Necesitas ir. Ella sola no podrá —gritó Dylan por encima del sonido estridente de las balas al chocar.

Reed asintió con la cabeza, recargó su arma, estaba listo para ir mientras que Dylan le cubría, pero se quedó paralizado al ver a la morena tener a su niño en brazos y a Pablo Falcón limpiándose el rostro de sangre. Todo parecía ir más lento en la cabeza de Reed, y ver la sangre, esa sangre —¡Samuel! —gritó, quiso ir, abalanzarse y rescatar a su hijo, no importaba las balas que impactaban por encima de su cabeza, pero Nolan lo sujetó con fuerza para que no cometiera una estupidez, tomó la camiseta de Reed en un puño, empujándole contra la pared para que no se moviera.

—SAMUEL SE LLEVAN A SAMUEL—gritó al ver a su hijo salir en brazos y desaparecer de la casa —DÉJAME IR. DÉJAME IR. —vociferaba desquiciado, mientras que las balas seguían impactando.

Nolan apretó la mandíbula y dejó de apuntar a los intrusos para apuntarle a Reed en el pecho, cómo único método para tranquilizarlo —No, Reed, No te dejaré. Es mejor que sigas vivo a muerto. Podremos recuperarlo. Podremos recuperarlo.

—¿Qué carajo Nolan?. Planeas matar a Reed. Apunta a esos imbéciles no a él —espetó Dylan.

Reed le lanzó una mirada desconcertante, no podía creer que le dijese algo así, que hiciese algo así, tomando el puño de Nolan, lo arrancó de su camiseta, se soltó de ese agarre y corrió tras ellos saltando entre muebles y obstáculos en su camino, pero era demasiado tarde, los hombres se estaban retirándose del lugar, resguardados en la seguridad de esos autos, pero no podía dejarlo ir sin pelear, corrió con todas sus fuerzas detrás del auto, levantó su arma y disparó, quería intentar algo, alcanzarlos pero todo era en vano, perdiéndoles en la distancia — ¡Samuel! ¡Samuel!—gritó con lágrimas en los ojos, había defraudado a Naval, no había cumplido con las promesas que le había hecho a su hijo la noche anterior.

Nolan y Dylan fueron tras él ante el miedo que pudiese hacer alguna locura y arriesgar su vida, pero de igual manera era tarde. Cerró los ojos y la imagen de Pablo Falcón limpiándose el rostro lleno de sangre lo hizo retroceder —¡Naval! —corrió de regreso a casa, mientras que las sirenas y patrullas se hacían notar a

unos cuantas cuadras.

Entró a la casa, observó cada rincón destruido por las balas, mirando escaleras arriba, temiendo encontrar el peor de sus miedos, que su Naval haya muerto —Naval —gritó su nombre, subiendo las escaleras, vio las habitaciones, y sin poder evitarlo, podía reconstruir cada escena en su cabeza de cómo Naval luchó por proteger a su hijo, cuando levantó la mirada la vio en el despacho de Nolan, corrió hacia ella, le quitó el arma de las manos y la tomó entre sus brazos, tenía un golpe en el rostro, varios rasguños y moretones, sin poder contenerse más, lloró, lloró por ser un inútil, por no protegerla como era debido —Dios mío. Fue mi culpa. Es mi culpa. Lo siento cariño, lo siento.

Reed apretó la mandíbula, tragó saliva ante el miedo de ver esa imagen una vez más, abrió los ojos como platos recordando así la escena de hace tres años cuando a Naval le dispararon, cuando permitió que lo abandonara, cuando permitió que Xavier Scott interfiriera, no podía perderla esta vez, no otra vez.

Observó la casa, estaba deshecha, vidrios, madera, plumas, todo hecho trizas en el suelo, los cuerpos de tres de los atacantes se encontraban a en tres distintas zonas de la casa, bajó la vista y vio el pequeño mono de su hijo, estirándose, lo tomó entre sus manos supo que jamás podría perdonarse ese error que había cobrado la vida y salud de su Naval y sobre todo la muerte segura de su pequeño hijo en manos de Xavier Scott.

Dylan y Nolan antes de que pudieran incluso dar un paso al interior de su destartada casa, la policía los rodeó, obligándoles a soltar sus armas y levantar las manos, Dylan estaba más que enfurecido, negándose a cooperar —Soy agente del FBI. El verdadero enemigo acaba de escapar en sus jodidas narices.

Uno de los policías empujó a Dylan intentando esposarlo —Si cómo no. Siempre llegamos tarde. Si tú eres del FBI, yo soy Robert DeNiro.

—¡Maldición viejo!. Soy del FBI. Y están cometiendo un grave error. Un jodido y grave error. Deben encontrarlos.

—Dylan. Solo cálmate. —mencionó Nolan intentando controlarse.

—Sí Dylan. Hazle caso al viejo —se bufó el policía.

—¿A quién mierda le dices viejo? —gruñó Nolan mientras era esposado.

Dylan logró leer el nombre del policía en su gafete —Guevara eh. Si no me

crees, busca en mi bolsillo derecho, allí está mi gafete, además del número de Eric Krause mi supervisor y jefe.

El Oficial Guevara dudó por un momento, pero buscó en el bolsillo que le fue indicado encontrando la identificación, tragó saliva duramente, incluso el movimiento de su manzana de adán se hizo evidente, con manos temblorosas comenzó a querer quitarle las esposas a un cabreado Dylan y no diciendo palabra alguna.

—Dame tu teléfono. —le pidió al oficial, quien se lo entregó esta vez sin chistar.

—¿A quién llamaras? —preguntó Nolan, sobando sus muñecas ante las ajustadas esposas.

—Al FBI.

—Sabes que eso no ayudará. Tú y Reed estarán en graves problemas.

Dylan con la mandíbula tensa, supo que era mucho mejor estar en problemas a permitir que Xavier Scott se saliera con la suya, así que marcó el número de teléfono que tenía por años grabado, cuando la voz detrás del teléfono contestó, informándole — Soy Dylan Dupree. El caso Kapot acaba de reabrirse.

Y con ello, abrió la puerta del infierno una vez más.

## Capítulo 19

### PURGATORIO

La cama en la que se encontraba era dura, nada que ver con el suave colchón de su cama, las sábanas parecían plástico que a cada movimiento sonaban incomodándola, sintió una luz filtrándose a sus parpados cerrados, desorientada cerró con más fuerzas los ojos, murmurando en voz baja y suave el nombre de su hijo —*Sami* —pero aquella mano, aquella voz no podía ser escuchada, entonces recordó de manera brusca los disparos, a Pablo Falcón, a Sami en sus manos, irguiéndose de inmediato se encontró en una habitación desconocida de hospital, observó a su alrededor solo para visualizar a Reed a su lado con los codos sobre sus rodillas, la cabeza sobre sus manos y eso no era para nada una buena señal, revisó su cuerpo mentalmente, no tenía algún dolor agudo, más solo el palpitante dolor de su cabeza.

—¿Reed? —mencionó ella, entonces le vio levantar la cabeza, sus ojos estaban rojos ante sus lágrimas, su rostro estaba más pálido y con rasguños secos, negó con la cabeza, sacudió la cabeza, no podía ser posible —NO. No.

—Lo siento. No sabes cuánto lo siento. Intente evitarlo. Juró por Dios que intente detenerlos.

—No. Mi hijo no. —se levantó de un salto de la cama solo para abalanzarse sobre Reed y golpearlo en el pecho —NO. Si se lo llevaron fue porque no lo intentaste como debías. Prometiste protegerlo, prometiste cuidarlo. Lo prometiste —Reed sujetó sus muñecas apegándolas a su pecho para evitar así que ella se hiciese más daño, ya que había arrancado la intravenosa de su brazo sin dolor alguno —¿Por qué lo permitiste?. ¿Por qué? —preguntó histérica, cayendo de rodillas al suelo, Reed la estrechó entre sus brazos cayendo con ella, no quería verla a los ojos, ya que así ella vería que él también estaba llorando, que sufría.

—Por qué. Dime. Dime —imploró, pero Reed no hablaba, no quería hablarle — NO. Tú. Tú —sus manos intentaban golpearlo, arañarlo, lastimarlo como lo estaba ella —Tú. Tú eres el maldito culpable. Tú los trajiste hasta Sami, tu maldito infeliz. Me prometiste que lo cuidarías, me prometiste que lo protegerías. Te odio, te odio —Naval estaba tan paranoica e histérica, que Reed

solo cerró los ojos e intentó calmarla, pero era imposible.

—Naval..Por favor Naval —suplicó con un nudo en la garganta.

Ante los gritos Harris Cooper entró a la habitación, se acercó a ellos arrancando a Naval del abrazo de Reed, obligándola a levantarse y darle la oportunidad de estrecharla entre sus brazos, permitiéndose consolar. Reed vio por primera vez que su acto egoísta de verla y tenerla solo había facilitado las cosas para Xavier Scott, si él se hubiese quedado atrás, ella estaría con Harris y él cuidaría de ella, le daría lo que él jamás podría, estabilidad de un buen hogar sin peligro, fuera del radar, siempre a salvo. Pero de tan solo imaginarla con otro su sangre hervía, de tan solo verla lejos su corazón dejaba de latir. Poniéndose de pie, retrocedió unos cuantos pasos, sorbiendo su nariz y limpiándose con la mano las lágrimas que surcaron sus mejillas, él también había perdido a su hijo.

—Será mejor que te vayas —mencionó Harris sosteniendo a Naval contra su pecho mientras ella lloraba y gritaba por su hijo.

—Sí. Es lo mejor —se acercaba a la puerta cuando de la nada Dylan entró a la habitación, los vio a los tres, sostenía un móvil en la mano y su rostro estaba totalmente drenado de cualquier color, Reed vio el móvil y supo que esa era una llamada para los preocupados padres, sabía al 100 % tanto como Naval que Xavier mataría a su hijo sin antes destrozarlo como él acostumbraba a hacerlo con sus víctimas, cerró los ojos de tan solo pensar que ese pederasta y enfermo de Xavier podría hacerle a ese pequeño de tan solo dos años.

Naval volvió el rostro lloroso hacia Dylan, se soltó de Harris y tomó el teléfono, murmurando un saludo mecánico, se quedó helada por quien hablaba, la sangre dejó sus mejillas dejándola pálida, un miedo enfermizo cubrió su cuerpo, deseaba morir, deseaba morir en esos momentos de verdad.

Oyendo la voz desagradable de Xavier tiznada de rabia y triunfo —¿Te crees muy inteligente? Pues no lo eres, llevar al niño a un lugar alejado de los Kapot, es ponerlo en mis manos.

Se congeló, sus manos temblaban ante la noticia, no podía ser cierto —Mi hijo. Mi hijo. No te atrevas a hacerle daño. Ni te atrevas a ponerle un solo dedo encima, porque te mataré maldito bastardo —gritó enfurecida, con lágrimas en los ojos.

—Querida. Enfurecerte no nos llevara a nada. Te llamo para que puedas despedirte de tu pequeño. Sabes, es tan delicado y adorable. Tan suave y dulce.

—No. No. Maldito. —en ese instante escuchó la voz de su pequeño.

—¿Mami?

—Bebé. ¿Cómo estás?. ¿Estás bien?.

—Mami —sollozó el pequeño por su madre.

—Bebé. Sami, escucha bien. No dejes que ese hombre.

—No. No. no. —le advirtió —Nada de advertencias, no querrás que el pequeño se asuste, tiene madera para ser un sicario, un contrabandista o quizás una buena golosina para mí. Lástima que no sea un Kapot, le sentaría como guante.

—Escucha Xavier. Devuélveme a mi hijo. Por favor —suplicó llorosa —Te daré lo que quieras. Lo juro.

—Nada de eso. No tienes nada que puedas ofrecerme ni nada de mi interés.

—Devuélveme a mi hijo, maldito. Hijo de. —en ese instante, le arrebataron el teléfono de las manos, Reed estaba enfurecido pero también nervioso, era un agente y estaba familiarizado con esos casos, no debía perder la cordura, pero en ese momento, en esa situación, era su hijo quien dependía de un hilo.

—Xavier. No le hagas daño al niño. —de inmediato Naval se dio cuenta de que no había dicho mi hijo —*¿Acaso dudaba de que fuese suyo? ¿Acaso solo volvió para acostarse con ella nada más?*

—¿Al niño? No me digas que no eres el padre. —Xavier pensó lo mismo que Naval, regocijándose.

—Xavier. Por favor. Pide lo que quieras. Pero mi hijo. Quiero que este a salvo, y debe regresar a lado de su madre.

—Al fin habla el padre —se bufó de él —Lástima. No quiero nada de ustedes, con el niño tengo suficiente. Imagina todas las cosas que puedo hacer con él. Y todo gracias a ti —le agradeció ante de colgar. Reed se quedó pálido, no había llegado a ninguna negociación, pero como podría negociar con la vida de su propio hijo cuando este había admitido que era una buena golosina y él era el culpable de que su pequeño hijo sufriera en manos de ese lunático.

Naval se tambaleó, las palabras de Xavier eran veneno puro, él no tenía piedad, de tan solo imaginar las cosas que podría hacerle a su pequeño le provocó náuseas, así que cerró los ojos. La voz de su hijo, la voz de su pequeño Samuel, no podría vivir sin él, la vida sin su hijo no tenía sentido, tragó saliva, se sintió caer pero Harris la sujetó, evitando que se derrumbara la apretó contra su



pecho —Naval. Naval. —por primera vez en tres años, Harris le decía su nombre, su verdadero nombre.

Reed volvió el rostro hacia un lado no quería ver esa imagen, no quería ver a su Naval en brazos de otro hombre, aún no, quería recuperar a su hijo, ponerlo a salvo y así simplemente alejarse por el bien de ambos.

—¿Cómo. Cómo sabes mi nombre? —murmuró ella entre lágrimas.

—Dylan me lo contó todo. —respondió Harris besando la coronilla de Naval.

Reed levantó la vista y vio a Dylan, por un momento odio a su amigo, pero tenía razón, él había cometido el grave error de no advertirles desde el primer día en que fue a Michigan.

—Todo es tu culpa —dijo ella sobre el pecho de Harris —Todo esto es tu culpa, Reed. Hubiese preferido mil veces que tú murieras antes de que se llevaran a mi bebé.

Esa frase lo dejó aturdido y dolido, pero tenía razón —Naval, yo —quiso acercarse, pero Harris extendió una mano impidiendo que él se acercara.

—Ya tuviste tu noche conmigo, ahora lárgate de mi vida. Lárgate de mi vida. —gritó sollozante —Yo solo quiero a mi bebé. Escuchaste. Quiero de regreso a mi bebé.

Reed también quería eso, movería incluso cielo y tierra para poder ver a Samuel con su madre y eso incluía si tenía que pedir la ayuda del hombre al que más temía, al hombre al cual no confiaría su vida, pero era lo suficientemente hombre para arriesgar todo por ella, incluyendo su propia vida con tal de tener a Naval Kapot bajo su brazo.

—Te traeré de vuelta a Samuel.

—¿Y cómo harás eso, Reed? —preguntó Dylan.

—Eso no importa en este momento. Lo importante es traer a Sami de vuelta a casa.

Naval se volvió hacia él con los ojos abiertos, que parecían dos faros de esperanza ante esas palabras —*Traer a Sami a casa.*

—Reed no necesitas ser el héroe —inquirió Dylan desdeñoso.

—No pretendo serlo —espetó él, intentando no ver esa mirada en Naval, aquella mirada esperanzadora, sabía que podía fallar una vez más, sin poder

soportar esa mirada, caminó y salió por la puerta y en el proceso chocando con el hombro de Dylan, sí, estaban enojados, uno por achacarle culpas y él por saber que eran ciertas.

Dylan cerró los ojos y lo siguió —¿A dónde vas? —quiso alcanzarlo a grandes zancadas pero Reed estaba demasiado agitado y apresurado —¿Reed? ¿Qué crees que haces?

Él se detuvo al escuchar esa absurda pregunta, volviéndose hacia su amigo —¿Qué crees que hago? Intentar recuperar a mi hijo. Sé que soy el maldito culpable.

—Volveré a repetir la pregunta. ¿Qué diablos haces?

—Contactar al equipo de la Residencia, contactar a los hermanos Dubosky y a Creed Rise.

Dylan sabía a la perfección que Creed Rise y los chicos Dubosky matarían por ella, pero había un pequeño problemilla, creían que ella estaba muerta — Ellos creen que ella está muerta. No puedes ir y decirles. ¡Hola! ¿Sabes?. Naval jamás murió, tenemos un bello hijo que fue raptado por Xavier y queremos recuperarlo antes que lo maten —dijo sarcástico.

—¡Vaya, Dylan!. Deberías presentarte a un programa de chistes y comedia. ¡Vete a la mierda!

—Crees así que podrás hacer a un lado la culpa.

—No me jodas con ello, sí. Me siento hecho mierda por ser yo quien llevó a Xavier a casa y a mi hijo. Y tú no dejas de recordármelo —se acercó furioso hacia su amigo —Veo que Harris y tú tenían mucho más que planeada la vida de Naval.

—Ese es el problema contigo, Reed. Ese siempre es el maldito problema contigo. Quieres ser la víctima, el chico dolido, el chico olvidado, el engañado, el que nadie quiere. Cuando la verdad es que todos nos preocupamos por ti. Solo que sigues siendo el idiota inmaduro que conocí en secundario. No ves más allá de tus narices.

—¿Qué quieres que haga Dylan? ¿Qué?

—Qué admitas. Qué admitas que tienes miedo, tanto años atrás como ahora.

—Sí. Sí, lo admito. Lo jodí hace tres años atrás y lo he vuelto a hacer. ¿Contento?

—No solo se trata de admitirlo y así. Es también sentirlo, de verdad. No es ser un cobarde si lloras, no es ser un marica y poco hombre si admites por una vez en tu vida que cometiste el peor error de tu vida y que tienes miedo de fallar nuevamente.

Reed se llevó ambas manos hacia los ojos, apretándolos para así no mostrarle a Dylan sus lágrimas —Falle. Falle Dylan —farfulló —Si le pasa algo a Sami ella solo me odiara. Y jamás me lo perdonará. Nunca.

—Ella no te odiará. Te ama y teme perderte, cómo tú temes perderla de nuevo. Esa es la verdad.

—¿La verdad? ¿Y qué verdad es esa Dylan?. Ya que sabes tanto de mí. Inclusive más que yo.

—Qué fallaste, sí, pero tienes la oportunidad de hacer lo correcto esta vez. Te culpaste. Te culpaste por la pérdida de su bebé, te culpaste por haber ido ese día a la oficina y haber hablado con Nolan, haber gritado que solo la utilizaste, qué la odiabas. Qué te aprovechaste de su inocencia por fines mezquinos cuando todo era mentira. Cuando le dirás que la amaste desde el primer día que la viste, desde el primer día que Nolan te entregó la fotografía de su hija hace veinte años atrás, que ella fue tu pilar, ella te ayudo a dejar las drogas. A dejar de ser —se encogió de hombros —Dejar de ser ese mujeriego que conocí. Naval abrió tu corazón. Nos mostró por un momento al verdadero Reed Fletcher.

—¡Dylan! —negó con la cabeza.

—Ve lo positivo. Estarías casado con Amanda —le dio una sonrisa a su amigo.

—No es gracioso. —le lanzó una mirada llena de resentimiento.

—Si lo es, cuando tengo por seguro que ella te hubiese engañado a la semana de casados con el botones del hotel en su luna de miel.

—Dylan. —negó con la cabeza, ya había tomado una decisión —Entonces me ayudarás. O qué.

—Sabes que sí. Pero traer de nuevo a Creed Rise a su vida, eso sí que es un acto desesperado, inclusive para ti arriesgar a traer a su primer amor a su vida una vez más.

—Tiene a Harris.

—Harris le ama, sí, pero no tanto como tú a ella y cómo ella a ti. —espetó,

viendo a su amigo girar sobre sus talones e irse —Está en New York. —vociferó Dylan.

Reed corrió y subió al auto, por un momento se quedó allí, mirando el estacionamiento con las manos sobre el volante, cerró los ojos, no quería pensar en aquel día en el que se llevaron a Naval, la misma sensación que en esos momentos, el miedo, el temor de perder lo más valioso de su vida, a su pequeño hijo, perder a su hijo cuando recién lo había recuperado, pero era imposible olvidar, la imagen de su ataúd fue tan clara que incluso pensó que era real, que estaba delante de ese féretro —¡Dios mío! —rogó él, cerrando los ojos más fuerte, intentando así borrar esa imágenes de su cabeza, cómo olvidarlas, cómo sacarlas si había sido un idiota con Naval años atrás.

Encendió el motor y condujo, necesitaba ver a Creed Rise y sabía dónde exactamente encontrarlo, pero necesitaría mucho apoyo.

Miró por el retrovisor y vio a su mejor amigo regresar al interior del hospital, era mejor que hiciera el trabajo solo, traería a Creed Rise, a los hermanos Dubosky y traería de nuevo a Sami a casa, inclusive si le costaba la vida en el proceso, Naval lo odiaba, lo odiaba por haber permitido que los tentáculos de Xavier alcanzaran a su hijo y él tenía que hacer algo para recompensarla, inclusive si moría, sería un sacrificio que valía la pena de hacer.

Dylan al verlo alejarse, giró sobre sus talones y regresó a la habitación de Naval, no tenía ni idea de cómo Creed Rise iba a reaccionar al saber algo de esa magnitud, pero Reed tendría que luchar contra dos rivales por el amor de Naval. Regresó a la habitación y la encontró en brazos pero esta vez de su padre, Nolan estaba acongojado, estaba casi muerto al saber que su nieto estaba en manos de Xavier Scott, no se preocupaba mucho de Svyatoslav que no era tanto de matar niños, pero Xavier abusaba de ellos, cerró los ojos ante los expedientes que había visto de ese hombre cuando lo investigó, y deseó en lo más profundo no tener que investigar el caso de Samuel de esa manera tan cruel.

Al sentirlo Naval, se alejó del pecho de su padre y vio a Dylan, buscando a alguien más —¿Dónde está? —preguntó —Dylan. ¿Dónde está?

—Se fue.

—¿Qué? ¿Por qué? —dijo irritada y asustada al mismo tiempo —Te dijo a dónde acaso.

—Naval. Creo que debes dejar que Reed haga su trabajo.

—Su trabajo es estar aquí, es. Es.

—Es traer a Sami de vuelta.

—Él solo no podrá. —se acercó a Dylan, sujetó en puños su camisa sacudiéndolo por una respuesta —Por qué lo dejaste ir. ¿Qué clase de amigo eres? Por qué Dylan. Por qué. Eres un maldito desgraciado. Acabo de perder a mi hijo, no perderé a Reed también.

—Naval. Naval —la sujetó de las muñecas intentando alejarla de él —Se fue. No pude evitarlo. Él simplemente se fue. Era su elección, fue su elección.

—Si podías, si podías.

—Naval, hija. Por favor, estás haciéndote daño. —Nolan intentó alejarla de Dylan, pero era imposible, ella iba a golpearlo por una respuesta.

—¡No!. Dime dónde está. Te exijo que me digas donde está. —levantó la vista rebosante en brillantes lágrimas, ahogando un gemido ya entendía todo, iba en busca de Xavier. —Lo matará. Xavier lo matará. Svyatoslav igual. —lo empujó con fuerza y salió corriendo de la habitación.

—Espera. Naval, espera por favor —rogó Dylan, yendo detrás de ella, al igual que su acongojado padre.

Corrió hacia fuera del hospital, pero era tarde, buscó hacia todos lados, buscó el auto de Dylan o Clare, inclusive su auto que para gracia estaba intacto ante los disparos, dándose cuenta que él se había llevado su propio auto, sí, su propio auto —¡REED! —gritó al borde de la histeria —¡REED! —gritó entre lágrimas hasta que su garganta no pudo más, quedándose ronca, cayó de rodillas con las manos sobre su rostro, los hombros hundidos y el alma a sus pies, Reed se había ido, y todo porque ella le había echado la culpa, y él había ido en busca de su peor enemigo —Reed. No. regresa, por favor. Por favor.

Nolan corrió hasta su hija, y la abrazó mientras que las demás personas salían o se quedaban a ver el espectáculo lleno de drama, Naval estaba cayéndose a pedazos y esta vez ni Dylan ni Nolan podían ayudarla a levantar sus piezas.

Dejaron caer las dos pesadas bolsas de lona a sus pies, no podían creer lo que veían en esos momentos, era imposible. Más que imposible —¡Naval! —murmuró Trent al verla allí postrada de rodillas, por un momento pensó que Eric Krause le estaba tomando el pelo al decirle que necesitaban a los dos hermanos para poder atrapar a Xavier Scott, ambos deseaban matarlo por haber causado una muerte lenta y dolorosa a Naval al ser testigo de la muerte de su padre, pero al verla allí, viva, abrazada a Nolan Stromhod todo había cambiado para ellos —

Pero.

Sansón tomó el hombro de su hermano, asintiendo con la cabeza —Fue por su bien, por lo visto quería salir de ese mundo al cual jamás perteneció.

—Pero. Por qué ocultármelo a nosotros. No lo entiendo. Yo me hubiese quedado con ella, no importaba qué, o cómo, cuando. Ella es lo más importante para mí, siempre lo fue.

—Porque quería darnos lo que ella jamás tuvo desde que abrió los ojos y vio el mundo. Libertad. Quería su libertad.

Dylan al verlos de pie, incrédulos a lo que veían, les llamó con la mano, Trent quiso ir y abrazarla, pero su hermano sostuvo su camiseta con fuerza, negándole con la cabeza a que continuara, ambos no podían creerlo, pero ella estaba viva y eso era lo que importaba en esos momentos.

—Déjame Sansón. Ya no soy un maldito niño.

—Déjale. Dale solo unos minutos para que se recomponga.

Trent tragó saliva, al verla así, vio a esa jovencilla de quince años asustada, golpeada, apretó las manos en puños sobre sus costados, no podía admitir a los demás que al verla salir de ese auto hace casi trece años atrás y verla, su corazón latió tan aprisa que ni él mismo sabía el por qué, pero sabía la respuesta, desde que la conoció, Naval Kapot fue su amor platónico, fue la chica que le robó el corazón con una sola mirada, con una sola sonrisa y con aquellas lágrimas brillantes que mojaban su pecho cuando él la consolaba.

Pero se mantuvo al margen ya que su hermano mayor le advirtió que Naval era intocable y él así lo hizo, la respeto, la cuidó y la amó en silencio.

Era por eso que hasta la fecha no había chica que pudiera ganar su corazón, por el simple hecho que se lo entregó a Naval y nunca le pidió que se lo devolviera y tampoco lo necesitaba.

Naval levantó el rostro que mantenía apegado al pecho de su padre, sorbió su nariz y fijó la vista a esos dos hombres que yacían de pie a unos metros de ella, los conocía bien, les había confiado su vida, sus secretos y sus lágrimas a aquellos dos chicos rudos que veía después de casi tres años.

Trent se soltó del agarre de su hermano y caminó hacia ella, al tenerla en frente, se arrodilló ante ella, tomó su mano tratando de convencerse que no era un espejismo —¡Dios mío! Estás viva —rogó él, estrechándola entre sus brazos cómo si no hubiese mañana, besó la coronilla de su cabeza —Pensé. Yo pensé. —

pero no continuó, se separó un poco y examinó su rostro, aquel rostro, dando una sonrisa —Mi Navi. —besó aquellos labios en un corto beso casto, pegó entonces su frente con la de la joven.

—Trent. Querido Trent —sujetó las solapas de la chaqueta de cuero del joven, pegando su cabeza a su pecho, mientras que Trent la rodeaba con sus brazos cómo cuando eran jóvenes, él solo era mayor por tres años y no había cambiado nada, excepto que había hecho crecer un poco su cabello.

—Shh. —la calló con cuidado —Te ayudaré. Cueste lo que cueste. Sabes que te ayudaré.

—Mi bebé. Se llevó a mi bebé.

Trent al escuchar esas palabras, se tensó, cerró los ojos y supuso que la pérdida del bebé también era mentira —Lo hallaremos.

—Xavier. Ese malnacido se lo llevó.

—Pues encontraremos a Xavier y lo mataremos. —dijo sin remordimiento alguno —Prometo que será tu regalo de navidad —sí solo faltaban días para navidad —Mi regalo para ti. Su cabeza con un disparo en medio de las cejas. Cómo los viejos tiempos.

—Tendré que comprarte algo, entonces —sugirió la joven dando una sonrisa.

—Mi regalo eres tú, siempre lo fuiste tú.

## Capítulo 20

### ATORMENTADO

El vuelo había sido corto, pero no se permitió dormir, simplemente no podía cerrar los ojos, ya que venía a su mente la mirada cargada de odio de su Naval, y tenía toda la razón en odiarlo, incluso él mismo se odiaba por ser un descuidado, un cretino que permitió que su deseo y pasión frenética se apoderara de su juicio dejando de lado lo importante, la seguridad de Naval y su pequeño.

El taxi se estacionó en el que iba a ser su hogar por los próximos años, o eso creía, la casa estaba demasiado tranquila, le pagó al taxista y bajó del auto con su pequeña bolsa, tal y cómo se había ido días atrás. Había pasado tres horas desde que había dejado Midland y el dolor era inclusive más fuerte de lo que era cuando se fue y dejó ese fantasma en Portland, sacó las llaves y entró a la casa, abrió los ojos como platos y juró pero no muy por lo bajo —Maldita bruja. —despotricó él al ver que todo estaba destrozado, desde los sillones, la nueva pantalla de televisión, parecía como si unos vándalos hubiesen dado vueltas y vueltas por la casa, trató de tener cuidado donde pisaba, ya que había vidrios, madera, yeso y porcelana por doquier, Amanda había hecho trizas el lugar —Por qué siempre escojo a las psicóticas —se reprendió en voz alta, vio las escaleras, inclusive le daba miedo subir y encontrar quizás su foto colgada de un montón de cuchillos en la pared, un conejo en la cocina o un hacha en medio de la cama.

Tuvo cuidado de no dejar su bolsa y subió, y tenía razón, el colchón estaba destrozado, las almohadas esparcidas por tantos lugares que no sabía dónde comenzaba el material del colchón, su ropa estaba tirada de un lado a otro, el recuadro de su familia hecho trizas en el suelo, al verlo lo levantó y quitó los cristales de la fotografía —Esto va al borde del extremo —negó con la cabeza, no había motivo para poder seguir reprendiéndose por ser un idiota al meter a Amanda a su vida, tomó algunas de sus cosas y las puso en otro bolso, mandaría a alguien a limpiar y sobre todo llamaría a la policía, aunque mucho caso no le harían al saber de una ruptura y qué cómo consecuencia la novia destrozó todo, desde puertas y muebles, más bien llamaría a su casero y anularía el contrato, incluyendo perder el depósito.

Entonces recordó, su auto, dejó caer sus bolsos y corrió al garaje —NO.no.no —abrió la puerta y encontró a su auto nuevo hecho trizas, el



parabrisas roto, los espejos retrovisores arrancados, las llantas pinchadas, los asientos ni siquiera existían —¿¡Qué perra!?! —bramó él, tuvo suerte de que no incendiara inclusive la casa.

Sin más remedio, retrocedió y regresó por sus cosas, cerrando la puerta tras de sí, no había caso alguno quedarse allí, Amanda había sobrepasado mucho más que límites, estaba loca, y dio gracias al cielo que jamás le dio llaves de su apartamento en Portland porque si no ella hubiese incendiado todo.

Retrocedió dispuesto a despedirse de esa escena y esa casa que jamás hubiesen llenado y alcanzado las expectativas que él alguna vez espero. —Veo que regresaste.

Reed se giró sobre sus talones enfrentando a quien hablaba, pero al ver de pie allí a Eric, su cuerpo entero se relajó, curvó sus labios en una sonrisa ya que para él era bueno ver a alguien que no le culpaba después de todo — Eric.

—Pensaste acaso que tendría que enfrentar todo esto solo.

—Yo —quiso decir más pero su garganta se secó.

—Tengo un jet esperándonos en el aeropuerto para ir directamente a New York. Sabemos dónde encontrar a Creed.

—El FBI nos ayudará —parecía más una afirmación que una pregunta.

—En realidad. —hizo una pausa, no quería desalentar al chico —NO. El FBI no puede ayudar a personas que no existen, no podemos involucrar al Bureau ya que Dylan y yo fuimos y jalamos muchos hilos de los cuales no nos está permitido y nuestras cabezas corren riesgo al haber hecho esto.

—Entonces.

—Reuní hombres que están dispuestos a pelear. Son pocos, pero son buenos, pero Creed Rise y los hermanos Dubosky son los únicos que pueden ayudarnos en todo. Los chicos Dubosky están yendo a Michigan ahora.

—¿Cómo lo hiciste?

—Creen que hay pistas de Xavier y bueno. Ellos quieren matarlo después de todo, por matar a Nicolay y acabar supuestamente con la vida de Naval. Y aparte que al nombrarte ambos hermanos quisieron ir solo y exclusivamente para romperte la cara.

—Wow —intervino Reed —Creo que debería sentirme mucho más que alagado por ello.

—Créeme, ayudaran. Tenemos que irnos ahora. —dio unos pasos atrás, rodeando su Aston Martin gris y tomando su lugar tras el volante, Reed casi se atraganta al ver ese modelito de auto.

—El FBI no ayudará, pero utilizaras tu dinero ¿Cierto?

—Todo por ayudar a mi familia. Ahora sube —le hizo un gesto con la cabeza para que subiera al auto, Reed sonrió y subió.

El jet que los esperaba era del Bureau pero Eric tenía todo controlado, cuando entró al cómodo Jet logró ver a tres tipos que no conocía, pero al verlos pudo dar por sentado que eran amigos de la época de Nolan y Eric, cuando sus años de juventud iban más allá de persecuciones, ligues y revolcones de una sola noche.

—Muchachos —dijo Eric, haciendo que esos tres hombres levantaran la vista y sonrieran al verlo —Aquí les presento al yerno de Nolan. Reed Fletcher. Reed te presento a Frances Covert —le señaló a un hombre de cabellos blancos, piel olivácea, ojos oscuros, alto y robusto, tenía un pendiente en oído izquierdo y varios tatuajes en los brazos, además de una barba media completa muy bien cuidada de color blanco, era el Santa Claus más atlético que había podido ver. Reed sabía quién era, Frances Covert fue el mejor tirador de los 80, fue tan bueno que a la edad de veinte años fue reclutado por su gran capacidad de poder deshacerse de diez hombres en tan solo segundos. Frances le dio una sonrisa e inclinó la cabeza.

—Noya Kalyon —señaló a un hombre muy moreno, africano por el apellido, tenía rastas atadas en una coleta alta, sus ojos eran azules que hacían un magnifico contraste a su piel oscura, Kalyon era uno de los hijos de la mafia Kalyon de África, Eric y Nolan le habían conocido y Reed no entendía cómo. Noya levantó una mano llevándosela a la frente como un saludo militar —Y por último. Kaal Kavak, no hace falta mencionar como nos conocemos, pero en nuestro mundo salvas vidas, hundes vidas, pero siempre tendrás amigos agradecidos por salvarlos y enemigos demasiado resentidos por atraparlos, y he aquí a nuestros mejores amigos.

Kaal era incluso un poco joven para ese grupo de sesentones, tenía la cabeza rapada y grasosa, un pequeño bigote color castaño pero con motas de sus canas por la edad, sus ojos eran grises, era un poco pequeño a comparación de Noya y Frances pero demasiado rápido, no podía decir que había escuchado de él, así que simplemente saludo a los tres nuevos amigos.

—Gracias por ayudarme.

—Todo por ayudar a nuestro viejo amigo Nolan. —espetó Kaal sentado al fondo del jet, lanzándole una sonrisa —Así que será mejor mover el trasero si queremos acción para mañana.

Reed tragó saliva y abrochó su cinturón, el viaje iba ser muy cansado, pero nada comparado con un viaje al cual tenía que ir solo, pero temía que Creed se negara a ayudarlo, más aun cuando Naval no le había tenido la confianza de poder decirle la verdad, cuando había dejado a Creed para hacer una vida lejos de aquellas personas con las que creció.

Eric se sentó a su lado y le empujó con su codo —Tranquilízate. Todo saldrá bien.

—¿Cómo los conoces?

Eric no pudo aguantar dar una carcajada ante la curiosidad de su amigo — Cuando Nolan te conoció, dijo que tenías potencial, que eras único, en ti. Se vio a él, vio que ambos estaban heridos por la pérdida de sus familias, pero lo que jamás dijo Nolan fue que al verte, supo que serías un gran guardián para su hija en el momento que el muriera. Frances es un excelente tirador, estuvo en nuestro grupo, cuando las misiones eran complicadas ese hombre nos salvaba el trasero, excepto un día en que le inculparon por matar a un compañero, algo que no era cierto. Nolan creyó en él y le ayudo a desaparecer. Y no perder su libertad y vida en una prisión. Noya es de la mafia Africana, recibió un disparo de su hermano y le salve la vida llevándolo lejos antes que su propia familia lo matara por ser supuestamente un traidor y, por último esta Kaal, ese hombre es alemán. Su padre fue un enemigo público, ya que perteneció a la brigada de los Nazis y murió en Argentina años después de cáncer, pero a Kaal él solo le gusta el riesgo.

—Vaya explicación —soltó aire, apoyo la cabeza contra el asiento, intentando hacer un esfuerzo más que hercúleo de relajarse pero no podía.

—Tú solo relájate.

Llegaron a New York cerca de las dos de la tarde, dos autos los llevaron a uno de los áticos más costosos de la ciudad, estacionaron y bajaron, sus zapatos hacían un sonido sordo contra el piso pulido de la gran estancia, la recepcionista les sonrió, pidieron una cita pero lamentablemente Creed había salido hace unas cuantas horas atrás, así que decidieron esperar, tomaron asiento en la pequeña sala, pero Reed no podía estar junto a esos hombres, no podía mantenerse calmado, optando por esperar de pie.

No paso ni media hora cuando vio a Creed caminar a grandes zancadas hacia el elevador privado, estaba vestido con un pantalón vaquero gastado, una camiseta gris que se ajustaba a sus músculos y una chaqueta de gamuza marrón oscuro, no había cambiado nada en esos tres años, sonrió al ver que seguía igual de presumido y mimado, se acercó a él y le habló antes de que pudiera subir al elevador —No has cambiado nada en estos tres años.

Creed cuadró los hombros y los músculos de su espalda se tensaron, conocía esa voz, cerró los ojos y por un momento, por tan solo un momento evitó volverse para poder enfrentarlo, ese hombre le había arrebatado a la mujer que amaba, le había arrebatado el sueño de poder tener una verdadera familia, deslizó una mano hacia su costado, listo para sacar su arma de allí, una Glock negra brillante, pero el frío de una arma en su sien evitó que hiciera ese movimiento, maldijo para sus adentros y pasó la lengua por sus labios —*Estaba haciéndose viejo* —pensó.

—No seas estúpido, hijo —le amenazó Frances, por lo visto el hombre tenía hasta ojos en la espalda y una agilidad para moverse sin ser detectado que hasta el mismo Creed que era experto en ello no lo vio venir.

—No soy tu hijo —espetó, levantando las manos, mostrando que no tenía arma, entonces se volvió hacia la voz de ese “*malnacido*” como solía llamarle en su soledad.

Arqueó una ceja al ver delante de él al hombre de sus pesadillas, curvó sus labios en una sensual sonrisa sin dejar de mostrar sus manos —Fletcher. Te diría que es un gusto volverte a ver como en los viejos tiempos —dijo con voz cantarina —Pero no. No es un gusto verte —dijo con voz plana de repente.

—Necesito tu ayuda —pidió Reed.

Creed no lo podía creer, en su vida pensó escuchar eso de Reed, en su vida pensó volverlo a ver, abrió los ojos y entonces se dio cuenta que Reed estaba con ropa informal, vaqueros, camiseta y una sudadera desteñida de la universidad de Portland, además de unos tenis, y el que tenía un arma en su manos no era ni siquiera un agente —Hey. amigo. Baja el arma. Creo que acabas advertirme que ni lo intente.

—No me fio del León negro —espetó Frances, deslizando su mano libre hacia el arma y sacándola de su escondite.

—Vaya. Fletcher. Te encargaste de decirle mi identidad a media población Estadounidense o también debo esperar ello en América latina —dijo con

sarcasmo —Y no sé para qué demonios quieres mi ayuda.

—Quiero recuperar a mi hijo. —suplicó.

Creed no supo si reír o simplemente llorar, vaya, Reed Fletcher era padre y él ni siquiera tenía una relación muy buena con alguna mujer —Y por qué crees que te ayudaré a salvar a tu hijo. No me interesa. No me interesa después de lo que le hiciste a Naval. Le arrebataste el sueño de ser madre, le arrebataste el sueño de tener una familia y luego simplemente la dejaste morir poco a poco —despotricó el joven Creed —¿Por qué he de ayudarte?

—Por qué también es mi hijo —dijo una voz suave y dulce a un lado de ambos hombres, ambos volvieron el rostro, entonces la vieron, Naval estaba de pie a unos metros de ellos, estaba vestida con unos pantalones vaqueros negros, unas zapatillas Nike y un suéter color gris que cubría casi todo su cuerpo, tenía los cabellos hechos una trenza a un lado y en sus manos sostenía el pequeño monito larguirucho de su hijo, la luz de la entrada la hacía ver cómo un espejismo, un bello fantasma que regresó para atormentar, pero no estaba sola, Trent y Sanson Dubosky estaban a un lado, mientras que Nolan y Dylan detrás de ella —Porque también es mi bebé —repitió con un nudo en la garganta que le fue aún más difícil hablar.

—Naval —logró articular Creed, sus manos cayeron a sus costados, sus ojos se cargaron de lágrimas al verla allí de pie, Reed ni siquiera sabía cómo es que habían llegado allí. —¿¡Tú!?. ¡NO! —Creed negó con la cabeza —¡No!. Te vi, en un ataúd. Te vi muerta.

—Todos vieron lo que quise que vieran. Pero por favor.

—¿Tuviste un bebé?. ¿Con él?. Lo elegiste a él.

—Creed. Nunca perdí a mi bebé. Su nombre es Samuel Nicolás Anderson, tiene dos años. Tiene los ojos más azules que he visto en toda mi vida. Y. Xavier se lo llevó —lloró.

Creed no sabía si debía acercarse o simplemente retroceder, pero verla allí, de pie ante él, hizo que su corazón diera un vuelco que ni él mismo pudo explicar. Creed se había sumido en la depresión, en la culpa y el dolor al perderla hace tres años, reprochándose una y otra vez no haberla protegido cuando debía y como debía. —¿Cómo pudiste hacerme eso? Pensé que habías muerto, pensé que. —se calló, llevando una mano hacia la boca, no quería hablar, no quería decirle cosas que la pudieran herir.

—¿Nos ayudarás? —dijo Reed, Creed dejó escapar de la nada un grito de

rabia, corrió hacia Reed derribándolo, tomándole de la sudadera con una sola mano, ambos cayeron al suelo pulido de mármol, golpeándose uno a otro con fuerza.

—¡Creed, No! ¡Estás loco! —gritó ella desesperada —Hagan algo —volvió a decir a sus amigos, pero estos se cruzaron de brazos a ver el espectáculo.

Creed se sentó a horcajadas de Reed golpeándolo con fuerza —Naval era mía.

—Tú no la amas como yo —respondió Reed con frialdad.

—Tú no sabes lo que siento por ella. Y tú, claro. La amaste tanto que dejaste que fingiera su muerte, la dejaste a la deriva cuando más te necesitaba, la abandonaste cuando ella casi muere.

—Creed, no —negó con la cabeza, mientras que ardientes lágrimas recorrían su rostro —No. No por favor. No peleen. No fue su culpa, él no sabía de Sami hasta recién dos días.

Creed volvió el rostro hacia Naval, con el puño suspendido aún en el aire —  
¿¡Qué!?

—Nadie sabía. Viví con Nolan Stromhod todo este tiempo.

—¿Por qué él? Es del FBI. —espetó desdeño.

—Es su padre, idiota —respondió Reed todavía en el suelo con un puño sujetando su sudadera y otro por partirle la cara —Nicolay nunca fue su padre. Nunca te pusiste a pensar porque era que Nicolay la alejaba de esa manera por quince años y luego los siguientes diez años —despotricó Reed, lamiendo su labio partido, tenía una herida abierta en el pómulo debido a un golpe estratégico de Creed, estaba perdiendo una batalla que debió ganarla hace tres años.

Creed soltó a Reed y cayó de bruces hacia atrás, se llevó las manos hacia la cabeza, parecía que todo daba vueltas y vueltas —No. —sacudió la cabeza — Nicolay era tu padre. Él. Él.

—No, Creed. Nolan es mi verdadero padre. Lo siento, pero no podía arriesgarme a perderlos también a ustedes. No podía perderte.

—Yo hubiese luchado por ti —dijo con un destello de dolor en la mirada — Hubiese dado la vida misma por ti.

—Pues háganlo ahora. Mi hijo está en manos de Xavier y de Svyatoslav.

Creed logró ver a Trent y Sansón, y no le extrañó nada que ambos hermanos

aceptaran luchar sin chistar, ambos no habían cambiado nada, y estaban igual de sorprendidos que él, y no era para menos, habían visto a Naval resucitar después de tres años. Cerró los ojos, se levantó del suelo sin alzar la mirada, dio unos cuantos pasos hacia Reed y extendió su mano para ayudarlo a levantarse, Reed vio su rostro pétreo pero no podía dejar que los únicos que podían ayudarlo se fueran por su tozudez, así que extendió la mano, y apretó su agarre, levantándose con ayuda de Creed.

—Gracias.

—Que quede claro que no lo hago por ti. Lo hago por ella. Por qué jamás la deje de amar. —lo soltó la mano para caminar hacia Naval.

Reed se quedó allí de pie, dejando caer la mano a su costado, no quiso volverse y ver a Creed estrechar a Naval entre sus brazos, no quería ver como ella lloraba y era consolada por aquellos brazos que la sostuvieron mucho más antes de tenerlo a él.

—La chica te quiere. No dudes de su amor, porque al hacerlo, dudas también del tuyo —le dijo Frances. Él levantó la vista y le vio compungido, temía que Naval viera en Creed algo más que estabilidad y protección. —Creed volvió a su vida cómo el León Negro.

—¿Ella lo sabe?

—¿Quién? ¿Naval?

Reed asintió con la cabeza.

—Sí. Pero no le digas que te lo confirmé —le guiño un ojo —Por eso es buen material para una pelea, no tendrá remordimiento alguno en matar a Falcón, a Scott, inclusive a Kapot —guardó su arma y comenzó a pedirle a los curiosos que se retiraran y siguieran sus caminos.

Se volvió hacia ellos, viendo como Sansón y Trent estaban rodeando a Creed que abrazaba con todas sus fuerzas a Naval, acariciando su espalda en un movimiento de arriba hacia abajo, consolándola, ella se aferraba a su chaqueta como si fuese una niña mientras sollozaba, no era la primer vez que Creed tenía ese papel en la vida de su Naval, él siempre estuvo para ella, la protegió, la cuidó, en cambio él solo le había traído la pena y la devastación de hacer que Xavier supiera su localización y se llevara lo máspreciado de ambos, *a su hijo*.

# Capítulo 21

## TACITURNO

La noche en New York era tan hermosa, pero Reed no lo sentía de esa manera, apoyado en el barandal del balcón del ático de Creed vio más allá de lo que podía, dejando que la brisa invernal cubriera su cuerpo, era una vista genial, una vista que no pasaría desapercibida, pero en esos momentos solo acrecentaba la sensación de vacío en su interior, pasó saliva y el movimiento de su manzana de adán fue evidente ya que estaba conteniendo las lágrimas desde hace horas, con los hombros hundidos dejó caer la cabeza, se sentía destrozado tanto por fuera como por dentro.

Volvió el rostro hacia el grupo de hombres que estaba conversando y viendo posibilidades de encontrar a Xavier. Noya, Frances y Kaal estaban de guardia, estudiando planos, lugares en los cuales él había estado desde que Svyatoslav había escapado de la cárcel, haciendo llamadas, pidiendo favores.

Sansón, Trent y Creed habían ido a conseguir armas hace dos horas y quizás más aliados desde que el nombre de Pablo Falcón había sido mencionado en las conversaciones, Xavier había involucrado a la mafia colombiana y era de suponerse que sus hombres estaban más armados y preparados para una guerra.

Dylan, Nolan y Eric comenzaron a investigar los lugares donde Pablo Falcón podía estar, qué lugares habitualmente frecuentaba, cámaras de seguridad, todo lo que pudiese ayudarles a encontrar una sola pista de su hijo.

Negó con la cabeza y soltó un gran suspiro, se sentía solo, fuera de lugar, no tenía ánimos de poder ni siquiera armar un puesto decente de vigilancia con tantos hombres que tenían más potencial que inclusive la CIA. Y él solo estaba allí, lamentándose, torturándose, cuando tenía que estar con la persona más importante de su vida, dándole fuerzas, dándole la esperanza de volver a tener a su Sami entre sus brazos.

Llevó una de sus manos hacia el bolsillo de su pantalón y sacó la pequeña caja de terciopelo, ese anilló que le acompañó por casi toda su vida, cerró los ojos y soltó un suspiro, ese anillo siempre fue para ella, siempre deseó dárselo a Naval, el anillo de su madre fue lo único que pudo conservar de su familia, de su pasado, del Reed real, era algo valioso, algo limpio y bueno, algo que se negó a



entregarle a Amanda por la sencilla razón que jamás estuvo seguro y listo para ese compromiso.

Levantó la vista hacia el pasillo de las habitaciones, Naval se había encerrado en la habitación de Creed hace horas y no se permitió salir de allí, miró su reloj, era cerca de medianoche, así que, aprovechando la ausencia y la soledad del pasillo, caminó hacia la habitación, abrió la puerta y la encontró allí, recostada encima de la cama abrazando el monito larguirucho de su hijo, se acercó a ella escuchando su respiración mezclada con la dulce melodía que procedía de algún lugar dentro de la habitación y sonrió al ver el pequeño Ipod conectado a unos diminutos parlantes, una vez más había regresado a esos viejos hábitos de escuchar música y solo música.

La canción de *Frances ft. RITUAL - When It Comes To Us*, sonaba de manera dulce y melodiosa dentro de la habitación, pero aun así no borraba ese ceño fruncido y podía distinguirse esas lágrimas que habían veteado sus mejillas hace horas, aun en sus sueños la desaparición de su hijo la perturbaba, la afligía y todo ello solo ponía en riesgo su salud. Se acercó sigiloso, se sentó con cuidado a su lado y tomó el pequeño felpudo de las manos de esa madre atormentada —*Sami no caminaba sin él*— se recordó. Apretó la mandíbula —*Su enfermedad*— dijo una vez más para sí mismo, cómo olvidar que cuando él apareció en la Residencia hace tres años hizo de su corazón una bomba de tiempo y una vez más había logrado afectarla de esa manera, llevándola por segunda vez hacia un colapso emocional. Pero no podía resistirse, aprovechando su proximidad se acercó a ella y le dio un beso, por un momento pedía más que compasión, la besó de manera brusca, apasionante, pidiendo ser dueño de su boca, de su corazón, inclusive de su alma misma.

Naval abrió los ojos y quiso apartarlo, resistiéndose a ser llevada de nuevo a ese lugar de luces brillantes, de colores suaves, de sensaciones intensas, pero evito empujarlo al sentir el sabor de sus saladas lágrimas, pero no eran suyas, Reed estaba besándola y al mismo tiempo derramando lágrimas ante el miedo, ante verse allí rendido y esperando que alguna noticia de Xavier cayera del cielo.

—¡Reed! —lo atrajo más hacia ella, abrazándolo, la textura de esos labios coléricos forzándola a abrir los suyos, esa lengua húmeda deslizándose por la suya, rendida ante su encanto, ante la piel caliente y el corazón sediento de amor, se dio por vencida, sumisa e indefensa, le devolvió el beso con la misma urgencia, con la misma intensidad, reclamando más y más —No. Por favor Red. Aquí no —gimió al sentir a Reed cerniéndose encima de ella, con el rostro encendido por la desenfrenada pasión, la boca húmeda tras los estragos que

habían ocasionado su lengua.

Como por arte de magia, Reed le quitó la ropa con manos suaves y expertas, para luego quitarse sus vaqueros y sudadera. Ambos desnudos bajo el anochecer de New York, intentando consolarse, amarse y apoyarse en esos momentos de dolor y frustración —Me deseas más de lo que imaginas Naval. Así como yo te deseo. Estas volviéndome loco de los celos. Pero te necesito. Esta noche necesito regresar a mi hogar, a ti.

—Solo. Esto es solo. —antes de que pudiera terminar la frase, Reed la volvió a besar con pasión, haciéndola olvidar todo, dejando su mente en blanco.

—No —la interrumpió —Yo también lo necesito. Ambos lo necesitamos, necesitamos amarnos, por favor —suplicó él, pegando su frente con la de su joven amante, sin añadir una palabra más, la calló reclamándola con la boca hambrienta de deseo, gimiendo ante las más dulces sensaciones del éxtasis.

Los ojos de Naval se llenaron de lágrimas al sentir cómo el cuerpo de Reed se cernía sobre el suyo con hambre y saciedad, con rudeza y ternura, sus manos comenzaron a explorar el cuerpo de su amante con delicadeza, acariciando su pecho, sus brazos, su espalda, sintiendo entre sus manos la dureza de su barba, sin dejar de ver aquellos ojos azules que de tan solo verlos, un brillo singular reflejaba en esa mirada triste y agonizante, fue entonces cuando se dio cuenta que Reed Fletcher estaba despidiéndose. Por alguna razón sentía que ese instante solo era simplemente un momento más.

Las caricias siguieron en silencio, Reed metió la rodilla entre sus muslos, sujetó sus muñecas con delicadeza levantándolas arriba de su cabeza, poseyéndola de manera deliciosa, dulce, una entrega total de sus sentidos, lo hizo con precisión, arrancando gritos de su garganta y de su propio pecho, la había vuelto a hacer suya y esta vez sería para siempre, dejando no solo restos de su pasión, sino dejándole el corazón mismo en el proceso.

Naval llevó una de sus manos al cuello de su amante, sintiendo la piel levantada y cicatrizada de la herida que casi se lo arrebató en un abrir y cerrar de ojos, no podía resistir perderlo a él también, no quería que la abandonase una segunda vez. Sintiéndose lánguida y abrumada, sus manos intentaron aferrarse a él, temía por su vida, temía que esa noche fuese la última en la que podían compartir su amor de manera libre y sin reproches. Reed al verla en silencio e intentando apegarlo más a ella, se asustó ante los sollozos que ella soltaba, separándose un poco de su cuerpo, la vio a los ojos, aquellos ojos llenos de lágrimas —Naval. ¿Qué sucede? Respira. ¿Te lastime? ¡Maldición! —iba a

retirarse, iba a dejarla, pero Naval se lo impidió.

—No. No lo hagas, te necesito. Quiero tenerte, quiero sentirte. No me dejes, no otra vez. No lo soportaría por segunda vez.

—No lo haré. —prometió, Reed la volvió a amar de manera más dulce, más tierna, susurrándole palabras de amor al oído, palabras de consuelo y por último palabras de alivio, pero no le dio las últimas palabras las cuales serían una despedida.

—Te amo, Reed. Te amo tanto —gimió.

Reed simplemente no se detenía en adorar ese cuerpo que había sido su obsesión por los últimos tres años, besando sus labios, besándola de manera apresurada, hambrienta, saciándose mutuamente, gimiendo su nombre una y otra vez, sin cansarse de mencionar el nombre de aquella mujer que lo volvió loco tanto en sueños como en la vida real.

Las sábanas enredadas en esos dos cuerpos desnudos, las luces de la ciudad iluminaban un bello camino de perlas de sudor en la espalda de su joven Naval, Reed la admiró en silencio, dormida entre sus brazos, sonrosada como resultado de haberle hecho el amor de una manera tan desesperada por alcanzar no solo el clímax sino por alcanzar un lugar en su corazón de manera definitiva, cansada entre lágrimas y explosiones de luces brillantes y promesas de amor, sus labios hinchados y rojos ante los besos frenéticos y hambrientos al sentir como gimió su nombre, primero con miedo, con dolor, para luego simplemente pedirle más y más, negó con la cabeza, había cometido un error más, la había tomado en un momento de debilidad, se había aprovechado de su dolor, le había hecho el amor de una manera tan exquisita, pero solo había logrado agobiarla más, haciendo a un lado las sábanas que lo cubrían, tomó sus pantalones y se levantó de la cama, la culpa lo invadió.

Naval se desemperezó, buscó a tientas con su mano a su marido, pero se llevó una gran decepción al sentir la cama vacía y fría, tragó saliva y tomó las sábanas con más fuerza de la habitual apretándolas sobre su pecho desnudo irguiéndose, la habitación estaba oscura y Reed la había vuelto a abandonar, intentó ver más allá de la oscuridad cuando su voz la sobresalto.

—Pensaste que te había abandonado ¿Verdad? —insinuó Reed, arrastrando las palabras por un instante.

Naval no supo que decir, pero la risa histérica que Reed soltó de sus labios hizo que se sintiera confundida, sintiendo un escalofrío en la columna vertebral

se cubrió los pechos desnudos con las sábanas con más fuerza sintiendo vergüenza por su desnudes, sintiéndose una estúpida por caer una vez más rendida a sus pies.

—Reed yo. —no pudo articular palabra alguna, su garganta estaba seca, pero su cuerpo estaba deseoso por más contacto.

—Calla por favor. —le rogó él, no quería escuchar decirle que todo había sido un grave error, que se había dejado llevar por la emoción y la sensación de un cuerpo cálido cerniéndose sobre el suyo —¿Me llegarás a perdonar algún día? Sé que fui cruel, sé que te arranque de mi lado sin pensar en el daño que te causaba, sin pensar en el daño que estaba causándome a mí mismo y era un dolor inimaginable, pero acabo de hacerte el amor, acabo de tenerte pero aun así no puedo con la culpa Naval. Lo siento. En verdad lo siento, pero no podemos seguir así —hizo una pausa significativa, se puso de pie de un salto y caminó hacia la ventana golpeando el marco y deshaciéndose de su frustración —Te amo, pero tú jamás lo harás, lo sé, ya que me viste de una manera diferente ahora, una mirada quizás de odio y repugnancia, sé que me amaste una vez. Me deseaste una vez, me diste tu vida, me diste tu alma, y a cambio te deprecie y desprecie el fruto de ese amor al cuál deseche sin temor alguno. Pero te prometo recuperar a nuestro hijo, traerlo de nuevo a tu lado y dejarte tranquila. Dejar que tengas una vida feliz a lado de nuestro hijo —caminó hasta la cama, Naval pensó que haría algo terrible, encogiéndose.

Con el ceño fruncido, Reed se sintió insultado al ver su reacción —¿Pensaste que te golpearía? —se lamió los labios, negando efusivamente con la cabeza, tomando sus ropas y saliendo de la habitación.

—Reed. Espera. No lo entiendes. ¡Reed! —la puerta se cerró detrás de él, dejándola sola como una vez lo hizo en el pasado, dejándola sola cómo siempre. Tomó las sábanas apretándolas en puños, quiso ir tras él pero sabía que Reed era demasiado testarudo para escuchar, demasiado testarudo para entender, sin poder soportar la pena, lloró, lloró por su abandono, por su falta de tacto, por despreciarla, por decirle que lo sentía pero aun así esas palabras eran promesas y disculpas vacías.

Ella solo quería decirle que lo amaba, qué olvidaría todo si estaban ambos dispuestos a olvidar y seguir adelante, pero Reed se adelantó dejándola de lado, sin escucharla nuevamente, él jamás cambiaría, quería decirle que esa mirada no fue de desprecio, fue de consuelo, fue una mirada llena de ternura al ver que Reed sufría por haber cometido un simple error que hizo que su hijo fuera

llevado lejos de su seno, pero no podía culparlo, se había entusiasmado al ver a Sami, había deseado poder así tener una familia con él, vio en sus ojos la esperanza de sentar cabeza, tener un hogar, tener a Sami, tener más hijos, pero él malinterpretó esa mirada alejándola una vez más. Naval lloró hasta quedar sin lágrimas, hasta quedar exhausta, lloró por su hijo, por la familia perdida, por Reed, por ella, por su amor dolido, la vida estaba vengándose, de alguna manera aún seguía pagando el precio de ser una Kapot, aunque por sus venas no llevaba una gota de aquella sangre maldita, Naval aun pagaba el precio de ser parte de los siete pecados de los Kapot, ser parte de una familia *rota* como significaba ese apellido.

Reed estaba efusivo, dolido, pero sobre todo confundido, con sus ropas en mano salió del pasillo rumbo al balcón, sin poder soportar más la presión, se apoyó en la pared y cayó lentamente al suelo, cubrió su rostro con ambas manos y lloró, lloró por sentirse perdido, herido, culpable y sobre todo, por sentir que perdía más y más a Naval.

El brillo de la mañana iluminó su rostro, espirales de polvo y luz revoloteaban por la habitación, entreabrió los ojos y una punzada le advirtió de un dolor de cabeza monumental ante sus lágrimas incesantes de la noche anterior, apretó las sábanas a su pecho recordando la sesión de besos y gemidos, irguiéndose, se llevó ambas manos hacia la cabeza, reprendiéndose por ser una estúpida al caer rendida ante los besos de Reed, reprendiéndose por ser una mujer masoquista ante ese amante que solo la había utilizado una vez más para luego abandonarla en la cama como en ocasiones pasadas —¡Soy una estúpida de primera! —se reprendió en voz alta, se levantó de la cama, tomó su ropa, se vistió y salió de la habitación.

Los sonidos inconfundibles de armas, gatillos, el olor a nuevo y pólvora invadieron sus sentidos, apresuró el paso solo para poder observarlos a la distancia, hombres reunidos, con ceños fruncidos, armas, chalecos y todo tipo de arsenal para una guerra, enfermaron a Naval de una manera que la hicieron retroceder ante el miedo, ante la sensación que no era nueva, era conocida y sobre todo la hacía recordar viejos tiempos, estaba regresando a esa vida de la cual escapó años atrás, deseado desaparecer por unos minutos pero era imposible, estaba regresando una vez más al pasado.

—¡Papá! —lo llamó al pie de las escaleras, no podía soportar ver a su padre con un chaleco táctico, armas y sobre todo volviendo a ese papel de tres años, todos volvieron la cabeza, viéndola pálida y confundida, era lástima lo que podía ver en los ojos de su padre, había fallado, todos habían fallado en proteger a su

pequeño niño, deseó en el fondo que todo fuese una broma, que al despertar Sami estaría con su padre allí abajo y, que Xavier solo deseaba volverla loca, pero todo era real. Todos la veían con cierto sentimiento de culpa, todos eran culpables de la desgracia que seguía a Naval, pero uno en especial, Los Kapot.

—Cariño —dijo Nolan, tratando de acercarse.

Naval lo detuvo con la mano —No. No te me acerques.—parpadeó resuelta para ahuyentar sus lágrimas. Retrocedió, no podía soportar la presencia de su familia, no podía verlos pelear y morir, catalogándose como una mala madre, había permitido que le arrebataran a su hijo de su lado por estar a solas con Reed, había hecho el amor con Reed tantas veces que se había olvidado el motivo de su estancia en casa por dejarse llevar por cuanto pasión, cuanto sentimiento que guardaba en su corazón.

—No puedo con esto. No puedo. Ya no más —imploró —No quiero esto una vez más.

—Hija, solo estas nerviosa.

—¿¡Nerviosa!? ¿Cómo no ha de estar nerviosa? Se llevó a mi hijo, lo tiene un pederasta de lo peor, no sabes cuánto daño le puede hacer a mi hijo, solo porque sabe que es mío. —exclamó con furia hacia su padre.

—¡Naval! —dijo la voz profunda de Reed al fondo, Naval abrió los ojos al verlo en todo su personaje, armas en manos, probando la mira, el gatillo, sabía perfectamente como ver y examinar una arma en buen estado, negó con la cabeza, no quería perderlo también a él, ya que Xavier se encargaría de matar al niño sí o sí.

—¡NO! Tú no. —bramó dándose vuelta y escapando de aquellas miradas de compasión.

—¡Maldición! —Reed bramó un juramento, dejando sus armas sobre la mesa y yendo tras ella, su deber era asegurarse que Naval estuviese sana y salva las 24 horas del día hasta que Xavier y Svyatoslav estuvieran muertos, solo así podrían asegurar el bienestar de Naval y su hijo.

Sin embargo ella se sentía cada vez peor, no podía seguir, deseaba morir si su hijo también lo hacía, corrió por los pasillos presionando el botón del elevador una y otra vez.

Las frenéticas llamadas de Reed, no eran más que palabras sin valor para ella, logrando alcanzarla le asió del brazo con fuerza, con la boca apretada y el

ceño fruncido la atrajo contra su cuerpo duro, pero Naval luchó con él — Suéltame. No. No quiero esto.

—Naval deja de hacerte daño, porque me lo haces a mí. ¡Por Dios! ¡Debes tranquilizarte!. ¡Debes ser fuerte! —él la miro de reajo, notando la expresión dura de Naval, una mirada fría la cual era presagio de una discusión que pondría patas arriba su paz mental.

—¿Tú qué puedes saber? —lo empujó con fuerza, obligando a Reed a dar un paso atrás.

—Es también mi hijo. —apretó los dientes, recorriéndola con la mirada, notando su rostro pálido pero centellante mirada llena de amargura.

—Pero antes no lo era. Tú qué sabes de estar bien. Ni siquiera nos amas, ni siquiera nos quisiste para poder quedarte a nuestro lado cuando más te necesitábamos.

—Me ocultaste la verdad. No eres justa conmigo.

—Jamás te oculte nada. Tú pensaste en ello. Y tú jamás pensaste en el daño que me hacías. Tú no fuiste para nada justo conmigo tampoco.

—No me sacaste de mi error, Naval.

—Nunca me diste la oportunidad, simplemente me acusaste, me humillaste. Te fuiste con Amanda.

—¡Basta Naval!. ¡Basta!. Dejemos esto ya. Para que remover esos amargos recuerdos.

—Déjalo tú. Tu presencia me enferma, tu presencia me agota. Cada vez que te veo, veo a mi hijo y no sé si estará vivo o si estará muerto. ¡Acaso no entiendes mi miedo!. ¡Acaso no entiendes que estoy perdida sin él!. Y si le llega a pasar algo Reed. Juro que acabaré con mi vida, porque ya nada me ata a este mundo. ¡NADA!

—¿Ni siquiera yo? —frunció el ceño, esperando una respuesta real, algo que le dijera que Naval lo necesitaba, pero recibió una negativa y un amargo sabor de boca.

—Tú dejaste de existir cuando te fuiste ese día del hospital, había dado mi vida por ti poniendo en riesgo la vida de mi hijo y, luego te encamaste con esa perra de Amanda. Ese día termine de dar todo por ti —aquellas palabras dejaron sin habla a Reed, obligándose a soltarla y retroceder, ella sabía todo de él y todo

gracias al bocazas de su amigo Dylan, en ese momento el elevador llegó al piso y Naval entró, evitando que alguien la acompañara, necesitaba estar sola, necesitaba la soledad y simplemente olvidar que ese momento existía. Se apoyó en la pared de espejos y trató de tranquilizar la alterada respiración, sus sollozos y sobre todo ese dolor en el pecho que no la dejaba tranquila.

—¡Naval! —suplicó Reed una vez más, dando un paso hacia ella.

—NO.

—No la dejes ir —logró escuchar la voz de Creed gritándole, pero era demasiado tarde, había escapado de la fortaleza que habían preparado solo para ella.

Creed se acercó a Reed y lo empujó con fuerza, pero él no reaccionó, no tenía ánimos para pelear una vez más, no tenía ánimos para discutir —¿Qué demonios te pasa?

—Solo dale unos minutos.

—Estamos aquí viendo las posibilidades de hallar a Sami, no necesitamos más drama —espetó Creed, molesto.

Reed se volvió hacia su rival y lo enfrentó —Entonces, a la próxima ve tú tras ella —siguió su camino, y en el proceso lo chocó con su hombro adrede.

Naval llegó a la recepción del edificio, salió del elevador y siguió sin rumbo fijo, se perdió entre la multitud, desesperada por escapar de los vivos recuerdos, deseaba olvidar, volver al pasado y jamás alejarse de su hijo, sin detenerse caminó por la ciudad de New York, hasta que sintió una punzada en un costado al chocar con una pareja de corredores y vio que se encontraba en una calle que no conocía, no conocía para nada New York, los grandes edificios, las tiendas, los peatones que caminaban de un lado a otro con prisa, otros corriendo, otros en bicicleta, estaba confundida y a la deriva, soltó un suspiro dejando salir vaho de su aliento, percatándose que el frío no podía importarle menos.

Vio una banca apoyada a la sombra de un gran árbol, sentándose allí, elevó la vista al cielo, haciendo que los rayos del fresco sol de la mañana la cegaran por unos instantes, Central Park era hermoso a esa hora, se empapó de luz e intentó relajarse pero no podía, todo demostraba que había abismos entre ella y Reed, cada vez que él pretendía acercarse a ella una desgracia ocurría en su vida, obligándolos a separarse una vez más y cada paso que daban solo los alejaba tres más.



El tiempo no le importo, permaneció sentada en silencio ante la luz dándose cuenta que no había mucha gente caminando por el parque, tenía hambre, pero su estómago se negaba a cooperar, todo su cuerpo se hallaba en una batalla.

—¿Esperas siempre que te persiga? —le preguntó él, estaba a unos cuantos metros de distancia, las manos en los bolsillos de su sudadera, el pelo revuelto y la barba un poco más oscura de lo habitual —No vuelvas a escapar de esa manera. Tengo suficiente aguantando que mi hijo este perdido, no quiero aumentar un problema más a mi lista o a mi vida.

Ella volvió el rostro, lanzándole una mirada llena de odio —¿Eso es lo que somos?. ¿Solo un problema en tu vida?

—Por qué te empeñas siempre a escuchar todo lo malo que sale de mi boca, sin ponerte a pensar por un momento qué no quiero también perderte —hizo una pausa, volviendo el rostro hacia un lado y tratando de controlarse haciendo más que un esfuerzo hercúleo para lograr conseguirlo —Cuando dejaras el maldito tema. Me estas cansando Naval. Estas obligándome a —dio un paso acercándose a ella y tomándola de los brazos, obligándole a levantarse de la banca.

—¿A qué?. ¿A qué?. Ahora golpeas a la gente Reed.

—Sabías que tienes una lengua afilada.

—No tanto como la tuya.

—Pobre de mi hijo. Cómo debe soportarte.

—Me basta con que te muerdas la lengua y no vuelvas a hablar de él. —trató de zafarse de su agarre, pero solo logró que Reed la sujetara con más fuerza.

—Una lengua viperina entonces. —la besó con pasión, pero esta vez Naval no lo disfruto, tan solo se alejó de él, levantó la mano y le dio una bofetada, luego otra.

—Te odio. Te odio. Te odio Reed. Lárgate. Lárgate como lo hiciese una vez. —comenzó a golpear su pecho con fuerza, pero Reed no la abandono, asió con delicadeza sus muñecas, pegándolas a su pecho evitando así que se hiciera más daño, entonces la abrazo, la sujetó con ternura, dejando que llorara, solo quedaba una esperanza de encontrar a Sam vivo, pero como decirle que Xavier quería matar al niño solo para vengarse de ella, arrastrando con ello a la venganza de Svyatoslav.

—No. No te dejaré hasta que tengas a Sam a tu lado. —se quedaron abrazados hasta que Naval pudo respirar tranquila, necesitaba desfogar,

necesitaba poder desfogar la ira, el dolor, la pena y la tensión, era lo único que podía hacer —Prometo que tendrás a Samuel a tu lado, cueste lo que cueste, estará a tu lado sano y salvo —entonces pensó en alguien que podría saber algo, podía hacer que su sentencia se vea recortada por cooperar o simplemente se regocijaría por ello.

—No me abandones, por favor. No podré soportarlo. Todo se desmorona, todo —mencionó llena de miedo y dolor, pero Reed no prometió nada, necesitaba hacer su trabajo y con ello avisar al FBI.

## Capítulo 22

### ¿LOBO ESTÁS?

Reed levantó el rostro viendo a Trent y Creed a unos metros de distancia, asintió con la cabeza dándoles a ellos luz verde para continuar —Debemos irnos ya. Debes desayunar, darte un baño y nos moveremos —se separó de ella, levantando el lloroso rostro de su mujer, besándola, por un instante quiso recordar ese bello rostro, quería recordar el vivido sabor de sus labios, pero necesitaba más tiempo y no lo tenía.

Asintiendo con la cabeza, siguió el camino escoltada de la protectora mano de Reed sobre sus hombros listos para regresar al ático de Creed. La caminata fue lenta, dándole el tiempo necesario para poder sentir el cálido cuerpo de su Naval junto al suyo, le daba el tiempo necesario para no olvidar su aroma y así poder continuar con sus planes de ese día.

Al entrar al edificio, Reed titubeo en dar el último paso, pero debía hacerlo ya que si se permitía dejarla con explicaciones Naval lo seguiría y no quería arriesgarse a perderla. Naval levantó el rostro y vio a sus amigos junto al elevador esperándoles, por un momento pensó que ellos se habían quedado preocupados ante su huida tan repentina, pero frunció el ceño al ver un bolso en manos del menor de los Dubosky. —¿Reed? —levantó el rostro para poder ver alguna reacción suya, pero él simplemente caminaba con el rostro en alto, los labios rectos y las mejillas tiñéndose lentamente de rojo. Las puertas del elevador se abrieron y Reed empujó a Naval a los brazos de Creed, quien la sujetó con fuerza obligándola a entrar, por otro lado Trent extendió la mano y le hizo entrega de su bolso.

—¿Reed? ¡Reed! —le volvió a llamar, pero él no levantaba la mirada o le respondía —Creed, suéltame. Reed ¿Qué pasa? ¿Por qué te dieron tu bolso? ¿Qué intentas hacer?

Levantó la mirada y al ver que estaba segura pudo responderle —Lo siento. Lo siento tanto Naval pero no puedo cumplir mi promesa de estar junto a ti, pero tendrás a Sami, lo juro.

—No. No, Reed. Me lo prometiste. —se movió entre las manos de Creed, pero era imposible, su amigo y ex amor no la soltaría con facilidad —No me

hagas esto, Reed. —chilló entre lágrimas y la pena de verlo partir sin un rumbo —Por favor. Reed, no lo hagas.

—Lo siento —repitió él —No olvides que te amo y te seguiré amando hasta el fin de mis días —murmuró dejando que las puertas se cerraran y que con ello, Naval estuviera a salvo mientras investigaba. Soltando el aire contenido, apretó el agarre de su bolso y caminó fuera del edificio, necesitaba regresar al Bureau y con ellos tener la mente en blanco.

—¡Reed! ¡Idiota! ¡Regresa! —volvió a llamarle en un leve susurro que se perdió ante el sonido de las puertas del elevador cerrarse, sintiendo que el agarre de Creed había desaparecido de un momento a otro, pero no valía de nada, el ascensor no descendería milagrosamente. Controlándose, formó puños a sus costados, bajó la mirada observando el suelo pulido del ascensor, reprochándole —No tenían derecho. —murmuró —No tenías derecho a inmiscuirte en mi vida. En su vida.

—Claro que tengo el derecho de hacerlo al momento que tocaste a mi puerta por ayuda. Solo es por tú bien —inquirió Creed, tenía las manos enlazadas al frente, mientras que Trent los brazos cruzados sobre su pecho.

—¡No!. No tienes ese derecho. No quiero que le pase algo. Quiero que Reed este a salvo.

—Él regresará al Bureau. Trabajo es trabajo, Naval.

—¿Trabajo? ¿Primero es su trabajo antes que su hijo?

—Creed no le digas eso. —espetó Trent —Solo empeoras las cosas para todos.

—Debe saber la verdad. El tipo es un idiota.

Sin poder aguantar más, Naval se giró sobre sus talones, levantó la mano derecha y la dejó caer sobre la boca de Creed, propinándole una gran bofetada hiriendo no solo el rostro de su joven amigo sino también hiriendo su ego —No hables nunca más así de Reed. —le señaló con el dedo índice —No sabes nada de él, nada. —replicó dolida.

—Sé lo suficiente. Sé que te dejó embarazada, sé que se fue con otra al primer momento en que tuvo oportunidad, sé que se iba a casar dejándote en el olvido, en cambio yo te tuve presente en mi mente, en mi corazón, yo jamás te olvide.

—¿Por qué haces esto, Creed? —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué? Porque te amo, te amé mucho más que él, te quiero y nadie ni nada podrá quitarme ese sentimiento, te tuve en mis brazos mucho más antes que él, compartimos nuestras vidas, Naval. Y aun así tratas de olvidar las noches que pasamos juntos.

—No eres justo. No eres para nada justo.

—La justicia no es parte de nuestro mundo —hizo una pausa ante la ira rebotante —Qué fácil olvidaste las reglas de nuestras vidas. Porque aunque no seas una Kapot, creciste y viviste en ese ambiente de perdición. No intentes ser una blanca paloma Naval. Cuando eras la mejor calentabraguetas. Eras una princesa de la mafia. La chica perfecta por fuera y una maldita perra por dentro. El papel perfecto. No intentes olvidar quien fuiste.

—No. Nunca lo olvide —replicó ella con la voz plana, sin expresión alguna —Y sé que tú jamás dejaras que lo olvide. Siempre fuiste así de idiota Creed, jamás dejabas que alguien olvidara algo, jamás dejabas que alguien olvidara sus sentencias de muerte. Por ello eres el león negro, no es así.

—Y tú jamás dejaste de ser una maldita Kapot.

Trent puso los ojos en blanco y rogó al cielo no escuchar más discusiones de ese par, ella soltó una risa sin nada de humor, retrocedió unos cuantos pasos y se volvió por completo hacia la puerta del elevador, no necesitaba que Creed le diera más problemas, no quería más drama, reproches y lágrimas. No quería el penoso recordatorio de su vida pasada, de la traición de Reed, pero con ello las mentiras que ella misma dijo.

Nunca en su vida había hecho tantos viajes como en esos dos días, pero valía la pena poder moverse y así encontrar a su hijo, y la primera parada para buscar pistas era Sheridan, iba ser su siguiente punto y allí encontraría información de su hijo o simplemente nada, pero valía la pena arriesgar su cuello, su puesto y su trabajo al tomar un asunto personal y tomar el nombre del FBI.

Dando una última respiración profunda, con su traje azul oscuro y gafete del FBI, Reed salió del auto rentado, en sus manos tenía los expedientes de los Kapot, pero entre ellos al hombre que era más cercano a Svyatoslav. Dio pasos seguros, presentó su identificación y las grandes puertas de la *Federal Correctional Institution en Sheridan* se abrieron para él.

Apretó su agarre sobre los expedientes al ver que el mismo director de la institución lo esperaba, Calvin Robinson era ya un hombre mayor, cabellos canos, ojos verdes, bajito y con un vientre no tan elevado, sacando las manos de

los bolsillos de su pantalón se acercó a Reed extendiéndole la mano, quien aceptó estrechándola con un fuerte apretón. —Buenas tardes, agente Fletcher. Su llamada fue casi inesperada, pero cuando es para la investigación sobre la fuga de un Kapot, créame que abriéremos nuestras puertas.

—Gracias, Señor Robinson. Es de vital importancia que hable con Boris Kapot. La fuga de su hermano es algo que debemos controlar.

—Disculpe mi intromisión, pero si no hay ningún testigo que los Kapot puedan dañar, Naval Kapot murió hace tres años.

—Creo que esa es información privilegiada, Señor. No podemos dar muchos datos, pero Svyatoslav es peligroso para la ciudad. Es un hombre peligroso.

—Entiendo —hizo una pausa asintiendo con la cabeza —Por aquí —extendió la mano mostrándole el camino hacia la habitación que resguardaba a Boris Kapot.

Reed recorrió los pasillos, vio parte de la prisión y supo que él había metido allí a varios criminales, y de solo pensar de quedar atrapado en ese escalofriante lugar la piel se le erizó, obligado a dejar el miedo atrás, siguió a grandes zancadas al director, quien le mostró una puerta blanca —Aquí esta Boris Kapot. Lo trasladamos a esta área en cuanto usted llamó.

Reed lo vio por la ventanilla, él estaba esposado hacia la mesa, seguía igual que hace tres años, pero sus ojos reflejaban algo más que solo los años —Entraré yo solo sino le importa señor Robinson —tomó una bocanada de aire antes de tomar la manija de la puerta y entrar.

El inconfundible sonido de la puerta al abrirse alertó a Boris, levantó el rostro y al verlo entrar no dudo ni por un segundo en sonreír y bufarse de aquella visita que en realidad era mucho más que esperada —Vaya. Vaya. Vaya. El joven semental. —resopló.

—Boris —asintió con la cabeza, apretando más sobre su costado los expedientes y documentos del caso Kapot.

—¿Qué desea el joven agente del FBI? El chico que obtuvo unas noches con la chica, pero no fue lo suficientemente hombre para que la chica se quedara —se bufó, Reed apretó la mandíbula, quería golpearlo pero se contuvo —Oh —dijo con sorpresa —¿Cierto? Ella no está muerta.

—Sí. Y veo que estas demasiado bien informado. ¿Piensas fugarte al igual que tu hermano?

—En realidad, no —negó con la cabeza, pero cada vez que hablaba su tono de voz era divertido, acomodándose en la silla lo vio con una mirada llena de ironía —En realidad estoy en el cielo, tres comidas al día, televisión por cable, gustos aquí. Gustos allá, no me puedo quejar. No soy un aburrido y desesperado como mi hermano.

—¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Mi hermano? ¿Qué te hace pensar que lo se o que te lo diré?

—No. Mi hijo.

—¿Tu hijo?. —hizo un gesto con los labios, bajó la mirada y volvió el rostro hacia la puerta —Tu hijo, he.

—Sí. Solo tiene dos años.

—Lo sé, es idéntico a ti.

Reed cerró los ojos y apretó los dientes —¿Dónde está? —se repitió, manteniendo controlada su ira.

—No lo sé.

—Acabas de describirlo. —intentó no gritar —Solo dime dónde está —dio un paso amenazador —¿Dónde?

—No lo sé.

Reed soltó sus expedientes y sujetó a Boris de su camisa naranja, golpeado el rostro del reo contra la mesa en un arranque de furia —Habla. ¿Dónde está mi hijo? No quiero perder la paciencia contigo. ¡Maldición! ¿Dónde está Samuel?

—Hey. Deja mi camisa. El naranja me sienta de fábula. —se burló limpiando los hilos de sangre de la comisura de sus labios, pero luego su expresión se volvió plana —Habla. Pero quiero algo a cambio.

—¿¡Qué!?! —preguntó soltándolo y empujándolo en su silla.

—Tráela y hablaremos. Tráela y sabrás todo.

—¿¡Qué!?! ¡NO!. ¡Qué! —bramó Reed asustado ante la sola idea de llevar a Naval a la prisión, hacerla que pase por la dolorosa experiencia de ver una vez a sus tíos —¡No!. Eso no pasara. No lo haré. Ella. No —sacudió la cabeza con frenesí, de tan solo pensarlo su cuerpo por completo sudaba.

—Entonces tu hijo morirá.

—Otra cosa menos eso —rogó.

—Sabes que es lo mejor. Tienes chance, Fletcher. Sabes que con Xavier no tiene mucho tiempo, han sido dos días y la vida de tu hijo solo depende de días, incluso solo horas. Xavier es un malnacido y no tiene conciencia, menos con un niño pequeño.

—No puedo hacer eso. No a ella.

—¿Qué más puedo pedir? ¿Qué reduzcan mi sentencia? Sabes bien que eso es prácticamente patético, tengo tantos cargos y condenas que una menos solo haría que pase cinco años menos de casi toda mi cadena. Sabes a la perfección que saldré muerto de aquí gracias a ustedes dos. Me merezco por lo menos la visita de mi única sobrina ¿No crees? Tráela y te diré todo lo que quieras. Tráela y prometo que podrás hallar a tu hijo con vida.

—¿Cómo sé que cumplirás?

—Has los preparativos y verás que cumplo con mis promesas. En nuestro mundo nuestra palabra vale. Aunque eso era antes. Las nuevas generaciones son una mierda, no respetan ni tienen honor. Yo aún lo tengo.

—Haré lo posible para traerla.

—Lo posible no basta. Sabes que entre más tiempo demores. Menos horas tiene tu pequeño. —al verlo con el rostro denudado, incorporándose y tomando sus expedientes supo que jugar en esos momentos era idóneo pero quería cambiar, quería simplemente dejar todo atrás. —Se nota que la amas. Ambos se aman.

Reed levantó el rostro, pero no respondió, tan solo le lanzó una mirada glacial y continuó con su camino, pero Boris tenía razón en algo, la amaba, sí, cómo negarlo. Girando sobre sus talones regresó por los pasillos y rejas, Boris podía hacer la diferencia, podía darle una pista, una sugerencia, una idea, devolverle incluso a su hijo, pero para ello necesitaba hacer llamadas, necesitaba pensar y sobre todo no derrumbarse ante su miseria.

Subió a su auto, arrojó los expedientes a un lado y se permitió hundirse sobre el volante, con los hombros agitándose, las lágrimas surcando sus mejillas, sabía que la mejor idea era traer a Naval, pero al hacerlo se arriesgaba no solo a perderla, sino también a herirla mucho más de lo que él había hecho.

Sintiéndose unos minutos más tarde más tranquilo y sereno para poder así realizar una llamada, se dio cuenta que su vida no sería la misma ante ese



Capítulo desastroso, ante ese momento devastador, tomando su móvil, marcó una vez más el número de Eric, necesitaba su ayuda, toda la posible, ya que no quería perderla también.

Por otro lado, la noche había caído en New York, Creed estaba terminando de hacer una llamada, cuando el móvil de Eric sonó y contestó —Krause.

—*Soy yo, Reed.*

—¿Reed?. Dime. ¿Qué pasó? ¿Cómo estás?

—*Quiere verla. Solo así podrá darnos información. Tiene información.*

—Imposible. Eso no es negociable.

—*Está decidido a decir algo. Aunque sea algo mínimo que nos pueda ayudar.*

—Puede que solo trate de jugar, Reed. Sabes bien cómo son estos casos, tu juicio se está viendo afectado.

—*Cómo no puedo estar afectado cuando es mi hijo y no el tuyo que está en manos de esa familia —rezongó, apretando su agarre del volante mientras salía de allí.*

—Reed.

—*Eric, quiere verla. Sabe algo, sé que sabe algo. Debe venir.*

—Haré lo posible. Te llamaré. Donde estarás.

—*Estaré en un hotel aquí en la ciudad. Nada lujoso. Por favor no le digas que llamé.*

—Está bien. Descansa muchacho —y colgó la comunicación.

Eric movió su mandíbula, tenía que hablarlo con Nolan, era algo demasiado delicado, pero por lo visto Boris sabía que estaba viva por eso pidió verla en primer lugar, muchos podían saber que ella estaba con vida y con ello ponía a Naval en la mira de los viejos enemigos del difunto Nicolay Kapot.

—¿Qué dijo Fletcher? —preguntó de la nada Creed.

—Fletcher fue al *Federal Correctional Institution en Sheridan* por lo visto ha podido hablar con Boris Kapot.

—¿Ha logrado sacarle algo? —preguntó.

—Algo que creo que puede dañar no solo físicamente a Naval, sino puede

dañar mucho su salud mental. A pedido hablar con ella.

—Eso no —bramó Creed —No, ella no lo hará. Me niego a ello.

—Creed debes ser razonable, puede tener una pista.

—Es mentira. Crees acaso que traicionara a su hermano.

—Podemos intentar. Naval es fuerte y ella hará lo que sea con tal de que Sami este a su lado.

—No podemos arriesgarnos.

—¿Qué quieres Creed? Sabes que si no hacemos algo, aunque sea un mínimo intento el niño morirá. Naval no es tuya. Naval solo necesita de su hijo y de nadie más.

—¿Tú qué sabes de ella?. ¡Nada!

—Sé que ella luchó por su hijo, sé que ella es valiente, sé que ama a Reed, sé que es noble y que no es para nada una Kapot, aprendí más de ella en tres años que tú en casi toda su pubertad. Créelo Creed, Naval jamás perteneció a ese mundo.

—El vuelo es largo serán entre cuatro a cinco horas de vuelo. Pero sabes bien que puede ser solo una trampa y un juego de muy mal gusto —inquirió Creed en tono desdeñoso, no le gustaba para nada la idea de que Boris pudiera verla.

—Pues serán cinco horas de larga agonía. —suspiró.

Creed estaba por irse, pero se detuvo en el umbral de la puerta, señalándole con el índice —Sé que la habrás conocido en esos tres años de una vida llena de mentiras y caretas falsas de una perfecta familia feliz, pero lo que no sabes es que si va y Boris juega con ella, solo la mataras lentamente. —giró sobre sus talones dejando solo a Eric.

Reed estaba agotado no solo física sino también mentalmente, había dejado que sus emociones fluyeran en esa sala y solo así le mostró a Boris que estaba totalmente desesperado por encontrar a su hijo.

Recostado boca arriba, con los brazos flexionados bajo su nuca, miró el techo, repreniéndose por cometer error tras error, le había dado un motivo a Boris para poder jugar con él, permitiéndole adentrarse al interior de su mente y encontrando así unos de sus mayores miedos.

*Perder a su hijo, perder a Naval.*

Era posible y cabía en un 89 % que Boris solo tratase de jugar con ella, verla y hacer más grande su pena y un 11 % a que recapacitara y dijese algo, nada concordaba —¡Maldición! —juró por lo bajo irguiéndose con rapidez, pasó sus cansadas manos sobre su rostro, estaba desesperado, al borde de un colapso, al borde de una crisis.

—¡*Naval!* —susurró su nombre, sintiendo no solo miedo, sintiendo la brumadora sensación de perderla una vez más pero esta vez para siempre.

Sin poder soportarlo más, se levantó de la cama y caminó hacia el baño, abrió la canilla y dejó que el agua de la ducha corriera, necesitaba un baño para relajar un poco sus tensados músculos, relajarse y pensar en alguna idea, una solución, alguna estrategia, pero era inútil, se sentía torpe, un lastre, un incompetente, sin ideas sin fuerza, estaba cayendo bajo, sintiéndose miserable se permitió romperse ante la soledad del momento, ante la pérdida de un hijo todo valía.

Despojándose lentamente de su ropa, entró a la ducha dejando que el agua tibia recorriera su cuerpo, elevó el rostro y cerró los ojos. Sintiendo las suaves manos de su Naval abrazándolo desde atrás, dándole la sensación de confort, de seguridad, demostrándose su amor, besando sus hombros tensos, sintiendo el calor de su cuerpo, quiso volverse y tenerla entre sus brazos, pero se dio cuenta que era solo una ilusión, una triste ilusión que jamás podría cumplirse, necesitaba tiempo, todos necesitaba tiempo para resignarse y afrontar la situación. Pero él necesitaría décadas para hacerse a la idea de que Naval, su Naval no sería suya, de tan solo pensarlo su rostro perdió el poco color que le quedaba, los hombros hundidos, sus brazos sobre sus costados y las uñas clavadas en sus palmas permitiéndose sangrar, sin poder evitarlo, levantó un puño y lo clavó directamente en la pared haciendo caer las losetas viejas de ese baño de hotel. Se sentía miserable, hubiese dado tanto por tener a Naval allí con él y tener a su pequeño hijo merodeando por aquí y por allá, pero eran sueños, sueños marchitos y lejanos, cerró los ojos y se permitió llorar, necesitaba llorar, era duro, rudo, pero cualquiera podía romperse en un momento o peores que ese.

—Lo siento —sollozó, su corazón se partía y su alma parecía muerta —Lo siento tanto, Samuel. —Pidió perdón, sabía perfectamente que Xavier mataría al niño y estaba perdiendo tiempo valioso pero era una medida desesperada para una situación más que desesperada, Boris era el único que podía simplemente acercarlo o alejarlo, pero todo valía en esa pequeña guerra por salvar la vida de su hijo.

La sensación de desesperación que acudió al pecho de Naval solo la angustió más —¡Reed! —murmuró ante el miedo de que le haya pasado algo, sentada en el sillón de la habitación volvió el rostro hacia las luces de la ciudad que se veían insignificantes en ese momento, con las rodillas bajo su barbilla abrazándolas como si fueran todo lo que quedaba a su alrededor, contempló el pequeño mono que tenía entre sus manos, resguardándolo, amándolo cómo si se tratase de su hijo, era duro, era difícil, era algo que ni ella misma podía describir, pero perder a un hijo de esa manera era algo que iba más allá del dolor y la frustración, se quedaba simplemente en nada esas emociones, por un momento odio a Reed por dejarla con el dolor y el miedo, dejarla con la sensación de vacío, pero también lo amó más ante el hecho de arriesgarse para poder encontrar a su pequeño, perder a un hijo no se lo deseaba ni a su peor enemigo.

Creed la vio en la penumbra de la noche desde el umbral de su puerta, sacudió la cabeza al ver a esa Naval que conoció en Maratea, a esa chiquilla de quince años que robo de él toda lógica, sin poder soportar más, se atrevió a entrar —Te traje un sándwich de crema de maní con jalea, el que te gusta —le dijo con voz suave.

—No tengo mucha hambre ahora, pero gracias.

Creed apretó la mandíbula, no le había tratado bien hace horas atrás y el hecho de recordarlo hacía que se sintiera mal por recordarle una vida pasada, se acercó y dejó la bandeja en la pequeña mesa de noche sentándose en la cama —Háblame, por favor.

—No es un buen momento, Creed. En verdad, no es un buen momento.

—Lo siento. Sabes que lo siento. No me gusta herirte, pero necesitaba hacerte el dolor de la separación menos.

—No preguntó por mí.

Dando un suspiro, quiso decirle que no, que ni la menciona, pero ese sería un golpe bajo, inclusive para él —Yo no fui quien habló con él, fue Eric.

—Sami es un niño muy hermoso —sonrió ante el recuerdo de su pequeña vocecilla, recordó el momento exacto cuando lo tuvo entre sus brazos cuando nació.

—Ya lo creo.

—Te agradecería. Cuando estemos juntos, podrás conversar y pasar tiempo con él. Querrás ¿Verdad?

—¡Claro!. Sabes que amaría a ese niño tanto como amo a su madre.

Naval levantó el rostro y vio a Creed, vio esos ojos que la cautivaron el primer día que lo conoció hace más de trece años, pero ya no quedaba nada de ese amor y esa entrega, lo amaba pero no de la manera en que Creed deseaba — Hay. Hay, algunas veces en que me pregunto qué hubiese pasado si yo me hubiese quedado contigo. ¿Seríamos felices? —preguntó con lágrimas brillantes surcando sus mejillas pálidas y carentes de algún tipo de color.

—Naval.

—Te amo. Siempre te amé, Creed. Pero por un instante, tuve miedo. Miedo de ti, miedo de tu furia, de tu pasado, de tus secretos.

—Hablas en pasado y eso me dice que has dejado de hacerlo. —confirmó dolido.

—No. No —rio sin una mota de alegría en su voz —Yo. Te amo a mi manera, te amo pero.

—Pero no soy suficiente —soltó un largo y doloroso suspiro —He visto como Reed te mira, desde el primer momento en que lo vi, me dije. “Este tipo es un rival, y ten por seguro que tiene algo que yo no. Los cojones para luchar por ella sin miedo a nada ni nadie, no tendrá miedo a enfrentarse a Nicolay y ponerse de pie ante él.” Cosa que yo no hice, solo baje la cabeza, obedecí y retrocedí — intentó pasar el gran nudo que tenía en la garganta al recordar que ella hubiese sido 100% suya y que las cosas hubiesen sido muy distintas.

—Creed. Tú amabas y respetabas a Nicolay. Él te ayudó y jamás mordiste su mano. Agradeciste y pagaste hasta el último centavo que invirtió en ti, cómo también protegiste lo máspreciado para él.

—Amé a Nicolay, lo respete, sí, porque me sacó de la mierda de vida que tuve. Pero luego llegó su pequeña —sonrió al recordar, pasó la lengua por sus labios, amaba aquel recuerdo tanpreciado —Me hizo verla, cuidarla, amarla en silencio, y no tuve ni idea en que momento le di mi corazón y ella no me lo devolvió.

—¡Creed! —quiso evitar que continuara, no quería ir a ese punto, pero era imposible, quería hablarle, quería sacar de su cuerpo los años reprimidos de soledad a causa de su supuesta cobardía.

—Escúchame, por favor. —la interrumpió con la mano —Me amas. Pero no tanto como para compartir tu vida conmigo. No te reprocho haber hecho esa

comedia, lo hiciste por el bien de todos, Iona está feliz con su familia, Trent con su taller, Sansón con esa chica. Cómo sea que se llame. Pero lo que quiero decir es que no me amas lo suficiente como para compartir la cama conmigo, hubo una época en que sí, hubo un momento en que ansiabas entregarte a mí, pero fui lo demasiado imbécil para echar a perder esa oportunidad, mi única oportunidad.

—Eso deberías de agradecerle al malnacido de Xavier. Hizo lo mismo con Reed pero esa vez casi lo mata.

—Pero aun así, dejando de lado a Xavier, dejando de lado a Reed, fui un idiota al dejarte ir. Esa noche, en esa estúpida fiesta —hizo una pausa, cerró los ojos al recordar esa fatídica noche que lo perseguía hasta ese momento —Tenía pensado, sí, irme contigo, pero no debí regresar a la Residencia, debimos entrar a la casa y sacar tus cosas e irnos, pero fui un cobarde, regresamos, te obligué a prepararte para esa ridícula fiesta y luego las cosas pasaron tan rápido que no se si solo fue una terrible pesadilla o la realidad más cruda a la que tuve que enfrentarme.

—Solo fue una cruda realidad que enfrentamos por culpa de un tercero.

—No, Naval. Si te hubiese sacado de allí, todo sería distinto, sería mía, ese niño hubiese sido mío. ¡Mío! —dijo con tanta pasión, que Naval recordó a ese viejo Creed, al apasionado, al gallardo y eufórico chico que no temía morir por protegerla —Y nosotros no estaríamos aquí en Estados Unidos sino lejos, tan lejos que ni ellos mismos con su poder y riqueza podían encontrarnos —espetó enojado consigo mismo —Nicolay incluso estaría vivo. Seguiría con vida.

—Pero las cosas fueron distintas —no quería hablar de la muerte de su padre, aunque no fuese su padre biológico, le debía respeto, incluso atesoraba los pequeños momentos buenos en su compañía, le debía la vida misma —No te culpes. Por favor no lo hagas.

—Sí, me culpo día a día. Te entregaste a un bastardo mentiroso. Un hombre que solo deseaba un ascenso en el trabajo. Se infiltró en tu casa, pero también se metió en tu cama y es algo que no puedo perdonar. No me lo puedo perdonar, yo debí estar allí, contigo.

—Pero ve lo positivo, me ayudo a ser libre.

—Pero esa libertad te la hubiese dado yo si no hubiese sido un maldito cobarde de porquería —bramó enfurecido —Fui un estúpido, tuve la oportunidad y simplemente te lleve a casa.

—No crees que por algo pasan las cosas —trató de calmarlo, pero sabía que

era imposible, Creed era demasiado eufórico.

—Bueno. No puedo decir que el tenerte aquí no es lo mejor, pero me hubiese gustado que la historia fuese diferente. Que incluso mi final fuese diferente, ser el protagonista de tu historia.

—En otra vida será. —le sonrió, volvió el rostro una vez más hacia la penumbra, e intentó no llorar ante el recuerdo de tener a Creed en sus brazos aquella noche, en la manera en como bailaban como si fuesen uno, en la sensación, una sensación distinta a lo que sentía con Reed —*Su Reed* —pensó con agonía.

Lo vio de soslayo, era guapo, seguía siendo el chico más guapo que había visto, tenía esa sonrisa de la cual de un solo lado, para ser exactos del izquierdo, se le formaba un sexy hoyuelo a la hora de sonreír. Pero su corazón latió ante esa ira, esa pasión que demostraba en cada palabra y cada mirada, levantándose de su asiento, caminó hacia él, tomó su mano y Creed no pudo verla a la cara, no quería ver esos ojos pardos, ya que si lo hacía caería una vez más subyugado ante su amor y no la dejaría ir, esta vez no, pero algo lo detenía, ella tenía dueño.

Naval dudo por un instante, pero quería probarse también ella una cosa, que pasar tiempo con Creed no haría menos el amor que sentía por Reed, así que sentándose a horcajadas en el regazo de Creed, tomó el rostro de ese ángel salvador entre sus palmas y lo besó, él no dudo por un segundo aceptar, colocando sus manos en la cintura de esa mujer que lo llevaba al colapso y a la locura, las fue bajando hasta tomar sus glúteos y apretarlos más contra él, necesitaba su contacto, revivir ese hermoso recuerdo de tenerla entre sus brazos, revivir el hermoso recuerdo cuando ella deseaba ser suya y solo suya.

Creed estaba equivocado, le había enseñado muchas cosas, entre ellas saber esperar, saber amar y entregarse a esa persona sin miedo a un después, sin miedo a un mañana, simplemente amar, vivir y soñar, y quiso demostrárselo —Estas equivocado, Creed. Te amo, te sigo amando. Y tú, me enseñaste a amar, me diste una nueva oportunidad, a hacer lo que soy.

Creed estaba ardiendo de pasión, la vio a los ojos y su entrepierna palpito —Entonces, quédate conmigo. Por favor. Por favor. —rogó con voz ronca —Regresa conmigo. Dejemos todo, vayamos por Sami y huyamos. Seamos nosotros. Por favor.

Naval se inclinó una vez hacía él y lo volvió a besar, pero Creed quería más, mucho más, al sentir que su agarre se apretaba, puso su delicada mano en su pecho, apartándolo un poco dándole espacio —Perdóname por provocarte. Pero.

—negó con la cabeza.

—Lo sé. Lo sé. —sonrió, pasó la lengua por sus labios, saboreando el dulce sabor de aquel beso, pegando entonces su frente con la de su joven y adorada amante —Te amo.

—Yo también —sonrió ella, abrazando a Creed, reviviendo viejos tiempos y trayendo viejos demonios.

Los rayos del sol se filtraron por las persianas, Naval se revolvió inquieta en aquellos brazos que la aprisionaba contra un cuerpo duro, por un instante pensó que era Reed quien la sostenía con fuerza, sonrió e intentó relajarse, pero al volver el rostro para poder besarlo, supo que quien la sostenía era Creed, la sonrisa de su rostro se borró recordando que Reed se había ido el día anterior, pero no podía reprocharle nada a Creed, ella lo había provocado y no sería culpable si las cosas hubiesen ido más lejos, sonrió ante la escena de besos castos de anoche, probando un punto, ella amaba a Reed por sobre todas las cosas y por más que en el pasado haya tenido algo con Creed, respetaba y amaba tanto a Reed como para traicionarlo de una manera tan baja y ruin.

Haciendo a un lado el cobertor, quiso ponerse de pie pero Creed la atrapo entre sus brazos una vez más, abrazándola desde atrás —Buenos días —sus labios se presionaron contra el cuello de Naval, haciéndola estremecer ante esa caricia.

—¡Creed! —chilló ella, al sentir que piel de gallina se levantaba en su todo su piel —Sabes que me haces cosquillas.

La ronca carcajada de Creed hizo sonreír a Naval, soltándola y lanzándose a la cama nuevamente —Nunca cambiaras. Nunca.

Ella volvió su cuerpo y le dio un intento de puñetazo en el estómago —Vamos perezoso, camina.

—Siempre tan hermosa a la hora de despertar —dijo Creed, podía luchar por ella, podía pelear por su amor —*Lo intentaré* —pensó, pero su pequeño monologo interno se vio interrumpido por el sonido de la puerta abriéndose y la figura de Trent quedando en shock al verlos a ambos en la cama.

Trent apretó la mandíbula, nunca en su vida pensó ver a Naval en brazos de Creed y sobre todo en la cama, frunció el ceño y negó con la cabeza, dio unos pasos y lanzó la bandeja de café sobre la mesa con brusquedad, derramando el líquido en alfombra costosa.



Naval al verlo enojado y por supuesto pensando lo peor, quiso ir, pero Trent negó con la cabeza —Ahórratelo.

—¡Trent! —le llamó, iba ir tras él, pero Creed la detuvo.

—Déjalo. Qué se le pase el berrinche, en tres años no ha cambiado nada ese pendejo. ¡Limpiaras mi alfombra, Trent! —vociferó.

—Vamos, no le digas así.

—Siempre me saca en cara que por mi culpa Xavier estuvo a punto de. — cerró los ojos y se irguió dejando caer su espalda sobre el cabezal de la costosa cama, no quería ni imaginarlo.

—Eran amigos. ¿Qué sucedió? Todo estuvo bien hasta la noche.

—La noche que trataste de suicidarte. Me culpó por todo. —hizo una pausa y se obligó a levantarse —Vístete. Saldremos a Sheridan dentro de media hora.

—¡Dios! —se puso de pie, viendo la frialdad de Creed.

## Capítulo 23

### DEVUÉLVELO

Subir al Jet del FBI para un viaje de cinco horas la ponía nerviosa, ir a la *Federal Correctional Institution* la alteraba y enfermaba, ya que Creed no tuvo tacto en decirle los planes que tenían para ese día, volvió la vista hacia los demás asientos, Nolan y Eric estaban enfrascados en una conversación, Noya estaba roncando mientras que Kaal le lanzaba pequeñas bolitas de papel a la boca abierta, Frances leía un libro, Sansón y Dylan estaban buscando en un sinfín de papeles, direcciones o cualquier otro dato que les ayude, Creed estaba a su lado sosteniendo su mano, pero Trent, Trent estaba sentado solo dos asientos atrás mirando por la ventana, simplemente había dejado de hablarle y ella no comprendía por qué, así que soltó su cinturón de seguridad, necesitaba hablar con él.

—No pierdas el tiempo con Trent —le advirtió Creed levantando la mirada.

—Solo hablaré con él —se levantó.

—Te llevarás un disgusto, Naval.

—No lo creo —se deslizó fuera de su asiento, para ocupar uno ha lado de Trent, sentándose, procuro mantener una conversación, pero fue sencillamente inútil —¿Qué sucede contigo? —le preguntó, angustiada.

—¿En verdad preguntas eso? Estas allí en la cama con Creed. Y solo días antes estabas en la cama con Reed. Cambiaste, cambiaste, Naval. —la acusó.

—No es lo que imaginas —intentó defenderse, pero Trent no quería escuchar —Yo no hice nada. Yo no.

—Entonces que hacían juntos, solo dormir juntitos y cuchareando en la cama. No soy estúpido. Tengo treinta y uno. Vamos. No soy un estúpido que se chupa el dedo.

—Vaya. Entonces eso me hace pensar que sabes demasiado de mujeres.

—Sí, lo suficiente para saber que hacían ustedes dos.

—Al fin y al cabo. ¿Qué te importa si estaba con Creed?

Trent se volvió hacia ella, levantado las cejas hasta el nacimiento de su cabello —¡NO! —Rio sin gracia alguna —Me importa una mierda.

—¿Disculpa?

—Estuviste ciega todo este tiempo. Creed intenta ganar terreno mientras Reed no está. Estas cayendo en su trampa. No solo quiere ayudarte, quiere tenerte, Naval. Eres una tonta si crees que te ayuda por cariño o algo, solo quiere tenerte.

—No se puede hablar contigo. En tres años te volviste más idiota. —se levantó de un salto, pero la mano de Trent asió con rudeza la muñeca delgada de Naval, ella bajó la mirada hacia el duro agarre, obligándolo a soltarla.

Creed solo sonrió ante la discusión de dos grandes testarudos, pudo haber puesto fin a esa conversación absurda, aclarar lo que Trent decía, pero para que negar lo que en verdad quería hacer, quería ganar terreno, quería ganarle a Reed Fletcher. Al tenerla sentada a su lado, tomó su mano y se la llevó a los labios besando cada nudillo con delicadeza, sabía que Trent no podría estar con las manos quietas —Cálmate —le pidió entre risas.

—¿Qué me calme? Y no entiendo que es tan gracioso —quitó su mano con brusquedad.

—Trent solo está molesto por ser yo quien te tenía en brazos anoche.

—¿Qué quieres decir con eso? —frunció el ceño.

—Cariño. Trent se enamoró de ti desde el primer día que te vio y no te diste cuenta de ello, nunca.

—No, eso no es posible, él me quiere como a una.

—¿Hermana? —le interrumpió —¡NO! Él te vio desde el primer día como mujer y no cómo a una hermana pequeña a la que cuidar.

—Siempre me respetó. Nunca me dijo nada.

—Tú estuviste prohibida incluso para mí —explicó.

—No lo creo. Eso no te detuvo a ti en el pasado.

—Vaya. Ya eres madre y aún eres lenta.

—No soy lenta —rezongó —Ni soy una fácil.

—Nadie dijo que lo fueses. Trent siempre fue hermético, taimado con respecto a sus propias emociones. El tiempo para él no sirve como a ti.

—Vaya, pues no me parece raro que no haya conseguido mujer.

—Yo aún no la tengo.

—Menudo par de idiotas.

Creed soltó una carcajada —*No había cambiado nada en tres años* —pensó con una sonrisa en los labios pero con una agonía en el interior, cómo olvidar que una de las reglas que Nicolay dispuso era mantener las manos alejada de su hija, de su atesorada y valiosa hija, pero en algo tenía razón, él no cumplió con esa regla, pero tampoco logró quedarse a su lado, apretó la mandíbula y desechó esos recuerdos con un manotazo invisible, los viejos recuerdos lo herían, cómo también lo ponían nostálgico, ya que por una estupidez su futuro se vio seriamente amenazado y sobre todo su destino cambio al no poder tener en su vida a Naval.

El silencio solo se acentuaba más con los ronquidos de Noya, los cuchicheos de Dylan y Sansón, haciendo el viaje corto, más corto de lo que pensó, quizás el tener que ver a Boris hizo que el tiempo corriera en su contra, haciendo que su estómago se contrajera ante la sola idea de visitarlo, y más aún cuando el Jet estaba listo para descender y pisar la pista, cerró los ojos ante las irrefrenables náuseas que atacaban su garganta, pegó una mano en el asiento, clavando las uñas e intentando respirar, Creed al verla palidecer, posó una mano sobre la espalda de la joven y comenzó una caricia lenta de sube y baja —Respira —le pidió con ternura —Solo respira. Necesitas tranquilizarte.

—No puedo —intentó buscar más aire, pero no le era posible, Creed se quitó el cinturón de seguridad y caminó hacia el pequeño bar, sacando de allí una botella de Whisky, regresó a su asiento y le tendió la botella.

—Bebe esto.

—No. No creo que sirva de nada.

—Solo obedece. —bramó él sin dejar de acariciarle la espalda.

Naval destapó la botella y se tomó un sorbo que le ayudo a cerrar los ojos con fuerza por el ardor que sentía al pasar el líquido ámbar —¡Dios! —gimió.

—Antes no hacías tantos gestos cuando bebías.

—Bueno, ahora no me gusta beber. —se llevó una mano hacia la boca, frenando las ganas de vomitar, abriendo la boca en busca de aire.

Necesitaba distraerla, y que mejor distracción que acunar su rostro entre sus

grandes y masculinas manos, Creed no deseaba perder una oportunidad tan valiosa como esa, y menos con ese bello rostro entre sus manos, se permitió contemplarla cómo lo hacía años atrás —¡Mírame! —le pidió. Ella le obedeció, abrió los ojos y vio su reflejo en esos ojos color jade y esmeralda que tanto le gustaron en el pasado.

Creed sonrió al ver esa mirada de desconcierto que vio hace tanto tiempo atrás, en la Naval de tan solo 15 años, la Naval que aún le amaba, ladeó su boca en una media sonrisa, intentando imaginar una y mil formas de poder obtener esa boca, acercándose la besó, permitiéndose adentrar a su boca, saboreando el sabor a Whisky, madera y menta de su aliento, podía darse una oportunidad ante el deseo y ese amor que jamás pudo olvidar.

Naval lo empujó con sus manos, viéndole anonadada y un brillo lleno de ira en la mirada, roja como una gamba ante la furia y la vergüenza, se permitió guardar silencio y no decir nada de lo ocurrido, ya que Creed se había tomado una idea equivocada anoche o eso creía y no podía llamarle la atención, dándole la razón a Trent se permitió caer en una trampa.

—Podemos bajar ahora —le dijo entre sus labios, sonriendo y viéndole más que confundida por esa explosión de emociones y sentimientos que ella creía haber dejado atrás.

Se levantó de su asiento y caminó por el pasillo junto con todo el equipo, la puerta se abrió y bajó, deteniéndose en seco al ver a Reed con un traje a la medida, la única vez que lo había visto así fue en su funeral, después lo conocía de ser más de vaqueros y sudaderas o simplemente desnudo en las pocas oportunidades en que habían estado juntos. Al sentir la protectora mano de Creed bajar hacia la parte baja de su espalda, tragó saliva aceptando el error que cometió al besarlo en dos ocasiones y con ello había dado cabida al inicio de una batalla que ninguno de esos dos hombres testarudos estaba dispuestos a perder y más cuando vio a Reed de pie junto a un Cadillac blanco con lunas polarizadas, necesitaba solo mantener la calma y ver la oportunidad de decirle o más bien confesarle su metedura de pata la noche anterior, es más, no podría verle a la cara ya que temía que viera en su mirada la pena y vergüenza de sus actos de la noche anterior.

Reed al verla tan cerca de Creed y como esa mano se situaba protectoramente en la parte baja de su espalda, se quitó sus gafas Ray – Bans negras y les lanzó una mirada furiosa, apretó la mandíbula, sin ocultar su disgusto siguió en su posición mientras que los demás se movían. Reed había

vuelto a ser el mismo, había vuelto a ser el agente del FBI que ella no conoció en verdad, al estar todos ya reunidos, Reed rompió fila y caminó hacia ella — Buenos días. Escoltaremos a la señora —arrastró las palabras para mayor escarnio, ya que la sonrisa socarrona de Creed Rise le alertaba que su presencia no solo afectaría su paz mental, sino se reciente seguridad al haber logrado tener a Naval una vez junto a él —El FBI ha concertado una cita, Federal Correctional Institution está dispuesto a cooperar.

—Más te vale Fletcher —inquirió desdeñoso Creed —Trent la acompañara para mayor seguridad.

—¿Protegerla de quién? Sabes bien que la cuidare. —dio un paso atrás — Además es casi imposible verte entrar a una prisión —espetó, volviendo a ser ese agente del FBI que embaucó y utilizó a Naval —El León Negro jamás pisaría una prisión. ¿No es así?

—Porque mejor no te metes tus. —iba a continuar pero la delicada mano de Naval sobre su pecho lo obligó a detenerse, bajó la mirada y supo que hacer una escena de celos y mostrar su territorio solo hacía que Naval se alejara más de él.

—Creed, por favor. Tranquilízate —le pidió, pero a su vez temiendo ver a Reed y su rostro pétreo.

—Porque mejor no dejas a la señora continuar. —inquirió Reed sin dejar de ver a su rival.

—Gracias por hablar como si yo no estuviera aquí. Así que, podemos irnos. —farfulló, saliendo de ese triángulo asfixiante y uniéndose a Trent quien la escoltó hacia el auto que dispusieron para ella con una sola ruta, la prisión y el hogar de Boris Kapot.

Creed con la mirada irritada le advirtió hosco —Mas te vale que regrese bien. Es una estupidez que la llesves a ver a Boris Kapot.

—Y a ti más te vale mantener las manos alejadas de mi mujer. Caso contrario tendré el gusto de rompértelas. Ganas no me faltan. Aléjate de ella —le advirtió hosco.

—No tanto como yo rompiéndote el cuello —exclamó Creed —Y no me iré —declaró, viendo a Reed girar sobre sus talones y tomar su lugar tras el volante.

Naval los vio intercambiar unas palabras, esos dos titanes eran testarudos y a ninguno de los dos les gustaba perder —Creo que deberías tener cuidado. Creed te ama, y no dudara en luchar con Reed por ti. Estas jugando con fuego y

terminaras quemándote.

—Yo le deje claro que amaba a Reed —respondió viendo a Trent quien no se inmuto en verla, simplemente su mirada viajaba de la ventanilla hacia la autopista.

—Sabes bien que Creed jamás lo verá de esa manera.

—No sabes lo que dices.

—Se mucho. Y sé que ni tu sabes lo que quieres.

Iba a responder pero guardó silencio al ver a Reed posicionarse tras el volante, y no estaba preparada para decirle y menos preparada para su segura y explosiva reacción que de tan solo imaginarlo fuera de sus casillas sus manos sudaban y una sensación extraña apretaba su pecho, pero no fue lo único, el trayecto era pesado y el silencio era más que enervante para ese trío, de la nada el ambiente se tensó, estaba nerviosa ante la idea de ver a Boris, la idea de que Reed descubriera su breve y fugaz noche con Creed y sobre todo que Trent cometiera una indiscreción y contara su versión distorsionada de los hechos.

Nerviosa, cruzó las manos sobre su regazo retorciéndoselas de manera impulsiva, su corazón martilleó hasta el punto de sentir sus latidos en los oídos, absorta en lo que haría y escucharía, no se dio cuenta que Reed la observaba de reojo por el retrovisor, notándola nerviosa, ansiosa y sobre todo preocupada, algo natural ante las diversas circunstancias que influían de manera negativa en sus vidas.

Trent vio su cambio, dándose cuenta que sus manos estaban retorciéndose sin un atisbo de dolor en su rostro —Naval —le llamó, pero ella no volvió el rostro —Naval. —no lograba traerla de vuelta —¡Naval!. Estás haciéndote daño —detuvo con su toque la tortura a la cual sometía a sus propios dedos poniendo alto a esa acción dolorosa.

—¿Qué? —volvió el rostro hacia Trent y frunció el ceño, bajó la mirada y se dio cuenta que se había lastimado el dorso de la mano derecha, por lo visto se había clavado ella misma las uñas sin sentir dolor alguno —Lo. Lo siento —tartamudeó.

—Naval. Debes tranquilizarte. No quiero un episodio con en el Jet, eso no nos ayuda, no te ayuda.

—¿De qué parte hablas? —le preguntó, gimiendo disgustada, disgustada por tener que caer ante sus propios miedos y uno de ellos, perder para siempre a su

hijo y a Reed Fletcher.

—Créeme. Para mí ninguna de esas dos opciones fueron validas —dijo bruscamente.

Reed no pudo evitar escuchar, por el momento no quiso preguntar pero la curiosidad hacia estragos en su cabeza —*¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho Naval? ¿Acaso volvió con esa manías suicidas? ¿Sería su Naval más frágil de lo que pensó hace años?* —De tan solo pensarlo su cuerpo reaccionaba de manera violenta.

—Ve por donde conduces —las palabras desdeñosas de Trent lo empujaron a la realidad, dándose cuenta que estaba conduciendo ciegamente, se había quedado absorto ante la imagen dolida y triste de Naval, ambos estaban destrozados por la ausencia de su hijo, justo cuando la había recuperado, cuando se había enterado que tenía un hijo producto de aquellas relaciones llenas de amor, fue despojado de la felicidad de ser padre, de ser esposo, de ser amante, de tener su propia familia en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué le paso? —preguntó.

—Nada que te importe.

—Me importa porque es mi mujer —respondió dándose vuelta mirándolo con ojos relampagueantes —¿Qué sucedió Naval? ¿Qué paso?

—Pues deberías prestar más atención a tu mujer —mencionó con escarnio — Y prestar más atención a la autopista.

—Trent. Basta ya —le regaña ella, intentando que guardara silencio pero no lo logró.

—Por qué. No le dirás ¿Verdad? —le preguntó, exasperado.

—¿Decirme qué? —dijo incrédulo ante el tono de voz que Trent utilizaba — ¿Qué sucede? ¿Naval?

Al sentirlo pronunciar su nombre, levantó el rostro y miró a Trent fijamente —Te estás pasando, Trent.

—¿En serio? —dijo con voz áspera —No lo creo. No lo creo en absoluto.

—Solo estas celoso y dolido. —dijo disgustada con él.

—Naval, Trent —ladró Reed intentando calmar la discusión que ese par tenía atrás.



—¡Oh Dios mío! No lo dijiste —exclamó Trent, dolido —En serio.

—Sí, lo dije. Estas celoso y dolido. No es mi culpa que seas hermético y por ello no has conseguido mujer.

—¿Quién te dijo eso? ¿Creed? —sonrió sin nada de humor, pasando su lengua por sus labios —Bueno ya que estamos hablando y diciendo las verdades —se inclinó hacia Reed palmeando su hombro —Diré que Creed ha estado tirándose a tu mujer, Reed. Has estado compartiendo a tu mujer estos tres días.

—¿¡Trent!?! —gritó Naval, no podía creer que Trent lo haya dicho de esa manera tan vulgar y sobre todo alegando algo que jamás paso.

—¿Qué mierda? —Reed apretó su agarre en el volante, volviendo a sus nudillos blancos ante la fuerza de su agarre, pisó el freno obligando al auto a detenerse de golpe a lo que obtuvo que Naval y Trent fueran impulsados por la fuerza hacia adelante —¿Qué mierda hiciste, Naval? —la cabeza de Reed se volvió de golpe, mirándola con odio y repulsión —Me fui solo tres malditos días y te acostaste con Creed. —bramó sin miedo a herirla, herirla como ella lo había con él —Lo sabía. Lo sabía —espetó golpeando el volante con los puños y gritando como su típico berrinche infantil.

Los ojos de Naval se volvieron furiosos, Reed siempre desconfiaría de ella, dijeran los que dijeran, viera lo que viera, escuchara lo que escuchara, Reed siempre desconfiaría de ella —Yo no me acosté con Creed. Solo lo besé. Lo besé. Nada más.

—Vaya que alivio que solo lo besaste. —dijo disgustado —En serio, puedo respirar mucho más malditamente tranquilo —mencionó sarcástico.

—Pues me dejaste sola, sin una llamada, sin ningún mensaje —le reclamó.

—Y por eso fuiste y te lanzaste a los brazos de Creed ¿Cierto? Mientras que yo intentó salvar a nuestro hijo, tú estabas revolcándote con él. Menuda madre tiene mi pobre hijo.

—Es mi hijo también, crees que estoy feliz y saltando como una perdiz, eres un cretino. y tu Trent eres igual o el doble de cretino que él —llevó una mano hacia su frente, sintiéndose pesada y cansada por pelear con tantos a la vez.

—Solo digo lo que vi —rugió Trent.

—Creed solo me besó para distraerme. No dormimos juntos, solo se quedó allí, abrazándome. Conversamos, hablamos de nuestro pasado. Y créeme. Créeme Reed cuando te digo que hubiese preferido miles de veces que Creed me

hubiese sacado hace diez años de la Residencia y huido y me hubiese evitado el conocerte, me hubiese evitado salir herida y dolida por ti, y tener que aguantar tus papelones y escenitas infantiles.

—¿Infantiles?. ¡Infantiles!. —asintió con la cabeza, ya que no tenía ni la mínima idea para poder herirla en ese momento.

—NO.PASÓ.NADA —bramó.

—Y yo soy el hombre lobo —se bufó Trent, cruzando sus brazos sobre su pecho.

Lanzándole una mirada llena de enfado a Trent, intentó tranquilizarse y así poder hablar con Reed, pero era imposible cuando se ponía de ese modo —Reed. Juró que no pasó nada más. —quiso tocarlo, pero él solo evadió su toque con rudeza, encendió el motor y pisó el acelerador, quería terminar con ese episodio que era más un infierno que una pesadilla.

—Me importa una mierda, sabes. Puedes hacer lo que quieras con tu vida, pero mientras implique la vida de mi hijo, me importa.

—Pues resultaste el padre del año.

—No me provoques, Naval. No me provoques. —le advirtió, hosco — Además son tal para cual. Si quieres estar con Creed, adelante, pero ten en cuenta que yo me llevaré a mi hijo, no quiero que crezca en ese ambiente, que crezca a lado de un asesino y que vea a su madre engañando a su padre.

Naval cerró la boca, no quería echar más leña al fuego ya que en cierta parte ella había cometido un error, había llevado a Creed al borde besándolo y permitiéndole tocarla, había dejado que la besara e hiciera alarde de ello, no podía pedir disculpas ya que le besó al estar furiosa con Reed por dejarla de lado y no incluirla en sus planes.

Reed la vio empalidecer y morder su labio inferior con fuerza, no solo haciéndole enojar por dudar una vez más de ella, sino lastimándola. Cerró los ojos ante la sola idea de verla en brazos de Creed, de sentirla gemir, de sentirla pronunciar su nombre con pasión, aferrándose al volante, dejó que la ira lo consumiera, pero también destruyera la poca confianza que había hecho desde anoche al visitar a Boris Kapot.

Las puertas de esa gran prisión que albergaba a un Kapot se abrieron, personal de seguridad y el Director Robinson ya los esperaban para poder seguir con lo planeado hasta el momento. Reed se había encargado de asegurar hasta el

mínimo detalle de ese encuentro, estarían solos en una habitación, pero no dejaría que Naval pasase sola por esa experiencia traumática de volver a ver a uno de los hombres que le arrebató la vida y la libertad, a uno de los hombres que le arrebató la vida a sus padres.

Naval al ver las inmensas paredes de concreto sólido, la seguridad extrema, tragó saliva, temía que Boris solo quisiera jugar con ella, disfrutar de su dolor. Reed bajó del auto y al verla observar la prisión, se lamentó haber aceptado esa cita, lamentó haberla llevado allí y que Boris jugara con su mente una vez más, extendió la mano y le abrió la puerta, ella levantó el rostro y sus miradas chocaron y por un instante vaciló en bajar, pero tenía que hacerlo, soltó un suspiro doloroso y bajó del auto tomando la postura propia de una Kapot, la cabeza en alto, la espalda erguida, los brazos a los costados y la caminata digna de una mujer de alta sociedad, tragó saliva y vio a su alrededor, sería solo un momento de incomodidad al pasar por celdas y alaridos de libertad, miedo, odio y culpabilidad, pero a la Naval que bajaba en ese momento de ese auto ya no le importaba nada, ya no era la dulce, la tierna y amable Naval, sería la Señorita Kapot, la princesa de la Mafia Rusa, la hija del narcotraficante más famoso, la leyenda Nicolay Kapot.

Robinson solo asintió con la cabeza, no podía dar crédito a lo que veía, pero guardo la compostura y les mostro el camino sin mencionar nada. Las puertas se abrieron y un guardia les mostro la habitación donde horas antes Reed Fletcher se había reunido con el prisionero, Naval dudó en dar un paso más, pero se acercó a la ventanilla viendo a su tío después de tres años, Boris estaba esposado contra la mesa, el traje naranja le daba un aspecto más tétrico y de edad, sus manos temblaron ante la sola idea de que ese hombre la quería muerta, de tan solo pensar que ese sujeto sin alma y corazón había matado a su madre.

—¿Lista? —al escuchar la voz de Reed, volvió el rostro hacia él y asintió con la cabeza, él extendió la mano y abrió la puerta para ella, entrando a esa habitación que de solo dar un paso adentro la sofoco.

—Hola —dijo en un murmuró que no fue fácil escuchar.

—Naval. —sus labios se curvaron en una sensual sonrisa, inclusive para su edad —Veo que has traído a tu. Amante —arrastró las palabras, acentuando su acento ruso.

Se sentó en frente de su tío, erguida, sin dar ningún atisbo de miedo, aunque por dentro temblaba de nervios —Solo he venido para saber.

—Dónde está tu hijo —la interrumpió con una mirada cínica.

—Boris. —iba a suplicar, pero Reed se acercó dando un puñetazo a la mesa, obligando a que Naval diera un respingo ante el golpe, no la dejaría suplicar, sería él quien lo haría si fuese necesario, pero ella no se merecía nada de lo que pasaba, era consiente que era su culpa, y solamente su culpa.

—¿Dónde está nuestro hijo, Boris Kapot? —preguntó con una mirada desafiante aunque carente de expresión alguna, no quería que Boris viera su miedo, ese miedo que le carcomía por dentro y crecía a cada hora sin saber el paradero de su hijo, hijo que prometió proteger.

—Boris, por favor. Es un niño pequeño. Tiene dos años —cubrió su boca, no quería sollozar, pero era incapaz de poder soportar a ese dolor que oprimía su pecho.

—¿Cuánto eres capaz de resistir?

—Todo. Todo con tal de tener a mi hijo a mi lado. Es lo único que tengo.

—¿Puedes tener más? —afirmó más que preguntar —No creo que tu querido Agente sea un imposibilitado. Es viril ¿o no? —se burló.

—Él fue producto del intenso amor, hoy solo queda desconfianza y odio. Esa es la diferencia Boris. Mi hijo está hecho con amor. Está hecho de esperanza, me devolvió la vida cuando la perdí. Me devolvió el aliento y las ganas de seguir. Por favor.

Reed al escuchar aquellas palabras cerró los ojos con fuerza, recordar el pasado solo traía miedo, dolor, frustración y arrepentimiento. —*¿Acaso Naval pensaba que era solo sexo? ¿Creed intentaba recuperarla? ¿Estaba loco acaso con aquellos temores por perderla? ¿Ella en verdad a quién amaba?* — replicaba una y otra vez para sí.

—Habla por favor. Te lo suplico Boris. Es lo único que tengo en esta vida — sus manos temblaban de manera estrepitosa, sus ojos estaban opacos por la duda y el dolor, Naval moría cada día más sin tener a su hijo a lado.

—Sabes que destruiste mi vida. Tu hijo ya está muerto. Es lo único que puedo decirte.

Reed sin poder evitarlo se abalanzó hacia Boris tomándolo del cuello y haciéndolo caer al suelo y quedando suspendido de una mano ante sus cadenas en la mesa, los ojos azules como el acero de Reed expresaban ira, cólera, estaba decidido a matarlo —Maldito bastardo. Te mataré. Los mataré a todos.

—Si es que consigues atraparlo —no dudó en hacerlo enojar, riéndose en la

cara del joven agente, ganándose un buen golpe en la mandíbula haciendo sangrar.

—No. Reed. No —Naval se levantó de un salto y trató de calmarlo, tocando su hombro y quitándoselo a Boris de encima como favor personal.

Quedando de rodillas junto a Boris, suplicó mientras que Reed asió su brazo para obligarla a ponerse en pie, pero se rehusó —Por favor. No puedo decirte que es tu sobrino nieto porque no lo es. Sabes bien eso. Nicolay no era mi padre, no podía tener hijos —ardientes lágrimas le nublaron la vista, con la respiración entrecortada, le dio unos momentos para pensar muy bien, Boris tenía una segunda oportunidad de escoger sus palabras.

Estaba dispuesto a ocultar la verdad, pero al ver a Naval, algo llamó su atención, sus ojos, su piel, algo le hizo cambiar de opinión, al ver que no decía nada —Es en vano. No hablara. Vamos Naval —Reed la levantó de un solo movimiento para posar una mano sobre la parte baja de la espalda de su joven mujer escoltándola hacia la salida, estaban dispuestos a irse, quedarse más tiempo era ilógico ya que Boris no cooperaría con nada. Pero la mirada suplicante de aquella joven madre solo logró ablandar algo en su interior.

—Naval. Espera —Ella se volvió hacia su tío, tragando el nudo de su garganta —No te hice venir aquí solo para hacerte sufrir, sabes. Aparte de decirte donde está tu hijo. —hizo una pausa —Quería decirte, que. Yo no maté a tu madre cómo hicieron ver en ese juicio, fue Xavier quien lo planeó todo. Él plantó los explosivos, estaba obsesionado con Nicolay. pero luego estuvo obsesionado contigo hasta el punto de enfermar y matar sin miedo y sin remordimiento, no es que haya cambiado mucho desde tu nacimiento, él siempre fue así de enfermo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó ella con una sonrisa de compasión en sus labios.

—Ve a Portland. Está donde inicio todo, allí encontraras a tu hijo. Pero no puedo decirte con certeza que haya vuelto a la Residencia. Aunque es ilógico que lo haga por ser el primer lugar en donde ustedes buscarían. Él compró un hotel hace cinco años atrás, es estilo colonial, varios pisos, varias habitaciones, depósitos y laberintos. Conoces el lugar.

—¿Yo? —preguntó ella.

—Ambos —dijo mirando a la pareja.

—Pero. —ella quiso objetar.

—El club. Su club —mencionó Reed.

—Así es. Es posible que lo tenga allí, ya que cuando compró el club y el hotel solo eran fachadas para el contrabando de las armas, droga y lavado de dinero de Pablo Falcón.

—Por eso él lo ayudo —afirmó Reed.

—Sí. Hay planos de ese lugar, es muy antiguo y esta renovado hasta cierta parte, la otra mitad son solo calabozos, laberintos y depósitos para el contrabando que conectan al club.

—Espera un minuto —Naval levantó la mano, deteniéndolo —El club está allí, solo, no hay hoteles ni casonas. Solo un grupo de bares, Clubs, cafeterías y restaurantes.

—Cariño. Hay túneles —le confirmó Boris.

—¿Conectan al hotel Devone Hill?. ¿Ese hotel cinco estrellas?. ¿El que renovaron? —pregunto Reed, desorientado.

—Sí. Es de Xavier y la tapadera de Falcón.

—No teníamos información de ello —afirmó Reed contrariado.

—Es porque lo compró a nombre de Devone J. Parish, por eso no encontraron rastros de él. No había documentos, propiedades a ese nombre —explicó —Tienen que darse prisa, tres días es demasiado. Tienes tiempo. No lo desperdicies.

—Gracias Boris. Sam es un niño muy bueno —recalcó Naval al punto de llorar ante un pequeño avance que podía devolverle a su hijo en menos tiempo del esperado.

—No lo dudo. —sonrió —Tráeme a mi sobrino nieto algún día. Sabes que tengo toda la agenda muy desocupada.

—Lo haré —respondió con un nudo en la garganta, Boris había cooperado con ellos, había la esperanza de poder tenerlo muy pronto de nuevo en sus brazos.

Iba a irse pero Boris la detuvo —Naval.

Ella se volvió hacia su tío una vez más —Xavier no quiere al niño en sí, lo quiere para atraerte. Su obsesión por ti ha crecido más en estos tres años, utilízalo en su contra. Xavier se quedara ciego contigo y esa será tu ventaja ante cualquier cosa. Le gusta siempre estar arriba en su oficina en el club *The Black*

*and White* le gusta observar y créeme, te observara, pero no podrá contenerse y bajara solo y exclusivamente por ti, tienen una oportunidad —hizo una pausa intentando tomar fuerza y decirle la verdad, una verdad muy cruda inclusive para él —Una cosa más. —Naval asintió con la cabeza, aceptando el pequeño trato —Mata a ese hijo de puta. Incluso a mi hermano.

Reed volvió a sujetar a Naval con demasiada propiedad sacándola de la sala, cosa que la irritó, su disputa aún estaba fresca en su memoria, y que la tomara con demasiada propiedad la enervaba, pero lo importante en ese momento era que su tío Boris había cooperado y al fin tenían la localización de su pequeño.

—Vamos. Preparemos todo. Te traeré a nuestro hijo a salvo —le dijo mientras volvían al auto que los esperaba en la puerta del reclusorio.

—Yo iré con ustedes —se detuvo en seco, permitiéndose entrar en esa guerra que también era suya. Era su derecho.

Reed se detuvo y apretó los ojos con fuerza, sabía, él sabía que Naval le diría eso, así que formó puños a sus costados intentando mantener el control ya que la lucha que iban a tener iba más allá de unos cuantos hombres y armas, era una guerra, una guerra que Scott y Kapot había tenido la astucia de hacerla más que personal —Sabes que eso no está a discusión —sacudió la cabeza, no podía volverse y verla, porque estaba seguro que naval estaba lanzándole dagas con la mirada, algo típico de ella.

Naval frunció el ceño, dio unos pasos agigantados para tomarlo del brazo y obligarle a volverse, a verle, a decírselo en la cara —Y tú no eres mi maldito jefe, iré. Me aseguro de tener a Sami a salvo —batalló para decirlo en voz alta —Y no me detendrás. Reed, no lo harás.

Antes de que pudiera subir al auto, Reed asió su brazo, deteniéndola —Naval. No, no hagas esto, no otra vez.

Ella sabía muy a que se refería, quería convencerla de aguardar a esa dura y tortuosa espera a que ellos regresaran de esa misión suicida, pero no lo dejaría, así que se soltó —¡Suéltame!. Déjalo ya Reed. Lo que más me importa es recuperar a mi hijo y todo volverá a la normalidad. Tu vida, mi vida. Todo como antes. Todo.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó con un destello de dolor en la mirada.

Pero ella no respondió, subió al auto sin mirarlo, había conseguido saber dónde estaba su pequeño, logró saber que su pequeño niño podía estar en sus brazos mucho más antes de lo debido, pero lo peor estaba por venir y ambos lo

sabían.



## Capítulo 24

### BAD COMPANY

Reed condujo en completo silencio dándose siempre un momento para poder contemplarla por el retrovisor, decir que estaba nervioso era poco y más cuando Naval no quería quedarse sentada a esperar. Trent optó por sentarse junto a él, ya que ante las discusiones previas y comentarios llenos de sarcasmo, recargaron el ambiente de una nube muy negativa.

Naval, por otro lado estaba callada y totalmente absorta al mirar por la ventana, cerró los ojos recordando a su hijo, cómo extrañaba su risa, su manera de jugar y abrazarla, se llevó una mano hacia la boca amortiguando así su sollozo, ya habían pasado tres días desde que se lo llevaron y debía estar tan asustado, hambriento y temía que. —¡Oh Dios mío! —rogó en un susurro silencioso, mientras que lágrimas brillantes surcaron sus mejillas.

Reed levantó la vista apartándola por un momento de la autopista viéndola una vez más, sabía a ciencia cierta que ella estaba llorando, solo quería mostrarse dura, dura cómo esa Naval testaruda que conoció tres años atrás, pero lo único que había encontrado era una madre fuerte y protectora, una leona dispuesta a sacar las uñas para proteger a su cachorro, una Naval mucho más apasionada y dispuesta a amar. Una Naval dispuesta a sacrificar todo, incluso su amor por él con tal de tener a su pequeño a salvo.

—Lo recuperaremos. Lo prometo. Sabes que lo haremos y en el proceso, mataremos a ese par —juró.

—Sabes bien que Xavier me quiere a mí, es algo a nuestro favor —replicó ella, decidida —Es algo que podemos utilizar, Reed.

—¡Maldición, Naval! —bramó Reed, golpeado el volante con las manos — Sabes que eso es peligroso, ir con Xavier solo traería tu muerte. Perdiéndolos a ambos. No te perderé a ti también.

Trent puso los ojos en blanco al ver golpear el volante a Reed y a Naval cerrándose ante esa idea descabellada —Por favor. Ambos. Reed deja de golpear el volante y tu naval quítate esa estúpida idea de la cabeza.

—Reed eso no decías hace horas atrás y Trent. ¡Cállate! —espetó furiosa con

ambos.

—Solo. solo. —trató de no decir más, hablar solo traía más discusión entre ellos dos, alejándolos —Solo no te dejaré hacerlo. Lo dejaré muy claro hoy y ahora. No irás.

—Lo haré —declaró —Sabes que haré cualquier cosa por tener a mi hijo de vuelta, incluyendo resistir el maldito toque de Xavier.

Reed de solo escucharla se quedó sin aliento, no quería, no podía ni imaginar a Xavier tocarla, había estado rebalsando de ira cuando Trent había hablado de Creed y Naval juntos, aunque después arreglaría las cosas con Creed, lo mataría si era preciso, pero con Xavier las cosas sobrepasaban —Por favor. Déjanos a nosotros hacerlo —le pidió él con voz acariciadora.

—Sabes bien que poner la voz sexy no te ayudara en nada, definitivamente en nada —le recalcó ella lanzándole una mirada llena de dureza por el retrovisor, Reed negó con la cabeza y volvió la vista hacia la autopista, debían llegar a Astoria en unas cuantas horas.

—¿Saben?. Ustedes dos deberían arreglar todo este problema de su tensión sexual, ambos están desesperados por una noche. Y me da asco de solo imaginarlo —espetó Trent, llevándose duras miradas de la pareja obligándole a cerrar la boca —Mejor me callo.

—Créeme es lo mejor, tengo un arma y creo que le daré un buen uso para cerrarte esa boca —murmuró Reed en tono glacial, ya había tenido su ración de Trent por un día, ya había hecho que una discusión con Naval fuera más allá de la desconfianza, gritos y reproches y no necesitaba más.

—Trent siempre tuvo una boca muy grande —agregó Naval —A lo que me hace suponer que —gesticuló con una mano, levantando su meñique —Tiene un pequeño. Detalle.

Reed soltó una carcajada a las insinuaciones de Naval, las mejillas de Trent se tiñeron de rojo sacudiendo la cabeza con desdén, no pudo evitar responder enojado —Ustedes dos dejen a mi detalle en paz.

—No te preocupes Trent, el tamaño no cuenta —se burló Reed.

—Ambos se merecen. En serio. Se merecen —los señaló a ambos con el pulgar —Dejaré que se maten en los próximos minutos.

Quizás la pequeña conversación de Trent suavizó las cosas para la pareja, aunque no logrando disuadirla de su decisión.

Horas después, Naval diviso una gran mansión a lo lejos acercándose a los asientos delanteros para poder ver mejor —¿Dónde estamos? —les preguntó.

—Estamos en la Mansión de Sal Montecchi. —volvió el rostro hacia Naval, intentando ver en su rostro algún signo de asombro o de reconocer el nombre, pero no, a lo que Trent le observó negando con la cabeza, Naval no necesitaba más información —Estamos casi a las afueras de Astoria, lo cual nos da entre cuatro a tres horas de camino a Portland —agregó Reed —Es un buen lugar, esta fuera del radar de Xavier.

—Sí, ya lo creo —respondió ella casi atónita por lo que veía, era una hermosa casa estilo colonial, pero lo que más le llamó la atención fueron los hombres armados y los puestos de vigilancia que rodeaban la casa, eso sobrepasaba lo extraño, aunque había visto casi e igual seguridad en su antigua casa, que por un momento pensó regresar a esa vida, estremeciéndose de tan solo pensarlo.

—Frances cree que tu seguridad es lo primordial —espetó Trent.

—No lo dudo.

—Frances le debe la vida y su libertad a tu padre. Quiere hacer un trabajo perfecto —insinuó Reed, estacionando el auto, apagando el motor y bajando del auto.

—No lo dudo —repitió una vez más, asombrada.

Reed le abrió la puerta ayudándola a salir y extendiéndole la mano, pero ella se negó a su contacto, sabía lo que la piel cálida de Reed le hacía a todo su cuerpo y no se permitiría caer nuevamente en la tentación y seducción de ese hombre tan fácilmente, fue entonces que al levantar la vista vio a Creed y sin importarle mucho los juicios y reproches de su amante, corrió hacia él estrechándolo en un cálido abrazo, hundiendo el rostro en su pecho como en el pasado. Acción que favoreció al ego de Creed en ese momento, lanzándole una sonrisa llena de satisfacción y sorna a Reed, dándole un motivo más para ganarse una bala y una patada.

Reed sin poder aguantar más, y aprovechando que Naval le daba las espaldas, levantó una mano y le señaló articulando —*Estás muerto* — palabras que no inmuto ni sorprendió a Creed.

—¿Acaso Naval no lo había rechazado? ¿Lo hacía a propósito? —Reed no aceptaría una respuesta negativa, Naval fue suya y seguiría haciéndolo, pero antes debía encontrar a su hijo y liberarlo de las manos de ese canalla sin

escrúpulos para luego arreglar las cosas y dejar en claro a todos que era *su mujer*.

Trent se acercó a Reed palmeando su espalda —Solo está jugando contigo, ya que no aceptaste que venga. hará que Creed la apoye, no seas tonto y caigas en esos viejos juegos. Y me sorprende que no lo sepas, la disfrutaste, disfrutaste de sus jugarretas y travesuras cuando estabas infiltrado en la residencia.

—Solo que no resisto que Creed ponga sus manos sobre ella.

—Hazte a la idea. Xavier pondrá sus ella —musitó, siguiendo su camino al interior de la casa.

—Veo que traes buenas noticias —le asió de la cintura, haciéndola entrar a la casa.

—Sé dónde está mi hijo —dijo observando el gran movimiento que había en la casa, hombres armados vestidos para combate, armas, equipo técnico y táctico, todo estaba preparado.

—Y nosotros tenemos algo para ti. Una sorpresa.

Reed y Trent les siguieron pisándoles los talones, deteniéndose abruptamente al encontrar a un hombre de Falcón sentado en una silla en medio de la adorada y limpia Sala, un contraste bastante raro, estaba atado de pies y manos, tenía algunos golpes y heridas sangrantes pero nada que le impidiera hablar.

—¡Dios mío! ¿Quién es? —ahogó un gemido al verlo.

—Es un hombre de Falcón, es uno de los que atacaron tu casa y se llevaron al niño. Lo encontramos hace horas, pidiendo un. — dudó en decirlo —Un servicio de placer en plena calle. Nos dio mucha información sobre Falcón.

—Boris habló con Naval. Nos dijo que el niño está en el hotel Devone Hill. —agregó Reed dando un paso adelante, observando a detalle al hombre —Hay un túnel que conecta el Club The Black and White hacia el hotel.

—Eso no lo sabía, lo que sí sabemos es que tienen a Sami en el piso 10, el ático al final del pasillo de las Suites, nos dice que hay una mujer con el pequeño. Además de que sabe todo de ustedes desde nombres, apariencia, conoce cada uno de los movimientos que los chicos de la Residencia y el FBI hacen. Pero no nos conoce a nosotros por lo visto, es un punto a nuestro favor. Solo necesitamos una distracción —explicó Frances.

—Entonces podremos entrar sacar a mi hijo y matar a Xavier —dijo Naval

con un brillo lleno de esperanza en sus ojos.

—¡No!. Eso sería arriesgado. Sería poner en riesgo la vida de mi hijo. No lo permitiré —dijo Reed dando un paso al frente estando cerca de su bella mujer.

—Chicos, basta —calmó la discusión que veía venir —Te equivocas si piensas que pondría en riesgo la vida de Samuel, además —en ese instante Noya les llevó unos planos, unos antiguos y otros muy modernos, los expandió sobre la mesa de comedor y Frances comenzó a explicar su táctica —Gracias Noya —continuó su explicación —Cuando Xavier compró el club encontró un pasillo que daba hacia unos túneles, vio que conectaban al hotel Devone Hill, el dueño tenía muchas deudas de juego y así que Xavier le obligó a vender a cambio de su vida, quería el túnel para pasar las armas y la droga —Frances observó los rostros de su gente y amigos —Han pasado las armas y la mercancía por allí, haciendo todo bajo tierra. Así que. Entraremos al club. Atacaremos debajo, obligando a retroceder y sacar al niño del hotel, donde sé con toda seguridad que Svyayoslav sacará al niño y lo llevará a la Residencia.

—Pero. ¿Por qué a la Residencia? ¿Cómo estar seguros que lo llevará allí? —preguntó Naval con el ceño fruncido.

—Cuando Nicolay comenzó a contrabandear y pasar las armas y la droga que casi fue incautada por el FBI —Frances curvó sus labios en una sonrisa, al ver a Nolan que apartó la mirada, sabía muy bien de que se trataba —Hicieron pasar las armas y la mercancía por un túnel subterráneo que hay bajo la casa, da justo a unos cuantos kilómetros de las afueras donde podrían tomar varios caminos y escapar sin ser detectados, el viaje caminando es casi de una hora, pero podemos acelerar el camino, solo entraremos por abajo para sacar al niño, de allí podremos rodearlos y deshacernos de Xavier y Svyatoslav, ya que es la única manera de poder estar salvo, con ellos en una prisión o siendo entregados a la justicia, sus tentáculos podrán alcanzarlos. por eso.

—Matarles será la única solución. —dijo Nolan de manera estridente, saliendo de su escondite —Mataron a Nicolay y Dayanne sin contemplaciones, por qué hacer lo mismo si piensan de la misma manera con mi nieto. Matarlos no será una solución sino será un bien necesario.

—Nos culparan de ello. —exclamó Naval.

—No se puede culpar a una persona muerta, Naval —respondió Creed — Solo una vez capan al gato, cariño mío.

—En mi caso creo que me tropecé con la misma piedra tres veces —Naval

insinuó entre dientes, mirando de soslayo a Reed, sabía muy bien a que se refería Creed, Reed tan solo se mostró impávido como si nada le afectara, había vuelto a su rol, a ser Reed Fletcher, agente del FBI.

—Si queremos entrar. Necesitaremos una distracción en el club, para que Xavier permita la entrada sin que sean ustedes detectados.—se acercó a los planos observando que todo estaba detallado, por lo visto Noya sí que estuvo haciendo su parte del trabajo.

—Yo lo haré. —dijo de la nada Naval, decidida. A lo que todos los presentes se volvieron hacia ella, observándola como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—¡Maldición, Naval! Si estas intentando sacarme de mis casillas, lo estas logrando. Sabes que eso no está en discusión, definitivamente no —dijo un sobresaltado Reed.

—Es mi hijo. Boris lo dijo, Xavier está obsesionado conmigo, dejará su puesto de vigilancia en el club solo para acercarse a mí. Ustedes podrán entrar, ver las cámaras, abrir las puertas y atacar. Es nuestra única oportunidad.

—¡Es una misión suicida! —gritó Reed —Te tendrá, incluso podrá hacerte algo peor de que la última vez que te tuvo. No, no te dejaré Naval. Ya basta de tus juegos, lograste enojarme. Basta ya.

—El asunto, Reed. Es que Naval tiene razón. Es la única manera de entrar — espetó Kaal.

—Reed, creo que debes saber que Naval es muy capaz de defenderse. Sabe usar armas, sabe pelear, la entrené bien por años —insinuó Sansón.

—¡NO! ¡No! —repetía Reed, negando con la cabeza —NO, no te dejaré ir. NO, NO y NO —murmuró una violenta imprecación al ver que todos estaban de acuerdo, incluso Nolan —¡Carajo, No! Nolan. No puedes hacerme esto tú también.

—Lo siento —dijo Naval con vehemencia —Pero debemos hacerlo. Tenemos que hacerlo.

—¡No!. ¡No! —bramó iracundo, estaba listo para cruzar la sala y tomar a Naval de los brazos y zarandearla hasta que recuperara la cordura, el control de sus ideas —Naval. Ni creas por un maldito segundo que permitiré que arriesgues tu vida. No de nuevo —dio un paso adelante dispuesto a tomarla entre sus brazos y sacarla de allí, pero las manos de Dylan sobre él impidieron que cometiera una

locura más —Por favor, por favor. No me hagas esto.

—Cálmate viejo. Debes calmarte — intentaba sacarlo de la habitación, pero Reed era más testarudo que una mula.

—¡No!. Naval. No te dejare hacerlo. No puedo perderte. Me niego.

—Lo siento, pero no hay vuelta atrás, me necesitan, tú me necesitas. Yo te necesito —la voz de Naval logró aplacar a la bestia interna de su amado Reed, calmándolo y dejándolo atónito por el inconfundible tono y timbre de voz, decidida, sin miedo, dispuesta a todo por su pequeño, pero sobre todo afirmando que lo necesitaba, que ella lo necesitaba.

Trent al ver el rostro pétreo y pálido de su amigo logró aplacar su miedo — Yo la cubriré en todo momento —afirmó —Yo estaré vigilándola y a cualquier indicio de. —no quiso continuar, solo cerró la boca no quería darle imágenes vivida a Reed de lo que podía pasar allí dentro.

—Si se quiere sobrepasar con ella. Dale un tiro al hijo de puta —advirtió Reed, hosco, su tono era desdeñoso y tenía la boca apretada con un gesto despreciativo ante la idea, además de un destello de cólera en la profundidad de esos ojos azules que miraban a Naval haciéndola no solo temer por su paz física y mental, a Reed no le agradaba la idea de que Xavier se le acercará y mucho menos que la tocara —Dale un tiro.

—Estaré bien, Reed. Lo prometo. En verdad. —habló ella con expresión indulgente.

—No. Por favor —artículo, para luego mascullar entre dientes. En respuesta, Naval evadió aquella mirada ardiente azul grisácea, Reed podría ser intimidante, pero necesitaba se fuerte, decidida y todo para poder recuperar a su hijo.

—Lo que tenemos es, cuatro cámaras desde la entrada y el ingreso, luego una cámara de seguridad en recepción, del lado derecho el centro de control y seguridad que siguen a una puerta cerrada que da ingreso al Casino, para ello junto a Recepción del lado izquierdo se encuentra el lobby y un pequeño restaurant bar con mesas para pequeños espectáculos y ceremonias privadas, de allí atrás, administración y los sanitarios, que son utilizados solo para las personas de utilizan la cafetería, el lobby, ya que el casino cuanta con su propio centro de administración y servicios que se encuentran junto a la puerta trasera que da a un pasillo que une el servicio y un patio privado, por donde pasan el dinero, las fichas, las armas. Es nuestro objetivo, el casino. De allí, para el lado izquierdo de recepción, se encuentran unas tiendas casi pegadas al ingreso,

seguimos con el elevador en medio de la sala que separa las escaleras, una oficina de control, el depósito y el restaurant con la cocina y los servicios — confirmó Noya, mostrando en los planos los puntos ciegos y los puntos de extrema vigilancia —El segundo nivel, podemos ver aquí es que los puntos donde está la vigilancia da a los corredores y las habitaciones, pero al otro extremo esta la zona de emergencia o escaleras que conducen a los 10 pisos y —señaló con un marcador rojo —Tenemos un pequeño hueco, que ellos lo han puesto como calderas, lavandería, y es allí donde se unen los túneles que dan al otro extremo de la calle, hacia el club, donde empezaremos, allí hay una cámara en la entrada, Xavier ve quien entra y quien sale. Es donde tú, Naval, podrás distraerlo. Debes llamar su atención.

—Sé cómo hacerlo —asintió con la cabeza, decidida a hacerlo.

—En ese caso, deberá ser rápido. Trent vigilará si has hecho contacto con él y nos dará la señal. Nosotros entraremos al túnel y comenzaremos a atacar, no lo vendrán venir. Entraremos, subiremos, atacaremos el casino, la caseta de seguridad y subiremos por el niño, obligándolo a bajar por las escaleras de emergencia que dan a la lavandería y de allí a los estacionamientos. Los demás hombres estarán en la Residencia esperando en los túneles, ellos estarán rodeados y de allí veremos —la explicación de Noya era bastante clara, tenían el equipo, los planos, la gente, pero lo que faltaba allí era la suerte, ya que era una misión suicida, no sabían quién podría vivir o morir.

—¿Cómo lograremos llevarlo a la Residencia? —preguntó Dylan.

—Los tendremos rodeados. La policía estará rodeando el lugar, lograremos llamar su atención y se verán atrapados. Atacar un casino es lo adecuado.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Reed con los brazos cruzados sobre su pecho y haciendo más visibles sus músculos debajo del traje.

—Hoy.

—No tenemos mucho tiempo —confirmó la hora en su reloj.

—Tenemos eso a nuestro favor, el tiempo. —Kaal vio a Naval y le sonrió — Así que preciosa, prepárate. Vístete sexy. Lista para seducir y matar.

—Claro que lo haré.

—Cristo nos bendiga —se persignó Frances —Separemos los grupos entonces.



## Capítulo 25

### IT`S A SIN

El baño estaba lleno de vapor, abrazándose a sí misma ante el frío inexplicable de su cuerpo que se negaba a cooperar en esos momentos, el agua caliente no podía darle el calor que necesitaba más que solo dándole un momentáneo alivio a ese frío que la obligaba a estremecerse, elevó el rostro hacia el chorro de agua intentando alejar de su mente la idea de que Xavier pudiese tocarla, inclusive besarla, sabía que el daño sería irreparable si es que fallaba. Llevando las manos hacia su rostro reprimió un sollozo bajo, de tan solo pensar que ese plan alocado y descabellado resultara mal y sus consecuencias la hacían incluso sentir más frío de lo usual.

La sola idea de poder perder ante ese hombre que destruyó su confianza años atrás resultaba más allá de aterrador, temía volver a ese círculo vicioso de desolación, lágrimas y dudas, algo de lo que ni Reed podría ayudarla a salir.

El baño la hubiese relajado pero no necesitaba los jabones perfumados y el shampoo frutal en esos momentos necesitaba más que simples lociones perfumadas, cerró los ojos intentando apartar todo pensamiento negativo de las experiencias pasadas con un manotazo, aliviando ese nerviosismo que por un momento lo vio innecesario e infructífero para la misión que ella misma había elegido hacer.

De la nada las caricias de Reed la obligaron a abrir los ojos, incluso hacerle volver el rostro sobre su hombro pudiendo contemplarlo en todo su esplendor, desnudo y abrazándola desde atrás —Reed —murmuró ella.

—Shhh. — susurró con voz ronca, besando su nuca, besando su cuello con pasión.

Los chorros de agua los mojaban lentamente, permitiéndoles no solo liberarse de sus miedos, sino que también les daba la oportunidad de poder ser uno, Reed siguió besando el cuello de su joven Naval, saboreando su sabor, su aroma, besos sobre la piel sonrojada y cálida de esa mujer que lo llevaba al borde, sus manos esculpían las nuevas curvas dejando el aroma varonil impregnado en la piel, recorriendo su vientre, recorriendo sus pechos, recorriendo con delicadeza ese bello cuerpo. Naval gimió ante las sensaciones, la

textura áspera de la piel velluda, de sus manos callosas sobre su cuerpo terso y pálido, disfrutaba de ese momento como si no hubiese mañana. Dejando caer la cabeza hacia atrás, dejó que las caricias le dieran el calor que tanto necesitaba, saboreando el dulce sabor de sus labios, gimió su nombre con voz ronca — ¡Reed!

Soltando un suspiro, abrió los ojos, notando que estaba sola en la ducha y todo lo que sintió eran solo fantasías que su mente había fabricado como escape a los problemas que tenía, todo era un sueño, una ilusión que le hubiese gustado poder hacer realidad, pero no había tiempo para el placer y menos para el amor, cerrando la canilla tomó una toalla cubriendo su cuerpo y apretándola contra su pecho, salió del baño decepcionada por no tenerlo realmente consigo, decepcionada de no poder tener un momento para ambos antes de adentrarse a una guerra sin retorno fijo.

Caminó hacia la cama, sentándose y quedándose quieta ante la maravilla de habitación, no podía quejarse, la habitación que Frances había designado para ella era acogedora, elegante, aunque Naval no negaba que tenía un gusto exquisito en decoración y ropa, aunque sabía perfectamente que el dueño de casa podía encontrar su presencia en esa habitación como una mera intrusión a su privacidad e intimidad, volvió el rostro hacia un lado viendo el vestido de encaje fino color negro a su lado, prácticamente burlándose de ella, al ver esa prenda fina y de alta costura le hizo recordar viejos y pero no añorados tiempos, tiempos en los que Creed Rise compraba su ropa y accesorios femeninos, cuando Creed Rise estaba pendiente de ella, siendo de su protector, su amigo, su aliado, su amante, siendo la única persona en la que pudo confiar en el pasado. Invadida por los recuerdos de una adolescencia agrisulce, apretó la toalla más a su cuerpo intentando no sentir miedo ante lo que intentaba hacer, regresar a su antiguo papel.

*Ser Naval Kapot.*

Levantó la mirada y se vio al espejo, era tiempo de hacerlo.

El vestido de seda y encaje fino color negro era demasiado pequeño, no recordaba haberse puesto vestidos tan cortos, tenía mangas y el top tenía una abertura en V que cubría solo parte de sus pechos dejando al descubierto su torso y ni que hablar de su espalda, la falda de seda tenía una abertura desde el muslo en la pierna izquierda, además del paño suelto que llegaba a cubrir sus tobillos, y no dejaba nada, absolutamente nada a la imaginación —*¿Y cómo demonios iba a ponerse ese vestido? Ni siquiera tiene espalda* —pensó llevándose una mano

hacia la nuca, enfada por un momento con Frances por darle un pedazo de tela fina y lo peor de todo que la parte de arriba del vestido era casi transparente con diseños de encaje cubriendo de manera mínima su pecho, de hecho ni siquiera podría usar ropa interior con ese vestido, entonces vio abajo —¿Estás de broma, Frances? —chilló, percatándose de la pequeña cajita de ropa interior, era una pequeña tanga a juego con el vestido, era sencillamente imposible llevar un sujetador, dio un suspiro y cerró los ojos, debía ver lo bueno, los zapatos color perla con pedrería fina y original, eran exquisitos, de diseñador y muy, muy altos.

Levantándose, fue directo hacia el espejo, peinó sus cabellos dejándolos sueltos y que formaran sus ondas naturales, dándole mayor movilidad a su cabello y a su plan de seducción, aflojó sus hombros tensos, relajándose. Perfumó su piel con cremas suaves y brillantes, lociones a chocolate y cereza, una vez hidratada su piel se vistió, no le quedaba más remedio que vestirse de esa manera provocativa para salvar a su hijo, merecía la pena un sacrificio así. Se maquilló con tonos oscuros, resaltando sus ojos y pintando sus labios en un tono rojo intenso, iba a matar de pasión a cualquiera con ese atuendo. Una vez lista, tomó su chaqueta de cuero, ajustando la correa sobre su cintura, era una buena opción, ya que la capucha era larga y le ayudaría a cubrir su rostro al momento de llegar al club. Dándose la vuelta, contempló la figura de la mujer que había delante, quedó atónita ante la imagen, estaba irreconocible, no es que se haya descuidado de su apariencia desde el nacimiento de Sami, pero había dejado de lado esa vida llena de lujos, de vestidos caros y de un solo uso, pero con ese atuendo estaba, estaba.

—*Hermosa.* —Susurró y sonrió ante su imagen, se giró sobre sus talones, abrió la puerta y bajó por las escaleras de la mansión, nerviosa y ansiosa de ver el único rostro que le interesaba.

El inconfundible sonido de las armas, de hombres moviéndose, hablando, preparándose y vistiéndose para enfrentarse a una guerra que no habían visto venir y sobre todo prepararse con tan pocas horas era simplemente una locura. Dylan y Eric habían logrado conseguir todo un arsenal del FBI, desde prismáticos, chalecos antibalas, intercomunicadores, municiones, aunque con la gente de Noya, Frances y Kaal, estaban preparados para todo, incluso para pelear y morir. Creed se encargó de obtener los planos de la Residencia y poder verificar los puntos de acceso a los túneles que Nicolay antiguamente uso, aunque tuvo la ayuda del dueño de la residencia que ocupaban en ese momento un amigo muy particular, el hombre que hizo posible las vías de escape de la

antigua casa, un hombre que no solo le debía su fortuna al menor de los Kapot, sino que le debía la vida misma, Salvatore Montecchi.

Concentrados en cargar sus armas, tener las municiones y sobre todo preparar sus nervios ante lo que se estaba por vivir.

Naval se detuvo al escuchar las armas ser cargadas, cerró los ojos ante el recuerdo de la primera vez que ellos se habían enfrentado a la gente de Xavier, cómo podría olvidar que hace tres años estaban en la misma situación con ella en las garras de ese hombre sin escrúpulos, retorcido y sobre todo enfermo, pero en ese momento la vida de un pequeño niño, inocente y sin culpa corría riesgo, tragó saliva nerviosa y continuó con su camino a pasos lentos y firmes.

El sonido inconfundible de los tacones sobre el piso de mármol, advirtieron a todos de que ella estaba bajando por las escaleras, volvieron la vista admirando una vez más la belleza y sensualidad de la joven madre, que era un espejismo, una mujer de ensueño, una fantasía, la fantasía de cualquier hombre mortal, incluso de los dioses.

Reed levantó la mirada y de solo verla con ese sensual vestido sus manos no tuvieron control alguno sobre su arma casi haciéndola caer al suelo, pero logró controlarse en menos de un segundo, intentó mantener el control de su cuerpo que palpito de solo verla, y era algo que solo Naval conseguía, ese cuerpo, sus manos, sus besos lograban afectarlo de una manera que ni el mismo podía explicar, pero tener delante a la Naval que conoció simplemente lo dejó sin palabras, no podía dar crédito a lo que sus ojos veían, estaba radiante con ese vestido, inclusive estaba con la boca abierta por verla así, recordándola siempre así.

Maravillado, dejó el arma a un lado, recordó el preciso momento en que la vio por primera vez en el club hace tres años, aunque esa primera sensación no se comparaba con la que sentía en esos momentos, dio unos cuantos pasos hacia adelante, cortando la distancia que los separaba, por un instante deseo estrecharla entre sus brazos, decirle tantas cosas, entre ellas pedirle disculpas por haber sido tan brusco con ella, aunque de tan solo pensar que Creed también la deseaba le hacía perder todo raciocinio, la primera vez que la perdió no pudo soportarlo, y perderla una segunda vez, el no poder soportarlo estaba muy lejos de ser un sinónimo a lo que sentiría.

—Veo que los he impresionado a todos —dijo Naval un poco avergonzada, mordiendo su labio inferior ante la pena.

—¡Wow! —murmuró Reed —Estás. Estás. —intentó no tartamudear.

—¿Bien? —agregó Naval.

—No. Es decir. Sí —tartamudeó, ladeando una sonrisa —Es solo qué.

—Antes era un poco más delgada. —Naval hizo el vano intento de cubrir la piel descubierta de su torso.

—No. Estas, estas perfecta. Eres perfecta.

—Bueno. Tú. —Naval se acercó a él cerrando el pequeño espacio que los separaba, levantó sus manos y le acomodó el chaleco antibalas —Tienes el chaleco un poco chueco y te falta ajustar esta correa —ajustó torpemente el cierre —Así está bien.

—Gracias. —le dijo sin dejar de mirarla a los ojos y sin dejar de mirar de reojo el escultural cuerpo de su mujer. *Su mujer, claro que era suya* —Yo. Quiero decir, en verdad lo siento —quiso disculparse.

—Reed —gimió ella, intentando no solo aceptar esas disculpas sino que también pedirle perdón por haberlo traicionado con Creed hace un día —Yo.

—No digas nada por favor —la detuvo con la mano, cerró los ojos, no quería escuchar de esos labios que ese amor había desaparecido, que las palabras que le había dicho a Boris eran ciertas y lo que quedaba solo era desconfianza, odio y resentimiento.

Naval suspiró —Dame solo un minuto para explicártelo todo —rogó.

—Naval. —negó con la cabeza, no quería perder ese preciado momento teniendo excusas explicaciones, convencido no quería cometer y volver a los viejos errores.

—Por qué eres tan testarudo —extendió la mano tocándole el brazo.

Miró la mano y sintió el calor de esa caricia, levantó la vista y vio esos ojos pardos llenos de dudas, pero Naval no lo vio de esa manera, al ver su ceño fruncido, la boca apretada en un gesto hosco, no le quedó más remedio que soltar su agarre, intentando no ofenderle más, pero se equivocaba, Reed ansiaba esa caricia más que nada, quería sentir su calor, su pasión, sus besos, aquellos besos que lo desesperaban, sus cejas se levantaron intentó responder, decirle algo, pero su boca se abrió aunque no salió palabra alguna.

—Dale un arma —bramó Creed a la distancia sin dejar de verlos mientras que comprobaba sus armas y utensilios, interrúmpales.

—Claro — Reed le miró de soslayo, saliendo de su ensimismo y dejando de

hablar.

La mirada de Trent iba en vaivén, al ver a esos dos titanes luchaban por llamar la atención de Naval, curvó sus labios en una sonrisa al verle más que rojo y verde de celos e ira, comprobando sus cargadores y armando sus rifles, negó con la cabeza y se acercó a su amigo, ya que no podía mantener la boca cerrada —¿Celoso? —preguntó con escarnio —Ellos dos tienen más tensión que dos conejitos apareándose en temporada de primavera —murmuró con una risa cínica colgando entre sus labios.

Creed volvió el rostro hacia Trent, estaba ofuscado por los celos, suprimiendo un gruñido de protesta, no pudo evitar responderle —Alguna vez en tu vida has mantenido esa boca cerrada. Si no la cierras, te traerá buenos problemas y me gustaría estar allí para ver como patean tu trasero.

—Solo digo lo que veo, Creed. Solo estás perdiendo el tiempo. Naval ama a Reed y por un beso contigo no creo que ella lo deje. Debes dejar que las cosas fluyan, el amor nace no se hace y menos se obliga. Tuviste tu oportunidad, la desperdiciaste, ahora es su turno de ser feliz y creo que igual que tú deberías de labrar ya tu propio camino al amor.

—Qué te den por el culo. —se alejó de su amigo a grandes zancadas.

—Igual para ti —canturreó al verle irse.

Reed tomó el arma que una vez fue de Nicolay, levantó la mirada y vio el rostro de Naval y cómo sus ojos brillaron al recordar esa arma, así que comenzó a checarla por ella para luego explicarle —Quita el seguro, obtén tu objetivo y dispara. Siempre comprueba que el cargador este lleno. Siempre.

Naval vio el arma, era de Nicolay, el arma de su padre, la había guardado como un tesoro invaluable por esos tres años y sobre todo había grabado el nombre de Reed al reverso como un recordatorio del hombre que pudo domar y liberar a esa fiera —Se cómo manejar un arma. Es solo que. Me sorprendí al verla en tus manos. Fue de Nicolay —frunció el ceño.

—Sí. La tenías en la mano esa noche —se mordió la lengua ante el doloroso y amargo recuerdo de esa noche donde sus vidas tomaron más que rumbos distintos —La conservaste después de todo. Y ahora creo que la situación amerita un arma especial y que dé con tu vestido. Aunque dudo mucho donde puedas esconderla —sonrió, mostrando sus dientes perfectos y blancos, pero evitando mencionar el grabado que había en el arma dorada, algo que había notado y quedó más que satisfecho.

—Creo que en mi muslo está bien —tragó saliva al tomar el arma, acariciando con las yemas de los dedos el grabado con el nombre de Nicolay, era como retroceder el tiempo y ver a su padre con el arma siempre bajo la cinturilla de sus pantalones de vestir, sin tener tiempo para más recuerdos, levantó la pierna apoyándose en la silla, subió su vestido, guardándola en la parte delantera de su muslo derecho, tan arriba que no era posible verla, además de un cuchillo de doble hoja.

—Hmm —tosió intentando pasar el gran nudo que se le había formado en la garganta al ver la piel sedosa de Naval.

Viéndole de soslayo, quiso darle tranquilidad —Estaré bien, lo prometo —confirmó, bajando la pierna y reacomodándose el vestido.

—Son promesas vacías, tú misma lo decías. Sabes que muchas cosas puede pasar—levantó la mano acariciando con el pulgar su mejilla, Naval al sentir el contacto de esa mano callosa con la que había fantaseando hace minutos atrás, no pudo evitar apretar la mano sobre su rostro, sintiendo el contacto más duradero, pero solo fue momentáneo.

—Tú, solo cuídate. Allá abajo. Por favor, Reed. —sus ojos brillaron, dándole incluso un tono más claro.

—Lo haré —tomó la mano de Naval y se la llevó a los labios, sonriendo ante la preocupación de ambos —Tú ten cuidado de Xavier. No dejes que él. —cerró los ojos y tragó saliva, de tan solo pensar que Xavier podría dañarla su sangre hervía ante la ira y el miedo —No quiero. Yo no quiero —dijo, incapaz de ocultar su irritación.

—Trent me estará vigilando todo el tiempo.

—Sabes que eso no es suficiente. Para mí, no es suficiente. No seas indulgente conmigo.

—Lo tendré ocupado, les daré tiempo y nos desharemos de él, Svyatoslav estará atrapado y podremos tener a nuestro hijo a salvo. Y eso es lo importante.

Sansón se acercó a su hermano, mientras checaba sus cuchillos —¿Qué le hiciste a Creed ahora? —soltó una bomba de chicle haciéndola explotar ruidosamente.

—Nada —se encogió de hombros —Ese idiota es más sensible que una chica.

—Ese nada no parece un nada en absoluto. Esa boca tuya te meterá en

problemas —le advirtió a su hermano menor.

—Por qué todo el mundo me lo dice. Mi boca no me meterá en líos —dijo ceñudo.

—Vaya que sí. Si ellos no te han dado la paliza de tu vida es. No sé por qué, pero créeme, yo te daría una buena tunda para cerrarte ese pico de cacatúa que te traes.

—Hey —farfulló —¿No tienes que llamar a tu novia?

—Ves. Te metes donde no te llaman. Su nombre es Mila —bajó la cabeza, no quería decirle a su hermano la noticia que había guardado por esos días, pero al recibir la llamada de Eric Krause, hablando de Naval y más con la noticia de Xavier y Svyatoslav sueltos, no pudo resistirse a viajar y querer matarlos, pero todo cambio con Naval viva, la idea se hacía mucho más apasionante —Su nombre es Mila y ella está embarazada. Nacerá a fines de Mayo. —soltó bajando la mirada y suspirando.

—¿Qué demonios? —rezongó indignado por la noticia, no porque iba a ser tío sino porque su hermano había ocultado información valiosa —Y todavía piensas ir. Tendrás un hijo, ya es diferente Sansón. No puedes hacerlo, tu mujer y tu hijo te necesita —le reprendió.

—No es diferente. Naval nos necesita, se lo debo a Nicolay. Él me ayudo, nos ayudó ¿Acaso tú no harías lo mismo? Somos su familia.

—Yo. —no dudó en contestar —Sí. Sí, lo haría, daría mi vida por ella. Sabes que sí.

—No se lo digas. Por favor, Trent. No quiero que me mande a casa. No quiero perder la oportunidad de vengar a Nicolay. Cerciorarme que ese maldito no regrese.

—No se lo diré. Lo prometo. Pero ten cuidado en los túneles, Svyatoslav es astuto.

—Los conozco bien. Hemos pasado por allí sin fin de veces.

—Ok —Trent soltó un suspiro.

Era el inicio de una guerra, iban a pelear contra la mafia colombiana y con la gente de Xavier. Había una mínima posibilidad de quizás regresar vivo o a lo menos completo y con una bala en algún sitio de su cuerpo, habían peleado en el pasado con Nicolay, y él jamás perdía una batalla por ser poderoso, pero ahora



era diferente, luchaban para liberarse de los tentáculos de personas inescrupulosas que deseaban la muerte de la única heredera, liberarse de un pasado tortuoso, liberarse de los siete pecados que los mantenían encadenados —Allá será una zona de guerra.

—Pero sabemos cómo pelear —sonrió Sansón, sí, sabían luchar, lo habían hecho parte de su vida, lo habían hecho todo por Nicolay y lo volverían a hacer por él —Gracias a Nicolay. Recuérdalo siempre hermanito, gracias a él.

Nolan observó de reojo a su sobrino, estaba inmerso en su equipo, entre balas, rifles, el ceño fruncido y un rictus con la boca imposible de descifrar —Dylan. ¿Estás seguro que quieres continuar? —le preguntó abrochándose y acomodando su chaleco.

Dylan elevó la mirada viendo a su tío cómo si una cabeza de más le hubiese salido en el último momento —¿En serio estas preguntándome eso? —frunció el ceño, respondiéndole con otra pregunta.

—Dylan. Tienes esposa e hijo. Eres el único de aquí que tiene una familia estable, los demás son hombres solteros, sin hijos, sin familia, sin nadie por quien vivir y luchar, no tienen quien los espere.

—No seas condescendiente conmigo, Nolan. Tú y Reed tienen a Naval y a Sami. No soy el único aquí con familia, todos lo somos.

—Aunque sea ¿Clare sabe de esto? ¿Sabe lo que harás?

—Ella sabe lo único e indispensable —instó con vehemencia y poca sofisticación —Es estúpido que preguntes. Naval es mi familia, Reed es como un hermano para mí, tú eres mi tío. Somos familia y la familia siempre está unida. Tú me lo enseñaste, nos lo enseñaste a ambos.

—Este no es un caso del FBI, Dylan. Estamos yendo a una misión suicida. Iremos a la Residencia con hombres cómo Falcón, cómo Scott y Kapot y esa es la diferencia, la gran diferencia.

—Eso no dijiste años atrás cuando arriesgaste toda la misión por acercarte a tu hija. Por querer verla y liberarla de esa familia.

—¡Touché! —masculló entre dientes —Pero aquí implica que puedes dejar sola a Clare y a Lucas. Puede que no regreses más, incluso que yo no regrese.

—Sé que tú velaras por ellos, sé que Naval y Reed apoyaran en todo a Clare con respecto a la educación de Lucas. Sé que pusiste dinero en mi cuenta y un fideicomiso a Lucas con el dinero que lograste sacar de Nicolay.

—Dylan yo. —quiso objetar, explicarle, pero Dylan no lo dejo.

—Tío, aseguraste el futuro de mi hijo, de mi familia y yo aseguraré el futuro de tu nieto, estando a salvo. Estaremos a salvo. Regresaremos, todos regresaremos —aseguró.

Creed maldijo a Trent y su bocaza, llevándose ambas manos hacia el rostro, dudó, dudó en seguir con esa mentira que él mismo había creado para poder sobrevivir, para poder mantener vivo el amor que tenía por ella, sacó un cigarrillo y lo encendió, había comenzado a fumar hace tres años, y con esas duras palabras solo ansiaba una calada de nicotina. —Tómalo con calma, hijo —escuchó una voz detrás de él.

Su espalda se tensó —Me lo tomo con calma, Eric. —siguió críptico pero elegante.

—Te equivocas —lo contradijo —Estas enfadado, después de todo ella se fue, te dejo de lado para continuar con su vida y todo este tiempo se lo has reprochado y aún más ahora que ella regreso y escogió una vez más a Reed, después de tanto tiempo tu enojo es algo completamente improductivo.

—Si pretendes analizarme. Ahórratelo, no necesito carabina, ni consejero.

—No pretendo analizarte. Solo abrirte los ojos, solo estas lastimándote, negándote a seguir.

—Bueno, ya lo hiciste —se encogió de hombros, despreciativamente —Ya me dijiste y dejaste claro que Naval es de Reed. Solo falta que ella lo diga, solo falta que ella elija.

—¡Creed!. No hay nada que elegir. Ellos estuvieron juntos. Antes y ahora. Tienen un hijo en común. Cometes un error, un grave error en luchar por alguien que no siente lo mismo.

—¡No! Tú estás equivocado, puedo y tengo el derecho de luchar por la mujer que amo, además estoy más que dispuesto a amar a ese hijo. Puedo aceptar a Samuel —dijo disgustado.

—Estas dispuesto a que Reed vaya a tu casa y visite a su hijo —no afirmo, preguntó.

—Sí. Por qué no, al fin y al cabo es también suyo.

—Pero hay un pero muy claro en esa frase. —intervino.

—Mientras que Naval sea mía.

—Y te de hijos. La aseguraras para ti.

—Qué hayas salvado su vida y le hayas sacado de mi mundo, no te da derecho a meterte en mi vida y mis pensamientos. Y menos intentar decidir por ella —arrojó el cigarrillo y se volvió furioso hacia Eric —Sé que estás de lado de ese idiota, es claro —se limitó a decir apretando los dientes marcando su fuerte mandíbula, sus masculinos pómulos se tiñeron de un rojo intenso y sus labios se apretaron en una línea —No hace falta ser adivino para deducir de qué lado estas. Te agradezco por los consejos, pero nadie te los pidió. —Giró sobre sus talones y paso de lado junto a Eric, no quería el penoso recordatorio que Naval no era suya y que lo había jodido hace trece años.

Eric le siguió con la mirada, Creed estaba herido, al igual que todos, pero debían seguir adelante, forjar una nueva vida, vida por la que luchaban esa noche invernal.

—Hora de movernos —gritó Noya a los equipos que ya habían sido divididos por cintas marcando sus antebrazos de colores rojo, azul y amarillo fosforescentes.

El equipo azul compuesto por Reed, Frances y Noya irían al club, su objetivo era dividirse ingresar y abrir las puertas de acceso hacia lo túneles que los llevarían al hotel y al casino, mientras que la otra parte del equipo era entrar y cerrar la puerta principal del hotel, la meta era matar a Xavier y sacar a Svyatoslav con el niño del hotel. El equipo rojo de Dylan, Eric y Nolan, esperarían y atacarían fuera de la Residencia, mientras que el equipo de Creed, Sansón y Kaal tenían el color Amarillo, esperarían y atacarían en los túneles de la Residencia reduciendo así la gente de Falcón.

—Cuídate mucho —le dijo, girándose sobre sus talones y dándole la espalda, listo para salir y pelear.

—Reed, también cuídate —respondió viéndole irse, ambos negándose a despedirse, negándose a no volver, pero de la nada Reed se detuvo en seco y volvió el rostro viéndole de soslayo —Grabaste mi nombre —afirmó.

Los ojos de Naval brillaron con intensidad, él se había percatado del grabado, pero no le dio tiempo a responder ya que Reed continuó con su camino junto a todos los demás. Ambos eran demasiado testarudos cómo para aceptar sus sentimientos, temía por su vida y al verlo irse como todo un agente de SWAT sus miedos se hacían más reales a la hora de imaginarlo pelear.

Trent negó con la cabeza al ver a esos dos peleando contra sus sentimientos,

acercándose —Naval. Es hora de irnos —la tomó del brazo, sacándola de allí y dejando atrás a todos los hombres que tomaban sus posiciones y subían a sus autos para poder ir a sus lugares.

—¿Nosotros cómo iremos? —preguntó Naval al ver cómo los demás salían de la Mansión en camionetas o motocicletas.

—¡Oh por favor!. ¿No me preguntaste eso? ¿Cierto? —le respondió con más preguntas, torciendo su amplia y sensual boca en un gesto lleno de sarcasmo — En esto, primor —Le lanzó unas llaves, Naval las tomó en el aire y vio la señal que le hizo con la cabeza, mostrándole un Lamborguini Aventador X en color plata.

—¡Oh por Dios! —gimió Naval al ver ese auto —¿Y tú?

—Yo en ésta —señaló con su pulgar, detrás de él había una moto igualmente en color plata, era nada más y nada menos que una Kawasaki Vulcan 300, abrió su chaqueta de gamuza negra, dejado ver su sudadera abierta y una camiseta sin mangas, llevaba pantalones vaqueros y botas negras, apretó sus mitones negros sobre sus manos y colocó su casco protector gris sobre su cabeza —Te seguiré.

—Ya rugiste —sonrió Naval, abriendo la puerta y tomando su lugar tras el volante, dándose un minuto, acarició el timón tapizado en cuero y rencillas de plata pura, en definitiva ese debía ser su auto, sonrió entonces ante las banalidades de su vida anterior donde ese tipo de autos solo le daba una momentánea satisfacción, un momento de confort y sobre todo presumir sobre una vida de riquezas y poco amor. Encendió el motor, haciéndolo rugir, llevó la mano hacia el estéreo y lo encendió, donde la canción de *RITUAL - Wouldnt Be Love* resonó con fuerza en los parlantes incorporados del costoso auto —Viejos tiempos —aceleró a toda potencia.

Trent sonrió al verla una vez más descontrolada por la velocidad, así que hizo lo mismo, aceleró yendo a la par con Naval por la autopista, mientras que los demás autos seguían su ruta dejándoles atrás, compitiendo por quien debía tener un primer lugar.

## Capítulo 26

### WARZONE

Las luces de la ciudad de Portland eran magnificas, igual e incluso mejor de cómo las recordaba y sobre todo en esa época del año, la nieve comenzaba a darle forma a la ciudad dándole ya una apariencia de invierno, tomó la palanca de cambios e hizo el movimiento respectivo para poder acelerar.

—Estamos entrando a la zona —confirmó Trent.

—Procuren de no separarse —le respondió Nolan por el audífono.

—Entendido —espetó Trent, acelerando más y alcanzando a Naval.

—¿Naval? —preguntó preocupado por la idea de ver a su hija luchar con Xavier, además de escuchar la elevada música que sonaba con intensidad en el auto.

Ella sorbió su nariz, intentando aplacar a su corazón —Papá. Estaré bien, lo prometo.

—Cuida tu espalda. Reed también te estará vigilando.

—Papá. Solo —hizo una pausa para considerar sus palabras —Solo, ve con cuidado. Qué no haya muertes.

—Más muertes que de Xavier y Svyatoslav.

—Exacto.

Naval intentó relajarse pero no podía, las luces de la vía pública y el pasar por los extensos campos de pinos al ingresar por la ciudad le hicieron recordar tantos momentos en los que había pasado por allí buscando diversión años atrás. Se aferró con fuerza al volante, apretando su agarre hasta dejar sus nudillos blancos de tanta tensión, apretó su femenina mandíbula y pisó el acelerador.

Cómo olvidar, cómo dejar atrás el penoso y doloroso recuerdo de tener a Reed sobre el asiento del copiloto, sudoroso y sobre todo muy drogado y a un instante de una sobredosis mortal por culpa de Xavier, quizás eso la impulso a irse, alejarse ante el miedo de perderlo, por miedo que lo matara, pero fue una cobarde, lo dejó atrás y no luchó como era debido, pensó que era una buena

opción escapar, pero que equivocada estuvo, había vivido con miedo toda su vida, había vivido plagada de mentiras, secretos y sobre todo sin amor, pero todo debía terminar, tenía la oportunidad de ser fuerte, luchar por su futuro, el futuro y la vida de su hijo.

—Estamos en posición —afirmaron.

—Copiado —respondió Naval al divisar a lo lejos el inmenso letrero neón, *The Black and White* y las luces de colores que sobresalían. Pasó saliva, su reloj marcaban las nueve, era la hora en que siempre ese tipo de clubs estaban al máximo apogeo, repleto y con la más fantástica música que obligaba al cuerpo a moverse por sí solo en busca de placer, drogas, alcohol o simplemente cómo ella, ser la distracción. Estacionó su auto en la calzada, muy cerca por cualquier inconveniente, aunque sabía que Trent la vigilaría, pero de allí se separarían y tendría que trabajar sola, tendría que lidiar con Xavier y su inmundicia sola, mientras que su fiel amigo abría las puerta y accesos del club al equipo, para luego reunirse con Reed, Frances y Noya que estarían atacando los túneles, y haciendo retroceder a los hombres de Xavier, mientras que ella debía matarlo, así como él hizo con Nicolay Kapot hace tres años. Dando una respiración profunda, bajó del auto sin decir una sola palabra, volvió el rostro hacia un lado viendo a Trent estacionar la motocicleta, quitarse el casco y acercarse a ella a grandes zancadas, tomó su capucha y cubrió su cabeza, no quería que Xavier la viera entrar al club, él debía darse cuenta de su presencia cuando estuviera en medio de la pista de baile, ya que antes solo podría alertarlos de que había intrusos y con ello un plan para atacar.

Las luces azules, rojas y verdes ascendían por la fachada mostrando parte de la diversión, las personas hacían cola para poder pasar, mientras que un solo portero mantenía a todos bajo control, revisando sus listados y tachando nombres.

—Lista —preguntó Trent acomodándose la chaqueta y cubriendo su cabeza con la capucha de su sudadera.

—Más que lista, amor —confirmó, haciendo resonar sus tacones altos en el pavimento húmedo, dándoles a sus piernas la apariencia de ser más largas, esbeltas y estilizadas, estaba tan sexy con ese vestido que podría incluso detener el tráfico con ese atuendo.

Cruzaron la pista y se acercaron a la fila, al estar frente al guardia de seguridad que levantó una ceja al verlos a su lado fuera de la inmensa cola de espera —Nombre —dijo el moreno sobre la música de *Tiasto & Showtek - Hell*

*Yeah!*. Naval lo reconocía, él le había atendido la última vez hace años, cuando en su testarudez puso en peligro su vida y la de Reed.

—Nombre —repitió.

—Este es mi nombre —le ofreció un fajo de billetes, el hombre la vio de pies a cabeza —No le diré a nadie si tú no le dices —sonrió seductoramente.

—¿Él vine contigo? —señaló con un gesto de la cabeza a Trent.

—Mi chico busca más diversión —se lamió los labios —Quizás te apuntes para un trío a la salida. Aunque a mí chico solo le gusta mirar.

El moreno dudó por un momento, tomó el dinero y deslizó la cinta roja, dándoles paso al interior del club, Naval sonrió y entró con Trent pisándole los talones.

—¿Un trío? —se burló Trent mientras observaban el lugar.

—Solo cállate —rezongó Naval, el lugar estaba repleto y con ello se hacía más fácil poder llamar la atención, Xavier en esos tres años había hecho mejoras en el club, cómo siempre era predecible su muy mal gusto. Se abrieron paso entre la multitud, mientras que *Enrique Iglesias – Move to Miami ft. Pitbull* resonaba en el inmenso edificio, tan fuerte que hacía vibrar hasta el más mínimo nervio de su cuerpo, haciéndola temblar con anticipación.

—No te alejes de mi vista —le pidió a Trent.

—Solo no dejes que el malnacido me toque.

—Hecho —ambos se separaron.

Naval hizo su camino hacia la barra mientras rayos azules y verdes neón revoloteaban por los rostros, la gente bailaba al ritmo de la melodía, pegados, saltando con las manos hacia arriba, otros refregándose de manera muy sensual o simplemente besándose, retorciéndose ante el placer y el éxtasis.

Su nerviosismo le hizo morderse labio, un acto involuntario ante lo que iba a hacer esa noche, algo que nunca deseo volver a ser, Naval Kapot, la princesa de la mafia, la hija de Nicolay Kapot. El regresar a ese mundo, al que fue su mundo le traía muchos recuerdos, entre ellos el cómo los abastecedores de drogas estaban al día ante los pedidos de los bailarines que necesitaba dosis para poder relajarse y disfrutar más del momento, bajó la vista y noto efectivamente lo recordado, las bolsitas de heroína, cocaína y éxtasis corriendo de mano en mano por debajo de los cuerpos, de la música y la adicción oculta.

Una lenta sonrisa curvó de su boca, era tan fácil detectar esos movimientos, vivió en ese ambiente al que procuraba no volver.

Una vez en la barra no fue necesario el tener una larga espera para poder ser atendida y pedir una copa de vino con precios desorbitantes que en su tiempo le parecían gangas insignificantes, tan insignificante que no le importaba gastar fortunas en una sola botella de vino, el barman se acercó a ella, hizo una pequeña mueca y apoyo uno de sus brazos en la barra, intentando no solo mostrar su disponibilidad, sino que tenía un cuerpo musculoso —¿Qué te sirvo, amor?

Naval sonrió, era tan típico de chicos, atención seguido de seducción, seguido de una buena noche —Vino. Tinto.

El joven barman de cabellos negros se giró y le sirvió aprisa —Eres nueva — afirmó en vez de preguntar.

Naval volvió el rostro hacia los lados, no necesitaba en esos momentos una conversación vacía y superficial, necesitaba acción entre ellos encontrar a Xavier y poner una bala en medio de su cabeza —No. No lo soy — levantó su copa y realizó un silencioso brindis al muchacho, llevándola a sus labios y bebiendo el contenido de un solo trago, necesitaba fuerzas y un estómago de acero para aguantar lo que estaba por venir. Dándole la espalda a la barra, estudio la pista, el lugar estaba repleto, las salidas estaban resguardadas por hombres musculosos y para gracia divina no estaban armados, había un pasillo que conectaba de seguro al palco de Xavier donde vigilaba todos los movimientos, incluso allí podía estar la sala de controles, era tan predecible, su padre tenía lo mismo, el pasillo y de allí su palco privado, donde tenía la exclusividad de ver por pantalla y en vivo a todo aquel que merodeaba por su club, incluyéndola, Xavier siempre careció de imaginación.

Buscó a Trent entre la multitud, notando que su joven y mejor amigo había tomado a una chica al azar pegándola a su cuerpo siguiendo el ritmo de la música, tomando la cintura de la desconocida, bailando y moviendo las caderas con fluidez, Naval enarcó las cejas al ver esa faceta de su joven y temperamental amigo, jamás lo había visto bailar y bailaba tan bien que su pareja parecía tener un espasmo en plena pista, nunca había salido con Trent a bailar en sus años de terquedad y si lo hubiese hecho se habrían divertido más de lo esperado — ¿Adivinen chicos? —esperó unos minutos para continuar hablando por su comunicador táctico —Tenemos a un Justin Timberlake en el equipo, tienen que ver cómo Trent mueve ese trasero sexy —*tenía una linda sonrisa* —reflexionó, inclinando la cabeza y examinándole de pies a cabeza —En verdad tiene un



trasero sexy —resopló.

—Y si no dejas de babear por él, le patearé el trasero —mencionó la voz de Reed por el auricular.

—¿Cómo sabes. —frunció el ceño ante la advertencia hecha.

—A tus ocho en punto, arriba, palco 3 —le cortó él.

Naval volvió el rostro buscándole entre las sombras y las luces brillantes neón, localizándole de inmediato apoyado sobre la barandilla, observándola con aquellos ojos grisáceos y oscuros, las luces verde y azul neón no le hacían justicia para nada a su atractivo, tenía una sudadera de la universidad de Portland y una gorra azul, sin poder aguantar las ganas de reír, se mordió el labio y ladeó la cabeza —Se supone que deberías estar con Frances y Noya —dijo ella con voz inexpresiva.

—Creíste que te dejaría sola. Jamás. Ellos están en sus posiciones, están dentro, los demás esperando a atacar a nuestra señal.

—Y se puede saber cómo entraste aquí.

—También tengo mis opciones —dijo añadiéndole un poco de sabor al señalar con su pulgar hacia atrás a varias chicas que intentaban no solo llamar su atención sino llevarse el premio a casa.

De verlo en ese papel, alejo la vista —Solo. No lo estropees —añadió con un tono ostensible. Confirmando la hora de su reloj necesitando una distracción a lo que acababa de ver, a Reed intentando ser casanova, no quería verlo en un papel que le sentaba tan bien.

Habían pasado veinte minutos entre discusiones insulsas y era hora de hacer su trabajo, soltando un suspiro, se adentró a las profundidades de la pista de baile, necesitaba hacerlo y ya, quería terminar lo más pronto con aquella tortura —Y contén esos celos, por favor —le pidió.

Reed ladeó sus labios en una sonrisa al verla entrar en ese papel, papel que conoció años atrás y lo sedujo de una manera casi explosiva, cómo podría olvidar que en ese mundo la conoció y ese mundo se la quitó, pero también le permitía una vez más tenerla en su vida y esta vez sería permanentemente. —Claro, cariño. Lo que te ayude a dormir esta noche.

Simplemente quedo prendado en la manera en como movía el cuerpo al caminar hacia la pista, abriéndose paso entre la multitud cómo usualmente lo hacía hasta estar rodeada de gente que bailaba entre ella. La canción que

resonaba en alto era conocida, la había escuchado miles de veces, *Chris Brown - Questions*, conocía la letra a la perfección, era una melodía digna de llevar a cualquiera al borde de la seducción y el éxtasis y esa noche era la ocasión perfecta. Con los brazos en alto, los cuerpos en movimiento, saltando, bailando, las luces y reflectores de colores hacían sobresaltar una belleza oculta, mostrando curvas sensuales, Naval elevó los brazos, moviendo la cintura y las caderas en movimientos sensuales, mostrándose y luciéndose al bailar, dejando a más de uno con la boca abierta ante la intensidad de sus movimientos.

Reed se acomodó la entrepierna al verla moverse seductoramente, inmóvil mordisqueando su labio inferior ante la explosión de esos movimientos, Frances lanzó una carcajada al verla desde su posición y sobre todo al ver a Reed embobado y babeando por su chica —Mantén a tu amiguito en su lugar. Luego de que acabemos con ésta mierda podrás tenerla entre tus brazos y disfrutar lo que ustedes par de testarudos han estado negándose hasta ahora, que se aman. Con mucho gusto tomare el papel de niñera y cuidaré al pequeño.

Movió las caderas de manera tan sensual que era una invitación oculta a que se acercara, incitaba no solo a bailar sino a llevarlos a un nivel más allá del placer, el movimiento de sus pechos, la manera en cómo movía y le daba forma a su cuello, era más que excitante. Elevó la mirada y vio hacia el palco, teniendo el momento exacto hizo su capucha hacía atrás quitándose la chaqueta y mostrando su rostro, su cuerpo y desafiando con la mirada a Xavier, tomó su cabello entre sus manos subiéndolo con sensualidad, mordiendo sus labios, sintiendo la adrenalina, sintiendo la música en su sangre y en cada movimiento que hacía, volviéndose, mostró su espalda desnuda libre de tinta, sonrió ante la provocación, necesitaba volverlo loco, necesitaba que Xavier tomara la iniciativa y fuese hacia ella, por ella.

Moviendo las caderas, los hombros, llevó uno de sus dedos hacia la boca mordiéndolo con sensualidad, entreabrió los labios soltando un gemido bajo, para luego acariciar sus caderas y apretar en puños su falda, no solo subiéndola, sino que dándole vista de sus piernas bien torneadas, abrió la boca soltando un gemido y echando la cabeza hacia atrás, volvió el cuerpo hacia el palco de Xavier una vez más, estaba totalmente cubierto de vidrio polarizado, pero sabía que la observaba, estaba 100 % segura de que lo hacía, así que comenzó a moverse más y más de manera acelerada, seductora, un calor intenso arremetió contra su cuerpo, la sensación de éxtasis y miedo combinado con el peligro y las ganas de pelear, hacían que el cuerpo de Naval estuviera en ebullición, obligándola a sudar ante los movimientos sensuales. Acunando sus pechos entre

sus manos, subió sus manos hasta su cuello, gimiendo y echando la cabeza hacia atrás, mostrándose lo más disponible y sensual posible, mostrando que estaba dispuesta a todo por su hijo.

La música llegaba hasta sus oídos, plácidamente sentado en su sillón de cuero y seda egipcia con un Whisky doble en mano, mientras que las pantallas le mostraban cada sección de su club, al igual que la parte de los túneles donde estaban empaquetando la cocaína y heroína que Pablo necesitaba para el embarque del día siguiente, pero no había visualizado a esa pequeña y sensual bailarina que intentaba llamar no solo su atención, sino que deseaba que fuera en su búsqueda.

Pablo murmuró palabras ininteligibles ante la provocación —Tenemos una pequeña visita —insinuó sin dejar de observar por el gran vitral, se cruzó de brazos sin poder quitar los ojos de ese baile seductor, en la manera como se contoneaba, en cómo podía volver loco a cualquier mortal, incluso a los dioses, sonrió al ver a la joven madre tan ardiente y disponible, la sensual bailarina no solo había llamado su atención, sino que había hecho palpar su entrepierna con doloroso ardor.

—¿De qué estás hablando? —preguntó sin expresión, volvió el rostro frunciendo el ceño, ya que no esperaba nada de sorpresas y menos esa noche.

—Ven y mira por ti mismo —le pidió —No lo creerás. En tu vida lo creerás.

Xavier apuró su tragó terminándolo de un solo sorbo, se levantó de su sillón y se acercó al vitral, no tenía ni la mínima idea de lo que su amigo y socio hablaba, y mucho menos lo que le mostraba.

—Mira. Allá —señaló Pablo, mostrándole a una Naval demasiado sensual, una Naval dispuesta a todo, dispuesta a entregarse, dispuesta a ser suya.

La mirada de Xavier se posó en su escultural cuerpo, en sus movimientos dándole una invitación silenciosa a que se acercará, intentó tragar saliva pero su boca estaba seca, incluso con ese whisky su boca estaba más seca de lo normal, de tan solo verla su cuerpo reaccionó por sí solo, no pudo negarse a verla, era tan brillante, tan candente —Veo que la pequeña perra tiene agallas —murmuró para sí mismo.

—No creo que sea estúpida para venir sola. Además no creo que seas tan imbécil cómo para bajar solo —lo miró escéptico —Deben estar con ella.

—No siempre hay que cuestionar todo, Pablo —carraspeó suavemente—

Dame chance —se giró sobre sus talones dispuesto a ir, pero la mano de Pablo lo detuvo de improvisto.

—Es una trampa y lo sabes. Iras y seguro ella te matara. No te ciegues por tu obsesión, no te ciegues por tenerla, esa perra es dura. Yo pelee con ella.

Las fosas de Xavier se expandieron ante la excitación de verla pelear contra él, de tan solo imaginarlo supo que tenía una oportunidad, pero al ver que el agarre de Pablo no cedía, bajó la vista obligando a su socio a retirar la mano — La quiero. Y tú ni nadie podrá impedir que la tome, hoy y ahora. Nadie, absolutamente nadie podrá negarme tomar lo que por derecho era mío.

—Estás ciego. Ciego por esa pasión que muestra, pero sabes que ella solo está distrayéndote, está fingiendo y no dudará en matarte en cuando te tenga en frente. Ella solo vino por su cachorro.

Evitando que las comisuras de su boca se convirtieran en una sonrisa, intentó que Pablo lo dejase salir —Vamos Pablo. Acaso no te excita verla bailar, tu entrepierna no palpita de solo imaginarla hacer esos movimientos en la cama contra tu cuerpo, después de que la tomé podrás hacerlo tú también.

—Nunca me gustaron tus sobras. Siempre las dejas muertas y rotas, por dentro y por fuera. Literalmente —exclamó en tono portentoso.

—Vale la pena intentar —caminó a grandes zancadas hacia el elevador, presionó el botón y las puertas se abrieron para él, entró volviéndose y lanzándole una mirada impasible a su socio mientras que lentamente las puertas de metal los separaban.

Pablo al verse solo, apretó la mandíbula y continuó viéndola por unos segundos, no podía negar que era hermosa, que ese cuerpo volvería loco incluso al más cuerdo, que esa pasión desenfrenaría a cualquier hombre inocente y era de suponerse que era una trampa, en retrospectiva debía velar por la seguridad de su socio —¡Maldición! —masculló, él era demasiado terco como para ceder, y ella demasiado obcecada para rendirse se quitó la chaqueta lanzándola en el sillón sin cuidado alguno, sacó su arma de la cinturilla de su pantalón y comprobó sus balas, se acercó al elevador y presionó nuevamente el botón con un puño cerrado, debía resguardar a Xavier y con él sus bienes y futuros negocios.

### ***El show debía comenzar.***

Reed achicó los ojos enfadado al ver movimiento en el palco y con ello las puertas del elevador privados abrir paso a Xavier, apretó su pequeño

comunicador a su oído advirtiéndole a su equipo y sobre todo alertando a Naval — Trent está saliendo a tus diez en punto, ten cuidado. Está yendo por ti.

Trent asintiendo con la cabeza, se acercó al pasillo girándose y evitando así que Xavier lo reconociera, siguiéndole con la mirada, le vio abrirse paso a grandes zancadas entre la multitud a empujones y sin perder la compostura y todo por llegar a ella.

—Va en camino Naval, ten cuidado —le advirtió una vez más ansioso.

—Solo cálmate, estaré bien —mencionó ella, antes de terminar la comunicación.

Trent levantó la mirada y vio a la morena sonriéndole —*Si hubiese estado libre hubiese disfrutado, pero estaba trabajando* —pensó, para luego disculparse — Lo siento, cariño. Pero debo irme.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó la morena, acariciando su pecho de manera incitadora.

—Cosas. De chicos —retrocedió y si no hubiese sido por la morena, hubiese chocado con Pablo y la operación se hubiese ido al caño. Al verlo salir y tomar un rumbo distinto a Xavier, comunicó a los demás —Falcón está aquí. Está saliendo —retrocedió y caminó por el pasillo.

—Lo veo —comunicó Noya —Y tenemos un problema, está vigilando a Xavier.

—Trent es tu turno —Reed sintió su corazón martillar sobre su pecho al ver a Xavier acercarse a Naval, empujando y pasando sobre bailarines sin importarle nada mientras llegase a su objetivo, cerró los ojos y supo que debía dejarla hacer su trabajo y no estropear el plan cómo ella le había advertido minutos atrás, así que bajó por las escaleras fosforescentes, abriéndose paso entre la multitud sudorosa y excitada.

Trent a lo lejos pudo visualizar a un hombre corpulento resguardar el elevador, así que él tomó su papel demasiado enserio, comenzó a tambalearse de un lado a otro fingiendo estar demasiado alcoholizado —¡Amigo! —farfulló, arrastrando las palabras.

—Señor, retírese, esta es zona restringida. Regrese a la pista o al bar.

—Quiero ir al baño.

—Los baños están al otro lado —el hombre con chaleco de seguridad se

acercó a él, dispuesto o a empujarlo para que salga o darle una paliza, pero Trent sabía a la perfección que hacer.

—Quiero ir al baño, amigo —repitió, insistente.

—Señor le repito, retroceda —se acercó dispuesto a sacarlo a empellones de allí.

Trent levantó el rostro y lo enfrentó —Cuando digo que quiero ir al baño, es que quiero ir al baño —espetó, abriendo el brazo izquierdo hacia afuera y dejando caer un golpe en la mandíbula del sujeto obligándolo a echar la cabeza hacia atrás por el puñetazo, inclinó su rodilla y empujó la bota sobre su estómago lanzándolo contra el elevador y abollando la puerta pero también dejándolo inconsciente.

Rebuscó en sus bolsillos encontrando la tarjeta de acceso, la sostuvo con sus dientes y siguió con su búsqueda, quitándole su arma y un cuchillo, tomándolos y guardándolos detrás de su cinturilla —No creo que los necesites —espetó Trent, irguiéndose.

Deslizó la tarjeta de acceso en la ranura y las puertas del elevador se abrieron para él, arrastró al hombre dentro, presionó el botón y subió hacia el palco, estaba oficialmente dentro —Estoy dentro —confirmó.

Soltó la respiración contenida, tomó su arma y chequeo el lugar en cuanto estuvo dentro, vio a todos lados cerciorándose que el lugar estaba vacío, no había nadie más que pantallas que mostraban imágenes en vivo de los túneles, deslizó de su bolsillo trasero un *Walkie Talkie* ya que con el sonido de la música era imposible escuchar, y podían ser rastreados por el equipo de seguridad —Estoy en posición, tengo la tarjeta de acceso. Equipo azul prepárense para entrar. —tomó la computadora de Xavier que para gracia divina estaba encendida, pero había un serio problema tenía contraseña, no supo si gritar o lanzar la computadora por los aires, pero si llevo maldiciendo como un marinero — ¡Carajo! —masculló por lo alto golpeando la mesa con los puños —Houston tenemos un problema, los paneles de control están sincronizados con la computadora de Xavier y tiene contraseña. Reed creo que deberías darme una mano aquí arriba —replicó un poco ofuscado y cansado de tantos obstáculos, el tiempo se estaba agotando.

Reed se quedó paralizado ante la escena, apretó los dientes tan fuerte que incluso se sintió el rechinar de estos ante la cólera, caminó entre la multitud viéndola moverse y cómo Xavier iba por ella, era algo que jamás se perdonaría, ver y dejar que ese ser tan repúgnate le pusiera las manos encima a su mujer, su

mujer. Debatándose entre ir hacia ella o ayudar a Trent, con la mirada desorbitada dio un paso adelante dispuesto a arruinar todo, pero la mano de Frances lo tomó de la camiseta rompiendo su ensimismo, además de lanzarle una mirada relampagueante por su estupidez —Espera solo un minuto. Un minuto y podrás romperle el cuello, pero Trent te necesita, tu hijo te necesita, ve arriba ¡**AHORA!** —sentenció —Trent mándale el elevador, está en el pasillo. Reed en respuesta a esa orden apretó la mandíbula y caminó hacia el pasillo.

Naval cerró los ojos ante las palabras de advertencia, pero su cuerpo se tensó al sentir unas manos fuertes apoderándose de su cintura con fiereza, además de las caderas de Xavier apegándose a su trasero sin vergüenza alguna, la otra mano apretó su agarre para no dejarla ir. Conteniendo el aliento, las vividas imágenes de hace tres años en ese mismo club, cuando la vida de Reed corrió riesgo por su estupidez asaltaron su mente, haciendo no solo estragos en su ya minada seguridad, sintió que el movimiento del cuerpo de ese hombre tan repugnante encajaban a la perfección, tuvo que levantar la mano posándola sobre aquella que le propinaba esa caricia inmunda y repulsiva, subió lentamente el brazo para sostener la nuca y moverse así en un solo ritmo al compás de la música de **Chris Brown**.

Cerró los ojos dejando caer su cabeza sobre el hombro de Xavier, reprimiendo no solo las ganas de vomitar sino de huir tan lejos como sus piernas se lo pudieran permitir, pero Xavier pareció leer sus pensamientos ya que la apretó fuertemente contra su pecho, moviéndola a su ritmo y mostrándole que su cuerpo había reaccionado de manera explosiva e instantánea al tenerla tan cerca, y su entrepierna estaba más que dispuesta a hacerse notar.

No deseaba dejarla ir y no lo haría, jamás la dejaría ir, cerciorándose de que lo entendiera, acercó sus labios a ese oído dejándole claro cuáles eran sus intenciones, además de hacerle sentir el cálido aliento a whisky y sobre todo a repulsión —Veo que te has vuelto más atrevida. La maternidad te ha sentado de fábula, Navalenka —insinuó él, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

En respuesta cerró los ojos con fuerza intentando calmar su agitado corazón y las náuseas que estaban dispuestas a causar estragos en ese momento, así que se mordió el labio apretando más la mano de Xavier sobre su vientre obligándole a apegarse más contra ella, necesitaba tener tiempo, necesitaba tiempo para que su equipo abriera las puertas —No es lo único que ha mejorado con la maternidad —insinuó ella.

Xavier bajó sus labios al cuello descubierto, dejando la caliente marca de

esos besos nauseabundos por la piel de la joven madre —Sigue moviéndote más contra mi entrepierna y no dudaría ni por un instante en tomarte aquí mismo, primero lento y luego tan duro.

—¿Y por qué no lo haces, Xavier? —jadeó clavándole las uñas en la nuca.

—Sé que vienes por tu hijo —afirmó —No puedes engañarme.

—Entonces sabes ya a que he venido —siguió contoneándose contra él y sintiendo cuanto lo afectaba —*Necesitaría más que baños de agua casi hirviendo para quitarse esa repulsiva sensación del cuerpo de Xavier junto al suyo* —pensó apretando los ojos con fuerza —Para que alargue más esta conversación. Te daré lo que tú quieras a cambio de mi pequeño.

—Entonces no te importará si te tomé aquí mismo —susurró en su oído —¿Esta vez serás mía? —le preguntó —¿Toda mía?

—Sí, toda tuya

—Lo quieres hacer duro ¿Qué tan rudo?

—Tanto que solo grite tu nombre, tanto que solo recuerde este momento —Naval tomó la mano de Xavier y la guó hasta su pierna, haciéndolo subir y subir —Voltéame Xavier —bramó con rudeza.

Xavier lo hizo y la tuvo cara a cara —No has cambiado nada —sonrió, contemplando maravillado el rostro de esa jovencita que lo había vuelto loco y enfermo de pasión.

—Igual tú. Los años no han pasado por ti en absoluto —se acercó a él y lo besó, tomándolo de la nuca lo obligó a no separarse, adentrándose a las profundidades de su boca, sintiendo el sabor a tabaco y whisky, a rancio y fétido, a muerte y traición, deslizando cuidadosamente el cuchillo de su pierna, era ahora o nunca.

Una vez arriba, Reed tragó saliva ante los lujos y extravagancias de ese lunático, permitiéndose calmarse ante el miedo de perder a Naval, dio un paso dentro de la sala y luego a grandes zancadas se acercó a la computadora, deslizó de su bolsillo un USB y lo conectó, hackeando el sistema y accediendo a la computadora —¡Trent vigílala!

—Ella está bien. Ella está bien.

—¡Vigílala! —gritó enfurecido mientras abría el panel de control y todas las puertas, incluyendo las traseras y de acceso medio.



Trent soltando un bufido corrió hacia al vitral, pero su rostro se mostró contrito al observar cómo bailaban, incluso sintió un agudo dolor en el pecho al ver a ese ser repugnante apretarse contra ella —Naval está en posición—dijo, volviendo el rostro para no mirar —Queda poco tiempo —regresó al ordenador y vio a Reed teclear en el mando algunas instrucciones, sería su señal, la señal de todos para entrar y con ellos evitar que Xavier pusiera las manos en su joven amiga.

—Trent deja de mirarme a mí y mírala a ella ¿Qué diablos está haciendo? — siguió abriendo puertas y el acceso a los túneles, facilitando el trabajo a su equipo quito las cámaras y artilugios que podrían darle a Xavier carta blanca, además de darle a su equipo la ventaja sobre los hombres de Falcón.

—¿Y qué crees que está haciendo? Bailando con ese idiota.

—Pues cerciórate que no le ponga un dedo más encima.

—Tendrás tus quince minutos de fama y podrás patearle el trasero — respondió ansioso y sobre todo nervioso, ya que si Reed lograba ver ese espectáculo no apto para menores en plena pista de baile enloquecería, regresó y casi se atraganto al divisar a lo lejos el beso, no podía dar crédito a lo que observaba en esos momentos, con la boca abierta dudo en decir algo más, negó con la cabeza y supo que esa era su señal, Naval no sabía cómo salir de ese gran aprieto y con tanta gente a su alrededor era imposible hacer un movimiento sin que alguien inocente saliera herido, sin poder hacer algo más para ayudarla miró hacia todos lados y supo cómo sacarla de ese lío, saltando sobre el sillón cruzó a grandes zancadas la sala y activó la alarma.

—¿Qué demonios? —masculló Reed atónito al sentir que los rociadores automáticos activarse y bañándoles —Debías esperar.

—Me lo agradecerás luego —mencionó pálido.

Las luces de emergencia se encendieron, las luces de neón dejaron de parpadear, la música se detuvo por el insistente y chirriante sonido de la alarma contra incendios, los rociadores de emergencia se activaron mojando a todo aquel que se encontraba allí obligándoles a gritar y buscar las salidas de emergencia de manera desesperada, el pánico colectivo surgió y entre ellos, la ira de Xavier Scott.

Aspiró por última vez el aroma dulce y angelical de esa joven convertida en mujer, supo entonces darle la razón a su socio Falcón, había caído en la trampa, pero no la dejaría ir fácilmente, tenía la oportunidad de terminar con lo que

empezó hace trece años. Elevó el rostro y sonrió sin nada de humor ante las gotas de agua, empujándola lejos de él la obligó a retroceder y tambalearse ante la brusquedad de su empujón pero también propinándole una gran bofetada haciéndola caer de bruces —¡Maldita perra! —bramó, llevando la mano a la cinturilla de sus pantalones en busca de su arma.

Por un instante Naval perdió el aliento ante el empujón brusco, pero en un rápido movimiento apretó el cuchillo en su mano al mismo tiempo que Xavier sacaba su arma para apuntarle en medio de la cabeza, preparada en un abrir y cerrar de ojos le lanzó el cuchillo clavándolo directamente en la mano y obligándole a soltar el arma.

Xavier aulló ante el dolor, pero no quiso detenerse, ambos vieron el arma en el suelo, pero Naval fue más rápida, lanzándose sobre el arma, la tomó entre sus manos y le apuntó esta vez directamente en medio de la las cejas sin darle la oportunidad de salir airoso de ese disparo, levantándose sin dejar de apuntar.

—Game Over, Xavier —apuntó sin miedo aunque su mano tembló con anticipación —Game Over —su dedo estaba listo para jalar el gatillo, listo para terminar con ese Capítulo escabroso de su vida pasada, a unos escasos segundos de presionarlo y darle muerte, lista para vengar la muerte de Nicolay, la muerte de su madre, incluso vengarse por su propio exilio, por llevarse a su hijo, por permitirle volver a sentirse rota e indefensa, pero algo en su interior la detuvo. Las vividas imágenes de hace tres años, cuando Xavier le disparo sin compasión alguna a su padre en una ridícula pelea por territorios y poder, cerró los ojos ante el recuerdo amargo de su pasado, estaba lista para disparar, preparada para matarlo y obtener su venganza, pero todo no salió como lo planeado, ella había flaqueado ante el primer indicio de duda y con ello su oportunidad de salir libre de sus tentáculos.

El leve roce de metal contra su garganta le hizo detenerse como también soltar el arma, estaba rodeada, estaba sola y debía ver la manera de salir airosa de ese lugar con la vida de Xavier y Falcón en sus manos.

—Yo no lo creo —espetó una voz detrás de ella, apretando el cuchillo sobre su garganta.

Por un instante se maldijo por titubear, por permitirse dudar.

—En serio pensaste que estaba solo —afirmó Xavier, poniéndose de pie torpemente, se acercó a ella tomando su barbilla en su mano y manchándola de sangre —Naval, lo hubiese dado todo por ti. ¡Todo!. Te amaba, te deseaba y ese beso. —saboreo sus labios ante la sensación única de tener eso labios rosados

sobre los suyos.

—Lo único que tendrás, malnacido —escupió literalmente al rostro de Xavier.

—Encárgate de ella y despídete de tu hijo —ladeó su boca en una sonrisa torcida y ojos brillantes, dio unos pasos hacia atrás para luego correr como el cobarde que era, mezclándose con las demás personas que salían despavoridas del lugar.

—Xavier. Xavier. —gritó Naval a todo pulmón, pero era tarde, se dejó vencer por el miedo y ahora el resultado era tiempo perdido y su hijo de seguro muerto.

El equipo de Frances y Noya irrumpieron en los túneles matando y abriéndose paso sin miedo, el sonido inconfundible de los casquillos cayendo al suelo, los gritos, el sonido de las piedras y el concreto resquebrajarse ante el metal, los cuerpos cayendo, la sangre derramándose —Continúen. —ordenó Noya disparado y atacando con fuerza obligando a la gente de Falcón a retroceder.

Trent y Reed listos para bajar, cruzaron la habitación a grandes zancadas listos para reunirse con el equipo, pero Reed se detuvo y volvió el rostro hacia el vitral, no quería dejarla, no deseaba cometer el mismo error una segunda vez —Vete. —ordenó.

—Reed debemos seguir el plan. Debemos seguir con el plan —bramó en voz alta por encima de la alarma.

En un impulso violento, tomó la camiseta de Trent en un puño, supo en el fondo que Naval no podría salir airosa de allí, no con Xavier y Falcón —¿Ella?

—Sabes a la perfección que está con Xavier —rugió él, sintiendo pánico de solo pensar que su joven amiga podía pelear y no salir ilesa.

—No me iré sin ella —ordenó él, quería cerciorarse que Xavier estuviera con un agujero en medio de las cejas, quería asegurarse que Naval estuviera ilesa, así que retomaron su camino hacia el elevador, pero antes debía terminar el trabajo, tomar el control del panel y abrir los accesos de la siguiente puerta y destruir todo allá abajo, destruir todo el mundo que incluía a Xavier Scott.

Trent pudo distinguir la mirada de pánico en aquellos ojos azules, así que permitiéndose tomar su hombro, gritó a todo pulmón sobre el estridente sonido de la alarma —Debemos irnos. Ella está bien, podrás verla. Podrás verla.

Reed dudó en seguirlo, ya que solo quería ir al rescate de Naval, permitirse estar cerca de ella, pero su cómplice tenía razón, tenían que seguir con lo planeado. —Es hora de hacer las cosas más fáciles —deslizó su arma de su sobaquera y disparo al panel lleno de botones y artilugios de última tecnología —Llévate la computadora, Trent. —urgió él, con la mandíbula apretada —Vete ya de aquí. —gritó.

Levantó la mirada con el ceño fruncido —¿Y tú?

Negando con la cabeza y lamiendo sus labios, supo que no podía continuar —No me iré sin ella. No otra vez. Jamás sin ella. No volveré a cometer el mismo error una vez más.

La risa que emitió hizo que la piel de Naval se erizara ante el miedo — Sabías que por más que uses ese vestido tan sexy no caeré en la trampa y golpearé tu lindo rostro —le amenazó Pablo lamiendo su rostro.

Tomando aire por la boca, no dudo en responder —Por más que tengas cara de idiota, no me abstendré de patear tu trasero —confirmó ella inmóvil.

—Voy a cortar tu lindo rostro.

—Veamos si puedes conmigo —echo la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas, golpeando el rostro de Falcón y haciéndole retroceder, pero levándose en el proceso un pequeño corte en el cuello.

—¡Perra! —Gruño Falcón, llevándose la mano hacia el rostro y viendo sus dedos manchados de sangre ante el corte que le había propinado en la nariz por el gran golpe.

Estaba segura que si llevaba su mano hacia su arma oculta, Pablo no dudaría en lanzarle el cuchillo, así que vio el arma de Xavier a unos cuantos metros lejos.

—Ni lo pienses, cariño —mencionó Pablo intuyendo su próximo movimiento.

—Adelante —le llamó con la mano, a lo que su oponente fue tras ella blandiendo el arma en el aire.

Naval tomó la mano que sostenía el cuchillo impidiendo que la cortara, pero Pablo tomó en su cuello empujándola contra la barra y con la otra mano dispuesto a apuñalarla, en un intento por buscar aire, y evitar salir herida, buscó en la barra algo que la ayudase a liberarse, a tientas tomó una botella con su mano libre y la estrelló contra la cabeza de Pablo, cegándolo y obligando a soltar

el arma dándole la oportunidad a Naval de tomar su arma, levantar la pierna y empujarlo con fuerza, pero llevándose un corte en la pierna y arruinando el vestido. Al notar la herida, abrió la boca y levantó la mirada con centellante ardor —¡Arruinaste este vestido! —espetó furiosa sin dejar de apuntarle.

—Eres una chica y por lo tanto no tan rápida —de un segundo a otro se quitó el cinturón enredándolo con la pistola haciendo que la soltara, ambos volvieron el rostro al verla rodear a unos metros lejos.

De un momento a otro, rivalizaron por ir por el arma corriendo para obtenerla primero, Naval movió las piernas de manera impulsiva y rápida, pero Pablo se abalanzó sobre ella tomándola de la cintura y cargándola para evitar que la tomara. Pero ella no se rindió, emitió un grito de frustración, pataleó y clavó su tacón en la pierna de Falcón con toda su fuerza, levantó su codo impregnando un golpe directamente en el rostro haciéndole tambalearse y que ambos cayeran hacia atrás con gritos sordos y quejidos.

Estrellándose contra el suelo, Naval sintió el golpe sobre su espalda, tosió ante el dolor y la punzada que de pronto sintió en el pecho, rodando lentamente hacia su costado, logrando liberarse momentáneamente de las garras de Pablo, quien intentó enderezar su espalda y mover su cabeza cerrando los ojos ante el agudo dolor que lograba estremecerlo de pies a cabeza.

Al verla aún en el suelo, vio la oportunidad de poder acabar con la joven madre, poniéndose de pie de inmediato, sin miedo y remordimiento alguno levantó un pie intentando estrellarlo en ella, a lo que Naval logró girarse y librarse de una patada mortal, pero dándole la oportunidad de darle una patada directo en la entrepierna y una ventana de segundos para poder así levantarse de inmediato y formar puños sobre su rostro, protegiéndose —Qué comience el juego —espetó ella, limpiando las gotas de sangre de la comisura de sus labios.

—Me excita cuando una mujer juega rudo —gritó Falcón, limpiándose de igual manera el labio ensangrentado y lamiendo su sangre ante el codazo, sin mencionar la mano intentando acomodar su entrepierna —Lastima que tenga que matarte. Hubieses sido una muy buena distracción. —Corrió hacia ella, pero logró esquivarlo y golpearlo en la mandíbula con sus puños, inclinó la rodilla y empujó su zapato sobre el pecho de Falcón, obligándolo a retroceder y bajar la vista para registra su torso y notando el corte de su camisa.

Naval vio la oportunidad de poder conseguir su arma y corrió por ella, pero Pablo estaba decidido a no permitirselo, así que se abalanzó sobre ella, pero en su intento de derribarla solo logró caer al suelo y tomar el tobillo delgado de la

joven dama, jalándola con todas su fuerzas contra él, haciéndola caer al suelo y golpearse duramente la barbilla en el proceso, en su vano intentó por zafarse de ese agarre, solo le dio ventaja a Pablo de subirse sobre ella, tomar su cabello en un duro puño y golpearla tres veces contra el piso, pero Naval luchó, levantó el codo y lo golpeó una segunda vez, aturdida por los golpes se escabulló de su agresor e intentar ir tras su arma, pero no fue lo suficientemente rápida, puesto que Pablo la tomó de la cintura volteándola de un solo movimiento y subiéndose a horcajadas sobre ella, apretó las manos alrededor de su cuello sin miedo para asfixiarla. Naval luchó contra su agresor, golpeándole, buscando la manera de zafarse de ese agarre mortal, divisando el arma a unos cuantos centímetros, estirándose y tomándola entre sus manos.

—Debemos irnos —replicó Trent —No seas testarudo. Vámonos ya —le dijo yendo hacia el elevador, pero el sonido de dos disparos retumbó en la habitación, congelándolos ante la sensación fría que cubrió sus cuerpos.

Reed volvió el rostro hacia atrás, intentó mantener el poco control férreo que le quedaba pero le fue imposible tranquilizar su agitado corazón, sin poder controlar a sus piernas, estas giraron a toda velocidad corriendo hacia el gran vitral que los separaba, la buscó con la mirada, desesperado, angustiado con un nudo en la garganta y un sabor amargo en la boca, pudiendo notar a unos metros entre las tenues luces parpadeantes del club a su Naval en el suelo y a Pablo Falcón sentado a horcajadas sobre ella —¡NO! ¡NAVAL! —gritó hasta quedar ronco, intentó buscar una salida inmediata, un escape y poder así reunirse con ella, sin medir su pánico vio a Trent y sabía que bajar por el elevador tomaría más tiempo, levantó la mirada hacia el gran vitral, calculando la altura y la profundidad del vidrio, desenfundó su arma y apuntó sin miedo frente a él, apretó la mandíbula y jaló el gatillo sin parpadear, dos disparos seguidos que hicieron eco no solo en toda la habitación, sino que alertó a muchos más afuera del club.

Trent al ver el vidrio caer a pedazos dando una lluvia espesa de cristal, masculló entre dientes, sin contenerse maldijo en voz alta —¡Maldición, Reed! ¡Estás loco!

Reed le lanzó una mirada centellante, retrocedió y corrió hacia el vacío, sin miedo a salir lastimado en el proceso y todo para estar con Naval, cruzó el gran agujero que los separaba, cayendo y rodando por el suelo sobre cristales rotos y agua, no le importó salir herido en el proceso, no le importó cruzar el vacío, volar por los aires y alertar a media policía de Portland, todo, absolutamente todo para estar cerca de su Naval.

*Su Naval.*

Resistiendo la falta de aire por ese agarre de muerte, extendió la mano a todo lo que podía, tanteando y buscando el arma, mientras que la mirada de su agresor estaba brillante ante la determinación de arrebatarle la vida sin miedo a consecuencias, abrió la boca en busca de aire, sus pulmones se apretaron en un intento de respirar, pero le era imposible, su visión comenzó a tornarse borrosa ante la falta de aire, pero no se rindió volvió una vez más a su búsqueda y al tenerla entre sus dedos, la sujetó con fuerza y la levantó.

—¡Perra! —bramó Pablo, apretándole el cuello.

Tomando una bocanada de aire, Naval sujetó el arma y la llevó contra el pecho de Falcón, sin titubear como en la primera vez, jaló el gatillo una y luego otra, asegurándose que las balas lograran su cometido.

Lentamente las manos que la asfixiaban comenzaron a soltarse, logrando así poder tomar aire en una gran bocanada, sus ojos vidriosos y rojos ante las lágrimas pudo distinguir la sonrisa de Pablo Falcón, dejando caer ambas manos hacia los costados, se levantó a duras penas retrocediendo unos cuantos pasos —Disparas como chica —insinuó él sin dejar de sonreír, mostrando sus dientes llenos de sangre, para luego desplomarse delante de ella, cayendo al suelo entre los charcos de agua en un sonido sordo.

—Entonces, no sabes nada sobre chicas. — respondió, llevando todo el aire posible a sus pulmones y cayendo rendida al suelo, permitiéndose mojarse libremente con el agua de los rociadores automáticos.

Reed se levantó de un solo saltó, y corrió hacia ella saltando por la barra, llegó a ella y aterrizó de rodillas frente a su mujer, estaba pálido de tan solo pensar que esos disparos la habían alcanzado, incluso que había muerto, pero al ver caer a Falcón, el alma regresó a su cuerpo. Permittiéndose sostener el rostro magullado de su Naval, la reviso con un escrutinio tan enervante, que ella tuvo ganas de golpearlo, pero se contuvo, sonriéndole.

—Naval. Naval. —no dejaba de auscultarla con la mirada —Estas herida, estas herida —repetía angustiada.

—No es mía. No es mía —repetía, pero Reed no la escuchaba, tomó entre sus manos las manos masculinas de su amante —Reed. Reed —le llamó para que le prestara atención —No es mía. Estoy bien. Estoy bien —repitió adolorida — No te preocupes, estoy bien.

—¡Dios! —Reed vio el pequeño corte y golpe que tenía en la sien derecha y

el moretón rojo en la barbilla, al ver que su mujer estaba sana y con algunos cortes, la estrelló contra su pecho, abrazándola sin dejar de repetir —¡Dios! ¡Dios!

—Falle Reed. Falle —mencionó contrita, mientras lágrimas ardiendo salían de la comisura de sus ojos, su única oportunidad se había ido, su única oportunidad de matar a Xavier había desaparecido —No pude. no pude.

—No importa eso. No importa —se separó de ella, viéndola rendida ante su supuesto error y falla, negó con la cabeza y cayó sentado, pasándose una cansada mano por los cabellos, intentando recomponerse del gran salto mortal que había dado minutos atrás solo para llegar a ella —Pensé lo peor. Juro que. Dios — intentó no decirlo en voz alta, ya que solo de pensarlo la piel de todo su cuerpo se erizaba y un gran frío cubría toda su espina dorsal.

—Reed, sabes que se pelear.

—Sí. Pero. Pero no así —negó con la cabeza, mientras que intentaba buscar aire, con las fosas nasales extendiéndose en busca de oxígeno —No de esa manera, no contra ese malnacido.

—Pero falle —repitió ella enfurecida consigo misma por su cobardía.

—Qué importa eso ya —bramó, lanzándole una mirada ardiente —Lo mataremos en la residencia. Lo mataremos allí, recuperaremos a Sami, lo prometo.

—Y tú —Naval señaló con su pulgar la ventana —Vaya manera de llegar. Sabías que existen elevadores y escaleras.

—Mujer vas a matarme —su boca se curvó en una sensual sonrisa y con la respiración aun agitada, intentó acercarse y besarla con toda la pasión y frenesí, pero se contuvo, sabía que aún faltaba detalles de los que debían aclarar, entre ellos recuperar a su hijo, ponerlos a salvo —Volar es más fácil.

Naval quiso aceptar ese beso, pero al verlo retirarse, supo que Reed no olvidaría el pequeño percance que tuvieron en Sheridan ante las insinuaciones de Trent por sus celos, hiriéndola ante sus dudas, supo que besarla en ese momento no era lo ideal —Bueno, vas a ayudar a tu mujer a levantarse o no —espetó tratando de recomponerse de la sesión de golpes, puñetazos, codazos y caídas — Además, estos tacones están matándome. Deberías ser más considerado conmigo, aunque sea por una vez no debería estar dándote a ti reverencias y genuflexiones y deberías dárme las a mí para variar.



—Sabes que siempre estuviste en un pedestal demasiado alto en mi mente. Y —echándole una mirada lasciva, curvó sus labios en una media sonrisa —Para variar te verías sexy con solo ropa interior y esos tacones —gimió Reed, mordiéndose el labio de imaginarla así en su cama.

Naval levantó las cejas y ladeó una sonrisa —¿Quién dice que llevo ropa interior?

La sonrisa de Reed se borró de su rostro, abriendo la boca e intentando articular palabra alguna, pero quedó estupefacto al imaginarla sin ropa interior bajo ese vestido ajustado y ni que hablar de estar encendido de solo poder verla así.

Trent supo que o uno de ellos estaba muerto o estarían ambos matándose en esos momentos, así que apresuro el paso y corrió hacia ellos, solo para encontrarlos en el suelo, uno cerca del otro, mirándose y sonriéndose como dos enamorados flirteando por primera vez, al verlo así, negó con la cabeza, ya que esos dos estaba en una tira y afloja entre amor y odio, entre pasión y frenesí, entre sí y no, entre un por siempre y para siempre.

—Por lo visto están muy plácidamente sentados recomponiéndose —dijo en voz pausada —Ahora levanten los traseros, la policía está a tres manzanas y no les gustara ver el cuerpo de un capo aquí y a sus hombres atrás —espetó entre gritos, mientras gesticula con ambas manos de manera impulsiva.

—Y dice que nosotros somos los paranoicos —insinuó Reed al ver el rostro rojo y brillante de ira de Trent.

—Además. Debiste verlo, paso qué Reed saltó innecesariamente por una ventana.

—¿En serio? Crees que no lo vi —insinuó sarcástico —Estuve allí, debemos salir de aquí, la policía está por llegar. Xavier ha escapado y Frances está en el hotel, Noya sigue arrinconando a los hombres de Falcón. Ninguno de Xavier. Deben sacar a Svyatoslav de allí con el niño, ssí que sigamos con el plan. Debemos ir a la Residencia y esperar allí.

Ambos padres intentaron no pensar en lo peor con Xavier a pasos delante de ellos, incorporándose, el trío salió del club por la puerta trasera, corriendo hacia la acera donde sus medios de transporte estaban estacionados. Trent subió a su motocicleta, la encendió y aceleró a toda potencia, necesitaba cerciorarse de estar dentro del plan y los tiempos, además de percatarse que las patrullas no los siguieran.

—Dame las llaves —ordenó Reed, viendo a Naval temblar como una hoja.

—¿Por qué? —lo contradijo —Yo conduzco rápido.

—Dame las jodidas llaves —bramó enfurecido —No quiero repetir la escena de hace tres años, así que dame las llaves. —Naval farfulló cosas inelegibles entre dientes, lanzándole las llaves de mala ganas, abrió la puerta del copiloto y se sentó de un solo saltó, cerrando la puerta con un gran portazo de por medio.

Reed negó con la cabeza, apretando la mandíbula y poniendo los ojos en blanco, en tres años no había cambiado nada —Caprichosa —mencionó para sí, abriendo la puerta y tomando su lugar tras el volante, encendió el motor y aceleró a toda potencia, quería ver con sus propios ojos que Xavier fuese a la Residencia según el plan, orillararlo a tomar el camino si era necesario.

—Debemos ir a la residencia —mencionó Naval al ver que Reed estaba tomando otro camino al que habían planeado esa tarde.

—Lo haremos —respondió sin mover ningún musculo y manteniendo la mirada fija en la autopista.

Los hombres de Noya entraron al hotel Devon Hill a las 22:37 minutos, tomaron sus armas y dispararon al aire, no solo para ahuyentar a la gente sino dándole aviso a Svyatoslav de poder escapar. Moviéndose en el interior del hotel como lo planeado dejaban de lado los gritos de auxilio y se abrían paso hacia el casino, los elevadores y las escaleras, tenían que rodearlo, orillararlo a ir a la Residencia, permitirle rendirse y dejar al niño.

Svyatoslav tenía el cuerpo de Keyla encima, le sentaba a esa mujer muy bien su camisa y nada más que su camina, los pechos de esa morena le cabían en sus manos a la perfección, era ideal para momentos como ese —Te gusta, bebé —le dijo ella, moviendo las caderas seductoramente.

—Sabes que sí —le respondió, clavando los dedos en la cadera de su mujer.

—Mataras al pequeño mocoso ¿Cierto? —afirmó ella, con la voz llena de esperanza, moviéndose de manera rápida, arañando el pecho de su amante.

—Sabes que al final sí, Xavier está obsesionado con ella y cree que la tendrá, mientras que yo solo la mataré, pero primero la dejaré ver cómo su dulce bebé muere en sus brazos.

Estaban juntos llegando a la cumbre de la pasión, pero de la nada la puerta de su suite se abrió de par en par, interrumpiendo abruptamente a la pareja, Xavier cerró de un portazo, apegándose a la puerta dejando caer su pesado cuerpo

contra ella, mientras sostenía su mano herida y sangrante contra su pecho.

—¡Diablos! —rugió Keyla, quitándose de encima sin miedo a que le vean desnuda por completo, ya que Xavier la había visto en repetidas ocasiones de esa manera.

—¡Carajo, Xavier! No sabes tocar —le reprendió Svyatoslav levantándose de la cama y subiéndose los pantalones, además de colocarse la entrepierna en su lugar —¿Qué te paso en la mano? —frunció el ceño al ver a su cómplice con los ojos rojos y la mandíbula apretada, un gesto que confirmaba que estaba más que cabreado.

—Tu adorada sobrinita me atacó y vienen por el niño, están atacando los túneles y llegaron aquí en segundos, creen que aquí podrán tener al niño —tomó la chaqueta de su amigo, lanzándosela en la cara —Vístete, nos tenemos que ir. No dudarán en matarnos. Están atacando los casinos. Estamos jodidos. Jodidos —grito desesperado.

La carcajada que soltó Svyatoslav fue ronca y estridente, sabía a ciencia cierta que esa *pequeña perra* cómo él le trataba tenía las agallas y la prepotencia misma de Nicolay —Y dices que no es hija de Nicolay, la perra tiene más cojones que tú.

—Ya lo veremos —espetó, lanzándole una mirada lasciva a Keyla —Trae al niño —ordenó.

Svyatoslav sonrió ante la mirada llena de miedo de su socio y cómplice, deslizándose de su chaqueta la caja de cigarrillos, encendió uno haciéndolo colgar de sus labios sin fuerza alguna. Keyla se subió los pantaloncillos cortos y fue en busca del niño, pero una tanda de disparos los detuvo, haciéndoles reconsiderar que salidas debían tomar y como salir vivos y con el niño en sus manos.

—El niño. El niño. —bramó Svyatoslav, sacando su arma en el proceso y cerciorándose de que estaba cargada de la manera correcta, tomó su chaqueta y corrió hacia la suite del pequeño, lo arrancó sin piedad de la cama en la que el pequeño Sami estaba encogido como un ovillo —Ven aquí —lo tomó con un solo brazo con brusquedad, mientras que con la mano libre sujetaba con fuerza su arma y su cigarrillo estaba intacto entre sus labios —Debemos salir de aquí —le dio al niño a su mujer, soltó un poco de humo y frunció el ceño escogiendo de manera acertada una manera de escapar —Date prisa. Vámonos —gritó.

Xavier estudio la situación, así que sin más le arrebató a Sami de los brazos, y corrió entre pasillos por una salida, Sami sería su escudo contra los ataques

permitiéndole salir de la suite, pero también se llevó varias maldiciones de su socio al dejar a un lado el plan de contingencia que habían realizado por días.

—¡Maldito cabrón! ¡Siempre un maldito cobarde de mierda! —gritó Svyatoslav enfurecido al verlo irse con el niño por el corredor oeste, mientras que ellos estaban por ser rodeados y alcanzados por las balas.

—Debemos salir de aquí —gritó Keyla desesperada y con el rímel veteado en sus mejillas.

—Ya lo sé. Ya lo sé ¡Carajo! —corrieron por el pasillo, solo para ser detenidos por Frances quien no se inmutó en disparar, su objetivo era salvar al niño y matar a esos tres.

Pero Svyatoslav era listo y corrió entre pasillos ocultándose entre puertas, escabulléndose de los disparos. De la nada, se topó con Xavier y vio como tomaba al niño, supo entonces que Naval había fallado en su misión, sus hombres estaban por disparar pero él lo impidió —No disparen. No disparen. Tiene al niño, repito, tiene al niño —gritó a sus hombres, bajando el arma de su compañero e intentando negociar con Xavier, pero sabía que él jamás daría su mano a torcer.

—Atrás. Atrás. —replicó Xavier, con un Samuel sollozante y clamando por su madre a gritos —¡Cállate! —gritó —Si dan un paso más, le romperé el cuello. Juró que le romperé el cuello.

—Solo es un niño. Estas rodeado, solo danos al niño y podrás irte —exclamó un furioso Frances al ver cómo ese cobarde poco hombre se escudaba con un niño pequeño de dos años —Tienes la oportunidad de salir vivo Xavier.

—No lo creo —espetó Xavier retrocediendo.

Svyatoslav sostuvo su arma a la altura de su pecho, retrocedió y golpeó su espalda contra la pared, cubriéndose los diversos disparos mientras que Keyla se protegía la cabeza, habían dejado a Xavier y Sami atrás —Estamos rodeados —tomó a su mujer de la mano y la jaló corriendo hacia la dirección en la que habían perdido a Xavier, él era el único que podía sacarlos de allí.

Lo vieron venir hacia ellos con Sami delante de él, retrocedía lentamente mientras que un equipo venía hacia ellos —No dispararan, quieren al niño —se acercó a Xavier con rapidez, ambos equipos habían dejado simplemente de disparar.

—Este es tu gran plan —dijo entre dientes a Xavier al verlo con el niño

sobre su pecho —Dejarnos atrás para salvar tu maldito trasero.

—Quieren al niño con vida. No disparan si lo usamos como escudo.

Svyatoslav miró hacia todos lados en busca de una salida, encontrando solo una puerta detrás de él, sin más, le dio un golpe letal con el pie derecho, partiendo la puerta y abriéndola de par en par, dando paso a las escaleras de servicio —Por aquí —gritó, dándole paso a su mujer, para luego bajar, mientras que Xavier se cercioró que nadie los siguiera, tomaron la escalera de servicio bajando lo más rápido posible, mientras que los disparos y los gritos eran dejados atrás.

Salieron del hotel por los estacionamientos, los disparos no solo habían logrado sacar a toda la gente de allí, sino que además habían alertado a la policía sobre el tiroteo y los decesos tanto del club como de los túneles, Svyatoslav rodeó con un brazo los hombros de su mujer, mientras que Xavier apretaba a un lloroso Samuel contra su pecho, tenían pocas oportunidades de poder salir de allí, ya que el equipo de Frances y Noya estaban más que dispuestos a conseguir al niño a cualquier precio, de pronto, cuando sus planes parecían haber fracasado un Tundra cruzó el estacionamiento a toda velocidad, solo para abrir sus puertas para ellos y protegerlos de las balas.

El moreno ladeó su boca en una sonrisa y los incitó a entrar —No hay nada como el dolor de una mujer —hizo una pausa —Vamos a la Residencia. Podemos salir de su radar y también sacar al niño de la ciudad ¿Preparaste todo?

El chofer solo asintió con la cabeza.

—Puede ser una trampa —espetó Keyla.

—Si lo es el niño morirá —respondió la voz de la mujer que estaba detrás del volante y detrás de ese plan macabro para poder matar a Naval Kapot y Reed Fletcher —Tus hombres están resguardando en este momento la Residencia, podremos ir allí, estaremos un poco más seguros y podremos salir sin ser detectados, sacar al niño de su radar es lo mejor que podemos hacer.

Frances no se rindió y corrió tras ellos sosteniendo entre sus manos su rifle de precisión, pero no contó en que alguien más estuviese involucrado—Acaban de salir con el niño, Xavier les aviso, pero no tienen mucho tiempo —corrió tras ellos, viendo estacionar un Tundra y como ese trío de psicópatas subía, eso no estaba para nada en el plan, no había otro cómplice según sus investigaciones, y un cuarto cómplice solo empeoraba la situación y hacia más difícil el proceso de

extracción y recuperación de Sami Anderson —Hay un cuarto cómplice, repito, hay un cuarto cómplice —sin medir las consecuencias, se envalentono a correr tras el auto y disparar en la parte trasera, pero no pudo detenerlos, era demasiado tarde para poder hacer algo y eso no garantizaba que fuesen a la Residencia.

—¡Maldito cabrón! —respigo Keyla en su asiento al sentir la tanda de disparos en la parte trasera del auto, se volvió y notó el rostro sudoroso y compungido de Frances, sintiendo satisfacción ante la imagen ya que solo le daba una respuesta a todo, habían perdido su única oportunidad de recuperar a ese niño que valía mucho para todos ellos vivo.

Al perderlos de vista maldijo en voz alta sin miedo a ser escuchado — ¡Carajo! —pateó la nieve haciéndola volar por los aires, en ese instante Noya se acercó intentando calmarlo, pero Frances era emotivo y nunca fue un buen perdedor y sobre todo cuando se trataba de la vida de un ser inocente.

—¿Qué sucedió? —preguntó Noya.

—Hay otro cómplice. Alguien más los está ayudando —escupió la saliva y la bilis retenida.

—No había más hombres, algunos han escapado y otros están muertos. Todos eran hombres de Falcón.

—¿Y Falcón? Si vi a Xavier eso quiere decir que Naval está herida o simplemente falló.

—No —soltó una risa —Esa chica le dio una paliza a Falcón y lo mato. Acaban de salir ya del Club, están yendo directamente a la Residencia ya saben que dirección tomaran.

—¡Qué Dios no ayude!

—Irán a la residencia, hace unos minutos hombres de Xavier, armados y listos entraron a la Residencia, están recién formando sus centros de vigilancia, eso nos confirma que llevaran al niño allí, al único lugar donde creen tener control absoluto de todo.

—Al lugar donde todo empezó.

## Capítulo 27

### RETORNO

El silencio era arrebatador, cerró los ojos por un instante dejando atrás el sonido tan claro de esos dos disparos, esa sensación de desesperación, miedo y horror, de tan solo imaginar lo que Xavier le había hecho, lo que pudo haber pasado, sus ojos cambiaron de color a un tono azul grisáceo, más opaco, más tétrico y lúgubre, apretó la mandíbula y pisó el acelerador a fondo, aferrándose al volante lo apretó con tal fuerza que sus nudillos se vieron obligados a ponerse blancos, necesitaba desfogar esa frustración, esa ira contenida.

Volvió el rostro hacia Naval contemplándola, estaba recostada mirando por la ventanilla, cansada y sobre todo preocupada, sintiéndose culpable por fallar ante la misión, la única misión que se le habían encomendado, matar a Xavier Scott.

Realizó los cambios, apretando con más fuerza el volante, las luces del alumbrado público iluminaban su rostro de manera fugaz, volvió el rostro nuevamente hacia ella, no podía, no podía dejarla culparse por un error, un error que pudo haber sido suyo y fue suyo por tres penosos y dolorosos años —No te culpes. No lo hagas —murmuró, cortante sin dejar de ver hacia la autopista.

Naval se giró para verle —No me hagas esto Reed. Era la única misión que me dieron, matar a ese malnacido. Deshacerme de él, dejarte el campo libre y simplemente falle.

—No. No. Hiciste que lo que pudiste, mataste a Falcón. Mataste a Falcón —le repitió, intentando convencerla que no había un error de su parte, más bien el error era suyo por dejarla ir, por dejarla enfrentarse a esos malditos, por iniciar una guerra y que ella nuevamente quedara en medio de fuego cruzado, su más grande temor.

—Reed. No cumplí, no hice nada, tuve la oportunidad, tuve la oportunidad de poder matarlo.

—Naval. Yo debí estar allí contigo, debí pelear con él y te deje, te deje que lo hicieras ¿Qué clase de hombre soy que te deja hacer cosas peligrosas? —se reprendió furioso consigo mismo —Soy un maldito cobarde. Un maldito cobarde.

—No por favor, no lo hagas, yo quise hacerlo, yo quise participar y voy a participar.

—Regresa a casa. Ve a casa, espérame allí, te llevare a Sami, prometo que regresaré con Sami pero déjame llevarte a un lugar seguro esta noche y ponerte a salvo, protegerte, déjame hacer lo que nunca pude hacer bien. Protegerte.

—¿De qué demonios hablas Reed? Tenemos un trato. Tenemos un trato —puntualizó ella, enojada ante el cambio repentino de opinión de Reed.

Pero él se negó a escuchar, tomando la decisión que lo dejaría aliviado momentáneamente hasta que esa guerra terminara, viró el auto sin consultarle, saliendo de su dirección y yendo hacia otro lado de la autopista, se negaba a dejarla luchar y morir.

—Reed. ¿Qué estás haciendo? Debemos ir a la residencia. ¿Reed? ¡Reed!

Pero él simplemente no respondió, apretó el volante con más fuerza, negándose a verla, negándose a tener que perderla —¡NO!. ¡No iras! —sentenció sin verla.

—No, tú no puedes hacerme esto, no puedes hacerle esto al equipo. Tenemos que ir. Debemos ir —pero al ver que no le hacía caso, perdió los estribos gritándole —**¡REED!**

—Solo dame unos minutos Naval. —apretó el volante con ambas manos, obligando a sus nudillos a ponerse blancos ante la fuerza de su agarre, además de hacer rugir el motor —Solo dame unos minutos para pensar.

—¿Minutos para qué? ¿Pensar qué? Ver a nuestro hijo, sacar a nuestro hijo o qué.

—¡Puedes callarte! —bramó enfurecido volviendo el rostro y enfrentándola, estaba nervioso de tener que ver a su pequeño en manos de Svyatoslav y Xavier, nervioso y asustado de haberla visto en el suelo, golpeada, cansada, con un moretón en el cuello y ni que hablar del pequeño corte, era un fibra sensible de su cuerpo que se alteraba, pero al verla pasar saliva y quedar pálida ante su repentino ataque, supo que ella también estaba ansiosa de tener a su hijo entre sus brazos —Lo siento. Solo debemos esperar. Pero no puedo.

—Siempre fue tarde para un lo siento, Reed.

En una explosión de ira, golpeó el volante mostrando su miedo, el pánico que lo carcomía lentamente por dentro, pisó el freno a fondo, estaciono y se volvió hacia ella acunando su delicado rostro entre sus manos, sus ojos brillaron



con determinación, haciendo sobresalir su barbilla obstinadamente —Me niego. Me niego a perderte. Me niego a perderte una vez más Naval. No lo permitiré, esta vez puedo tener el control, déjame tener el control de esta situación por única vez.

—No me perderás — susurró Naval — Jamás lo harás — sonrió ante la confesión —Por favor, da la vuelta. Da la vuelta —llevó su mano hacia el rostro de Reed, acariciando su barba, acariciando la piel y esos labios que amo tanto en el pasado y en el presente.

—No, no puedo hacerlo. No quiero hacerlo —apretó los dientes con fuerza, controlando sus lágrimas.

—Sí que puedes. Sí puedes, por favor, no me hagas esto. Déjame luchar.

—Yo tuve la culpa. Déjame solucionarlo, déjame a mí solucionarlo.

—No. Es también mi guerra, es también mi batalla. No tienes el derecho de apartarme, de apartarme como años atrás. Tenemos una nueva oportunidad, hacer algo para salvar al único ser inocente de nuestro pasado, Reed.

Reed tragó saliva, sabiendo que se arrepentiría de los resultados de esa noche, viró una vez más y siguió conduciendo sin apartar la mirada de la autopista, irían a la residencia, descenderían al mismísimo infierno. Arrepintiéndose de su decisión precipitada opto por llevarla al punto de encuentro en el menor tiempo posible y ese silencio solo acrecentaba más sus dudas, sobre todo hacía que sus temores cobrasen vida, estaba pagando el precio, el cruel precio de tener que verla entre balas, armas, golpes y sangre, algo que juró no volver a ver, algo que jamás deseo para ella.

Y no ayudo en absoluto el tener que retomar la antigua carretera que por años había recorrido en busca de una respuesta, en busca de su amor perdido, en busca de su redención, pero cómo borrar tres años de tortura, culpa, resentimiento y ese amor que jamás lo dejó respirar, que jamás lo dejó seguir adelante encadenándolo a una tortura lenta, sentir que había fallado en lo único bueno que pudo hacer en su vida, proteger a la mujer que amaba.

Pasaron por atajos oscuros, las luces iluminaban fugazmente el rostro cansado de aquella mujer que le subyugó hasta el punto de desear morir junto a ella, ambos no querían ceder a algo, no querían aceptar que ese final era incierto, donde herirse era mucho más seguro ante tener que vivir con la devastadora sin la persona que amaban.

Al estar a unos cuantos kilómetros de la Residencia, estacionó en el punto de

encuentro con su equipo, apagó el motor y quitó la llave del mando — ¡Llegamos! —dijo —Naval, no estoy de acuerdo con esto —mencionó bajando y yendo directo hacia el maletero, abriendo el compartimento, sacando dos chalecos y las armas correspondientes, además de una muda de ropa. Trent estaba ya esperándolos con los brazos cruzados sobre su pecho, apoyado contra su motocicleta —¿Está todo bien? —le preguntó.

—Sí. Todo está bien —respondió con una expresión adusta, lanzándole un chaleco —Póntelo —le ordenó sin más.

—Claro —Trent se quitó su chaqueta, la sudadera y se puso el chaleco, ajustando correas, pero observándole de soslayo, no era de sabios saber que ambos habían tenido una discusión en el camino además de haber tardado diez minutos más de lo acordado —Reed ¿Seguro que todo está bien?

—Sí — respondió cortante, no quería las típicas y entrometidas preguntas de Trent, no quería que le viera y juzgara, no tenía ese derecho ya que él quería velar por la seguridad de *su Familia*.

—Pues no lo parece —agregó, señalando el auto con un movimiento de cabeza.

Naval se encontraba aun en el interior del automóvil, se sintió totalmente aturrida, asustada de ver a lo lejos la casa que la mantuvo cautiva por diez largos años, había vivido en esa casa desde los quince y lo único que tenía adelante eran ruinas, la casa estaba totalmente destruida, jamás imaginó ver allí maleza grande y seca, la nieve había arruinado el camino, la grava solo era tierra negra seca combinada con las chispas de la nieve, su balcón, su balcón estaba cayéndose a pedazos, y todo eso había pasado en solo tres años, aunque cuando Nicolay aún vivía le daba un mantenimiento único a esa casa, pintando y reajustando todo, era siempre un ritual para él, que su casa este en óptimas condiciones, que su casa fuese su fortaleza, la pantalla de su poder.

Pero no solo existían ruinas, había más que ello, sus paredes estaban impregnadas de sufrimiento, llanto y muerte, de desolación, pena y pecados, esa casa era el único testigo de su vida, lo único que podía mantener entre los recuerdos vividos, el insistente recuerdo de sus años de soledad, de la violencia seguida por el ultraje de Xavier, y el peor de todo cuando se entregó a Reed Fletcher y tuvo que morir para conseguir una nueva vida, conseguir la libertad que buscó por años.

Reed al verla completamente paralizada en el asiento delantero, acertó en que solo había complicado las cosas, pero también se reprendió mentalmente por

no haberla llevado lejos y dejado aunque sea encerrada en su apartamento para ponerla a salvo, caminó hacia el auto y en un intento de mantener el control de sus actos, formó un puño listo a romper cualquier soca pero tan solo elevó la mano y dio unos golpecillos leves al cristal llamando la atención de Naval, y su respuesta lo llevó aún más a la desesperación y al miedo.

Los golpecillos que sintió la obligaron a dar un respingo y cerrar los ojos ante la intromisión, arrancándola de aquellos pensamientos y recuerdos guardados en lo más profundo de su mente, soltó un suspiro y volvió el rostro hacia él, y al verlo así con el chaleco antibalas fue como recibir un duro golpe en la boca del estómago, las cosas se volvían a repetir y esta vez los resultados no podían ser cambiado como años atrás.

Aunque verlo protegido era algo bueno en su momento, ya que no estaría preocupada de que fuese herido de gravedad, tragó el pesado nudo que se formó en su garganta, agobiada por su seguridad, abrió la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó Reed, apegándose a la puerta y bajando a su altura.

—Sí. Bueno no, en realidad, no. Jamás pensé volver aquí, jamás pensé regresar.

—Como ves, está hecha mierda. No ha tenido mantenimiento en tres años. Así que algunas partes de la casa están mohosas, madera podrida, hubo una inundación un año después de tu muerte, eso hizo que la casa se viniera un poco abajo.

—Pero. No se supone que la embargaron, bebieron comprarla o simplemente usar el terreno.

—En realidad, esta casa nunca estuvo a nombre de Nicolay. Era parte de las propiedades que no se pudieron incautar, él la puso a tu nombre en el momento en que naciste, pero no había nada ni nadie que supiera eso. El banco no puede vender algo que no está en registro de pérdidas e inversiones y nadie que quisiese vivir en la casa donde un capo ruso ha vivido y sobre todo que su hija se haya suicidado.

—¿Qué podemos encontrar allí?

—Solo ruinas, vidrios rotos, madera podrida, puertas rechinantes y tuberías averiadas y con fugas de gas, incluso.

—Para mí solo habrá fantasmas —sonrió sin nada de humor, saliendo del

auto.

Él solo le extendió la muda de ropa —Toma, creo que será mejor pantalones vaqueros, botas y una camiseta a un vestido de noche con tacones.

—Gracias. Pensaste en todo —tomó la ropa y caminó hacia detrás del auto, tenía un poco de vergüenza que Reed la viera una vez más desnuda, aunque en noches pasadas eso no le importaba mucho estar desnuda debajo y junto a él, cerró los ojos quitando de un manotazo aquellos recuerdos recientemente adquiridos, no era momento para pensamientos lascivos y llenos de lujuria, cosa que era mentira, era solo amor y pasión lo que podía ver en aquellos pensamientos, se quitó los zapatos de tacón y el vestido lanzándolos dentro del auto, vistiéndose con el atuendo que Reed le había dado incluyendo los mitones de cuero que ayudarían a sostener un arma sin que resbale entre sus manos.

Una vez lista, anudo bien las agujetas de sus botas de combate, se ató los cabellos en una coleta alta y salió —Listo.

—Espera. Te pondré esto —dijo Reed, acercándose y completando su atuendo —Es un chaleco, te ayudara a protegerte de los disparos. —se lo puso, ajustando correas y viendo que esté en la posición correcta, aunque solo era una mera excusa para poder tocarla y sentir la calidez de su piel, el aroma a mujer y sobre todo estar más cerca de esos labios que lo enloquecían.

—Reed —le llamó haciéndole bajar el rostro y verla a los ojos —¿Qué pretendías al virar el auto y alejarme de aquí?

—Solo protegerte. Protegerte del peligro, del sufrimiento, de este lugar.

—Nunca más vuelvas a hacerlo. Somos un equipo, jamás intentes dejarme al margen de algo, se protegerme, se cuidarme sola.

—Lo sé perfectamente, has vivido estos tres años sin protección alguna y se de lo que eres capaz, capaz de mentir y engañar. Así que se a que me atengo contigo en esta conversación. Solo. —dudo en decir algo más que minara más ya su relación —Quiero que te cuides, que vayas con cuidado —tragó saliva —Sé que Sami está allí, pero no quiero perderte también. No quiero perderlos a ambos.

—Yo —Naval titubeó, había sido dura con él por su intento de sacarla de allí, por creer que ella se rendiría, por creerla débil y frágil, cuando era capaz de matar por el bienestar de su familia —Sé que no es el mejor momento para hablar, pero quiero decirte que Creed y yo. Yo en realidad no.

Reed apretó la mandíbula ante el nombre, de todos los temas posibles tenía que tocar justamente esa fibra sensible de él y se repelencia contra Creed salía a flote haciendo estragos imperdonables en su imaginación, y Naval tenía que hablar justo de él, incluso hubiese preferido que estuviese enojada, que le gritara por querer tomar una decisión sin consultarle, hubiese preferido eso ante una conversación que implicaba el nombre Creed a la ecuación cuando solo era una simple suma, Reed y Naval —Solo déjalo así, Naval —dio un paso atrás, interrumpiéndola y entregándole más armas.

—Reed, no tuvimos.

Levantó la cabeza, lanzándole una mirada llena de presunción combinada con ira —Solo déjalo ya, justo en este momento tan delicado tienes que sacarlo a colación a él, sé que lo quieres y no hace falta que me vengas con esa mierda de que Creed y yo. —la acusó.

—Si fueras menos idiota entenderías, y si tan solo me dejaras terminar comprenderías lo que quiero decir, pero olvídalo, sigues siendo el mismo imbécil. Siempre sacando conclusiones precipitadas a todo. Sin darme aunque sea la oportunidad de defenderme. Jamás.

—¿¡Defenderte!? Si Trent te lo enostro en la cara y no lo negaste, no te defendiste. Lo admitiste en nuestro camino a Sheridan —inquirió desdeñoso — Solo toma tus armas y cargadores —se los entregó con brusquedad —No olvides recargar las armas.

—Gracias. Se bien cómo hacer esto, no soy una completa inútil —comenzó a poner sus armas en su sobaquera y en su cinturón, luego en sus muslos sus armas secundarias con cuchillos y su arma de apoyo, necesita estar preparada para cualquier inconveniente.

—Antes lo eras. Tan inútil que debía salvar tu trasero incontables veces, y espero que esta noche no me pidas salvarlo una vez más.

—Lo mismo digo y hasta la fecha no recuerdo haberte pedido ayuda o que salves mi trasero incontables veces como haces alusión ahora. Y a eso, prefiero ser inútil a mentiroso y mezquino —sentenció ella, enfrentándole.

Reed iba responder a sus insultos, pero la intervención de Trent hizo que guardara sus palabras —¡Chicos! ¡Chicos! —corrió ante ellos, separando a la pareja —Creo que tiene que guardar esa ira y fuerza para allá adentro. Luego podrán besarse, tener sexo desenfrenado detrás del auto y así olvidar que están conteniéndose.

—¿¡Trent!?! —chillaron ambos al unísono, mirándose.

—¿Qué? —se encogió de hombros.

La presencia de Frances hizo las cosas más fáciles para la pareja al verlo acercarse a ellos desde los arbustos, advirtiéndoles —¡Prepárense! Ya están aquí, sus hombres harán su relevo dentro de poco, quieren mantenerse muy frescos ante posibles ataques.

—¿Qué hora es? —preguntó Naval.

—Cerca de las once —respondió Frances —El equipo amarillo, rojo y azul están en posiciones, solo debemos esperar unos minutos a que se sientan cómodos. Naval debes entrar y Reed te seguirá. Él te cubrirá.

—Entendido —asintió tragando pesadamente saliva ante la idea de enfrentarse una vez más a esa vida pasada.

Los tres caminaron hasta la parte elevada de la zona, pudiendo ver desde lo alto la Residencia y cómo es que había quedado al paso de los años, Naval pasó saliva pesadamente, jamás imagino en su vida ver la casa de Nicolay Kapot hecha añicos y menos esa noche verla como una zona de guerra, entonces sintió la mano de Reed sostener la suya apretándola con delicadeza haciéndola volverse y verle a los ojos —Ten cuidado allá abajo.

Ella solo asintió con la cabeza, volviendo la mirada hacia adelante, era increíble ver como el tiempo parecía caminar con lentitud, el clima gélido acompañado del camino llenó de nieve, la adrenalina elevada, el miedo no podía tomar lugar en sus mentes en ese momento, ya que la vida de sus hijos corría peligro y esa era su única oportunidad de poder salvarlo, salvar su futuro, salvar lo más preciado para esa pareja que su hijo creciera sano y salvo alejado de lo que fue para ellos los siete pecados.

Reed elevó la mano y miró su reloj, confirmando la hora, once en punto —Ahora —ordenó a su equipo.

Naval comenzó a bajar con cuidado entre los arbustos, la hierba, ocultándose entre los árboles de la zona y la pesada oscuridad de esa noche, su corazón palpitaba con anticipación, pero su expresión se volvió adusta, necesitaba mantener sus emociones encerradas en lo más profundo de su cuerpo, necesitaba ser fuerte, necesitaba estar concentrada para poder ingresar allí una vez más sin que los fantasmas del pasado perturbaran la poca paz que tenía en esos momentos.

Tomó aire lentamente dejando salir el vaho de su aliento, entonces deslizó el arma de su sobaquera, internándose más profundamente en las sombras logrando apreciar el muro que por años la había mantenido cautiva y alejada de un mundo real, de un mundo del cual ella si podía escapar y encontrar la felicidad. En menos de dos minutos logró deslizarse por ese muro, saltando hacia el vacío donde la nieve amortiguó su caída perfecta, levantó la mirada y vio los árboles y el terreno ajardinado marchito cruzando entre hojas y oscuridad el jardín que apreció tiempo atrás, situándose de cuchillas oculta y vigilante haciendo una breve pausa mientras intentaba recuperar el aliento admirando por un instante la decadencia en la cual estaba su antiguo hogar.

Estaba lista a cruzar el camino que separaba el gran jardín a la zona de la casa, lista para poder estar un poco cerca de su pequeño, pero de la nada un hombre armado salió del lado posterior de la casa, recordaba muy bien que la cocina estaba allí, tragó saliva y le siguió con la mirada, el hombre tenía un gorro de lana y se quejó del frío de esa noche, deslizó de su bolsillo un cigarrillo y lo encendió mirando a través del humo que voto por la nariz, calando una vez más el cigarrillo haciendo el intento de mantener y entrar en calor.

Negó con la cabeza, había demorado mucho cruzando el jardín, había demorado mucho el haber pasado por el muro, divisando entonces la media docena de autos, entre ellos el Aston Martin de Xavier que yacía estacionado estratégicamente en un lado, todo dispuesto para un escape rápido.

—Es muy listo.

—¿Por qué lo dices? —le respondió Reed por el auricular.

—Tiene más hombres esta noche, pero nada que pueda detenernos.

—Hablas como una experta —sonrió al escucharla.

—Me críe en este ambiente ¿Recuerdas?

—¿Y cómo olvidarlo? —recordó Reed soltando un suspiro.

El hombre siguió su camino, y Naval tuvo una magnífica idea, cruzó el camino de grava y al llegar al otro lado, deslizó su cuchillo y ponchó las llantas de los autos, incluyendo del Aston Martin de Xavier haciendo imposible su fuga, aguardando un momento allí, iba a retroceder u continuar con su camino hasta el lado delantero de la casa, pero una poderosa mano cubrió su boca y la sujeto con fuerza de la cintura, por un momento se sintió perdida, idiota al dejar que la atraparan, pero una cálida voz le susurró al oído haciéndola estremecer ante el aliento caliente contra su piel —Soy yo. Soy yo. —repitió Reed, intentando

tranquilizarla, soltándola lentamente.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que llegaste tan rápido? —le preguntó.

—Solo intentó protegerte.

—Por favor, puedo hacerlo. No me subestimes.

—No lo hago, cariño. Solo. —iba a continuar hablándole, pero tenía que distraerla, no podía permitirle ver cómo sacaban a su hijo a gritos y llanto del auto pidiendo a su madre, no podía permitir ver a su pequeño asustado, pero tenía que decirle —Espera solo un momento. Xavier acaba de llegar en un Tundra, acaba de sacar a Sami del auto.

Iba a correr para poder verlo, pero Reed la detuvo —No lo hagas, ve lo positivo, podremos matarlos y así tener nuestra victoria y venganza al mismo tiempo.

—Mi bebé —intentó no llorar.

—Nuestro bebé —le corrigió, parpadeando repetidas veces para alejar las ardientes lágrimas que rodeaban y hacían más brillante su mirada azul acero —Tenemos que esperar a que ingresen a la casa.

Trent al ver la camioneta alejarse del perímetro, dio la orden a avanzar, los tres equipos comenzaron a moverse entre ramas y nieve, no solo recorriendo sino rodeándoles y haciendo así más fácil su táctica de ataque.

Dispuestos a avanzar como lo planeado, se detuvieron una vez más, al ver de nuevo al hombre del cigarrillo, y estaban 100% seguros que no se movería de su posición —No se moverá —inquirió furioso Reed, revisando su reloj una vez más.

—Necesitamos otra ruta. Podemos ir por el solarium, podemos cruzar por allí.

—Nos verán más fácil —decidido se levantó, Naval sujetó su pantalón, pero Reed avanzó sigilosamente, tomando desde atrás al sujeto y rompiendo su cuello en un solo movimiento.

Naval se levantó de su lugar con la boca abierta, el ceño fruncido y sin poder articular palabra alguna, hasta que se asombró al escuchar su voz quizás un poco más elevada de lo normal —¿Qué rayos te sucede?

Reed se encogió de hombros, sin dar importancia a lo sucedido —¿Qué? De todas formas igual iba a morir esta noche.



—Sí. Pero, pero no de esa forma —gesticuló enérgicamente con ambas manos mostrando el cuerpo en el suelo.

—Naval, cariño qué parte de matar a Xavier y a Svyatoslav no entendiste. Por qué créeme, eso —señaló con la mano libre —Se supone matar.

—¿Quién eres? —preguntó sarcástica al verle tan tranquilo y sin una ápice de remordimiento. Él en respuesta puso los ojos en blanco y continuaron con su camino hacia el balcón de la habitación de Nicolay, ambos levantaron la vista y admiraron la altura.

—¿Podrás subir? —le preguntó un poco dudosos.

—Cierra la boca —espetó en respuesta, claro que podía subir —No eres el único que pude trepar balcones en la noche —respondió arqueando una ceja.

—Graciosa, muy graciosa. Sube —le ordenó Reed, vigilando a todos lados.

—¿Y tú? —frunció el ceño.

—Solo sube y no te preocupes por mí. Entraré por el estudio de Nicolay —la vio fijamente —Ten cuidado, la madera rechina.

Naval trepó el balcón con una agilidad felina, aventurándose a apoyarse entre la enredadera y ramas, saltando sobre la barandilla, pero ante su bruco salto, la madera crujió recordando las advertencia de Reed muy tarde —¡Diablos! —juró por lo bajo, la casa estaba podrida y debía tener cuidado en pisar, aguardó un momento, intentando tener cuidado donde pisaba, tomó aire con fuerza, la adrenalina corriendo por su sistema, aventurándose a dar pasos seguros, abrió la ventana y se deslizó dentro.

Cuando se incorporó se quedó fría al ver en lo que se había convertido esa casa, en especial la habitación de su padre, estaba totalmente destruida, los muebles rotos, las telas finas hechas añicos, el espejo de la cómoda estaba roto, era en realidad una desgracia que esa bella casa con muebles tan finos y acabados costosos terminara saqueado y destruido.

Cruzó la habitación con cuidado, no necesitaba que supieran de su punto de entrada y de escape, su corazón martilleo tan fuerte que podía sentirlo sobre sus oídos, lamió sus labios secos, estaba dentro y su misión era entrar y asegurar a Sami, dar la señal y todos atacarían, pero no era tan fácil cómo creía.

—Estoy dentro —dijo por su comunicador —Estoy en la habitación de Nicolay al otro lado del pasillo.

—Hay luz en la que era tu habitación —le respondió Nolan.

—Entendido.

—Te cuidado.

Caminó de puntillas e intentó abrir la puerta, pero ésta rechino en respuesta, cerró los ojos ante su torpeza, así que levantó la puerta evitando que crujiera y los alertara de su presencia, se mordió la lengua al sentir pasos por su impertinente movimiento, deteniéndose y quedándose paralizada, aguardó unos minutos hasta que los pasos nuevamente se alejaron, limpió el sudor de su frente con el dorso de su mano, estaba nerviosa y estarlo no servía de nada, solamente la confundía y la volvía torpe.

Miró por la ranura de la puerta y logró visualizar el largo y oscuro pasillo de su derecha e izquierda, aventurándose a tomar su arma y apretarla contra su pecho, salió al pasillo, observando para ambos lados, pegada a la pared, siempre manteniendo las reglas que Creed y Sansón le enseñaron, jamás dar la espalda, siguió su camino con el cuerpo tembloroso, temía lo que podía encontrar a lo largo del pasillo, sigilosa, asomó su cabeza por la esquina del pasillo, logrando visualizar a un hombre armado resguardando la que era su habitación, apretó su auricular y mando la señal —Prosigan. Necesito distracción, ahora.

—Proseguimos. Cambio —la voz ronca del receptor dio una seguridad tremenda a Naval, que estaba lista para poder sacar al niño de allí. Reviso su arma y esperó a que el hombre saliera de su posición, siempre cerciorándose de que no se moviera en su dirección.

Frances mandó la señal y sus hombres comenzaron a avanzar sigilosamente en dirección a la mansión rodeándolos, a los hombres que resguardaban las entradas los tomaron desde atrás rompiéndoles el cuello o degollándolos, para luego adentrarse a las profundidades de esa casa llena de fantasmas y oscuridad.

Reed al verla arriba, volvió el rostro hacia los lados cerciorándose de estar libre, entonces su mirada se posó en la ventana, miro una vez más arriba y otra vez a la ventana que tenía enfrente —¿Qué más da? —se dijo, extendió su brazo golpeando la ventana con el codo sin importarle mucho el ruido producido por los cristales al caer a la mullida alfombra, deslizó la mano dentro y abrió la ventana, asomó la cabeza y pudo dar con el despacho de Nicolay. Cómo olvidar de su corta estancia en esa casa, allí había encontrado a una mujer que pudo adentrarse a las profundidades de su alma, de su corazón mismo, dándole una razón más de vivir, ser él mismo por primera vez, cómo olvidar que en ese mismo lugar intentó proteger a Naval de su padre y del veneno de Madeleine,

cómo olvidar que allí se dio cuenta de que la amaba con todas sus fuerzas, que estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Los músculos de su espalda se tensaron ante los recuerdos tan dulces y tan amargos de esa vida, dando un paso más, aseguró su perímetro deslizó su arma comprobando una vez más que estaba cargada y entró en la habitación, respiró profundo y a pasos sigilosos se acercó a la puerta y asomó la cabeza hacia el pasillo visualizando a ocho hombres entre los pasillos y la primera salida a la izquierda, eran muchos para él solo, así que decidió retroceder y pedir refuerzos, necesitaba darle a Naval la oportunidad de una buena distracción para que pudiera ver a Sami y sacarlo.

—¿Cuántos son? —le preguntó una voz detrás de él que lo hizo cerrar los ojos y casi disparar.

—¡Jesús! ¿Dylan qué carajo crees que haces?

—¿Qué? —se encogió de hombros, entrando por la ventana, cruzando el salón y asomando la cabeza por la puerta viendo a los hombres —Estas en tus días acaso.

—Casi. Casi me da un infarto ¿Cómo viniste hasta aquí?

—Frances y Noya están acercándose. Eric me pidió que viniera contigo. Han podido acercarse a la casa, pero hay muchos hombres, según Nolan y Kaal hay varios hombres abajo, son cómo cuarenta y nosotros solo somos veinte.

—Entonces tenemos que distraerlos.

—¡Vaya que plan! Claro idiota, necesitamos que esos hombres vengan hacia nosotros —se bufó Dylan, sacando de su cinturón su arma recargándola — Cuando cuente tres.

—Ok —respondió Reed poniéndose en posición.

—1..2. —Dylan tomó el librero y lo estampó contra el suelo de un momento a otro.

Reed se volvió hacia su amigo con las cejas levantadas sin poder creer lo que su amigo acababa de hacer —Perdiste la cabeza —bramó al ver que los hombres se acercaban a ellos.

—3 —articuló Dylan, tomando un disco y apretando el botón —Corre.

Sí, efectivamente Dylan había perdido por completo la cabeza, al ver el disco explosivo Reed abrió los ojos como platos no hacía falta decirle que era reconocía una bomba cuando la veía, pero jamás pensó que Dylan lo haría —

Enserio te volviste loco —gritó al mismo tiempo que sus piernas reaccionaron, corriendo lo más rápido que podían mientras que los disparos comenzaron en su dirección, lanzándose por la ventana al mismo tiempo en que toda la habitación explotó, ambos cayeron sobre la nieve cubriéndose de los cristales y el fuego que derretía parte del hielo.

—Acaso estas demente —gritó Reed, levantándose.

—Querías una distracción, ya tienes tu distracción.

—Sí, pero no esa.

—Bueno ya nos hacía falta un poco de acción. —Dylan no terminó de hablar cuando una nueva tanda de balas comenzó en su dirección, obligándoles a levantarse y buscar un lugar donde protegerse.

—La casa de seguridad —señaló Reed, disparando y corriendo entre escombros, nieve y los autos hacia la antigua casa de seguridad, al entrar lanzándose al suelo, Reed le propino una patada a la puerta, cerrándola y amortiguando momentáneamente los disparos mientras intentaba buscar una salida —Tenemos que ir por el otro lado. Por el otro lado —le gritó a Dylan.

—Frances —gritó Dylan por su auricular pidiendo ayuda aun en el suelo apegado a la pared protegiéndose de las balas.

Reed con un rictus en la boca, comenzó a disparar, pero de la nada Frances y Noya hicieron su aparición avanzando y disparando, logrando darles tiempo a ese par de salir e ir tras su objetivo —Ahora si. Llama la maldita atención. Dame una de esa bombas —Dylan buscó en su bolsillo y se lo lanzó a la mano a Reed, asintió con la cabeza, apretó el botón y lo lanzó hacia la puerta mientras que ellos dos se pusieron de pie y corrieron por la puerta trasera, necesitaban a todos los hombres de Xavier en su posición, dándoles la oportunidad de reunirse con Frances y Noya, la antigua casa de seguridad explotó llenando parte de la casa de polvo, lengüetas de fuego que iluminaron la que por un instante fue una noche tétrica y solitaria.

Naval sintió cómo el piso se movió ante sus pies, sabía que esa explosión venía directamente del estudio de Nicolay, ya que estaba a una habitación contigua abajo, maldijo la discreción de Reed y sus planes más que descabellados, ya que de seguro era su idea de distracción, dio un paso al frente y la madera crujió —¡Carajo! —maldijo por lo alto, se aproximó una vez más y vio que el hombre que resguardaba a su hijo salía corriendo hacia el otro lado, dio unos cuantos pasos y antes de que pudiera llegar a ese lado del pasillo o

hacer algún movimiento más el suelo de madera se hundió por completo, Naval cayó un piso abajo tan rápido que no le dio tiempo ni de gritar o parpadear, más solo sentir el sonido chirriante de la madera al romperse y el sonido sordo ante la fuerza de su caída.

No supo si se había quedado inconsciente o solo fue el golpe que había logrado aturdirlo, o cuánto tiempo había permanecido allí, adolorida quitó las maderas de su cuerpo y cabeza, percatándose que había caído en la que era la estancia de visitas, trató de levantarse a duras penas, sintiendo su cuerpo pesado logró levantar una rodilla del suelo, pero se detuvo en seco al sentir el frío del metal apretando su nuca.

—**NO.TE.MUEVAS** —le advirtió una voz femenina desde atrás.

Naval intentó poder tomar su arma, pero un disparo amortiguado a centímetros de su cabeza obligándola a gritar y cubrirse automáticamente la cara, la mujer le advirtió claramente que sí lo hacía el siguiente disparo sería para ella sin margen de error —Ten por seguro que la siguiente no estará tan lejos —le dijo caminando y mostrando la cara sin dejar de apuntarle.

Naval elevó el rostro observando a la mujer que tuvo las agallas de disparar —Supongo que tú eres la adorable mujer de Svyatoslav ¿Debería decirte tía? —espetó levantando lentamente las manos.

—Exudas demasiada confianza.

Naval asintió con la cabeza y forzó una sonrisa al ver el rostro de la exuberante morena, pero su sonrisa se borró al recordarla a detalle, fue como si la imagen cobrara vida, cómo una pantalla mostrando el contenido de un casete de alguna película casera, ella fue la mujer que drogó a Reed tres años atrás —Umm. Supongo —dijo mirándola de vuelta —Te conozco —fue más una afirmación que una pregunta.

—Cuando Xavier me dijo que eras linda no supuse que hablaba en serio, aunque esa noche en club parecías solo una más dispuesta a divertirme —se acercó a Naval, levantando su cabello con el cañón de la pistola. A lo que ella reaccionó haciendo a un lado la cabeza para que Keyla no la tocara.

—Ya que tenemos una amigable conversación, te importaría no tocarme —espetó sin nada de humor —Si no compras no toques la mercancía, cariño.

—También dijo que tenías una gran boca y un maldito sentido del sarcasmo —sin previo aviso levantó el arma y la dejó caer en el rostro de Naval, que ante el impulso del golpe cayó de lado paladeando el aroma metálico de su propia

sangre —Una gran y sexy boca.

Lamiendo la herida de su labio partido, se limitó a sacudir la cabeza, riendo sin nada de humor, estaba fastidiándose de verdad —¿Debería sentirme agradecida? Eso es lo más cercano a encomiar. Linda deberías practicar más.

—¿De qué te ríes? —gritó Keyla.

—De lo idiota que eres —la gran explosión que siguió a unos cuantos metros, hizo que Keyla volviera el rostro hacia las lengüetas de fuego que iluminaron el terreno, dándole la oportunidad a Naval de apretar su agarre en la tabla de madera, y con un giro sin darle opciones la golpeo en el rostro. Keyla echó la cabeza hacia atrás por el duro golpe en el rostro, retrocediendo pero no soltó el arma.

Naval se levantó a toda prisa y corrió hacia ella en un intento de quitarle el arma y golpeándola contra la pared mientras que tropezaban contra las maderas y escombros, entre gritos y jadeos por su pelea privada quería que soltará el arma, lográndolo minutos después, sin embargo, Keyla intentó no quedarse atrás levantó un puño impactándolo en el rostro de Naval y haciéndola caer de bruces hacia atrás.

Corrió de nuevo por su arma, tomándola entre sus manos quitó torpemente el seguro y comenzó a disparar, pero Naval fue más rápida que eso, resguardándose de inmediato detrás de los sillones que aún quedaban en la casa.

—¡Perra! Me rompiste la nariz —jadeo Keyla sin dejar de disparar, sin medir que el arma se quedaba rápidamente sin municiones, entonces los disparos cesaron y el grito de frustración que emitió la morena, le dio luz verde a Naval a continuar y darle la paliza que se merecía tanto por haber drogado a Reed tras años atrás y por haber tocado a su pequeño.

Saltó sobre ella tomándola de los brazos y peleando sin miedo a nada —Regla uno de una pelea. Nunca vayas sin más municiones —impactó un gran puño en la nariz de la mujer, haciéndola volverse y caer sobre la mesa de centro —Regla dos. No des la espalda a tu oponente —la tomó del cabello golpeándola contra el suelo y los vidrios rotos —Y regla tres no te metas con una madre furiosa —la levantó de un solo tirón golpeándole el abdomen, lanzándola hacia adelante para levantar la rodilla e impactarlo en el rostro de la morena lanzándola contra la pared en una brutal golpiza y cayendo al suelo.

—¡Levántate, perra! —bramó Naval en busca de más.

Keyla intentó no moverse demasiado así que tomó un pedazo de vidrio del

suelo se levantó y lo blandió como defensa cortando en el proceso el brazo izquierdo de Naval —Ya no eres muy parlanchina ¿Cierto? —escupió al suelo la sangre producida por los golpes.

Blandió el arma obligándola a retroceder y saltar hacia atrás, dándole el tiempo a Keyla de correr hacia ella y tomarla del cuello mientras que con la otra mano intentaba apuñalarla con el pedazo de vidrio.

Naval sujetó con fuerza la mano que intentaba asfixiarla, mientras que con la otra quería quitar de su alcance otro corte mortal —Te comió la lengua el gato — se mofó Keyla.

—¡NO! Pero veo que eres una maldita idiota y te apesta la boca —bramó intentando no dejarse vencer, pero el vidrio logró hacer un corte debajo del ojo izquierdo de Naval, pero su oponente quería más.

—Veremos si unos cortes más arreglan tu bonito rostro —exclamó, acercándose más a su rostro lista para cortar, pero el sonido de un estruendo hizo que los ojos de Keyla se abrieran como platos.

Naval sintió que la mano que se aferró con fuerza de su cuello comenzó a soltarse lentamente dejándola respirar, bajó la mirada y vio la sangre emanar del cuerpo de Keyla manchando su ropa, el disparo había traspasado y por poco a ella también si no fuese por el chaleco que Reed la obligó a usar.

Con la respiración entrecortada, las fosas nasales dilatadas, empujó el cuerpo de Keyla a un lado, retrocedió y levantó la vista, viendo a su padre detrás del humo que emana el cañón de su arma que aún mantenía en alto.

—¡Papá! —musitó contenta no solo de verlo sino de haber salvado su inepto trasero al dejar que una perra como esa intentase matarla.

Su padre se acercó a ella y le tendió la mano —Se supone que irías con Samuel y no estar jugando con la tipa —espetó su padre con el ceño fruncido y masticando su goma de mascar.

Naval le señaló con el pulgar hacia arriba —Bueno. Lo hacía hasta que caí cuatro metros hacia abajo por culpa de la explosión.

Trent se acercó a la puerta observando a otros hombres entrar —Rápido. Hay más hombres entrando aquí, Kaal los está haciendo retroceder pero son demasiados.

Naval se recompuso siguiendo a su padre hacia la salida, y antes de dejar la habitación Nolan levantó una vez más su arma y no dudo en darle un disparo

más al cuerpo de Keyla cómo si estar allí fuese pan comido, Naval dio un respingo al ver a su padre rematar a la mujer, arqueó las cejas y abrió la boca — ¿Qué eres? Anthony Hopkins en Malas Compañías ¡Ya estaba muerta!

—Por si trata de levantarse —se encogió de hombros dejando explotar la bomba de chicle en su boca.

—Chicos, están viniendo hacia acá —rugió Trent, recargando sus armas y disparando dándoles oportunidad de salir de allí, pero Naval tuvo una mejor idea, levantó la vista y apreció el gran agujero por el que había caído minutos atrás —Subamos. Podremos hacerlo —les dijo.

Nolan frunció el ceño y su mirada bailó de su hija al agujero del techo — ¿Quién me crees que soy? ¿El hombre araña? Tengo casi sesenta.

—No los tienes, tienes cincuenta y ocho. Y si dejaras de comer tantos chocolates y pasteles podrías hacerlo —apretó su auricular y pidió ayuda — Necesitamos distracción, estamos atrapados en el vestíbulo del primer piso, tres habitaciones del despacho de Nicolay.

—Entendido —dijo la voz de Kaal —Voy para allá.

—Trent ayúdame —le pidió, pero la mano de su padre asió con fuerza su brazo intentando detenerla, Naval bajó la mirada hacia su agarre y frunció el ceño —Me apegaré al plan, no te preocupes papá.

Nolan en respuesta apretó la mandíbula y asintiendo con la cabeza dejándola ir, Trent se acercó uniendo sus manos sobre sus rodillas ayudándole a impulsarse hacia arriba, logrando trepar y subir en un solo salto a la segunda planta, Naval se incorporó y vio el pasillo que daba a su antigua habitación, además del gran agujero que los separaba de la única salida, miró hacia abajo y supo que hacer, supo lo que tenía que hacer —Papá, necesitaré que tomes a Sami por mí —a grandes zancadas cruzó el pasillo, mientras que entre las formas de la oscuridad, entre las llamas del fuego que iba clamando más, logró ver la silueta de un hombre alto y corpulento tomando forma en el tenue fuego, con los brazos cruzados sobre su pecho al verla caminar hacia él tan solo ladeo la boca en una sonrisa, esa pequeña chica no era oponente para él y se lo dejó saber en el primer momento en que tuvo la oportunidad —Pequeña, te has equivocado, yo que tu daría la media vuelta y regresaría por donde viniste si quieres vivir —dio unos pasos hacia adelante, dispuesto a divertirse con Naval, dispuesto a no permitirle u a victoria por ser una mujer.

Negando con la cabeza farfulló para ella misma —Por qué me tocan siempre



grandes —se acercó sin hacer ningún movimiento brusco, al estar frente a frente se encogió de hombros, levantó un puño y lo estampó en la tráquea de su oponente, el movimiento fue tan rápido, que el pobre hombre llevó ambas manos hacia su garganta intentando buscar aire, intentando respirar.

—Nunca subestimes a una chica. Y menos por su estatura —dicho eso, Naval levantó la pierna, empujándolo con fuerza por la ventana, viendo como el cuerpo casi inerte cayó sin emitir grito alguno, se volvió sobre sus talones hacia la puerta de su antigua habitación, tomó la perilla entre sus manos intentando abrir la puerta pero no pudo, estaba con llave —¡Maldición! —rugió desesperada, tomó su arma pero se detuvo, era demasiado arriesgado disparar ya que una bala podría alcanzar a Sami, enfadada y lista para abrazar a su pequeño levantó la pierna y le propinó una patada letal a la puerta abriéndola de par en par.

Miró por toda la habitación iluminada por las lengüetas de fuego del exterior, encontrando un pequeño bulto ocultó en un rincón, cruzó la habitación a grandes zancadas llamando a su hijo —Sami, Samuel —se acercó al rincón de la cama, tomándolo entre sus brazos y auscultándole con la mirada, estaba pálido y temblando, sus pequeños dientecitos castañeaban por el frío y el miedo. — Cariño. Bebé. Soy mami, mami está aquí. Vine por ti cariño.

El pequeño al ver a su madre, sollozó y se colgó de su cuello tan fuerte cómo sus fuerzas se lo permitía —Mami. Mamita.

—Está bien cariño, todo está bien. Estás frío —acarició sus bracitos de arriba hacia abajo intentando darle un poco de calor, pero era imposible. Miró su chaleco, desajusto las correas quitándoselo —Cariño, te pondré esto —Sami tan solo asintió con su pequeña cabecita, dejando que su madre lo abrigara y protegiera de posibles ataques, mientras que su nerviosismo por estar allí demasiado tiempo lograba volver torpes sus movimientos.

Levantó a Sami en sus brazos apretándolo contra sí mientras que su otra mano sujetaba con fuerza su Glock Dorada saliendo de la habitación, por un instante le pareció que fue fácil, pero aun así miró a todos lados y se adentró al agujero, llamando a su padre —Papá. papá.

—Aquí estoy, aquí estoy —sus ojos brillaron al ver a su pequeño nieto.

—Voy a bajarlo —dijo depositando a su pequeño en el suelo, mordió su labio inferior al ver a su niño con los rizos duros, sus mejillas rojas y sus ojos llorosos, además del pequeño corte que no pasó desapercibido de su pequeña mano —Te bajaré con el abuelo —decidió.

—No, mami quiero ir contigo. Quiero ir contigo.

—Cariño, no puedes. Tiene que ir con el abuelo, yo debo ir con tu padre —le explicó besando su frente y bajándolo a los brazos de su abuelo, por un instante al ver a su padre abrazar a su pequeño con fuerza, supo que haría un gran trabajo protegiendo a Sami en un futuro, velando por su seguridad si a ellos les pasaba algo, sonrió, necesitaba terminar lo que no pudo finalizar en el club.

Nolan elevó la vista y al verla a ella sonreír y titubear vio lo inevitable — Naval. Baja.

Por un momento iba a obedecer la orden de su padre, pero se detuvo en seco disculpándose por lo que iba a hacer —Lo siento, papá. Pero no puedo.

—Naval. cariño, por favor, baja. Tu lugar está al lado de Sami.

—Debo matar a Xavier. Debo hacerlo.

—¡No Naval!. Reed se encargara de ello, Frances, Noya y Kaal lo harán. Tú ven aquí y vete con Sami ese era el plan —bramó enfurecido por el repentino cambio de planes que su hija proponía —¡Sigue el maldito plan!

—No papá. Tú harás esa parte. Vete con Trent y ponlo a salvo, escuchaste Trent, llévatelos y ponlos a salvo.

—¡Naval, no! ¡Naval! —gritó su padre —**¡OBEDECE CARAJO!**

Negando arduamente con la cabeza, se irguió e intentó no llorar, retrocediendo —Los amo, te amo Sami —masculló por su debilidad, ya que separarse una vez más de su hijo era tan doloroso, incluso más doloroso que un disparo y ella sabía a la perfección como era esa sensación de ardor. Apretando la mandíbula, examinó el tamaño del agujero, corrió hacia la ventana y midió la distancia, asintió con la cabeza aceptando que lograría atravesarlo, y sin perder mucho más tiempo en pensar en las posibilidades de fallar y caer, corrió a todo lo que sus piernas se lo permitieron, saltando el gran abismo que había no solo en la habitación, sino saltando al abismo que ella misma había formado en su relación con Reed.

Cayendo de rodillas, se incorporó y comenzó a disparar a todo aquel que no fuese de su equipo y así poder encontrarse con Reed, tenía que terminar lo que había empezado años atrás y no le daría el poder a Xavier de asustarla, de forzarla a vivir una vez más con miedo, vivir en el pasado, vivir aún bajo el poder de los Siete Pecados.

Los incesantes disparos en su dirección la obligaron a apegarse a la pared, ya

que la tanda de balas no dejaba que diera un paso más, con una última y profunda inhalación, cargó sus armas emitió un grito y se lanzó al suelo disparando repetidas veces, matando a cuanto sujeto se atravesaba en su camino.

Xavier intentó encender su cigarrillo con manos temblorosas, pero el dolor y sangrado de la mano le impedía hacer algo más que quejarse y maldecirla por haberlo herido, los disparos y los gritos solo significaban una cosa, ella estaba allí y esta vez quería su cabeza, la obtendría si es que él no luchaba para impedirlo. Lo supo al verla en el club, Naval venía por su hijo y no se rendiría, pero no era lo único que pretendía hacer, ella quería acabar también con su vida, estaba muy seguro de ello, maldiciéndose en voz alta por su torpeza al intentar encender el cigarrillo se rindió, pero no dejaría que esa pequeña perra lograra vencerlo, no dejaría que tomase el control de su vida, así que tuvo una mejor opción, darle a su hijo, pero no vivo.

Tomó su arma y salió de la seguridad de su Aston Martin, nadie le quitaría el privilegio de matarla, nadie le quitaría el privilegio de verla sufrir y suplicar, cerró la puerta sin delicadeza y caminó por los campos de grava y nieve, disparando a todo aquel que intentara interponerse en su camino y su meta, mataría a todos, incluso a Svyatoslav con tal de no perder esa última batalla.

Eric cambió sus cargadores por otro, con un rictus en la boca lograba matar a cuanto quisiera detenerlo, necesitaba abrirse paso para sacar a Nolan del lugar y sacar al niño a salvo —Tenemos al pequeño —bramó sobre la lluvia de explosiones y gritos.

Creed había logrado entrar a los túneles y reducir a la gente de Falcón, pero al pisar el interior de esa casa no pudo evitar recordar a detalle su vida allí, recordar a Naval dispuesta a amarlo, dispuesta a escapar por él, aquella casa que tenía tanto que mostrar y nada de ofrecer. Por un instante perdió la noción del tiempo, mientras que las balas y los gritos lo empujaron de su ensimismo, sacándolo de esos recuerdos que marcaron su vida miserablemente, tomó su arma y comenzó a disparar, propinándole un puñetazo a cualquiera que intentara atacarlo por la espalda, estaba listo, listo para encontrar a Xavier o Svyatoslav y matarlos, cumplir el plan y salir antes que todo saliera de sus manos y las autoridades rodearan el lugar.

Fue cuestión de minutos, minutos que parecieron horas cuando comenzó la fiesta entre metal, agua, madera y sangre, avanzando con sus hombres al punto de encuentro manteniendo el campo libre, pero se detuvo al ver a Xavier cruzar a grandes zancadas las puertas de la Residencia, pasando entre balas y escombros,

entre gritos y estruendos, con la respiración entrecortada los músculos de su espalda se tensaron al verlo, levantó su arma listo para disparar, listo para vengar la muerte de Nicolay y poner fin a ese imperio de terror y miedo, poner fin a su maldad y obsesión, cuanto deseaba poder matarlo, verlo sufrir y suplicar por una muerte rápida y no agonizante, ya que él fue el causante de que su amor se marchitara, que su vida cambiara drásticamente por su culpa empujó a Naval fuera de su vida, sin pensarlo dos veces su dedo no titubeó a la hora de poder jalar el gatillo, pero la voz que pedía ayuda por su auricular lo detuvo, no había nadie libre que pudiera sacarlos de allí y Naval con niño era su prioridad, tenía la oportunidad perdiéndolo de vista perdiendo la oportunidad, se maldijo por no poder hacerlo, se maldijo por jalar el gatillo y perderlo de vista, retrocedió y fue al encuentro de Eric, saltando entre cuerpos escombros y balas, pudo localizar a ese fiel confidente, ambos al verse asintieron con la cabeza y continuaron avanzando cubriéndose las espaldas.

—Tenemos pocos minutos. Debemos acabar con esto ya —ordenó Eric.

—Hay que reunir al equipo —Creed gritó sobre el ruido de las balas.

La voz de Naval en el audífono de Reed solo logró ponerlo más nervioso y ansioso por llegar, necesitaban darle paso desde la estancia de la planta baja y lo más antes posible. Abriéndose camino entre disparos y cuerpos, pudieron ir a la habitación encontrando no solo casquillos y madera en el suelo, corrieron por los pasillos de la casa intentando llegar lo más rápido al punto sugerido, pero cuando Reed levantó la vista y vio a Nolan con el niño en brazos y Trent cubriéndoles no pudo evitar preocuparse y preguntar al llegar a ellos. —¿Naval?

Nolan en respuesta negó con la cabeza —Tenemos que salir ya de aquí.

—Naval —preguntó una vez más en un tono hosco.

—Ella estará bien —respondió Dylan apretando su hombro para poder tranquilizarlo y avisando al equipo que ya podían matar a Scott y Kapot —Tenemos al niño. Repito, Tenemos al niño a salvo.

Abriéndose paso entre sus atacantes, los disparos simultáneos les daban el chance de abrirle paso y cubrir a Nolan, Reed al ver a su hijo tragó saliva, acariciando su pequeña cabecita, supo que necesitaba sacarlo lo más pronto de allí —Samuel. Samuel —le llamó, pero el niño tenía los ojitos cerrados y el dedo pulgar en la boca, mientras que su cabecita reposaba en el hombro de su abuelo.

—Está cansado, hambriento y quiere a su madre.

—Sí, lo sé. Los sacaré de aquí —espetó formando un escudo con Dylan y

Trent, protegiéndolos, sintiendo la conocida subida de adrenalina, aquella que le permitía salir vivo de situaciones de riesgo, pero esta vez se enfrentaba a la muerte, arriesgando no solo su vida, sino la de sus amigos y de su pequeño.

Disparando a matar, cayeron dos, luego tres y al final cuatro hombres, las balas impactaban por encima de sus cabezas, pero nada le impediría a Reed Fletcher sacar a su hijo de esa casa con vida, sano y salvo —Nolan, no te separes —gritó por encima de los estruendosos impactos.

Nolan tenía al niño contra su pecho y con la otra mano libre disparaba a cualquiera que quisiera herirlo —Estoy quedándome si balas.

—¡Maldición! —masculló Reed, intentando cargar su arma con manos temblorosas, ya que Trent y Dylan estaban quedándose sin municiones.

—Buen humor por los visto —exclamó Creed sonriéndole por primera vez, uniéndose a ellos junto a Sansón y Eric cubriéndoles.

—Solo quiero matar a estos desgraciados, sacar de aquí a mi hijo y que todo termine.

—Recuerda que debemos matar a Xavier y Svyatoslav, es la única manera de que Naval y Sam estén a salvo —le recordó el plan.

Cómo poder olvidarlo sí en el bolsillo de su pantalón resguardaba el anillo que sería para ella, el anillo que siempre fue destinado para ella —*Siempre mía* —exclamó para sus adentros, imaginando a detalle cómo se vería ese anillo en la mano delicada de Naval, levantó sus dos armas, disparando hacia adelante junto al equipo, cubriéndose las espaldas sin dejar que nadie rompiera el firme muro que habían hecho para su pequeño, siendo una lluvia de balas, agua, madera, concreto y hombres cayendo por doquier, la testosterona tan alta podía incluso distinguirse en el aire.

Reed volvió el rostro hacia su pequeño y su suegro, necesitaban espacio para sacarlos de allí, necesitaba toda sus fuerza para poder lograrlo —Nolan, llévate a Samuel de aquí. El Lamborghini esta colina arriba y sácalo de aquí. Pronto. Nosotros los alcanzaremos —gritó por encima de los disparos, dándole la llave del auto.

—Apresúrense, no quiero criar a mi nieto yo solo —exclamó en respuesta tomando las llaves y yendo colina arriba.

El equipo había creado una pequeña ventana de segundos dándole la oportunidad de escapar y así poder poner a salvo al pequeño. A Nolan no le tomó

mucho tiempo encontrar el auto, siempre vigilante y volviendo el rostro cerciorándose que nadie le seguía logró mantener el control y poner a salvo la vida de su nieto, abrió la puerta, colocó a Samuel en el asiento, asegurándole con el cinturón de seguridad.

—Tranquilo campeón, iremos a casa —mantuvo la calma, mientras que un sudor frío cubrió su frente, nada bueno podría traer una guerra y menos siendo una guerra contra el narcotráfico colombiano y sobre todo una guerra con el mismo diablo, Svyatoslav Kapot.

—¡Abuelo! —sollozó Sami —Quiero a mami.

—Tranquilo. Sh. Tranquilo.

—Pero quiero a mami.

—La veras pronto. La veras pronto. Iremos por helado y de allí esperaremos a mamá y papá en casa.

—Yo no lo creo —espetó una voz femenina detrás de él.

Nolan abrió los ojos como platos, quedando paralizado desde la cabeza a los pies, incluso le dio miedo volverse y ver a la cara a esa persona, volviéndose lentamente hacia la voz, frunció el ceño al ver el cañón del arma a solo unos centímetros de él.

Negó con la cabeza, sin dar crédito a lo que veía en esos momentos, o más bien a quien veía delante de él —¿¡Tú!? No debería sorprenderme ¿No? Pero la pregunta del millón es ¿Por qué? —sin darle chance a decir algo más, un disparo retumbo en el silencio del valle, asustando no solo a los pequeños animales y aves del lugar impulsándolos a volar en busca de refugio, sino sintiendo a lo lejos el grito del pequeño.

Nolan ante el disparo se golpeó el rostro contra la puerta del auto, cayendo en la fría cama de nieve que amortiguó no solo su caída, sino también tiñéndola de rojo lentamente.

—¡Mami! —chilló Samuel al ver a su abuelo caer, pero también al sentir el doloroso agarre sobre su pequeño bracito, arrancándolo de la comfortable seguridad del auto.

## Capítulo 28

### LET ME OUT

Reed dejó caer sus armas al suelo, las municiones se le estaban acabando así que no le quedó más remedio que usar una vez más su rifle, ajustando la correa sobre su hombro, comenzó a disparar y recargar, su frente perlada de sudor, sus labios fruncidos en una línea recta, sus ojos fijos en el objetivo, su mente solo podía reproducir imágenes de las únicas dos personas más importantes en su vida, su pequeño Samuel y sobre todo en aquella mujer que estaba volviéndolo loco, Naval, *su Naval*.

Las luces parpadeantes, el corazón a punto de estallar, los cinco hombres que lo acompañaban no dejaban de recargar, disparar y matar. Debían terminar lo que se había empezado, debían acabar con la vida de esos dos hombres que clamaban la vida de un ser inocente, recargando su rifle una vez más, limpió el sudor de la parte superior de su labio con el dorso de la mano, pidiendo aunque sea una sola señal de ella, necesitaba saber que ella estaba bien —Vamos Naval dame una señal —habló por el auricular, pero una extraña interferencia impedía su comunicación, tanto con Nolan como con el resto del equipo.

Suplicó al cielo por una señal divina que le mostrara su ubicación, una confirmación de que su hijo estaba lejos y a salvo, sorprendiéndose tanto al encontrarse en un situación tan parecida a la de hace tres años atrás obligando a su cuerpo a temblar de manera inesperada. Reed estaba cansado, asustado y deseaba encontrarla de manera desesperada, su expresión se dividía entre la preocupación y el alivio, haciendo sus facciones más duras de lo usual haciéndole más atractivo aún.

—Tenemos que retroceder —gritó Sansón —Son muchos. Kaal, Noya y Frances están haciendo lo posible para abrirnos camino allá afuera. Pero estamos incomunicados con el equipo y eso nos pone a la deriva.

—No me iré sin Naval —espetó Reed, lanzándole una mirada centellante ante la sola sugerencia de salir de allí sin ella.

—No podemos irnos, necesitamos matar a Xavier y Svyatoslav, sino lo hacemos, ellos volverán —gritó Dylan recargando su arma y volviendo a disparar.

—Rompan fila —gritó Creed yendo hacia un extremo, Dylan, Eric y Trent yendo hacia la derecha y, Sansón y Reed cubriéndose las espaldas.

Esos seis hombres estaban cansados, sudorosos, imparables ante la lluvia de balas con el estruendoso sonido de estas chocando no solo con concreto, madera y cristal, la testosterona corriendo por el ambiente, intentando no solo salir con vida, sino deseando que la gente de Xavier retrocediera, las tuberías de agua colapsando y empapándoles, el frío ya no era problema con la adrenalina a un 100 %.

En ese instante Reed sintió miedo por lo que podría suceder, no quería regresar a ese fatídico momento hace tres años, el momento en que la perdió, el momento en que perdió a su familia, el momento en que él mismo perdió la vida al no luchar por ella. —Cubran el área —gritó para que se movieran por el lugar —Necesitamos encontrar primero a Naval. No me iré sin ella.

—Ella estaba bien. Estaba bien —recalcó Trent —Ella estaba bien cuando la dejamos.

Sansón intentó recargar su arma lo más rápido posible, descuidando su espalda sin darse cuenta que un arma estaba recargándose, dispuesta a darle un tiro en la cabeza, de la nada Trent se volvió y vio a su hermano a solo segundos de morir, tomó su arma y disparó, la bala pasó rozando el oído de Sansón produciéndole un pequeño rasguño, aunque salvándole la vida.

—Cuida tu espalda, viejo —espetó a su hermano a la distancia, previniéndole.

Sansón llevó su mano libre hacia su oído notando el pequeño rastro de sangre manchando su mano, volvió el rostro, viendo el cuerpo del supuesto asesino —Gracias, Trent. No lo vi —dijo con la respiración entrecortada y los ojos tan abiertos como dos faroles en plena oscuridad.

—Lección uno. Nunca des la espalda ¿Recuerdas? Me lo enseñaste, nos lo enseñaste.

—Sí, solo qué. —sonrió al ver a su hermano —Te cubro.

—Sí, viejo me estoy quedando sin municiones —dijo cambiando por otros cargadores y lanzando los vacíos, intentando ver cuántos hombres quedaban en su dirección, estaban atrapados.

Naval pegó la espalda hacia la pared sosteniendo su arma con fuerza sobre su pecho, hace minutos que no lograba escuchar ni una sola palabra por su



comunicador, desesperada por no poder comunicarse con su padre y no saber nada de su pequeño optó por quitarse el pequeño audífono y lanzarlo al suelo, ese silencio solo lograba ponerla nerviosa y enfureciéndola más. Tomando un respiro, salió de su escondite, moviéndose como una pantera, logró evadir los disparos, acercare a su atacante, golpeándolo con un fuerte derechazo y una patada poderosa en la entrepierna, no entendía cómo es que por casi tres años esa casa le parecía mucho más inmensa de cuando vivía allí, verla caerse a pedazos lograba no solo expandir el terreno, sino que le daba una imagen más tétrica y opaca, algo que solo lograba ponerla más nerviosa y ansiosa de terminar con esa guerra.

De la nada uno de los hombres de Xavier la atacó, Naval se volvió, evitando el golpe de manera rápida y evadiendo un puñetazo letal que se encontró con los paneles de yeso y madera dejando un hueco en la pared. Naval vio el hueco y el rostro del hombre, sorprendida por su rapidez, tomó la mano del sujeto, jalándolo en su dirección propinándole un rodillazo en el estómago, dejándolo sin aire, tomó al hombre de su camiseta, dándole un puñetazo mortal, incluso para ella.

Reed levantó la mirada, encontrándola en el pasillo de la segunda planta, sonrió como un bobo al verla allí, pelear a puños con un hombre y sobre todo esas patadas matadoras, era la mujer perfecta, siempre fue perfecta para él.

Sintiéndose observada, volvió el rostro y sus miradas chocaron, estaba tan guapo con esa sonrisa boba que colgaba de esos labios matadores que ansiaba no solo besar, devolviéndole la sonrisa llevó dos dedos hacia la frente dándole un saludo de victoria, pero en su distracción se llevó un puñetazo en el rostro de uno de los hombres.

—¡Naval! —gritó Reed al verla retroceder y caer, estaba listo a ir por ella, matar *al hijo de puta* que había osado a tocarla, pero un puño se apoderó de su chaleco jalándolo hacia un lado.

—¡Bomba! —gritó alguien, entonces vio a Creed a los ojos, había sido él quien le había jalado en su dirección hacia un lugar seguro y salvándole la vida, ya que él también lanzó la bomba para matar a un grupo y poder así terminar con los pocos hombres que quedaban en esa área. Levantó la mirada y asintió con la cabeza en manera de agradecimiento, necesitaba tener cuidado, pero de solo verla a ella, su mundo dejaba de girar.

—Espero que no se haga un hábito tuyo —insinuó Creed.

—¿De qué?

—Salvarte ese trasero inepto.

—Sé que te agrada mi trasero inepto.

—Más bien dirás que ella ama tu trasero inepto —la señaló con la cabeza.

Reed levantó la mirada, dando una media sonrisa al verla pelear allá arriba —Ya lo creo. Ya lo creo, Reed.

Xavier logrando escabullirse, oculto entre pasillos y paredes, no quería irse así por así, había visto cómo todo se iba al garete hace tres años y no permitiría que otra vez lo dejaran a la quiebra y sin nada, habían arruinado sus pedidos en el club, habían arruinado todo su equipo, habían dejado que la policía ingresara y de seguro comenzarían a incautar toda la mercancía que valía millones y ese club, ese club que tanto le había costado formar, negocios que desaparecerían con el paso de los días —¡No! No me iré —se dijo a sí mismo convencido de poder ganar una segunda vez, decidido en regresar por su premio o más bien revancha, no deseaba darle a Naval la oportunidad de vivir su cuento de hadas, y sobre todo no permitiría que Reed Fletcher viviera, pasando entre la lluvia de balas, concreto, fuego, explosivos y cuerpos volando por el aire, no dudo ni por un segundo en sentirse invencible, sentirse con la fuerza, poder y determinación en terminar el trabajo que debió haber hecho años atrás.

Naval se limpió con el dorso de la mano el labio ensangrentado por el golpe, lamiendo la herida y saboreando su propia sangre —Juguemos entonces— rezongó llamando con sus manos, el hombre dispuesto a golpearla por segunda vez se acercó a ella, pero Naval cansada de sus juegos, se mantuvo firme y cuadró sus hombros, de la nada lanzó un sorprendente puño sobre su tráquea dejándolo sin aire, deslizó su arma y le disparó en la cabeza sin remordimiento alguno, estaba cansada de jugar y se dio un momento para ver el cuerpo inerte del sujeto rodar por las escaleras, comprobó su arma, aún tenía balas y necesitaba ya salir de allí e ir con el hombre que no solo robó su aliento con una mirada, sino que le robó el alma y el corazón años atrás.

De pie en medio de una lluvia de balas, estaba con el ceño fruncido y las gotas de agua cayendo de sus cabellos, escurriéndose por su mandíbula cada vez que se movía, imponente con su rifle en mano. Naval sintió una tranquilidad que le hizo respirar hondo y sin dolor, sintió lo que muchas veces negó y quería un final distinto — “Lo amo” — se dijo a sí misma, despertando de su ensueño, vio a Creed gritarle desde abajo que se agachara, pero Reed solo tenía ojos para ella.

Recordó entonces lo que paso hace tres años atrás, la misma situación, la misma escena, sonrió como una tonta —Reed. —saltó desde la barandilla y

comenzó a disparar al pasillo lateral que daba a la cocina y las habitaciones que eran del servicio, necesitaba acercarse a él.

Reed no podía controlarse, tenía, necesitaba cerciorarse que ella estaba bien, saltó la muralla de escombros y la vio a la distancia, guardó en su cinturilla el arma que adoraba en silencio por incontables noches, ya que cuando lo dejó hace tres años grabó su nombre recordándole que no luchó por ella lo suficiente, no luchó por ella en lo más mínimo, aspiró una profunda bocanada de aire y atravesó la sala, sus botas de combate hicieron un ruido sordo contra el suelo, dejó caer su rifle al suelo de un solo movimiento, dio unos pasos hacia adelante, hasta que no pudo más, quería tenerla entre sus brazos.

Distanciados por unos metros, Naval tenía una sonrisa de ensueño pero se borró de su rostro al ver a Xavier a unos metros detrás de Reed con un arma apuntándole, pero esta vez la mira iba directo a la cabeza —¡No! Otra vez no, no lo permitiré — supo que él no se iría sin arrebatarle todo y esta vez tenía opción, la opción de salvarlo y poder matar a Xavier —¡NO! ¡REED NO! —sentenció, gritando y haciéndole señas con la mano.

—¡NAVAL!

—¡REED! —gritaron al unisonó.

Las manecillas del reloj antiguo del vestíbulo se movieron, la reliquia de los Kapot que para suerte se mantenía intacta hizo retumbar su peculiar tono marcando medianoche en doce campanadas, removiendo el polvo y las motas de nieve de sus manecillas. Ambos corrieron para reencontrarse, teniendo un objetivo, salvarse mutuamente, las balas seguían su curso sin herirlos, sus pisadas revotaban junto al agua dejando huellas y levantando gotas, sus cuerpos al encontrarse colisionaron en un sonido sordo y el miedo desapareció, con un movimiento rápido él la sujetó con fuerza de la cintura levantándola en el aire con una sola mano, al mismo tiempo que sacaba el arma de Naval de su cinturilla y ella deslizó el arma de Reed apretándola con fuerza entre sus dedos, la historia no se repetiría, tenían la opción de cambiarlo todo.

Sintiéndose feliz de tenerla entre sus brazos, extasiado de poder sentir ese cuerpo que lo enloquecía, acercó sus labios a los de su joven amante, robándole en ese momento un beso apasionado, al cual Naval no se pudo resistir y saborear.

—Feliz Navidad. Son las doce, amor —susurró, lamiendo sus labios, sintiendo ese sabor inconfundible a fresas, brisa fresca, pero también girando el cuerpo de Naval hacia atrás, cubriéndola con su cuerpo pero esta vez al lado opuesto de Xavier, no dejaría que nadie se la arrebatara por segunda vez,

lucharían, ambos lucharían, levantaron sus armas con el dedo en el gatillo, disparando al mismo objetivo y cerciorándose que la bala tomara el curso correcto.

Xavier recibió un impacto directo en medio de las cejas y otro directo en el corazón, abrió los ojos ante el explosivo sonido, soltó su arma y su cuerpo cayó hacia atrás en un sonido sordo entre los disparos y gritos.

—Veo que aún me amas. Dispuesta a dar tu vida por segunda vez —sonrió de manera socarrona, le encantaba ver a esa Naval hecha fiera, aunque no le gusto para nada ver su labio partido, la sien rota, un corte debajo de su ojo, aunque su sangre era deliciosa, deseaba besarla y hacerle el amor justo allí mismo, era como un adolescente descontrolado por sus hormonas, nunca tendría lo suficiente de Naval, siempre seria suya.

—Solo protejo al padre de mi hijo, eso es todo. Ya que acaba de entrar a su vida, no quiero que se despida de él en un ataúd —forzó una sonrisa y le dio tiempo para que la soltara, resbalando por su pecho hasta tocar el suelo con sus pies, y regresar a la realidad, la cruda y triste realidad.

Ante su respuesta se limitó a sacudir la cabeza, riendo —Pero tu beso dijo lo contrario —sonrió de manera seductora, arqueando las cejas y comiéndola con la mirada —Dispuesta a darme todo como siempre.

—En mi vida he probado un beso bueno viniendo de ti, así que deja de alucinar y regresa a la tierra, cariño —empujó su arma hacia su pecho, y pidiendo que le devolviera la suya, para luego así intentar alejarse, pero Reed no se lo permitió, asió su muñeca atrayéndola a su cuerpo duro, excitado ante su aroma y su manera fiera de defenderse del deseo, besándola de manera brusca, reclamando el dulce sabor de su boca, ella trató de resistirse al beso, pero Reed la presionó aún más con fuerza, quería que sintiera su excitación algo que solo ella lograba.

—Estoy empezando a lamentar decirte nada —cerró los ojos y respiró profundo.

—¿Decirme? Pero si con tus meros actos ya sueles decirme todo lo que necesito, Naval —la expresión de Reed se iluminó con adoración esos labios.

—¿Qué quieres de mi ahora? —le preguntó ella.

—Sé que es difícil, puede que haya sido un desastre en el pasado, pero ahora no Naval. Quiero que tomes el lugar que te pertenece en mi vida. Por siempre—presionó sus labios, reclamándolos con hambre, mientras que sus manos

subieron por sus brazos, hasta el cuello y tomando su rostro con delicadeza.

El silencio, antes podía estremecerlos pero en ese instante los tranquilizó, Creed, Eric, Dylan, Trent y Sansón se levantaron de sus posiciones, cansados y magullados por la pelea, agradecieron al cielo la intervención del grupo ya que se habían quedado sin municiones y más al ver a Frances, Noya y Kaal entrar con su equipo, pudieron respirar.

Trent negó con la cabeza y recibió una palmada en la espalda de su hermano. Dylan se llevó ambas manos hacia los cabellos despeinándolos, estaba agradecido de estar a salvo y sin ninguna herida. Creed se mordió el labio al ver a ese par de tortolos besándose en pleno campo de batalla, Frances y Noya sonrieron al ver a todos tomándose un respiro, y por último Kaal tan solo resopló llevándose una mano hacia el hombro, ya que en la lucha lo apuñalaron de una bonita manera, según él.

Separándose ante la llegada de sus amigos, ella le lanzó una mirada intensa y con un particular destello que Reed no pudo interpretar, quizás era ira o pasión, amor o solo odio, pero la Naval que había besado era la misma de hace tres años, dispuesta a dar todo por amor, dispuesta a sacrificarse por él, nuevamente, y estaba más que decidido a que ella ocupase un lugar permanente en su vida — Ves. No te resistes a mis besos.

Acercándose a él con los ojos fijos en su boca, no dudo en responder —Eres un engreído como siempre, un arrogante y presuntuoso. Un. un.

—Dime todo lo que quieras, sé que me quieres primor. —le sonrió mostrando sus dientes blancos y perfectos, dejando el arma de Naval colgada entre sus dedo índice.

Tomándola de regreso, frunció la boca en un gesto hosco detestaba sentirse de esa manera por él, sentir que se derretía por un beso suyo, sentirse a la deriva por una íntima caricia —Estás equivocado si pretendes que crea.

—¿Qué creas que? —preguntó con los ojos clavados en ella.

—Eso. Eso —lo señaló.

—¿Eso qué? —entrecerró los ojos.

—Basta ya. Eso que siempre haces.

—¿Hacer qué? —se encogió de hombros riéndose de su muy mal humor.

—Exasperarme. Hacerme confundir.

Noya negó con la cabeza al verlos discutir, pasó de lado al ver el cuerpo de Xavier, pateando su mano y a cerciorándose que estuviese muerto, levantó el rostro y vio a sus amigos estaban vivos, cansados, sanos y algunos magullados.

—Vamos Naval. Solo, quiero pedirte —se pellizcó el puente de nariz y cerró los ojos con fuerza, no sabía cómo decirle lo que tenía en mente, y no estaba seguro de que ese momento fuera el idóneo, así que optó por cambiar de tema — En realidad debemos encontrar a Svyatoslav, no se rendirá. Él jamás se rendirá —le respondió, levantando la mano y acariciando la mejilla lastimada de su mujer.

—Veo que no eres muy romántico Fletcher —vociferó Sansón, intentado no reír.

Reed bajó la mano bruscamente y cerró los ojos maldiciendo a Sansón por ser tan oportuno y así perdiendo una de las mejores oportunidades de hacerle una pregunta especial e importante a Naval —Y tú siempre abriendo la boca, no me cabe duda que Trent es legítimo hermano tuyo, tienen la misma boca igual de grande.

Naval dio un paso hacia atrás, alejándose y acercándose al equipo, quería asegurarse que su hijo tendría un futuro, ya que con Svyatoslav vivo corrían mucho peligro —Sami está a salvo por ahora.

—Salgamos de aquí —exclamó Dylan —Peinaremos la zona, Svyatoslav no debe estar muy lejos. Nos separamos y lo encontraremos. Tenemos que.

—¡Ok! —asintió Naval, el equipo comenzó a separarse, los hombres iban afuera mientras que la pareja optó por quedarse en la casa o más bien en lo que quedaba de esa mansión.

—Es una pena que esta casa haya terminado en escombros —dijo Reed, pateando algunas balas.

—Ya lo creo —respondió sin darle importancia. Conmovida al ver el que fue su hogar, intentado recordar lo magnífica que era años atrás, se adentró en lo más profundo de esas paredes que conocía a la perfección, caminó por los escombros y fue por el vestíbulo hacia la sala de reuniones, donde su primera fiesta fue la primera de sus decepciones.

Recordó el momento exacto en el que descendió de esas escaleras con el vestido que Creed le dio, recordó el color intenso de esa mirada al esperarla al pie de la escalera extendiéndole la mano, pero luego, la sonrisa de Reed al verla en el bar por primera vez, su pequeña cita en el café y luego cuando la sostuvo

entre sus brazos cuando fue al cementerio a ver a su madre.

Dando un suspiro, negó con la cabeza, todo estaba destruido, el agua había dañado los muebles, las ventanas rotas, las cortinas hechas jirones, recordó a detalle lo hermosa que era esa sala, incluso pudo en verdad ver a Nicolay allí, sentado en un rincón bebiendo un whisky mientras observaba el retrato de su mujer, Dayanne, lo recordaba a la perfección, cómo podría olvidar al hombre que creyó que era su padre, al hombre que dio su vida por salvarla. Caminó por la habitación tocando con los dedos lo que quedaba del mobiliario intacto, el bar pulido de madera estaba incólume, había botellas de vino rotas en las estanterías al igual que las copas de cristal fino —Vaya final para una linda casa.

Reed se quedó solo, su sonrisa se había borrado de su rostro estaba molido de tantas balas y peleas, tenía el labio partido y el raspón de una bala en el brazo —Sí que estoy perdiendo facultades —soltó un suspiro —Ya estoy viejo para esto —desabrochó las correas de su chaleco quitándoselo pesadamente y pegando el cuerpo en una viga de concreto, estaba exhausto. Con el chaleco en mano, levantó la vista al ver una sombra entre los pasillos del lado izquierdo, justo a la puerta que daba a lo que era la reserva de los vinos de Nicolay y que por alguna razón aún se mantenía intacta y no le habían dado la menor atención, dio unos pasos hacia adelante y deslizó su arma pegándola a su pecho, estaba seguro de haber visto un hombre entrar allí, frunció el ceño y apretó la boca en una línea recta.

Tocar el pulido bar le trajo tantos recuerdos sobre su padre, recuerdos que a su vez no eran tan malos como ella pensaba, recuerdos que años atrás pudieron ser amargos, pero ahora solo carecían de sentido y amargura, le debía más de lo que pensaba a Nicolay Kapot.

—¿Recordando viejos tiempos? —escuchar esa voz detrás de ella hizo que la piel se le erizara, reconocía esa voz venenosa, ese tono desdeñoso que jamás olvidaría, se giró bruscamente pudiendo ver a su hijo en sus garras, dio un paso intentando acercarse a su hijo, pero no pudo, el cañón brillaba sobre la sien de su pequeño que sollozaba ir con su madre.

—¡Amanda! —rugió su nombre, sintiendo el asco detrás de su garganta, nada había terminado —No. No lo hagas, por favor —suplicó intentando mantener la calma, pero le era imposible al ver a su pequeño en aquellas garras nauseabundas.

—Tu querido padre es muy confiado. Lástima que tuve que matarlo.

Naval apretó la mandíbula dispuesta a abalanzarse sobre ella, pero Amanda

se lo impidió, apretando el cañón sobre la cabeza de su hijo —Yo que tú, me lo pensaría dos veces.

—Déjalo ir. Es un niño, tan solo es un niño —su voz desbordaba suplica — Por favor.

—Bingo —bramó ella, jalando el gatillo.

Reed tomó la perilla de la puerta dispuesto a abrirla, deteniéndose ante el inconfundible estridente disparo, que resonó en toda la casa, alertándole — ¡NAVAL! —gritó corriendo hacia su dirección, pero no logró dar ni tres pasos cuando vio a Amanda sostener a su pequeño hijo con brusquedad y caminar por el vestíbulo saliendo de la oscuridad y mostrándose ante él entre sombras nítidas, mostrándose cómo en verdad era, una mujer sin escrúpulos, sin corazón.

—Papi —sollozó Samuel, queriendo ir con él, pero el duro agarre no se lo permitió.

—¡Amanda! —dijo con los ojos fijos en ella —Tranquilo, Samuel. Todo estará bien, lo prometo. Amanda ¿Qué haces?

—¡Vaya! Reed, querido —Se limpió el rímel corrido —¿No es una grata sorpresa? —soltó una estrangulada risa —Suelta el arma. Deslízala despacio al suelo y patéala a mi dirección, sin trucos. Te conozco tan bien.

Reed quiso acercarse pero Amanda apretó el arma contra la cabeza de su hijo —¡NO! —gritó él, levantando las manos y mostrando que no haría ningún movimiento, le mostró el arma, deslizándola lentamente por el suelo, para luego patearla y empujarla a su dirección.

—Un solo movimiento y tu hijo morirá —sentenció ella con escarnio.

—Por favor, Amanda, deja al niño. Te lo suplico. Matarlo no te servirá de nada.

—¿En serio? Claro que me servirá de algo.

—¡NO! No es cierto. Míralo, es solo un pequeño niño, está asustado. Déjalo ir, por favor —suplicó.

—Rogando por la vida de tu único hijo. Cómo crees que me sentí al saber que tú no deseas hijos conmigo, pero ella. Ella, aparece con este niño y quieres dar la vida por él —hizo una mueca con la boca —Todo por él —gritó con amargura, haciendo respingar al pequeño ante los gritos desquiciados de la mujer.



—¡AMANDA! Déjalo ir —pidió una vez más —No tiene la culpa. Es un ser inocente, el único ser inocente de mi pasado.

—¡CÁLLATE! —bramó histérica —Cómo crees que me sentí cuando hacíamos el amor y susurrabas su nombre, su nombre y no el mío. Cuando intentabas buscar en mi piel la tinta de la suya. ¿Cómo crees que me sentía? ¡He! Cuando solo podías recordarla a ella y yo solo era la sombra de un fantasma. De una zorra.

—Yo. Yo soy el culpable. Él es inocente de todo, por favor, por favor te lo suplico, Amanda —rogó Reed.

—No podía permitir que me arrebataran tu cariño una vez más. No otra vez.

—¿Dé que estás hablando? —frunció el ceño ante aquella ilógica confesión, aquellas palabras no tenían coherencia alguna, entonces recordó las fotos que ella envió a su móvil, las insinuaciones, la filtración de información con respecto a los casos Kapot, todo, ato cabos dentro de su cabeza, podían verla a ella maquinando, haciendo las llamadas y pasando la información —¿¡Tú!? Siempre fuiste tú —en un arranque de rabia quiso ir y tener el privilegio de estrangularla con sus propias manos, apretarle el cuello con fuerza y cerciorarse que estaba bien muerta.

—¡NO.TE.MUEVAS! —espetó ella —Svyatoslav pagaba bien, muy bien a la mierda de sueldo que el FBI me daba, y luego, Xavier me prometió que la quitaría del camino si yo le daba información privilegiada, le di alerta. Todo salió como lo planeo, pero no, tuviste que ir, buscarla, indagar y no quedarte tranquilo con lo que teníamos. Solo eras feliz queriéndola a ella. Ella.

—Cuando iban a atrapar a los Kapot —terminó la frase por ella, quedando no solo sorprendido sino asqueado por haberse encamado con una mujer vil y repugnante, haber estado a punto de cometer cómo su amigo Dylan decía, el peor error de su vida.

—Te seguí ese viernes hace tres años cuando te dieron esa ridícula misión, por un momento pensé que el estúpido senil de Nolan escogería a Dylan al ser el más responsable, al estar casado y que de seguro mantendría su maldita bragueta cerrada pero no. Tuvo que enviarte a ti, al apuesto, al seductor, al inmaduro de Reed Fletcher —afirmó ella recordando a detalle cada escena —Tú estabas ya sentado a la barra, estabas tan apuesto, preparado, concentrado en tu misión, bebías tu cerveza con un rictus casi ceremonioso, yo estaba al otro lado de la barra, te observaba, cada movimiento lograba seducirme lentamente, tu mirada perdida, carente de brillo, tus ojos azules se volvían más grisáceos en torno al

cambio de luces neón y la oscuridad del lugar, más oscuros, más tétricos, pero todo cambio cuando ella apareció, todo cambió cuando la viste a ella.

Entró a la discoteca toda pomposa y altanera, cómo si el mundo fuese suyo, con ese atuendo de ZORRA que hacia volver a cada hombre contemplándola al pavonearse cómo si fuese la maldita alfombra roja —escupió con énfasis y odio en sus palabras —Caminó hasta la barra y pidió como siempre una copa de vino tinto, tú al instante la viste, de inmediato captó tu atención, entonces pude ver esa mirada en tus ojos, una mirada que no podía descifrar en un momento así, era cómo si la conocieses de toda la vida, cómo si hubieses esperado por ella toda la vida y ella te vio observándola casi embozado por su presencia y me di cuenta. Me di cuenta de una triste y patética verdad.

Reed recodó ese momento, lo recordaba cada viernes, pero jamás se percató de Amanda, se sintió hipnotizado por esa rara belleza, por ese rostro angelical y seguro, que resguardaba demasiado secretos en su corazón, roto y marchito —*“Naval al sentirse observada, volvió el rostro viéndolo y sonrió con delicadeza —Soy o me parezco —farfulló con ironía. Pero él solo levantó su cerveza realizando un brindis silencioso, riéndose de ella al verla poner los ojos en blanco, fue la primera mujer que no cayó rendida a sus encantos, resistiéndose a esa atracción tan fuerte, cuando ella debía venir, iba al lado opuesto, pero la atracción era tan fuerte que ambos volvían a juntarse.*

*Cómo no recordar que en el instante que la vio, no pudo evitar sentirse excitado al ver como Naval llevaba la copa hacia su boca dando sorbos pequeños y probando con demasiado ímpetu el vino, el movimiento de su cuello y sus tendones, la cabeza se contoneaba lentamente por el ritmo de la música.*

*Entonces vio cómo Kris se acercó a ella, intentando flirtear y ser posesivo con ella, a lo Naval solo respondía con ironía y sarcasmo, algo muy evidente hasta para un tonto como Doile.”*

—Te vi enardecer cuando ese idiota de Doile se acercó a ella, supe en ese instante que habías encontrado a la mujer que domaría ese corazón intrépido y salvaje, la única mujer que podría domar al gran Reed Fletcher.

—¡Amanda! Ese era mi trabajo ¡Era mi maldito trabajo! —espetó Reed.

—¡NO! NO LO ERA —gritó al borde de la histeria —¡NO LO ERA AL ENAMORARTE DE ELLA!

Reed tragó saliva, intentando recordarla en el Club, pero no podía. Solo recordaba la grotesca conversación de Kris y su vano intento de ligar con Naval

esa noche, la manera en como su cuerpo reaccionó al escuchar el insulto de ese zarrapastroso traficante menor.

«—Hola Naval. Hace mucho que no nos vemos —la voz repugnante de Kris solo hizo un estruendo chirriante en los oídos de Reed, obligándolo a cerrar los ojos, asqueado.

—¡Oye Kris!. No puedo decir lo mismo —ella no se volvió a verle.

—Oh. Naval. ¿Por qué dices cosas como esas?. Sabes que te quiero en buena onda. Quiero que seas mi chica. Eres mi preferida.

—¡Hurra! —dijo con sorna —Piérdete Kris. No necesito tu mierda en este momento. Estoy. yo estoy.

Al verla intentar zafarse de ese idiota, no supo en que momento sus piernas se desconectaron de la orden de su cerebro, que se puso de pie, cubriéndola bajo su ala protectora de manera casi teórica, él nunca tenía ese tipo de sentimientos sobreprotectores y menos en caso de una mujer, recordó muy bien cómo era poner una mano en Naval sin que ella se llevase por delante sus bolas —Ella está conmigo amigo. Busca a otra que molestar. Ella es mía —aquellas palabras surtieron un efecto indescriptible, anestesiando en él años y años de odio, pero al ver sus intensos ojos pardos mirarlo con asombro, con algo más que admiración, todo cambio.

—¿En serio? —Miró a Naval —¿Estás con este tipejo?.

—He. Sí. Lo estoy —dijo con rapidez —Como te puedes dar cuenta Kris, estoy acompañada esta noche y tus proposiciones no pueden ser bien aceptadas ahora. Ni nunca —tomó su copa dándole un sorbo y bebiendo de un trago y sintiéndose muy receptiva con su nueva pareja, poniendo un codo sobre su hombro con un gesto de fraternal.

—¡Maldita perra! —Balbuceó Kris, dándoles la espalda.

Ante el insulto, algo en su interior explotó, fue algo caliente que se desplazó de su pecho a su nuca, apretó las manos en puños y fue directo a Kris, todos pensaron que fue una mera distracción, pero en realidad quería matar a Doile por tratarla de esa manera tan baja, cuando ella era diferente, ella era única.

—¡Oye Kris! —Él muy idiota se volvió, recibiendo un gran puñetazo en la cara rompiéndole la nariz, retrocedió unos pasos llevándose las manos al rostro amortiguando la caída de la sangre.

Recordó el grito de Naval, estaba exaltada y encendida por el golpe —

*¡Mierda! ¡Qué gancho!*

*—Cierra la boca muñeca. Puede que te entre una mosca —obedeciéndole, cerró la boca sin chistar, mientras que Doile insistía en pelear, pero fue salvado de una paliza ante los gritos de alerta sobre la policía.»*

—Te vi tomarla de la cintura y sacarla fuera del club, jamás fuiste así de atento conmigo o con otra de tus amantes, supe en ese instante que te habías enamorado de ella —bramó con desesperación al recordar cada momento de esa noche —Salvándola, pasando tiempo con ella, regresabas a la agencia con una sonrisa en los labios, una sonrisa de satisfacción pero también de haber encontrado a alguien especial. Alguien único, pero luego los días pasaban y vi que la habías reclamado como tuya.

—Y Naval lo es.

—Lástima que tuve que matarla —rezongó con furia.

Reed apretó la mandíbula, aun con las manos en alto formó puños al no poder hacer un movimiento para quitar a Samuel de su camino, para poder así correr hacia Naval, pero también retorcerle el cuello a esa bruja —Ella es especial. Sabes bien que es un lugar sagrado, Naval ocupa un lugar sagrado.

—Ves. De eso hablo —se lamió los labios, argumentando —Esa mirada, esa mirada llena de preocupación y desesperación al no estar con ella en su hora de agonía. La mirada de amor que brilla en tus ojos, esa maldita mirada que jamás pudiste darme en estos tres años. Tres malditos años, Reed. ¿Y qué me tocó a mí? ¡NADA! ¡NADA EN ABSOLUTO! Solo ser tu maldito revolcón. Así que me encargué de hacer un trato con Xavier una vez más.

—¡Maldita perra! —rechinó sus dientes, queriendo ir y estrangularla.

—No te acerques o lo mataré y solo quedara en verdad el triste recuerdo de tu bastardo ¡Cállate niño! —rugió ella, zarandeando al pequeño sin compasión.

—Amanda, solo tiene dos años. Dos malditos años —escupió.

—Y cuando vi la prueba de embarazo, supe que tú habías hecho lo posible para embarazarla, porque jamás se te olvidaba la protección conmigo ¿Por qué ella? ¿Qué había en especial en ella? —preguntó con una mota de depuración y frustración en su voz.

Reed mordió su labio inferior, su mirada bailaba del arma a su pequeño Samuel que sollozaba en brazos de esa cruel perra —Porque ella es todo lo que tú no tienes. Compasión, amor, pasión, entereza. Y no me refiero a la cama, ella

va más allá de solo revolcones de una sola noche. Va más allá de intereses y mezquindades, va más allá de egoísmo y pretensión. Por eso la amo. Entendiste, yo la amo. Lo intente contigo, intente, trate de amarte, de darte un lugar en mi corazón, pero algo en mi interior se negaba a ello y ahora entiendo por qué.

Amanda soltó una carcajada —¿Intentaste? Pues no fue lo suficiente, por eso llamé a Xavier y le di su localización, no se reiría de mí. No se lo permitiría.

—Eres una desgraciada maldita —gritó enfurecido, sus masculinos pómulos se tiñeron de rojo al no poder hacer nada y sentirse atrapado en una escena sin escapatoria.

—Si yo no te tengo, nadie podrá. Tuve cuatro abortos todos tuyos. Y tú ni siquiera lo sabías. No puedo tener hijos, mi vientre no permite aguantar a una vida dentro.

—¡Vete a la mierda! ¡Mentira! Tuviste un aborto de Dylan ¿Ya lo olvidaste? No intentes hacerte la víctima con ello, porque no lo eres y por algo será. Mírate, teniendo a mi hijo como escudo. ¡Vaya mujer! ¡Vaya madre que serías!

—¡NO!. Eso Dylan te metió en la cabeza, es un maldito mentiroso. Podía ver tu expresión de tan solo pensar en tener un bebé conmigo, la idea para ti iba más allá del asco y repulsión. Más allá del miedo al odio.

El tono seco y llenó de amargura no fue muy convincente para Reed, quien le lanzó una mirada más allá de la furiosa —Es una pobre excusa y lo sabes. No intentes justificar y dar una estúpida explicación a que por tu culpa murieron hombres inocentes esta noche.

—¿Viniendo de ti? Eso es hilarante, a ti jamás te importó la vida de los demás, mientras que tú obtuvieras lo que deseabas, mujeres, drogas. Sexo.

—Me importa ahora. Me importa la vida de mi hijo, me importa más que nada en este mundo, Amanda. Jamás pude amarte por la sencilla razón que a ti te faltaba lo que Naval tiene. Corazón, amor. Pasión. Y lo más importante, dio la vida por mí, dispuesta a dar una y otra vez la vida por mí. Algo que tú jamás podrías en tu miserable vida hacer.

—No te creas tan importante. Siempre fuiste un maldito arrogante. Y tienes razón, ella dio la vida esta noche por ti. Un sacrificio estúpido.

El dolor era intenso, el ardor se expandía en todo su brazo izquierdo que le daba la clara señal que no solo era profunda sino que había traspasado, aturdida y adolorida, se levantó volviendo la cabeza todo lo posible hacia la abertura, le

había dado en el hombro la muy idiota, presionó la herida dando un gemido de dolor ante el pequeño toque —Perra desgraciada —bramó, irguiéndose todo lo posible.

Sí Reed la veía de seguro le gritaría por haberse quitado el chaleco, bajó su mano hacia su cinturilla, tomó su arma y caminó con mucho sigilo por el pasillo, la sangre de la herida que iba por su antebrazo hacia su codo en líneas gruesas veteando su piel de rojo intenso cayendo en una fina línea al suelo marcando su camino.

—Necesitaba encontrar a la perra —pensó, dando pasos lentos siguió los murmullos que al aproximarse se hacían más claros, escondiéndose, sostuvo el arma a la altura de su pecho, golpeando la espalda contra la pared ante el dolor y el cansancio, acercó su cabeza por el pasillo y visualizó a Reed con las manos en alto, pero también confesándose, sonrió al sentir lo determinada que eran sus palabras.

Dio unos pasos fuera de la oscuridad de la casa iluminada por la luz natural de la luna y las linternas que muchos hombres caídos, se lamió el labio partido, intentando no llamar la atención de esa psicótica. Reed la vio de soslayo caminando entre la nieve, madera y balas, pudiendo no solo respirar al verla y sentirse más que aliviado de verla viva, intentó no brincar de alegría incluso sintió que la opresión de su pecho desaparecía lentamente, Naval se llevó un dedo a los labios pidiéndole ser discreto y que sacará a Sami de los brazos de esa loca en tan solo tuviera la oportunidad.

Reed decidido a hacer un movimiento para que alejara el cañón de la sien de su pequeño hijo, en un arrebato golpeó su pecho con fuerza —¡Dispárame! ¡Dispárame perra!. —gritó con ardor —¡Dispárame! Maldita bruja ¡Mátame!. Mátame ahora que tienes la oportunidad —gritó, haciendo un berrinche para llamar su atención —Mátame a mí. Pero deja a mi bebé en paz. Porque créeme que si no lo haces te torceré el cuello, víbora.

—Si así lo pides, lo haré —Amanda quitó el cañón de la cabeza de Sami, y antes de que pudiera apuntarle a Reed, Naval le apuntó directamente en el cabeza, empujando con fuerza el cañón sobre su nuca.

—Aprende a disparar, perra —bramó.

Amanda abrió los ojos todo lo que pudo, en un intento por volverse y responder, pero era tarde, Naval sin miedo jaló el gatillo. Reed al ver el movimiento, tomó a su pequeño entre sus brazos apretándolo contra su pecho, protegiéndolo, mientras que el sonido inconfundible del disparo retumbó en toda

la casa.

El cuerpo de Amanda cayó al suelo en un sonido sordo que tranquilizó a la pareja, todo había terminado esa noche y tenían a la persona que había vendido su localización a un precio demasiado barato. Naval soltó el aire contenido por sus pulmones, cerró los ojos y dio un paso hacia atrás, levantó la mirada viendo a Reed cubrir a su hijo con todo el cuerpo. Al ver esa escena pudo ver más allá de un padre salvando a su hijo, vio a un hombre decidido a morir por salvar a su familia y ponerla a salvo, vio a un hombre sin miedo, aceptando sus sentimientos, aceptando que se había equivocado. Las miles de motas de polvo y copos de nieve se agitaron en el aire debido al hueco que había en el techo cubriéndolos, dándoles un breve instante de silencio y de tranquilidad.

—¿Están bien? —caminó hacia ellos.

Reed levantó la mirada y tomó a su hijo en brazos apretándolo contra su pecho, no podía creer que esa mujer tenía más vida que un gato de angora —Sí. Solo el susto de que fuese a herir a Samuel. Y claro, la pesadilla que viví al no saber si estabas bien o. —evitó decirlo en voz alta.

—¿Muerta? Por suerte ella no sabe ni una puta mierda de anatomía, apuntó a mi hombro en vez de mi corazón —apretó la herida sangrante, manchando su mano y su brazo.

—Créeme, eso es muy bueno. Muy bueno —abrazó a Naval con Samuel en medio de ellos, besó la frente de su mujer, ambos estaban cansados, sangrando y querían ir a la cama.

—Y tú sí que tienes gustos para encontrar a mujeres locas —espetó ella, tomando a Sami en sus brazos y gimiendo ante su propio dolor.

Reed se limitó a sacudir la cabeza —Cuando te conocí nadie me advirtió que eras una histérica.

—¡Vaya! ¿¡Qué romántico!? Y yo no era una histérica. —se burló ella — Solo un poco paranoica —mantuvo la sonrisa oculta —Y deberías dejar de ligar chicas de bar.

—No soy tan idiota y loco para escoger chicas de bar. Lo hago en discotecas exclusivas. ¿Recuerdas?

—Intenta mejor para la próxima, no quiero a las locas de tus mujeres ir tras mi hijo por que no sabes complacerlas —caminó rumbo a la salida, necesitaba ver a su padre.

—Eso no decías tú. —gritó tras ella agachándose para recoger su arma —  
Recuerdo cada momento contigo, Naval.  
¡CADA.MARAVILLOSO.MOMENTO!

Pero ella solo le respondió levantando el dedo medio de su brazo herido, perdiéndose en la oscuridad —Iré por mi padre. Debe estar herido por tu maldita culpa.

—Feliz Navidad —gritó tras de ella.

—Sí. Igual para ti, Feliz maldita Navidad también, idiota —sonrió al irse. Después lo compensaría pensó ella, lo besaría, lo amaría y esta vez no cometería el error de dejarlo ir por segunda vez, vio a su hijo, besando su mejilla y advirtiéndole —Jamás digas palabrotas.

Reed negó con la cabeza, la conocía bien, y por el tono de su voz escondía una sonrisa, dio un paso listo para ir tras su familia pero volvió el rostro hacia la puerta de la bodega al escuchar el crujido de las tablas, había alguien más allí, sabía que había alguien más, retrocediendo giró sobre sus talones, tomando el pomo de la puerta una vez más entre sus manos abriendo y empujándola del todo.

Estaba ya en el umbral de la puerta principal, soltó un gran suspiro al sentir que su hijo la abrazaba con fuerza, sus pequeñas manitas se aferrándose a su cuello —Tranquilo amor. Todo acabo —bajó a Samuel de sus brazos, tomando su pequeña mano para guiarlo hacia el exterior de la casa, pero se equivocaba, todavía no terminaba esa aguerza infernal. Sami levantó su manita señalando a Creed y Trent que gritaban y corrían hacia ellos, Naval siguió con la mirada la mano de su pequeño y frunció el ceño al no poder escuchar con claridad lo que trataban de decirle ya que estaban bastante lejos, pero pudo descifrar que algo andaba mal al ver varios de los hombres correr colina arriba y al sentido contrario a la casa.



## Capítulo 29

### NO VUELVAS POR MÍ

Naval soltó la mano de su hijo, ordenándole —Corre Samuel, corre —le gritó. El pequeño siguió la orden de su madre, echándose a correr hacia los brazos de Trent, que iba por él alcanzándolo, tomándolo entre sus brazos y poniéndole a salvo.

—¡REED! —gritó desesperada ante la sensación de vacío que se formó en su interior, dispuesta a entrar nuevamente a la casa, no le importó las advertencias de sus amigos, necesitaba regresar a la casa de inmediato. Los gritos de Creed le advertían que no regresara mientras que intentaba acercarse lo más rápido posible para impedir que cometiera una locura de tantas. —Una bomba. La casa tiene explosivos. Tiene explosivos. Está llena de explosivos —le advirtió, pero ella no titubeo ante su decisión.

Reed estaba dispuesto a entrar e investigar, pero de la nada algo caliente golpeó su pecho, un impacto doloroso, pero no había nadie a su alrededor. —Ahhh —gimió en respuesta, el dolor se extendió como aceite hirviendo sobre sus venas, desde su pecho hasta sus hombros, los brazos, el cuello y la espalda, sus piernas perdieron el control y se doblaron cayendo de rodillas, bajó la vista y se tocó el pecho, levantó la mano hacia la tenue luz de la noche y pudo fijarse en el líquido carmesí que manchaba sus dedos, recordó que se había quitado el chaleco antibalas, lo había lanzado hacia atrás —*El maldito chaleco antibalas* — se reprendió, tosiendo hilos de sangre.

A Naval no le importó, se volvió buscando desesperadamente con la mirada a Reed viéndole de rodillas a la distancia, frunció el ceño, estaba lejos de ella, pero podía observarlo bien —¡REED! —gritó, pero la sombra que vio solo la hizo retroceder y abrir los ojos negando efusivamente con la cabeza, Svyatoslav sostenía un arma en la mano derecha y un disco explosivo en la otra. Decidida a ir por él, decidida a arrancar a su amado de esas garras intentó adentrarse a esa lucha, pero unas poderosas manos le sujetaron de la cintura impidiendo que diera un paso más, levantándola y girándola, dándole las espaldas para sacarla de allí.

—¡NO! —gritó, batallando para soltarse de los brazos de su custodio, Creed no le permitiría ir a por él, jamás —¡NO! Tenemos que regresar. Tenemos que

regresar. Esta herido. Esta herido.

—No podemos. Es tarde, ya es tarde para él —le respondió sin soltarla y sacándola de la mira de Svyatoslav.

Sin dejar de luchar para soltarse de ese agarre de muerte, pataleó y gritó por él —¡NO! ¡REED! No puedo dejarlo allí, es el padre de mi hijo. Es. Es el hombre que amo, por favor —gritó a todo pulmón, mientras que ardientes lágrimas surcaban y veteaban su rostro magullado de polvo y sangre —¡REED! ¡REED!

La bota lo golpeó en el pecho apretando más la herida y haciéndole gemir ante el intenso dolor que era tan indescriptible para él, golpeando su cabeza contra la madera y el agua revotando ante el repentino golpe, no podía compararse con la bala que recibió de Xavier hace dos años y medio atrás, nada con el ardor que cubría su cuerpo inmovilizándolo, ese sudor frío que le daba una calor abrasador. La tos incesante que acudió a él le hizo escupir su sangre salpicando su mejilla, alzó la vista hacia su atacante, viendo y escuchando la maniaca risa de Svyatoslav, que dé pie parecía un gigante en búsqueda de un nuevo juego para divertirse, mientras que su arma no dejaba de apuntar partes del cuerpo de Reed —Siempre quise ver esa sonrisa tuya, tan petulante y confiado, cómo si él mundo fuese tuyo se borrara de esa cara patética.

—¡Svyatoslav! —pronunció su nombre con dolor, mientras que la sangre comenzaba a salir de su cuerpo.

—Red Fletcher —le dio una sonrisa y apretó con su bota más la herida, haciéndole gritar de dolor —Que alegría, por fin te veo caer. Es un gusto saber que Naval sufrirá aún mucho más de lo que esperaba.

Reed resopló soltando una retahíla de juramentos, quiso agarrar el pie del ruso, pero solo hizo que diera una carcajada de satisfacción ante su rendición o más bien su caída y la debilidad que parecía tan rápido.

—Me temo querido amigo que tus horas están contadas. Eres lo máspreciado de Naval, por eso verte morir me dará mayor de las satisfacciones. Ella podrá consolarse con tu hijo por la pérdida de su amor, pero luego seguirá tu hijo y al final la veré suplicar por su vida. Claro, si es que desea seguir viviendo —se bufó de las escenas descriptivas que le daba a Reed —Me conformaré con sus suplicas a que de fin a su tortuosa y miserable vida — al verle buscar con la mirada a su amada, no pudo dar una carcajada más ronca y estridente, siniestra y oscura como sus penetrantes ojos, Reed logró sentirse por un momento aliviado al ver que Creed intentaba mantenerla alejada de allí, poniéndola a salvo y alejándola de la muerte, intentó sonreír al ver su temple y lucha por soltarse, por

llegar a su lado, pero Svyatoslav confundió el significado de esa mirada.

—Ella no vendrá por ti. Pero por lo visto quieres morir viéndola, así que te concederé un último deseo, Fletcher.

Reed luchó por respirar, por responder, por morir pronunciando el único nombre que repetía su mente sin cesar, pero sus pulmones se apretaban en busca de más aire, algo le impedía tan solo tomar un poco de oxígeno, sintiendo el ardor más grande de toda su vida.

—Es una lástima. Jamás podrás decirle que le amas de verdad —lanzó un disco explosivo sobre el pecho de Reed, para luego levantar su arma dispuesto a darle el tiro de gracia y hacer su vida menos miserable.

Siguiéndolo con la mirada, haciendo el último intento por hablar, hacer algo para poder salvar a Naval y a su hijo de las amenazas de ese despiadado Kapot, que ser sentenciadas era igual a cumplirlas, él jamás se detendría, jamás dejaría que su familia pudiese salir sin pagar el precio de una venganza, sin saber de dónde sacó la fuerza necesaria para poder salir de esa situación, deslizó su mano con cuidado y tomó su arma de apoyo de su cinturilla, sin darle opción de disparar primero, haciendo un esfuerzo más que hercúleo por pronunciar palabras entre los hilos de sangre que corrían por la comisura de sus labios — Bang. Kapot —susurró Reed con sus labios y dientes manchados de sangre, jalando del gatillo una y otra vez.

El cuerpo de su enemigo se sacudió ante la fuerza de los impactos, notando como los perfectos agujeros se formaban en medio del pecho, Svyatoslav apretó la mandíbula e intentó disparar, pero Reed hizo lo posible por sostener su cabeza, inclinó la rodilla, levantó la pierna con todas las fuerzas y empujó su bota sobre el pecho de Svyatoslav haciéndolo caer hacia atrás y rodar por las escaleras del depósito, tomó en su mano el disco explosivo, apretó el botón y lo lanzó dentro, cerrando así la puerta con un patada y dejando así caer por fin su cabeza al suelo, intentando descansar.

Creed la sujetó con más fuerza de lo usual sacándola del área, pero Naval no quería seguir, intentando soltarse de ese agarre de muerte, batallaba e intentaba regresar, pero todo fue inútil.

A tan solo tres metros de distancia, toda la Residencia explotó, el fuego y los pedazos de madera, concreto, vidrios, muebles viejos y rotos, inclusive el inodoro volaron por los aires, lanzándoles varios metros hacia adelante ante la fuerza de la explosión. Creed cubrió a Naval con su cuerpo protegiéndola de los escombros, pero la joven madre solo lograba gritar un solo nombre.

—¡REED! —gritó, quitándose a Creed de encima y levantándose a duras penas, corrió hacia la casa, pero ya era tarde, parte de ella ardía, y la otra caía en pedazos.

Tragó saliva, había visto a su abuela Ianthe morir en el incendio de hace trece años, sin poder hacer nada, sin poder luchar por aquella vida, apretó la mandíbula y corrió hacia la casa, pero las poderosas manos de Creed le impidieron hacer una locura —¡DÉJAME! ¡REED!. —gritó una vez más con todas sus fuerzas, mientras que sus cuerdas vocales se desgarraban ante la intensidad de sus gritos —¡REED!

—Naval. Naval. Es tarde. Es tarde. No lo logró. No lo logró —rugió Creed sin soltarla.

No podía respirar, no podía respirar —Reed, no —sollozó, pero no se dio por vencida, se soltó del agarre de Creed y corrió hacia la parte lateral de la casa, donde el fuego aún no había llegado.

—¡NO! ¡Naval! —gritó Creed a sus espaldas.

Naval pateó la puerta del área común y entró, se cubrió el rostro con el brazo en alto de los vidrios y tablas que caían a pedazos, corrió por la casa evitando el fuego y tratando de no respirar el humo, corrió hacia el vestíbulo, lo había visto cerca de las bodegas, casi en el centro de la casa, adentrándose a la profundidades de ese infierno y el calor, no le importo el fuego y que la casa se cayera pedazo a pedazo, nada la detendría de su misión.

*Encontrarlo. Tenía que encontrarlo.*

Reed intentó no atragantarse con su propia sangre, las tablas de madera le habían caído encima así que con una mano logró quitar la que le impedía que tomara aire, un poco de aire, pero era imposible, el humo y el fuego se estaba acercando haciendo su visión un poco borrosa dificultándole poder aunque sea hablar, rendido y dispuesto a dejarse llevar por el sueño pero la escuchó a la distancia.

—¡REED! —escuchó su nombre y sintió el peso de las tablas desaparecer — Reed —dijo con impotencia, acariciando su rostro con el sonido de la madera arder, el vidrio explotar ante el calor como fondo.

Reed trató de levantar la cabeza, trató de pronunciar el nombre de Naval, su boca se abrió aunque no salió palabra alguna.

—Reed ¿Reed? Maldito imbécil, debías llevar chaleco —le recriminó al

borde de las lágrimas, tomando su cabeza y dándole aire —Acaso no te dieron chaleco.

—Lo usaré. Para la próxima —trató de sonreír, tosiendo sangre que manchaba y bajaba por la comisura de esos labios que Naval tanto amaba.

Asustándose por la gravedad de su herida, Naval buscó una salida, alguna salida, pero el fuego estaba consumiéndolo todo de manera rápida, agachándose, besó su frente, mientras que sus lágrimas caían en el rostro de su amado Reed, para luego besar sus labios —No. No habrá una próxima vez. Me escuchaste. Tonto, idiota.

Parpadeó, tratando de hacer verla mejor, pero ya era tarde, su visión estaba siendo borrosa, pero hubiese jurado que Naval besó sus labios, hasta que cerró los ojos lentamente.

—Mantente despierto, cariño. No vayas a dormir —le pidió sin dejar de sollozar.

—Te. Te. —intentó hablar —Te dije. que, que tendrías a Sami. Están. Están, a salvo —dijo entrecortadamente ante el dolor que no le dejaba ni hablar.

—Te amo idiota. No me dejes. Por favor. No me dejes.

—No debiste. No debiste. Volver por mí. Samuel te necesita, él te necesita.

—¡NO! Él nos necesita a los dos, él te necesita, yo te necesito —levantó el rostro admirando el fuego consumir todo en segundos.

Creed sujetó a Naval de los brazos, apretándola contra su pecho, el fuego estaba cerca y si no se apresuraban la casa se vendría abajo con ellos dentro —Llévatela. Llévatela —le ordenó a Sansón, que la sostuvo y la arrastró fuera de allí.

—NO. REED, NO —pataleaba para zafarse del agarre de Sansón.

—Reed. Abre los ojos. No cierres los ojos ¿Me oyes? Reed —Creed lo levantó en un movimiento torpe, poniéndolo sobre su hombro, cargándole — ¡Por Dios! ¿Qué carajo comes? —dijo, poniéndose rojo ante la fuerza y el fuego que estaba calentando todo el ambiente.

Naval fue arrastrada varios metros lejos del fuego y la casa, ya que podría estallar algún tipo de ducto más o algún explosivo intacto, quería ir con Reed, ella quería ir con él, era su deber estar con él, pero Sansón no se lo permitió.

—Basta Naval. Creed lo tiene. Él lo tiene. Está a salvo, está a salvó con él —

le repitió.

Entonces logró verlos salir, eran sombras ardientes en medio de un campo oscuro, Frances y Noya corrieron a socorrerlo, ayudándole a bajarlo con cuidado al suelo, Reed todavía estaba vivo, pero ya perdiendo la conciencia.

Soltándose de las manos de Sansón corrió hacia él, pero nuevamente su amigo le impidió que se acercara, dándole el espacio a Creed para poder socorrerlo —Reed. Cariño, Reed.

—Cómo te mueras no te lo perdonaré jamás. Reed. Por favor. Te necesita Samuel, Naval te necesita —le gritaba Creed al verlo irse lentamente.

Abrió los ojos en un intento por buscar aire, sus pulmones no se lo permitían, Creed le dio la mano, estrechándola en un firme apretón de mano —Dile — intentó no ahogarse con su propia sangre —Dile. Que la amo —tosió sangre.

—¡NO! No, no. Tú se lo dirás. Vamos resiste, vamos Reed.

—Creed, cuida. Cuida a mi hijo. Cuídalo y amalo como yo lo haría, como si fuese tuyo. Dale y dale. La caja —movió su mano lentamente hacia el bolsillo de su pantalón, pero no logró terminar la frase.

—¿En serio, hombre? ¿Estás dándome tu permiso para que me quede con Naval? Viejo. En que época crees que vivimos. No puedo, me casé hace unos meses atrás, me casé y voy a recuperar a mi esposa. Además ella no me quiere a mí, te quiere a ti. Solamente a ti.

Reed sonrió y cerró los ojos, estaba cansado, quería descansar, a lo lejos podía escuchar los gritos de Naval y cómo Creed lo llamaba, pero estaba demasiado cansado para abrir los ojos, estaba demasiado cansado de luchar por ese dolor que se apoderaba de su cuerpo.

—Maldito cabrón —espetó Creed —No está respirando —al escuchar los gritos de Naval le rogó a Sansón que la alejara —Llévatela. Llévatela de aquí — gesticuló con una mano libre manchada de sangre.

Frances se arrodilló y se quitó la camisa, apretando con fuerza la herida sangrante del pecho haciendo presión —No lo lograra. Está perdiendo mucha sangre —explicó.

—NO.NO. NO. NO LO HARÁ —gritó mientras lo sujetaba —¡REED!  
¡RESPIRA! ¡RESPIRA! —arrodillado ante él, escuchó sus débiles latidos, débiles y lentos —¡MIERDA! ¡RESPIRA, REED! —masculló entre dientes, tenía que intentar un RCP.

Apretando su nariz, la tapó con cuidado, inclinó la cabeza de Reed levemente hacia atrás —No me perdonare jamás por esto —acercó su boca a la de Reed, dándole respiración mientras que Frances le suministraba compresiones cardiacas —1, 2, 3 —volvió a repetir el procedimiento dos veces más, entonces los intentos por respirar de Reed revivieron junto a él.

Aquel equipo exhausto, sus rostros desencajados ante las heridas de Reed, Dylan recargaba a Nolan sobre su hombro, mientras que Trent apretaba al pequeño sami contra su pecho, evitando así que viera la escena.

—Debemos llevarlo al hospital —gritó Frances.

—No lo lograré —masculló Creed en un intento de mantenerlo vivo.

—La policía está viniendo. El humo y el fuego alertaron a muchos en kilómetros. —explicó Eric — Frances, Noya, Kaal váyanse. Creed. Vete. No querrán al *León Negro* por aquí —Se arrodilló frente a Reed, haciendo presión en la herida, tomando su lugar —Necesitan irse ya.

Frances asintió con la cabeza a su equipo, pero él no se movió, se quedó junto a Reed y su familia —Vayan. —exclamó viendo a sus amigos —Yo me quedaré, no se preocupen.

Todos los hombres sobrevivientes a esa guerra, corrieron a sus autos, saliendo de la que una vez fue conocida como la Residencia.

Creed se levantó, viendo a naval correr hacia Reed y besar cada rincón de ese rostro magullado, pero no sintió nada, absolutamente nada, ni celos, ni odio, nada —Entonces así es el amor —afirmó asintiendo con la cabeza, volvió el rostro viendo a Nolan que hacía presión en su costado.

—Gracias —articuló Nolan al joven Creed.

Forzó una sonrisa en su rostro, retrocedió y caminó colina arriba sin mirar atrás.

Las luces y sirenas de la policía, los paramédicos y los bomberos podía escucharse ya a unos cuantos metros, un helicóptero comenzó a sobrevolar la casa, iluminándolos y dando su localización a las autoridades locales.

*Por fin la guerra había terminado.*

A los paramédicos les tomó menos de unos minutos encontrarlos gracias a las luces de localización del helicóptero, acercándose a Reed, leyeron sus signos vitales, mientras que una Naval al borde de la histeria retrocedió para sostener a

su hijo y ser abrazada por su padre, que apretaba con fuerza su costado derecho ante el disparo.

Observaron como uno de los paramédicos empujó un tubo respiratorio en la garganta de Reed, clave indicio de que su corazón se había detenido una vez más, las compresiones torácicas que hizo su compañero provocaron un ruido estruendoso, obligando a ceder sus huesos ante la fuerza de la compresión torácica, poniéndole una máscara de oxígeno lo levantaron llevándolo hacia la ambulancia.

Otro paramédico se acercó a Nolan intentando ayudarlo, pero se negó — Señor está herido. Necesita ayuda.

—No. No es grave, he recibido peores —sonrió a su hija, intentando ser fuerte, mientras que Naval lo veía con expectación y sobre todo miedo de perderlo a él también —Estoy bien, hija —afirmó.

—Corre papá, deben atenderte. Por favor.

—No te preocupes tío. Yo les llevaré al hospital. —mencionó Dylan, acercándose a Naval, abrazándola y confortándola, obligando a Nolan a subirse a la ambulancia.

—Estará bien. Ambos estarán bien —afirmó Dylan mientras los bomberos apagaban el fuego, las ambulancias se alejaban, la policía inspeccionaba el lugar y los reporteros comenzaban a llegar —Debemos irnos y que curen también tus herida.

—Yo estoy bien, pero estaré mejor si sé que Reed lo está también.

—Lo estará. Lo prometo. Estarán bien —fue una promesa vacía, algo que era ilógico prometer.

Sansón y Trent caminaron unos pasos hacia ellos, ambos detrás de su mejor amiga, aliada y hermana, el caos había terminado, los disparos habían cesado, pero las autoridades querían saber más, Eric cansado y agotado se acercó a la policía, explicándoles el panorama que tenían detrás, había cadáveres por doquier, incluyendo el cuerpo de Xavier Scott y Svyatoslav Kapot. Ambos cadáveres recuperados de las cenizas de la casa, todo había terminado, todo.



## Capítulo 30

### NIGHTS

El ruido, las luces, el dolor, ese dolor punzante que con cada latido de su corazón se hacía cada vez más insoportable, pero más insoportable era saber que Naval lo había abandonado, no la escuchaba, no sentía ese toque especial que solo él era capaz de reconocer aun con los ojos cerrados —“*Naval*” —entrecerró los ojos, sentía la dureza de la camilla y el movimiento del auto que aceleraba ante las pulsaciones bajas de su propio corazón, levantando la mano intentó tocarla, buscó su rostro pero no estaba, ella se había ido otra vez. Pudiendo distinguir dos rostros desconocidos que intentaban tranquilizarlo, pero eso no era suficiente para él, la quería a ella, a su lado, sosteniendo su mano —*Naval*. —deslizó la mano hacia su máscara de oxígeno quitándosela para poder pronunciar su nombre pero su voz no salía, solo murmuraciones cortas —*Naval*.

—Señor, tranquilícese. Está en una ambulancia, yendo directo al hospital, recibió un disparo —le habló uno de los paramédicos, volviendo a poner la máscara en su lugar y presionar la herida que seguía sangrando sin parar, además del ritmo cardiaco comenzando a descender. Reed no podía resistir más el dolor, estaba agotado, quería descansar, quería solo dejar de sentir y poder así dormir, así que cerró los ojos una vez más quedando en las profundidades de la oscuridad pensando en ella y en su pequeño, los había salvado.

No supo cuánto tiempo estuvo dormido, pero el dolor regresaba con intensidad, las luces parpadeantes del techo, reconocía muy bien el hospital ya había estado allí, recordó el suceso de hace dos años y seis meses, entre ellos como Naval besaba sus lágrimas con adoración, aquellas manos que lograron sacarlo del dolor y la pena —*¿Acaso estaba allí por la bala de su cuello, el tener a Naval y un hijo solo fue un sueño?* —se repetía y cuestionaba sin sentido, quería verlos, quería verla, cerrando los ojos y dejándose llevar nuevamente por el dolor que consumía su cuerpo lentamente.

La sangre lo ahogaba, reconocía esa sensación de asfixia, no podía respirar muy bien, sus pulmones se apretaban con tal fuerza que parecía que iban a explotar en la búsqueda de oxígeno, entrecerró los ojos intentando ver, pero solo distinguía rostros borrosos, además de la máscara de oxígeno y murmullos a su alrededor —*Naval ¿Dónde está ella? ¿Dónde está mi hijo?* —preguntó, pero la

voz solo se repetía una y otra vez en el interior de su cabeza —¿*Dónde están?*

La camilla era conducida lo más rápido posible a quirófano, necesitaban detener la hemorragia, así como poder extraer la bala —Resista. Resista.

—*Naval* —le llamó Reed, saboreando su propia sangre, haciendo un esfuerzo hercúleo para poder decir palabras y no solo que su voz se escuchara solo en su mente como un eco abrumador —¿*Qué pasó con Naval y mi hijo?* — la buscó entre momentos de conciencia y cansancio, cuando de la nada le pareció verla, de pie, llorando, mientras que Trent Dubosky la sujetaba impidiendo que se acercara y Dylan, su mejor amigo tenía a su pequeño, a su hijo Samuel en brazos —*Naval* —repitió una vez más —*Naval.*—cerró los ojos una vez más.

Una vez en el quirófano, las compresiones torácicas, el oxígeno, las agujas en su piel, iban desapareciendo lentamente de la visión borrosa de Reed.

—Doctor se está desangrando —dijo la enfermera mientras que trataban de ayudarlo haciendo presión en la herida —La presión es demasiado baja. Estamos perdiéndolo. Hay demasiado daño. Un pulmón colapso.

—Agente Fletcher. Resista —dijo el doctor, tratando de salvarlo.

—*Mi Hijo* —preguntó en un susurró que el doctor logró captar —*Mi hijo* — repitió.

El doctor sonrió, asintió con la cabeza, era la primera palabra que decía desde que lo llevaron a emergencia —Agente. Su familia lo está esperando. Lo están esperando —le comentó el doctor, él lo había atendido la última vez, y vaya que chico para más problemático, siempre entre balas y peleas, cortes y lesiones, pero Reed no logró escuchar el comentario del doctor, ya había caído en un profundo sueño, donde las voces se oían a lo lejos, ella estaba lejos, ella se había ido.

El anillo en su dedo brillaba, pero eso no importaba, no importaba nada más que él, estaba tan agotada, molesta, irritada, en ocasiones lo odiaba, otras simplemente lloraba, pero ese día su agotamiento la había vencido. —¡*Naval!* ¡*Naval!* —una delicada mano la movía insistiéndole en que abriera los ojos.

Despertó sobresaltada, la mala postura de dormir en una silla y con Samuel en sus brazos hacia aún más incómoda la posición y aún más dolorosa por la herida que ya estaba suturada y vendada, pero no le importaba, quería estar cerca de él.

—Hmmm. —respondió ella somnolienta.

—Naval, creo que debes ir a casa. —le pidió Dylan, acuclillado en frente de ella —El departamento de Reed es amplio. No le importara que te quedes allí hasta que se recupere —expresó, acariciando los rizos de Samuel.

—No puedo. No puedo abandonarlo. No ahora —susurró, bostezando.

—Sam debe descansar —susurró acariciando los cabellos del niño —Ya han pasado siete días Naval. Los doctores dicen que el balazo hizo muchos daños, además de la considerable pérdida de sangre. No es fácil tampoco para él. Debes entender.

—No puedo dejarlo, Sam también quiere estar aquí.

—Escúchame Naval —intentó ser suave con sus palabras —Sé que es el padre de Sam, pero también es doloroso para él ver a su padre postrado en una cama. Te has puesto a pensar en ello. En cómo ve a su padre y en cómo ve a su madre.

—Sí. Solo que. Solo que no quiero que despierte y no me vea. Pensará que lo he dejado, sabes bien que Reed tiende a pensar siempre que lo he dejado y no quiero eso. Quiero que me vea a mi primero —tragó el pesado nudo que se formó en su garganta.

—Naval, los doctores hicieron lo posible, detuvieron la hemorragia a tiempo, pero el disparo provocó un daño severo en sus órganos, tiene un pulmón perforado, un neumotórax muy complicado. Es solo cuestión de esperar. No hay mucho que hacer ya.

—No me digas eso por favor, Dylan. Yo, yo no quiero dejarlo —cerró los ojos borrando cada imagen de él saliendo de quirófano, luego de tan solo unas horas un paro cardiopulmonar arrebatándole más la vida y alejándolo de ella por casi cuatro días.

—¿Y si me llevó a Sami? Puedo llevármelo ya que Clare y Lucas están en la ciudad. Sami podrá estar con Lucas y relajarse un poco, descansar y así olvidar todo.

—¡No! —espetó ella, acariciando la cabecita de su hijo —¡No! Iré a ver a papá y luego iré al departamento, lo prometo.

—Está bien, pero yo te llevaré. Quiero cerciorarme de que estés segura y en casa.

—Gracias Dylan —le agradeció sin mirarlo a los ojos, solo tenía ojos para Reed, había pasado siete días y no había despertado, sus signos eran estables,

pero no había abierto los ojos desde aquella vez.

*Y eso era lo que más desesperaba a Naval. Qué Reed jamás despertara.*

Dylan tomó en sus brazos a un adormitado y cansado Samuel, colocándolo en su hombro, dejó que el niño se aferrara a su camiseta dándole oportunidad a su madre de poder levantarse sin problema alguno.

Naval se levantó, intentando estirar sus músculos contraídos por las malas noches y posturas al dormir en un sillón duro, estaba agotada, no tenía apetito, su vida estaba careciendo de sentido, por más que Trent le insistía en comer, ella no podía probar bocado alguno.

Se acercó a Reed, tomó su mano con delicadeza, sintiendo esos dedos largos y las callosidades en su piel, estaba tibio, pero no apretaba su mano, no hacía ningún movimiento para poder tocarla, para poder confortarla y eso la asustaba más que el infierno mismo, asustada de que Reed no respondiera cómo era debido a los tratamientos y atenciones, que no respondiera al medicamento, que no despertara jamás, que no pudiera ver esa mirada que la cautivó y subyugó desde el primer momento en que lo vio.

Ahogando un sollozo, se lamió los labios secos, mientras que sus lágrimas surcaban sus mejillas, no podía evitar sentirse así, no podía evitar sentirse destruida y sin vida, por más que la piel de Reed estuviera cálida eso no la confortaba —Reed, cariño —levantó una temblorosa mano, acariciando su mandíbula oscurecida por la barba ya grande —Debes despertar. Por favor, debes despertar. Te necesito, ambos te necesitamos —se acercó a él besando sus labios, aquellos labios secos y rectos. Reed estaba pálido y el tubo que sobresalía de su boca solo le daba una mayor apariencia de enfermo y casi muerto, solo así podía respirar, ayudándolo a vivir y aun permanecer junto a su familia.

Naval cerró los ojos y retrocedió, no podía verlo así, no podía simplemente asimilarlo, habían sido siete largos días, los más largos de toda su existencia.

—Iré a ver a mi padre —le dijo a un macilento Reed, acariciando sus cabellos —Regresaré pronto, no pienses que me he ido. Solo que debo llevar a Sami a casa, está cansado —le prometió. Necesitaba ver a su padre que estaba al otro lado, tenía una herida de bala en el costado, solo había perdido una cantidad pequeña de sangre y no había daños considerables, más solo el dolor por el impacto y la sutura.

Irguiéndose, tomó una gran bocanada de aire y retrocedió, Dylan tenía razón, Samuel debía descansar y comer bien, no necesitaba ver a su padre y abuelo

internados en el hospital y ver sobre todo a su madre derrumbarse al pasar los días.

—¿Estás lista? —exclamó Dylan posando una mano sobre el hombro de Naval, para rápidamente ponerla en la espaldita de Samuel que se movió ante la falta del cálido contacto de la mano de su tío.

—Sí. Vamos.

Caminó unos cuantos pasos, volviendo el rostro para ver a Reed, no podía, algo en su interior le decía que no debía irse, caminó por el pasillo para luego entrar a la habitación de su padre, abrió la puerta y sonrió al verlo sentado en la cama comiendo galletas de chocolate.

Naval esbozó una sonrisa —¡Papá! —rezongó ella, caminando hacia la cama y quitándole una galleta, solo para llevársela a la boca —¿Quién te trajo el contrabando?

Nolan estrechó los ojos, sabía que su hija quería parecer feliz, relajada, pero era una gran mentira, la conocía tan bien —Mira quien habla. Tú que ni te dignas a ver a tu padre.

—Eso no responde a mi pregunta —se sentó al pie de la cama, tomando su mano.

—Blanca me las trajo —dijo con una mirada orgullosa, parecía un niño pequeño contento con sus golosinas.

—¿Blanca? ¿Quién es Blanca?

—Mi enfermera. Me dijo que un tipo rudo cómo yo no debía estar comiendo gelatina sin sabor y comidas desabridas. Así que me trajo galletas.

—Y no es lo único que te trajo, vivaracho —apretó la mano de su padre, dando un suspiro continuó —Iré a descansar con Sami. Iremos al departamento de Reed.

—Está bien. Estas agotada, se te nota agotada.

—Lo sé, pero estoy bien. Vendré cuando esté más repuesta. No quiero que despierte y piense que lo he abandonado, otra vez —intentó forzar una sonrisa, pero no lo logró.

—Naval, cariño. No te preocupes, estaremos bien. Trent es una buena compañía —respondió, dándole a su hija un beso en la mejilla —Sami está bien ¿Cierto?

—Sí. Gracias a Dios la revisión que le hicieron descartó todo tipo de abuso físico, solo estaba cansado y hambriento —se levantó de la cama y le dio a su padre una sonrisa, pero ésta carecía del brillo y la alegría que era típica de ella.

—Ve. Solo ve —la despidió su padre, no podía verla de ese modo, en automático, con miedo en aquella mirada, con ese terror continuo de que algo terrible pudiera suceder con Reed.

Tragó saliva, no podía soportar esa mirada en el rostro de su padre, compadeciéndola ante las noticias y diagnósticos que habían dado con respecto a la salud de Reed, no había mejoría por su parte, no había más fuerzas, no había intenciones de luchar por seguir con vida. Naval estaba destrozada, había adelgazado mucho en solo siete días, sus pasos eran lentos, y en el interior temía que en algún momento Reed dejara de respirar por completo, que la abandonara y que esta vez fuese para siempre. Caminó hacia la puerta y le dio una sonrisa a su padre, saliendo al pasillo, levantó la mirada y vio a Trent apoyado sobre la pared, con los brazos cruzados sobre su pecho, tenía el ceño fruncido y no había dejado a la familia en ningún momento.

—Trent. —quiso decirle que la llamará por cualquier cambio en ambos, pero él se adelantó.

—Naval. Yo me haré cargo. Ve, solo ve.

Asintiendo con la cabeza era algo que debía hacer por Sami, dejó que Dylan la escoltara hacia el estacionamiento, abrió la puerta del auto para ella y se aseguró que Sami descansara plácidamente en su silla incorporada en los asientos traseros.

Rodeó el auto y tomó su lugar en el volante, encendiendo el motor y sacándola del hospital, sabía a ciencia cierta que ella estaba haciendo lo posible para no perder la compostura por su pequeño hijo, pero necesitaba hablar con ella, necesitaba prepararla para un angustiioso final y no sabía cómo iniciar esa conversación cuando ella se negaba a aceptarlo.

—Debes descansar —dijo, parecía más una orden que una petición —Iré a comprar algunos víveres para que puedas abastecer la alacena para Sami —exclamó Dylan, sin dejar de ver hacia la autopista —Trent irá a verte en la noche. Pasará todo el día con ustedes, yo estaré pendiente de Reed y Nolan.

—Gracias —respondió ella en un suave murmullo.

—Naval. Por favor, tienes que ser fuerte por ambos, por Samuel, por ti. Debes estar preparada para lo peor.

Ante esas duras palabras, Naval volvió el rostro hacia su amigo lanzándole una mirada llena de amargura, mientras que sus ojos estaban rojos y brillantes ante las lágrimas que derramaba, quiso gritarle, pero debía guardar la calma y hablar ya que Sami podía despertar y asustarse más —¿Cómo me puedes decir eso? Reed es tu amigo. Reed es el padre de mi hijo, no me rendiré. No me rendiré. No lo haré.

—Sabes bien que los doctores no dieron muchas expectativas a que se recupere de manera rápida. Naval. Tuvo dos colapsos en esta semana, su pulmón derecho ha dejado de funcionar. Sus riñones están afectándose lentamente, y es cuestión de tiempo para que también colapsen, su corazón no podrá resistirlo. Tú no podrás resistirlo —Dylan sabía que ser duro con ella la hería, pero también tenía que prepararla para cualquier cosa con respecto a la mejora de Reed —Está en coma, Naval. Reed está en coma —quiso hacerla entender.

—No. —sollozó —No. Él solo está dormido. Solo está dormido. Cansado. Él es un hombre joven y fuerte.

Dylan negó con la cabeza, sabía que si algo le pasaba a Reed, ella jamás se recuperaría de la pérdida, así que evitó decir más y conducir en completo silencio hacia el departamento de Reed.

Una vez que llegaron, abrió la puerta del departamento mostrándole el lugar, Naval dio un paso dentro sintiendo de inmediato el inconfundible aroma de Reed, todo estaba impregnado con su aroma, su presencia incluso, podía verlo de pie junto a la ventana contemplando la nieve, podía verlo sentado en la mesa de la cocina bebiendo una cerveza, cerró los ojos y desvió la mirada, no sabía si podría resistir estar allí, ver todo cubierto con sábanas blancas, había motas de polvo, pero nada que no pudiese arreglarse con una buena limpieza.

—Estarás bien ¿Cierto?

Dando un suspiro, le dio un buen escrutinio al lugar —Sí, estaremos bien.

*Pero era mentira. Jamás estaría bien.*

Dylan llevó a Sami a la habitación, recostándolo y arropándolo con cuidado, para luego terminar el procedimiento con un gran beso en la frente, la mirada triste de Dylan decía mucho, y entre ello, que Reed no resistiría —De parte de tu papá, corazón. Se con toda certeza que tu papi te ama mucho. Mucho. Lo siento —cerró los ojos, formando un puño con la mano —No debí dejar a tu padre solo. Debí haber ido con él, pero tuve que salir, tuve que hacerlo. —se culpó, apretó la mandíbula y se irguió, Reed había dado siempre su vida por sus amigos, pero esa

noche Dylan lo había dejado solo.

Naval entre tanto se abrazó a sí misma, sentía frío, se sentía sola, y ver ese departamento la obligaba a sumirse más en la depresión, sus lágrimas surcaron sus mejillas, sus sollozos eran silenciosos, pero el dolor de su corazón era tan fuerte que la obligaba a intentar calmarse. Sintiendo los pasos de Dylan por el pasillo, limpió sus lágrimas rápidamente, no quería que la viese llorando y sobre todo derrumbándose lentamente.

—Sami está en la habitación, está descansando y tú deberías hacer lo mismo.

—Lo haré Dylan. Gracias —dijo sin volverse y mirarlo, dándole la espalda.

Dando un suspiro, Dylan se acercó a ella y la abrazó desde atrás, besando la coronilla de la cabeza de su prima —Por favor. Por favor, Naval.

—No lo dejaré ir. No, me niego esta vez a dejarlo ir —tragó el pesado nudo que se negaba a bajar.

—No puedes. Naval, tienes que. —pero se detuvo, no podía decir más, necesitaba darle tiempo, darle su espacio y quizás en la soledad pudiese considerar las mejores opciones, entre ellas dejar libre a Reed —Está bien —dejó caer sus brazos a los costados, retrocediendo y yendo hacia la salida, deteniéndose en el umbral de la puerta principal —Te traeré víveres, cosas para Sami. Descansa entre tanto.

Ella no respondió, simplemente se quedó observando por la ventana el clima invernal de Portland, una vez más.

Fueron las semanas más duras en toda su vida, sumida en la depresión, en la tristeza y desesperación, paso parte de Navidad, Año Nuevo a lado de Reed, su Reed, que por algún motivo no despertaba, no deseaba despertar.

Dylan tuvo que regresar con su familia a Midland, no podía quedarse mucho tiempo en Portland debido a su trabajo y sobre todo a la sanción que se llevó por parte del FBI al involucrarse en una investigación no autorizada, pero no fue despedido más solo suspendido por cinco días debido a su comportamiento, aunque el FBI no pudo dejar de felicitarlo por la captura de Xavier Scott y Svyatoslav Kapot, aunque la muerte de ambos era algo bueno, estaban a salvo y libraron a la sociedad de más crímenes.

Eric Krause intervino en la sanción de Dylan, pero también se llevó la suspensión de dos semanas y media por igualmente llevar a cabo una misión suicida y todo por un caso personal poniendo en riesgo el prestigio del Bureau.



Sansón regresó a su hogar, esperando y sobre todo pasando más tiempo con Mila, disfrutando al máximo el embarazo de su mujer, de alguna manera al ver a Reed y su amor por Naval, comprendió que no podía perderse un maravilloso momento cómo ese, Reed había perdido dos años valiosos en la vida de su pequeño, algo que no podía recuperarse, y no deseaba ello, quería recordar cada momento, tener a detalle cada recuerdo vivido de su pequeño en el vientre de su madre, sostenerlo entre sus brazos el primer día que viera la luz, sostener la mano de su mujer y besar su frente, tener una familia y velar por ella como debía ser.

Creed desapareció esa noche, caminó entre la oscuridad sin volver la vista hacia atrás, para no ver a Naval, su Naval ser parte esta vez de su pasado y para siempre.

Noya Y Kaal regresaron a su hogar, sin embargo Frances no quiso dejar de lado a la familia, pasando el tiempo con su viejo amigo Nolan y ayudándole a recuperarse.

Trent se negó a irse de nuevo a Idaho, no quería que Naval pasase por todo sola y más cuando la vida de Reed estaba dependiendo de un hilo demasiado fino, la acompañaba día y noche, ayudándole con Sami, ayudándola a ella, siendo su pilar, su confidente y sobre todo la persona que le daba la fuerza necesaria para enfrentar lo que venía, fue la persona capaz de devolverle la cordura, la persona que la sostuvo en el momento más trágico de su vida, la persona que la apoyo cuando todo terminó.

*Los días se hicieron semanas.*

*Semanas convertidos en un mes y él, seguía igual.*

*Pero todo cambio siete días después.*

*Todo llegó a su fin.*

Caminando por el pasillo del hospital, insulto la testarudez de su padre por dejarla dormir hasta tarde esa mañana, maldijo su cansancio, sus mareos y vómitos matutinos, la noticia quería dársela a él, solo y exclusivamente a él, aunque Trent ya sospechaba simplemente guardó sus preguntas y respuestas.

Esa tarde Trent e había quedado al cuidado de Reed en esos momentos, Naval quería sentirse segura de poder tomar su mano, poder besar sus labios, poder ser ella quien le viera abrir los ojos, cuantas veces se había acercado para besarlo, saboreando sus besos, pero nada era igual, los labios de Reed jamás le respondían, y no le gustaba verlo así, en la cama, sin moverse, el respirador

saliendo de su boca, no le gustaba verlo pálido y macilento, no le gustaba ver como cambiaban su medicación, lo limpiaban y curaban sus heridas cambiando vendajes, y lo peor de todo era que él jamás respondía, jamás abría los ojos, no había una respuesta afirmativa o un buen diagnóstico por parte de los doctores y eso solo la deprimía y angustiaba más.

Caminando a pasos apresurados por los pasillos pulcros y esterilizados del hospital, intentó peinarse con los dedos, arreglar su estilo desalineado e intentar verse lo mejor posible, pero antes de que pudiera acomodarse levantó la mirada deteniéndose en seco y dejando caer sus manos a los costados. Negó con la cabeza, frunció el ceño y sus lágrimas comenzaron a brillar y a picar detrás de sus ojos, ver a Dylan y Frances allí era una muy mala señal, y sobre todo al ver a Trent fuera de la habitación, Trent no debía estar fuera de la habitación.

Frances con los brazos cruzados y Dylan. Dylan a unos metros de ella, sentado con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, era para ella una muy mala señal.

—Dylan —le aviso Trent con un leve movimiento de cabeza.

Él levantó la cabeza, viéndola —¡Naval! —le llamó, poniéndose de pie.

—¡NO! Quédate allí —le sugirió de mala gana.

—Por favor, por favor —le suplicó.

—No —dio un paso hacia atrás, no quería saber más, no quería, se negaba a creer, se negaba a perderlo.

Corrió por el pasillo intentando entrar a la habitación, verlo, quería verlo pero Dylan se lo impidió sujetándola de la cintura y abrazándola con fuerza, pero Naval no quería compasión, quería verlo a él, quería besar sus labios, tocar su rostro, sin poder soportarlo más, se desmoronó en brazos de su primo.

Dylan cerró los ojos y le abrazó con fuerza, tomó el delicado y pálido rostro entre sus manos tratando no solo de explicarle y calmarla, pero ella se negaba a cooperar, quería verlo, pedía entre lágrimas verlo, además de intentar entender por qué el destino se había ensañado con ella. No podía escuchar la voz de Dylan explicarle, hablarle, podía ver sus labios moverse pero no escuchaba ningún sonido, solo palabras, movimientos de sus labios, sin sonido sin significados, todo se había vuelto tan confuso e irreal.

*Un mes y siete días desde la guerra que le devolvió a su hijo pero le arrebató a Reed, a su amado Reed —pensó ella con un dolor tan agudo en el pecho que*

*no la dejó respirar.*

# Epílogo

## *Siete Meses Después*

Naval cerró los ojos al recordar cada suceso, cómo podría olvidar cada momento que vivió, en especial que un día cómo ese hace casi cuatro años, en comienzo de otoño, había conocido al hombre que le cambió la vida, al hombre que con una sola mirada podía no solo mostrarle y decirle muchas cosas, al hombre que tuvo el coraje de pelear por ella, al hombre que la liberó.

Y la historia había comenzado mucho antes de lo que ella podría imaginar, lo había conocido mucho más antes, cuando Nolan Stromhod lo ayudó a salir de las drogas, pero sus caminos se cruzaron una noche de viernes en el club nocturno de su padre Nicolay Kapot, una noche que jamás olvidaría.

Cómo dejar en el olvido que la había visto con esos intensos ojos azules que de alguna forma cambiaban de color, cómo olvidar que había golpeado a Kris Doile para llamar su atención, la tomó del brazo sacándola del club alejándola de la policía y su redada para encontrar drogas, la salvó de cierta manera de ir a la cárcel, pero también la salvó de la ira descontrolada de Nicolay, pero no fue todo lo que Reed Fletcher hizo por ella, la ayudó a encontrarse a sí misma, domó a una fiera que actuaba y decía no tener corazón.

Recordó que al verlo allí, de pie ante Nicolay, enfrentándolo hizo que algo en su interior cambiara, supo en lo más profundo de su ser que Reed Fletcher la había conquistado y ella simplemente se dejó amar, amar por ese apuesto hombre de intensos ojos azules, tan azules que era imposible olvidar y no recordar a cada momento de su vida, para toda la vida.

La brisa del otoño elevó sus cabellos obligándola a estremecerse ante el frío e inconfundible clima de Portland, que para ella tenía ese típico aroma a pinos, flores y simplemente otoño.

—*¿Cómo era posible que haya pasado siete meses?* —pensó con agonía, tan rápido, siete meses desde que recuperó a su hijo y. —*Reed* —dijo su nombre en voz alta con cierta nostalgia, de tan solo recordar que estuvo al borde de la vida

y de la muerte, que estuvo en coma, y.. Cerró los ojos con fuerza, no quería revivir ese momento, la nostalgia, la angustia, la decepción, y después simplemente el dolor ante la pérdida y la agonía de haberlo perdido para siempre.

Sami se removió inquieto queriendo soltarse, volvió su cabecita hacia atrás y sonrió hacia la persona que venía hacia ellos —Mamá, ya viene. Quiero ir. —le dijo su pequeño de tres años.

—¡Samuel! Tranquilo, sabes que no debes correr aquí —le reprendió viéndole de soslayo.

—Pero mamá —Sami levantó la mirada hacia su madre y se soltó, nunca obedecía, era tan cabezota y testarudo como su padre.

Desobedeciéndola, corrió hacia la persona que lo esperaba metros atrás, una vez al estar a su lado, Sami tomó su mano y levantó la carita dándole una gran sonrisa —Puedo ir con el abuelo, se acabará mis galletas. Y son Oreo doble chocolate —insinuó el niño, soltándose y yendo con su abuelo tras el asentimiento de cabeza que le dio, volvió el rostro viendo al pequeño correr hacia el monovolumen aparcado a solo unos metros atrás.

Naval prestó atención a la lápida, esa lápida que había sido recientemente pulida, soltó un suspiro doloroso, odiaba sentirse así después de tanto tiempo, sentirse triste, melancólica y por un momento, incluso vacía. Ella era la única persona que visitaba la tumba y era un mérito propio, algo que jamás dejaría de hacer, que a comparación de Nicolay jamás dejó en sus veinticinco años que visitara la tumba de su madre y ella no haría lo mismo con Sami, jamás le quitaría ese derecho, jamás le quitaría algo de sí mismo y entre ellos saber la verdadera historia detrás de la familia Kapot y el relativo significado del apellido “Roto” y todo sobre el verdadero amor que le profesaba a Reed Fletcher.

—Gracias —murmuró —Gracias a ti, tengo a mi familia, tengo una vida, vivo ya sin miedo y el día a día, puedo dormir tan plácidamente por las noches sin temor a hacer atacada o que simplemente me arrebaten todo, de algún modo, me diste mi libertad, me diste una vida nueva y me entregaste amor, un amor del cual estoy tan orgullosa. Gracias. —soltó un sollozo, mientras que las lágrimas caían y eran llevadas por el viento —Gracias por darme mi libertad.

Tomó las rosas con delicadeza y quiso colocarlas en la lápida, sin poder evitarlo se llevó la mano libre hacia su vientre abultado, ese vientre de casi ya ocho meses que le impidió agacharse, incluso moverse con libertad cómo ella quería en esa ocasión.

—Dios, Naval ¿Qué haces? —le reprendió una voz ronca, acercándose a ella, tomó las rosas, poniéndolas en las lápidas, mientras que un inconfundible grueso anillo de oro en el dedo anular brilló ante los cambios de luz —Naval ¿Cuántas veces te he dicho que me esperes? ¿Es mucho pedir acaso?

—Muchas —se bufó sorbiendo su nariz —Estoy embarazada no enferma —rodó los ojos —¿Siempre fuiste tan mandón?

—Esa frase es demasiado trillada, no crees. Vamos. Vamos. No te enojas conmigo que no es bueno para el bebé —los brazos fuertes de Reed la rodearon desde atrás, resaltando sus bíceps y colocando la cabeza en el hueco de su hombro, aspirando su aroma, sintiendo el calor de ese cuerpo que anhelo tanto en vida y en muerte, levantó la mirada para observar las lápidas pulidas, leyendo al unísono los grabados.

—*Dayanne Juliette Kapot y Nicolay Novak Kapot.*

—Le debo mucho a Nicolay.

—Ambos. Ambos le debemos mucho —escondió la nariz en el cuello de su mujer —Yo le debo que me diera en bandeja de oro a mi esposa —sonrió, dándole un beso en la oreja, haciéndola estremecerse —Media testaruda, pero me conformó con ello.

—¡Reed! —chilló ella —Sabes que me dan cosquillas. Y vaya, creo que debería sentirme halagada.

—Sí. Un comentario no tan fuera de lugar creo, pero me encanta tu estatura, me da libre acceso a muchas cosas —arqueó las cejas con picardía.

—Vamos señor comatoso ¿Dónde está Sami?

—Esta con Nolan. Ambos son tal para cual, están comiendo galletas oreo en el auto.

—Peleando por ellas dirás. Ya entiendo por qué se fue hecho un pequeño petardo.

La sonrisa de Reed resonó como una dulce melodía para ella —Vamos. Regresemos a casa, necesitas descansar. Y ya es tarde.

—Lo que quieres es tenerme en la cama. Cómo tú estuviste tres semanas y siete días en cama y te gusto, quieres que yo haga lo mismo.

—¡Hey! Nunca lo olvidarás ¿Verdad? Desperté y tú no estabas ¿Que querías que pensara? —intentó defenderse sin resultado alguno.

—¡Ja! —se bufó —Pensaste que te había abandonado. Otra vez. —dijo con ironía —Además estuve en el departamento cuando tú decidiste abrir los ojos. Al ver a todos fuera de la habitación pensé lo peor y tú solo estabas allí gritando mi nombre haciendo tu pataleta habitual y ni que hablar de que intentaste quitarte el respirador por ti mismo —negó con la cabeza.

—¿¡Habitual!?! Pues Trent se encargó de hacérmelo creer.

—Trent te dijo que estuviste en coma 10 años y que Sami era Ministro del Interior por ser un genio y le creíste —se volvió hacia él, rodeándole con sus brazos para poder así besarlo.

—No le creí. Dude, qué es distinto.

Naval no pudo evitar lanzar una carcajada —No fue distinto. Hasta le creíste que me había casado con Frances.

—Él tampoco lo negó y lo afirmó —rezongó, frunciendo el ceño y evitando que sus labios se curvaran en una sonrisa —Se rieron de mí.

—Lo siguen haciendo cariño. En serio. Cada vez que me acuerdo, no sé si reír o patearte. Incluso le creíste que tenía cinco hijos con él.

—Está bien, está bien. Le creí.

—Les creíste. —le rectificó, señalando con los dos dedos.

—Bueno, ve lo positivo. Podemos hacer realidad parte de sus mentiras.

—¿Qué? ¿Qué Samuel sea Ministro?

—No cariño. Tener cuatro o cinco de estos —acarició el vientre de su esposa con ternura, y besando su roja nariz.

Naval se encogió de hombros —Ustedes los Fletcher no tienen salvación. —rio.

—Vamos a casa —le dijo él al oído, apegándola a su cuerpo con un brazo posesivo.

—Vamos a casa —repitió ella.

Caminaron hacia el monovolumen azul donde Nolan y Samuel los esperaban, Naval volvió el rostro hacia las lápidas, la de su madre y del que fue su padre, sonrió porque Nicolay le había entregado mucho más de lo que ella imaginó. Aparte de que Reed se había encargado de que quitasen la lápida con su nombre tallada en la piedra, ya que solo era un penoso recordatorio de un pasado

que para esta vez, era fácil de olvidar.

Regresó la vista hacia su esposo, recordando que se habían casado dos meses después de que Reed despertara, él prácticamente quiso hacerlo el mismo día que abrió los ojos por miedo a perderla y que Frances se la robara como prometía a cada momento, pero Naval quería que se recuperara por completo de su lesión, ya que su recuperación tardaría un poco más de lo previsto debido a sus tres semanas en coma.

—Te amo, Reed —dijo maravillada ante la vista, ver a Reed jamás la cansaría.

—Yo te amo incluso más. Te amo tanto, Naval —se agachó para besar los labios de su esposa, nunca había dejado de sentir esa pasión por ella, inclusive se sentía aún más enamorado, que a tan solo una caricia sentía que su cuerpo se estremecía y vibraba, algo que ella única y exclusivamente lograba.

—Y a la próxima deja las armas en casa —espetó, sonriendo sobre los labios de su esposo.

—¿Cómo te diste cuenta? —enarcó una ceja.

—Sobresalen de tu cinturilla ¿Y las dos? ¿De verdad?

Reed se encogió de hombros, negó con la cabeza y sonrió —*Cómo amaba a su esposa. Por fin era su esposa. Suya. Para siempre y por siempre* —y tenía razón, había cargado las dos armas y ya no era necesario, había dejado su puesto en el FBI y se había dedicado en llenó al sector inmobiliario debido al título que obtuvo en la Universidad de Administración, había convertido el gran terreno del que fue la Residencia en un suburbio tranquilo a unos cuantos kilómetros de la ciudad, dejando atrás su historia, pero conservando el nombre “*La Residencia*” en honor a Nicolay y su historia.

Dando un suspiro, se aferró a la chaqueta de su marido, mientras que las dos armas quedaban al descubierto detrás de la cinturilla del pantalón brillando ante la luz del sol. La Glock Eagle plateada con el nombre de *Naval* escrito en el mando, mientras que en el arma que una vez fue de Nicolay sobresalía el nombre de *Reed* al reverso. Dos hombres, dos historias y un final, le daba gracias a Nicolay por darle la oportunidad de conocer al padre de su hijo, devolverle a su verdadero padre y, a Reed. Su amado Reed, por darle vida después de la muerte.

—“La gente dijo por años que era esquizofrénica por mi estilo de vida, pero no se dieron cuenta que ellos eran los desquiciados que caminan por las calles pensando que eran más que otros sin ver a su alrededor, sin ver la verdadera



realidad de nuestro mundo, pero hubo alguien que en su momento me entendió —sonrió al ver su nueva vida, a su hijo junto a su abuelo y a su lado al hombre de su vida, a su esposo, a su amado Reed Fletcher —Entre los millonarios no tan jóvenes, el genio que ganó millones, el tierno seductor, simplemente quedo él, aquel agente del FBI que me ayudó a creer en mí”

*Fin.*